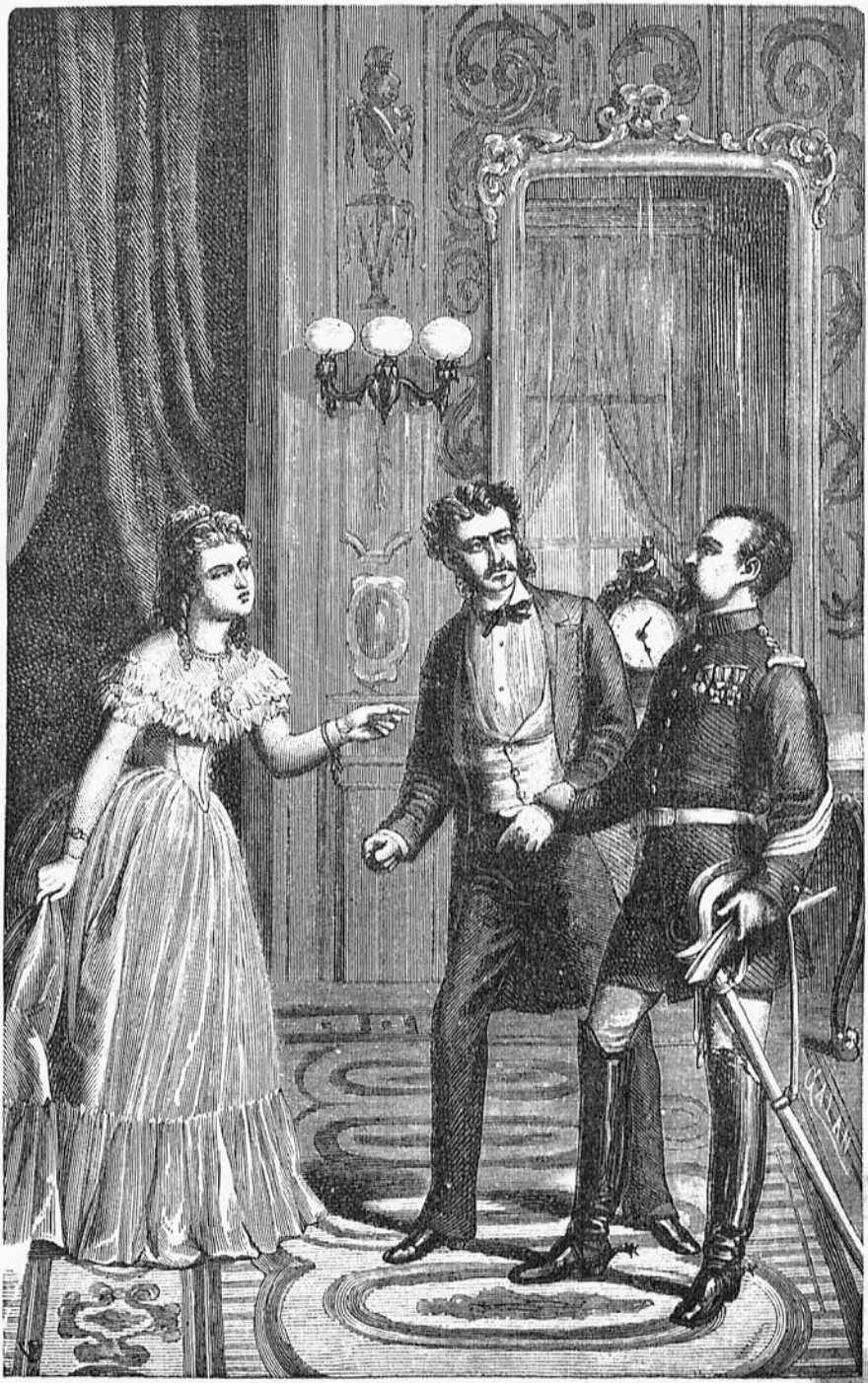


PORTADA

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS, 10
ZARAGOZA

AHT
1575

Opúsculo Unico y Ultimo

CASA EDITORIAL DE LA VIUDA DE RODRIGUEZ

LOS GRANDES INFAMES,

(CRÍMENES DESCONOCIDOS)

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

TOMO PRIMERO.

MADRID.
OFICINAS Y ADMINISTRACION, PLAZA DEL BIOMBO, NÚM. 2.
1880.

Es propiedad.

ESTAB. TIP. DE M. MINUESA DE LOS RIOS, SOMBRERERÍA, NÚM. 6.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que asoman la cabeza algunos infames.

I.

Magdalena de Ariza, marquesa de Santorcaz y grande de España de primera clase, en posesion de su título y de sus rentas por muerte de su madre, marquesa propietaria, bajo la tutela de su padre don Baltasar de Ariza, marqués de Alpuente y grande de España, era una niña deliciosa, una de esas jóvenes que no se ven sin extremecimiento, á no ser por los viejos ó por los hombres de alma fria.

Excesivamente blanca, pálida, con la palidez incitante de la pasion: sus cabellos, sus cejas y sus ojos densamente negros, formaban un magnífico contraste con su nítida blancura.

Sus formas eran bellas, mórbidas, puras, voluptuosas, y tenia la estatura mediana, lo que la hacia más incitante.

Habia en ella esa gravedad melancólica que marca el gran desarrollo del espíritu de nuestras jóvenes, que

pollas aún, como se dice ahora, tienen todo el aspecto pensador de una vieja que ha experimentado ya todas las contrariedades de la vida.

Magdalena, pues, era una de esas reinas de la hermosura, de la distincion y del talento que se ponen de moda, á las que todo el mundo conoce, de las cuales todo el mundo habla, en las que todavía niñas se vé empezar una vida de pasiones, una existencia candente que debe adelantar para ellas el marchitamiento de la hermosura, la ceguedad del alma, la vejez anticipada, el infierno de la vida.

Pequeños ángeles caidos que nacen para sufrir y hacer sufrir.

II.

Magdalena, á sus diez y siete años, habia terminado ya el prólogo de su historia.

Este prólogo estaba compuesto por algunos capítulos candentes.

El alma de Magdalena habia perdido ya su inocencia, su tranquilidad, sus bellos sueños de color de rosa.

Audaz con la audacia de la inexperiencia, avara de sensaciones, á los quince años se habia convertido de niña en mujer: habia determinado de una manera grave la historia de su vida.

¡Pobres de las criaturas cuya madre muere al darlas á luz, á quienes falta ese poético amor, ese cuidado asíduo y previsor de las madres, que abandonadas á la nodriza y á la niñera, sin otra proteccion que la de un aya

asalariada y egoista, empieza á envenenarse su alma, á torcerse, á agriarse por la mortificacion contínua; que entregadas luego á un colegio pasan en él algunos años ansiosas de todo, sin el dulce calor del hogar, sin poder contraer el sentimiento de la familia, aumentando sus malas cualidades con el contagio de las malas cualidades de sus compañeras, haciéndose murmuradoras, intencionadas é hipócritas para evitar el castigo reglamentado del colegio; que no conocen de su padre más que el nombre y la figura, y que salen del colegio á los catorce años, mujeres ya, elegantes, bellas, aleccionadas, esmaltadas, por decirlo así, con lo que se llama una educacion brillante, ansiosas de libertad, de sensaciones, de historia, y son puestas bajo el cuidado de un aya que no se atreve á disgustar á la señorita por temor de ser despedida, lo que es lo mismo que estar la señorita entregada al cuidado de sí misma!

III.

En Madrid como en todas las grandes capitales, abundan los hombres conocidos á quienes nadie conoce; los vividores de industria de todo género, que viven sobre el país; que no se sabe de dónde han salido, ni pretende saberse; que la mayor parte de las veces usurpan un apellido decente, y tienen una forma inmejorable, que viven con lujo, poco importa cómo, y que andan generalmente de una manera indirecta, á caza de toda clase de negocios.

Si la fortuna proteje á estos hombres, llegan por este medio ó por el otro, generalmente por su casamiento, á una posicion independiente; pero tambien es muy comun ver caer á estos séres parásitos desde lo alto de su posicion ficticia en el presidio.

IV.

Santiago Perez de Angulo, cuando salió del colegio Magdalena, era un hombre de treinta y dos años.

Habia venido á Madrid como representante de una casa de banca francesa, pero siendo en realidad uno de esos agentes impávidos que sirven para contraer la responsabilidad de negocios dudosos, de negocios feos, cuya gestion no haria por sí misma ninguna casa decente, pero que estas mismas casas decentes suelen acometer, por el cebo de un gran beneficio, valiéndose de un testaferro.

Un empréstito secreto fué el negocio súcio que trajo á Madrid desde París á Santiago Perez de Angulo.

Se le pagaba bien su comision, era además rico, podia presentarse con lujo, era hombre de mundo, y muy pronto se introdujo en esa alta sociedad descuidada, cuyo círculo seria muy reducido si se compusiese sólo de personas decentes; que admite en su seno á todo el mundo con tal de que tenga la exterioridad convenida; que nada pregunta, que nada observa, que nada deduce, y que se deja explotar de una manera múltiple por todo género de agiotistas.

V.

El pasaporte que sirvió á Perez de Angulo para pasar la frontera de ese mundo tan intransigente en cuanto á la forma como descuidado en cuanto al fondo de las personas que á él se adhieren, fué la rosa encarnada de Calatrava que llevaba al pecho.

El hábito de una órden militar no puede llevarse sin tenerle: un alguacil de la órden arrancaria descaradamente la cruz del pecho de un intruso.

Perez de Angulo llevaba legítimamente la cruz.

Habia hecho sus pruebas, que se habian buscado con suma escrupulosidad; pero no habia habido la misma escrupulosidad respecto á la identidad de la persona, es decir, se habia probado la nobleza del apellido de los Perez de Angulo; pero nadie se habia metido en averiguar si Perez de Angulo llevaba ó no legítimamente este apellido.

Por otra parte, que los abuelos hayan sido buenos no prueba que los nietos hayan de serlo necesariamente, ni el trapo rojo ó verde de una órden militar prueba otra cosa, tratándose de España, sino que se han podido gastar tres ó cuatro mil duros en pruebas, lanzas y medias annatas y no sabemos cuántas otras tonterías, porque en España, que es una nacion nobilísima, son nobles hasta el quinto boton del botin por razon de apellido, hasta los barrenderos de las calles, y no hay verdugo cuyo apellido no pueda dar los cuatro abolengos ilustres que exigen las constituciones de las órdenes militares.

VI.

Sin embargo de que esto lo sabe todo el mundo, su rosa de Calatrava introdujo á Perez de Angulo en el alto círculo aristocrático; porque bueno es que sepan nuestros lectores que un caballero de una órden militar es tenido entre la gente de sangre azul por tan noble como el rey.

En este círculo conoció Perez de Angulo á Magdalena de Ariza y de Lemos, y se enamoró de ella, no tanto por lo brillante de su juventud y de su hermosura, como por la grandeza de España que poseia por parte de su madre, con dos millones de renta, y por la otra grandeza con otra renta semejante que debia heredar á la muerte de su padre, que era ya viejo, y hubiese significado lo mismo que no lo hubiese sido, porque Perez de Angulo sabia demasiado que la muerte para herir no cuenta los años, y que lo mismo puede caer á causa de una enfermedad de algunas horas en la tumba un jóven que un viejo.

VII.

Perez de Angulo no vió en Magdalena una mujer, una deliciosa polla de moda que cantaba como una artista de *primo cartello*, que estaba embellecida por todos los adornos de una educacion de primer órden empezada en España, continuada en París y terminada en Lóndres: no vió á la polla de moda del alto mundo; lo que vió

fué un magnífico negocio, y se dedicó á él con mucho talento.

En el gran mundo no tenia Perez de Angulo ni áun rivales posibles: ninguno de los aspirantes al amor de la engreida, de la volcánica Magdalena, tenian espíritu bastante para que el espíritu soñador, soberbio, audaz, altivo de la marquesita, que así se la llamaba por excelencia, pudiese ni áun siquiera descender á una conversacion íntima con ellos.

El falso calatravo tuvo audacia suficiente dentro de una forma inmejorable y excesivamente galante, para hacerse notar de la marquesita.

La marquesita, por su parte, viva de imaginacion, adivinando por medio de su imaginacion lo que sólo puede enseñar la experiencia, no vió en Perez de Angulo un hombre simpático, un amor que pudiese llegar á ser el objeto de la actividad de su alma: lo que vió (y aún no contaba quince años) fué un instrumento, una cosa aparente, un editor responsable, un marido.

Magdalena, cuando la conoció Perez de Angulo, amaba ya con toda su alma; su amor habia nacido en el teatro Real.

VIII.

Andrés Peralta era un muchacho de veintidos años, sobrino de un canónigo de Sigüenza, que estaba concluyendo sus estudios de derecho en la universidad central.

Andrés Peralta era un calavera de buen corazon, de

talento, de ingénio, valiente, y capaz de cualquier diablura.

Era hijo de una hermana del canónigo y de un honrado profesor de latinidad, llamado Pedro Peralta y Perez, y así constaba en regla de la partida de bautismo de Andresito; pero éste habia perdido á sus padres cuando era muy niño, y desde entonces el bondadoso tio se habia encargado de él con todo el cariño de un padre, lo que era muy natural.

El buen don Severo Céspedes de Coca, penitenciario de la santa iglesia catedral de Sigüenza, habia enseñado por sí mismo primeras letras, latin y humanidades á su sobrino; le habia hecho estudiar filosofía en el seminario conciliar, lo que quiere decir que Andrés habia acabado de hacerse diestro.

A los diez y seis años, terminado el estudio de la filosofía, siendo necesario que Andrés se matriculase en una facultad mayor, don Severo Céspedes de Coca adoptó para su sobrino el estudio de la jurisprudencia; y montándolo en un macho, le envió con un arriero á Madrid, sin un cuarto ni más ropa que un levita, un chaleco y unos pantalones no finos, cuatro mudas de ropa blanca y una capa parda.

A los quince dias, el macho con las otras bestias compañeras suyas, con su amo y sobre sí en dos tercios, Andrés, entró en la imperial y coronada villa, y dió con el estudiante en la posada de San Bruno.

Andrés esperó en un cuarto súcio y feo á que el arriero se despachase, y éste, que era por entonces el encargado absoluto de Andrés, salió con él y le llevó al

Rastro á casa del que debia ser definitivamente su encargado, don Sulpicio Vazquez, presbítero, que vivia en un cuarto piso sin más familia que una hermana soltera de cincuenta años, capaz de hacer casto por su fecha y por su facha al mismo espíritu de la impureza.

El arriero entregó á don Sulpicio nueve duros correspondientes al diario adelantado de un mes, por la manutencion de Andrés, el dinero necesario para la matrícula y para los libros de texto del primer año de leyes, y una carta de don Severo; despues de lo cual se fué, dejando aterrado á Andrés, que por el aspecto de la casa y de su encargado y de su hermana, creyó que le habian llevado allí para que se muriese de tristeza, de frio y de hambre.

IX.

Andrés se resignó: comprendió que para salir de aquel miserable estado era necesario sufrir con paciencia y áun con apariencias de placer, aquella especie de muerte al por menor durante el año escolar; y que cuanto más se aplicase, mejor nota obtuviese en los exámenes y mejores informes de don Sulpicio para su tio, mayores esperanzas podia tener de que confiado don Severo en el ejemplo de un año de conducta irreprensible, le libertase el siguiente año de aquel cautiverio.

Sufrió, pues, con una resignacion heróica; pero como no hay vida sin sucesos, á los dos meses de estar Andrés en casa de don Sulpicio, al bajar una mañana á

las ocho las escaleras para ir á su primera cátedra en la universidad, al volver harto deprisa un tramo, chocó violentamente con una jóven que tambien bajaba y á quien no habia podido ver.

—¡Qué barbaridad! dijo la jóven.

—Perdone usted, hija mia, respondió disculpándose Andrés.

La escalera era muy estrecha, y la jóven, que era muy buena moza, y Andrés, que no era ménos buen mozo, se atascaron, ó por mejor decir, atascaron la escalera hasta el punto de tener ambos que hacer un violento esfuerzo para desencajarse.

La chica era preciosa y Andrés muy guapo; tan guapo como la chica: un par de pollos de muestra: la chica no tenia nada de tonta ni Andrés nada de bobo: se cruzó entre ellos una mirada de todo punto peligrosa, y la verdad es que cuando llegaron al pié de las escaleras del estrecho portal, eran tan amigos como si se hubieran tratado toda la vida.

Andrés, durante el descenso, habia soltado una declaracion en tres palabras, y se habia apoderado de una mano: ella no retiró la mano y contestó á la declaracion con un lacónico sí que se le salió del alma.

—Pues voy á acompañarla á usted, dijo él ya en el portal.

—Desde aquí no, dijo ella; podrian verlo los vecinos y decírselo á quien no tiene para qué saber si nos conocemos ó no: salga usted delante, váyase usted deprisa y espéreme usted en los portales de las Angustias, cerca de la Plaza Mayor, que allí ya no hay cuidado.

Andrés partió con el corazon estremecido de alegría y enamorado para todo lo que le quedaba de vida.

La chica se quedó pálida, sobrecogida por aquel primer amor que sin pedirla permiso se le habia entrado en el alma.

X.

Recorrió más deprisa que otros dias el espacio que mediaba entre el Rastro y los soportales de las Angustias, donde encontró paseándose impaciente á Andrés, que se habia adelantado.

Filomena, así se llamaba la muchacha, sonrió con toda su alma al ver á Andrés.

Andrés, que era un tunantuelo muy simpático, miró de tal manera á Filomena, que la muchacha acabó de enamorarse, y la ofreció con el mayor desenfado del mundo el brazo.

La chica se asió á él sin cumplimiento.

—Pero vamos á ver, dijo Filomena; son las ocho y yo voy al taller, porque soy corsetera, caballero: el taller está en la calle del Siete de Julio, á un paso de aquí; no podemos pararnos en la calle, porque está mal visto, y tenemos que explicarnos: usted me ha dicho despues de tropezarnos en las escaleras: ¿Quiere usted quererme? y yo creo que le he dicho á usted que sí: y si no se lo he dicho á usted, se lo digo ahora, porque sí; pero ¿cómo nos vamos á querer nosotros? ¿Quién es usted? Necesitamos hablar: ¿Quiere usted que nos metamos en el café del Gallo, que está aquí á la vuelta? Tomaremos café con

tostada; yo no he tomado más que chocolate, y á usted creo que le habrán dado lo mismo, y no nos vendrá mal algo más.

Andrés se puso encendido hasta lo blanco de los ojos: no tenia un cuarto, y aquel café y aquellas tostadas le aterraban.

—Querida mia, la dijo, todo eso está muy bien; pero yo no puedo detenerme ni un momento: tengo que ir á cátedra.

—¡Ah! ¿Es usted estudiante? Pues mejor: yo tambien tengo que ir al taller; no le hace: yo falto por la mañana al taller y usted á la Universidad: sí, le digo á usted que yo quiero que nos expliquemos; porque, á la verdad, me parece usted muy bien, pero es necesario saber si puedo quererle á usted ó no; porque yo, ante todo, señor mio, tengo diez y seis años, no he tenido nunca novio y soy una muchacha honrada.

XI.

A todo esto, hablando, hablando, habian entrado en los soportales de la Plaza Mayor, habian llegado al café del Gallo, que está junto á la escalerilla que desde la Plaza conduce á la Cava Baja de San Miguel, y Filomena ponia la mano en el pestillo de la puerta de cristales del café.

Se le iba á Andrés un color y se le venia otro.

—De ningun modo, dijo; yo no puedo faltar á cátedra.

—¿Y qué le va á usted á suceder por faltar?

—Me pondrán una falta.

—¡Ah! pues á mí me pasará mucho más por no ir al taller; perderé medio jornal y me expondré á que la maestra diga á mi madre que no he ido; pero no lo dirá, porque yo no diga de ella otras cosas: vamos, entremos, que estamos llamando la atencion.

—¡Es que yo no tengo dinero! exclamó haciendo un heróico esfuerzo Andrés: mi tio...

—¿Y qué falta hace que tenga usted dinero si le tengo yo? Entremos.

Y la muchacha abrió la puerta, entró, arrastró consigo á Andrés y subió á un entresuelo solitario, donde les sirvieron café con tostada.

XII.

Inútil es decir que los dos pollos se entendieron perfectamente: que Andrés fué el primer amor, el primer dolor, el primer cuidado sério de Filomena, y que Filomena fué la primera y la única hada del corazon de Andrés.

XIII.

Si Filomena ó Andrés hubieran sido ricos ó á lo ménos independientes, un casamiento qne los hubiera hecho muy felices lo hubiera terminado todo.

Pero esto era imposible: ni la señora Verónica, madre de Filomena, hubiera consentido en el casamiento de su hija con un estudiante de primer año de leyes, so-

brino de un canónigo que no daba ni lo bastante á Andrés para convidar á una chica á café con tostada, ni el grave don Severo Céspedes de Coca hubiera oido sin cólera la proposicion del enlace de su sobrino con una muchachuela muy bonita, muy viva, pero corsetera, hija de una señora Verónica, cuyo orígen era turbio, tan turbio como clara su pobreza.

XIV.

Los chicos conocieron esto, se quisieron mucho, enloquecieron el uno por el otro; pero ocultaron de tal modo sus amores, que no llegaron á conocerlos ni los vecinos, ni doña Verónica, ni don Sulpicio, ni su hermana, ni un don Calisto Azpecochea. hombre obeso, almacenista de paños al por mayor, que frecuentaba la casa de doña Verónica y se interesaba mucho por Filomena.

Respecto á éste, Filomena se ponia mala en cuanto le veia, y declaraba á su madre, con esa energía de las pollas de nuestra época, que no se sabe bien hasta qué punto es formidable, que ella no habia nacido para pertenecer á un tonel semejante, aunque sus pensamientos fuesen tan honestos como los de don Calisto, que solo pretendia hacer legítimamente suya á Filomena.

A más de esto, don Calisto era viudo cinco veces, y no sabemos qué espantaba más á Filomena, si ser infiel á su Andrés, si la grosura fofa de don Calisto, ó el miedo de ser la sexta víctima conyugal del mercader de paños.

XV.

Pasaron así en relaciones íntimas y de todo punto trascendentales Andrés y Filomena, ocultando su amor y negándose ella á las pretensiones de don Calisto, que la creia la niña más pura del mundo, seis meses, hasta que llegó el de Junio, con él los exámenes de la Universidad y el plazo terrible en que debian separarse, aunque solo durante los tres meses de vacaciones, los dos amantes.

Porque no era posible ni aún pensar que el canónigo penitenciario de la santa catedral de Sigüenza dejase á su sobrino en Madrid durante tres meses, por la sencilla razon de que le costaba mucho ménos dinero mantener á su sobrino en Sigüenza que en Madrid, y porque además como don Severo era hombre docto y de carrera, queria saber hasta qué punto habia aprovechado sus estudios su sobrino.

Andrés habia sacado nota de sobresaliente en derecho romano; cuando lo supo su tio, escribió una carta medio en latin, medio en castellano á su sobrino; llena de una erudicion *sui generis*, y otra á don Sulpicio, mandándole diese un duro á su sobrino para que lo gastase en lo que quisiese, y que cuando llegase el arriero que le habia traido á Madrid, se lo entregase para llevarle de nuevo á Sigüenza.

Por la primera vez pudo convidar Andrés á Filomena, y aquel fué un dia grande: comieron á seis reales en la fonda de Europa; tomaron café en el Viejo de

Pombo, y el resto, es decir, cuatro reales, los invirtieron no sabemos en qué.

Aquel hubiera sido un dia magnífico á no estar tan próximo el de la partida.

XVI.

Llegó al fin éste, y Filomena dijo á su amante llorando á lágrima viva:

—Dios quiera que en estos tres meses no suceda algo muy malo: me está dando el corazon una desgracia: no te olvides de mí; escríbeme á casa de mi maestra y dime cómo he de poner el sobre cuando te conteste, para que no te coja mis cartas tu tio.

—Y como te cases mientras yo esté ausente con don Calisto, le reviento á él y te estrangulo á tí, dijo con acento de amenaza y sériamente grave Andrés.

—¡Ay! no, dijo Filomena, no lo quiera Dios: me moriria yo sin que tú me matases.

Separáronse llorando pollo y polla, y poco despues, Andrés atasajado en un macho y con el corazon comprimido por un vago y sombrío presentimiento, se encontraba camino de Sigüenza.

XVII.

Llegó, le abrazó su tio, le examinó de derecho romano, quedó contentísimo de él; pero le encontró flaco y pálido.

Esto inquietó sobremanera al canónigo, que interrogó sobre ello á Andrés.

—¡Qué ha de ser, tio, dijo el muchacho, sino que don Sulpicio es un miserable y me mata de hambre! con los seis reales que usted le dá por mí, comen él y su hermana y aún ahorran para pagar la casa.

—Pues no volverás á ella, dijo indignado don Severo: no me he sacrificado yo por tí en este mundo para que te maten de *inedia;* no, hijo mio: yo buscaré otro encargado que tenga todo el temor de Dios, que como sacerdote debiera tener don Sulpicio.

—Tio, contestó el muchacho disimulando su alegria, todos los encargados son lo mismo, y no saldremos de uno sino para entrar en otro: todos se parecen al licenciado Cabra de la historia del Gran Tacaño; y le advierto á usted que yo voy á perder el estómago.

—¿Y qué hacer? dijo don Severo.

—Tiempo tenemos para hablar de eso, tio, contestó Andrés, que á despecho de sus diez y siete años, era un tunante de primera.

XVIII.

Durante los tres meses de vacaciones, Andrés observó en Sigüenza una conducta ejemplar: escribia á Filomena mientras su tio asistia al coro, y recibia secretamente del mismo cartero las contestaciones de Filomena, mediante algun pedazo de tocino y algunos puñados de garbanzos que Andrés robaba al ama de gobierno de su

tio y que entregaba sigilosamente al manipulante de la correspondencia.

Y no era solo en su buena conducta en lo que se extremaba Andrés, sino tambien en el estudio por adelantado de las materias de segundo año, que le explicaba su tio.

Aconteció, pues, que á fines de Setiembre, engañado el canónigo por Andrés, y completamente satisfecho de él, aumentó su asignacion á dos pesetas y le permitió vivir por su cuenta en Madrid, donde no lo matasen de hambre.

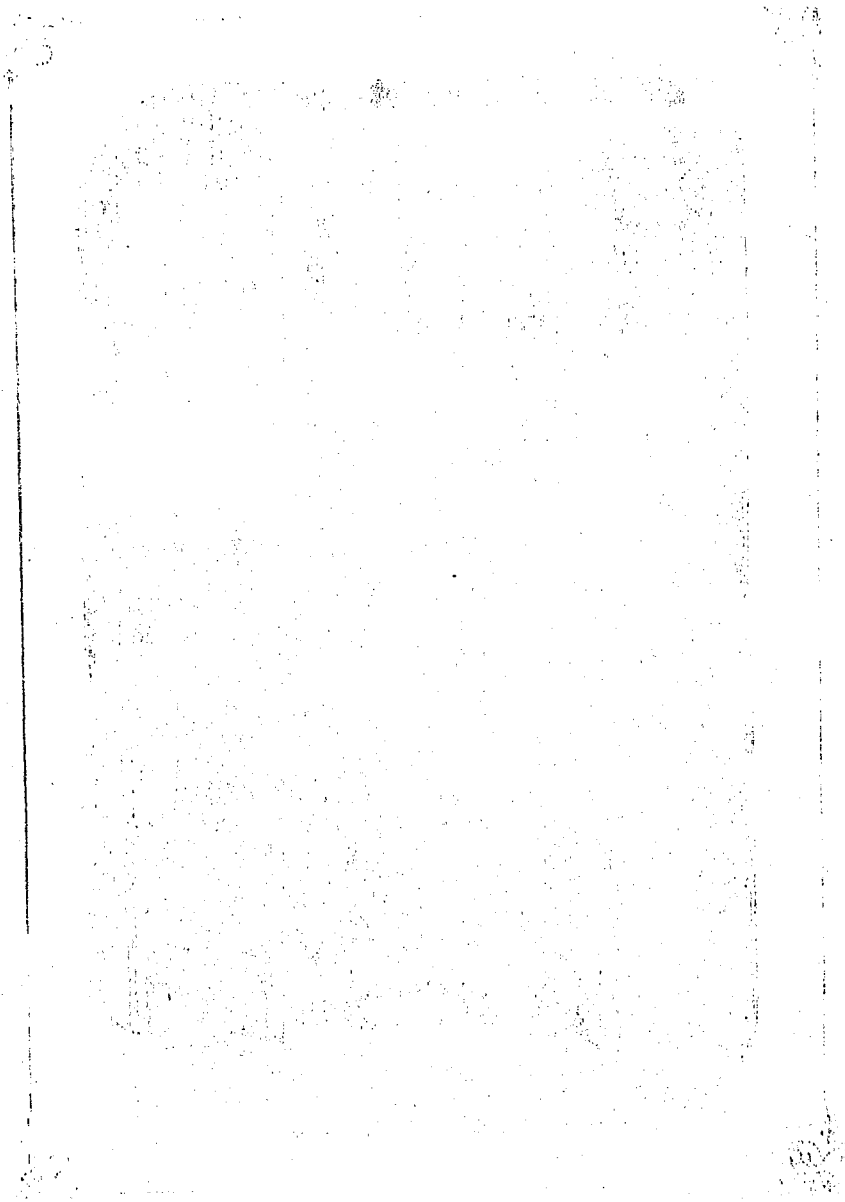
Le entregó una mensualidad de su asignacion adelantada, el dinero para la matrícula y para los libros, le confió al arriero, pagándole el viaje y la manutencion durante él, y Andrés al verse fuera de Sigüenza, se sintió con una inmensa alegria, emancipado.

Habia escrito á Filomena anunciándola el dia probable de su llegada, y citándola para el dia siguiente en el café del Gallo, á la una, hora en que salen las oficialas del taller.

XIX.

Marcaba la una ménos diez minutos del dia 30 de Setiembre de 185... la muestra del reló de la Casa-Panadería, cuando Andrés se detuvo envuelto en su capa parda, cubierto por su deslustrado sombrero de seda color de ala de mosca, á la puerta del café del Gallo, y antes de entrar miró á la susodicha muestra.

—Diez minutos hasta la una, y cinco que tarde en lle-





Filomena se habia puesto de pié.

gar Filomena, murmuró Andrés, ¡quince minutos! quince minutos todavía, despues de haber perdido la paciencia por el camino.

Y suspiró resignándose á la situacion; abrió la puerta, entró y subió al entresuelo.

Al llegar á lo alto de las escaleras se detuvo.

Una señora muy elegante, con sombrerillo y un ancho traje completamente de luto, estaba sentada en la misma mesa donde acostumbraban á sentarse Andrés y Filomena.

La señora, que tal lo parecia, estaba vuelta de espaldas, apoyado un brazo en la mesa, la cabeza en la mano de aquel brazo, en una actitud de suma impaciencia.

—¡Otra contrariedad! exclamó Andrés: ¡miren ustedes si no habrá tenido otra mesa donde sentarse esa indivídua!

En aquel momento la indivídua que habia sentido el murmullo de la exclamacion de Andrés, volvió la cabeza.

Andrés sintió algo parecido á un sacudimiento galvánico: habia adelantado, y se detuvo y permaneció inmóvil y pálido.

Aquella señora era Filomena.

Filomena, más hermosa que nunca, porque la sentaba admirablemente su traje de luto.

XX.

Filomena se habia puesto de pié y estaba tan pálida, tan muda, tan inmóvil como Andrés: tenia miedo.

En los negros ojos de Andrés brillaba una mirada sombría; sus megillas y sus lábios contraidos temblaban.

Nadie habia más que ellos en la habitacion.

Andrés adelantó, llegó á Filomena, la asió una mano y la miró de una manera sombría.

—¡Mátame, dijo Filomena; me harás un favor, aborrezco la vida!

—No, contestó Andrés soltando la mano de Filomena, no: ¡mozo! ¡eh, mozo!

Apareció uno.

—Una botella de ron, dijo el estudiante.

Y se sentó.

Filomena se sentó tambien.

Andrés permaneció en silencio y con la cabeza inclinada.

—Tú no sabes, dijo Filomena cobarde y llorosa, tú no sabes, Andrés...

Andrés no contestó.

La noche del mismo dia en que te fuiste, mi madre cayó por las escaleras, se estropeó terriblemente, y murió ocho dias despues á consecuencia del golpe.

Andrés continuó en silencio.

—No me culpes, Andrés, no me culpes, continuó acreciendo en su agonía Filomena: mi madre se moria, no habia remedio; don Calisto estaba allí, mi madre me decia llorando: Si no quieres que yo muera desesperada, cásate con don Calisto: en muriendo yo te quedas sola en el mundo, y esto es para mí un dolor tan grande que tú no querrás que yo lo pase...

Andrés callaba: el mozo llegó, puso sobre la mesa

una botella de ron, dos copas y dos vasos de agua; llenó las copas y se fué.

Andrés tomó en silencio una copa y la apuró de un trago sin hacer un solo gesto, á pesar de que aquel ron hubiera hecho hacer una mueca á la Esfinge, si la Esfinge hubiera podido beberlo.

XXI.

—Porque mi madre no muriera desesperada... continuó Filomena, porque ponia los gritos en el cielo, porque se negaba á confesar y á tomar los Sacramentos, si no me casaba con don Calisto... porque no se condenára, Andrés, porque no se condenára, me casé.

Andrés se bebió la otra copa.

Filomena, no teniendo más que decir, calló tambien.

Andrés tomó la botella para llenar de nuevo las copas.

Filomena se la arrebató y la tiró.

—No, dijo, no te embriagues; si quieres matarme, bueno, no me iré contigo; tomaré un coche y me iré á esperarte á un lugar solitario donde nadie nos vea; tú puedes ir por otro lado y allí... adivina quien te dió; yo habré dejado de ser infeliz y nadie podrá pedirte cuenta de mi muerte.

Y la pobre chica se echó á llorar.

—Más valia, dijo Andrés rompiendo al fin su silencio, que tu madre se hubiera estrellado sin poder decir una sola palabra.

A Filomena le llegó el turno de callar.

—Cuando yo venia loco de amor, tardándome el ver á mi Filomena, te encuentro casada con ese bruto de don Calisto, y empavesada y hecha una señora, como para insultarme, como para decirme: ¿no me habia de casar con él si es rico? Pues mira, no me gustas así; estás fea; me gustabas mucho más con tu manto de sarga, tu pañuelo de seda y tu vestido de percal.

XXII.

Filomena se animó algo; comprendió que no era Andrés el hombre que habia de matarla.

Pero le queria, era su primer amor.

—Y bien, dijo, yo no tengo la culpa de que mi marido se empeñe en que yo vaya hecha una duquesa; á los ocho dias de haberme casado, tenia dos docenas de vestidos riquísimos; yo no sé cuántos abrigos, no sé cuántas mantillas, no sé cuántas capotas, y dos armarios llenos de ropa blanca finísima. Don Calisto es millonario y se muere por mí.

Andrés resopló.

Filomena fué cobrando brios.

—Y no tienes por qué tener celos, continuó: don Calisto, aunque es mi marido, no es mi marido, es mi padre.

—Eso es mentira, contestó Andrés: tú quieres engañarme de una manera ridícula.

—Tú lo vas á ver, porque tú vas á vivir en nuestra casa.

—¡Yo! exclamó Andrés.

—Sí, tú: don Calisto está muy gordo, le es de todo

punto imposible escribir, porque si se acerca á una mesa, el pecho y la barriga le impiden ver el papel, y necesita de un secretario: le tenia, pero se atrevió á decirme una insolencia, yo me quejé, y don Calisto le despidió: han ido muchos, pero á mí no me ha agradado ninguno, porque pensaba en tí, y don Calisto, como no hace más que lo que yo quiero, está todavía sin secretario, valiéndose cuando le necesita del dependiente mayor.

—¿Y cómo he de entrar yo en tu casa sin que don Calisto sospeche?

Filomena se tranquilizó del todo: la cuestion estaba vencida: sacó su precioso portamoneda de plata oxidada, y le dió á Andrés.

El portamoneda pesaba; Andrés le abrió y encontró dentro doce onzas.

XXIII.

Brillaron de una manera singular los ojos del estudiante á la vista del oro, y miró de una manera ansiosa á Filomena.

Esta se consideró ya de todo punto triunfante.

Habia dominado la situacion; habia comprendido el perdon de Andrés.

Otra mujer se hubiera desencantado; pero Filomena no era una mujer superior ni mucho ménos.

Amaba á Andrés con toda su alma, y le hubiera seguido amando, aunque se hubiera degradado hasta lo infinito.

XXIV.

—¡Pero chica! exclamó Andrés, ya completamente tranquilizado, —¿cómo tienes tú tanto dinero?

—¡Bah! dijo con desden Filomena: ¿á eso llamas mucho dinero? ¡si tú vieras la caja reservada de don Calisto!... papel del tres por ciento, acciones de carretera, acciones del Banco, billetes, oro: cuando fuí á su casa despues de haberme casado, me llevó á un gabinete con una alcoba y me dijo:

—Este es tu cuarto, Filomena; yo no entraré en él sino despues de que te hayas levantado, vestido y peinado; yo no me he casado contigo para hacerte mártir; tengo ya setenta años, estoy muy gordo, hija mia, no puedes quererme, y yo no quiero que me aborrezcas; por otra parte para mí ya no existen las mujeres: te quiero como si fueras mi hija: ¿qué quieres? te he visto nacer; conocia yo mucho á tu madre, y si no he hecho por vosotros, que sí he hecho, porque la verdad es que nunca os ha faltado que comer, ha sido para que te acostumbrases al trabajo y te hicieses mujer: tienes ya diez y seis años, estás hecha una buena moza, habia que temer que dieses un mal tropiezo por inocente, y era necesario evitarlo: por eso he querido que te casases conmigo: tu madre fué la primera que se opuso cuando se lo dije, porque pensó de mí cosas muy terribles; pero supe yo explicarme tan bien con tu madre, que se convenció de que esto era lo que convenia: casados estamos; pero hazte cuenta que no lo estamos: tú eres libre, independiente y

dueña absoluta de mi casa: no quiero que ni siquiera tengas que pedirme dinero: toma estas tres llaves, entra en un cuartito, al que se vá por la puerta de escape de esa alcoba, y abre la caja de hierro que allí está.

Yo entré: sobre una mesa muy fuerte habia en aquel cuarto una caja mediana de hierro, pintada de negro, con tres fajas de metal dorado, y en cada una de ellas una cerradura.

Abrí temblando la caja, y encontré algunos legajos de papel del Estado y del Banco: en otro compartimiento una porcion de estuches, cada uno de los cuales contenia una rica alhaja, y otros tres llenos de onzas de oro.

Me aturdí: sentí no sé qué vapor que salia de aquella caja que me mareaba, que me hacia ver mi vida de otra manera que como hasta entonces.

—¿Qué tal? me dijo don Calisto que habia entrado tras mí: esto te parece muy bueno, ¿no es verdad?

—Ya lo creo, le contesté: ¿y todo esto es mio?

—Sí, me contestó; todo eso es tu dote.

—¿Y cuánto hay aquí? le pregunté.

—No mucho; dos millones en treses y carreteras, que dan próximamente una renta de siete mil duros: don Cosme, mi cajero, vendrá cada semestre, cortará los cupones, los cobrará y te traerá tres mil y quinientos duros.

—Con que es decir que yo tengo para mis gastos todos los meses... le dije completamente mareada.

—Diez mil y tantos reales, hija mia.

—Pero, Filomena, tú debes adorar á ese hombre, dijo sintiendo la embriaguez del oro Andrés.

—No, contestó Filomena, no: á pesar de todo, siempre estabas tú delante de él.

—Parece esto un sueño, exclamó Andrés: ¿y cuánto importaba lo demás que habia en la caja?

—En alhajas, en pedrería, un millon de reales; en oro otro millon.—He puesto ahí ese dinero muerto, ese dinero que no gana, porque dos millones me importan muy poco; me dijo don Calisto, y no quiero que estés estrictamente atenida á una asignacion mensual; cuando se vive con lujo se gasta mucho, y yo quiero que gastes como una grande de España.

—¡Pero ese hombre debe ser muy rico! dijo el estudiante, para quien ya el amor de Filomena era una cosa secundaria.

—Segun me ha dicho, tiene unos sesenta millones: desde que tenia veinte y cinco años, es corresponsal de todas las fábricas de paños del país y muchas del extranjero; y sin haberse metido jamás en otro negocio, ha ganado mucho y ha gastado muy poco: y no es esto sólo, Andrés; no es esto sólo: hace quince dias otorgamos un testamento mútuo, porque decia don Calisto:—Si tú (lo que Dios no quiera), murieses de repente sin haber hecho disposicion testamentaria, algunos de los parientes de tu madre heredarian el dote que yo te he confesado al casarme contigo, y yo no he ganado mi dinero para bribones: si yo muero *ab intestato*, habria quien te incomodara y quien te disputara la herencia: hagamos, pues, un testamento de mancomun, y así, si yo muero antes que tú, como es natural, me heredas sin que nadie tenga que pedirte ni un maravedí, y si tú por des-

gracia, lo que no es probable, mueres antes, yo te heredo.

—¡Ese hombre está loco! dijo en la impremeditacion de la juventud, pero viendo claro con su misma imaginacion Andrés.

Y sus ojos brillaron con una terrible expresion, que la pobre Filomena no pudo comprender, y en la que ni siquiera reparó.

XXV.

—Ya ves, dijo la jóven, que no siendo don Calisto mi marido más que en la apariencia, mi casamiento ha sido como si nos hubiera tocado cien veces el premio grande de la lotería: pero vamos á lo que importa por el momento, porque no quiero tardar en volver á casa: con ese dinero, te vas al mejor sastre de Madrid, y que te haga un equipaje elegante: mi antigua maestra la Mariquita, con quien podemos tener confianza, te proveerá de ropa blanca: cuando estés vestido como un señor, lo que te sentará muy bien, porque eres muy guapo, te vas al *Diario* y mandas poner un aviso solicitando colocacion en una casa de comercio, y de seguro, antes de quince dias vives conmigo: me voy contenta, añadió Filomena levantándose, porque veo que no puedes dudar que te quiero, y que no te he ofendido ni con el pensamiento: conque adios: esta noche á las ocho cuando ya se hayan ido las oficialas, iré á casa de la Mariquita, y allí aconsejados por ella, acabaremos de combinarlo todo: quédate aquí todavía un rato: adios.

—Adios, hasta la noche, dijo el estudiante estrechando de una manera nerviosa la pequeña mano de Filomena.

Estos dos jóvenes bribones se separaron más enamorados que nunca el uno del otro.

CAPÍTULO II.

Continúa la exposicion de nuestro terrible drama.

I.

Don Calisto Azpecochea era un tipo repugnante: un hombre obeso en cuya fisonomía innoble no se veia un solo rasgo de generosidad ni de entusiasmo, ni de creencia en nada más que en lo positivo.

Su mirada tenia una marcada expresion de recelosa sordidez.

A pesar de sus setenta años, se mantenia robusto, sano, colorado, amenazando vivir otros veinte.

No se comprendia cómo aquel hombre que nunca habia pensado en otra cosa que en acumular dinero, habia podido ser tan generoso, tan pródigo, tan loco, tan imprudente respecto á Filomena.

Y no habia que pensar en que don Calisto lo habia hecho por estupidez; porque la inteligencia, y una inteligencia profunda y recelosa, brillaba en su mirada.

II..

A los diez y seis años, Azpecochea habia venido desde Lequeitio, aldea de la provincia de Vizcaya, de donde era natural, á Madrid, para entrar de hortera en el mismo almacen de paños, del cual era dueño á los veinte y cinco, y marido de la viuda de su primero y único principal, don Segundo Hernandez, hombre honrado, que habia muerto en la flor de su vida de una manera que habia impresionado y hecho sospechar á todo el mundo.

Se habló de envenenamiento, pero este rumor pasó, y dos años despues la viuda se casó con Azpecochea.

A los ocho años, doña Virginia Vidaura, que habia hecho testamento de mancomun con Azpecochea, su segundo marido, murió de un violento cólico sin dejar sucesion á Azpecochea, que por aquella muerte y en virtud del testamento, quedó dueño absoluto del almacen.

A los cuatro años, Azpecochea se casó con María del Prado, buena moza de diez y ocho años, hija de un ropavejero de las Américas viejas, que al morir su padre, heredó dos millones de reales hechos con hierro viejo y trapos, y con otras industrias no muy inocentes.

A María del Prado la amó Azpecochea cuanto podia amar su alma grosera y sórdida, y por esta vez no hubo testamento de mancomunidad.

Sobrevino fruto de bendicion, y María murió al dar á luz un niño muy débil, que sólo sobrevivió á su madre quince dias.

Don Calisto heredó de su hijo los dos millones que el hijo habia heredado de su madre.

Tres años despues, y cuando don Calisto era ya decentemente millonario, arregló como un negocio con un empleado de palacio su casamiento con una sobrina suya.

El empleado daba en dote á su sobrina seis millones de reales con la condicion de que don Calisto cubriese cierto percance amoroso que habia acontecido con un alto personaje, á doña Estefanía de Santisteban, que así se llamaba la sobrina del empleado.

Don Calisto, antes del casamiento, pero despues del convenio secreto, dijo á sus dependientes y á sus amigos, que de uno de sus amores secretos tenia un hijo, que se veia obligado á casarse y que se casaba.

A los quince dias don Calisto legitimó casándose con doña Estefanía un hijo de otros amores, recibió seis millones de reales y fué, no el marido, sino el pretexto de doña Estefanía, lo cual produjo mucho más dinero á don Calisto.

III.

No sabemos cómo, á los seis meses el hijo legitimado murió.

Al año sucumbió en su segundo alumbramiento doña Estefanía, produciendo una niña muerta.

Don Calisto, viudo tres veces, era respetablemente millonario, sin que nadie, salvos algunos rumores que habian corrido y se habian extinguido, pudiese dudar de su honradez.

IV.

A los cincuenta años se casó con su cocinera, se arrepintió á los quince dias, y tuvo que sufrirla seis años, hasta que se murió á consecuencia de una paliza que la dió sin piedad, no don Calisto, sino su antiguo amante, por celos de otro nuevo.

Fué la única mujer con quien obró de buena fé don Calisto.

Durante diez y siete años, hasta que se casó con Filomena, si don Calisto tuvo amores, no fueron legítimos.

Dejemos adelantar los sucesos para conocer por completo el carácter y la historia de este gran vividor, que no habia perdonado medio para hacerse millonario. Su conducta para con Filomena era un misterio, y no podia dudarse de que la amaba cuanto puede amarse en la tierra, con una abnegacion de que seria difícil hallar ejemplo.

La verdad es que don Calisto habia dejado de tener personalidad para doblegarse completamente á la voluntad de su jóven esposa.

Y es el caso, que Filomena no le agradecia su completo sacrificio, porque en último resultado, Filomena hubiera preferido su pobreza con la libertad completa de ser enteramente de Andrés, á todo el lujo, á toda la riqueza que la procuraba don Calisto, obstáculo grave y demasiado tangible para su union franca y sin restricciones de ningun género con el estudiante.

V.

Un dia, don Calisto que estaba suscrito al *Diario* y que no dejaba de leer los anuncios por si caia alguna ganga, ya de este género, ya del otro, leyó el siguiente anuncio, alrededor del cual habian marcado, sin duda en la casa para llamarle la atencion, una línea hecha con pluma.

«Un jóven de diez y siete años, estudiante del segundo de leyes, persona acomodada, desearia entrar en una casa de comercio para ponerse al corriente de los negocios mercantiles. El memorialista de la calle de Bordadores dará razon.»

—Don Estéban, dijo don Calisto, asomándose á la habitacion donde estaba su cajero, ¿ha marcado usted con tinta un anuncio en el *Diario?*

—No señor, contestó el cajero, ni áun he visto hoy el *Diario*.

Don Calisto se volvió para adentro, y se fué á buscar á Filomena, *Diario* en mano.

—¿Has señalado tú este anuncio? la preguntó don Calisto mostrándosele.

—Sí, Calisto, sí; he leido esta mañana el *Diario* por ver si habia alguna almoneda, y he tropezado con ese anuncio, dijo con la mayor naturalidad, y al parecer con una completa indiferencia, Filomena: le he señalado para que reparases en él, y por si te convenia.

—Esto es raro, dijo inocentemente don Calisto: un estudiante de leyes, acomodado, que quiere entrar en una

casa de comercio, sin sueldo, y sólo por ponerse al corriente de los negocios mercantiles...

—Haz lo que te parezca, dijo Filomena, que estaba bordando al cañamazo un corte de zapatillas.

—Por ver nada se pierde, dijo don Calisto: voy á enviar un dependiente para que avise por medio del memorialista á ese señor, que le recibiré cuando guste venir.

VI.

Aquella tarde Andrés se presentó sumamente elegante, pero sumamente modesto en las maneras, á don Calisto.

—¿En qué puedo tener el gusto de servir á usted, caballero? dijo don Calisto, que ya no se acordaba del anuncio del *Diario*.

—El memorialista de la calle de Bordadores, contestó Andrés, me ha anunciado que podia verme con usted.

—¡Ah! ¿es usted un jóven que busca colocacion? No lo hubiera creido al ver á usted.

—Francamente, dijo Andrés, aunque yo tengo todo lo que necesito, quiero, en primer lugar, pertenecer á una casa respetable y ordenada, y aprender al mismo tiempo algo: los conocimientos mercantiles pueden ser muy útiles á un abogado, y lo son en efecto; usted se ha dignado llamarme, á consecuencia de un anuncio, y estoy á la disposicion de usted.

—Pase usted, pase usted, dijo don Calisto, que no queria recibir ningun secretario sin la aprobacion de Filo-

mena, é introdujo á Andrés en el gabinete de esta, sin sospechar que los dos jóvenes fuesen tan gravemente conocidos.

Andrés saludó á Filomena como si no la hubiera visto en toda su vida.

Filomena contestó fria y ceremoniosamente al saludo de Andrés.

—Este señor, dijo don Calisto á Filomena, es el del anuncio de esta mañana.

—Y bien, puesto que ha de ser tu secretario, entiéndete con el señor, dijo Filomena.

—Se supone, dijo don Calisto, que usted vivirá de asiento en mi casa.

—Por supuesto, contestó Andrés, ese es mi principal objeto; vivir en una casa morigerada y digna.

—Bien: estará usted á nivel de mi cajero y de mi teneder de libros; comerá usted con nosotros á la mesa; tendrá usted cuarto independiente; asistencia y ropa limpia, y estará usted en libertad de salir desde la hora en que se firme la correspondencia hasta las doce de la noche, y el dia de fiesta completamente libre.

—Sólo necesito tres horas diarias para la cátedra.

—Bien; yo pensaré en todo eso y avisaré á usted: dígame usted su nombre, el pueblo de su naturaleza y la posicion de sus padres.

—Suponia que usted me pediria esto, y traigo aquí la nota, dijo Andrés, sacando de una elegante cartera un papel que entregó á don Calisto.

—Puede usted volver mañana, dijo éste, y daré á usted una contestacion definitiva.

—Pues hasta mañana, contestó Andrés: á los piés de usted, señora: beso á usted la mano.

Y Andrés salió.

VII.

Don Calisto, que era muy confiado cuando no tenia motivo para recelar; don Calisto, que poseia una profunda experiencia, al contestar Filomena al saludo de Andrés, sorprendió en su mirada una expresion involuntaria, una de esas llamaradas que salen del alma á despecho de la razon y de la prudencia y lo comprendió todo.

Todo, como si cualquiera de ellos le hubiera contado la historia de sus amores.

Pero ni se alteró en lo más mínimo, ni dió señal alguna que demostrase que habia comprendido la situacion.

—¿Sabes, Filomena, le dijo, que me parece muy bien ese muchacho, y que decididamente le admito en mi servicio? y esto aunque tú me hagas alguna objecion, como respecto á los otros: me conviene un secretario así, y te advierto que el primer disgusto que tendremos sobrevendrá si te opones á que yo le reciba.

—Toma á lo ménos informes, Calisto, dijo Filomena; esto es natural y hasta necesario.

—Nada, nada: los informes los trae ese muchacho en la cara; yo soy muy fisonomista, tengo setenta años, y no me engaño, hija mia: voy á mandar que preparen el aposento de mi nuevo secretario.

Y don Calisto salió contento, alegre.

—¡Oh! exclamó cuando estuvo fuera; se aman, y ella le vuelve loco: más vale así; así se evitan citas y escándalos, y ella será feliz sin que lo sienta la tierra.

VIII.

Al dia siguiente Andrés quedó instalado en la casa.

Pasó algun tiempo, y Andrés notó que don Calisto le iba cobrando el afecto de un padre.

Le tuvo por tonto y le despreció como le despreciaba Filomena.

De los tontos se usa y se abusa, y los amantes fueron imprudentes hasta el punto de que el cajero y el tenedor de libros notaron que los dos jóvenes se entendian.

Al fin el cajero, suponiendo inadvertido á don Calisto, creyó de su deber advertirle.

Don Calisto le respondió secamente que no permitia á nadie creerse con mejor vista que él, y que su obligacion se reducia á cuidar de la caja.

El cajero se encogió de hombros y despreció á don Calisto, á duo con el tenedor de libros.

Así pasaron algunos meses, hasta que por las vacaciones, Filomena se fué á tomar baños y se estuvo tres meses tomándolos.

Andrés se fué á Sigüenza, cuidando de ponerse en camino con su viejo leviton y su capa parda, y volvió por el mes de octubre.

A Filomena le acompañó en su expedicion venariega su antigua maestra.

Volvió más desarrollada, más hermosa y con cierta expresion de hechicera languidez.

IX.

Y así pasaron uno, dos, tres, cinco años, en cada uno de los cuales Filomena hizo una expedicion de tres ó cuatro meses, con su maestra.

Andrés, á los veintitres años, habia concluido su carrera, estaba rico, porque Filomena habia robado para él á don Calisto, y cuando despues de haber recibido el grado de licenciado, volvió á Sigüenza, Andrés prescindió del arriero; fué en diligencia y en berlina y asustó á su tio al presentársele de repente con un elegantísimo traje de camino.

—¿Qué es esto, hijo? le preguntó el buen canónigo, vivamente sorprendido: ¿te ha tocado la lotería?

—El premio grande, tio: vamos, usted no creerá que yo soy hombre de cincuenta á sesenta mil duros.

—¿Pero cómo te ha venido eso, Andrés? le preguntó el canónigo.

Andrés, que se habia pervertido en Madrid, que habia acabado pos hastiarse de Filomena y por engañarla corriendo de aventura en aventura, se habia hecho cínico y descarado, y le pesaba ya, y hasta le avergonzaba el aspecto hipócrita que hasta entonces habia mantenido para con su tio.

Se lo reveló, pues, todo con un lujo de descaro infinito, y añadió que si le contaba aquello era porque habia

resuelto emanciparse y establecerse en Madrid para no volver más á Sigüenza.

Don Severo, que lo era mucho, don Severo que habia creido que Andrés estaba en una casa de comercio para ganar algo y vivir recogido, se sofocó de tal manera con la cínica revelacion de Andrés, que le sobrevino un calenturon furioso y fué necesario llamar al médico.

Si no hubieran llamado al médico, hubiera sobrevenido una reaccion natural, y el pobre don Severo hubiera vivido algunos años más.

Pero el médico se equivocó: exacerbó la enfermedad, la complicó, y dos funestas sangrías dieron en la eternidad con don Severo, que murió perdonando á su sobrino porque ya no tenia otro remedio, y porque como teólogo consumado, sabia que una de las puertas del cielo es el perdon, y dejando por herencia á su sobrino Andrés veinte y cinco mil duros.

Andrés enterró á su tio, se vistió de luto, lloró mucho delante de los conocidos, se estuvo en el pueblo hasta que le pusieron en posesion de la herencia, y la redujo á dinero, poniéndolo en letras sobre Madrid; se le enjugaron los ojos apenas emprendió el viaje, se quitó el luto en una de las posadas, y entró en casa de su principal, ó mejor dicho en su propia casa, y ni áun siquiera dió á don Calisto la noticia de la muérte de su tio.

Andrés habia empezado por vender su amor por dinero; habia seguido siendo traidor al hombre que le tendia su mano; habia acabado por despreciar á Filomena, como todo criminal desprecia á su cómplice; habia alimentado todos los vicios, pero en secreto y con una habilidad pas-

mosa, con el dinero que para él robaba á don Calisto Filomena; habia causado por mera perversidad la muerte de su honrado tio, y volvia á Madrid para estrechar sus vínculos de infamia con Filomena, por medio de un nuevo crímen.

X.

Filomena, engañada por la hipocresía de Andrés, le adoraba.

Andrés veia en la adoracion de Filomena una inagotable mina de oro, y representaba admirablemente su papel de amante apasionado, para mantener la adoracion de Filomena.

Una noche, antes de su ida á Sigüenza, Andrés dijo á Filomena:

—Esta es una vida insoportable: nuestra situacion es lo más extraña del mundo: no puedo tener celos de nadie porque el estúpido de don Calisto no tiene de marido tuyo más que el nombre; pero al fin llevas su nombre; te luce, todo el mundo dice:—¡qué hermosa es la mujer de don Calisto!—tengo celos de eso, Filomena; me pesan, me ennegrecen el corazon: además de esto, tenemos hijos: es necesario fijar nuestra posicion: existe un testamento de mancomunidad entre don Calisto y tú: don Calisto está de sobra.

—¡Ah! exclamó sorprendida por aquella proposicion Filomena.

—Estoy resuelto, dijo Andrés; ó redondeamos de una vez nuestros asuntos, ó me separo de tí y abro mi bufete.

—¡No! exclamó aterrada Filomena: yo no puedo vivir sin tí...

—Y yo no puedo vivir contigo y con don Calisto.

—Huyamos, Andrés, huyamos al extranjero: somos bastante ricos para vivir con lujo en cualquiera parte.

—Es que yo no quiero huir: es que yo quiero ser más rico.

—¡No! yo no cometeré el crímen que me propones.

—En buen hora, contestó Andrés, hemos concluido: alguna vez habia de terminar esto de una manera ó de otra: no hablemos más.

XI.

Filomena luchó durante muchos dias; pero al fin, aterrada por las amenazas de abandono de Andrés, calenturienta, loca, una mañana, en una taza de chocolate...

XII.

Don Calisto se sintió al poco tiempo atacado de un violento cólico, y á los primeros síntomas, se puso pálido con la palidez del terror.

—¡Ah! dijo, conozco esto muy bien; muero como he matado.

Y tiró de la campanilla.

Se presentó Filomena pálida y convulsa.

—Llama á Andrés, le dijo don Calisto.

—¿Y para qué? contestó Filomena.

—Le necesito, dijo don Calisto: cuando venga, ven tú; te necesito tambien.

A poco entró Andrés armado de una imperturbable serenidad.

—Cierra la puerta, Filomena, dijo don Calisto.

Filomena cerró, temblando, la puerta.

—Sentaos junto á mí, dijo don Calisto.

Los dos jóvenes se sentaron.

XIII.

—Yo entré de dependiente en esta casa, ménos que de dependiente, de hortera, á la edad que tú has entrado en ella, Andrés, con la diferencia de que yo no conocia á Virginia, mujer de mi principal, como tú conocias á Filomena; tú eras amante de ella y por ella viniste á mi casa.

—¡No! dijo Filomena.

—Lo sé todo; comprendí que os amábais el mismo dia en que se presentó por primera vez en casa Andrés: despues te explicaré por qué le admití en mi casa; porque á pesar de que sabia que era tu amante, le amé como á un hijo; porque á pesar de que conocia que me creíais tonto y que me despreciábais y que me robábais, lo he tolerado.

—Estamos, pues, dijo con cinismo Andrés, entendiéndonos perfectamente.

—Sí, contestó don Calisto; y si yo hubiera podido preveer el caso en que nos encontramos, para librar á Filomena de un insoportable remordimiento, os hubiera hecho mucho antes la revelacion que ahora voy á haceros.

—Pero esto puede tener remedio, dijo Filomena, un médico.

—No; esto no tiene remedio, dijo don Calisto: lo sé muy bien; aquí vendrá un médico, sí; mi médico de toda la vida, que debe á los servicios que me ha hecho la fortuna que posee; esto debe quedarse entre nosotros, él y Dios; tenemos tiempo; esto durará cinco ó seis horas; no invertiré yo tanto en deciros lo que es necesario que sepais.

XIV.

Don Calisto, entretanto, sufria horriblemente y devoraba su dolor.

Calló durante algunos segundos, y luego dijo:

—Virginia, mujer de don Segundo Hernandez, mi principal, se enamoró de mí: era una robusta mujer de cuarenta años, arrogante moza, á quien su marido miraba con indiferencia, consagrándose por completo á sus negocios.

Yo me ví envuelto por los halagos, por la hermosura de aquella mujer, y un dia serví una taza de caldo á don Segundo... que murió á las ocho horas.

Virginia se entendió con el médico don Pedro Suarez, que vive aunque muy viejo, y continúa siendo médico de casa, y nadie supo que don Segundo habia muerto envenenado.

—¡Ah! ¡qué horror! exclamó Filomena.

—Pues bien; casado yo poco despues con la viuda, dijo con un acento hueco que espantaba, don Calisto, otorgado un testamento en que debíamos heredarnos el uno al otro, Virginia murió como yo voy á morir, y ha-

biendo entrado de dependiente en la casa, á los pocos años fuí dueño absoluto.

XV.

Se detuvo como para tomar descanso don Calisto, y dejó oir algunos gemidos de dolor.

—Es necesario, de todo punto necesario llamar á un médico, dijo Filomena: estoy horrorizada, yo no quiero que usted muera.

Andrés callaba y estaba pálido y sombrío, temiendo á donde aquello podia ir á parar.

—Todo es inútil, dijo don Calisto; el chocolate que me has dado esta mañana estaba preparado por una mano maestra: yo te perdono, Filomena: Dios quiera que quien me mata no te mate tambien: déjame continuar. Me he casado con algunas mujeres ricas, y las he heredado como tú me heredarás á mí; he vendido mi nombre, he hecho cuanto ha habido que hacer, hasta que he llegado á ser millonario; cuando me casé contigo poseia unos sesenta millones: han pasado cinco años, y ha llegado á ochenta millones mi capital. Todo eso será tuyo dentro de algunas horas; yo podia hacer que un juez interviniese en esto; pero ni quiero ni debo hacerlo, porque lo que me acontece es la horrorosa expiacion de mis delitos: prepárate á oir una revelacion terrible: eres mi hija.

Filomena dió un grito horrible y se levantó.

Andrés, dominado por la situacion, se levantó tambien.

—¡Hija y mujer de usted! exclamó Filomena.

—Mi mujer no, dijo don Calisto cada vez más atormentado por los terribles efectos del arsénico; mi mujer no; tú me conoces desde que tienes uso de razon; y desde que eres mujer, desde que eres hermosa, no puedes acordarte de haber visto en mí más que el afecto de un padre.

—Es verdad, dijo Filomena; pero como usted queria casarse conmigo, yo creia...

—¡Ah! tú no conocias el terrible secreto de tu nacimiento, de tu familia: tu madre era una bribona; pero la bribona mejor moza de Madrid: era mujer de un alguacil de la villa, de un perdido..., y mi última mujer vivia cuando naciste tú, cuando tu padre aparente murió de una borrachera: poco despues, mi mujer murió tambien, pero yo no podia reconocerte; aparecias como hija legítima de Lucas Agudo; por otra parte, cuando tú naciste, vivia mi última mujer; yo no te he abandonado, recuerda, nunca te ha faltado ni buena cama, ni buena mesa; has trabajado, sí, porque yo no queria llamar la atencion, porque yo no queria que nada pudiese sospecharse, porque es muy bueno además que las mujeres sean laboriosas: te se ha educado bien, has estado en un colegio como una señorita hasta los doce años, y eres una señorita. Cuando cumpliste los quince te desarrollaste de tal modo, te pusiste tan hermosa, que yo empecé á temer por tí, y desde entonces, en completa inteligencia con tu madre, empezó á decírtese que era necesario te casases conmigo: voy á explicarte esto que á primera vista parece horroroso, inmoral, terrible, y que en el fondo no lo es: yo no podia reconocerte, Filomena; podia, sí, haber hecho un testamento constituyéndote mi heredera univer-

sal, pero esto hubiera lastimado tu honra, y no sabes tú cuánto se ama á los hijos, cuánto cuida un padre de la honra de sus hijos: si yo te hubiera instituido mi heredera universal, todo el mundo hubiera dicho: don Calisto Azpecochea ha hecho millonaria á su querida: con una farsa ante los hombres, cumpliendo con un deber ante Dios y mi conciencia, te dejo millonaria sin que nadie pueda murmurar de tí: ¡ah! tú sabrás, por lo que por tus hijos sufras, por lo que por tus hijos anheles, lo que yo he sufrido y anhelado por tí; tú comprenderás por qué viéndote enamorada de éste le he admitido en mi casa y he cubierto las apariencias para evitar cosas peores: él ha hecho como yo: te ha seducido, te ha arrastrado, ha hecho lo mismo que he hecho yo para llegar á la riqueza: no puedo quejarme: Dios es un juez que no se engaña, y sentencia de una manera terrible é irrevocable.

XVI.

Don Calisto se detuvo de nuevo; luego continuó dirigiéndose á Andrés:

—Yo te perdono; no puedo acusarte de un delito que yo he cometido tantas veces; ¡qué te importaba yo á tí! tú se lo debes todo á ella; ella era tuya antes de nuestro casamiento ficticio: yo era para vosotros un obstáculo que á cada momento se hacia más insoportable; os habeis deshecho de mí; pero escuchad: el crímen es una semilla que sólo produce frutos venenosos, frutos que matan: lo que está pasando aquí parece preparado por el infierno: si el mundo viera esto, el mundo se extremeceria; el mundo no

veria aquí más que oro en el fondo de una inmunda charca de lodo y sangre; pero yo veo algo más que eso, yo veo la justicia de Dios: vedla vosotros tambien; procurad en fuerza de buenas acciones atenuar el crímen que habeis cometido; arrepentíos; consideraos instrumentos de la justicia de Dios para conmigo; tened lo que sucede por un sueño fatigoso, por una pesadilla horrible: el amor os ha sonreido, os ha prestado su fecundidad: en cinco años habeis tenido cinco hijos; han muerto dos; os quedan pequeños un niño y dos niñas; no por cubrir el fallo del mundo deis lugar á que vuestros hijos se vuelvan contra vosotros sin conoceros: quedais muy ricos, y con el oro se consigue todo: idos al extranjero, casaos, alterad las fechas, haced que vuestros hijos aparezcan legítimos, educadlos bien, por amor de ellos y en memoria mia, y procurad ser felices: yo os perdono otra vez; os perdono desde el fondo de mi alma; porque, os lo repito, no sois vosotros los que me matais, es la justicia de Dios; un infame debe caer bajo las consecuencias de su infamia: no puedo más: afortunadamente he concluido.

XVII.

Y don Calisto se levantó, se arrojó en el lecho y se revolvió en él lanzando un rugido de dolor.

—Don Pedro Suarez, mi médico, dijo don Calisto, debe estar ahora en su casa: que le llamen: vé, Andrés, y domínate; estás pálido, verde: vé, vé, que nadie pueda sospechar nada.

Andrés salió.

Filomena, no atreviéndose á acercarse á don Calisto por vergüenza, por dolor, por remordimiento, se dejó caer sobre un sillon, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

XVIII.

Así pasó media hora: Filomena doblegada y llorando; don Calisto revolviéndose en el lecho y lanzando ahogados rugidos de dolor.

Al fin se abrió la puerta del gabinete y apareció Andrés acompañado de un viejo demacrado, gastado, encorvado, de mirada recelosa como la de un lobo y completamente vestido de negro.

Aquel viejo era el médico don Pedro Suarez.

—¿Qué es esto? dijo, ¿qué sucede, que este caballero no me ha dejado acabar de comer? ¿Por qué esa desesperacion, señora? Don Calisto, á pesar de sus setenta y cinco años, es un buen mozo, muy robusto y muy sano, y tiene muy buena pasta: además, estando yo aquí no hay que temer nada. ¿Qué es esto, amigo mio? dijo acercándose al lecho.

—¿Qué ha de ser, don Pedro, dijo don Calisto, sino que han hecho conmigo lo que usted y yo hemos hecho con otros.

—No comprendo lo que usted dice.

—Pues bien, contestó don Calisto; es necesario que no comprenda usted nada aunque lo comprenda todo: mi viuda va á pagar inmediatamente á usted su torpeza. Fi-

lomena, busca en mi secreter en un cajon un paquete de billetes de banco y dáselos á don Pedro.

—¿Y quién piensa en el arsénico? dijo don Pedro que se habia encorvado de nuevo: aquí no hay más que un cólico bilioso, grave, muy grave, pero que puede combatirse: voy, voy á recetar.

—Sí, sí, bueno será que usted recete, don Pedro, para evitar sospechas, dijo don Calisto.

—Nadie tiene aquí nada que sospechar, exclamó Andrés; las aprensiones que usted tiene no las tendrá nadie.

—Sí, sí señor, dijo don Pedro mientras escribia; esa es la expresion; aprensiones, verdaderas aprensiones, y sobre todo, recelos.

—Es verdad, dijo don Calisto: *quien tiene las hechas tiene las sospechas:* cómo ha de ser: yo me conformo; he vivido bastante: pero á lo que no puedo conformarme, es á este horrible lobo que me está mordiendo el estómago: vamos, los piés y las manos se me ponen como el hielo: no hay que perder tiempo: que llamen al instante al cura de Santa Cruz y á don Manuel el escribano: quiero ponerme bien con Dios y ratificar mi testamento.

XIX.

A puestas del sol, confesado, comulgado, arreglados sus asuntos, murió don Calisto, devorando el horrible dolor que sentia para no causar sospechas: porque, como era natural, todos los dependientes habian acudido.

Al dia siguiente, el cadáver fué conducido al cementerio con gran lujo, y nadie sospechó que al cerrarse el

nicho, quedaba en él el cuerpo del delito de un crímen horrible.

A los tres dias, los albaceas abrieron el testamento, y con arreglo á él, Filomena fué puesta en posesion de la gran fortuna de don Calisto.

XX.

Andrés se mostraba cada dia más enamorado de Filomena, á pesar de estar completamente hastiado de ella.

Filomena, sin embargo, amaba cada dia más á Andrés: pero aquel amor la envenenaba hasta el alma, porque á él se unia el horror.

Andrés lo conocia, y la decia contínuamente:

—Eres demasiado cándida, Filomena; has creido la absurda historia que nos contó don Calisto: ¿si hubieras sido su hija, se hubiera casado contigo?

—Nunca me ha mirado más que como hija, contestaba Filomena: lo sabia todo, y lo consentia y callaba: si me hubiera amado de otro modo no lo hubiera consentido: le conozco desde que era niña; siempre me ha tratado como padre: hubo un momento en que le creí enamorado de mí: yo no podia creer otra cosa, puesto que se me hablaba de mi casamiento con él: despues de casada le he creido, le hemos creido imbécil; era que no le comprendiamos: Andrés, hemos cometido un crímen horrible, un crímen que me desespera, que me hace sufrir un tormento infinito: ámame mucho, Andrés, para consolarme; porque á pesar de todo, yo te amo cada dia más; cada dia estoy más loca por tí.

XXI.

Era necesario que pasase el año del luto para el casamiento de la viuda de Azpecochea con el secretario de su difunto marido; porque era necesario respetar las fórmulas sociales.

Don Calisto habia muerto en el mes de noviembre, y sólo habian pasado cuatro meses desde su muerte, hasta que para acudir á una cita que no era por cierto de Filomena, porque esta no necesitaba citarse con él, Andrés se fué al baile de piñata del teatro Real.

Hemos llegado, pues, á la marquesa de Santorcaz.

CAPITULO III.

Una aventura de máscara.

I.

Andrés habia llegado á ser todo lo que puede ser un hombre que se pervierte: jugador, camorrista, desordenado, cínico; uno de esos séres que son úlceras sociales que sólo se curan á fuego.

Un perdido, en una palabra, y un gran perdido porque no lo parecia. Era elegante, distinguido, buen mozo, audaz sin grosería, valiente sin jactancia, decidido á todo y capaz de todo; ya lo hemos visto, pero guardando siempre la forma: no jugaba en los garitos, pero jugaba en el Casino; lo que quiere decir que jugaba más fuerte que lo que hubiera podido jugar en una partida vulgar.

No se trataba con canallas conocidos, pero sí con todos los altos canallas: no buscaba la orgía entre las infames vulgares, sino una orgía de otra especie; una orgía íntima, secreta, entre las señoras, á quienes todos respetan y cuya infamia nadie conoce más que un reducido

círculo de personas á quienes la infamia dorada no escandaliza.

Inmejorable en cuanto á la forma externa, simpático, insinuante, bello, era en el fondo una sentina.

Andrés era, en fin, ese abismo oscuro, cubierto por flores, cuya existencia no se conoce hasta que se cae en él.

II.

Con las mujeres bellas y soñadoras, de virtud fácil, viciadas por una educacion en que todo es artificial, nada sólido, Andrés tenia un gran partido: era una especie de rapsodia de don Juan Tenorio: su vida se consumia en aventuras, intrigas y negocios, todos de mala ley, y sin embargo, Filomena nada sabia.

Filomena creia que ella era la única intriga, la única aventura, el único negocio de Andrés.

Este sabia distribuir su tiempo con tal habilidad, que sin dejar de atender á sus múltiples ocupaciones, estaba siempre á las horas de costumbre al lado de Filomena, y no se habia dado el caso de que estuviese fuera de la casa despues de la una de la noche.

III.

Hemos dicho que Andrés habia ido al teatro Real, al baile de piñata, á causa de una cita.

Pero cuando un hombre es tan conocido y tan aventurero como Andrés, un baile en el teatro Real, es el peor lugar de cita posible.

Aventuras que á nadie importan, estorban la aventura que interesa, y muchas veces la mujer que se ha citado allí con el aventurero, encuentra, si es digna, razones bastantes para prescindir de él.

IV.

Andrés tenia una cita con una hija de buena casa, que le habia parecido bastante bella para entretenerse en una conquista fácil y de resultados pasajeros.

Llegó al teatro Real antes de las doce, y entró en el salon en que sólo habia cuatro ó cinco personas, porque aún era muy temprano.

Debajo de la tribuna de la orquesta, á la entrada, habia tres máscaras del sexo hermoso, cubiertas con anchos capuchones negros.

Una de ellas, al ver al jóven, dijo con voz contenida y con acento de tímida sorpresa:

—¡Andrés Peralta!

El jóven creyó reconocer aquella voz, y adelantó hácia el grupo.

Una de las tres le salió al encuentro, y le dijo:

—Todavía no; espera dentro de media hora bajo el palco número doce, el de la de Ariza.

Al mismo tiempo entraban otras dos máscaras, y oyeron las últimas palabras de la cita.

Una de ellas llevaba un traje de moaré antique azul descotado, dejando ver unos hombros admirables, un collar de brillantes en una preciosa garganta, una media careta de moaré negro, que no impedia ver el delicioso

contorno oval de su semblante, una peluca empolvada á la Pompadour; un abanico de plumas, guantes claros y pulseras de brillantes y rubíes.

La máscara que la acompañaba llevaba un sencillo capuchon de raso azul, y careta de alambre.

Detrás, y como en escolta, iban cuatro hombres con frac negro y corbata blanca, que olian á legua á criados de escalera arriba de casa grande, y que no se separaban de las dos máscaras.

V.

Andrés vió á la dama vestida á la Pompadour; le deslumbraron su elegancia, sus hombros, sus brazos, su seno, su garganta, el gracioso corte de su cabeza, la hermosura completa, en fin, que el medio antifaz no encubria.

Mientras miraba á esta máscara, se le escabulleron las otras tres.

Mientras fué á ver por dónde se habian ido las otras tres, se le escurrió la máscara á la Pompadour, encubierta por un loco tropel que acababa de entrar en el salon.

VI.

Hoy un baile de máscaras en el teatro Real es un baile sério, insípido, en que todos los hombres van en traje de sociedad, en que no se vé una máscara masculina, en que todas las mujeres van completamente tapadas, y que no se quitan la careta sino en su casa, de vuelta del baile.

no hay broma, no hay chiste, no hay alegría, no se sorprende una sola intriga, ó como se dice ahora, un solo *belen:* ellas molestan más que embroman á los conocidos, y la concurrencia, que cada dia es más numerosa, se estrecha, suda, no se puede dar un paso; la gran mayoría no baila; se va allí, no se sabe por qué, como no sea porque es de cajon ir á un par de bailes al teatro Real.

Los guardias civiles no tienen que acudir á la fonda ni al café para cortar ninguna disputa; reina el órden más admirable, hijo del fastidio y de la inercia de todos: no hay donde sentarse: se sale rendido, fastidiado, sin haber oido decir más que insulseces como las siguientes:

—Ya sabrá por mí Fulanita que eres un coqueton, que te vienes aquí á hacer conquistas mientras ella está durmiendo.

—¿Sabe doña *Perpétua* (así llaman las pollas á la mujer del prójimo) que te has venido al baile? ¡Pobre señora!

—No sabes quién soy, y hablas conmigo todos los dias.

—Te he visto esta tarde en la Fuente Castellana; adivina.

Y en cuanto se quiere entrar en diálogo, hay que abandonarlo como se tira un cigarro que arde mal y no sabe á nada.

Nadie se divierte; todos sudan, todos se fatigan, y sin embargo, se va á estas insípidas veladas. Antes era distinto: ó las máscaras no tienen ya razon de ser, porque ellas no necesitan de la careta para sus *belenes*, ó se ha perdido de dia en dia el ingénio. Algunos años hace, un baile de máscaras era una cosa endiablada: desdichado del

individuo á quien conocia una individua y le tomaba por su cuenta.

Le contaba su vida y milagros, le aburria, le desesperaba haciéndole soñar una belleza encantodora, que muchas veces no consistia más que en los rehenchidos y en las maneras, y despues de haberse divertido bien con él, se desprendia con un rasgo de ingénio, dejando emplazada una cita que no se cumplia, por parte de ella, se entiende.

Sucedia todo lo que puede suceder sin grave escándalo: habia drama, melodrama, comedia, sainete, baile y por de contado un ruido atronador, infernal; aquello embriagaba.

Los agentes públicos tenian que acudir ya al tumulto causado por una bofetada, ya á una mujer que se desmayaba, ya al ambigú, donde algunos calaveras se habian tirado las botellas á la cabeza.

Para encontrar hoy algo de esto es necesario ir á *Capellanes*, y en *Capellanes* un hombre prudente no se atreve á entrar sino confesado y comulgado á causa de más de un peligro.

Capellanes es una especie de *Corte de los milagros:* los perdidos de ambos sexos forman la mayoría; los borrachos hacen el *bufon*, las mujeres punzan; las bofetadas son frecuentes, y frecuente el ver que dos individuos salen coléricos y van á entablar un diálogo de puñadas ó de puñaladas, lo que no es ciertamente lo mismo, aunque entre ambas palabras no haya más diferencia que la de una sílaba.

Que no suceda lo mismo en el teatro Real, no quiere

decir que allí no vayan perdidos y perdidas, sino en que son perdidos y perdidas decentes.

El perdido se encuentra hoy en todas partes, con la sola diferencia de la forma y de la educacion; pero siempre son individuos de una misma raza que tienen de comun entre sí la audacia y la falta de vergüenza.

Nuestra sociedad se ha mezclado demasiado: por eso está tan turbia.

VII.

Andrés fué á colocarse debajo del palco número doce.

Pasaron algunos minutos y nadie vino.

Pasó un cuarto de hora, media hora, y el gesto de Andrés se fué avinagrando.

De improviso sintió en su brazo la impresion de un brazo mórbido que se agarraba á él.

Se volvió á su derecha y vió que la que se habia asido á su brazo era la hechicera máscara á la Pompadour, que le miraba de hito en hito, con unos hermosísimos ojos negros, á través de las aberturas de su media careta.

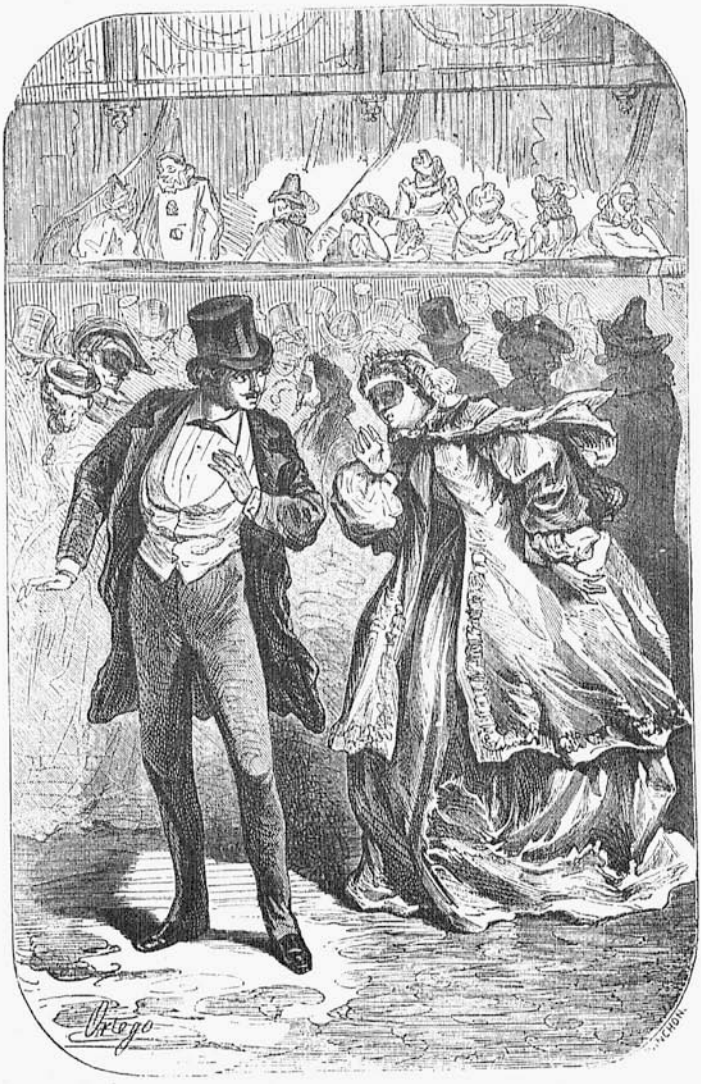
—No, pues no es ella, dijo para sí Andrés.

Hízole volver á la izquierda un tiron colérico, y se encontró con un capuchon negro, que encerraba una forma alta, esbelta, y que dejaba ver sobre su careta unos hermosos cabellos rubios, rizados.

—¡Virginia! exclamó Andrés.

Y pretendió desasirse de la máscara á la Pompadour, que le retuvo tenazmente.

—Has venido, dijo la rubia, y me hubiera dado á co-



Virginia! exclamó Andrés.

nocer á tí; pero eres un grosero, un mariposa, un pobre diablo, y te abandono y te desprecio.

Y se alejó.

Andrés quiso seguirla.

—¿Qué te importa á tí esa máscara? dijo con su voz natural, hechicera voz de muda, voz en que aparecian á un mismo tiempo la niña y la mujer; una de esas voces de polla capaces de tentar á un santo, en que vibran á un mismo tiempo la pureza y la voluptuosidad; ¿qué te importa á tí Virginia de Arévalo? una grande de España tronada, que ha venido del pueblo á donde su difunto marido se fué á hacer economías, y que se gastará locamente los ahorros del difunto en un año.

—¡Ah! ¿es viuda y grande de España? exclamó Andrés.

—Pues qué, ¿no la conocias tú? paseemos: cuéntame; esto es gracioso; ¿ha habido anónimos?

—Sí, contestó Andrés; ayer recibí una carta perfumada que sólo contenia estas líneas:—«Sí el que ocupa la butaca número diez de la segunda fila quiere conocerme y ser conocido de mí, acuda mañana al baile de este teatro.—VIRGINIA.»

—Vamos claros, dijo ella; tú la nombraste; luego tú la conociste, como la he conocido yo por sus cabellos y por el nombre que has pronunciado: ¿como puede ser esto?

—Necesito primero saber, contestó Andrés, lo que gano si respondo á tu interrogatorio.

—¡Oh! dijo la máscara; creo yo que con lo que se vé basta para conocer que valgo algo más que la viudita.

—Es esbelta.

—Esbelta, no: flaca, una caña, sobre la cual se ponen todos los rehenchidos que se quieren.

—Tiene unos hermosos cabellos rubios.

—Postizos.

—Apostaria á que es bella.

—Es chata; si hubiera sido hermosa ¿te hubiera yo dicho su apellido hasta convencerme de si la conocias ó no?

—¿Y á tí que te importa, hija?

—¡Oh! mucho, señor mio: me he enamorado...

—¿De mí?

—¿Pues de quien?

—Pues te advierto que enamorarse de mí, es atreverse á mucho.

—¡Oh! yo soy muy valiente y tengo mucha confianza en mis fuerzas.

—¿Te conozco yo?

—He estado muchas veces á poca distancia de tí, pero nunca me has mirado.

—¿Dónde?

—¡Oh! si te digo dónde, me conocerías.

—¿Y no quieres que te conozca?

—Quiero que me busques; porque si me buscas me probarás que te intereso.

—¡Ah! pues me estás interesando desde que entraste en el salon.

—¿Cuando recibias la cita de Virginia de Arévalo, condesa del Sombroso?

—Sí.

—Pero vengamos á la cuestion que habiamos dejado: ¿cómo es que no conociendo tú á Virginia sabias que tenia los cabellos rubios?

—Me lo dijo un acomodador que me dió el anónimo.

—¡Ah! ya, te habia visto anteriormente en el teatro, y vendria preparada; pero esa vieja está loca: valerse de un acomodador; ponerse en ridículo delante de un acomodador para que su carta llegase á tí: ¡qué cosas hacen estas lugareñas!

—No fué Virginia quien dió la carta al acomodador, sino un criado con librea verde.

—Sí, eso es, dijo riendo la máscara, la verde librea del Sombroso.

—Naturalmente: yo encargué al acomodador procurase averiguar quién era la señora del que le habia dado la carta, y sólo pude conseguir que le dijese que era una señora que tenia los cabellos rubios y muy rizados.

—Comprendo que estas fuesen las únicas señas que diese el lacayo de su señora, porque es lo único que tiene hermoso, y áun así no es suyo; sin embargo, puede ser que te seduzca el saber que es viuda y grande de España; pero te advierto que es pobre, que es vieja, que es fea, y que todo el mundo se burla de su carretela del tiempo del rey Wamba, arrastrada por dos mulas que sin duda estuvieron en el arca de Noé, y que tiene cinco hijos.

—Tú la calumnias: estoy seguro de que es más bella que tú y tan jóven, por lo ménos, como tú.

—Te perdono la grosería, dijo con acento ligero la máscara, porque comprendo que lo que quieres es que me quite la careta.

—Creo que me complacerás.

—Procure usted, señor mio, reconocerme cuando me vea en alguna parte.

—¿Y á qué parte vas tú?

—¡Oh! averígualo.

—Si te oigo hablar, te conozco.

—Bien, ya tienes un medio seguro, infalible; procura, pues, ponerte en contacto mio.

—¿A dónde vas?

—A todas partes: á la iglesia, al teatro, á tiendas, á casa de mis conocimientos.

—Pero ¿de qué clase son tus conocimientos?

—De mi clase, dijo riendo la máscara.

—Tú debes ser, ó de la alta banca, ó de la alta nobleza, ó de la alta milicia: las joyas que traes son ricas y del mejor gusto.

—Lo que podria probar que yo fuese hija de una prendera.

—Eres demasiado elegante.

—Hoy la elegancia está en todas partes.

—Tu manera de expresarte...

—¡Ah! no te fies de eso: hoy todas las jóvenes leemos novelas, y todas, poco más, poco ménos, somos actrices.

—¡Oh! dijo Andrés, eso vale tanto como decirme que no me fie de tí.

—Puedes hacer lo que quieras: yo en cambio me fio mucho de tí, porque fio mucho en mí.

—Confieso que me embrollo, exclamó Andrés, y no te comprendo, hija.

—¡Oh, señor mio! exclamó con dignidad ella; se trata de una mujer decente que ama por la primera vez.

—¿Y sabes tú si mi amor puede convenirte?

—Yo confieso que no he pensado en ello: te ví y me atragiste: te hiciste para mí muy simpático: me pareciste bueno, de alma grande y generosa; me pareció tambien que sufrias, que eras desgraciado: no vayas á burlarte de lo que te estoy diciendo, porque me desencantarias, y porque hablo de una manera séria: ¿cómo te llamas?

—Andrés Peralta.

—¡Andrés Peralta! no conozco ese apellido: ¿de dónde eres?

—De Sigüenza.

—¿Y dónde está Sigüenza!

—En la provincia de Guadalajara.

—¡Alcarreño!

—¿Te disgusta?

—¿Qué me importa á mí que hayas nacido acá ó allá: pareces hijo de una familia distinguida.

—Hijo de labradores.

—¡Hijo de labradores!

—Esto sí que de seguro no te gusta.

—Me contraría un poco, lo confieso; no por mí, pero yo tengo padre.

—¡Ah! esto es sério: tú has pensado en mí para...

—¿Pues para qué sino para un desenlace legítimo habia yo de haber empezado esta aventura? adelante, adelante: y ¿eres tú tambien labrador?

—El año pasado acabé mi carrera.

—¿Tu carrera? pero si tú pareces uno de esos hombres que no han nacido para carreras.

—Soy hijo de padres humildes; sobrino de un canónigo, que me ha criado, que me ha costeado los estudios, y del cual he heredado millon y medio de reales.

Andrés añadia al medio millon del canónigo, otro millon que debia á los amores de Filomena.

—Y ¿quién piensa en el dinero? y sobre todo, ¿qué es millon y medio de reales?

VIII.

Andrés se extremeció de avaricia.

Aquella niña que con tal desden habia pronunciado la frase «millon y medio de reales» debia ser muy rica; hija tal vez de un banquero.

Pero ¿tendrá hermanos?

Andrés no se atrevió á preguntárselo: hubiera sido una torpe inconveniencia.

—Pues es necesario dar un sesgo á todo esto, dijo ella, y no lo veo: crúzate.

—¿Y qué consigo con cruzarme?

—¡Oh! el hábito de una Orden militar pone á quien le lleva á nivel de los más nobles.

—Pues no pertenece á la banca, dijo para sí Andrés; es aristócrata, segundona tal vez.

—Cruzándote, continuó ella, todo se salva; y si mi padre no te me concede, podemos tomar el partido de la habilitacion legal.

—Nuestra conversacion es demasiado séria, y es tal la belleza que me dejas ver, que no miento si afirmo que estoy ya enamorado.

—Soy una niña, te amo y he sido imprudente: he avanzado demasiado pronto: he debido esperar á que las circunstancias hiciesen que todo lo que yo digo saliera de tí; pero aún es tiempo, y como temo acabar de ser imprudente, es necesario que nos separemos.

—Díme á lo ménos dónde puedo encontrarte.

—No: yo haré de modo que tú me veas: ¿dónde vives?

—En la Concepcion Jerónima.

—¿Qué número?

—Cuarenta y cinco.

—¿Tienes abierto tu bufete?

—No; pero me incorporaré al momento al Colegio de abogados de Madrid.

—¿Cuando estará eso hecho?

—Dentro de ocho dias.

—Pues me verás: adios.

Y se desasió de su brazo.

—Espera, exclamó Andrés.

—No: adios.

Y tomó hácia la salida y bajó las escaleras asida del brazo de la del dominó azul, que durante esta conversacion habia ido detrás asida al brazo de uno de los acompañantes de la máscara á la Pompadour.

Las dos y los cuatro que las acompañaban desaparecieron.

Andrés no los siguió temiendo echarlo todo á perder por una imprudencia.

Se quedó con la cabeza hecha un molino de viento, como suele decirse.

IX.

La máscara no podia ser más hermosa, ni más elegante, ni más pura, ni de un perfume más aristocrático; y olia fuertemente á millonaria.

—Pero ¿y Filomena? decia Andrés dando vueltas á su imaginacion: Filomena es millonaria tambien: sin embargo, entre Filomena y yo existe la complicidad de un crímen horrendo que acabará por hacernos insoportables el uno ol otro; ¡y nuestros hijos! Filomena es bastante rica para asegurar su porvenir: yo no amo á Filomena: estoy hastiado de ella; su amor es demasiado pegajoso; ni áun puedo tener celos; y luego... esa máscara que es un brillante título, tal vez sea hija única: aún faltan nueve meses para cumplirse el luto por don Calisto: en nueve meses pueden suceder muchas cosas: decididamente me incorporo al Colegio de Madrid: veremos de qué medios se vale ella para ponerse en contacto conmigo: si esto no fuese más que una broma... pero no, no: temblaba su voz cuando hablaba conmigo, se extremecia su brazo, y ¡qué brazo, Dios mio! ¡qué brazo tan divino! ¡qué juventud tan hermosa! á la cama, á la cama, y á consultar con la almohada.

Y Andrés salió, tomó un carruaje y se fué á su casa; es decir, á casa de Filomena que dormia profundamente, ignorando que su Andrés se le habia ido de escapadilla al teatro Real.

CAPITULO IV.

De cómo es mucho más fácil incorporarse al Colegio de abogados que dar con una máscara que se pierde y que cruzarse de una órden militar.

I.

Al dia siguiente Andrés hizo su solicitud para formar parte del Colegio de abogados de Madrid, y á los ocho dias ya hacia tres que tenia abierto su bufete en el piso bajo del almacen de paños de Filomena.

Esta habia extrañado mucho la determinacion de Andrés; pero Andrés la habia dicho que para algo habia estudiado derecho, y que una buena reputacion de abogado vale tanto como un buen capital, y Filomena habia acabado por convencerse.

Los numerosos conocidos de Andrés habian esparcido profusamente sus tarjetas litografiadas, en que se anunciaba que abria su bufete, y todos los periódicos habian reproducido el texto de esta tarjeta en una gacetilla.

II.

El octavo dia, despues del baile de piñata, era el segundo lunes de cuaresma: este lunes era una cita para

Andrés que desde las doce se estableció en su lujoso despacho, envuelto en una rica bata y cubierto con un sencillo y elegante gorro.

En el antedespacho, cada cual en su mesa, habia cuatro escribientes que copiaban cualquier cosa, porque Andrés no tenia aún negocios.

Aquellos escribientes eran un aparato necesario.

Fuera habia dos criados decentes, con levita negra y corbata blanca, destinados á anunciar á los litigantes que viniesen.

Dió la una, dieron las tres, y no se presentó nadie: cada carruaje que pasaba, escitaba los nervios de Andrés.

Al fin, á las tres y media, un magnífico tren pasó por delante de la reja á que estaba asomado Andrés, y se detuvo en la puerta del almacen de paños.

Poco despues un criado dijo

—Señor: una señorita acompañada de una doncella, desea hablar á usted.

—Que entre, que entre al momento, exclamó Andrés, cuyo corazon latia violentamente, adelantando hácia la puerta del despacho.

III.

Apareció una jóven elegantísima, distinguida, morena y bella.

La acompañaba una criada de alguna edad, decentemente vestida de negro.

—¿Es usted el señor don Andrés de Peralta?

La jóven metia la partícula aristocrática entre el nombre y el apellido de Andrés.

—Sí, sí, señorita; á los piés de usted: pase usted, dijo Andrés mirando profundamente á la jóven, y procurando comparar su voz con la de la máscara.

Pero desgraciadamente, tanto habia pensado en aquel acento, que se le habia olvidado; y por otra parte, la voz de todas las pollas se parece mucho.

—Queria consultar á usted acerca de un negocio, dijo la jóven sentándose en un sillon que la ofrecia Andrés, mientras su doncella se sentaba al otro lado del despacho junto á la puerta.

—Cuanto sé, está á la disposicion de usted, señorita, contestó Andrés.

Y devoraba á la jóven con la mirada, y la jóven le miraba á su vez con una profunda intencion, bajo la cual vagaba una sonrisa, á duras penas contenida.

Era alta, esbelta, poco más ó ménos, de la misma estatura de la máscara: morena, con ojos negros y pelo negro.

Andrés dudaba, estaba impaciente, esperaba.

—Yo soy, dijo la jóven, Eugenia de Salcedo, vizcondesa de Puenteblanco, por muerte de mi padre: menor de edad, como que solo tengo diez y siete años, y entregada á un tutor que me es antipático: ¿cómo haria yo para quitarme de encima ese tutor? hé aquí la cuestion.

—¿Tiene usted sospechas, ó mejor dicho, pruebas de que malversa sus intereses? preguntó Andrés que se iba aturdiendo, cabalmente porque creia que aquella era la

máscara que se valia de un pretesto, y la jóven no le gustaba.

Tenia la boca muy pequeña y muy bonita; el contorno del semblante graciosamente oval; la frente cándida y tersa; los cabellos negros, brillantes, rizados y riquísimos; las cejas admirables; pero todo lo echaban á perder unas narices demasiado gruesas y unos ojos demasiado redondos.

—Desgraciadamente, caballero, contestó la vizcondesa de Puenteblanco, mi tutor es el hombre más honrado del mundo.

—¿Ejerce sobre usted alguna presion intolerable?

—No, no señor, caballero: todo se reduce á que es muy feo, y toma tabaco en polvo.

—Pues, señorita, esa no es una razon para que pueda ser legalmente despojado de su tutela y sustituido por otro.

—Francamente, caballero, la verdad es que yo no quiero tener ese espantajo que se llama tutor, ni ese ni otro; ¿no hay un medio para que yo me vea libre?

—Sí, sí, señorita; hay un medio, respondió Andrés un poco amostazado, porque no pudo ménos de comprender que la vizcondesa se burlaba de él; hay el sencillo medio de que espere usted á cumplir veintitres años, edad en que no necesitará usted de tutor.

—¿Y no hay absolutamente medio alguno?

—Ninguno, señorita.

—Esto me contraría: diez y siete y seis veintitres: seis años mortales: ¡qué se ha de hacer! ¡paciencia! ruego á usted acepte...

Y la polla sacó de un lindo portamonedas un billete de Banco amarillo.

—Esta clase de consultas, señorita, se apresuró á decir Andrés, están siempre pagadas por sí mismas; dispénseme usted.

—Gracias entonces, caballero, y adios: cuando se me ocurra otra consulta, tendré el gusto de volver á molestar á usted.

Guardó el billete, se levantó, dió la mano á Andrés, le saludó, salió, y Andrés creyó oir que se reia al salir del antedespacho.

IV.

—Esta es una burla que merece un puntapié, dijo irritado Andrés: he gastado tres mil duros en todo esto, inútilmente, y la tal vizcondesa, ó marquesa, ó diablo, tiene razon en reirse de mí: ¿quién habia de creer que tras aquella voz conmovida, apasionada, se ocultaba una burla tal, y que aquella media careta encubria unas narices tales?

Está visto que el más tunante da de bruces si se le pone por medio una de estas malditas pollas, á quienes parece educa el diablo: esa infame marquesa del Sombroso tiene la culpa: la cogió la cita al paso y se ha divertido conmigo de lo lindo: y tenia razon, respecto á la marquesa: es vieja, fea, repugnante; una Virginia que encontrará difícilmente á un Pablo.

Andrés, por el número de su abono en el teatro Real, habia conocido á la marquesa del Sombroso.

V.

Dado estaba al diablo nuestro bribon, resuelto á enviar á paseo á los escribientes y á cerrar su despacho, apenas abierto, cuando un criado entró y le dió una carta, que segun decia, habia traido un lacayo de casa grande.

En el sello del lacre se veia una corona de marqués únicamente.

La carta estaba perfumada con miel de Inglaterra.

—¿Dónde está el que ha traido esta carta? preguntó vivamente.

—Se ha ido á escape, señor, dijo el criado.

—Pues corre á ver si le alcanzas, y dile que le doy mil reales si viene.

El criado salió á escape.

Andrés, entretanto, abrió la carta y leyó lo siguiente:

«Mi querido Andrés: estoy muy contenta de usted: mi amiga, que afortunadamente no es huérfana, me ha dicho que su despacho de usted es elegantísimo, todo flamante, todo bello: muchas gracias por el sacrificio que ha hecho usted por mí: vuelva usted á cerrar su despacho: no quiero que sea usted abogado: hágase usted cruzar en la Orden de Calatrava, y ábrase usted con ella los salones: veamos si así me reconoce usted: si dentro de tres meses no le veo á usted con el trapo al pecho, buscaré otro medio para que nos conozcamos. Suya, aquella cuyo primer amor es Andrés Peralta.»

—Esto de firmar una carta para mí, con mi nombre, es otra singularidad que me irrita: tres mil duros en gastos de despacho, y ahora cuatro mil para cruzarme: pues bien, lo tomo por empeño; me cruzaré y te encontraré.

VI.

Inútilmente el criado de Andrés salió á escape á buscar al criado que habia traido la carta. Se volvió sin él: habia desaparecido.

—Pero tú ¿no le conocerás si le vuelves á ver? preguntó Andrés á su criado.

—Si yo hubiera sabido, contestó este, que era menester conocerle, yo le hubiera mirado de manera que no se me hubiera despintado, aunque hubieran pasado cien años: pero como no sabia nada...

—Véte, animal, le dijo irritado Andrés.

A seguida despidió aquellos inútiles escribientes, mandó cerrar el despacho, y al otro dia se informó de lo que era necesario hacer para cruzarse en la Orden de Calatrava.

Dijéronselo, hizo su solicitud y empezó á gastar dinero.

Esto lo extrañó tambien Filomena.

—¿Para qué quieres cruzarte? le dijo: qué falta te hace llevar al pecho una cruz encarnada?

—Siempre es bueno tener todo lo que se pueda: una cruz de Calatrava da gran consideracion entre ciertas gentes que no creen que viven en el siglo XIX: tres ó

cuatro mil duros nada suponen: es un capricho y nada más.

Filomena se convenció, como se convencia siempre á las cuatro palabras que le hablaba Andrés.

A los tres meses, despues de haber gastado un dineral, le hicieron saber oficialmente que no se dudaba de lo ilustre de su alcurnia, pero que faltaban en los libros parroquiales algunas partidas de bautismo, cuya falta habia hecho imposible la obtencion de las pruebas necesarias, segun las constituciones de la Orden, y no podia pertenecer á ella.

VII.

Sin duda tenia medio para saber esto la máscara misteriosa, puesto que Andrés, al dia siguiente de haber sido desahuciado por la Orden de Calatrava, recibió una nneva carta, que arrojaba de sí un delicioso perfume.

Decia así:

«Mi queridísimo Andrés: gracias otra vez: sé cuanto ha hecho usted por cruzarse; pero esos clérigos de la Orden de Calatrava, que han ido á Sigüenza á hacer las pruebas, se han encontrado con que su bisabuelo materno de usted habia sido zapatero de viejo, y esto ha hecho que desistan horrorizados de continuar en la investigacion de las pruebas. Hay oficios, amigo mio, tales son las rígidas exigencias de la nobleza, que envilecen un apellido por ilustre que sea; le matan, le reducen á la nada. Yo participo de esas ideas; pero no se alarme usted, estoy más enamorada que nunca; yo no soy tan exigente como

los clérigos de la Orden de Calatrava, ó por mejor decir, me encuentro dominada por una fuerza superior á mis creencias nobiliarias, por el amor, por un amor inmenso que me hace sufrir y que puedo confesar á usted, porque áun tengo la careta puesta: es usted muy torpe, amigo mio, ó por mejor decir, tengo la desgracia de no inspirar á usted la misma pasion que usted me ha inspirado: me ve usted todos los dias, me mira usted, paso junto á usted muchas veces, y sin embargo usted no me reconoce: usted no adivina, ó tal vez tengo la desgracia de no impresionar á usted: esto se va haciendo para mí grave, muy grave, y yo diria á usted mi nombre: yo le citaria á usted si no fuera porque temo no ser amada por usted, ser engañada, porque al fin y al cabo, amigo mio, creo valer lo bastante para que un hombre se tome la pena de engañarme: quiero, sin embargo, tener algo de usted. Contésteme usted á esta carta á la lista de correos, con las iniciales A. X.; y no vaya usted á ponerse junto al despacho de la correspondencia, porque la persona que irá á recibir la carta conoce á usted; si le ve allí no la pedirá y yo sufriré con impaciencia el tiempo que pase hasta que el despacho esté libre y se pueda pedir la carta: no envie usted tampoco otra persona, porque mientras haya alguien cerca del despacho la carta no se pedirá.—Suya M.»

VIII.

Andrés tomó la pluma y escribió:

«Estoy desesperado, señora: he pasado tres meses largos pensando en usted, soñando con usted, imaginán-

dome un bello ideal que me enloquece. No tengo duda de que usted me ama con un amor que es mi sueño, con un amor puro, firme, que espera y que sufre. Es muy fácil que yo la vea á usted, y que siendo usted más bella que el bello ideal que yo me he forjado, no me enamore de usted, porque no vivo sino para una idea fija. Donde usted puede verme todas las noches es en el teatro Real: yo no salgo de dia, yo me aburro, y si voy al teatro Real, no es por el espectáculo, sino porque estoy seguro de que á él va mi ángel: he mirado y miro con ánsia, bien lo sabe usted, á las plateas, á los palcos bajos y principales: en ellos hay por lo ménos veinte jóvenes morenas y hermosas cada noche, que varían sustituidas por otras en los turnos siguientes, cambiando de palco.

En cuanto yo veo á una nueva morena, dirijo á ella mis gemelos, y en vano; ó no me mira ó me mira de una manera indiferente.

Hace un mes, una morena, muy linda, me miró de una manera intensa, áun creo que me sonrió: estaba en el palco número seis. En el segundo entreacto subí á la galería, pregunté al acomodador quién estaba en el palco, y me respondió que la familia del conde de Burgosanto. Le pregunté que desde qué tiempo estaba abonado el conde, y me respondió que sólo hacia un mes.

Esto me desconcertó algo y me propuse salir de dudas. Poco antes de terminar el espectáculo, salí y me dirigí á uno de los lacayos de buena casa que estaban esperando, y poniéndole una onza en la mano le pregunté si conocia algun criado del conde de Burgosanto, y me le indicó.

Me aparté con él, le dí dinero y le dije:

—Te hago hombre si me respondes á lo que voy á preguntarte.

—Puede usted preguntarme lo que quiera.

—¿Tú tienes una señorita morena, ojos negros, pelo negro?

—¡Ah! sí, la señorita Emilia; la que acaba de venir de Astúrias.

—Tú me engañas: te tienen prevenido; tu señorita está en Madrid desde hace más de cuatro meses.

—No, señor; ni estaba ella, ni su hermana, ni su mamá: ni hace cuatro meses estaba aquí el señor conde: vino hace dos meses, y sólo hace un mes que han venido las señoras.

—Se irian hace tres meses y habrán vuelto.

—No, no señor: hemos estado un año en Gijon; puede usted informarse y verá usted que no le engaño.

Me informé, en efecto, al dia siguiente.

El criado habia dicho la verdad. El conde de Burgosanto habia estado un año en Gijon con toda su familia, y sólo hace dos meses que él volvió, y uno desde que volvieron sus señoras.

¿Qué me importaba á mí ya la de Burgosanto, si no era usted?

Estoy cansado, desesperado; pero insisto, adorado misterio mio, insisto siempre.

Debe usted haber notado que he empalidecido, que estoy triste, que me desespero. ¿Cómo encontrar á usted en ese *maremagnum*, sin saber de usted otra cosa sino que es morena y encantadora? Si yo la viese á usted desco-

tada como en el baile... tiene usted un pequeño lunar, un lunar casi imperceptible en el hombro izquierdo.

¡Ah! esta es una crueldad: yo me fastidiaba, pero sufria resignadamente y sin trabajo ni fastidio: ahora me desespero, sufro, me irrito contra mi suerte; amo un recuerdo, representado por una persona que vive, que me ama, que sabe que sufro, que sufre tambien, estoy seguro de ello, y se martiriza y me martiriza.

Esto es necesario que tenga un término pronto, porque mi agonía es ya insoportable. Conozcámonos, señora, y no dude usted de que la amo, de que la amaré áun cuando el misterio se desvanezca. Yo la conozco á usted: conozco sus ojos, su mirada: si usted me mirase en el teatro Real, durante la ópera, como me miraba en el baile de Piñata, de seguro la conoceria á usted.

Espero que esta noche se desvanecerá el misterio; porque usted tendrá compasion de mí.

Suyo apasionado, hasta la locura.—Andrés Peralta.»

IX.

Aquella noche Andrés miró y remiró todos los palcos en que habia jóvenes morenas y lindas, de ojos y cabellos negros, pero ninguna le miró, y por consecuencia en ninguna pudo reconocer á su misterio.

Andrés se iba enamorando de veras, lo cual no convenia mucho á Filomena, que la desesperaba, porque creyendo que la tristeza de Andrés era hija de su impaciencia por unirse á ella, le decia con suma frecuencia:

—Vamos, Andrés, ¿por qué estás así? ¿crees que no me tendrás segura hasta que nos casemos? ¿puedo yo querer á álguien más que á tí?

Cansado de escuchar esto Andrés, la contestó en una ocasion:

—Sí, sí, estoy seguro, segurísimo de tu amor: no es por dudar de tí por lo que estoy triste; es que me acuerdo de don Calisto.

Filomena se puso pálida, se la saltaron las lágrimas al sentir aquel duro golpe, y no volvió á pretender consolar de su tristeza á Andrés.

X.

Al dia siguiente de haber puesto Andrés su carta en el correo, recibió esta otra:

«Queridísimo Andrés: no caigo en el lazo. Su carta de usted me parece un tanto artificiosa, y me ha hecho sufrir, porque creo que no está escrita con el corazon, amigo mio: usted aún no me ama; usted lo que tiene es curiosidad é impaciencia.

Anoche pasé junto á usted, y mi traje rozó con el suyo: me miró usted tan indiferente como yo le miré á usted; con la sola diferencia de que en usted lo indiferente era natural, y en mí un doloroso sacrificio. Está visto: no hemos nacido el uno para el otro: me guardo mi amor, y corto esta correspondencia.

No me conteste usted, porque nadie irá á recoger la contestacion. Adios.—M.»

XI.

Andrés sintió por primera vez algo amargo en el alma.

Parecióle que aquella carta le arrancaba algo de ella violentamente.

—¿Estaré yo enamorado de veras? dijo, ¿pero de quien? de una forma sin semblante, de una hermosura que ha huido, de un sueño.

Contestó sin embargo.

No recibió al dia siguiente contestacion, y se fué á la lista del correo.

Allí, con el número 1780 encontró las iniciales A. X.

Fué al despacho y dijo el número.

Inmediatamente le entregaron su carta.

La rasgó colérico y salió desesperado.

Así pasaron algunos dias.

XII.

Una tarde, en la calle Mayor, en un muestruario de un fotógrafo vió un retrato de mujer, de niña, y palideció y tembló.

Era una jóven hermosísima, con rica cabellera, y al parecer, morena, por el tono de la fotografía.

Aquella jóven se habia puesto en exposicion para ser copiada por el aparato fotográfico, dejando ver una mirada intensa, ardiente, apasionada.

Andrés reconoció la mirada de su máscara: no tuvo duda, era ella.

Sin embargo, vestia un traje muy modesto; ¡qué importaba! Andrés subió rápidamente la escalera del fotógrafo; llegó sin aliento á lo alto; tiró de una manera nerviosa de la campanilla, le abrieron, entró y dijo al fotógrafo.

—Por favor, por dinero, por lo que usted quiera; necesito de todo punto saber quién es el original de un retrato que tiene usted expuesto en su muestruario en el ángulo izquierdo inferior.

—¡Ah! la Magdalenita, dijo con la mayor naturalidad el fotógrafo: un magnífico modelo, una cabeza admirable.

—¡Oh! hermosísima, dijo de una manera ardiente Andrés.

—Si yo no supiese lo honrada que es Magdalena, dijo el fotógrafo, me guardaria bien de dar á usted informes acerca de ella; pero como no hay peligro, y esto, segun á usted le veo, puede ser una buena colocacion para la pobre chica...

—¡La pobre chica! exclamó Andrés interrumpiendo vivamente al fotógrafo; ¡una buena colocacion! ¿está usted soñando?

—¡Ah! pues me arrepiento de haber dicho tanto, señor mio.

—Creo que no nos entendemos, contestó Andrés: ¿tiene usted aqui alguna fotografia de esa jóven?

—Si señor, esta es, dijo el fotógrafo, indicando un retrato colgado, entre otros muchos, en una pared del gabinete.

—En efecto, esta es, dijo Andrés; pero no comprendo lo de que esta señorita sea una pobre chica y yo una

buena colocacion para ella: por eso, y solo por eso, he dicho á usted que está soñando.

—Pobre, y muy pobre; como que trabaja para mantener á una tia que es la única familia que tiene en el mundo.

—¡No, no y no cien veces! exclamó Andrés.

—Puede usted convencerse por sí mismo, contestó el fotógrafo: calle de San Ildefonso, número 15, cuarto bajo, al fondo del patio, la señora Verónica, así se llama su tia.

—Bien, lo veremos: ahora, ¿quiere usted cederme ese retrato?

—No estoy autorizado para ello, y es inútil que usted me haga ninguna proposicion: yo no vendo los retratos que hago, particularmente de mujeres, cuando no se me permite.

—Bien, ruego á usted acepte esta memoria mia, como compensacion de la molestía que le he causado.

Y Andrés se quitó la sortija que llevaba en la mano izquierda.

—Tampoco, caballero: ruego á usted me dispense; si aceptase algo de usted por los informes que le he dado, haria yo muy mal papel.

—Gracias entonces, contestó Andrés poniéndose la sortija; esta es mi tarjeta, por si alguna vez me necesita usted, y esta mi mano.

—Estoy, con cuanto tengo y cuanto valgo, á la disposicion de usted, dijo el fotógrafo.

—Adios.

—Adios.

Y Andrés salió, bajó, tomó un carruaje de plaza y mandó que le llevasen deprisa al número 15 de la calle de San Ildefonso.

XIII.

Saltó del carruaje, atravesó un callejon, entró en un patio, llegó en su fondo, á la puerta de un cuarto, que estaba abierta, y se encontró en una habitacion muy pequeña, con una puerta de alcoba situada frente á la puerta exterior, y una pequeñísima cocina á la izquierda de la puerta exterior, más allá de una reja, único vano por donde, cerrada la puerta, podia entrar luz en el aposento.

Una mesa con cubierta de percal, contra la pared á la izquierda de la alcoba; sobre la mesa una urna cuadrada, de cristal, con guarnicion de hoja de lata, y dentro una Vírgen; algunos santos de barro cocido; en la pared, sobre la mesa, estampas místicas; una pequeña mesa para comer; seis sillas de diferente hechura y todas muy pobres, y una cortina muy blanca cubriendo por la parte interior la puerta de la alcoba: hé aquí todo lo que contenia aquel pobre aposento, que estaba muy blanco y muy limpio.

—Vamos, es imposible, murmuró Andrés.

—¿Qué se le ofrece á usted, caballero? dijo una mujer como de cincuenta años, vestida pobremente, pero con aseo, de fisonomía simpática y de buenas maneras.

—¿Es usted la señora Verónica? la preguntó Andrés.

—Para servir á usted, caballero.

—¿Tiene usted una sobrina que se llama Magdalena?

—Sí, sí señor; hace un mes que vino del pueblo; pero ¿por qué me pregunta usted eso?

—Espere usted, espere usted, contestó Andrés: ¿se ha retratado su sobrina de usted en la calle Mayor?

—Sí señor; mi sobrina se ha criado en el convento de monjas de Arganda: yo he estado sirviendo hasta ahora, pero he enfermado y no puedo servir: mi sobrina tiene ya quince años y es huérfana: cose muy bien y la he mandado venir para que me ayude, porque al fin y al cabo es mi sobrina y es muy buena, y no ha querido dejar perecer á su tia: las monjas han sentido mucho que se venga, y para enviársele se ha hecho el retrato, que nos ha costado un sacrificio.

—¿Y tiene usted algun ejemplar del retrato, preguntó Andrés?

—Sí señor: nos hemos quedado con uno.

—¿Me hace usted el favor de que yo lo vea?

—Sí señor.

Y la señora Verónica abrió el cajon de la mesa, sacó de él un retrato y le dió á Andrés.

—¡La misma! exclamó Andrés con asombro, y no tengo duda: es ella.

—¿Conoce usted á mi sobrina? dijo sériamente y con disgusto la señora Verónica: ¿habrá hecho esa muchacha el disparate de hablar con usted?

—Vamos, esto es imposible, dijo Andrés, esta jóven no es sobrina de usted: aquí hay un misterio; yo me aturdo, yo me confundo.

—¿Cómo que no es mi sobrina? dijo tomando ya un

mal tono la señora Verónica: hija legítima de legítimo matrimonio de mi hermano Anselmo y de su mujer Petronila, que en paz descansen.

—Pues yo digo que no.

—Vamos, ¿si querrá usted hacerme creer que mi sobrina no es mi sobrina?

—¡Tia! dijo una voz sonora, fresca, pura.

XIV.

Andrés volvió la cabeza, ya sin duda alguna.

Aquella voz era la voz de su máscara.

Una admirable niña, con vestido de percal, pañuelo de seda al cuello, manto de sarga y unos hermosos cabellos negros, sencilla, pero bellísimamente peinados, se habia presentado en la puerta, y miraba con extrañeza á Andrés.

—¡Ah! ¿no está usted sola, tia? dijo.

—Entra, hija, entra, contestó con impaciencia la señora Verónica: dí á este caballero si eres ó no mi sobrina.

—Yo no entiendo esto, tia, dijo la jóven poniéndose vivamente encendida y mirando con más extrañeza que al principio á Andrés.

—Ni yo tampoco lo entiendo, dijo la señora Verónica.

—Pues sea lo que quiera, dijo Magdalena, no he encontrado la seda del mismo color, pero sí con poca diferencia y puede servir.

—Perdóneme usted, hija: ¿ha estado usted este año en el baile de Piñata del teatro Real? la preguntó Andrés.

—Yo no voy á bailes, caballero, dijo Magdalena poniéndose más encendida; pero, tia, ¿qué es esto?

—¿Lo sabes tú? pues ni yo tampoco, hija mia: este caballero ha visto tu retrato, le ha dicho sin duda el que lo ha hecho quién eres y dónde vives, y sin más ni más se ha venido aquí á decirme que no eres mi sobrina.

—Vamos, estos señores no saben en qué pasar el tiempo y le matan de cualquier manera: háganos usted el favor de dejarnos; aquí no entra nadie nunca y podian murmurar los vecinos; no nos quite usted lo único que tenemos, que es la honra.

—Sea usted sobrina de esta señora ó grande de España...

Magdalena se echó á reir.

—Pero, señor, ¿está usted loco? dijo: ¿yo grande de España?

—Permítame usted que hable: si un hombre puede ser mirado con benevolencia por una mujer por sus rectas intenciones, yo, sea usted quien fuere, la quiero para que sea mi mujer.

Magdalena se puso pálida y retrocedió.

—Ella no está acostumbrada á estas cosas, caballero, dijo la señora Verónica, y me la está usted asustando con todas esas rarezas: hágame usted el favor de que esto se acabe.

—Repito formalmente mi proposicion: soy rico, muy rico, soltero, abogado; me llamo Andrés de Peralta: amo á esta señorita; la amo desde hace mucho tiempo, y no renuncio á ella.

—Pero ¿no oye usted, tia, que dice que me ama desde

hace mucho tiempo, y yo no he visto á este señor en toda mi vida? dijo Magdalena gravemente séria y densamente pálida.

—De modo que... si usted viene con buenos fines... si la chica quiere... ¿á qué está? dijo la señora Verónica: pero esto se habla más despacio; no es un escopetazo, ¿á dónde vamos á parar? entiéndase usted conmigo; pero no venga usted aquí, no quiero murmuraciones: tiempo queda bastante; ya hablaremos.

—Y ¿dónde, señora, dónde, si no vengo aquí?

—Mañana es domingo, dijo la señora Verónica, y no trabajamos: espérenos usted mañana á las cuatro en el paseo de la puerta de Atocha; nos iremos hácia el Canal y hablaremos.

—¿Y Magdalena, irá?

—¿Pues dónde la habia yo de dejar? ella no sale nunca sola, ni se separa de mí; estaba fuera de casa cuando usted vino, porque habia ido dos pasos de aquí, á la tienda por sedas; con que hasta mañana, caballero, hasta mañana.

—Si no van ustedes á la cita, me vengo aquí.

—Iremos; pero si quiere usted que esto no se acabe, ni áun pase usted por la calle; no quiero esquinazos; tiempo tendrán ustedes de verse si esto es una cosa formal.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana, contestó la tia, y aceptó con encogimiento y con torpeza la mano de Andrés.

En cuanto á Magdalena, cuando Andrés la presentó la mano, retiró vivamente la suya.

—¡Ah! exclamó Andrés con acento de queja.

—No lo extrañe usted, caballero, dijo la señora Veró-

nica, se ha criado en un convento y no está acostumbrada á las cosas de la córte.

—Hasta mañana, exclamó Andrés.

Y salió aturdido.

XV.

Cuando el carruaje partió, Magdalena se arrojó en los brazos de la señora Verónica, la besó como una loca y dijo riendo y llorando:

—¡Ah, Juana, Juana, qué feliz soy; me ama, me ama! se me ha quitado un peso horrible del corazon, porque estoy loca por él.

—Dios quiera que vuecencia salga bien de estos enredos; yo estoy aturdida; yo no sé cómo no lo he echado todo á perder; pero me parece que la ha conocido á vuecencia; miraba á vuecencia de una manera... eso sí, que está enamorado de vuecencia, la conozca ó no, no cabe duda; témblaba el pobre, y eso que tiene cara de ser más listo que Cardona, y no muy católico.

—No me hables mal de él, Juana; no me digas nada, nada, dijo la marquesa de Santorcaz, que ella era; lo sé todo; es un hombre de mala conducta, jugador, licencioso, que ha robado á ese pobre pañero que ha muerto hace seis meses por medio de la bribona de su mujer; lo sé todo, y me estremezco, temo, y sin embargo, le amo, Juana, le amo; no puedo vivir sin él, no quiero que se case con esa mujer; y no se casará, no se casará, porque me ama; esto era lo que yo queria saber; muy

pronto sabré si me ama de tal modo que por mi amor se convierta en un hombre de honor; ¡oh! si yo comprendo que no tengo sobre él bastante influencia, abandonaré esto.

—Engañará á vuecencia, porque, lo repito, me parece que la conoce.

—No, duda; cuando yo le hablé en el teatro Real, estaba yo enamorada y no me contuve; por eso cuando me retraté fijé en el objetivo una mirada de amor; él ha visto el retrato, como era de esperar que sucediese algun dia, y ha conocido mi mirada: ¡ah! esta misma tarde es necesario que lleves al fotógrafo diez mil reales; es necesario tenerle contento para que no nos sea infiel y lo eche todo á perder; dí además á los criados que han venido á ocupar los cuartos de esta casa, que yo les daré porque callen más que lo que él les ofrezca porque hablen.

—Van á robar á vuecencia esos bribones.

—No importa; cuésteme lo que me cueste, necesito saber si me ama ó no.

—Insisto en que conoce á vuecencia.

—No me ha visto nunca despues del baile de Piñata; él miraba á los palcos de la sala, y yo le veia á él oculta tras la pantalla de la platea proscenio de la derecha; he pasado junto á él cien veces y no ha reparado en mí; no me ha visto; mi mirada es la que ha conocido, y eso prueba que mi mirada le causó una impresion profunda; con una poca de fortuna, le vuelvo tan loco como él me ha vuelto á mí.

—Pues esta comedia, señora, es necesario que se

acabe pronto, porque si dura mucho, yo no sé si podré sostener mi papel.

—Dentro de quince dias esto habrá llegado á una situacion definitiva; pero vámonos, Juana; si vuelve nos lo dirán, y le castigaremos.

Juana se puso la mantilla, salió con la marquesa del cuarto, le cerró, subieron por unas escaleras interiores, y en el corredor se encontraron con un hombre en mangas de camisa, que tenia todas las apariencias de un obrero.

—Cuidado, Julian, dijo la marquesa, con cometer una imprudencia; dílo á los otros; nadie os ha de recompensar mejor que yo.

—Aunque vuecencia no nos recompensara, señora, callariamos lo mismo.

La marquesa y Juana entraron por una puerta inmediata en un aposento, en el cual se veia una puerta que parecia recientemente abierta para comunicar con otra casa.

—¡Qué niñas! dijo Julian, ¡y con quince años! hay hombres que tienen una suerte deshecha! ¡si lo supiera el marqués! pero paga bien, y al que paga bien se le sirve bien: no es una inocente, ya sabe lo que se hace; su alma en su palma.

XVI.

La marquesa y Juana, por aquella comunicacion salieron á un aposento de una casa que daba á la calle de Santa Isabel.

Aquella casa era pequeña. La marquesa habia hecho como respecto á la de la calle de San Ildefonso, que los propietarios despidiesen á los vecinos mejorando por un año en el doble del alquiler; pero la casa que correspondia á la calle de Santa Isabel, habia quedado completamente vacía. La otra habia sido ocupada en los cinco cuartos de que constaba, por tres criados antiguos de la marquesa, con sus familias; criados que ya no estaban en la casa.

La casa que correspondia á la calle de Santa Isabel, era el escape de la marquesa.

En un aposento de ella tenia su tocador para cambiar de traje.

Era, por desgracia suya, demasiado rica la marquesa de Santorcaz; no conocia la familia, se habia criado, como hemos dicho, en un colegio, y al salir de él no habia encontrado en su casa una madre que la protegiese de sí misma.

XVII.

Cuando Magdalena y Juana hubieron cambiado de traje, salieron de la casa y entraron en un carruaje que las esperaba, y las llevó á la calle de Fuencarral, donde vivia con su padre la marquesa.

Esta, á todo evento, llevaba echado sobre el rostro el tupido velo de su capota.

CAPITULO V.

De cómo terminó la comedia de Magdalena, obteniendo por éxito el volver loco á Andrés Peralta.

I.

Al dia siguiente á las cuatro, una bella carretela, con caballos alazanes tostados árabe-ingleses, y criados, no con librea, sino con levita negra, estaba parada á la entrada del paseo que desde la puerta de Atocha se extiende hasta el Canal de Manzanares.

Andrés, cerca de la carretela, estaba sentado en un poyo de piedra.

Poco despues de haber visto Andrés en su reló que eran las cuatro, vió venir hácia él á la marquesa y á Juana vestidas exactamente como las habia visto el dia anterior.

Andrés se puso de pié, las salió al encuentro, y las saludó.

II.

La marquesa se puso vivamente encendida.

La audaz mirada de Andrés la hacia subir naturalmente la sangre á las mejillas.

Esto aturdia á nuestro jóven y le desconcertaba.

Por otra parte, Juana representaba admirablemente su papel.

—He traido un carruaje, porque en él iremos mejor que á pié, dijo á la marquesa Andrés.

—¡Ah! no, dijo la marquesa, sólo una vez he ido sobre ruedas, cuando vine de Arganda y me mareé; sufrí mucho y no quiero marearme otra vez; además que la tarde es muy hermosa: andemos.

Andrés se resignó y echó á andar siguiendo á Magdalena y á Juana, que habian emprendido su marcha.

—Yo no puedo convencerme, dijo Andres á Magdalena, de que usted sea lo que su traje aparenta.

—¿Y por qué no? contestó Magdalena; ¿qué tengo yo que no sea propio de mi traje?

Juana se habia quedado un poco atrás.

—¿Por qué mortificarme, señora? exclamó Andrés: ¿duda usted de que yo la amo, de que estoy resuelto á unir mi suerte á la suya si tengo la fortuna de que usted consienta en partir su vida conmigo?

—Piénselo usted bien, don Andrés, dijo Magdalena.

—¿Quién ha dicho á usted mi nombre?

—Usted mismo ayer: afortunadamente tengo muy buena memoria: pero, venga usted acá, tia, no se quede usted atrás.

Juana adelantó y se incorporó á los dos jóvenes.

Estaba inquieta; temia que á algun conocimiento de su señora se le hubiese ocurrido ir á pasear hácia el Canal, y todo buen carruaje que se aproximaba la ponia en áscuas.

III.

—Sea de esto lo que fuere, dijo con efervescencia Andrés, yo lo he olvidado todo por usted, Magdalena: sólo vivo por usted y para usted.

—Muy pronto se apasiona usted, y estas pasiones tan repentinas deben ser puestas á prueba.

—Exíjame usted cuantas pruebas quiera.

—No vaya usted á pensar mal de mí, dijo Magdalena, por lo que voy á decirle; es una suposicion: supongamos que yo exijo de usted, como prueba para quererle, que se case al momento conmigo, en el término extrictamente necesario para llenar las formalidades.

—Ahora mismo, dentro de un instante, si fuera posible, exclamó Andrés; estoy loco, no dude usted de ello; y si usted me hiciese perder toda esperanza, yo no sé lo que haria, pero seria terrible.

—¡Oh, Dios mio! exclamó riendo de la manera más natural Magdalena; no sabia yo que podia tanto; pero considere usted que soy pobre, muy pobre.

—Yo soy rico.

—Soy hija de un pobre peon del campo, de un cualquiera.

—Yo he tenido en mi familia zapateros de viejo.

—Puedo tener mal carácter, malas inclinaciones.

—Y es usted un ángel.

—Pues decididamente, don Andrés, yo no comprendo esto.

—¡Oh! lo comprende usted demasiado.

—¡Ah! sí; volvemos al misterio, á aquello de que yo soy una señorita que me disfrazo, dijo Magdalena riendo; una señorita que usted ha conocido en un baile de máscaras del teatro Real: mire usted ¡ir yo á un baile de máscaras, donde no van más que locas ó perdidas! me ha hecho usted muy poco favor, don Andrés, con suponer eso; pero tengo curiosidad, ¿qué sucedió á usted con esa jóven en el baile?

—Paseamos, hablamos, me dijo que me amaba.

—¡Oh, Dios mio! ¡qué vergüenza! una mujer, una jóven que dice á un hombre que le ama: ¿y ha podido usted amar á esa mujer? ¡y sin conocerla!

—Si es usted ella, la amo á usted desde hace tres meses, cada dia con más vehemencia; si no es usted, no la amo; porque á quien amo... es á usted.

—¿Y cómo podemos entender esto?

—Si usted es ella, la amo á ella, porque amo á usted; y porque la amo á usted, si usted no es ella, no la amo.

—Eso es un poco metafísico.

—Cuidado, Magdalena, que habla usted de una manera superior á su clase.

—¿Olvida usted que desde niña he estado en un convento y que me han educado bien?

—Acabará usted de volverme loco; no sé dónde estoy ni lo que siento; sufro, Magdalena, sufro de una manera horrible.

—¿Y por qué sufre usted, don Andrés?

—Porque no noto en usted nada que me indique que puedo ni áun alentar una esperanza.

—Francamente, don Andrés, usted para mí es aho-

ra poco ménos que indiferente, y si dentro de algun tiempo no me lo es usted, no le diré tampoco que le amo; una mujer honrada, no debe decir esto más que á su marido.

—Eso es una exageracion, Magdalena.

—¿Y qué quiere usted? educacion monjuna, antigua; las buenas madres quisieron persuadirme á que la mejor vida para una mujer es el cláustro; pero cuando vieron que yo no tenia absolutamente vocacion, me dieron muy buenos consejos.

—¿Y por qué no tiene usted vocacion?

—Qué sé yo; porque me podria encerrada allí; porque yo no he nacido para estar entre cuatro paredes, y no podia ser otra cosa: mi pobre tia estaba sirviendo, y yo no tengo más parientes que ella: servir en una casa donde hay hombres y donde entran y salen gentes, es peligroso para una jóven; servia, pues, en el convento á la madre Angeles del Corpus-Cristi, y de allí no podia salir yo ni nadie entrar; pero cuando mi tia ha dejado de servir por un maldito reuma que no la deja, me vine con ella: ¡si viera usted qué buena cocinera es mi tia!...

—Si ustedes se casan, dijo con una grave seriedad Juana, nadie más que yo hará la comida de boda; ¿pero no notas qué bien huele, Magdalena? huele á callos muy bien guisados.

—Sí que huele muy bien, dijo Magdalena volviéndose hácia un ventorrillo junto al cual pasaban.

—No me atrevo á ofrecer á ustedes el que entremos ahí; primero por que se trata de un figon, y despues porque se trata de callos.

—¡Oh, Dios mio, pues si yo perezco por los callos!

—Y yo tambien, añadió Juana.

—¡Oh! pues entonces entremos, dijo Andrés deteniéndose.

—De ningun modo, contestó Magdalena; apenas conocemos á usted y no debemos admitir un obsequio suyo.

—¡Oh, y qué obsequio! exclamó Andrés; no me desespere usted y entremos.

—¿Y qué le parece á usted, tia? dijo Magdalena.

—Yo, hija, si á tí te parece bien, á mí me parecerá mejor.

—Pues adelante, dijo Andrés.

—Adelante, dijo Magdalena; pero no vaya usted á deducir de aquí nada, porque aunque acepto su obsequio, estamos como estábamos.

—Haré cuantosméritos sean necesarios, dijo Andrés entrando con ellas en el ventorrillo.

IV.

Se sentaron en una sala baja, junto á una larga y súcia mesa, en dos bancos; ellas de la parte de la pared y Andrés enfrente.

Sobrevino la dueña del figon.

—¿En qué sirvo á ustedes? dijo.

—¿Hay callos?

—Sí, señor, acabaditos de hacer y que los puede comer un duque; ¿cuánto traigo: dos reales ó cuatro?

—Ocho, dijo Andrés.

—Pues buen diente se necesita para comerse ocho reales de callos, dijo la ventera: ¿y pan necesitan ustedes?

—¿Pues habiamos de comer callos sin pan? dijo Andrés.

—Podian ustedes traer el pan; ¿y vino? ¿cuánto vino?

—Por mi parte, contestó Magdalena, con un cuartillo tengo bastante.

—Traeré entonces tres, dijo la mujer.

—Y un pimiento corni-cabra, dijo Magdalena.

La mujer salió.

V.

Andrés estaba aturdido, completamente desorientado.

Comer callos con picante y beber el infame vino que se vende en las afueras, era una cosa que no convenia de ningun modo á la magnífica máscara de su aventura del teatro Real.

Y sin embargo, Magdalena le embriagaba, la amaba; se habia trasmitido á ella todo el amor que habia logrado inspirar á Andrés su amante misteriosa.

—Y dígame usted, don Andrés, mientras vienen los callos; ¿usted es libre? ¿no tiene usted compromiso grave con ninguna mujer? No me engañe usted, porque no le perdonaré nunca que me engañe; y le advierto á usted que mi tia, que ha servido en muy buenas casas en Madrid, y que en poniéndose la mantilla puede averiguarlo

todo, sabrá, si es necesario, su vida y milagros de usted desde que nació.

—Voy á ser muy franco con usted, Magdalena, y en mi franqueza conocerá usted cuánto la amo: vine hace siete años á Madrid á estudiar leyes, y conocí á una mujer que me amó, que se casó con un hombre rico, que siguió amándome, y á la que debo gran parte de mi fortuna.

—¡Ah! esto es mucho, dijo poniéndose gravemente séria Magdalena.

—Esa mujer ha enviudado hace seis meses, y debíamos casarnos cuando se cumpliese el luto.

—¡Ah! pues cásese usted con ella.

—No: despues de haber conocido á usted, yo no puedo ser feliz más que con usted.

—Pero... tiene usted un compromiso de agradecimiento.

—Con darla todo lo que me ha dado estoy fuera del paso.

—¿Y va usted á quedarse por mí pobre?

—Siempre me quedarán vinticinco mil duros que he heredado legítimamente de mi tio.

—Pero esa mujer será siempre para mí un sobresalto.

—Nos iremos de Madrid, y si no de España; yo estoy loco por usted, Magdalena.

—Aquí están los callos, el vino y tres corni-cabras, dijo la ventera poniéndolo todo sobre la mesa y sobre un súcio mantel; están riquísimos.

Y la ventera se volvió á su despacho.

VI.

—Magdalena estaba alternativamente pálida y encendida, y sin embargo, su mirada nada decia á Andrés, nada más que curiosidad.

—Y esa mujer, dijo Andrés, no ha traido ni platos, ni vasos, ni más que un cuchillo y estos infames tenedores de madera.

—Vamos, don Andrés, es usted muy señorito, dijo Magdalena; bien pueden comer tres en un mismo plato y beber en un mismo vaso, y para partir el pan basta con un cuchillo.

Y Magdalena tomó el cuchillo y el pan, y partió.

Despues empezó á comer con muy buen apetito, y á poco tomó el porron del vino y bebió á chorrillo, como bebe la gente pobre.

—¡Ah! dijo para sí Andrés; ó no es ella ó es el demonio.

—¿Le extraña á usted que yo beba así? dijo Magdalena; pues todo el mundo bebe así en los pueblos, hasta en el convento: ¿usted no sabe beber de este modo?

—Sí, sí señora, dijo Andrés; yo sé beber de todas maneras.

Y bebió.

La conversacion siguió pesada, como todas las conversaciones entre un hombre enamorado y una mujer á quien aquel hombre no desagrada, cuando hablan por la primera vez.

Y sucedió que, entre palabra y palabra, la enorme

fuente de callos fué consumida, y el porron renovado dos veces y agotado.

Magdalena acabó por ponerse alegre, y Juana se echó á temblar.

Temió que á causa del exceso que habia cometido su señora, diese en alguna imprudencia.

Pero no sucedió así.

Salieron del ventorrillo cerca del anochecer, y se volvieron á Madrid charlando y riendo.

En la puerta de Atocha, Magdalena dijo á Andrés:

—Es necesario que nos separemos: no quiero que me vean llegar á casa acompañada.

—Separémonos en buen hora, pero que me quede al ménos alguna esperanza.

—Rompa usted decididamente con esa mujer, sepárese usted de ella, devuélvala usted lo que de ella ha recibido, y cuando me pruebe usted que ha hecho todo esto, hablaremos.

—Lo haré; probaré á usted hasta qué punto la amo. ¿Cuándo nos volveremos á ver?

—El domingo, á la misma hora, en este mismo sitio.

—Van á ser para mí ocho siglos de tormento esos ocho dias.

—Pues resígnese usted á ello, porque le advierto que si vuelve á aparecer por mi casa, ni áun por la calle, esto ha concluido antes de haber empezado.

—Me resigno: procure usted amarme algo para el domingo que viene. Adios, Magdalena; adios, señora Verónica.

—Adios, don Andrés, dijo Magdalena. Hasta el do-

mingo que viene, dijo poniéndose en marcha con su señora, Juana.

Andrés entró en su carruaje.

VII.

—¡Ay Juana de mi alma! dijo la marquesa; no me hubiera creido capaz de tanto: indudablemente el amor robustece el estómago: ¡qué guisote tan infernal el que hemos comido, qué vino, qué mantel tan nauseabundo! Vamos, ese hombre me ha vuelto el juicio: me caso con él, Juana, me caso con él, y diga y haga lo que quiera mi padre.

—Vea vuecencia lo que hace, señora; ese hombre me gusta muy poco, tiene la mirada de traidor.

—Ay, no, Juana, es que tú le miras con prevencion: ¡si tiene los ojos más hermosos del mundo!

—Vuecencia es muy jóven, se engaña.

—El corazon no engaña nunca, Juana; mi corazon me dice que es bueno, y lo es, no tengas duda.

—Quiera Dios que vuecencia no se convenza tarde.

—No, Juana, no; me ama y hace por mí un inmenso sacrificio; no me ha engañado, me lo ha dicho todo; si yo le hubiera preguntado más, más me hubiera respondido, y dejará á esa mujer, la dejará, no tengas duda de ello.

—¿Y qué confianza se puede tener en un hombre que así deja un amor de muchos años por un amor nuevo?

—Un hombre que vale lo que Andrés no puede respetar á una mujer casada que le ama; una mujer casada que

ama á otro que á su marido, es despreciable: se casó despues de ser su amante.

—Por lo mismo, más despreciable aún.

—Pues entonces, ¿por qué ha recibido dinero de ella?

—Ha sido un loco, un calavera.

—¡Un perdido!

—Juana, no me digas eso, porque le amo y me ofendes. Mi amor hará de él otro hombre.

—Y si no amara á vuecencia, si todo esto consistiera en que conoce á vuecencia...

—¡Ah! no, respecto á su amor no tengo duda; ¿qué mujer no conoce si es amada? Y me ama por mí misma, porque no sabe quien soy yo, yo te lo aseguro. Por mí seria capaz de todo; hasta tal punto, que el domingo que viene aclaro el misterio, y me presento á él tal cual soy: esto no puede continuar así: me violento, esta comedia me fatiga ya: vamos, vamos, entremos, mudemos de traje, y á casa para encerrarme durante ocho dias.

La marquesa y Juana entraron en la casa núm. 15 de la calle de San Ildefonso.

Una hora despues salian por la puerta de la otra casa de la calle de Santa Isabel y entraban en un carruaje que un instante despues partia.

CAPITULO VI.

Complicaciones.

I.

Esta locura de la marquesa de Santorcaz, hija de su mala educacion, de su inexperiencia, de su voluntad indómita y del terrible amor que la habia inspirado Andrés, debia causar horribles consecuencias.

Filomena encontró aquella noche á Andrés hosco, distraido, sombrío, mudo; y con el admirable instinto de las mujeres, adivinó que Andrés habia acabado de perder el último resto de afecto que la tenia, y que la causa de esto era el amor de otra mujer.

Filomena, que lo habia sacrificado todo á Andrés, todo, hasta su conciencia, se propuso averiguar quién aquella mujer fuese, y encargó á una persona muy de su confianza y muy á propósito para ello, de espiar las acciones de Andrés.

Esta persona era el escribano don Manuel Ruiz, que conocia á don Calisto muchos años antes de que nacie-

se Filomena y habia tomado parte en todos los negocios de don Calisto que habian requerido la intervencion de la fé pública.

Él era el que habia testimoniado, autorizado aquellos terribles testamentos de mancomunidad, de resulta de los cuales habia crecido de tal manera la fortuna de don Calisto, sin contar con otros muchos negocios de éste, no muy limpios, en que habia tomado parte.

Un bribon viejo, experimentado, y á más de esto, escribano, con la gran práctica que da la curia, era el espía más á propósito del mundo para que Andrés no diese un solo paso sin que se supiese, ni dijese una sola palabra de que no se tuviese conocimiento.

Se entiende que don Manuel no desempeñó por sí mismo este encargo, sino que le delegó en algunos bribones, el mejor de los cuales era licenciado de presidio.

El lunes siguiente á aquel domingo, notable en la historia de Andrés, éste, al acabar de almorzar con Filomena, la dijo:

—No me esperes esta noche: voy con algunos amigos á Toledo: mañana á la noche estaré aquí.

Filomena nada dijo; pero tres horas despues supo que Andrés habia salido de Madrid en la diligencia de Arganda, y en la misma diligencia iba un individuo de policía que debia averiguar lo que en Arganda hiciese Andrés.

Este volvió á las ocho de la noche siguiente.

Habló cuatro palabras con Filomena, y volvió á irse.

A las diez, Filomena sabia que Andrés habia ido á

informarse de si era cierto que un mes antes habia salido del convento de monjas del pueblo una jóven de quince años, llamada Magdalena, para ir á vivir á Madrid en compañía de una tia suya paterna, llamada Verónica, en la casa número 15 de la calle de San Ildefonso, y que le habian respondido afirmativamente.

En efecto; habia una Verónica y una Magdalena, tia y sobrina.

La jóven marquesa habia compuesto admirablemente su comedia; habia previsto que Andrés procuraria informarse, y lo habia preparado todo.

Sabia que una de las antiguas criadas de su casa tenia una sobrina huérfana en el convento de Arganda, y de aquí el enredo.

Por una casualidad, la sobrina de Verónica se llamaba como la marquesa, Magdalena.

Y como Andrés no habia podido obtener una fotografía de la marquesa, le fué imposible obtener la identidad de la persona.

II.

De esto resultó que Andrés y Filomena se engañaron.

Que Filomena creyó que Andrés la abandonaba por una lugareña, y que Andrés dejó de dudar, creyendo que entre Magdalena, la sobrina de la señora Verónica y la hechicera máscara del teatro Real, no habia relacion alguna.

Y, sin embargo, tal predominio tenia por sí sola la

marquesa sobre Andrés, que no porque hubiese llegado á creer que se trataba de una pobre huérfana sin fortuna, se entibió aquel amor funesto que habia pasado entero de la bella máscara del teatro Real á la pobre costurera.

III.

Haciasele, sin embargo, muy duro á Andrés romper con Filomeña: le unian á ella sus hijos, de una parte, el asesinato de don Calisto por otra.

Dudó y esperó algun tiempo: tres dias.

Entre tanto, los polizontes secretos de don Manuel habian averiguado, sin entrar en la casa número 15 de la calle de San Ildefonso, y por medio de su administrador, que, en efecto, en aquella casa vivian una tia y una sobrina llamadas Verónica y Magdalena, naturales de Arganda y costureras, segun constaba de sus cédulas de vecindad.

El administrador, que era un pobre hombre, á quien se habia pagado á peso de oro, respondia con arreglo á las instrucciones que se le habian dado.

Magdalena no encontraba caro ningun precio por obtener la certeza de si era amada ó no.

IV.

Filomena sufrió horriblemente, pero esperó á que Andrés se demostrase.

Se la habia dicho por medio de sus espiones que

Andrés no entraba en aquella casa, ni de ella salia, ni en ella se veia ninguna jóven de quince años.

Tampoco Andrés iba á ninguna casa donde hubiese mujeres, ni áun á los paseos: jugaba al billar, de muy mal humor, eso sí, ó charlaba con sus amigos de café.

Filomena esperó á que aquella nube que la habia amenazado se desvaneciese.

Pero la nube se condensó y estalló sobre ella.

V.

El viernes anterior al domingo en que debia volver á ver á Magdalena Andrés, el cajero de Filomena se la presentó y la dijo:

—Acaba de suceder una cosa, señora, que me parece extraordinaria.

—¿Y qué es ello, don Luis? dijo Filomena.

—Han ingresado en caja cuarenta y cinco mil duros, dijo con intencion don Luis.

—¿Se nos debian? preguntó Filomena con extrañeza.

—No, no señora; quien me los ha entregado, exigiéndome un recibo, ha sido don Andrés Peralta.

—¿Y por qué los ha recibido usted? exclamó Filomena conteniendo mal su cólera.

—Porque no he tenido más remedio, señora, contestó con decision el cajero; porque don Andrés es violento, y cuando le dije que necesitaba consultar á usted para recibir esa cantidad, me contestó con muy mal tono:—Comprendo, don Luis, que si yo pidiese á usted una cantidad cualquiera, consultase usted á doña Filomena; pero

tratándose de recibirla, no estamos en el mismo caso: los billetes que componen esos cuarenta y cinco mil duros son legítimos: deme usted un recibo en forma, ó de lo contrario tendremos un sério disgusto.—Ya sabe usted, doña Filomena, que don Andrés tiene muy mala cabeza; yo tengo familia, y no estoy en el caso de perderme: aquí está una carta que don Andrés me ha dado para usted: si á usted la disgusta esto, saldré de la casa; la culpa no es mia; yo no he querido afrontar un gravísimo compromiso.

—Hágame usted el favor de dejarme sola, don Luis, dijo Filomena con voz ahogada, tomando la carta.

Don Luis salió, y Filomena rompió el sobre de la carta, y leyó:

«Nuestra separacion absoluta es de todo punto necesaria; no podemos unirnos, y yo no volveré á tu casa: excusa buscarme, porque toda explicacion que tuviéramos seria dolorosa é inútil.—Andrés.»

VI.

Filomena empezó á dar gritos, se tiró al suelo, lloró, se desesperó como si todo el mundo se hubiera acabado para ella; acudieron los criados, y no fué posible calmarla: en medio de su desolacion mandó poner un carruaje, se hizo vestir, y sólo cuando estuvo vestida dejó de llorar: bajó, entró sola en el carruaje, y dijo al cochero de una manera rápida y nerviosa:

—A la calle de San Ildefonso, número 15; de prisa.

VII.

Diez minutos despues, Filomena, pálida, decidida, terrible, entraba en aquella casa y llamaba á la cerrada puerta del cuarto bajo del fondo del patio.

Nadie contestó, porque allí nadie habia.

Julian, que estaba sentado en los corredores al sol, leyendo una novela (ya sabemos que Julian era uno de los antiguos criados de la marquesa, que habia ido á aquella casa á hacer el papel de inquilino), se levantó y se asomó á los corredores, alarmado por los fuertes é impacientes golpes que Filomena daba sobre la puerta.

—Ya pareció aquello, dijo Julian: á la marquesa se la viene encima otra individua: no están, señora, dijo dirigiéndose á Filomena.

—¿Es usted vecino de la casa? le preguntó la jóven.

—Sí, señora; para servir á usted.

—¿Viven aquí una tia y una sobrina que se llaman Verónica y Magdalena?

—Sí, señora; pero están á coser fuera.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿Volverán á la noche?

—No es seguro; porque suelen quedarse donde cosen.

—Pues yo las necesito.

—Lo siento mucho; pero todo lo que puedo hacer, es decirles, cuando vengan, que una señora ha venido á buscarlas.

—No, yo volveré esta noche: ¿á qué hora suelen venir?

—Despues de las ocho.

—Gracias, que usted lo pase bien.

—Para servir á usted, señora.

Y Filomena salió demudada, irritada, rápida.

VIII.

—Es necesario avisar á la marquesa y avisarla cuanto antes, dijo para sí Julian: esto se va poniendo sério, y mucho será que la señora no tenga un grave disgusto: esa otra me parece mujer temible: en fin, cumplamos con nuestra obligacion, y allá se las entiendan ellas.

Julian se puso su capa y su sombrero, salió, llegó á la plazuela de Anton Martin, tomó un carruaje de plaza y dijo al cochero:

—Fuencarral, 207.

Julian no reparó en que un hombre de mala traza, que estaba en la esquina de la calle de San Ildefonso, y junto al cual habia pasado, le habia seguido.

Aquel hombre oyó las señas que Julian habia dado al cochero, se dirigió á otro coche, y dijo al entrar en él:

—Fuencarral, 207, y deprisa, si quieres buena propina.

IX.

Media hora despues, este hombre hablaba con una vieja portera en la casa número 207 de la calle de Fuencarral.

—¿Vive aquí en el cuarto principal el señor conde de Arnedo, señora? preguntó aquel hombre á la portera.

—No, señor, contestó la vieja; quien vive en el cuarto principal, es decir, en toda la casa, es el señor marqués de Alpuente.

—¿Y dígame usted, no vive nadie con el señor marqués?

—Nadie más que su hija, la señora marquesa de Santorcaz.

—¿Y nadie más?

—Nadie más; la señora es huérfana: y digo nadie más porque usted no hablará de los criados.

—Pues señor, me han dado mal las señas: perdone usted porque la he molestado.

—No hay de qué.

—Gracias, que usted lo pase bien.

—Vaya usted con Dios.

Aquel hombre entró en el carruaje de alquiler que le habia llevado y que partió.

X.

Una hora despues don Manuel Ruiz en persona, se presentaba á Filomena.

—Tenemos una gran novedad, la dijo.

—No son pequeñas las que hay aquí, dijo Filomena: Andrés es un infame; ha roto completamente conmigo; ha entregado á don Luis, mi cajero, cuarenta y cinco mil duros, que don Luis, por debilidad, ha recibido sin avi-

sarme, dándole recibo de ello, y le ha entregado para mí esta insolente carta.

Y Filomena mostró á don Manuel la carta de Andrés.

—Comprendo perfectamente esto, dijo con esa naturalidad fria de los hombres de mundo el escribano: ese muchacho es un mal bicho, y hace un negocio; pero un negocio que no comprendo: un negocio en que entra por mucho la vanidad.

—¿Pero qué negocio es ese?

—Elige, entre usted y la jóven marquesa de Santorcaz, á la marquesa: como dinero, no es negocio, porque pierde: la marquesa no tiene más que dos millones de renta, y usted, gracias á la laboriosidad de don Calisto, tiene cinco y pico: pero un pico respetable con el cual me contentaria yo.

—¿Pero qué me está usted diciendo de marquesa?

—Es necesario tener buen olfato y deducir bien para adivinar las cosas, y yo soy un buen podenco: esto de despojarse de cuarenta y cinco mil duros un hombre tan interesado como don Andrés... esa Verónica y esa Magdalena que no han vivido más que por momentos en la casa de la calle de San Ildefonso... haber salido de ella hace dos horas, despues de haber usted salido, un hombre que tiene todas las trazas de criado de buena casa, á quien ha seguido uno de los que yo tengo siempre en observacion en la calle de San Ildefonso; haber entrado el que parece sirviente en un coche de plaza dando las señas de Fuencarral, 207, y habiéndose hecho llevar allí y preguntado mi hombre, resultar que en aquella

casa vive la bellísima marquesa de Santorcaz, que se llama Magdalena, demuestra que la Magdalena costurera y la Magdalena marquesa son una misma persona; que aquí hay una intriga amorosa; que don Andrés sabe, sin duda, que se trata de una grande de España; que hace un negocio más de vanidad que de dinero; que se le ha exigido que rompa con usted y rompe, deshaciéndose de esos cuarenta y cinco mil duros: cuando ha hecho esto, claro está que el asunto es sério, que se trata de un casamiento, que don Andrés, que es muy presuntuoso, quiere ser grande de España.

—¡Y mis hijos! exclamó con una vehemencia extrema Filomena: ¡y mi corazon! ¿Por qué ese miserable no ha venido á pedirme un recibo de nuestros hijos, un recibo de mi alma?

—Un disparate de don Andrés, dijo gravemente el escribano, no debe causar otro disparate: deseo que escuche usted sériamente un consejo mio.

—Y bien, ¿qué debo hacer? dijo Filomena con una calma aterradora.

—Tomarse tiempo, meditar, procurar comprender que tal vez don Andrés, con su desagradecimiento, con su inmotivado rompimiento, ha hecho á usted un favor: quien como usted es millonaria, puede y debe sobreponerse á todo.

—¡Maldito sea el dinero! exclamó con desesperacion Filomena: ¡mis hijos... mis pobres hijos!...

—En estos tiempos en que todo se vende, sin perder usted su independencia, puede usted encontrar padres para sus hijos.

—¿Quién, yo? ¿Renunciar yo á los hijos de mis entrañas, oirlos llamar padres á dos miserables mercenarios? ¡no, mil veces no! yo sé lo que tengo que hacer.

—Cuidado con lo que usted hace, Filomena; cuidado no sobrevenga una terrible desgracia: usted no conoce bien á don Andrés.

—No será don Andrés quien me mate, exclamó Filomena; y como ya no estén casados, no se casan: si están casados, mejor, mucho mejor.

—Cálmese usted, medite usted, Filomena, dijo el escribano.

—No, si yo estoy tranquila, muy tranquila, como que no vacilo, como que no dudo, como que estoy resuelta á hacer lo que debo.

—En ese caso, Filomena, y puesto que de nada han de servirla á usted mis amonestaciones, la dejo: estoy cargado de negocios y tengo mucho que hacer: siento en el alma lo que sucede, y aseguro á usted que esto me ha puesto de muy mal humor, como si se tratara de una cosa mia.

—Gracias, don Manuel; si necesito de usted le incomodaré.

—Usted no puede incomodarme nunca: adios, hijamia; valor.

—Adios, don Manuel.

El escribano salió diciendo para sí:

—Afortunadamente esta loca no puede complicarme en nada.

XI.

Filomena salió inmediatamente á pié, sola, sin tomarse tiempo para que enganchasen un carruaje, y con ese paso rápido de las mujeres, cuya velocidad sólo puede conocer el que sigue á una mujer que escapa, se puso en pocos minutos en la calle de Fuencarral, número 207.

Subió nerviosa, calenturienta, loca, las escaleras; llegó á la puerta del cuarto principal y tiró enérgicamente de la campanilla.

La puerta se abrió y apareció un criado con librea.

—Esta tarjeta, dijo sacando una de su libro de memorias y dándola al lacayo, á la marquesa de Santorcaz.

El criado miró fijamente á Filomena.

La mirada de Filomena, lúcida, intensa, poderosa, dominó al lacayo.

—No sé si la señora recibirá, dijo; pase usted, pase usted; voy á llevarla esta tarjeta.

Y señaló á Filomena la puerta de un recibimiento.

Filomena entró en él, y de él pasó á una antesala, y de la antesala á un salon magníficamente amueblado con la mayor sencillez, con el mayor lujo y con un gusto exquisito á la par.

Al entrar Filomena en aquel salon, apareció en él, entrando por una de las puertas situadas á su extremo, un señor alto, viejo, seco, que adelantó y se detuvo á poca distancia de Filomena, mirándola con extrañeza, pero de una manera intensa.

Aquel hombre iba envuelto en una larga bata negra,

con un gorro de punto de color oscuro sobre los cabellos largos, lácios y canos.

En aquel hombre habia algo de extraordinario: debia haber sido hermoso en su juventud; pero habia llegado hasta tal punto su demacracion, que sólo podia deducirse que habia sido hermoso por el encajamiento, por las proporciones de las formas de su semblante.

—Dispense usted, señora, la dijo, este encuentro imprevisto: pasaba yo, por ahorrar camino, desde mi biblioteca á mi cuarto: siéntese usted: ¿usted vendrá á ver á mi hija?

—Segun eso, usted es el marqués de Alpuente, dijo Filomena sentándose.

—Eso es, contestó el marqués sentándose en el sofá: en cambio, yo conozco á usted, señora; no sé cómo usted se llama, no he visto á usted nunca, y sin embargo, la conozco: usted debe llamarse... ignoro el nombre; pero sus apellidos deben ser Perez y Salcedo.

El marqués pronunció estas palabras de una manera gutural, mirando intensamente á Filomena con una expresion extraña.

—Esos son mis apellidos, dijo Filomena mirando al marqués con asombro: si usted no me conoce, ¿cómo sabe mis apellidos?

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintidos años.

—Eso es: ¿dónde vive usted?

—No comprendo... dijo Filomena.

—¿Dónde vive usted? repitió de una manera enérgicamente imperativa el marqués.

Filomena, asombrada, dió al marqués una tarjeta.

—Nos veremos, dijo: usted viene á ver á mi hija, véala usted; nuestra conversacion debe ser muy larga. Adios.

Y se levantó y se alejó, y salió del salon, dejando vivamente excitada á Filomena por lo extraño de aquel suceso.

XII.

Poco despues apareció en el salon Magdalena, que adelantó lentamente con la tarjeta de Filomena en la mano, hácia ella.

Filomena se puso de pié, y la esperó altiva y sombría.

—El nombre que leo en esta tarjeta, dijo Magdalena, me excusa de preguntar á usted con qué objeto viene á verme; siento mucho el que nos encontremos frente á frente, porque todo lo que podemos hablar es inútil.

—¿Y quién ha dicho á usted que yo nada tengo que decirla? respondió con un marcado desprecio Filomena: sólo queria conocer á quien me perjudica, sin quererlo sin duda, y á quien me veo obligada á combatir sin voluntad.

—Usted comprenderá, dijo Magdalena sin invitar á Filomena á que se sentase y sin sentarse, que todo esto es altamente ridículo, no para mí, para usted.

—¡Niña! dijo con desprecio Filomena.

—La niña suplica á usted abrevie cuanto sea posible esta situacion.

—Sí, es verdad; si yo me tuviera en ménos, esto llegaria... hasta el escándalo; llegaria hasta el punto de que yo no saldria de aquí libre, como he entrado, porque... porque la haria á usted pedazos.

Magdalena miró con una insolente altanería á Filomena y la señaló la puerta, extendiendo hácia ella el brazo de una manera nerviosa.

—Sí, me voy; pero antes necesito decir á usted una sola palabra: no será usted su mujer.

Y Filomena salió.

Magdalena soltó una larga carcajada.

—¡Ah! murmuró Filomena saliendo; dentro de poco, si le amas, no te reirás.

—¡Pobre mujer! exclamó Magdalena cuando se quedó sola; yo la creia más temible por el afecto que pudiera tenerla Andrés; es una costurera, vestida de una manera que no la conviene y que no logra encubrirla: esa chica estaria deliciosa con un vestido de percal y un manto, en su género; ¡bah! nada tengo que temer: Andrés es mio

—¡Oh! exclamaba en aquel momento llorando y bajando las escaleras Filomena; es una mujer irresistible; no me queda más medio que arrostrar por completo el sacrificio.

Y se volvió en paso lento á su casa, con el velo de la capota echado sobre el rostro para ocultar en parte su conmocion.

En tal estado tenia el espíritu Filomena, que se ol-

vidó de su extraña conversacion con el marqués de Alpuente.

XIII.

Cuando llegó á su casa, hizo llamar á don Manuel, el escribano, que se apresuró á ir.

Pero el escribano lo habia adivinado; no queria comprometerse y se habia parapetado tras una fria reserva.

—No hay esperanza, le dijo; es una mujer fascinadora, irresistible.

—¡Ah! ¿se ha acercado usted á la jóven marquesa de Santorcaz? dijo el escribano.

—Sí, don Manuel, sí; queria saber hasta qué punto era temible esa mujer, y al verla me he extremecido; y sin embargo, necesito probar un último recurso, necesito verle, necesito hablarle; es necesario que se sepa dónde está.

—Don Andrés ha partido hoy por el ferro-carril del Norte: el que le seguia llegó un poco tarde, en el momento en que se cerraba el despacho de billetes, y no ha podido entrar en el tren.

—¡Qué torpeza! dijo Filomena, ¿no pago yo bastante para que se me sirva bien?

—¡Pagar! ¡pagar! dijo con grosería el escribano, hay cosas que aunque se paguen á peso de oro, no pueden hacerse sino por un insensato; cuando una mujer llega al punto á que usted ha llegado, y está dispuesta á arrojarse á un abismo, es necesario dejarla para que no nos arrastre á ese abismo con ella: usted debia sobreponerse á

todo; usted debia despreciar á quien la desprecia, y entrar en el mundo real por la puerta de lo positivo, dejándose de sueños; quiere usted seguir soñando, y el sueño se convierte en pesadilla: en buen hora, Filomena; pero yo me retiro, abandono el campo y me pongo á su disposicion para cuando haya usted llegado á una situacion desesperada.

—Avíseme usted, á lo ménos, cuando ese hombre haya vuelto á Madrid.

—En buen hora; adios.

—Adios.

El escribano llegó á la puerta y se volvió.

—Una última palabra, Filomena: la he visto á usted nacer y no puedo olvidarme de esto: olvídese usted de Andrés, esté usted segura de que no hay dolor, por terrible que sea, que el tiempo no gaste.

—Hay dolores que matan, don Manuel.

—Entonces, Filomena, puesto que yo no puedo hacer milagros, adios.

El escribano salió.

XIV.

Filomena se vió precisada á meterse en la cama; no podia tenerse de pié; la devoraba la fiebre, esa fiebre especial de la desesperacion.

No llamó á nadie. La soledad, á lo ménos, no la incomodaba. Ni los criados, ni los dependientes supieron que estaba enferma hasta que oscureció y llevaron luces á su gabinete.

—Dejadme sola, dijo Filomena cuando la preguntaron con cuidado: se me parte la cabeza; no quiero ver á nadie; quiero dormir, á ver si durmiendo se me pasa esto.

La dejaron sola.

Su fiebre creció; creció su desaliento frio, la amargura de su alma, y cayó, no en el sueño, sino en el marasmo.

En un marasmo que muy pronto se convirtió en un letargo profundo, durante el cual nada sintió, nada soñó.

Despertó muy tarde por la mañana.

Se vistió por sí sola y se miró al espejo.

Estaba pálida: habia envejecido diez años.

Sobre la consola vió una tarjeta con escudo de armas, timbrado con corona de marqués, y contenido en un manto de armiño, como usan en sus escudos los grandes de España.

En la tarjeta se leia: «El marqués de Alpuente» y por bajo con lapiz: «He venido á las ocho y he tenido el disgusto de saber que estaba usted enferma, y de que por lo mismo no podia ser anunciado. Mañana á las tres iré á informarme del estado de su salud.»

Entonces, y sólo entonces, recordó Filomena su extraño encuentro con el marqués de Alpuente, y su extraña conversacion con él.

Tiró de la campanilla y acudió su doncella.

El reló de bronce puesto sobre la consola marcaba las doce del dia.

—He dormido mucho, María, ¿no es verdad? dijo Filomena procurando sonreirse.

—Era algo más que dormir, señora: yo no me he acos-

tado: he entrado y salido continuamente; estaba usted como un tronco, y si no hubiera usted respirado tan fuerte como respiraba, yo hubiera pasado un gran susto.

—Tenia una gran calentura; pero ha pasado: péiname bien, vísteme bien: espero una visita aristocrática.

—Ah, sí, ¿la del marques de Alpuente? qué señor: qué génio: anoche se irritó porque se le dijo que estaba usted enferma y que no se le podia anunciar: yo no necesito que se me anuncie, dijo: yo puedo entrar aquí cuando quiera y como quiera: fué necesario que don Luis, que estaba en la caja, acudiese y se pusiese muy sério: entonces sacó esa tarjeta y escribió en ella sobre la misma cartera, me la dió y se fué.

—Yo creo, dijo Filomena, que ese buen señor está algo tocado de la cabeza.

—¿Cómo tocado de la cabeza? dijo María: loco de remate: si le hubiera usted oido... se le encandilaban los ojos y daba unas voces... no debe usted recibirle, señora; don Luis está al cuidado, y cuando venga le echará con cajas destempladas.

—No, por el contrario: cuando venga que entre al momento.

—¡Ah! eso es otra cosa, dijo María, usted sabrá lo que se hace, señora.

XV.

María peinó admirablemente á Filomena, y la vistió un ancho y elegantísimo traje de luto.

¡De luto por don Calisto!

Hay lutos que son un sarcasmo: que extremecen á los que conocen la historia de aquel luto.

Hay lutos que tienen todo el aterrador aspecto de la hopa de un ajusticiado.

XVI.

Á las dos estaba acabada de vestir Filomena.

Esperó con una impaciencia mortal una larguísima hora.

Habia acabado por ser una esperanza para ella la visita del marqués de Alpuente.

Habia resuelto decírselo todo; ampararse de él.

La marquesa de Santorcaz sólo tenia quince años: estaba bajo la pátria potestad: su padre podia impedirla su casamiento con Andrés.

Y Filomena habia notado un gran interés en el marqués hácia ella.

Esperaba, pues, con una gran impaciencia.

Dieron las tres, y en el mismo momento sonó la campanilla de la puerta.

Filomena se extremeció de una especie de alegría tristísima, de la alegría de una esperanza dudosa.

Quien llamaba debia ser el marqués.

XVII.

Se abrió la puerta del gabinete y entró María.

Pero en vez de anunciar al marqués, entregó á Filomena una carta, en cuyo lacre se veia un gran sello de armas: el mismo que aparecia en la tarjeta.

—¿Quién ha traido esta carta? dijo Filomena.

—Un criado con librea, contestó María.

—¿Espera contestacion?

—No, señora; se ha ido.

María salió y Filomena abrió, temblando, la carta: decia así;

«Señora: está de Dios que la contrariedad me haga su víctima. Anoche no pude lograr que me anunciasen á usted sus criados, y hoy no puedo yo ir porque la violenta conmocion que me causó el ver de repente á usted, agravada algunas horas despues con la imposibilidad de volverla á ver, me ha producido un calenturon que me tiene en cama, no sabemos para cuantos dias, segun dicen mis médicos. Si usted, segun he sabido hoy, no hubiera tenido un rompe-lanzas con mi hija, yo la suplicaria que viniese á verme, en nombre de su madre. Tendré paciencia; procuraré ponerme bueno cuanto antes: hasta entonces, adios.—Suyo de todo corazon.—El marqués de Alpuente.»

Tal estaba Filomena, que á pesar de la marquesa de Santorcaz, hubiera ido á ver al marqués.

Pero la carta del marqués venia á ser una prohibicion tácita.

Tuvo, pues, paciencia, ó por mejor decir, se resignó á la fuerza, y como no estaba buena, se metió en la cama y llamó al médico.

Á aquel mismo médico á quien se habia llamado para don Calisto.

CAPÍTULO VII.

Trasformacion.

I.

Á las doce del domingo inmediato á aquellos sucesos, Andrés bajó de un coche de primera clase en el desembarcadero del ferro-carril del Norte; recogió en el despacho de equipajes una maleta de mano; se metió en un carruaje de alquiler, y se hizo llevar á casa de uno de sus amigos, á la calle Mayor, donde se vistió; mandó le buscasen un carruaje de alquiler, de lujo, para las tres y media de la tarde, y cuando llegó esta hora y el carruaje con ella, se hizo llevar fuera de la puerta de Atocha.

Poco despues dieron las cuatro, y no tardó mucho en presentarse, sola, Juana, que para Andrés era la señora Verónica.

Esta habia bajado de un magnífico carruaje que se habia detenido á alguna distancia de aquel en que habia ido Andrés.

—¡Qué es esto! dijo el jóven, ¿por qué no viene su sobrina de usted?

—Estamos cosiendo las dos, contestó Juana, en la

quinta de la marquesa de Santorcaz, que va á casarse dentro de poco: hay mucho trabajo, y Magdalena no ha podido venir.

—¿Y ha sido tan bondadosa la marquesa, dijo Andrés con intencion, que ha prestado á usted su carruaje para que venga á avisarme?

—Señor don Andrés, contestó Juana, la marquesa de Santorcaz quiere mucho, muchísimo, á Magdalena; tanto que es indecible: como usted sabe que mi sobrina es una pobre y no tiene usted inconveniente en casarse con ella, importa muy poco, á mi modo de ver, que la marquesa, que lo sabe todo, le conozca á usted: la marquesa seria la madrina de la boda, si esto fuera posible.

—¿Y por qué no es posible que la marquesa sea nuestra madrina?

—¡Oh! imposible de todo punto.

—Pues no lo comprendo.

—Usted lo comprenderá cuando se lo diga la marquesa.

—Pues vámos, porque estoy impaciente.

—Para ir no se dirija usted á su carruaje; el de la marquesa es mucho mejor.

—Déjeme usted, al ménos, que pague éste; es un alquilon; yo he renunciado á todo por Magdalena, y no tengo ya carruaje.

—¡Cuánto se va á alegrar mi sobrina cuando lo sepa!

Andrés pagó el carruaje, le despidió y se dirigió al de la marquesa de Santorcaz.

Al entrar en él, Juana dijo á los criados:

—Á casa.

El carruaje partió tomando el camino de la Ronda, circunferencia de Madrid, hácia la puerta de Toledo.

II.

—Ha dicho usted á casa, observó con marcada intencion Andrés.

—Sí, señor, contestó con suma naturalidad Juana; á casa: como si dijéramos, á la quinta de la señora marquesa, de donde hemos venido.

—No habia yo podido, ni áun soñar, que fuese tan grande mi fortuna, dijo Andrés.

—Ya lo creo: bien puede usted asegurarlo, don Andrés; hombre hay que daria todos los dedos de una mano por ocupar el lugar que usted ocupa: mi sobrina tiene una suerte deshecha: no crea usted que, así como así, grandes señores que la han conocido en las casas donde vamos á coser, andan muertos por ella, y no para perderla, no; para hacerla su mujer: yo no sé cómo usted se ha compuesto; pero la verdad es, sépalo usted, no importa, que está por usted loca.

—¡Loca! ¿dice usted que me ama?

—¡Si lo sabré yo que la he criado! ¡y qué mujer, don Andrés, qué mujer! ¡qué angel! ¡qué hermosa, qué talento, y qué nobleza! es la envidia de las damas de Madrid.

—¡Ah! ¡con que es ella! ¡la marquesa de Santorcaz!

—Sí, señor marqués, sí; yo no quiero engañar por más tiempo á usted; cuando yo le llamo á usted marqués, y me cuesta trabajo no darle excelencia, puede usted

estar seguro de que la marquesa está enamorada de usted hasta los huesos.

—Gracias, gracias, dijo Andrés; no olvidaré nunca lo que has hecho: por supuesto que tú no te llamas Verónica.

—No, no señor: yo me llamo Juana: fuí doncella de la señora, que murió en mis brazos, á poco de haber dado á luz á la marquesa; seguí despues en la casa, y he sido poco ménos que el amá de cria de la señorita: á los seis años la puso el señor marqués en el colegio de Loreto, y yo entré en el colegio para servirla, con dos doncellas: á los ocho años, la marquesita, porque es marquesa propietaria de Santorcaz, con grandeza de España de primera clase, por su madre, fué á París á la pension del Corazon de Jesús, y yo la acompañé con otras dos doncellas y con dos criados que no podian vivir en el convento, pero que estaban á disposicion de la marquesa: á los diez años, la señorita pasó á Lóndres, á otra pension, y yo la seguí con la misma servidumbre: á los doce años, la señorita volvió á España, á casa de su padre: en los tres años que han pasado desde entonces, ha continuado el estudio de la pintura y de la música: es admirable, don Andrés, es admirable: si mañana se arruinase, podria ser una magnífica directora de colegio: cose, borda, habla y escribe el francés, el inglés y el aleman; monta á caballo, canta como una *prima donna* y pinta bastante bien, particularmente paises; adora la poesía y tiene el corazon de un ángel: le ha tocado á usted el gran premio; pero es necesario que se haga usted digno de ella.

—Estoy aturdido y cobarde, Juana; tú eres la primera que te has trasformado á mis ojos, y me encuentro, no con una sirviente vulgar, sino con una mujer fina, inteligente y que parece instruida.

—Como que he estado seis años de colegio en colegio; y además de eso, don Andrés, yo tengo una historia muy triste, un drama completo: la madre de la marquesa me recogió cuando quedé huérfana: mi madre habia sido compañera suya de colegio; cometió un disparate casándose con mi padre, que la arruinó y la abandonó haciéndola morir desesperada.

Dos gruesas lágrimas brotaron en los ojos de Juana.

—La marquesa de Santorcaz, que fué tambien muy infeliz, me acogió como una madre; yo era su señorita de compañía; más que esto, su hija: por eso amo á Magdalena como si fuera mi hermana; una hermana menor, á pesar de que ni se lo demuestro, ni dejo de darla el tratamiento que la corresponde, y de obedecerla como una criada: los niños y los jóvenes abusan más del afecto del corazon que del que creen servilismo de los criados: yo guardo el amor que la tengo en lo íntimo de mi alma; por eso, don Andrés, sin su autorizacion, es más, faltando á mis instrucciones, he revelado á usted la verdad, porque quiero que nos entendamos los dos; porque se trata de mi hija adoptiva del corazon; porque si su amor hácia usted, amor que yo no he podido notar, la fuese funesto, yo no sé, amigo mio, yo no sé hasta qué punto llegaria lo que yo hiciera.

III.

Juana habia crecido extraordinariamente á los ojos de Andrés.

—Perdone usted, la dijo, si la he hablado de tú, tratándola como á una criada; yo no conocia á usted.

—Eso importa muy poco; puede usted hablarme como quiera.

—¡Oh! no, no señora; usted es una persona decente, una señorita; siempre la consideraré á usted del mismo modo; y si yo me uno, como espero, á Magdalena, usted ocupará en nuestra casa el lugar que la corresponde.

—Cuando Magdalena se haya casado, yo iré á encerrarme en un convento, don Andrés; pero dejemos esto: aún nos faltan dos leguas y media para llegar á la quinta (atravesaban en aquel momento el puente de Toledo), y aunque vamos muy de prisa, porque el tiro es magnífico, tenemos tiempo bastante para lo que necesito decir á usted: contésteme usted lealmente á lo que voy á preguntarle: figúrese usted que es la madre de Magdalena quien habla por mi boca.

—Juro á usted ser franco y leal.

—Dígame usted: ¿no es verdad que usted ha creido siempre, es decir, desde que la vió, que Magdalena era una alta persona?

—Lo creí cuando ví su retrato; la conocí por su mirada; pero confieso á usted, señora, que despues me ha desorientado, me ha vencido, me ha hecho creer que era una pobre, reducida á vivir de su trabajo, á lo que usted

ha contribuido no poco: ¿quién habia de creer á una señorita delicada, rica, capaz de comer con apetito aquel maldito guisote del ventorrillo del camino del Canal, y beber aquel vino áspero, impuro, insoportable?

—¡Ah! el amor es capaz de todo: ella queria y quiere saber si usted la ama por sí misma; y le advierto á usted que la comedia va á continuar por su parte, aunque ha concluido por la mia; que sea usted prudente, que la deje hacer.

—Se lo juro á usted, señora.

—Pero bien; determinemos la cuestion: si yo fuera la señora Verónica, ó la tia Verónica, y Magdalena mi sobrina, pobre, huérfana, sin títulos, hija de un pobre campesino, ¿se casaria usted con ella?

—Sí.

—Es que todo esto puede ser verdad.

—En buen hora, dijo sin inmutarse, sin alteracion ninguna en su semblante y en su acento, Andrés.

—En verdad que ella vale, con ser ella, lo bastante para que se la ame con locura; yo tengo una gran experiencia y sé que está usted completamente enamorado; sin embargo, me doleria mucho que influyese en el amor que usted la tiene su posicion.

—Sí y no.

—Explíquese usted.

—Cuando yo la ví en el baile no pude ménos de impresionarme: estaba hechicera.

—¡Oh! hermosísima, dijo sonriendo Juana, con la misma vanidad que pudiera haber sentido una madre; ¡qué locura aquella! fué una cita tácita: yo nada sabia;

habia notado, sí, que Magdalena estaba triste, que no salia, pero que iba al teatro Real sin perder una sola noche, desde hacia tres meses, y que cuando volvia estaba más triste; yo la hacia el té, la decia cualquier cosa, á que apenas me contestaba, la desnudaba, la acostaba, y luego iba á acostarme en la cama que siempre he tenido junto á la de ella: una revelacion más, don Andrés: yo soy su aya; yo recibí de su madre moribunda el sagrado encargo de velar por ella.

Doña Juana, porque ya es necesario llamarla así, creció de repente cinco piés más á los ojos de Andrés.

—Perdone usted otra vez, señora, dijo éste; pero va usted creciendo á mis ojos de una manera sucesiva, y apareciendo á cada momento más respetable: si usted me hubiera dicho desde la primera palabra: yo soy doña Juana de...

—Arévalo, señor don Andrés.

—Pues bien; si usted me hubiera dicho: yo soy doña Juana de Arévalo, aya de la marquesa de Santorcaz, yo hubiera tratado á usted como la corresponde.

—Dejemos á un lado los cumplimientos, que siempre tienen algo de afectacion, y no quiero yo que haya afectacion ninguna en lo que hablamos: yo he representado bien mi papel de criada de planta baja, y usted se ha puesto en consonancia con lo que en mí veia; nada más natural; prosigamos: yo duermo poco, tengo muchos dolorosos recuerdos que me desvelan: noté, pues, que Magdalena, que antes en cuanto se acostaba se dormia y se pasaba la noche en el tranquilo y envidiable sueño de un niño, estaba tambien desvelada: muchas veces la oia

llorar, gemir; no pude al fin resistir más, y una noche, pocos dias antes del baile de Piñata, la dije:—¿Qué tienes, Magdalena? ¿tu padre tiene alguna exigencia que yo no conozco? ¿te martiriza, te obliga á casarte con ese repugnante conde de Arteaga?

—¡Ah! no, dijo sorprendida Magdalena; eso está ya concluido: me negué rotundamente y mi padre no insistió; si hubiera insistido hubiera sido lo mismo, porque yo creo que la potestad paterna no alcanza hasta el punto de matar el alma de un hijo; pero yo creia que dormias, Juana: si hubiera sabido que estabas despierta me hubiera tragado mis lágrimas.

—¿Cómo quieres, la respondí afectuosamente, que duerma tranquila, si hace mucho tiempo que te veo triste y no me has dicho la causa de tu tristeza?

—Estoy triste, me contestó, porque me sucede una gran desgracia.

Y dejó su cama, se vino á la mia, me abrazó y se echó á llorar.

—¿Has amado tú alguna vez, Juana de mi alma? dijo dándome un beso en la boca.

Era esta una pregunta demasiado grave para mí; una pregunta hecha á mi alma por la boca de un ángel que empezaba á sufrir lo mismo que yo he sufrido: un amor terrible, un amor sin esperanza; uno de esos amores que enlutan el alma, que deciden del porvenir.

—Yo nunca he amado, dije á Magdalena.

Porque si la hubiera dicho que habia amado, que conocia el amor en toda la extension de la desgracia á que un amor funesto puede llevar á una criatura, me hubiera

preguntado, hubiera querido saberlo todo, y al saberlo hubiera desconfiado del porvenir; hubiera comprendido que todo amor es un sueño egoista del alma, una locura producida por un fantasma que no existe; que vemos, que sentimos con nuestra alma, y que al tocarle, más bien, al quererlo tocar, desaparece, dejándonos la certidumbre de que hemos soñado, de que hemos estado locos, de que nuestro sueño y nuestra locura han matado nuestra alma.

Calló doña Juana, inclinó la cabeza sobre el pecho y suspiró de una manera larga y profunda.

Andrés callaba.

Doña Juana crecia á cada momento más y más á sus ojos.

IV.

Doña Juana permaneció algunos instantes concentrada, viviendo dentro de sí misma, absorbida toda la actividad de su alma por un recuerdo.

Entre tanto, el carruaje, vigorosamente arrastrado por los dos magníficos caballos árabes normandos, avanzaba con rapidez.

—No contesté á la pregunta de Magdalena, continuó al fin doña Juana; no debia contestarla: dije á Magdalena que nunca habia amado.

—¡Ah! pues entonces no sabes lo que es ser feliz ni desgraciada á un mismo tiempo, me contestó; no sabes lo que es la vida; no sabes lo que es la muerte; no conoces lo que es la alegría de los cielos y la tristeza de la

desesperacion. ¡Ah! el que no ama, el que no ha amado nunca, no ha vivido, no ha nacido: se nace á la vida el dia en que se ama: lo demás es una vida material, una vida sin objeto; porque el grande objeto de la creacion es el amor.

—¿Y tú amas, tú amas así, Magdalena? la pregunté llena de ansiedad.

—Yo amo cuanto puede amarse, me contestó con vehemencia; con uno de esos amores que no pueden morir, pero que matan, Juana de mi alma; que matan, que ahuyentan el sueño; que hacen brotar las lágrimas del corazon á los ojos, que son al mismo tiempo un placer inefable y un tormento infinito: el amor me ha sorprendido; yo no le conocia, no sabia lo que era; yo no sabia que teníamos en el corazon tanta ventura, tanta amargura, tanta virtud, tanta abnegacion, tanta valentía, tanta fuerza: el que ama como amo yo, el que verdaderamente ama, no puede ser malo: el que no ama como yo, no conoce el amor, no sabe lo que es: yo sufro, me desespero, me extremezco, tengo ansiedad y miedo, y sin embargo, no cambiaria por nada este amor doloroso; ni por la gloria de Dios: ¡oh! la gloria de Dios no puede ser otra cosa que un amor puro, infinito, inmortal; cuando se ama, Juana, es cuando se comprende á Dios: es cuando se comprende por qué existe el universo.

—¿Pero á quién amas? la pregunté.

—No le conozco, me contestó; no sé quién es: está abonado á butaca en el teatro Real.

—¿Es jóven?

—Sí.

—¿Buen mozo?

—¡Oh! ¡hermosísimo!

—¿Persona decente?

—Lo parece; y parece tambien hombre de talento, hombre de corazon.

—Mira no te engañes, mira no sueñes; los sueños del corazon son terribles; matan ó enloquecen: es muy triste, muy duro, desesperado el despertar de uno de esos sueños; el ver delante de sí la verdad fria, fea, descarnada, horrible; buscar en el sér que amamos el ángel que hemos soñado, y no encontrar otra cosa que un corazon de cieno repugnante, despreciable: encontrar la vulgaridad, donde habiamos soñado lo sublime; el egoismo en vez del sacrificio; la miseria en vez de la grandeza: mira que el corazon es un poeta, y los poetas no han nacido más que para fingirse esos mundos que no existen; mira que el despertar del sueño es horrible, que puede estallar el corazon y sentir en su agonía la incomparable amargura de ver que aquel por quien muere es completamente indiferente á su desesperacion mortal: no sueñes, por Dios, Magdalena, no sueñes; despierta á tiempo, no sea que el despertar te mate.

—Ya es tarde, me contestó llorando Magdalena.

V.

—Pero entonces, señora, dijo con el acento de la embriaguez de la felicidad Andrés, yo soy el más dichoso de los hombres.

—No, dijo doña Juana: usted ó es un sér completa-

mente desventurado, ó un sér infame, indigno de que le amen.

—¡Señora!

—Sí; es ya tarde para usted: usted no se pertenece; usted es el porvenir, la vida de una mujer; el nombre de los hijos que esa mujer le ha dado: usted no se pertenece, su vida de usted está determinada; tiene un camino invariable que recorrer: usted no puede dejar ese camino sin causar grandes desventuras; usted es esclavo de su destino.

—¡Ha sido una equivocacion! exclamó Andrés.

—Y bien, dijo doña Juana; las grandes equivocaciones de la vida son trascendentales; crean sucesos, crean deberes.

—El corazon es independiente, el corazon es la desgracia y la prueba de la vida; cuando el corazon se pone en lucha con la conciencia, se envenena y se extremece á la voz severa y fria de la razon.

—La razon es una vieja impertinente, que nos está diciendo siempre lo que no queremos oir.

—Pero que siempre habla con la voz de la verdad, que nunca está muda.

—El corazon rompe por todo, se sobrepone á todo, triunfa de la razon.

—Y por eso la razon se venga de él envenenándole: pero estoy dando á usted unos consejos que yo debiera aprovechar, ó más bien haber escuchado: yo no he debido ceder á las lágrimas, á los ruegos, á la desesperacion de Magdalena, y sin mí no estariamos en este caso; porque Magdalena no le conoceria á usted.

—¡Cómo! ¿usted ha sido...?

—Sí; yo lo he averiguado todo; yo he sorprendido todos los secretos de usted, y sé á qué atenerme: estos amores tendrán un funesto desenlace, un desenlace dramático. Filomena le ama á usted, no diré más que Magdalena, pero sí tanto: yo he sido débil; yo he contribuido á la situacion en que nos encontramos: he tenido miedo por la salud, por la vida de Magdalena, y he roto por todo; lo he arrostrado todo: ¿se acuerda usted de la máscara con capuchon azul que acompañaba á Magdalena en el baile de Piñata? era yo.

—¿Y fueron ustedes al baile de Piñata á la ventura por el baile solo? preguntó Andrés.

—No: aquel ha sido el primer baile á que ha ido Magdalena, y fuimos por usted, porque sabiamos que usted no faltaba á ningun baile, y le habiamos de encontrar á usted allí; lo que ha sucedido despues ha sido todo invencion de Magdalena, que tiene muy buena imaginacion; suya la idea de aparecer á sus ojos de usted pobre, oscurecida; queria y quiere saber si usted la ama, á pesar que yo la afirmaba que no podia tener duda de ello. Vamos llegando, estaremos en la quinta del Alamo blanco dentro de muy poco, y afortunadamente hemos tenido tiempo para que yo haya dicho á usted todo lo que le tenia que decir; hemos, pues, concluido: recomiendo á usted la mayor prudencia; aparente usted que la cree pobre y costurera, como la creeria si yo nada le hubiese á usted revelado, y espere usted á que ella se descubra: estamos ya encima; tráteme usted delante de ella como á su tia, la señora Verónica, y suceda lo

que quiera, no la revele usted nunca lo que hemos hablado.

VI.

En aquel momento el carruaje entró por el pórtico de piedra de una extensa verja, adelantó por un arrecife enarenado que se extendia entre dos filas de árboles, llegó al vestíbulo de una gran casa de campo; más que casa, palacio; pero no se detuvo delante del vestíbulo; dió la vuelta, y junto al ángulo de una fachada, se detuvo delante de un postigo.

Bajaron doña Juana y Andrés.

—Es decir, que entramos medio de tapadilla, dijo Andrés.

—Sí, entramos por la puerta de los criados, contestó doña Juana; como que la persona á quien viene usted á ver no es más que una costurera de la señora marquesa de Santorcaz.

Tras esto entraron por el postigo, y subieron por una escalera recta que inmediatamente despues del postigo empezaba.

CAPITULO VIII.

Una en dos, ó dos en una.

I.

En un gabinete azul con adornos de plata, con muebles plateados, alfombra en fondo azul, cortinajes azules y blancos, techo pintado al temple, lámpara de bronce plateado con tres bombas, chimenea de mármol blanco con candelabros y reló de plata y un gran espejo ovalado con marco plateado tambien, estaba Magdalena con una bata de percal, pañuelo de seda sobre los hombros y el pecho, un cordon de pelo con una sencilla cruz de oro en el cuello, pendientes muy sencillos y un magnífico peinado: porque la que tiene unos ricos y hermosos cabellos puede peinarse con todo el lujo que quiera; esta es una cuestion de gusto.

Magdalena estaba sentada en un sillon muy bajo junto á la puerta de cristales de un balcon, mirando á la entrada de la verja de la quinta por entre las cortinillas.

Junto á ella habia un gran canasto, y en él un ancho vestido de blanco crespon de la India:

Delante de Magdalena habia un costurero.

La chimenea estaba encendida, á pesar de que la estacion era ya bastante avanzada.

Á veces suele hacer frio en Madrid en el mes de Junio.

II.

Al embestir el carruaje en que venia Andrés por el pórtico de la verja, Magdalena se puso pálida.

Cuando el carruaje avanzó y le sintió dar vuelta á la casa, la jóven abrió el costurero, enebró una aguja, se puso un dedal, tomó el traje que tenia junto á ella, y se puso á coser, esto es, á hacer su papel de costurera.

III.

No tardó mucho en levantarse la cortina de una de las puertas del gabinete, y en aparecer doña Juana tras la puerta.

Venia pálido y conmovido Andrés.

—Aquí le tenemos, sobrina, dijo doña Juana adelantando.

Magdalena abandonó la costura, levantó la cabeza y miró tranquilamente á Andrés.

Magdalena era una de esas jóvenes que poseen una fuerza de voluntad incontrastable, mediante la que aparecen serenas cuando están más conmovidas.

Andrés se adelantó y la dió la mano.

La mano de Magdalena no estaba fria ni ardiente, ni temblaba como la de Andrés.

—Buenas tardes, le dijo; ¿sigue usted bueno?

—No, no, señora, contestó Andrés; pero la enfermedad que padezco me hace feliz, porque es amor.

—No he podido ir á nuestra cita, dijo Magdalena, y lo he sentido mucho; hubiéramos paseado y comido callos ú otra cosa semejante en aquel casucho de la otra tarde; pero qué quiere usted, la marquesa está enamorada, quiere casarse muy pronto, y hay que acabar su traje de bodas, con el que me encuentra usted entre manos.

—Observo, dijo Andrés, que ese traje está casi concluido, lo que significa que la marquesa se casa muy pronto.

—¡Ah! no, no: aún falta lo principal; falta todo el adorno: un trabajo muy pesado, que durará algunos dias; pero, siéntese usted, don Andrés, y permítame usted que siga trabajando.

Andrés se sentó junto á Magdalena, y esta tomó de nuevo el traje y se puso á coser.

Doña Juana se quitó el manto, se sentó al lado del canastillo, y tomó por otra parte el traje.

—Y cose usted admirablemente, Magdalena, dijo Andrés.

—Sí, contestó sonriendo la marquesa; me han enseñado muy bien en el convento; hago además con mucho gusto este traje.

—Es necesario que vaya usted pensando en hacer otro semejante para sí, dijo Andrés.

—De modo, que insiste usted en casarse conmigo, dijo Magdalena.

—Sí, como insisto en vivir.

—Pero, y bien; ya sabe usted que para que eso suceda es necesario que rompa usted formalmente sus compromisos con otra mujer.

IV.

Andrés sacó su cartera y de ella el recibo de cuarenta y cinco mil duros dados por el cajero de Filomena, y le entregó á la marquesa.

—Esto es todo lo que yo debia á esa mujer, la dijo.

—Pero entonces, contestó la marquesa leyendo el recibo, se ha arruinado usted.

—No; me quedan los veinte y cinco mil duros que heredé de mi tio: con los treinta mil reales que producen podremos vivir, si no con lujo, cómodamente; y además abriré mi bufete, que debe producirme algo.

—Es decir, que está usted decidido á casarse conmigo, dijo Magdalena devolviendo el recibo á Andrés.

—De todo punto decidido; usted es mi sueño, mi esperanza, lo único que puede hacerme tolerable la vida.

—Pues si en mí consiste que sea usted feliz, tenga usted por segura la felicidad.

—¡Cómo! ¿consiente usted, Magdalena? exclamó Andrés representando admirablemente el papel que doña Juana le habia recomendado.

—¿Y por qué no? dijo Magdalena: ¿qué más ha de querer una mujer que casarse con un hombre que la ama, que puede sostenerla y que le es simpático?

—¡Simpático! ¿no más que simpático?

—Nos conocemos de muy poco tiempo, caballero, y no puede usted quejarse; usted ha tenido y tiene muy mala conducta, y esto debia retraerme; pero estoy segura de que me ama usted con toda su alma; confio en que yo le convertiré, y por esto consiento en ser suya.

—¿Y cuándo, Magdalena?

—El mismo dia en que se case la marquesa.

—¡Ah! pues entonces es necesario prepararlo todo.

—No prepare usted más que los documentos indispensables, ocúpese usted sólo de lo de la Vicaría.

—Pero el *trouseau*, es decir, la canastilla...

—Eso corre de cuenta de la marquesa, que me quiere mucho, que lo sabe todo, que aprueba mi determinacion; más bien porque conozca usted á la marquesa, que por un absurdo impedimento, no he ido yo á encontrar á usted, prefiriendo que usted venga aquí. Voy, voy á avisar á la marquesa de que usted ha llegado.

Y Magdalena se levantó y salió.

V.

—Está loca, dijo doña Juana; no ha podido contenerse; la tarda el que usted la conozca tal cual es; va á cambiar de traje é indudablemente tardará muy poco en avisar á usted para que pase. ¡Oh, Dios quiera que esto no acabe en mal! Ella no pensaba darse á conocer á usted hoy, y ya ve usted, no espera.

—Y sin embargo, parece que no me ama; me habla de una manera tranquila, como si la importase poco que

nuestras relaciones terminasen en vez de llegar á una resolucion definitiva; yo no entiendo esto.

—Es muy serena, muy firme de carácter; tiene un gran dominio sobre sí misma, y por tanto, es impenetrable; pero debajo de esa aparente frialdad se agita un amor violento, un amor inextinguible; se ha propuesto unirse á usted, y se une.

—¿Y si yo no la hubiese amado?

—Hubiera sido para ella una gran desgracia; no hubiera amado á nadie; hubiera sido capaz de encerrarse en un convento.

VI.

Se abrió entonces la puerta por donde habia salido Magdalena, y apareció una doncella que dijo:

—La señora espera á ese caballero.

Andrés se levantó y siguió á la doncella, que le llevó á través de unas magníficas habitaciones á un gabinete cuyo portier levantó, dejando pasar á Andrés y retirándose en seguida.

VII.

El jóven se encontró en un espacio en que la luz era opaca.

Habia empezado á oscurecer, y los cortinajes corridos de los balcones amenguaban dentro del gabinete la escasa luz del crepúsculo.

—Adelante, dijo una voz fresca y juvenil, perfectamente desconocida para Andrés.

Aquella voz habia salido de una mujer sentada en un sofá en la parte más oscura del gabinete.

—¿Tengo sin duda el honor de hablar á la marquesa de Santorcaz? dijo Andrés.

—En efecto, contestó Magdalena disfrazando de una manera tan perfecta su voz, que no pudo reconocerla Andrés; tengo sumo gusto en esta entrevista con usted; siéntese usted.

Andrés se sentó al otro lado del sofá, en un sillon, único que habia delante de la marquesa.

Desde allí, á causa de la luz vaga que habia en el gabinete, no podia Andrés ver el semblante de Magdalena.

—Usted ama, dijo esta, á una pobre chica, á una costurera á quien yo estimo mucho; ella dice que usted quiere casarse con ella; pero, perdóneme usted, yo lo dudo; este es un casamiento demasiado desigual para una persona que, como usted, está en muy buena posicion.

—El amor, señora, contestó Andrés, no reconoce ni categorías, ni fortuna; él lo nivela todo; la mujer de posicion más humilde puede dominar al hombre más poderoso; todo consiste en ese terrible magnetismo que se llama amor.

—¿Está usted seguro de que Magdalena le ama á usted por sí mismo, ó de que no se casa con usted por interés?

—¡Ah, señora, qué observacion tan cruel acaba usted

de hacerme! Sin embargo, no importa; ámeme ella ó no me ame, necesito que sea mia para poder vivir; la adoro, estoy loco por ella.

—De modo, amigo mio, que si usted no pudiera dudar acerca del desinterés de Magdalena, seria usted el más feliz de los hombres.

—¡Oh, sí! exclamó Andrés; y si usted me probase que Magdalena no tenia al unirse á mí otro interés que el del amor, mi agradecimiento hácia usted seria eterno.

—Pues voy á probárselo á usted dentro de un instante, dijo Magdalena.

Y tocó el boton de una campanilla eléctrica.

Apareció una doncella.

—Luz, dijo la marquesa.

Y guardó silencio.

Andrés no se atrevió á interrumpir aquel silencio.

Poco despues apareció la misma doncella que habia conducido hasta allí á Andrés, con dos candelabros de plata, en cada uno de los cuales habia cinco bujías encendidas, y colocó los dos candelabros sobre un velador de mosáico en que habia álbums, estatuitas de bronce y algunas otras pequeñeces artísticas.

La doncella se retiró.

Andrés miraba con espanto á la marquesa, que le sonreia.

No podia comprender aquello.

Estaba viendo en la marquesa á Magdalena, y dudaba.

Magdalena estaba admirablemente vestida, con una preciosa toquilla sobre el peinado, que era el mismo que

tenia antes, y en el cuello una delgada cadena de oro con una cruz de brillantes, en vez del cordon de pelo y la sencilla cruz que antes llevaba.

Lo que no podia explicarse Andrés era la voz con que le habia hablado la marquesa.

Era que la marquesa, sin dejar de ser Magdalena, se habia trasformado; parecia más hermosa.

Andrés la desconocia.

Y era que entonces Magdalena no representaba su papel de costurera.

VIII.

—¿Con que es usted ya el mortal más dichoso de la tierra? dijo dejando la afectacion de su voz Magdalena.

—Esto es un sueño, exclamó aturdido Andrés.

—No, amigo mio, no; esto es una realidad; las situaciones están aquí invertidas; no es usted quien me ha buscado, he sido yo quien ha buscado á usted; la primera vez que le ví me pareció usted simpático; cuando volví á verle comprendí que necesitaba volverle á ver, porque se alegró mi alma; de dia en dia el sentimiento que usted me inspiraba creció hasta que comprendí que amaba á usted; cediendo á mi deseo, hubiera yo buscado medio de que usted hubiera reparado en mí, de que usted hubiera comprendido que me era simpático; pero tuve miedo; temí que una razon de conveniencia le impulsase á usted á pretender su enlace conmigo; perdone usted, amigo mio, entonces yo no conocia á usted; quise saber si era amada por mí misma; é inventé esta come-

dia, que ha tenido un felicísimo desenlace, puesto que me he convencido de que usted me ama, á pesar de que me creia usted una pobre chica obrera, que todo lo que poseia lo llevaba sobre sí; ¡oh! soy muy feliz, Andrés mio, de todo punto feliz.

El aturdimiento de Andrés crecia.

Al fin aquella hechicera máscara se le daba á conocer.

Habian pasado seis meses, y durante ellos se habia impresionado de una manera decisiva. Podia decirse que habia cambiado de carácter; el amor es la pasion que más influencia ejerce en el corazon humano, y al amor se deben la mayor parte de las grandezas y la mayor parte de los crímenes.

El hombre que resiste al oro, á la ambicion, á la vanidad, y se mantiene puro dentro de una severa virtud, sucumbe generalmente al amor, lo olvida todo por él, y por él determina las situaciones más graves de su vida.

De la misma manera, el hombre encenagado en los vicios, perdidos el pudor y el decoro, entregado á todas esas vilezas, á todas esas infamias que se hacen por *gentes decentes*, sin que la ley pueda intervenir en ello, suele regenerarse por el amor y sentir una desesperacion profunda porque no puede destruir su vergonzoso pasado.

Esto acontecia á Andrés.

Le habia regenerado el amor de Magdalena, y su vida anterior de libertinaje, de infamia, de crímen, pesaba sobre él como la losa de un sepulcro.

Por eso estaba aturdido ante aquella niña cuyo amor le regeneraba.

IX.

—Pero esto es un sueño, dijo al fin; yo no podia suponer esto; yo me habia olvidado ya de la máscara del teatro Real para no pensar más que en la pobre costurera, con quien, lo aseguro, me hubiera casado, porque sólo uniéndome á ella puedo ser feliz.

—Pues bien, amigo mio, dijo la marquesa; nos uniremos muy pronto; yo tambien necesito para ser feliz unirme á usted; pero hay grandes dificultades que vencer.

—Las venceré.

—Las venceremos los dos: en primer lugar, mi padre se negará rotundamente á nuestra union, y será necesario el depósito, mi habilitacion legal, porque no tengo más que diez y seis años, aún no cumplidos; pero como yo me prestaré á ser depositada, esta cuestion no existe; hay otra: la real licencia que necesito, como grande de España; mi padre influirá todo lo que pueda para que á pretexto de nuestra desigualdad de condiciones se me niegue la real licencia; es necesario que usted vea, que revuelva el mundo por su parte, que yo le revolveré por la mia; se necesita dinero para ciertas gentes interesadas; eso no importa; yo tengo dinero sobrado; ello, en fin, es necesario que estemos casados dentro de quince dias.

—Lo estaremos, dijo Andrés.

—Pues bien, amigo mio, volvámonos á Madrid; ire-

mos en un coche fuerte de cuatro caballos, en posta, y nos acompañará Juana, es decir, mi tia Verónica.

—¿Y á qué ese viaje en posta esta misma noche?

—Un viaje de una hora; quiero ir esta noche al teatro Real; quiero ver á usted en su butaca, donde le conocí; al primer entreacto le recibiré á usted en mi palco, en la platea de proscenio de la derecha; con que, en marcha, amigo mio, en marcha.

Y se puso de pié la marquesa, y tomó una capotita que estaba sobre un sillon y se la acomodó delante de un espejo.

Luego asió el brazo de Andrés, y salió con él de la habitacion.

Un momento despues un carruaje tirado por cuatro caballos avanzaba rápidamente hácia Madrid.

CAPITULO IX.

La desesperacion de Filomena.

I.

Filomena supo al dia siguiente que Andrés estaba en Madrid.

Pero no fué á verle: estaba irritada contra él, desesperada: sabia que nada podia alcanzar de él.

No daba Andrés un paso que no fuese espiado.

Filomena sabia que todas las noches Andrés entraba en el palco de la jóven marquesa de Santorcaz, en el teatro Real, y que la marquesa estaba sola en aquel palco.

Supo que se habia pedido al gobernador el depósito de la marquesa de Santorcaz, como menor de edad, y que al mismo tiempo se gestionaba para obtener la real licencia.

—¡Oh! no; esto es ya demasiado, dijo Filomena: no pasarán de ahí.

Y loca, desatentada, pidió un carruaje, salió, se fué á la Audiencia y preguntó por el juez de primera instancia del distrito á que correspondia la calle de Atocha.

II.

Era demasiado hermosa Filomena para que los alguaciles no se apresurasen á pasar recado á su señoría y para que su señoría hiciese esperar á Filomena.

La recibió al instante.

—Necesito hablar á solas con usted, dijo Filomena al juez.

Este hizo salir al escribano y ofreció un sillon á Filomena.

Estaba esta pálida, desencajada, nerviosa.

—Vengo, dijo Filomena, á declarar á usted una cosa muy grave: un asesinato por envenenamiento.

El juez se puso sério.

—Tranquilícese usted, señora, la dijo, que se la hará justicia.

—Y bien, sí, eso es lo que quiero; que se haga justicia, dijo fuertemente sobreexcitada Filomena.

—Determine usted su acusacion, señora, dijo el juez.

—Permítame usted que lo tome desde algo lejos: yo soy Filomena Agudo, y el luto que llevo es por la muerte de mi marido, el rico capitalista don Calisto de Azpecochea, que murió hace seis meses.

—Creo haber oido decir, observó el juez, que el don Calisto, por un testamento de mancomunidad, la dejó á usted dueña de toda su inmensa fortuna.

—Es cierto, caballero: don Calisto me amaba mucho; don Calisto, más que mi esposo, ha sido mi padre; pero yo no amaba á don Calisto, no le he amado nunca: cuan-

do me casé con él era ya amante de un jóven que estudiaba leyes en la Universidad de Madrid.

El juez hizo un movimiento de extrañeza al oir esta franca revelacion de Filomena.

—Estoy declarando la verdad ante la ley, señor juez, dijo Filomena notando el movimiento del funcionario: la verdad, por la que sólo he venido aquí: ruego á usted que me permita continuar.

—Continúe usted en buen hora: escucho, contestó gravemente el juez.

—Hallé medio de introducir en mi casa, al servicio de mi marido, como secretario suyo, á mi amante; así hemos vivido siete años: desesperados un dia porque no podiamos unirnos, determinamos envenenar á don Calisto, y le envenenamos con arsénico: don Calisto ha muerto á causa del envenenamiento.

—Pero esto es horrible, esto es incomprensible, señora: ¿qué causa puede haber para que así se denuncie usted?

—El remordimiento, contestó con energía Filomena; el deseo de espiar el delito que he cometido.

—Pero no basta, señora, que usted misma se denuncie; es necesario que pruebe usted su acusacion; de otro modo se dará un escándalo sin que usted consiga llevar á cabo su extraño suicidio.

—Tengo pruebas.

—¿Cuáles?

—El cadáver, en el cual se encontrarán los vestigios de haber sido envenenado con arsénico.

—Eso probará la comision del delito, pero no que usted le haya cometido.

—No le he cometido yo sola: le ha cometido tambien mi amante, don Andrés Peralta, que me dió el arsénico, y el médico don Pedro Suarez, cómplice del delito, porque le ocultó por diez mil duros.

—Pues señora, esto es tan grave, que yo no puedo ménos de empezar á obrar legalmente desde este momento.

—Bien: eso es, dijo Filomena que estaba de instante en instante más sobreexcitada.

El juez agitó la campanilla, entró un portero, y le mandó hiciese ir al escribano.

III.

Poco despues Filomena prestaba una declaracion en forma, que firmó cuando estuvo concluida.

El juez la entregó á un alguacil, y éste, en un carruaje, la llevó á la cárcel de mujeres, donde, con arreglo al auto de prision, fué encerrada y no incomunicada, porque nada tenia ya que declarar más que lo que habia declarado.

Dos horas despues, fué preso y llevado al Saladero é incomunicado el médico don Pedro Suarez.

Pero Andrés no pudo ser habido en la fonda donde paraba: sin embargo, se dijo al inspector que habia ido á prenderlo que lo encontrarian en la quinta del *Alamo blanco*, más allá de Leganés.

La Guardia civil recibió órden de prender á don Andrés Peralta en la quinta.

IV.

Era el oscurecer: la marquesa de Santorcaz comia alegremente y á solas con Andrés; se hablaban de *tú;* se enamoraban, se trataban con una intimidad que probaba que la pasion de los dos jóvenes habia llegado á los últimos límites de la locura.

¿Qué importaba? iban á casarse; al dia siguiente debia ser depositada Magdalena; la licencia se habia obtenido; dentro de tres dias debia efectuarse la boda, á despecho del marqués de Alpuente, que, sea dicho de paso, estaba todavía en la cama, sufriendo su calentura nerviosa y dado al diablo con su hija y con el mundo entero.

Se abrió la puerta y apareció Juana en el gabinete.

—¿Qué es eso? ¿qué sucede? dijo de mal humor Magdalena.

—Nada, hija, nada: lo que sucede es que un sargento de la Guardia civil que está en Leganés ha venido á la quinta, y dice que tiene que hablar con urgencia á don Andrés.

—¿Qué querrá ese hombre? dijo de mal humor Andrés, que no se acordaba del difunto don Calisto, y que por lo tanto no podia recelar que la Guardia civil fuese á prenderle.

Creyó más bien que aquello seria el aviso de alguna novedad acerca del depósito de Magdalena.

Se levantó, pues, y llegó hasta la primera antesala, donde estaba un sargento de la Guardia civil, que, con

extrañeza de Andrés, no se quitó el sombrero, á pesar de que estaba en una casa agena.

—¿Para qué me necesita usted? dijo Andrés.

—Con arreglo á un auto de prision del señor juez de primera instancia del distrito de la Plaza, vengo á apoderarme de la persona de usted.

—¡Bah! dijo Andrés, que no podia ni áun sospechar que Filomena se hubiese perdido por perderle; alguna artimaña del señor marqués de Alpuente: ¿se me permite que vaya á despedirme de la señora de la casa?

—Desde este momento no puede usted hablar con nadie, y es necesario que usted me siga sin pérdida de tiempo.

—Tomaré al ménos un sombrero.

—Abajo espera un carruaje, no hay necesidad de sombrero: sígame usted.

Andrés empezó á impresionarse.

—No me basta lo que usted me dice: yo no conozco á usted; yo no sé si es usted guardia ó no: venga usted con una autoridad del cercano pueblo de Leganés, á quien yo conozca.

—Para prender á usted, basta con este auto y con que yo sepa que cumplo con mi obligacion: si no quiere usted seguirme, lo sentiré, pero me veré precisado á usar de la fuerza.

—¿Qué es eso? dijo Magdalena apareciendo en la antesala.

—Nada, no es nada, dijo Andrés cada vez más aturdido; es que me prenden, hija mia: esto debe ser cosa de tu padre.

—¿Que te prenden? ¡y en mi casa! exclamó con altivez Magdalena; ¿sabe usted dónde está, guardia?

—Sí, sí señora, respondió el sargento quitándose el sombrero y con acento respetuoso; sé que estoy en la casa de la excelentísima señora marquesa de Santorcaz, y hablando con su excelencia.

—¿Y sin embargo, prende usted á ese caballero?

—Me lo mandan, excelentísima señora.

—¡Ah! pues no; se irá usted por donde ha venido, en mi casa no se prende á nadie.

—Perdone vuecencia: aquí, en todas partes, y dentro de la iglesia, prendo yo á quien me mandan prender, si le encuentro, y sobre todo, señora, siento decirlo á vuecencia: cuanto se diga es inútil, y cuanto se pretenda hacer inútil tambien: habia previsto esto, y tengo junto á la verja con un carruaje ocho guardias: sentiré mucho tener que usar de la fuerza, porque este hombre está preso.

Y asió de una mano á Andrés y tiró de él.

—¿Cómo se llama usted? dijo con acento de amenaza la marquesa.

—Diego Sobrado, señora, sargento primero de la segunda compañía del primer tercio de la Guardia civil de caballería destacado en Leganés, y respetuoso servidor de vuecencia.

—Pues bien: vé tranquilo, Andrés, dijo Magdalena; yo haré que le pese á quien se atreve á darnos esta pesadísima broma.

—¡Ah! Dios quiera que nos volvamos á ver, dijo Andrés: Adios.

Doña Juana habia dado un abrigo y un sombrero á Andrés, que salió con el bravo sargento Diego Sobrado.

Doña Juana salió tras él, y le dijo:

—Mil duros... dos mil... diez mil si deja usted en libertad á ese caballero.

—Ni las minas del azogue que se me dieran, dijo con energía Sobrado, y que no se me ofenda ó voto á... ó me llevo preso á Dios Padre, por delito de conato de soborno á la Guardia civil.

Y arrastró consigo á Andrés, á cuya memoria se habia presentado Filomena desesperada y loca, llevando de la mano á don Calisto.

V.

El cadáver fué exhumado con las licencias necesarias, á consecuencia de un mandato judicial.

Los facultativos, despues de un detenido exámen, declararon que, en efecto, aparecia arsénico en el cadáver; pero que no podia determinarse si este arsénico habia producido ó no la muerte, porque el cadáver habia sido sepultado, no en nicho, sino en tierra, y es sabido que la tierra del cementerio contiene gran parte de arsénico; que por lo tanto, habiendo pasado seis meses desde la defuncion y habiendo desaparecido por la descomposicion cadavérica las vísceras, no podia determinarse que la muerte de don Calisto hubiese sido causada por arsénico administrado con intencion de matarle.

VI.

Se vió, pues, Filomena obligada á probar de otra manera su acusacion: pero no habia prueba posible.

Don Pedro Suarez, médico de cabecera, declaraba que el don Calisto habia muerto á causa de una congestion serosa, y que ni áun síntomas de envenenamiento habia notado en él.

Por su parte, Andrés permaneció negativo.

Decia que cuando fué llamado estaba don Calisto espirante; que no habia notado nada que indicase un envenenamiento, y que si doña Filomena Agudo habia formalizado aquella acusacion, era á causa de que habia roto con ella para casarse con otra, á impulso de los celos y por venganza.

VII.

Se sobreseyó, pues, en la causa.

No constaba, segun la conciencia de los facultativos, que don Calisto hubiese muerto envenenado.

El viejo médico don Pedro Suarez habia sabido bien lo que se habia hecho al mandar sepultar en tierra á don Calisto.

La tierra de los cementerios contiene el arsénico que se desprende de los huesos.

Filomena, pues, y los otros dos presos, fueron puestos en libertad, dejando expedita la accion de la injuria y calumnia que les correspondia contra Filomena, á Andrés y al médico.

VIII.

Pero estos nada pidieron contra Filomena. Se alegraron mucho de haber escapado tan bien y no quisieron revolver más el asunto, por lo que pudiera suceder.

Quedaron de hecho rotas, de una manera decidida, las relaciones entre Filomena y Andrés.

El médico don Pedro Suarez juró no poner los piés en casa de una señora tan peligrosa.

La marquesa de Santorcaz se horrorizó de Andrés, y en vano éste procuró volverse á poner en inteligencia con ella.

Aquel pròceso habia causado un grande escándalo: la opinion pública se habia apoderado de él, y fallando como jurado, por la conviccion moral, habia declarado envenenadores á Filomena, á Andrés y al médico.

La opinion pública no suelta jamás la presa de que se ha apoderado, sino cuando un tribunal le arroja aquella presa extrangulada por el patíbulo: al ajusticiado se le olvida; la vindicta pública está satisfecha.

Pero acontece un crímen que conmueve á todo un pueblo; los indicios acusan á una persona; pero los indicios no llegan á constituir una prueba, y el acusado es absuelto. No importa: la opinion pública le ajusticia moralmente, y la persona sentenciada por la opinion pública lleva sobre sí un sambenito irrevocable. Pasará tiempo; se olvidará el crímen; la opinion pública dejará de ocuparse del presunto reo, y sin embargo, éste, señalado en la frente con un estigma social, no podrá ir á

ninguna parte sin que haya una persona que diga; ese es el asesino de la calle de tal: porque la opinion pública toma, para señalar el crímen, elnombre de la calle donde se ha cometido.

Lo mismo debia acontecer á Filomena, á Andrés y á don Pedro Suarez: la opinion pública los conocia bajo el nombre de los envenenadores de la calle de Atocha.

Sin embargo, ninguno de ellos se fué de Madrid; pero Filomena tuvo que realizar sus existencias y cerrar el almacen, porque nadie iba á comprar los infamados paños de la envenenadora.

Andrés no pudo abrir su bufete, porque nadie hubiera ido á buscar un defensor legal en un envenenador.

En cuanto al médico, no tuvo que cerrar ni abrir nada, porque nadie fué á buscarle, y se comprende que nadie busque para que le cure á un médico que tiene fama de envenenador.

Se encontraron además aislados, segregados de la sociedad en medio de ella: nadie recibe en su casa á un asesino.

Ni áun á los lugares públicos podian ir, porque no faltaba una voz que dijese en tono bajo, pero que se dejaba oir perfectamente: esa es la que envenenó su marido: ese es el que envenenó al marido de su querida; ese es el médico aquel del envenenamiento.

Los que no prueban patentemente su inculpabilidad respecto á un delito grave de los que causan escándalo, en vano son absueltos por un tribunal á consecuencia de falta de pruebas de su culpabilidad.

La opinion pública sentencia y ejecuta su sentencia aislando, matando civilmente á los sentenciados.

Nuestros tres personajes estaban civilmente muertos, con la muerte de la infamia.

Hé aquí el fruto de la mala vida, de las malas costumbres, de la perversidad de Andrés, del insensato amor de Filomena y de la desesperacion de sus celos.

Habia impedido, es cierto, el casamiento de Andrés con la marquesa de Santorcaz; pero para impedirlo se habia expuesto á ir al patíbulo, y no habia escapado de él sin recaer en la infamia.

En cuanto á la marquesa de Santorcaz, se habia curado completamente del amor de Andrés.

Si le hubiera conocido, no le hubiera amado: al informarse de quién era, la habian dado muy malos informes; pero todo se reducia á desórdenes, á mala vida, que Magdalena creyó locuras de las que su amor curaría á Andrés.

Le habia creido bueno en el fondo, por su expresion simpática: habia juzgado por las apariencias. Magdalena no sabia, no tenia motivo para saberlo, en sus pocos años, que bajo una mirada franca, simpática, elocuente, bella, se oculta muchas veces el alma negra de un pirata, y que á veces unos ojos torvos ocultan un alma de angel: ¿quién fia en la expresion de la mirada, en los rasgos fisonómicos del semblante para deducir un carácter, si los años y el contínuo trato de toda clase de gentes le ha enriquecido con el triste caudal de una gran experiencia?

¡Ah! el aparente pudor de las mujeres! ¡la contínua

manifestacion de la digno, de lo noble, de lo bello, por los farsantes de la vida!

El hombre es un ciego que camina á tientas, que tiene siempre delante de sí un abismo, y que cae en él con mucha facilidad, si un solo momento se olvida de probar la firmeza del terreno sobre el cual ha de dar un solo paso.

Las impremeditaciones, la confianza, el impulso ciego del corazon, determinan generalmente las graves situaciones de la vida: una vez caidos en el abismo, no hay medio de salir de él.

Magdalena, al dar en vago el gran paso del amor, determinó su porvenir.

Mal educada, adulada por rica en el colegio, servida ciegamente en su casa, abandonada por su padre, que para ella era casi un extraño, sin nociones de la familia, sin madre, buena en el fondo, pero audaz, confiada y voluntariosa, habia roto con Andrés, sí, pero no habia podido romper con las consecuencias de sus amores.

Tan suyo y tan seguro creyó tener á Andrés, que antes de serlo le consideró su esposo, y cuando conoció que no podia serlo; cuando no quiso que lo fuese; cuando su amor se trocó en horror, su respeto en desprecio, ya era madre Magdalena.

A esta fuerza pretendió asirse Andrés en una larga y sentimental carta que hizo llegar á sus manos, porque Magdalena se negó tenazmente á verle.

En contestacion á esta carta, la marquesa dijo á Andrés, por medio de Juana:—Prefiero que lo que nazca no tenga padre, á que tenga un padre infame: soy bas-

tante rica para comprar á mi hijo un padre cuya infamia no conozca nadie más que yo.

Andrés se vió obligado á renunciar á Magdalena; pero irritado, envenenado el corazon, porque la amaba con toda su alma; y Magdalena dejó de amar á Andrés, porque no se ama á quien se desprecia; pero su corazon quedó herido de muerte y vacío para el amor.

Magdalena no podia ya amar.

Y apenas, cuando en tan triste posicion se encontraba colocada, contaba diez y seis años.

CAPITULO X.

En que el marqués de Alpuente hace grandes revelaciones á Filomena.

I.

Algunos dias despues de haber sido puesta en libertad Filomena, recibió una carta en que el marqués de Alpuente la decia:

«Es de todo punto indispensable que tengamos una larga entrevista.

Yo no quiero ir á su casa de usted, ni usted debe venir á la mia, porque podria usted tener un mal encuentro.

Para facilitar nuestra entrevista, que aseguro á usted es de todo punto necesaria y más interesante para usted que para mí, esté usted mañana, á las cuatro de la tarde, en un carruaje fuera de la puerta de Santa Bárbara.—El marqués de Alpuente.»

II.

Filomena sabia demasiado, lo habia comprendido, que aquella cita podia tener cualquier cosa por objeto ménos una pretension amorosa del marqués.

Por otra parte, la arrastraba fatalmente hácia el marqués el ser éste padre de la única persona á quien aborrecia en el mundo, de la causante de la horrible situacion en que se encontraba: de la marquesa de Santorcaz.

No faltó, pues, á la cita.

Antes de las cuatro de la tarde, su carruaje se detenia fuera de la puerta de Santa Bárbara.

Ya esperaba allí otro carruaje tan bello y tan elegante como el de Filomena.

De él salió envuelto en un ancho abrigo color ceniza, porque era uno de los últimos dias de Setiembre, y hacia uno de esos crudos dias de Madrid, que son como avanzadas del invierno, el marqués de Alpuente, que atravesó con rapidez el espacio que separaba su carruaje del de Filomena, y al llegar á él dijo al lacayo:

—Baja y abre, muchacho, y abre pronto, que este maldito viento atraviesa como un cuchillo.

El criado bajó del pescante y abrió la portezuela.

Filomena, ricamente vestida, hermosísima, estaba replegada en un ángulo del carruaje, y miraba fija y tenazmente al marqués.

Éste se acomodó junto á Filomena.

—¿A dónde, señora? dijo el criado.

—¿A dónde, señor marqués? dijo Filomena.

—A la Fuente Castellana, á dar vueltas, dijo el marqués: gracias á Dios que ese tuno ha cerrado la portezuela, añadió, acomodándose y rebujándose más en su abrigo; de una parte el frio del alma, de otra el de los huesos, y de otra el Norte que corre, me tienen hecho un carámbano; hablando en verdad, yo no soy un hombre, soy una especie de cadáver viviente que se ha quedado acá sobre la tierra para sufrir con todo lo que le rodea y hacer sufrir á todo lo que se le acerca: que me pregunten á mí lo que es la vida; una ficcion, un conjunto de cosas falsas, de sentimientos absurdos, de sueños: despertad, vedlo un dia todo tal cual es, y encontrareis que no hay nada en la vida que pueda ni deba tomarse en sério; nada, nada, absolutamente nada; un organismo, una cosa indefinible á lo que se ha convenido en llamar espíritu; unas costumbres absurdas, unas creencias vagas, y enfermedades, dolores físicos, única cosa positiva que en el bello camino de la vida se encuentra.

—Yo creí que lo habia usted tomado para largo, señor marqués, dijo Filomena, á quien su estado de desesperacion hacia agresiva, despues de algunos momentos de silencio desde que habia callado el marqués.

—¡Ah! no, hija mia, no: cuando se trata de la vida es necesario acabar muy pronto, porque si nos engolfamos en su apreciacion, damos el segundo paso en lo vago ó en lo absurdo: la vida es una violencia que se hace á la nada, á la que no se le pregunta si quiere ser: lo mejor es conformarse con ella, suceda lo que quiera; es un

juego forzado; me parece que tú la vas conociendo ya; yo la conozco hace mucho tiempo.

—El *tú* de usted respecto á mí, necesita una explicacion.

—¡Bah! pues si yo no debiese hablarte de tú, ¿á qué habia de venir á verte? Y en verdad, en verdad, que importándome á mí tan poco de todo, me maravilla de que quede en mí, que, como te he dicho, soy una especie de cadáver, algo de sentimiento dulce: te amo, hija, te amo, no mucho, pero, en fin, el que yo ame, por poco que sea, es ya un fenómeno; esto consiste en que cuando era jóven he amado tanto, y de tal manera me ha tratado el amor, de tal manera se ha obstinado en probarme que es un sueño, que no me ha quedado gran espacio en el corazon para el amor; ¡oh, qué insensatez! ¡pretender que hagan por nosotros lo que nosotros no somos capaces de hacer por nadie; pretender que una mujer tenga en un hombre su universo, que se lo sacrifique todo, que viva para él solo, que no se hastíe, que no se canse de amar, que realice un ángel soñado! ¡bah! ¡bah! ¡bah! ¡insensatez! ¡mentira! ¡y que se destruya por el amor de una mujer; que nos expongamos á que todos los hombres juntos, es decir, la sociedad, lo que se llama la moral, lo que se llama la ley, nos pidan cuentas de crímenes cometidos por el amor; que un hombre se exponga á ser extrangulado por otro hombre, á la vista de miles de amables semejantes suyos, por una mujer! ¡la locura! ¡la necedad!

—Debe ser usted muy feliz, marqués, dijo Filomena; quien vive despreciándolo todo, no puede desear nada: y

hé aquí la felicidad; no desear; tengo á usted envidia, marqués.

—Te diré: yo no deseo nada de lo que está en lo que se llama órden moral; sé que todo es una farsa; pero en el órden físico es distinto; yo no puedo creer que no exista el dolor de huesos, por la sencilla razon de que los huesos me duelen, y en este momento de una manera sumamente fastidiosa: no puedo dudar de que es muy molesto no poder dormir, pasar las noches fastidiado, dolorido, cansado de no tener descanso: sé que es insoportable ese sueño penoso, que más que descanso es fatiga: sé lo que es tener el estómago endiablado, malo si no se come, si se come peor: sé, en fin, lo que es vivir de una manera material, y con la materia echada á perder: y en esto tengo que creer á la fuerza, porque todo esto me atormenta: ¡oh! ¡la vida! ¡gran cosa es la vida á los sesenta años! una enciclopedia de dolores: fuera de la materia, nada.

—¿Y Dios?

—¡Calla! ¿tú crees en Dios? ¡bah! ¡mentira! ¡farsa! si tú creyeras en Dios ¿hubieras envenenado á tu marido?

—¡Y bien! ¿qué culpa tengo yo de no haber podido probar mi crímen? le cometí seducida, arrastrada por un miserable, cuya voluntad anulaba la mia; pero despues el remordimiento me hizo buscar la expiacion; la expiacion del patíbulo, porque creo en Dios, porque he querido expiar en la vida, ser perdonada al morir.

—Farsa, farsa y más farsa: palabras huecas; hipocresía repugnante; el nombre de Dios tomado como un pretesto; vale más no creer en Dios, que creer en él para

usarle de ese modo; con que el remordimiento ¡eh! niña, niña; el remordimiento es la cobardía de los débiles, y tú eres valiente hasta el heroismo; mataste á aquel pobre diablo de pañero porque te estorbaba, y desesperada porque el hombre por quien habias cometido aquel crímen te habia abandonado para casarse con mi hija, fuiste una heroina de los celos: al diablo se le ocurre entregarse en las manos del verdugo, porque el verdugo se apodere al mismo tiempo de una persona que nos ha hecho tener celos: ¡remordimiento! no sueñes en que puedes engañarme; te conozco, Filomena: eres digna de mí.

—¿Digna de usted?

—Sí, digna hija mia; tienes una fibra completamente semejante á mi fibra; si yo no te hubiera conocido por el semblante, por lo que te pareces á tu madre, te hubiera conocido por lo que has hecho para impedir el casamiento de tu Andrés con tu hermana Magdalena:

—¡Hija de usted! ¡hermana yo de la marquesa de Santorcaz!

—¡Ah! sí, hija mia, sí; hermana de padre de mi hija Magdalena; esta es una historia que yo no te contaré y que no te podrá contar nadie, porque tu madre ha muerto, ha muerto el que pasó por tu padre, y esa historia se ha quedado entre Dios y yo: me guardaré muy bien de contártela, no sea que se te ponga en la cabeza irte con ella á los tribunales; te temo, hija, te temo, y al mismo tiempo te amo! ¡qué diablo! te pareces á mí como el lobezno se parece al lobo.

—Pero señor, dijo Filomena, ¿cuántos padres tengo

yo? hasta que murió don Calisto me creí hija legítima del marido de mi madre, cuyo apellido llevo: despues de la muerte de don Calisto, cuyos bienes he heredado, me he creido hija suya; ahora usted me dice que esto no es cierto, que soy hija de usted; ¿á quién he de creer? ¿á mi madre, á don Calisto ó á usted? y sobre todo, ¿cómo es que usted no me ha dicho hasta ahora que soy su hija?

—¡Qué diablo! yo no te conocia; yo te perdí de vista cuando aún eras muy niña; no me habia olvidado de tí; pero me habia olvidado de tu madre; yo no podia, no queria, no debia verla; por no verla á ella, por no tener noticias suyas, no he sabido de tí; ¡oh! ¡cuánto he amado yo á tu madre, y de qué manera tan insensata! ¡cuánto la amo aún! á ella no, á la mujer que yo me habia fingido en tu madre; porque los hombres somos unos insensatos, Filomena; porque todo es mentira; porque atribuimos á una mujer que nos seduce cualidades que no tiene; creamos un sér que no existe; le amamos con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, con todo nuestro sér, y cuando llega el momento de la grandeza, de la abnegacion, del sacrificio, aquel sér que hemos soñado, que hemos creido real, desaparece, dejándonos en el corazon un vacío doloroso que nada puede llenar; ¡oh! ¡y qué insensatos somos! ¡cómo nos vuelve locos un sueño desvanecido! esto es terrible: yo que conozco la verdad de las cosas, que sé que lo que parece más bello no es otra cosa que barro dorado, yo que nada siento ya, que por nada me conmuevo, que no encuentro nada sério en la vida, me extremezco al recuerdo de tu madre;

la veo, no como tu madre era, sino como yo la habia soñado; y á tí, á tí que te pareces á ella en la figura, como te pareces á mí en el espíritu, te amo, no sé decirte cómo; pero ello es que cuando te ví y te reconocí, pòrque no pude ménos de reconocerte; cuando no pudo quedarme duda, porque me dijiste tu edad, tu nombre y el nombre de tu madre, me impresioné de tal modo, que he estado enfermo, loco; vamos, no sabes tú hasta qué punto te amo yo; y no comprendo cómo pueda amar, porque me busco el corazon y no me lo encuentro; y ello es que te amo, que he necesitado buscarte para decirte: tú aborreces á tu hermana, porque te ha robado tu amor; eres capàz de todo contra ella; no hagas nada si es que tiene para tí alguna fuerza, que lo dudo, el lazo que te une á ella: ¿qué quieres? soy padre, y cumplo con mi deber; despues de esto nada tengo que decirte; mi carruaje viene detrás y podemos separarnos cuando quieras.

—Marqués, lo que acaba usted de decirme es tan extraño, dijo Filomena, que me permitirá usted que dude de ello; no puedo comprender que sea usted mi padre y no haya tenido nunca noticias de mí y me haya usted reconocido despues por mi parecido con mi madre.

—¿Crees tú que tu madre no era una mujer de historia?

—Dejémosla en paz, señor marqués.

—Sí, dejémosla en paz; pero convengamos en que era una mujer de la cual se puede escribir un libro, y harto curioso por cierto: pues bien, yo soy un pedazo de ese libro, ó por mejor decir, un pedazo de la historia de tu madre.

—Pero esa historia, esa historia...

—Si me dieras palabra de no ir á contárselo á un juez de primera instancia, ya tendríamos para entretenernos desde ahora, que empieza á oscurecer, hasta la media noche; y bien ¡qué diablo! tú eres mujer de alma, capaz de todo, y no te asombrarás de lo que yo pueda contarte: además, aunque hayas contraido la manía de hacerte denunciadora de crímenes, no podrias apoyar tu denuncia en ninguna prueba, como te ha sucedido cuando te has denunciado á tí misma, autora del envenenamiento de tu marido.

—No hablemos más de eso, dijo Filomena; yo estaba loca, desesperada: tuve la desgracia de amar á un infame; no quiero disculparme; pero creo que otra cualquier mujer que hubiera amado como yo amaba á un hombre tal como Andrés Peralta, hubiera hecho lo mismo: yo no soy mala, señor marqués; me han arrastrado las circunstancias y los sucesos, y tal vez no he sido yo más que la mano de que la Providencia se ha valido para castigar á un infame que se habia hecho rico á consecuencia de uno y otro asesinato, con la pena del Talion: si usted me ama, si es cierto que es usted mi padre, pruébemelo usted, y me habrá quitado del corazon un peso horrible; porque mientras yo crea que don Calisto era mi padre, estaré horrorizada de mí misma.

—¡Inocente! dijo el marqués, ¿no comprendes que don Calisto, al verse muerto de la misma manera que él habia matado á otros, necesitó vengarse?

—Pudo vengarse llamando gente, haciendo constar que moria envenenado; entregándonos á la justicia á Andrés y á mí.

—¡Inocente! repitió el marqués; pero deja, deja, detengámonos, pasemos á mi carruaje; despide el tuyo, que yo te llevaré luego á tu casa.

—¿Y á dónde vamos, señor marqués?

—¿A dónde? á una magnífica quinta que tiene mi hija más allá de la venta del Espíritu Santo; á la quinta de las Alondras: yo tengo otra, magnífica tambien, la del Alamo blanco; pero está muy lejos, más allá de Leganés, mientras que á la de las Alondras podemos llegar en media hora: ¡eh, muchacho! añadió el marqués acercándose á uno de los cristales de la parte anterior del carruaje, y golpeándole: pára.

El carruaje paró.

—Salgamos y trasladémonos al mio, dijo el marqués abriendo la portezuela y bajando.

Filomena dudó un momento, pero al fin bajó, y dijo á su cochero:

—Vuélvete á casa.

Luego entraron en el carruaje del marqués, y éste dijo á su lacayo:

—A escape, á la quinta de las Alondras.

El carruaje partió rápidamente.

Era ya de noche, y la Fuente Castellana, á causa de la hora y del frio, estaba completamente desierta.

III.

—Pues sí, dijo el marqués arrebujándose en su abrigo y acomodándose bien; eres una inocente, Filomena, y tu difunto esposo un bribon de siete suelas: ¿qué podia es-

perar como venganza póstuma, si hacia conocer vuestro crímen, más que enviaros al patíbulo? Esto era poca cosa, Filomena, comparado con la venganza que se procuró don Calisto, ignorando que yo habia de deshacer el artificio de su venganza, como se deshace un castillo de naipes: espanta el pensar que un hombre que se vé á punto de morir de la misma manera que ha matado á otros, tenga la frialdad de razon y la sutileza de imaginacion bastante para encontrar una venganza superior al patíbulo: ¡diablo, diablo! yo te puedo probar que cuando don Calisto conoció á tu madre, ya habias tú nacido; puedo probarte además que don Calisto nunca tuvo amores con tu madre: tu madre no era tan mala como todo eso, aunque era bastantemente mala para merecer que se la despreciase: tu madre no hubiera consentido nunca en que te casaras con un amante suyo.

—Don Calisto sólo fué mi esposo en la apariencia.

—Porque don Calisto te amaba tanto, que no queria contrariarte, que no queria mortificarte.

—Don Calisto nunca tuvo celos de Andrés, y lo sabia todo; nos lo reveló antes de morir.

—Amor y más amor: tú no sabes á cuántos absurdos, á cuántas aberraciones lleva una pasion loca: tú no sabes que hay hombres puestos en ridículo, cuando en realidad son hombres de honor, porque aman á una mujer con uno de esos amores absurdos, que hacen de un hombre un esclavo; y lo que es más, que gozan con su esclavitud, porque su esclavitud es el capricho de esa mujer: tú no sabes hasta qué punto puede ser estúpido y repugnante el corazon humano: yo no me asombro de

nada: lo que á todos admira, lo que á todos escandaliza, me parece lo más natural del mundo; porque cada cual siente á su manera y á su manera goza: con lo que no se goza nunca es con un dolor de huesos como el que yo tengo ahora, con un frio como el que siento: de seguro que los muertos no tienen tanto frio en su sepultura como el que yo tengo.

—No hablemos de muertos en medio de esta oscuridad.

—¡Bah! ¡bah! de mejor gana te contaria yo en un cementerio lo que voy á contarte, que en la quinta de mi hija, en su bellísimo gabinete, que vamos á usurparle por algunas horas: ¡los muertos! ¿qué son los muertos? ¡andrajos humanos que se tiran al estercolero!

—¡Bah! pues no me gusta esa conversacion, señor marqués.

—Continúo: don Calisto sentia por tí un amor absurdo, es decir, excepcional, fuertemente excepcional, porque lo absurdo no existe; como que lo absurdo es lo que no puede ser, y lo que no puede ser, no es; don Calisto gozaba con que tú gozases: si te hubieran gustado niños en tal ó cual guiso, hubiera inventado el medio de cometer infanticidios sin responsabilidad, sólo por darte gusto.

—Pero, ¿conocia usted á don Calisto?

—No, mujer; pero por lo que me has dicho de él, de su conducta contigo, y de la mentira con que ha querido envenenarte el alma, le he conocido, le he adivinado: ¡oh, qué infame! ¡qué infame tan superlativo, Filomena! matándole le privabas del placer de verte, de la felicidad de sentirte feliz por su condescendencia solapada, oculta bajo un velo de bonachonería, de buena fé; estoy seguro

de que amaba á tu Andrés sólo porque te hacia feliz haciéndote creer que te amaba: Andrés es un bribon de otra especie, hija, otra excentricidad, otra excepcion, pero de mal género, vulgar: don Calisto, por lo que voy adivinando, era otra cosa; una magnífica pieza de estudio para llegar á comprender hasta qué punto pueden llegar las extravagancias del amor, ó de lo que se llama amor, porque yo creo que al amor se le da en el mundo un nombre demasiado noble: nérvio, sangre, materia; hé aquí lo que es el amor: ó una poesía estúpida é irrealizable, cuando no es lodo.

—¡Oh, qué ideas! dijo Filomena.

—Las únicas ideas que pueden tenerse cuando se ha conocido la verdad de todo, cuando se ha levantado el velo que encubre el hediondo esqueleto de la farsa; pero volvamos á don Calisto: cuando él se vió muerto, separado para siempre y sin voluntad, de tí, te aborreció, porque tú eras el poder que le apartaba antes de tiempo de tí, á quien amaba con toda su locura; la condenacion de su alma le importaba entonces mucho ménos que el ser olvidado por tí; pretendió á un tiempo vengarse y estamparse en tu memoria, y con una perversidad de la que no hay ejemplo, se propuso horrorizarte, y te horrorizó; te hizo creer que habias matado á tu padre, que habias sido esposa de tu padre, que tu madre habia sido una infame consintiendo tu casamiento con él; gracias á Dios, hija mia, no has sido parricida, puesto que yo te estoy hablando, ni de una manera inversa, la Yocasta de un Edipo vendedor de paños, no: ha sido una mentira de aquel vampiro, de aquel ogro, un drama horrible

improvisado en la agonía por un envenenador envenenado: ¡oh! por mucho que escriban los escritores dramáticos, nunca llegarán á lo terrible del drama de la verdad, del drama de la vida: ¡oh, y qué fatalismo! el crímen castigado por el mismo crímen; ¡oh! ¡qué pillo tan lúgubremente admirable! ¡ahí es nada! tú has envenenado á tu padre sin saberlo, y tu padre te perdona, no te entrega á la justicia humana, te deja abandonada al continuo mordisco del remordimiento: ¡ah! pues se ha fastidiado ese bribon; tú has hecho mal, muy mal, porque el crímen siempre es el crímen, y aunque no quede más que la memoria de que se ha visto uno obligado á practicar lo repugnante, á exponerse á que le pidan á uno cuentas sin meterse á considerar de que puede uno haber tenido para hacer lo que ha hecho la gran razon de la conservacion propia, es siempre fastidioso: ¡oh! ¡qué criminal tan refinado tu buen marido don Calisto! ese tunante no creia en Dios.

—¿Y usted cree en Dios, marqués?

—¡Pues no he de creer en Dios, si creo en lo invariable, en lo infinito, en lo absoluto? En lo que yo no creo es en la virtud humana.

—¡Marqués!

—¡Oh! ¡la virtud! ¡el egoismo! se llama virtuoso al que se ocupa en producir lo que se ha convenido que es beneficioso á los demás, sin considerar que es absurdo quitarse uno de sí mismo para dar á otros lo que no han de agradecerle: muchas veces, lo que se llama virtud, ó es miedo á la justicia de Dios, ó un memorial para obtener de Dios el eterno premio de su gloria.

—Pero la caridad, marqués...

—Una propension como otra cualquiera; una cosa que hace gozar al que la practica: ¿conoce el hombre la verdad? cuando obra satisfaciendo sus propensiones, ¿atiende á su conservacion? No hablemos de esto: Dios es una cosa y los hombres son otra.

—¡Qué ideas, marqués!

—Pues no falta ahora más sino que tú te escandalices; tú que porque te estorbaba tu marido le diste un jicarazo; que heredaste despues su fortuna, y que no teniendo más que un medio horrible para evitar que el hombre á quien amabas de una manera insensata se casase con otra, cometiste la inverosímil locura de sentenciarte á ser extrangulada, sólo porque tu amante fuese extrangulado contigo: hija, tú no tienes derecho á escandalizarte de nada de lo que yo diga, aunque suelte una tempestad de blasfemias: somos dos *sceleratos*, dos lobos, dos hienas.

—Fuera de la locura del amor de Andrés, yo soy buena: si yo no creyera, como creo, en Dios, en lo justo y en lo injusto, en lo lícito y en lo abominable; si yo no sintiera la poesía y la dulzura de la caridad, seria muy feliz.

—Sí, tú crees en la caridad que dá al prógimo una dósis de arsénico que le envia á la otra banda; caridad es, puesto que obrabas en provecho tuyo; caridad por tí misma, puesto que la muerte de aquel malvado te producia una herencia fabulosa y tu union con un hombre que te vuelve loca: y díme, Filomena, ¿cuántos millones te ha producido tu obra de caridad?

—Ochenta, señor marqués.

—¡Diablo de hormigas oscuras que esconden en el fondo de un almacen de paños y á la sordina un capital tan enorme! ¡diablo, diablo! es decir que tú puedes tener más boato, más tren que el grande de España más rico; al seis y pico por ciento... cinco milloncejos de renta; ¡bah, bah! es una buena fortuna: ¿y qué haces tú con ese dinero?

—Vivo cómodamente: mantengo la moda, tengo buena mesa, buena casa y cuatro carruajes.

—Ya se vé; te has criado en la miseria, no tienes costumbres; es necesario que puesto que estás señalada con el dedo por la opinion pública, la domines aturdiéndola con tu fausto: con mil duros diarios de renta se puede aparentar mucho: yo te montaré la casa; mi hija tiene ménos de la mitad que tú de renta, y sin embargo, lo gasta con un gusto exquisito; estoy orgulloso de ella, á pesar de que me ha dado muy mal rato con tu Andrés: una aberracion; rebajarse una Ariza á un Peralta, á un abogadillo, á un pillastre, conocido por su conducta grotesca, vulgarísima, indecente: ¡oh! yo te aseguro que si me la deposita, si no se cruza tu excentricidad, que me salvó de una manera doble, impidiendo el casamiento y haciendo que Magdalena despreciase á ese tuno; yo le hago entablar conocimiento con algun prógimo del cual no hubiera podido decir cómo tenia la cara: ¡oh! y en cuanto á tí, que tambien eres mi hija, es necesario que le desprecies, como le ha despreciado Magdalena.

IV.

En aquel momento el carruaje se detuvo.

—Parece que hemos llegado, dijo el marqués; echémonos fuera, vas á ver una casa bella, una casa digna de ser el templo campestre de una niña tan encantadora como tu hermana Magdalena, que, por lo ménos, en cuanto al físico, vale tanto como tú: ¡oh! y tú eres una ilusion, hija mia, una hada.

Y el marqués, llevando de la mano á Filomena, subia con ella las gradas del peristilo de la quinta.

—Luces al gabinete particular de la señora, dijo el marqués á los criados; mucha leña á la chimenea; hace un frio de los diablos: á ver, tú, busca en la bodega una botella de ron que tenga tres dedos de polvo: ¿eh, qué tal, Filomeñá? añadió el marqués, entrando con la jóven en un salon, una de cuyas lámparas estaba encendida.

—Bellísimo, dijo Filomena; pero aquí debe haber alguien; aquí debe estar la marquesa.

—¿Por qué?

—Está iluminado este salon...

—¡Eh! supongamos que á mi hija se la ocurre venirse aquí: ¿qué necesidad hay de esperar á que se enciendan las luces?

—¡Ah! es verdad, dijo Filomena.

—Cuando yo te digo que te faltan costumbres, y que es necesario que las adquieras... vamos, te voy á enseñar el tocador de mi hija.

Y el marqués abrió una puerta.

Las paredes y el techo eran de espejos contenidos en un adorno admirable; la alfombra blanca; los muebles de un gusto exquisito.

—Héte aquí multiplicada, Filomena, dijo el marqués; con mirar á un punto te ves por detrás, por delante, por los costados; puedes notar el más leve defecto en tu traje ó en tu prendido; la refraccion de estos espejos está magníficamente estudiada; voy á enseñarte el dormitorio de mi hija.

—No, dijo Filomena; estoy cansada; tengo frio, y sobre todo, ansiedad por escuchar á usted.

—Bien, te enseñaré despues la casa; pasemos al gabinete.

El marqués abrió por medio de un resorte uno de aquellos colosales espejos, atravesó un bellísimo pasaje iluminado por un candelabro fijo en la pared, abrió otra puerta, y se encontraron en un gabinete circular con tres puertas, correspondiendo al frente de la del centro una bellísima chimenea de mármol blanco de Carrara, escultada con preciosos adornos de frutas, pájaros y flores, que parecian hechos en cera, y sostenida por dos admirables cariátides.

El gabinete estaba forrado de tapicería de seda, á la manera de los revestimientos antiguos que se ven en algunos palacios, especialmente en la casa del Labrador de Aranjuez.

El techo del gabinete, sobre un hermoso friso dorado y pintado al fresco, representaba el Olimpo, con su sin número de dioses y de diosas; el águila de Júpiter

sostenia la magnífica lámpara de doce bombas que acababa de encender un criado.

En el centro habia una gran mesa circular de mosáico romano, cargada de libros ricamente encuadernados y de objetos de arte.

Una sillería dorada, del gusto del tiempo de Luis XV, y cuatro grandes cómodos sillones, dos á cada lado de la chimenea, constituian el mueblaje; y el pavimento estaba cubierto por una alfombra blanca de terciopelo con ligeros adornos azules en perfil.

V.

—El ron, cuanto antes: té, cigarros; vete.

El criado á quien se habia dirigido el marqués, salió.

—Voy á hacer espacio en esta mesa, donde puede perderse un lancero á caballo, dijo el marqués; mi hija se ha gastado un dineral en ídolos chinos y egipcios, en penates romanos, en libros ilustrados, en álbums que contienen aguadas y música de los primeros artistas y de los primeros maestros de Europa; me parece bien; esto da una idea del buen gusto de quien lo posee: cuando yo veo un álbum chafarinado de mamarrachos y emborronado con versos detestables, formo muy mala idea de la dueña del álbum.

Y el marqués ponia los libros los unos sobre los otros, y apartaba penates, ídolos y baratijas para hacer lugar en el velador.

Filomena se habia sentado junto á la chimenea, y no habia dispensado el honor de una mirada investigadora á todo aquel lujo, á toda aquella belleza.

—Tú estás enferma de gravedad, Filomena, dijo el marqués; tú no piensas más que en una cosa, cabalmente en lo que ménos debieras pensar: tu hermana es más digna que tú, y cuenta que ha estado loca por él, hasta el punto de representar una comedia y de ponerme casi en la situacion de hacer una barrabasada; porque lo que es á mí no me da nietos ese tunante inadmisible: ¡bah! no, de ninguna manera: ¿de qué serviria el oro si no nos diese poder?

El marqués se sentó frente á Filomena, en la chimenea, y procuró calentarse.

—El poder del oro: sí, el oro lo puede todo, ménos sacar el frio de los huesos: ¡diablo, diablo! cuando uno piensa en que un pobre diablo de albañil duerme bien y no tiene frio ni hambre...

—Hambre... dijo Filomena.

—Cuando no se tiene estómago, inútilmente queremos satisfacer ese apetito voraz que tiene el nombre vulgar de hambre canina: todo el oro del mundo no basta á calmarla: ¡eh! la bilis envenenada de tantos años, la sangre viciada; la amable vida trocada en una especie de gusano roedor que nos echa á perder parte por parte este mecanismo que se llama cuerpo humano; el remordimiento, que apoderado del alma, obra sobre la materia. Pero ahí viene Sebastian: veamos si el ron me alivia de este frio.

VI.

Entraron dos criados con dos servicios, que pusieron sobre el velador, y á una seña del marqués se retiraron.

—Voy á cerrar las puertas de las habitaciones inmediatas, á fin de que esos bribones no escuchen para tener algo que contar, dijo el marqués.

Y salió volviendo á poco.

—Voy á hacerte el té, como el té debe hacerse, dijo el marqués; tengo yo cierta vanidad en que nadie, ni un inglés, hace mejor que yo la infusion de esta yerba asiática.

—Gracias, contestó Filomena; no quiero té, prefiero ron.

—¿Eh? ¿ron?

—Estoy acostumbrada á él: cuando era costurera le bebia con Andrés en el café del Gallo; despues, cuando dejé de ser costurera para ser millonaria, le bebia con Andrés y con don Calisto en mi gabinete.

—Bien, me alegro de que seas buena conocida del ron; el ron hubiera sido el licor de los dioses, si los dioses hubieran conocido la Isla de Cuba y la caña de azúcar: ¿y fumas tambien, Filomena?

—¡Ah! eso no.

—Nada tendria de extraño: muchas amigas mias fuman, y alguna conozco que no sé cómo vive, porque consume al dia dos docenas de cigarros de Virginia podrida que se hacen en las fábricas nacionales y se venden en los estancos para el uso de la gente comun, que

está destinada á consumir en lo que come, en lo que bebe, en lo que fuma, y áun en lo que viste, géneros averiados: ¿cómo te gusta el ron, quemado ó al natural?

—De cualquier modo: no es que me gusta, es que me embriaga y me hace olvidar.

—¡Bah, bah, bah! la embriaguez filosófica, la embriaguez por recurso; pues mira, no quiero que bebas mucho ron porque necesito que estés en completo uso de la poca razon que te queda para escucharme: toma, hija mia, toma una copa y no más.

Y el marqués sirvió una copa á Filomena, poniéndola, con su platillo, en un sillon al alcance de la mano de la jóven.

Esta tomó un pequeño sorbo en tanto que el marqués apuró, una tras otra, tres copas.

Luego fué á sentarse frente á Filomena, sacó del bolsillo de su paletó una gran petaca de oro, y de ella un largo cigarro negro y retorcido, un veguero legítimo de los que podian embriagar á un toro, si un toro fumase.

VII.

—Siento un poco de ménos frio, beneficioso resultado del ron, y voy á empezar la historia de los amores de tu madre conmigo y á probarte que el malvado don Calisto era un impostor: ¿á qué clase crees tú que pertenecia tu madre?

—Mi madre era hija de un pobre sastre de Valencia.

—Impostura que cubria la mancha que tu madre ha-

bia arrojado en su verdadera familia, mancha de la cual yo no puedo ni debo acusarla, porque yo fuí la causa de ella: pero para hacerte agradable en lo posible mi relacion, voy á hacértela dándola cierta belleza de estilo y presentando con algun arte sus situaciones, que te aseguro son negramente dramáticas: permíteme que me concentre un momento para buscar la embocadura de mi historia.

Y el marqués guardó silencio, se concentró, y despues de algunos instantes, dijo:

CAPITULO XI.

Una historia extraordinaria.

I.

—He pensado tanto los sucesos que voy á referirte, tal impresion causaron en mí, de tal manera se me quedaron, por decirlo así, pegados, estereotipados, fotografiados en la parte interna de mi cráneo, por encima de las cejas, que puedo hacer una narracion exacta, minuciosa, detallada, una especie de novela, pero una novela-historia, que no tendrá de novela más que la manera y el estilo.

No soy yo extraño á esto; cuando era muchacho, allá por el año veinte, cuando se tocaba el himno de Riego en todas partes y á todas horas, en que todo el mundo era liberal hasta el punto de no comprenderse cómo siendo tantos los liberales acabaron los realistas por meterlos en un zapato, y más que eso, por ahorcar á todo el que quisieron; por aquellos buenos tiempos, repito, yo, grande de España, que debia ser realista por conveniencia, por temperamento y por educacion, me convertí en una especie de Felipe Igualdad, á imitacion

del duque de Orleans en 1793, peroraba como un energúmeno en la Fontana de Oro, y llevaba en el sombrero una cinta verde con un letrero que decia: «Constitucion ó muerte:» daba bastonazos á todo realista recalcitrante que me encontraba en la calle, me iba á la plazuela de palacio á cantar el *trágala* en coro á la hora en que salia á dejarse ver de sus liberalísimos súbditos el rey más aficionado á los vasallos del mundo; era miliciano nacional de caballería, escribia versos patrióticos y novelas político-sentimentales, en que siempre era la protagonista una jóven hermosa y desgraciada perseguida por un fraile, y por último, emparedada, despedazada ó quemada por la Inquisicion.

Esto me valió, cuando se cambió aquello, el estar escondido y temblando más de tres meses y algunos años de *ostracismo* en Inglaterra, á donde pude escapar llegando á Gibraltar disfrazado de carbonero, todo á fin de que el maestro de altas obras de la imperial y coronada villa de Madrid, no luciese conmigo como con Riego y con tantos otros, su habilidad haciéndome pernear al aire en la plazuela de la Cebada.

El rey hubiera dado cualquier cosa por el gusto de colgar á un grande de España que habia incurrido en el horrendo crímen de ennegrecerse, yendo á confundirse entre las turbas de los pícaros, de los herejes liberales, de los enemigos de Dios, del rey, de la pátria y de cuantas cosas se puede ser enemigo en este mundo.

A consecuencia de las novelas que entonces escribí, he conservado cierta aficion á las letras, y no soy lo que puede llamarse un profano.

A más de eso, cuando me he bebido tres copas de ron, me siento inspirado; mi imaginacion adquiere una facilidad pasmosa; me convierto en un hacedor de mundos fantásticos.

Y mucho más cuando he bebido cuatro copas: por consecuencia, y para que te sea más agradable mi relato, me voy á beber la cuarta copa y á encender mi segundo cigarro.

II.

El marqués se levantó, llegó al velador, llenó una copa, y la apuró de un trago.

—Tú no has acabado de beber la tuya, Filomena, y te aconsejo que no bebas más, dijo el marqués sentándose de nuevo: el ron es malo, hija mia, muy malo; excita demasiado los nérvios, irrita el estómago: el ron no sirve más que para los desesperados, cuyos huesos hiela el frio, cuya cabeza enloquece el remordimiento.

La embriaguez es una especie de locura, y mientras se está loco, no se sufre, porque no se siente.

El marqués calló.

Filomena callaba tambien, profundamente abstraida.

III.

—Vinieron los cien mil hijos de San Luis con el magnífico Angulema, continuó al fin el marqués, y á pesar de nuestra magnífica defensa, nos tomaron el Trocadero: nos desbandamos como puñado de moscas, escapó el

amadísimo Fernando VII para meterse entre los franceses y venirse con ellos á Madrid para entrar en posesion de su real poder absoluto restaurado y empezar á ahorcar negros, y cada cual de los negros escapó como pudo para no dar el placer á S. M. de que le ahorcase.

Yo escapé milagrosamente de Cádiz, salvé la Puerta de Tierra, vestido de marinero, y me alejé á lo largo de la costa.

Era una noche de tempestad.

La espuma de las olas me mojaba, me helaba el viento, no tenia más luz para seguir mi marcha que la de los relámpagos.

Era una noche muy á propósito para escapar, porque era necesario tener muchas ganas de perseguir á un hombre para ir tras él en aquella noche endiablada.

Habíamos escapado, además tantos, que el absolutismo se encontraba en aquellos momentos como un toro que tiene en derredor de sí tantos á quienes embestir, que se aturde y no coje á ninguno.

IV.

Pero antes de avanzar en mi relato, me parece conveniente decirte lo que yo era entonces.

Mis padres habian muerto, con algunos meses de diferencia, el año diez y ocho.

Era yo entonces menor de edad, porque habia nacido el mismo dia en que nació el siglo XIX.

Habia quedado sin parientes, y mi padre habia encargado mi tutela á su viejo amigo el marqués de Santor-

caz, que era el señor más sério, más tieso y más ridículo del mundo.

No conoció más superiores que Dios y el rey, y áun este último con trabajo, ni más iguales que los grandes de antiguo abolengo, cuya nobleza databa del tiempo de los godós.

Todo lo demás era para él canalla.

Hablaba á todo el mundo de tú, y tenia siempre al alcance de su mano un baston para poner en órden á los criados y demás gente menuda que se le acercaba, si tenian la desgracia de no bajar los ojos, deslumbrados y extremecidos por el explendor de su grandeza.

V.

Me llevó á su casa, caliente aún el cadáver de mi padre, me echó ún largo sermon, me manifestó que seria severísimo conmigo si desmentia en lo más mínimo las altas cualidades que debian adornarme, con arreglo á mi rango, me dió por confesor un jesuita que no me dejaba ni un solo dia sin un larguísimo sermon, me puso por ayo su capellan, por ayudas de cámara dos viejos insufribles y ocho ó diez criados, que por la costumbre de la esclavitud á que los tenia reducidos el marqués de Santorcaz, más que hombres eran espectros mudos que no servian sino para obedecer ciegamente lo que se les mandaba, fuese lo que fuese.

Yo me ahogaba en la sombría y silenciosa casa del marqués de Santorcaz, y tanto más, cuanto que adorado

yo como hijo único por mis padres, habia gozado de una libertad que yo habia convertido en licencia.

Era yo, en fin, un calavera formidable á quien se habia metido de repente en un cepo; porque no era otra cosa que un cepo la casa del marqués.

Allí, con el jesuita á un lado y el capellan á otro, se rezaba por la mañana, se rezaba al medio dia, se rezaba por la noche, despues de almorzar, despues de comer, despues de cenar, á las diez á la cama, y á las seis de la mañana de pié y en poder de los maestros, al picadero, á la sala de armas, á la leccion despues, de religion y moral; por la tarde al jubileo, á confesar los sábados, á comulgar los domingos, á reventar, en fin, contínuamente.

¡Oh, y qué año y medio pasé prisionero en la casa de mi noble tutor!

VI.

El dia del Corpus de 1819, despues de haber comulgado y haber asistido de grande uniforme á la procesion al lado del marqués de Santorcaz y detrás del rey, á la vuelta á Palacio, mi tutor me metió en su carroza, y sin decirme ni una palabra me llevó al convento de monjas Calatravas.

Cuando entré me encontré á todos los caballeros de la Orden que estaban en la sala de capítulo, enmantados, embirretados, tiesos, con cada cruz, que si hubieran sido de piedra no hubieran podido tirar de ellas.

El rey no tardó en venir, con grande uniforme de generalísimo y con el manto capitular de gran maestre.

Sin decirme una palabra, cuando todos aquellos señores se trasladaron á la iglesia, el marqués me llevó consigo y me entregó al duque de Alba.

—Aquí tiene usted á su ahijado, le dijo el marqués.

—¿Pero qué es esto? dije yo.

—Esto es, mi jóven amigo, me contestó el duque, que va usted á ser cruzado en la Orden é investido con la encomienda de Valmojado; este es un gran honor, porque no se acostumbra á hacer comendadores ni caballeros de la Orden á los menores de edad; esta distincion la debe usted al cariño de su tutor y á la munificencia de S. M.

Dejé hacer, y me cruzaron y me encomendaron.

—Y dígame usted, mi querido padrino, dije al duque de Alba durante el refresco, cuando ya habia terminado la ceremonia, y era de hecho el señor comendador de Valmojado: ¿un comendador de Calatrava puede tener tutor?

—¿Y por qué no? esta es una gracia especial, que en nada invalida las leyes del reino: usted será menor hasta los veintitres años, y para los asuntos de la encomienda, está ya nombrado administrador el conde de Acebo: ¿tan mal le va á usted bajo la tutela del marqués?

—No, señor, le contesté; por el contrario, yo temia que se me sacase de ella, y esto me tranquiliza.

VII.

Concluido el refresco, el rey, los altos dignatarios y los caballeros de la Orden me fueron besando en la mejilla y yéndose.

Al fin quedamos solos mi tutor y yo en la desierta sala de capítulo.

—¿Y por qué no nos vamos, don Alfonso? dije al marqués de Santorcaz, porque me sentia verdaderamente cansado.

—Aún queda, aún queda, me dijo: voy á darte la mayor prueba de cariño que podias esperar.

—¿Y qué prueba es esa?

—Los jóvenes no deben preguntar á sus superiores, sino obedecer y callar, me contestó severamente el marqués: ven conmigo.

Y me llevó al locutorio del convento.

En él estaban el duque de Alba, el conde de Acebo, el marqués de Miralrio; en la puerta los escuderos de mi tutor, los mios, y en el ante-locutorio parte de nuestra servidumbre y de la de los otros grandes que allí estaban.

Dentro del locutorio habia un altar, y entre el altar y la reja la abadesa, las comendadoras, las esposas del conde de Acebo y del marqués de Miralrio.

Mi tutor saludó á las monjas y á las otras dos señoras, y dijo á la abadesa.

—¿Está dispuesta esa señorita?

—Sí, sí señor, mi querido marqués, y sólo espera su madrina para aparecer con ella, la llegada de su futuro el señor marqués de Alpuente.

VIII.

Se me nublaron los ojos.

De la misma manera que mi tutor sin decirme una

palabra, lo habia preparado todo para mi admision en la órden de Calatrava, con la investidura de una encomienda, lo habia preparado todo para casarme.

¿Pero con quién me casaba?

Yo estaba resuelto á rebelarme contra aquella inaudita tiranía, cuando se me heló la sangre é instantáneamente ardió como el fuego de un volcan.

Yo amé un momento; yo me hice en un momento esclavo de la incomparable niña que entró en el locutorio, llevada de la mano por la duquesa de Alba.

IX.

—¿Conoces bien á tu hermana Magdalena? añadió el marqués despues de un momento de silencio en que se concentró, absorbiendo el deleitoso recuerdo de aquella situacion de su vida.

—Sí, la conozco demasiado, contestó maquinalmente Filomena.

—Mi hija es una deliciosa criatura, como lo eres tú; porque precisamente os debeis parecer á vuestro padre y á vuestras madres; te advierto que yo no soy ni mi sombra; antes de irnos te haré ver mi retrato de cuerpo entero, que está en el gabinete de lectura de mi hija; no querrás creer que aquel gallardo, que aquel hermoso jóven haya podido convertirse en este viejo magro, en este espectro que está siempre temblando de frio; y sin embargo, cuando me retrataron á los diez y ocho años, el pincel no me hizo favor; por el contrario, se quedó corto, se encontró impotente; sin vanidad, era yo el peti-

metre más temible de la córte; una epidemia de amor; los padres, los maridos y los hermanos descansaron, estuvieron tranquilos durante el año y medio que me tuvo secuestrado y prisionero mi excelente tutor.

Volviendo á Elisa, á la marquesa de Alpuente y de Santorcaz, mi muy amada esposa, cuyo retrato verás tambien cuando nos vayamos, mi hija es un retrato suyo; pero un poco degenerado.

Las razas ó acrecen ó decrecen.

Magdalena, á pesar de su grande hermosura, es un decrecimiento de Elisa. Magdalena es morenita, como lo era yo, porque yo no tengo ya color, y como yo, pelinegra y ojinegra.

Es lo único que tiene mio.

Su madre era excesivamente blanca, más alta que Magdalena, más esbelta que ella, deliciosamente accidentada en esas formas que constituyen el mayor encanto de una mujer hermosa.

Tenia la garganta más larga que Magdalena, los hombros de una inflexion más lánguida, infinitamente más ricos de voluptuosidad en su admirable curvatura.

¡Y qué cabellos rubios tan ricos, tan rizados, tan dorados! ¡qué frente tan tersa, tan noble, tan pura! ¡qué ojos garzos los suyos, tan pudorosos y á la par tan abrasadores! ¡qué boca tan fresca, tan rica de vida y de juventud! ¡qué lábios tan rosados, tan húmedos! ¡qué hoyitos los de sus mejillas! ¡qué exceso de alma, de poesía, de belleza en todo su sér!

Habia cumplido un mes antes doce años, y era ya una mujer alta, mórbida, admirablemente desarrollada.

¡Oh, Dios mio, Dios mio! lo único que me queda de humano, de soñador en mi corazon, y esto á mi despecho, es la rabia infinita del recuerdo de aquella hermosura, un sentimiento puramente material, Filomena, material de todo punto; porque yo no me hago ilusiones, hace muchos años que yo no idealizo la materia, y ojalá no la hubiera idealizado nunca; ojalá nunca hubiera estado loco.

X.

El marqués calló, se levantó y bebió una tras otra dos copas de ron.

Volvió á sentarse, y continuó su relato:

—Elisa, al entrar en el locutorio, arrojó sobre mí una mirada cobarde, tan cobarde como la que yo habia arrojado sobre ella; pero instantáneamente su mirada se encendió como un fuego divino.

A primera vista nos habíamos enamorado recíprocamente.

—Señor marqués, me dijo ceremoniosamente el marqués de Santorcaz, esa señorita es mi hija única Elisa; desde que nació, sus padres de usted y yo convinimos en la alianza de nuestras dos familias por medio de nuestros dos hijos únicos.

El último deseo de su padre de usted fué que este enlace se verificase cuanto antes fuese posible; mi hija ha cumplido ya sus doce años, y puede legalmente contraer matrimonio.

Todas las formalidades están cumplidas; la real licencia necesaria otorgada en nombre de SS. MM.; son padrinos de usted el señor marqués de Miralrio y su esposa.

De mi hija, el duque y la duquesa de Alba.

Sólo falta la ceremonia religiosa, y para celebrarla, hé aquí á nuestro capellan.

El capellan adelantó.

Á través de las dos rejas del locutorio pasamos los brazos Elisa y yo, y nos dimos las manos.

Nuestras manos temblaban y ardian, Filomena; su mútua presion, nuestras miradas que se absorbian la una á la otra, nos dijeron el uno al otro mucho más que todas las palabras posibles.

La bendicion del sacerdote nos constituyó en uno durante la vida.

Si en aquel momento se hubiera llevado el diablo al marqués de Santorcaz, yo hubiera sido el más feliz de los hombres, hubiera caido en un sonambulismo de amor del que no hubiera despertado.

Tal vez, y sin tal vez, los sucesos de mi vida hubieran tomado otro rumbo.

No existirias tú, no me dolerian los huesos, no tendria el estómago frio é inútil, ni la cabeza débil y vaga.

No conoceria la verdad de la vida terrible y descarnada, que convierte á un cuerpo vivo en tumba de un corazon muerto.

¡Ah! yo estaria loco, y seria feliz.

XI.

El amor tiene su oportunidad, su momento; hay que consagrarle, fijarle, cuando es oportuno; de no, pasa como pasan los sueños.

La mujer no es la mitad del hombre; es un sér distinto, completamente distinto.

Yo lo sé muy bien.

Si la mujer fuese idéntica al hombre en cuanto al alma, yo seria tambien feliz.

Pero no anticipemos la enunciacion de los sucesos.

Apenas concluida la ceremonia, Elisa y yo nos separamos para no volvernos á ver sino á la vuelta de diez y siete años.

¡Diez y siete años! ¡Diez y siete años pasados desde el dia del casamiento y sin verse!

—¡Ah! el marqués de Santorcaz era el extravagante más terrible que he conocido.

—Y si no fuese así, ¿á qué habia yo de haber puesto por título á lo que te estoy refiriendo una historia extraordinaria?

Era esto resultado del temperamento y de la educacion del marqués de Santorcaz.

Habia nacido para bajá de tres colas.

Si en vez de nacer grande hubiera nacido rey, sus súbditos se hubieran visto obligados á decapitarle para librarse de lo omnímodo, de lo irritante, de lo extravagante, de lo insoportable de su voluntad invencible.

Porque aquel maldito tenia un carácter de hierro, inflexible, incontrastable.

Para resistir á su voluntad era necesario matarle.

Volvamos á aquellos sucesos.

XII.

Yo supuse, como era de suponer, que inmediatamente despues de salir del locutorio, iriamos á la portería, que se abriria la puerta del convento, y me entregarian mi encantadora esposa, y con ella un tesoro inapreciable.

Pero me engañé.

Mi tutor me metió en su carroza, entraron en las suyas nuestros padrinos y nuestros convidados, y nos trasladamos á casa del marqués, donde hubo un gran banquete de boda; pero un banquete extraño, pesado, triste, puesto que faltaba la parte principal, la desposada.

La duquesa de Alba, que era muy viva, no pudo contenerse.

—¿Pero qué es esto, marqués? dijo á mi tutor; la extravagancia llega ya al colmo: ha casado usted á los chicos sin conocerse: afortunadamente era necesario ser ciegos y estúpidos para no conocerlo: se han enamorado á primera vista: ¿por qué no unirlos de hecho, ya que están unidos de una manera irrevocable ante Dios y el mundo? ¡pobres niños! esto es demasiado.

—Usted lo ha dicho, marquesa: son aún niños, contestó el marqués; mi hija necesita desarrollarse, hacerse

mujer; él debe viajar, ver mundo, hacerse hombre: dentro de ocho ó diez años: lo demás seria absurdo: esto ha sido consumar una alianza, asegurarla; yo estoy muy achacoso; la gota vá quedándose conmigo; el dia ménos pensado dispone Dios de mí: ya está hecho á prevencion todo lo que yo ansiaba en el mundo: si muero pronto, mis hijos contrariarán mi voluntad si se reunen antes de que, á lo ménos, cuente ella diez y ocho años y él veinticuatro: por último, mi buena amiga, lo que yo determino es irrevocable: me autoriza la potestad incuestionable de padre; y lo que he resuelto que sea será.

La duquesa se mordió los lábios, se puso séria, y no volvió á hablar ni una palabra más, despidiéndose ofendida del marqués en cuanto terminó el banquete que duró hasta entrada la noche.

Yo, tan firme de voluntad como el marqués, excitado por el amor que por primera vez sentia, habia tomado una resolucion decisiva.

XIII.

Cuando quedamos solos dije al marqués:

—Me parece que, con arreglo á las leyes del reino, he salido de tutela al contraer matrimonio.

—¡Cómo, cómo es eso! me dijo el marqués poniéndose pálido de cólera: ¡te me rebelas!

—Yo no puedo vivir así, le contesté con energía; es de todo punto necesario que se me entregue mi esposa: es mia: usted ha renunciado á ella al dármela; si no se me dá, si no se me pone en posesion de mis estados,



..... y le golpeó con el baston.

me voy con la queja á S. M. y me amparo de las leyes del reino.

—Pues bien, pleito, pleito al canto, me dijo el marqués completamente trasportado por la cólera: estoy acostumbrado á los pleitos, me gustan, me entretienen; se me rebela usted; pues bien, pleito.

—No hay pleito: mi derecho es claro, no admite cuestion, y se me hará justicia en cuanto la pida.

—Pues juro á usted, me dijo el marqués, que no se reunirá usted con mi hija; que no me arrancará usted mis derechos de padre; que mi hija me obedecerá ó verá para lo que ha nacido. En cuanto á sus estados de usted; en cuanto á usted, nada me importa: entre usted en posesion de ellos; pero inmediatamente salga usted de mi casa: no quiero tener bajo mi techo á un rebelde, á un miserable, indigno del nombre que lleva, á un hipócrita que me ha engañado: lo único que me desespera, es que no puedo deshacer lo que tan de buena fé y con tanto amor he hecho. Salga usted, salga usted al instante de mi casa, ó nó respondo de mí.

Y cogió un baston, como acostumbraba á hacerlo contínuamente con sus criados, y me amenazó con él.

Yo salí, me fuí á casa del duque de Alba y me indemnicé murmurando de mi tutor con la duquesa de todo lo que habia callado en año y medio.

Al dia siguiente se consultó á los abogados del duque.

El asunto era muy sencillo: no habia más que entablar una demanda.

Pero se queria evitar el escándalo.

Se creia, como era natural, que el marqués de San-

torcaz conoceria la enormidad de su resolucion, y cederia.

Pero muy pronto me convencí de que tenia que luchar de una manera desesperada.

XIV.

Fuí al convento, y anuncié una visita á la abadesa.

Se presentó esta triste y pálida, y antes de que yo la hablase, me dijo:

—Comprendo el objeto de su visita, marqués; pero tengo el sentimiento de decirle que su visita es inútil: Elisa no está ya en el convento.

—¡Cómo! ¿pues dónde está? dije pudiendo hablar apenas, porque aquella noticia me habia helado la sangre.

—Su padre ha venido por ella esta mañana muy temprano con uña órden del provisor para su exclaustracion, y se la ha llevado. En vano he empezado á hacer una justa observacion al marqués: ha montado en cólera, me ha faltado al respeto, me ha injuriado, y estoy mala de resultas de la sofocacion: la pobre chica ha seguido á su padre llorando.

—¿Pero no sabe usted á dónde se la ha llevado? dije con desesperacion.

—La escena ha sido rápida y violenta, me contestó la abadesa; nada sé, nada puedo decir á usted, marqués.

—En ese caso, dispénseme usted, pero no puedo perder un momento. Adios.

—Dios ayude á usted, marqués, me dijo la abadesa.

Salí del locutorio del convento, entré en el carruaje, y mandé que me llevasen á escape á casa del marqués.

Iba resuelto á todo.

El marqués no estaba en su casa ni en Madrid: habia salido en una silla de posta con su hija sin decir á donde iba y sin llevar consigo ningun criado, sin duda para evitar que por medio de ellos pudiera seguirse la pista de Elisa.

El postillon y el zagal eran extraños á la casa.

Habia marchado casi sin equipaje.

XV.

Inútilmente me presenté al rey, y me quejé de lo que me sucedia; el rey me dijo que aquellos eran asuntos de familia, que el marqués de Santorcaz era uno de sus servidores más leales, y que no queria tomar cartas en el negocio.

Necesario fué por el momento tener paciencia y esperar á que el marqués pareciese.

No sucedió esto hasta dos meses despues.

Ni yo habia podido ser puesto en posesion de mis estados ni demandar al marqués por el rapto que me habia hecho de mi mujer: cuando uno de nuestros comunes amigos fué, probando todavía un medio de conciliacion, á preguntarle lo que habia hecho de su hija, contestó que él podia hacer de su hija lo que mejor quisiera, y que como no podia deshacer el *disparate que habia hecho* casándola conmigo, habia tomado el medio de llevársela y de ocultarla donde no diesen con ella ni áun con podencos.

El intermediario le advirtió que iba á sobrevenir la accion judicial, á lo que contestó el marqués diciendo, como me habia dicho á mí, que se alegraba porque los pleitos le entretenian mucho.

En cuanto á mí, como casado, á pesar de mis diez y ocho años, fuí declarado legalmente mayor de edad y puesto en posesion de mis bienes.

XVI.

Se entabló demanda contra el marqués por la ocultacion de su hija; pero el rey no dió licencia para proceder como debia hacerse, porque el marqués, arrancando al marido su mujer, ocultándosela, habia cometido un delito, por más que fuese su hija, y el marqués se burló de mí, porque cuando se le preguntaba legalmente, no salia de esta contestacion:

—No quiero decir donde está, no la he puesto yo fuera del alcance de ese miserable, para entregársela porque un alcalde de Casa y córte viene á decirme que se la entregue: capaz soy de ir á Ceuta, si es que hay un juez que se atreva á condenarme, antes que ceder; lo que yo hago lo hago de veras, no hay medio; ni el mismo patíbulo que me pusiesen delante haria que yo me volviese atrás.

XVII.

Desesperado probé el último recurso.

Busqué al conde de Acebo, que era muy amigo mio,

y le encargué fuese secretamente á desafiar al marqués.

Yo creí, que ante esto, ante la idea de batirse con el marido de su hija, el marqués cedería.

Pero no sucedió así.

—¡Ah! dijo, quiere que nos matemos, se olvida de que yo le he visto nacer: pues bien, nos batiremos, y si esto no es más que una insolencia, si cuando llegue el caso no se bate, mandaré darle de palos por mis criados.

Al dia siguiente, el conde de Acebo y yo, con un cirujano, salimos de Madrid por la puerta de Fuencarral, y nos alejamos saliendo del camino y tomando la direccion de una dehesa.

Al pié de una de sus colinas, en una hondonada, encontramos al marqués de Santorcaz, acompañado del baron de Rivelles y de otro cirujano.

En el suelo habia dos espadas y una caja de pistolas.

XVIII.

Al verme el marqués, se puso lívido de cólera, levantó su baston y se vino sobre mí; pero nuestros testigos se interpusieron.

—Concluyamos cuanto antes, dijo el marqués; ó él, ó yo; si le mato, he deshecho el disparate que hice casándole con mi hija; si me mata, se quedará como estaba, porque tengo tomadas mis medidas para evitar que encuentre á mi hija.

—Pero esto es una locura completa, dijo el conde de Acebo.

—No quiero que nadie califique, ni mis hechos, ni mis

palabras, dijo el marqués: aquí hemos venido á un duelo, y todo lo que al duelo no se refiera, es impertinente é inútil.

—Para que el duelo se lleve á cabo, dije yo, se necesita que me preste á él, y nunca ha sido mi intencion llevar las cosas hasta ese extremo.

—¡Ah!... dijo el marqués; creias que yo era tan cobarde que de miedo cedería, y por no exponerme á ser muerto por tí, te entregaría mi hija: tu padre tal vez hubiera hecho eso.

—¿Qué es lo que usted dice? exclamé sintiendo pasar por mi corazon y por mi cabeza algo terrible.

—Tu padre era tan cobarde como tú, exclamó el marqués, fijando en mí sus ojos que echaban fuego: sí, y así eres tú, hijo de mal padre y de mala madre.

El marqués estaba ébrio de furor, y me insultaba en mis padres, por insultarme.

Yo, herido en lo más vivo, no comprendí que debia haber escuchado como se escuchan las palabras de un loco los insultos del marqués; me volví loco tambien, y sin que pudieran evitarlo nuestros padrinos, me lancé sobre el marqués y le dí una bofetada.

El marqués rugió, como hubiera rugido Satanás, al sentirse herido en el rostro.

Quiso lanzarse sobre mí; pero se puso encendido, como si toda su sangre se le hubiese agolpado al rostro; dió un grito y cayó de espaldas.

Acudimos todos á él.

Estaba atacado de una congestion cerebral; lo sangró inmediatamente uno de los cirujanos, nos metimos con

él en un carruaje, el baron de Rivelles, un cirujano y yo; el conde de Acebo entró con el otro cirujano en mi carruaje, y llevamos rápidamente á su casa al marqués.

A las seis horas, sin haber vuelto en sí, murió, llevándose consigo el secreto del lugar en donde estaba su hija.

XIX.

Era de suponer que al saber la muerte del marqués de Santorcaz, aquellos en cuyo poder estuviese su hija, que debian ser personas muy de la confianza del marqués, diesen noticias de ella.

Pero pasó un mes, pasaron dos, tres, seis, un año, y nada se supo de Elisa, por más que se buscó, por más que se enviaron requisitorias á todos los puntos á donde se creia podria haber llevado á Elisa el marqués.

Inútilmente se buscó al postillon y al zagal con que habia salido de Madrid; ninguno los conocia, y fué imposible dar con ellos.

Se ignoraba, pues, si Elisa existia ó no.

Era aquella una situacion completamente extraordinaria y terriblemente desesperada para mí, que cada dia y cuanto más perdia las esperanzas de encontrarla, estaba más enamorado de Elisa.

Entretanto, un lejano pariente del marqués, el conde de Navaredonda, el único que podia heredarle cuando se probase la muerte de Elisa, fué puesto en posesion de los bienes, pero no del título, como depositario de la herencia de Elisa.

Se habia hecho todo cuanto habia sido posible para encontrarla; la policía, estimulada por el dinero, la habia buscado cuanto habia podido, y el asunto habia terminado por entonces.

No se podia hacer más.

XX.

Empezó á operarse una revolucion en mi cabeza.

El privilegio se me hizo odioso.

Si el privilegio absurdo que hizo negar al rey la licencia para que el marqués de Santorcaz fuese preso y procesado no hubiera existido, tal vez las vejaciones de una prision, la repugnancia á una condena hubieran domado al marqués.

Nunca se conoce mejor la falta de la justicia, que cuando se tiene necesidad de justicia: la Constitucion de 1812, que abolió los vasallos creándolos ciudadanos, que determinaba sus derechos, haciéndolos iguales ante la ley, empezó á parecerme una grande obra, una obra necesaria.

En una palabra: yo, grande de España, de raza antigua, empecé á liberalizarme y á considerar absurdo, perjudicial, tiránico, insoportable, todo lo que no era el derecho comun.

Empecé á hacerme negro (1), pero negro intenso, negro como el carbon; y cuando sobrevino el alzamiento de Riego en las Cabezas de San Juan, alzamiento que el ejército hizo por no ir á América, y que nos costó la

(1) En aquellos tiempos los realistas llamaban negros á los liberales, como si dijéramos condenados.

pérdida de nuestras más ricas colonias, yo tomé una parte activa en aquel alzamiento, y cuando éste, triunfante, obligó á Fernando VII á decir *marchemos todos y yo el primero por la senda constitucional*, me hice orador de la Fontana, poeta de la revolucion, novelista revolucionario, y miliciano nacional de caballería.

Dí palos á los realistas, canté al rey el trágala, pasé tres años de orgía liberal estando siempre dispuesto á todo alboroto, fuí á Cádiz cuando á aquello empezó á llevárselo el demonio, ganaron los hijos de San Luis y tuve la suerte de escapar, como te he dicho, por la costa, en medio de una noche oscura y tempestuosa.

XXI.

La espuma del mar lanzada sobre mí por el viento y el agua que de las nubes caia á torrentes, me mojaba, me helaba; habia perdido mis zapatos en el lodo, me heria los piés en las piedras, tenia hambre y miedo, y corria sin cesar, temeroso de ser preso.

No sé cuánto tiempo estuve andando, porque en la situacion en que yo me encontraba, los momentos eran para mí interminables.

Me faltaron al fin fuerzas, caí desfallecido y perdí el conocimiento.

XXII.

Cuando volví en mí, me encontré en una habitacion extraña, sobre una cama humilde.

La habitacion pertenecia, sin duda, á una barraca, se veian los piés de madera sin labrar, en los cuales se apoyaban paredes de tierra, y sobre ellas un puntiagudo techo, compuesto de palos cubiertos por una estera; un candil suspendido por un gancho que estaba sujeto á una grieta de la pared, alumbrada aquello de una manera turbia.

Un pescador sentado en una tosca silla, junto á una mesa de pino, hacia red.

Aquel hombre era buen mozo, fornido, como de cuarenta años, curtido por el ambiente marino.

Tenia en la cabeza un gorro de lana encarnada, una camisa basta abierta en el pecho, una faja de lana encarnada, unos pantalones de lienzo azul y completamente descalzo.

Tenia los cabellos muy largos y encrespados, la barba cerrada, y sumamente velludos el pecho y los brazos, que tenia descubiertos desde el codo; tenia la ruda, pero al mismo tiempo franca y tranquila mirada del hombre de mar, y habia en él esa especie de elegancia natural, que nace de las buenas proporciones, de la armonía de las formas.

Te describo este hombre con alguna minuciosidad, porque este hombre, que se llamaba Cristóbal, y tenia un rancho de pescadores cerca de Estepona, es uno de mis malos recuerdos.

Aquel hombre era feliz antes de que yo cayese desfallecido en aquella noche de tempestad cerca de su rancho.

Uno de los javegotes me encontró al amanecer, ten-

dido y sin conocimiento en la playa, y fué á avisar á su patron.

Esto es, al jefe del rancho, á Cristóbal.

Yo llevaba un traje de marinero de guerra, y en el sombrero el nombre del navío *San Pablo;* me recogieron y me ocultaron en la barraca del patron.

Pasé, por lo que despues supe, todo el dia sin conocimiento; cuando volví en mí, era al principio de la noche.

XXIII.

Me incorporé con trabajo, me sintió Cristóbal, dejó de hacer red, y me dijo:

—Hola, amigo, tocamos ya á tierra, no has corrido mal chubasco, muchacho.

—Sí, le contesté, he escapado de Cádiz.

—Ya, me contestó Cristóbal, haces bien en no engañarme, porque los que mienten tienen algo de traidores, y no merecen que se les ayude; tú no eres marino, ¿no es verdad? te se conoce en las manos que nunca has andado en la brea; yo he sido gaviero diez años, y ya se me conoce. ¿Quién eres tú? alguno de los liberales que estaban en Cádiz, ¿no es verdad?

—Sí, le contesté; yo era de la Milicia nacional de Madrid; pero me estoy muriendo de debilidad.

—Por tí la María ha puesto una olla con jamon, carne y gallina: eh, Mariquita, ven acá, hija, que nuestro hombre ha salido ya á flote y necesita algun lastre.

XXIV.

Entró una arrogante moza, como de diez y siete años, morena, encendida, con admirables ojos negros, con un pañuelo de algodon de los llamados de yerbas en la cabeza, puesto con tanta gracia como si hubiera sido el elegante tocado de una dama, con un pañuelo blanco de percal sobre los hombros y el pecho, con un jubon de sayal con un lazo de cinta morada en el brazo izquierdo, lo que demostraba que cumplia una promesa de hábito; una enagua de percal inglés de colores vivos y descalza; pero con una pierna y un pié admirables.

Habia algo de inalterable firmeza en la mirada que en mí fijó María; pero al mismo tiempo, una alegría expansiva y algo ardiente, algo de conmovida.

Se acercó á mí, y me dijo con una voz sonora y fresca, pero acentuada:

—¿Cómo está usted? ¿se siente usted muy malo?

—¿Cómo quieres que esté, chica? dijo Cristóbal anticipándose á mi respuesta; con avería, pero yo creo que con una carenilla que se le dé poquito á poco, el estómago se pondrá bien; y como tripas llevan á hombre y no hombre á tripas, dentro de tres dias podrá salir de astillero y hacerse á la mar.

—Pues así como así, dijo María, tengo yo apartado un caldo que se corta y que es capaz de resucitar á un muerto; voy á calentarle y vuelvo al instante.

Y María salió, dejándome solo con Cristóbal, que habia vuelto á hacer red.

—Y dime tú, dijo Cristóbal; segun tienes tú las manos de suaves, ó eres señorito ó barbero, muchacho.

—Algo ménos que eso, por ahora, porque si me cojen, me ahorcan.

—¡Bah! ¡qué te han de ahorcar! pues si fueran á ahorcar á todos los que han gritado ¡Viva la Constitucion! ya podia yo ir aparejando para levar anclas y hacerme á la mar á todo trapo.

—Para mí no habria misericordia, le contesté; el rey no se contentaria con ménos que con hacerme pedazos, porque yo soy el marqués de Alpuente, grande de España de primera clase.

—¡Ah! perdone vuecencia si le he creido lancha, cuando es navío de tres puentes; ya se vé, como los hombres no llevan el nombre en la cara...

—Déjese usted de tratamientos, que no sientan bien ahora, le dije, y que pueden comprometerme si nos oye alguien.

—El que entra en mi casa, me contestó Cristóbal, está más seguro que un barco dentro del puerto de Cartagena; aquí no hay que tener miedo; todos mis muchachos, aunque son unos pobres, que para comer tienen que tirar de la jávega, son honrados y buenos y caritativos, y no dirán lo que no deben decir, y aunque lo dijeran, ya podrian venir los del pueblo á prender á vuecencia, que se quedarian con la gana; y esto, no porque vuecencia sea grande de España, que lo mismo sucederia aunque fuera vuecencia barbero, sastre ó limpiabotas.

XXV.

Aquella buena gente me cuidó, me ocultó: encontré en ellos lo que no me hubiera atrevido á esperar.

Y lo que es más: María, aquella hija brava del mar, hermosa, con una hermosura que se parecia mucho á la hermosura del mar cuando se riza en múltiples olas, en lo primitivo, en lo vírgen, en lo puro, en lo grande, me vió triste, desolado, perseguido, amenazado de muerte; empezó por compadecerme y acabó por amarme.

La compasion en las mujeres, cuando se trata de un hombre, es el prólogo del amor.

La pureza del alma no existe, Filomena; es un sueño de los poetas; no somos más que materia, materia pura organizada para sentir; materia soberbia que tiende á espiritualizarse sin conseguirlo, y que siempre da en lo positivo, esto es, en lo perecedero, en lo material.

¡Oh! el egoismo que nos hace desear que todos se sacrifiquen por nosotros, cuando nosotros no somos capaces de sacrificarnos por nadie, es el que crea esos sueños de lo ideal, de lo ficticio, de lo falso, que acaban por volvernos locos.

Yo noté que María estaba el más tiempo que la era posible á mi lado, que sus ojos me miraban de una manera profunda, abstraida, melancólica, que empezaba á ponerse triste, que me amaba, en fin.

Yo, obrando con arreglo á lo que el mundo llama moralidad, debia haber dicho á aquella pobre niña:

—No sueñes; mi estado, mi posicion, mi educacion, mis costumbres, todo me separa de tí; nuestra union

seria ilegítima, transitoria, te deshonraria, te destrozaria el corazon, te haria horriblemente desgraciada; sé mi hermana en buena hora, pero no mi amante, este es un delirio, un sueño.

Los que han gastado el tiempo en escribir teorías sobre la moralidad, han sido unos imbéciles; el hombre no hace voluntariamente más que aquello que quiere hacer; el hombre tiende á aumentar su vida, por medio de los goces de su egoismo, á costa de la vida de los demás; cuando no lo hace, es porque no puede ó porque tiene más miedo á las leyes ó á otra cualquier cosa, que deseo de satisfacer sus antojos. Yo estoy ya en lo firme; el egoismo me lo explica todo: y en cuanto á la abnegacion, nada puedo explicarme, porque no creo en ella: obrando desde el punto de vista de la moralidad, de la abnegacion, yo debí, al ménos, ser generoso con María, sofocar el latido de mi corazon, la efervescencia de mi sangre, por la excitacion de mis nérvios, causada por la enérgica hermosura de María; alejarme de ella cuanto antes me hubiese sido posible, y dejarla entregada cuando más á un voluptuoso sueño de amor, pero de amor puro, que hubiera pasado, como pasan los sueños de todos los primeros amores, cuando no ha tenido que huir avergonzado el ángel de la pureza; pero María y yo teniamos más libertad que la que necesitábamos. El buen Cristóbal, que no conocia de la tierra más que una estrecha playa continuamente batida por el mar, era el hombre de la mayor buena fé del mundo. Incapaz de hacer daño á nadie, no creia que nadie pudiera hacerle daño: era, en una palabra, un pobre diablo ignorante.

XXVI.

María y yo nos encontrábamos con suma frecuencia solos; de dia en la barraca de su padre, de donde yo no salia por temor de que alguna persona de la cercana poblacion, extraña al rancho de pescadores, sobreviniese, reparase en mí, y causase alguna investigacion de la justicia.

De noche salia yo de la barraca, me deslizaba á lo largo de la costa, me perdia entre las rocas, y me sentaba en alguna de ellas para contemplar el mar abrillantado por la luna.

No tardaba en ver junto á mí á María, silenciosa, tímida, enamorada, excitante, que descendia á la playa, cogia algunos mariscos y me los ofrecia.

Nuestra primer conversacion de amor tuvo por resultado el mismo que tuvo la primera conversacion del diablo con Eva.

María acabó de enloquecer, y yo tuve motivos sobrados para enamorarme de María; pero de una manera material, puramente material.

María, como sucede siempre que una mujer se impresiona por completo por un hombre, se olvidó de todo punto de la prudencia, y esto trajo funestísimos resultados.

XXVII.

Habia entre los pescadores uno, que antes de mi llegada era novio de María.

Las mujeres, cuando no han pasado de los diez y seis años y no han sentido el amor, aceptan por novio á cualquiera; creen que el tener novio no es otra cosa que hablar con un hombre que las llama hermosas en todos los tonos y con todas las frases, y que las dice que las ama.

Es esta una cuestion de juego por parte de ellas, y á veces una cuestion de vida ó muerte para el insensato que cree verdad el juego del amor de las niñas.

Pero llega un hombre desconocido, un extranjero cuya mirada enciende el alma de la virgen, el fuego de un amor inextinguible, y el antiguo novio se encuentra burlado, abandonado, despreciado, y si ama con toda su alma á la mujer de quien se creia amado, es necesario guardarse de este loco, cuyos celos son capaces de todo, hasta de lo absurdo.

En estas luchas, por parte del desgraciado, entran por igual la vanidad y el amor, las dos pasiones más terribles que agitan el corazon humano.

Los ojos de un celoso lo ven todo, lo adivinan todo.

Antonio, que era el novio antes de mi llegada á la pesquería, que era el amante de mi amada, adivinó, mejor dicho, vió que María era mi querida.

Las generosidades del amor son funestas para el que las practica, por dos razones: primera, porque no materializan el amor para la mujer; segunda, porque esos amores soñados, puros, ideales, capaces de matar á un hombre, desaparecen, pierden su fuerza cuando se les traduce al materialismo.

Shakespeare hizo decir á su loco Hamlet: Palabras, palabras, y no más que palabras. Perdóneme Shakes-

peare; pero yo hubiera hecho decir á su loco: Materia, materia, y no más que materia: es decir: lodo y más lodo.

¡Las lucubraciones del alma! ¡lo vago, lo soñado, lo intangible, lo fantástico! ¡y que á esto se sacrifique un hijo de Adan, un hombre de carne y hueso, y que venga despues un hijo de Satanás, una especie de animal carnívoro á despertarle de su sueño, matándole, ó por lo ménos volviéndole loco, quiero decir, acreciendo su locura hasta el punto de que los demás la conozcan y le encierren!

XXVIII.

Antonio habia sido generoso con María.

La habia amado de una manera espiritual.

No habia comprendido que para fijar el alma de María en su amor, necesitaba consagrar su amor materializándole, sacándole de las regiones de lo vago y de lo fantástico.

Yo era de otra masa que Antonio: me sabia de memoria á Loke, el filósofo más materialista del mundo, y estaba de acuerdo con él.

Así es, que desde el primer momento, desde la primera conversacion de amor, mi amor fué demasiado sério para ella.

En la situacion en que me encontraba, si yo hubiera sabido que María llenaba el corazon de un loco, que era para él la vida, el alma, la eternidad, todo cuanto puede ser una mujer para un hombre, me hubiera guardado muy bien de hacer conocer á María lo que era el

amor positivo, el amor de la tierra, el amor de la materia.

Hubiera temido hacerme un enemigo demasiado terrible.

Cuando lo comprendí, ya no tenia remedio.

María, de imprudencia en imprudencia, habia dejado conocer á todos los pescadores que era mi amante: todos lo sabian, todos ménos su padre: porque hay una fatalidad que ciega á todos los padres y á todos los maridos: el amor propio.

Ningun padre cree que su hija es mala; ningun marido cree posible que su mujer le engañe.

De aquí el ridículo que cae sobre los padres.

De aquí los maridos ciegos.

XXIX.

Cristóbal, con una generosidad que yo pagaba con una infamia, me habia ocultado en su pesquería; le habia importado muy poco comprometerse ó no, y habia escrito á un primo suyo, contrabandista, para que á todo trance viniese una noche con su falucho para llevarme á Gibraltar, en donde ya nada tendria que temer.

El falucho se esperaba de un momento á otro en las aguas de la isla.

Antonio que lo sabia, no se descuidaba.

La misma noche en que debia llegar el falucho, Antonio faltó de la pesquería.

Esto habia pasado algunas veces.

Antonio decia, al volver por la mañana, que le habia

cogido dentro de Cádiz el cañonazo de la tarde, y que cuando habia querido acudir, se habia encontrado con la Puerta de Tierra cerrada.

Aquella noche se creyó que habria sucedido lo mismo.

Se esperaba al falucho antes de la media noche.

Hacia una luna muy clara, el tiempo era muy bueno, y á las diez distinguimos el falucho, que Cristóbal reconoció, acercándose á toda vela á la playa.

—Estamos fuera del paso, me dijo Cristóbal; dentro de media hora estará usted á bordo; y tomando la vuelta de afuera para enfilar el Estrecho, por la mañana estará usted seguro en Gibraltar.

XXX.

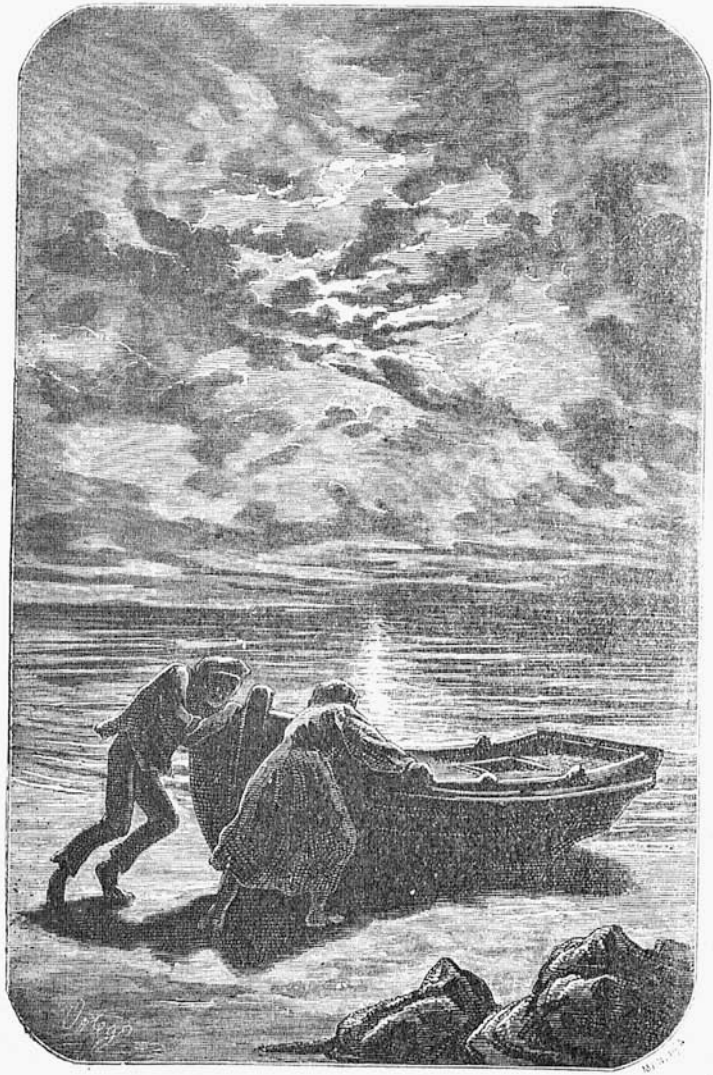
Pero apenas habia dicho Cristóbal estas palabras, cuando se sintió allá abajo, en la playa, entre las barracas de la pesquería una especie de tumulto.

A la luz de la luna se veian relucir fusiles.

María me agarró de una mano, y me dijo:

—Nos ha vendido Antonio: él sabia que se esperaba el falucho de mi tio Santiago; tiene celos, y no quiere que te escapes; pero yo te salvaré: los franceses vienen por tí, pero se irán sin tí.

Afortunadamente Cristóbal no pudo oir lo que me habia dicho su hija, porque á las primeras voces de los pescadores, al ver relucir los fusiles, descendió rápidamente de la roca y nos dejó solos en ella á su hija y á mí.



..... empuja con todas tus fuerzas.....

XXXI.

María me arrastró consigo, descendimos, y me llevó á la carrera hácia la playa, llegó á una lancha que estaba varada, y me dijo:

—Ayúdame á botarla; empuja con todas tus fuerzas; mira que te va la vida y á mí tambien; porque si te mataran moriria yo.

Más por los esfuerzos de María que por los mios, la lancha fué botada.

María me asió, y saltó conmigo dentro de la lancha.

—Enfila hácia el falucho, me dijo, armando los dos remos que estaban en la lancha y bogando.

La lancha se alejó con rapidez de la playa.

María, hija del mar, era robusta y forzuda como un javegote, y hacia tanto como podia haber hecho el mejor hombre de mar.

La luna nos perdió, ó por mejor decir, la perdió á ella.

Sonaron primero algunos disparos en la playa.

Luego vimos otra lancha cubierta de soldados, que procuraba cortar nuestra marcha, ponerse entre nosotros y el falucho, que seguia aproximándose.

Pero avanzaba muy poco, porque era pesada y estaba mucho más cargada que la nuestra.

El falucho habia arriado su bote, y tripulado por tres hombres, avanzaba hácia nosotros.

XXXII.

Se oyeron nuevos disparos, y las balas pasaron sobre nuestra lancha.

Yo fuí ménos valiente que María.

Dejé el timon y me replegué al fondo de la lancha.

—Cúbrete, la dije; cúbrete, te van á matar.

—No importa, dijo María con voz desfallecida: en salvándote tú, muero contenta.

La marejada crecia.

Un violento Sudeste hinchaba la mar.

Los disparos se hacian ya inútiles; porque la lancha aparecia un momento en la cresta de una ola, y se hundia para montar seguidamente otra ola.

No habia puntería posible.

Al fin, el bote del falucho chocó con nuestra lancha.

María me asió y me arrojó dentro del bote.

Al asirme María, me horroricé.

De su pecho salia un surtidor de sangre.

La habia alcanzado una bala.

Pero aún tuvo fuerzas para saltar ella misma dentro del bote.

Un momento despues, cayó desfallecida.

—¿Qué es esto, sobrina? dijo un marinero viejo que venia al timon.

—Nada, tio Santiago, nada, contestó la niña: es que me han herido; pero es necesario antes salvarle; al falucho, al falucho cuanto antes, y á aprovechar el viento, que es muy bueno.

El bote viró y ganó el costado del falucho, que estaba ya encima.

Entramos á bordo, y el tio Santiago subió en sus brazos á María, que estaba espirante.

La lancha fué izada inmediatamente.

XXXIII.

—¿Qué es esto? ¿qué es esto? exclamó el tio Santiago desesperado al ver que se le moria su sobrina.

La pobre María habia sido atravesada de la espalda al pecho por una bala.

Yo estaba aturdido, tenia miedo.

Lo que más me impresionaba, no era el peligro de María, sino mi peligro propio.

Yo temia ser víctima del furor del tio Santiago, que tenia un aspecto feroz.

—Es mi marido, tio, es mi marido, dijo María, y es necesario salvarle: si le cogen le ahorcan; porque es de los liberales que han estado en el sitio de Cádiz.

—¡Ah! exclamó el contrabandista llorando, porque veia que no habia remedio para su sobrina: vete tranquila, que no le matarán, yo te lo juro.

María me asió una mano, la llevó á los lábios, ya frios, y me dijo:

—¡No me olvides!... ¡quiéreme siempre!...

Y no dijo más: murió.

El tio Santiago lanzó una blasfemia horrorosa.

Se levantó, y dijo á sus tripulantes:

—¡Al obús, muchachos, al obús! ¡cargadle con balas

de fusil, cargadle hasta la boca, y dejad que se acerque esa lancha que viene llena de franceses: ahí está el que ha matado á mi María!

El obús, que iba armado en colisa á popa, fué cargado, y se esperó á la lancha, de la cual salian disparos contra el falucho.

—¡Fuego! gritó el tio Santiago con la voz ronca y terrible, como una voz de demonio, cuando la lancha en que venian los soldados franceses estuvo cerca del falucho, que ya habia tomado la vuelta de afuera.

Sonó una detonacion seca, poderosa, y pareció como que la mano de un gigante habia arrebatado de la lancha á los soldados franceses.

Fueron barridos por el disparo del obús.

La lancha, sin tener ya quien la gobernase, fué arrastrada por las olas sobre la playa.

XXXIV.

—Ella ha muerto pidiéndome que te salvase, me dijo el tio Santiago, y te salvaré, aunque tenga que combatir con diez guardacostas: ¡alerta, muchachos! bajadme mi sobrina al camarote: tú, añadió dirigiéndose á mí, acomódate como puedas.

Y volviéndome las espaldas, se fué hácia el camarote siguiendo á los marineros que conducian el cadáver de su sobrina.

Yo no amaba á aquella desdichada que se habia sacrificado por mí, enloquecida por un insensato sueño del corazon.

Tenia más miedo que dolor, y me senté á proa, en la cureña de una pieza.

Allí pasé toda la noche, sin que los marineros, ocupados en la maniobra, hiciesen más caso de mí que si hubiera sido un rollo de calabrote.

Antes del amanecer avistamos entre la bruma el Peñon de Gibraltar: esa berruga infame que afea el rostro de España.

Al sonar el cañonazo de la mañana, pasábamos por entre los gigantescos navíos de guerra ingleses anclados en bahía.

Ya no habia que tener miedo.

Ya me protegia el hospitalario pabellon inglés.

A las seis de la mañana, el bote del falucho me dejaba en tierra y se alejaba.

Poco despues, el gobernador de Gibraltar me reconocia como refugiado político, y en razon á mi rango, me hacia objeto de las más finas atenciones.

XXXV.

Yo me habia salvado; pero dejaba tras mí un drama espantoso, que aún no estaba concluido.

Un mes despues de mi llegada á Gibraltar recibí algunas cartas.

Todas, ménos una que era de un papel muy tosco, cerrada con una oblea comun y el sobre escrito á mi nombre con muy mala letra, eran de mis amigos que me remitian fondos, y que me decian que no pensase en

volver; que el rey estaba indignado contra mí, que se me habia declarado reo de alta traicion, que mi título habia sido suprimido, que habian sido confiscados mis bienes, y que se me habia sentenciado á muerte de horca en rebeldía, y mandádose, que si era habido, fuese ejecutada la sentencia, sin mediar más tiempo que el necesario para que se comprobase la identidad de mi persona.

Era yo, pues, uno de los mártires de la libertad, salvado del patíbulo por un milagro.

XXXVI.

Despues de haber leido las cartas en que se me daban tan gratas noticias, y en las cuales no venia de aceptable más que algunos giros, debidos á la generosidad de mis amigos, que ascendian en su totalidad á unos veinticinco mil duros, abrí la carta escrita en papel comun.

Otro se hubiera extremecido al leerla; pero yo, que no veo en los acontecimientos de la vida más que sucesos por los cuales no debemos alegrarnos ni entristecernos más que cuando nos tocan de cerca, leí á sangre fria aquella carta, que vas tú á leer, Filomena, porque como te he llamado para hacerte una grave revelacion, me he traido conmigo algunos documentos.

Mientras la lees, beberé otro par de copas, porque empieza otra vez á enfriárseme el estómago.

XXXVII.

El marqués sacó una cartera, de ella algunos papeles, y dió una carta á Filomena, que leyó lo siguiente:

«Capilla de la cárcel de Cádiz.

Excelentísimo señor marqués de Alpuente.

Mi confesor, el caritativo padre Costa, me ha mandado perdone á usted, y yo le perdono. Mañana voy á ser ahorcado, por el delito de haber tenido á usted oculto en mi pesquería, de haber hecho resistencia á la justicia, y de haber matado de una puñalada al javegote Antonio, que nos habia vendido. Vuecencia deshonró á mi hija, pagando de este modo el amparo que yo le dí. Mi hija ha muerto salvando á vuecencia, y yo por vuecencia voy á ser ahorcado: no importa: despues de haber muerto mi hija no me queda nada en el mundo, y no quiero vivir. El padre Costa me repite que perdone á vuecencia de todo corazon, y de todo corazon le perdono. Ruegue vuecencia por mí á Dios, y que Dios le haga tan feliz como yo soy desgraciado.—Cristóbal García.»

Por bajo, en una letra antigua, pero muy buena, se leia lo siguiente:

«P. D. Excelentísimo señor: Por el contenido anterior verá vuecencia cuánta desgracia ha traido un movimiento de caridad al desgraciado á quien auxilio; vuecencia está en el caso de cubrir su corazon de luto, de prosternarse ante Dios, y de pedirle humildemente, por medio de una áspera penitencia, le haga digno del perdon que este desventurado le otorga próximo á morir.

Vuecencia ha cometido una falta infame, que ha tenido por fruto amargo las desgracias que han traido á este infeliz á la horrorosa situacion en que se encuentra; vuecencia ha llevado la seduccion y la deshonra al pobre hogar que le habia acogido en momento de dura prueba para vuecencia: hé aquí el resultado de las heréticas ideas liberales; hé aquí que la maldicion de Dios va con los impíos que le niegan, que persiguen á sus sacerdotes y arrojan de su santo asilo y las escandalizan á las esposas del Señor; que en su soberbia, imbuidos por Satanás, ponen sobre lo más sagrado su planta impía, y pretenden sepultar la sociedad en la impura licencia de las cinco ciudades malditas, sentenciadas por el Señor, y devoradas por el fuego del cielo. Conviértase vuecencia: vuecencia no pertenece á esa clase inmunda que en su soberbia pretende alzarse desde el lodo de la plebe hasta hundir bajo su planta sacrílega la religion y el trono: vuecencia ha sido sin duda alucinado, y por eso el Señor no ha querido herirle en la cabeza, y le ha tocado en el corazon. Retráctese vuecencia; abjure de sus ideas perniciosas; ruegue á Dios y al rey, y hágase digno de su perdon con un sincero arrepentimiento. No se olvide tampoco vuecencia de rogar perpétuamente á Dios por el desgraciado que va á expiar en un patíbulo la caridad indiscreta que le ha movido á amparar y á ocultar á un enemigo de Dios, del rey y de la sociedad. La espada de fuego del arcángel ha caido sobre él; pero arrepentido de todo corazon, merece más bien la compasion que la ira: no se olvide vuecencia de mantener un constante sufragio por su alma y la de su hija; yo, por mi parte, rogaré

á Dios siempre que celebre el santo sacrificio de la misa por vuecencia, cuya vida guarde Dios, y cuya alma Dios libre de las tinieblas infernales. Amen.—Respetuoso servidor y capellan de vuecencia, doctor don Fray Prudencio de Costa, examinador sinodal del arzobispado de Sevilla, de la Orden de Predicadores.»

XXXVIII.

—¿Qué te parece del sermon realista levítico del tuno del doctor Costa? dijo el marqués encendiendo un enorme veguero.

—Esta carta es horrible, dijo Filomena.

—Un drama hecho por las circunstancias, y del cual yo no soy responsable, dijo el marqués; ni yo seduje á María, porque nadie seduce á las mujeres si ellas no se seducen á sí mismas, ni dije á aquel pobre diablo de pescador que se comprometiera por mí hasta tal punto; si le hubiera podido salvar de la horca, le hubiera salvado; si hubiera podido evitar que María muriese, lo hubiera hecho; tanto más, cuanto que todavía no estaba cansado de ella, y hubiera sido para mí una excelente ama de gobierno en el extranjero; pero nada de esto pude hacer; y en cuanto al padre Costa, cuando en el año treinta y tres se volvió la tortilla, y me devolvieron, como era justo y necesario, mi título, mi grandeza y mis bienes, con más las rentas de diez años acumuladas, el interés de ellas y algunos millones de indemnizacion, lo que me vino muy bien para pagar las enormes deudas que habia contraido en Inglaterra; á los tres dias de haber vuelto á Madrid,

oí hablar de un famoso predicador á quien llamaban el padre Costa: me informé, y no tuve duda de que el tal padre Costa era el mismo padre dominico que habia fanatizado en la capilla al pobre Cristóbal García. Ya no habia frailes, y el padre Costa vivia con su ama y dos sobrinas en un humilde casucho en uno de los extremos de Madrid: fuí á verle, compuse hipócritamente mi semblante, le dije que estaba completamente convertido, de lo que apareció alegrarse mucho el padre Costa; le dejé mil reales para que dijera cincuenta misas por las almas de Cristóbal García y de su hija, y le anuncié que dentro de poco recibiria una muestra sumamente expresiva de lo que yo habia agradecido aquel sermon que me habia enviado á Gibraltar por el correo.

En efecto, ocho dias despues, dos tunantes, expléndidamente pagados por mí, cuando despues de oscurecer se iba el padre Costa á su casa á cenar tranquilamente con su ama y sus dos sobrinas, le arrimaron una furiosa paliza, de resultas de la cual estuvo si se va si se viene al otro mundo.

Cuando hubo convalecido fuí á verle, y á las pocas palabras le dije:

—Supongo que habrá usted estimado en todo su valor la demostracion de mi agradecimiento por aquella posdata suya á la carta de Cristóbal García, que recibí en Gibraltar el año veinte y tres.

—Nada he recibido, excelentísimo señor, me dijo mirándome candorosamente el padre Costa.

—Pues, segun me han dicho, le contesté, fueron lo ménos doscientos, y de los buenos.

—¿Doscientos qué? contestó el padre Costa sin comprender aún.

—Doscientos palos, amigo mio, que es lo ménos que puede darse á un estúpido que se atreve á insultar en un dia de desgracia á quien puede más que él: el mundo es una rueda; los que hoy están encima mañana están debajo, y es muy bueno ser prudente; pero como yo no soy predicador dominico, aborrezco los sermones: pasemos á otra cosa.

El padre Costa me miraba de una manera que yo no puedo hacerte comprender: habia en su mirada miedo, cólera y confusion á un tiempo.

Si aquel hombre hubiera podido aniquilarme, lo hubiera hecho.

Estaba rojo de cólera; pero no se atrevia á expresarla.

Sin embargo, la cólera salia de una manera muda á su semblante.

Sin duda el padre Costa echaba de ménos la Inquisicion y aquella magnífica horca, en la que poco tiempo antes, por mucho ménos de lo que habia hecho ó mandado hacer, me hubieran extrangulado.

XXXIX.

Habia yo visto en la casa del padre Costa dos mujeres.

La una hermosa como un ángel.

La otra fea como un diablo.

La hermosa era alta, esbelta, pura, sonriente; bella, cuanto puede ser bella una mujer; morena, pero con un moreno que, como el tuyo, mareaba, Filomena; un mo-

reno limpio, encèndido, respirando vida y pasion: un moreno aristocrático.

El moreno de aquella jóven me hizo pensar, entre otras cosas, que los griegos, que todo lo idealizaban, debieron tener entre sus diversas Vénus una Vénus morena á la manera de la sobrina menor del padre Costa.

¡Qué semblante, y qué partes las de aquel semblante! ¡qué ojos tan grandes, tan negros, tan bellos, tan pudorosos, tan sonrientes, tan dulces y tan habladores! ¡qué pestañas tan largas y tan espesas! ¡qué cejas y qué cabellos!

No he visto jamás una nariz de perfil tan gracioso y tan puro, una boca más voluptuosa, ni una garganta tan terrible, ni un seno tan asesino.

Era un tesoro de hermosura, de candor, de pureza y de vivacidad al mismo tiempo.

Por complemento, aquella chica, que sólo tenia diez y seis años, se llamaba Rosa.

—¡Rosa! dijo Filomena; ¡Rosa se llamaba tambien mi madre!

—Pues cabalmente, contestó el marqués; ajusta la cuenta: yo conocí á Rosa Costa, sobrina del doctor Costa, el año treinta y cuatro. Viví pensando en ella, soñando con ella, muriéndome por ella, hasta principios del año treinta y cinco, en que reventó, no sé de qué, el reverendo padre Costa. Tú naciste á principios del año treinta y seis; estamos en el año cincuenta y nueve; tú debes tener veintitres años, Filomena.

—Cabalmente, marqués.

—Levántate, mírate á un espejo y te encontrarás de-

lante de Rosa Costa, sin quitar ni poner; si no fuera porque eres mi hija, á pesar de que ya ando cerca de mis sesenta años, yo cometeria por tí un crímen, como le cometí por tu madre; tanto más, cuanto que eres más hermosa que ella; porque eres blanca como la nieve, blancura que has heredado de mí, y tus ojos, tus pestañas y tus cabellos negros, determinan con tu blancura un contraste irresistible. Si no fuera porque mi hija es tan hermosa como tú, yo no comprenderia que ese bribon de Peralta te hubiese abandonado: pero qué quieres; la vanidad, hija, la vanidad; tú no eres grande de España de primera clase; tú no estás de moda, porque has vivido encerrada en tu casa, sin pensar en otra cosa que en tu Andrés: ¡bah! ¡las locuras de la vida! ¡los que se atreven á decir que el hombre tiene libre albedrío!...

—Pero divagamos, señor marqués, divagamos, dijo impaciente Filomena, y no acabarémos nunca.

—¿Y qué te importa? ¿quién te espera en tu casa? ¿quién puede pedirte cuentas? eres libre como el aire, y por lo mismo yo quiero despreocuparte, convertirte, ponerte en el terreno de lo positivo, de lo exacto, y hacerte feliz curándote de esa locura de que eres víctima; ¡ah! se me olvidaba; no tolero que me llames señor marqués; si no puedes llamarme padre por falta de costumbre, entretanto que te acostumbras, llámame Baltasar; procura irte acostumbrando á hablarme de tú; el usted entre los padres y los hijos es un tratamiento proscrito ya; el genuino tratamiento del amor es el tú por tú, y yo reclamo de tí ese dulce tratamiento que te he dado desde

el momento en que me he convencido de que eres mi hija.

—Pues bien, padre, dijo Filomena; dejémonos de divagaciones, y sepamos toda la historia que prueba que tú eres mi padre.

—¡Bravo, Filomena, bravo! pero todavía falta algo para que nos consideremos verdaderamente padre é hija.

Y el marqués se levantó.

Filomena se levantó tambien.

Los dos se acercaron y se abrazaron.

Luego se dieron un beso en la boca.

—¡Diablo! dijo el marqués; tu beso abrasa y tu abrazo sofoca; me ha parecido tu beso el beso de Júdas y tu abrazo el de Hércules Anteo; tú estás enferma de una manera incurable, Filomena; tú lo aborreces todo; creo que hasta á tí misma te aborreces.

—Continúa, Baltasar, continúa, dijo Filomena sentándose; todo esto me fatiga.

—Pues bebamos cada cual una copa de ron; el ron es un grande antídoto contra el fastidio y el cansancio.

Y el marqués sirvió una copa de ron á Filomena, y se sirvió otra.

Aquellas dos copas se chocaron y fueron apuradas de una vez.

Los ojos de Filomena lanzaban fuego y su hálito ardiente, su hálito que se oia, alzaba y deprimia en un movimiento continuo y poderoso su alto seno.

Filomena padecia la enfermedad terrible de un espantoso exceso de vida.

XL.

—Volvamos al padre Costa, dijo el marqués tirando el cigarro que tenia á medio fumar, sacando otro y encendiéndolo: los doscientos palos administrados sin caridad al padre Costa, reclamaban una indemnizacion.

Además de esto, el semblante, la mirada, el sér entero del padre Costa, arrojaban de sí una expresion que dejaba ver claro la sórdida avaricia de su alma.

Y luego, yo que no habia querido dejar pasar sin correctivo la insolente carta del padre Costa, tenia un gran interés en hacerme estimar de él.

El dinero era lo más á propósito para adquirir su estimacion, y entonces me sobraba á mí el dinero.

Nunca se ha pagado tan cara una mujer como yo pagué á tu madre.

Saqué mi cartera, y extendí sobre la mesa de despacho del padre Costa, y hasta cubrirla, uno por uno, cien billetes de á cuatro mil reales.

—A dos mil reales por palo, le dije; me parece una indemnizacion razonable: si hubiera usted muerto de resultas de la paliza, hubiera dado una cantidad igual á esta á cada una de sus sobrinas de usted, y me hubiera quedado perfectamente tranquilo.

El padre Costa no contestó ni una sola palabra.

Recogió uno por uno los billetes, los puso en un cajon de su mesa, cerró con llave el cajon, y se metió la llave en un bolsillo de su chaleco.

—Creo, me dijo al fin, que nada más tenemos ya que hablar: vuecencia puede venir á mi casa cuando guste.

—¡Magnífico! padre Costa, le contesté, vendré todos los dias.

—¡Magnífico! señor marqués, me dijo el padre Costa: al oscurecer estoy en casa: doy á mis sobrinas una leccion de moral cristiana y social; rezamos despues el rosario; á las dos horas hemos concluido; cenamos y nos acostamos: vuecencia puede acompañarnos todas las noches, desde el oscurecer hasta dos horas despues. La noche que vuecencia falte, supondré que vuecencia está enfermo, y enviaré á mi vieja ama para que se informe del estado de la salud de vuecencia. Es ya la hora de que yo asista á un entierro, añadió consultando un enorme reló de plata: suplico á vuecencia que me dispense: hasta la noche.

Y se levantó, estrechó mi mano, que yo le presenté como si no hubiera recibido de órden mia doscientos palos, y yo salí contentísimo, creyendo vencida completamente la situacion.

Al salir, me encontré en la antesala á Rosa, que se puso muy encendida y me saludó con encogimiento.

Segun me confesó despues, habia oido toda la conversacion, y habia comprendido que yo me habia deshecho de cuatrocientos mil reales, no por indemnizar al tio, sino por amor á la sobrina.

Cuando se comete una extravagancia tal por una mujer, se tienen noventa y nueve probabilidades contra una de ser amado por ella.

Generalmente, las mujeres se enamoran de lo extraordinario.

Además de eso, yo tenia entonces treinta y cuatro años, estaba en la flor de mi vida, no habia enflaquecido aún, no habia perdido el estómago: era un buen mozo en toda la extension de la frase, y podia muy bien enamorar á una jóven de diez y seis años, ansiosa de la candente vida del amor.

Los diez años que habia permanecido en Inglaterra proscrito los habia pasado admirablemente, acariciado por el excéntrico amor de las espirituales hijas de Albion, para las cuales era interesantísimo un grande de España liberal, que se defendia bajo la noble proteccion inglesa de las crueldades inquisitoriales del católico rey de España.

No te refiero mis aventuras inglesas, porque á nada conducen, y esto seria interminable.

Fuí en toda la extension de la palabra, lo que en Inglaterra, gracias á la pesada novela de Richarson, se llama un Lovelace.

Vengamos á tu madre.

XLI.

Aquella misma noche al oscurecer me presenté en casa del exclaustrado.

El padre Costa estaba sentado en un sillon junto á la chimenea, y alrededor de un velador, cerca de ella, á la luz de un quinqué enorme y antiquísimo, estaban sentadas tres mujeres haciendo labor.

La una era tu madre.

Ya te he dicho lo que era tu madre á los diez y seis años: una irresistible criatura, completamente semejante á tí, con la única diferencia de que ella era morena y tú eres blanca.

Tu tia Inés era un bicho jorobado, de tres piés de altura, con el cuello largo, delgado y torcido, flaca, de cara larga, nariz aguda, boca muy grande, casi recta, de lábios sutiles y lívidos, frente deprimida, tez blanca mate, y unos escasos cabellos muy rubios, en los cuales habia ya algunas canas, aunque sólo contaba diez y siete años.

Estaba encaramada sobre una silla, cosiendo muy de prisa, con unas manos de dedos largos y sutiles, blancas como las de un cadáver, y casi diáfanas por lo flacas, por lo descarnadas.

Pero toda esta deformidad desaparecia por el satánico efecto de los ojos negros de tu tia Inés.

Aquello era un desequilibrio.

Parecia que la naturaleza fatigada por el esfuerzo de haber creado aquellos admirables ojos, habia desatendido el resto.

¡Oh! ¡y qué ojos los de tu tia Inés! cuando miraban, abrasaban.

Desaparecian la joroba, el color impuro, lo monstruoso, lo flaco, lo raquítico de todo su sér.

No se veia más que sus ojos, y en aquellos ojos una agonía inmensa, un espíritu ardiente, satánico, fascinador.

¡Oh! ¡y qué ojos tan terribles!

Yo me apasioné de Inés, sin dejar de estar apasionado de Rosa.

Porque se puede amar á dos ó más mujeres á la vez cuando no se trata de ese soñado amor del espíritu, en el cual yo no creo.

El espíritu no ama sino materializándose.

Si el amor del espíritu fuera verdad, ¿para qué necesitábamos la posesion de la mujer amada? ¿qué nos importaria que aquella mujer fuese ó no de otro?

¡Mentira! ¡sueño!

Yo nunca he soñado de ese modo: yo he estado siempre dentro de mi destino humano: he sido siempre materialista puro.

—No acabaremos nunca, Baltasar, dijo Filomena.

—Déjate de tiranías, hija, contestó el marqués; cada cual siente y vive á su manera, y segun su manera de sentir, expresa sus sensaciones: á mí me gusta disecar, analizar, escudriñar; por otra parte, desde ahora hasta que tengamos sueño, que será allá á las seis de la mañana, cuando salen las burritas de leche, ¿qué hemos de hacer mejor que charlar? ¡ah! ¡las burritas de leche, las nodrizas de los tísicos: ellas son mis adormideras, y yo las quiero mucho, porque me traen el sueño!

—No falta ahora sino que te estés hablando un siglo acerca de las burras de leche, dijo con una calma fria Filomena; entretanto, el padre Costa, al lado de la chimenea, mi madre con su hermosura completa, mi tia con su hermosura en detalle, y otra mujer, de quien todavía no te has ocupado, están esperando á que terminen tus digresiones.

—La mujer de quien no me he ocupado aún, dijo el marqués, era el ama del padre Costa; una mujer como de cincuenta años, magra, enjuta, curtida, rojiza, cana, fea, antipática, de aspecto grosero; pero con unos ojos que se parecian mucho á los de Rosa y á los de Inés, con la sola diferencia de que sólo expresaban ódio y mala voluntad á todo el mundo.

XLII.

Cuando entré, el padre Costa se puso de pié, la vieja me miró de una manera osca, Rosa de una manera dulce, é Inés de una manera endiablada.

Despues de los saludos me senté junto á la chimenea, en otro sillon frente al padre Costa, y éste dijo:

—Segun nuestra costumbre, señor marqués, voy á empezar mi leccion de todas las noches.

Despues de esto, el exclaustrado sacó una caja de hierro, de ella unas antiparras con guarnicion de plata, tomó un libro que estaba sobre la tabla de la chimenea, le abrió, tomó texto para su leccion de un versículo del *Eclesiastes*, cerró de nuevo el libro, se quitó las antiparras, las guardó, y empezó á exponer con gran talento, justo es confesarlo, aquel texto de la Escritura.

Duró la leccion una hora larga, durante la cual no dejaron de acribillarme la mirada dulce de Rosa y la mirada candente de Inés.

Esto, cuando el padre Costa, distraido con su peroracion, no podia verlas; que cuando el padre Costa las mi-

raba, estaban con la cabeza baja, la mirada humilde como dos santas, y cose que te cose.

Cuando el padre Costa no las veia, las miradas de las dos muchachas era un sarcasmo lanzado por la materia á la espiritual palabra del exclaustrado.

¡Que me hablen á mí luego de la educacion! Mentira; materia, materia, y no más que materia.

—Por Dios, Baltasar, al asunto, dijo Filomena; me estás martirizando; me interesa tu relato, y á cada paso le cortas con tus comentarios.

—Si yo pudiera incomodarme por algo, me hubiera incomodado ya contigo, Filomena: tú eres como aquellos que cuando se ponen á comer sólo quieren embaular tajadas, y ni hablan, ni fuman, ni se entretienen con las ordubres; esto es ordinario, muy ordinario: ¿qué es la conversacion sin la deduccion, sin la observacion, sin la paráfrasis? Un esqueleto. Es necesario que te eduques, Filomena; una mujer tan rica como tú no debe ser ordinaria; la buena conversacion es lo que más distingue á las personas; supongamos...

—Por Dios y por todos los santos, padre; estoy ya agonizando; mi madre, mi tia, la historia: adelante, por Dios.

—Sea como tú quieras: sucedió que me enamoré locamente de tu madre y de tu tia; ¡pero de qué modo! necesitaba estar junto á ellas, vivir con ellas, estar continuamente inflamado por la dulce mirada de la una y la diabólica mirada de la otra.

Si hubiera sido soltero cuando el padre Costa murió, me las llevo las dos á mi casa; pero Elisa vivia conmi-

go, estaba enamorada de mí, y yo lo estaba de ella; porque se pueden muy bien tener tres amores, hija mia: yo he tenido á un tiempo hasta siete.

Por más que te pese, es necesaria otra digresion.

Te he hablado de Elisa, de mi mujer, de la marquesa de Santorcaz.

Segun mi relato anterior, cuando yo me ví obligado á huir de España por la reaccion del veinte y tres, Elisa continuaba perdida.

Voy á hacerte una revelacion sumamente desfavorable para mí; voy á demostrarte que el amor, cuando no le ha consagrado la materia, es una rosada nube de un amanecer de primavera, cuyo hermoso y puro color desaparece cuando el sol se levanta sobre el horizonte.

Viene á ser una especie de inocente prólogo de un libro infernal.

Voy á empezar mi revelacion.

XLIII.

Elisa habia conmovido de tal manera mi alma á primera vista; de tal manera me habia impresionado su magnífica hermosura; tan pronto y con unas circunstancias tan extraordinarias la habia perdido, que, á pesar de mis aventuras galantes, de una y otra y cien mujeres en cuyo amor me habia embriagado, Elisa habia permanecido siendo mi amor ideal, mi amor puro, mi amor del alma, mi amor soñado; porque yo tambien he pagado mi tributo á la insensatez humana.

Si yo cuando encontré á Elisa la hubiera encontrado

pura, tal vez aquel amor del espíritu no desengañado, no escarnecido, me hubiera hecho el loco más feliz de los locos.

Pero encontré á Elisa seco ya el corazon por la fria verdad de la vida, con una historia de la cual no era culpable, y por la cual yo no la culpé.

¿Por qué culpar á una criatura inocente de los precisos resultados de un sueño del corazon?

¡La mujer! ¡la mujer, siempre impresionable, siempre loca, nacida para ser juguete del sentimiento! ¿quién puede fiar en la firmeza del alma de una mujer, que es como una pluma lanzada al espacio, que va allí á donde el viento la lleva?

XLIV.

El marqués inclinó la cabeza abatido.

Filomena comprendió que habia algo sério en el alma del marqués.

El recuerdo de su esposa.

Que tal vez las horribles excentricidades del marqués, su excepticismo, su inmoralidad, su repugnante materialismo, no eran otra cosa que el resultado de una locura producida por una dolorosa, por una horrible agonía del corazon.

XLV.

El marqués levantó al fin la cabeza y suspiró profundamente.

—Lo confieso, dijo; á mi pesar me queda algo de corazon, algo que como un veneno lento me corroe las entrañas.

El recuerdo de Elisa me desespera.

El amor que os tengo á tu hermana y á tí, porque al fin soy padre, y soy un padre muy desventurado, muy desventurado, porque las dos sufrís de una manera irreparable.

Porque los pocos años que Elisa vivió conmigo, fueron para la infeliz un infierno.

Soñaba, soñais vosotras, aún sueño yo á largos intervalos, á pesar de que conozco que el sueño es mentira.

¡Qué drama tan frio, tan desesperante, tan insoportable es la vida!

¡Cómo nos han embrollado el espíritu! ¡cómo nos le han puesto en inarmonía con la materia esos locos de todos los tiempos y de todos los países, que se han llamado y se llaman poetas, filósofos, legisladores!

Ellos, fingiendo lo que no existe, han hecho del corazon humano un caos, colocándole entre la fiera naturaleza y las convenciones, las leyes, que constituyen la conciencia comun; lo que hay que respetar, porque ha formado en nosotros una segunda naturaleza artificial, que no podemos contrariar sin herirnos, sin contrariarnos, sin someternos al anatema y al castigo de la conciencia pública.

¡Oh! bienaventurados los pobres de espíritu, ó lo que es lo mismo, los estúpidos que no discuten, que no sienten, que no viven sino con arreglo al formulario de la costumbre.

XLVI.

Por esta vez no se hizo pesada á Filomena esta digresion de su padre; porque puesta por su conciencia fuera de la ley, como su padre, protestaba por egoismo, como éste y como todos los criminales, contra las leyes y contra las costumbres.

Y es que el hombre para no sufrir busca la culpa de su culpa, no en sí mismo, sino en el círculo externo de la fatalidad.

Estos son los séres que se asemejan en la tierra á los arcángeles rebeldes, desconociendo todo órden, todo principio, toda autoridad que los declara réprobos, y como á réprobos los sentencia.

Funestos resultados de un deplorable exceso de vida, de energía, de pasion, de egoismo.

De aquí el crímen en todas sus manifestaciones, en toda su escala.

De aquí los horrendos dramas sociales.

XLVII.

El marqués continuó, apagado ya su cinismo, abatido por el punzante recuerdo de su esposa:

—El viejo marqués de Santorcaz no se llevó de Madrid á Elisa.

La silla de posta fué un pretesto.

La hizo parar en la venta del Espíritu Santo; bajó de ella y la despidió.

Luego, de noche ya, se volvió con su hija hácia Madrid.

Al llegar á la Plaza de Toros siguió por la Ronda, y sin consideracion á la delicadeza de Elisa, la hizo andar una legua larga, hasta llegar á la puerta de San Vicente, por la que entró, llevando á Elisa por el alto Madrid al convento de Comendadoras de Santiago, donde tenia una parienta oscura, una parienta lejana, á quien nadie conocia.

El marqués lo habia preparado todo; se habia puesto de acuerdo con la abadesa, se habia obtenido una licencia secreta, y las puertas del convento se abrieron para Elisa, cerrándose detrás.

Elisa desde aquel dia fué vigilada; no se la dejó un momento sola.

Los sobornos son muy difíciles en los conventos, y no pudo avisarme.

Tales instrucciones y tan enérgicas habia dado el marqués respecto á su hija, que cuando murió no se la dijo que su padre habia muerto.

Elisa se vió obligada á sufrir una contínua contrariedad, que redundó en beneficio mio.

El amor de Elisa hácia mí se concentró en la soledad, en el sufrimiento, en el aislamiento.

Esto se concibe perfectamente.

Yo era su esperanza.

Nos habiamos casado el año diez y nueve.

Un mes adelante habia muerto su padre.

Llegó el año veinte y tres, es decir, pasaron cuatro años; me ví obligado á expatriarme, y sin embargo, Elisa no supo que su padre habia muerto.

Era horrible la exageracion con que por las gentes religiosas se respetaba en aquellos tiempos la autoridad paterna.

Horrendo el fanatismo de aquellas gentes.

—Si mi hija no ha de perder su alma, habia dicho el marqués á su parienta y á la abadesa, es necesario que muera de todo punto para el mundo: la he casado por equivocacion con un hereje, con un impío, cuya hipocresía me ha engañado y que la arrastrará á una perdicion eterna si se une á él. No puede ser monja; pero puede desaparecer del mundo y mantenerse en la virtud, en medio de las castas vírgenes del Señor: nadie sabe que está aquí; que nadie lo sepa. El hombre con quien en mal hora la he casado es un demonio, y la arrebataria del claustro para perderla, para condenarla. Yo estoy achacoso, puedo morir de un momento á otro; que mi hija no sepa mi muerte, que no pueda reclamar. Las leyes, por desgracia, son insuficientes para protejer como debieran la absoluta potestad de los padres sobre sus hijos; pero sobre las leyes están la virtud y el temor de Dios; yo, cumpliendo con un sagrado deber, salvo á mi hija trayéndola aquí, haciéndola desaparecer del mundo, como si hubiera muerto, de una perdicion segura, y espero que ustedes, madres, me ayuden en nombre de Dios á salvarla; para atender á los gastos de mi hija durante su vida y á sufragios contínuos porque Dios ilumine su alma con la luz de la verdad, dejo á usted,

madre abadesa, un millon de reales en billetes de banco.

El fanatismo de buena fé ayudó á la soberbia más satánica que ha emponzoñado el corazon de un hombre.

Si el marqués de Santorcaz no hubiera encontrado sumisa la buena fé estúpida de aquellas dos mujeres; si no hubiera tenido otro medio de perder entre un misterio á Elisa, la hubiera matado arrostrando todas las consecuencias, para no perder ni lo más mínimo de su absolutismo paternal.

¡Qué hombres aquellos tan formidables y qué tiempos tan odiosos aquellos en que habia padres que de buena fé creian que sus hijos eran sus esclavos, que no podian tener corazon ni otra voluntad que la voluntad de su padre!

Los padres romanos, cuya autoridad era ilimitada sobre sus hijos, no eran tan terribles como los soberbios padres de la negra época de tiranía y de fanatismo por que ha pasado España bajo la dominacion de la casa de Austria y durante el último siglo, ni nada tan odioso como aquellos viejos y soberbios grandes de España, que eran más realistas, más fanáticos y más despóticos que el rey.

XLVIII.

Así es que nos fué imposible encontrar á Elisa, y en la época en que me ví obligado á salir de España, ningun indicio se habia obtenido acerca de ella.

Se la tenia tan vigilada en el convento, que no ha-

bia podido valerse de ningun medio para dar noticias de sí.

Pero pasó la época constitucional; volvieron los frailes, y se hizo una visita á los conventos de monjas para averiguar si durante aquellos tres años *de heregía*, *de impiedad*, se habian falseado las reglas.

El arzobispo de Toledo visitó todos los conventos de Madrid; fué al de Santiaguistas; tuvo miedo la abadesa de ocultar ni una sola de las personas que habia en el convento, y Elisa fué presentada al arzobispo entre las monjas con las otras educandas.

Elisa aprovechó la ocasion, y se dirigió al arzobispo, y le dijo:

—Dispénseme vuecencia si le hago una pregunta.

Elisa contaba ya diez y seis años, y estaba hermosísima.

El arzobispo la miró con suma benevolencia.

—Pregúntame lo que quisieres, hija mia, la contestó, que yo te responderé.

—Es una pregunta muy sencilla, excelentísimo señor, dijo Elisa, mientras la abadesa y la monja que tenia en su celda á Elisa temblaban: hace cuatro años que no tengo noticia alguna, ni de mi padre el marqués de Santorcaz, ni de mi marido el marqués de Alpuente.

—¡Cómo! ¡eres casada!

—Sí, señor.

—¿Y estás aquí con licencia de tu marido?

—No, señor.

—¿Cómo es esto?

—Recien casada, mi padre me trajo aquí.

—¡Sin mediar la licencia de tu esposo!

—Lo ignoro.

—Desgraciadamente, tu esposo, dijo el arzobispo, es un impío, un hereje; se ha olvidado de todo; ha hecho traicion á Dios y al rey nuestro señor, y no se ha hecho justicia en él porque se ha refugiado entre los herejes ingleses.

—Lo deploro, señor arzobispo, contestó Elisa, y rogaré á Dios por él para que se convierta.

—Clementísimo seria para con él el rey nuestro señor, dijo el arzobispo, si reconociese sus errores religiosos y políticos, abjurase sinceramente de ellos, y volviese á ser lo que debe ser siempre un grande de España y un comendador de Calatrava; buen cristiano y vasallo leal; el rey le devolveria su título, sus estados y sus preeminencias, y la Iglesia levantaria de sobre su cabeza el anatema que ha lanzado sobre ella, volviendo á admitirle en la congregacion de los fieles.

—Pero entretanto, señor arzobispo, llega ese deseado momento, yo no sé á título de qué autoridad he estado secuestrada más de cuatro años há, y aún continúo estándolo.

—Esto es grave, hija mia, esto es grave: siento mucho darte una mala noticia: tu padre, el señor marqués de Santorcaz, que era un buen católico, un buen vasallo, un buen caballero, un dignísimo grande de España, ha muerto hace más de cuatro años.

—¡Que mi padre ha muerto! exclamó Elisa, que al fin era hija, y que aunque su padre la habia tratado cruelmente, sintió mucho este golpe; y bien, añadió repo-

niéndose: yo soy entonces marquesa de Santorcaz, mayor de edad como mujer casada, y no comprendo cómo puede tenérseme aquí contra mi voluntad.

—¿Qué es esto? dijo severamente el arzobispo á la abadesa: ¿cómo has recibido tú, hija mia, en clausura á una mujer casada sin licencia de su marido? ¿Cómo, ya que la recibiste, no has dado cuenta de ello á tu prelado? Esto es grave, gravísimo...

XLIX.

Por último, despues de dos meses de procedimientos, Elisa fué sacada del monasterio, y el viejo conde de Arcos, que por la desaparicion de Elisa, por la absoluta falta de noticias acerca de ella, por ignorarse si vivia ó si habia muerto, habia sido puesto condicionalmente en posesion del título y de los estados de Elisa, se vió obligado, con grande dolor de su alma, á renunciar á aquellos bienes, y lo que fué peor, á entregar á Elisa las rentas de aquellos cuatro años, que ascendian á algunos millones.

L.

Todo esto lo supe por una larga y tierna carta de Elisa, que recibí de improviso en Lóndres á principios del año de 1825.

Yo no habia olvidado á Elisa, ó por mejor decir, no habia podido olvidar la fuerte impresion que habia causado en mí su gran hermosura.

Además de esto, Elisa me habia enviado un magnífico retrato suyo en miniatura, y por él habia visto que su belleza habia crecido hasta hacerse extraordinaria.

Yo estaba cansado de amores pasajeros, de amores comprados, de locuras, de desórdenes.

Ansié el goce de un amor puro, la tranquilidad de la familia, el amor de los hijos.

Si la mujer no fuese, por lo general, tan impresionable, tan nerviosa, tan dada á los sueños, tan sujeta á las emociones del corazon, yo, hastiado de una vida candente, de una vida imposible, me hubiera regenerado, convertido por el amor de Elisa.

Pero no sé qué santo padre ha dicho que la mujer no es otra cosa que la hembra del hombre: un sér que sólo se parece al hombre en la figura.

Si quereis encontrar el absurdo y la contradiccion en la vida, buscadlos en el corazon de la mujer.

LI.

—Muchas gracias en nombre de mi sexo, dijo Filomena.

—¡Oh, la experiencia, la terrible experiencia! contestó el marqués: todas las desgracias que sobre mí han venido son hijas del amor soñado que me inspiró Elisa: el hombre propende á la mujer; por la mujer lo hace todo; por ella ambiciona el oro, la fuerza, la grandeza, la celebridad, ó por los hijos que provienen de la mujer; el amor que hácia los cuales sentimos, no es otra cosa que la consagracion, el refinamiento del amor que

hemos sentido por la madre. ¡Oh! si Elisa se hubiera reunido á mí pura, si entonces me hubiera dado hijos, mi porvenir hubiera cambiado; porque el porvenir del hombre sólo depende de una casualidad.

LII.

Por Elisa me resigné á contrariar mi orgullo, á prestarme á suplicar al rey un perdon que me deshonraba, y aunque sucumbí á ello, todo fué entonces inútil: la reaccion estaba irritada, terrible, y se me denegó la rehabilitacion que pedia: me habia deshonrado inútilmente: el rey y los frailes que al rey rodeaban no podian satisfacerse con ménos que con ahorcarme: mi delito habia sido horroroso: yo era el único grande de España que habia hecho causa comun con los liberales; no habia, pues, perdon para mí, y Elisa se vió obligada á no insistir para no ser perseguida.

A principios de 1826, recibí una carta en que Elisa me anunciaba su decidida determinacion de ir á reunirse conmigo en Lóndres.

Esto era muy expuesto; era arrostrar las consecuencias probables de que el fanatismo, la ignorancia y la tiranía declarasen á Elisa culpable del horrendo crímen de ir á reunirse con un marido hereje y traidor.

Elisa lo comprendió, y se preparó contra toda eventualidad, enviándome sus alhajas de familia, que constituian una gran riqueza, y todo el dinero que pudo reunir con lo que tenia en efectivo y con préstamos

tomados sobre hipotecas de sus bienes, todo lo cual ascendia á unos doce millones de reales.

Despues, y sin atreverse á pedir pasaporte para el extranjero, se trasladó á Navarra, donde tenia algunas posesiones, y desde allí me escribió que dentro de quince dias, á lo más, tendriamos el placer de vernos.

LIII.

Aquellos quince dias se convirtieron en ocho años.

Yo, en cuanto recibí la carta de Elisa, enamorado, loco, impaciente, me trasladé á Douvres para esperar el buque en que debia venir Elisa.

Esperé quince dias, un mes, hasta seis.

No habia habido en el Canal naufragios: nada habia acontecido á que pudiese atribuirse la tardanza de Elisa.

Ninguna noticia pude obtener de ella.

Lo único que supe por conducto de algunos amigos mios de Madrid que habian permanecido leales á mi amistad, y con los cuales mantenia una correspondencia secreta, era que Elisa habia salido de España, que los realistas se habian irritado, y que, como se habia temido, habia sido extinguido su título y se habian confiscado sus bienes.

Yo volví á Lóndres desesperado, y me entregué más que nunca á desórdenes de todo género para calmar mi desesperacion, embriagándome en placeres.

LIV.

Pasaron así cuatro años.

Vinieron los sucesos del año 30 en París, que destronaron á Cárlos X, llevando al trono á la casa de Orleans, y se creyó que aquellos acontecimientos influirian en la política española.

Los emigrados alentamos una esperanza ilusoria.

Si de alguna manera influyeron en España los graves acontecimientos de Francia, fué sólo para hacer más feroz, por una razon de miedo, el despotismo que sobre la pobre España pesaba.

Los emigrados perdimos la esperanza.

Aquello tenia visos de ser eterno.

Afortunadamente en 1833 murió el rey, y más afortunadamente aún, su hermano el infante don Cárlos disputó la corona á la hija del difunto monarca.

La reina regente se vió obligada á arrojarse en brazos de los liberales para defender el derecho de la reina legítima.

Sobrevino el decreto de amnistía que devolvió á sus familias tantos desgraciados, y yo me apresuré á volver á España.

LV.

Me fueron devueltos mi título y mis bienes, y asimismo se me puso en posesion, en calidad de depositario como marido, de los bienes y de los títulos de Elisa, hasta que esta pareciese.

El viejo conde de Arcos habia muerto sin hijos, y no quedaba pariente alguno que pudiese heredar á Elisa.

Por aquel tiempo fué cuando yo conocí al padre Costa y á sus dos sobrinas, Inés y Rosa.

LVI.

Volvemos, pues, á anudar nuestra relacion.

Yo habia creido que con los veinte mil duros que habia dado al padre Costa, habia comprado, si no su autorizacion para ser amante de tu madre, su tolerancia; esto es, que hiciese, como vulgarmente se dice, la vista gorda.

Pero yo habia nacido para que todo me saliese mal, y no sucedió así: el padre Costa me permitia, es cierto, ir todas las noches á su casa; pero la ida á su casa no me producia otro resultado que atracarme de Padres nuestros y Ave-marías, y de largas lecciones de moral que me impacientaban.

El ama de gobierno del padre Costa, la señora Margarita, era una harpía, á la que yo, á pesar de mi audacia, no me atrevia á hacer ninguna proposicion.

Va llegando el drama, Filomena, un drama espantoso, del cual los hombres no tienen noticia, por fortuna, porque si la tuvieran no te contaria yo esta historia.

Inés y Rosa se empeñaban más y más por mí cada dia, y habian llegado á aborrecerse por mi causa.

Yo no sabia á cuál amaba más, ó por mejor decir, cuál me enloquecia más, si tu madre con su magnífica y completa hermosura, ó tu tia con sus incomparables ojos

negros, que era lo único que tenia hermoso, por el alma de ángel, aunque de ángel de fuego, de ángel condenado, que aparecia en la mirada sobrehumana de aquellos divinos ojos negros.

No habíamos podido hablar ni una sola palabra, no habíamos podido cambiar ni una sola carta, y sin embargo, sin que se apercibiesen de ello ni el padre Costa ni Margarita, nos lo habíamos dicho todo Inés, Rosa y yo.

La situacion se hacia á cada momento más tirante.

Ellas se aborrecian mútuamente, y cada una de por sí aborrecia el obstáculo que de mí la separaba.

Yo, por mi parte, iba contrayendo la embriaguez del crímen: aborrecia de muerte al padre Costa, é iba germinando en mí la idea de librarme de él.

Queria que nada me estorbase la completa posesion, la posesion estable de Inés y de tu madre, que era la que más influencia tenia sobre mí.

Inés me embriagaba, es cierto, con su candente mirada: me aturdia, me fascinaba: cuando estaba delante de ella, mi corazon, mi pensamiento, mi alma, todo mi sér era suyo; pero cuando dejaba de estar sujeto á su inmediata influencia, recordaba su joroba, su palidez enfermiza, su demacracion, su boca rasgada, su cuello torcido, la escasez de sus cabellos, sus manos semejantes á manojos de sarmientos: mientras, por el contrario, la belleza excesiva de tu madre, la admirable armonía de su conjunto, la voluptuosidad de sus encantadoras formas, estaban fijas en mi memoria, enardeciendo mi alma, enloqueciéndola, dominando mi sér entero.

Por tu madre me olvidé completamente de Elisa, de todo.

Tu madre, y no más que tu madre; esta era mi ambicion, ménos cuando me fascinaba la mirada de Inés.

Yo sufria de una manera imponderable.

No encontraba medio de entenderse con Rosa, de combinar nada que produjese un resultado decisivo.

Pasaba el tiempo, y se irritaba mi amor, ó mejor dicho, mi deseo.

LVII.

El crímen, Filomena, es el resultado de una fiebre del alma.

El crímen es repugnante, espanta la primera tentacion de él, y se le rechaza con horror, como se rechaza todo lo que está fuertemente en armonía con nuestra manera de sentir.

Pero no se siente la tentacion del crímen sino por una causa poderosa.

Si un accidente cualquiera hace desaparecer la causa, el crímen se queda en tentacion.

Pero si la causa continúa, si se exacerba, recaemos en la tentacion del crímen, sintiendo ménos repugnancia hácia él á medida que las tentaciones se repiten, hasta que, por último, el egoismo, la voluntariedad, la pasion, la locura, se sobreponen á nuestra conciencia, la dominan, la matan, la anulan, y entonces, si no cometemos el crímen, es porque no podemos cometerle por falta de medios.

No; el hombre en estado de razon no comete el crímen; el crímen es la perversion de la moral, de la conciencia, la violacion de las costumbres, de lo convenido, el peligro que nos pone frente á frente de la sociedad, que es más fuerte que nosotros, y que se venga de la herida que la hemos causado, poniéndonos bajo el dominio de la ley y enviándonos al presidio ó al patíbulo.

LVIII.

Llegó un dia en que yo lo hubiera dado todo, alma y vida por la posesion de tu madre.

En que nada me pareció terrible con tal de obtener por resultado la hermosura y el amor de Rosa.

Habia enloquecido definitivamente.

LIX.

Cuando se trata de cometer una accion que puede traer sobre nosotros terribles consecuencias, es necesario ser muy prudente, usar de un medio indirecto, y tan indirecto, que sea muy difícil averiguar la relacion que hemos tenido con él.

Hay que tener un gran tacto para la eleccion de los agentes intermediarios.

Yo pude valerme de algunos bribones á quienes conocia; pero preferí valerme de un bribon desconocido.

Se encuentra mucha gente de esta clase en las partidas de juego, y en 1834 habia muchas en Madrid.

Yo no he jugado nunca: el juego me repugna.

Sin embargo, entonces me hice presentar en una gran partida por medio de un oficial de la guardia.

Yo estaba seguro de encontrar en la partida más de un bribon decidido á todo, capaz de todo.

De casa del padre Costa, á la que concurria yo todas las noches, me retiraba á las diez, á las once me iba á la casa de juego provisto de algunos miles de reales, que se quedaban allí.

La busca de mi gente me iba costando un poco cará.

Habia encontrado en la partida muchos bribones; pero bribones vulgares, bribones sin valor y sin talento, y yo necesitaba algo más.

Al fin, un mes despues de haber empezado yo á concurrir á la casa de juego, y llevando perdidos ya tres ó cuatro mil duros, encontré á mi hombre, que tenia el semblante más simpático del mundo, el aspecto más decente, y en el cual nadie, á primera vista, hubiera supuesto un alma infame capaz de todo.

Yo le adiviné en cierta aureola, en cierto no sé qué de sus ojos: yo no me hubiera fiado de aquel hombre para nada, fuera del encargo de un crímen, á pesar de que pertenecia á una clase distinguida y se le tenia por muy buen sugeto.

Sin preguntar nada, supe cómo se llamaba y dónde vivia.

En cuanto lo supe, le escribí, desfigurando la letra de un modo que ningun perito hubiera podido ni áun concebir la duda de si era mia, lo siguiente, sobre poco más ó ménos:

«He adivinado á usted: me estorba un hombre: este

hombre que se llama el padre Costa y es religioso capuchino exclaustrado, vive en la calle de Segovia, número 90, cuarto tercero: adjuntos son mil duros en billetes; si dentro de tres dias continúa estorbándome ese hombre, creeré, ó que usted me estafa, quedándose con un dinero que no ha adquirido, ó que necesita usted más cantidad.»

LX.

A los tres dias me encontré, con sorpresa, con la siguiente carta anónima, que está entre esos papeles.

Y el marqués se levantó, buscó entre las cartas que habia dejado sobre el velador una, la dió á Filomena y la dijo:

Léela mientras yo bebo otro par de copas; vuelve á enfriárseme el estómago.

Filomena tomó la carta y la leyó.

Decia así:

«Excelentísimo señor marqués de Alpuente: He recibido una carta anónima: por ella he podido buscar, por los indicios, quién era la persona que la habia escrito: Bentham dice que cuando se quiera conocer al autor de una accion, se busque á aquel á quien interesa: esto es lo que he hecho: puedo haberme engañado, aunque no lo creo; si usted quiere que yo me ponga á su servicio, vaya usted á la calle de los Estudios, y en la ropavejería, número 15, deposite usted tres mil duros que le serán devueltos fielmente si antes de tres dias no he servido á usted.»

LXI.

—¡Oh, qué sociedad la nuestra! dijo Filomena devolviendo la carta al marqués.

—No creo que tengas derecho para escandalizarte de nada, hija, contestó el marqués; pero continúo:

Al dia siguiente fuí al lugar que se me habia indicado, al oscurecer, envuelto en una capa y cubierto el rostro con una careta.

Entré en la ropavejería, y me salió al encuentro un hombre ordinario.

—¿Qué se le ofrece á usted, caballero? me dijo.

—Usted debe saber, le contesté, que debe ponerse en sus manos un depósito.

—No sé nada; pero no tengo inconveniente en recibir el depósito que usted me dé.

—Aquí tiene usted quince billetes de cuatro mil reales.

—Enhorabuena, dijo aquel hombre guardándolos.

La tienda estaba oscura; ni yo podia juzgar del semblante de aquel hombre, ni aquel hombre del mio.

—Adios, y buen cumplimiento, le dije.

Y salí sin que aquel hombre me dijese una sola palabra.

Fuí á casa del padre Costa.

Nunca me han parecido dos horas tan largas.

El padre Costa, dada la situacion en que se encontraba mi espíritu, tenia á mis ojos toda la apariencia de un espectro.

Para mí, de tal manera se presentaba el negocio, el

padre Costa era hombre muerto: se habia convertido para mí en un remordimiento.

Cuando se acabó el rosario, cuando me despedí, cuando me ví en la calle, me pareció que me habian librado de repente de un peso enorme.

LXII.

No dormí aquella noche.

La pasé calenturiento, con la imaginacion abrasada por el candente recuerdo de tu madre.

Al ser de dia me eché á la calle, y para distraerme me puse á dar caza, en las primeras horas, á las criadas de servir lindas que iban á la compra.

Más tarde, á las costureras que iban al taller.

Me convertí, por recurso, en pirata callejero.

Tomé tres ó cuatro veces buñuelos y aguardiente con tres ó cuatro virtudes averiadas, y empeñé media docena de citas, á las que ni áun pensaba asistir; pero desaparecieron fregonas y costureras, almorcé fuerte en la primera fonda que encontré á mano, me entretuve luego hasta las tres ó las cuatro de la tarde con esas elegantes sueltas que van á tiendas, á visitas, y áun á la iglesia, sólo para ver y ser vistas; comí en otra fonda, y al oscurecer me fuí extremecido, cobarde, á casa del padre Costa.

Llegué entrada ya la noche, porque el padre Costa vivia lejos del centro, y cuando llegué me horroricé.

Mi hombre habia cumplido su encargo.

La casa estaba llena de justicia y de vecinos.

Inés, Rosa y Margarita ponian el grito en el cielo.

El único que no gritaba era el padre Costa, porque le era imposible gritar.

Estaba muerto.

No se sabia quién le habia matado.

Le habian encontrado á poca distancia de su casa, poco despues del oscurecer, tendido é inmóvil: muerto.

Cuando le reconocieron, le encontraron una puñalada en el corazon.

Yo hice admirablemente mi papel de amigo antiguo, me dí á conocer del juez, le ofrecí todos mis recursos para ayudarle en la averiguacion de quién fuese el autor del crímen, y acabé constituyéndome protector de las sobrinas del difunto y de su vieja ama de gobierno.

LXIII.

Nada se supo, nada se pudo averiguar, nadie tuvo ni la más ligera sospecha de que yo era el autor del crímen.

El asesino habia matado de tal modo, que nadie habia visto el asesinato.

Se enterró pomposamente al padre Costa; cuando se inventariaron por el abintestato los muebles y los efectos que habia en la casa, se encontraron veinte mil duros en billetes y otros veinticinco mil en oro, lo que me sorprendió; porque yo sólo habia dado al padre Costa el dinero representado por los billetes de banco.

Esto significaba que cuando el padre Costa fué exclaustrado cuidó de cubrirse el riñon por lo que pudiese suceder.

No tenia más herederos que sus sobrinas, y se las entregó á cada una veintidos mil quinientos duros, nombrándome á mí, á peticion suya, y por los antecedentes de mi buena amistad con el padre Costa, su tutor.

LXIV.

Un año despues naciste tú; pero antes de que nacieses, habian sucedido muchas cosas.

Tu madre se habia casado con un alguacil de la Villa, con un tal Lúcas Agudo, bribon disfrazado, buen mozo, tunante, hombre de puños, que tocaba admirablemente la guitarra, y á su manera sabia hacerse entender admirablemente de las mujeres.

Se habia enamorado de Rosa, la andaba á las vueltas, y cuando Rosa se encontró en cinta, me dijo:

—Tú eres casado, Baltasar; no se sabe si vive ó no tu mujer, y no puedes casarte conmigo; tampoco te casarias aunque fueses viudo, porque no querrias dar el escándalo á tus relaciones, á tus nobles amigos de casarte con la sobrina de un exclaustrado saltatumbas; yo, por mi parte, ni quiero que el mundo me vea deshonrada, ni que lo que nazca nazca sin padre; ahí está ese Lúcas Agudo, que por el dinero que se le dé consentirá encubrir esto: ¿qué te parece?

LXV.

La vida, considerada desde su verdadero punto de vista, es asquerosa, repugnante, nauseabunda, cuando se

ha prescindido de las creencias, cuando se ha dejado de soñar en lo dulce, en lo bello, en lo sublime, en lo santo; cuando la materia es todo y el espíritu nada.

Muchas veces se cometen crímenes inútiles por obtener cosas que se han deseado con el frenesí de la locura, en las cuales se ha creido encontrar un universo de felicidad, un universo soñado, un universo que no existe; cosas que despues de obtenidas han perdido todo el valor que las habíamos supuesto, que nos han hastiado, que nos han hecho comprender que las hemos pagado demasiado caras.

El hastío del amor, del deseo, de la locura que habia sentido por tu madre, me habia costado un precio horrible, precio que habia partido conmigo tu madre.

Porque no fué el padre Costa la única víctima.

Inés habia sucumbido tambien.

Yo habia matado al padre Costa por remover un inconveniente á la posesion de tu madre.

Tu madre mató por celos de mí á su hermana; la mató por sí misma de una manera horrible; ciega, loca, olvidada de todo.

Un dia amaneció muerta Inés.

El cadáver olia fuertemente á ajos.

¡Tú sabes lo que esto significa, Filomena! ¡Tú sabes de lo que ha muerto aquel cuyo cadáver lanza de sí el punzante olor del ajo!

Filomena tembló.

Se le representó con más fuerza que otras veces don Calisto Azpecochea sucumbiendo al arsénico.

LXVI.

El marqués se pasó la mano por la frente, se levantó, llenó otra copa y la bebió.

La botella de ron estaba casi vacía.

Y sin embargo, ninguna señal de embriaguez se notaba en el marqués.

Hay organizaciones vigorosas contra las cuales el alcohol es impotente.

El marqués continuó.

LXVII.

A pesar de que creo comprender la verdad de la vida; de que tengo el corazon fuerte en fuerza de seco; de que creo que la cuestion de existencia no es otra cosa que una cuestion de fuerza; de que la destruccion no es otra cosa que un hecho necesario, estos recuerdos se me hacen pesados y frios.

El imperio de la costumbre y nada más.

El hombre es una fiera educada, domesticada hasta cierto punto; pero siempre una fiera que tiene el instinto de destruir, y que cuando tiene necesidad de destruir destruye; y con tanta más crueldad, con tanta más sagacidad, con tanto más refinamiento, cuanto por instinto de conservacion le es más necesario ocultar sus actos de destruccion para que las leyes, producto de la organizacion, de la convencion social, no le destruyan.

Cuando se tiene mucho dinero, se tiene un gran elemento de ocultacion, de evasion del efecto de las leyes.

Rosa, irritada, celosa, codiciosa, porque la fascinaba la idea de heredar los veinte y dos mil quinientos duros de su hermana, tanto como la rabia de que su hermana fuese amada por mí, habia cometido el crimen, sin precaverse para evitar sus consecuencias.

Cuando vió á su hermana muerta, sintió el vértigo del terror y del remordimiento, y se me arrojó en los brazos llorando.

—¡Yo he sido! me dijo: ¡he tenido miedo de que me abandonases por ella, y yo te adoro; lo van á conocer, me van á prender, me van á matar!

Yo la tranquilicé; si se busca bien, no falta un médico que, como tu don Pedro Suarez, certifique como defuncion natural una muerte causada por un envenenamiento.

Y bien; al muerto no se le puede resucitar, y entre una delacion que nada produce, ó un encubrimiento que produce diez, doce ó quince mil duros, la eleccion no es dudosa.

La naturaleza es materia, y el oro la materia más preciosa despues del diamante: el oro es Dios: la virtud es oro: los hombres no se entienden: la humanidad se despeña: el santuario está cubierto con un velo negro: á todo esto se lo llevará el demonio.

El oro y la vanidad son disolventes.

La humanidad atea eleva un himno á la materia, y como la materia, se corrompe.

¡Ah! añadió el marqués soltando una carcajada hueca;

yo seria un gran predicador, y la verdad es que no sé lo que soy: vivamos, no como queremos, sino como podemos vivir: no es nuestra la culpa si nos ha corrompido la mefítica atmósfera social que nos rodea; no es nuestra la culpa si la virtud es el suicidio en la corrompida generacion de que formamos parte.

Pero dejando á un lado digresiones inútiles, volvamos al asunto.

Enloquecidos el uno por el otro, yo habia sacrificado á mis pasiones al padre Costa.

Rosa habia sacrificado á las suyas á su hermana.

Estos dos crímenes habian quedado envueltos en el más profundo misterio.

Rosa y yo éramos felices: nada se oponia á nuestro amor: el materialismo nos embriagaba.

Margarita, expléndidamente pagada por mí, encubria nuestras relaciones.

Apurábamos ansiosos, ávidos, hidrófobos, nuestro amor, y la consecuencia no tardó en aparecer.

Sobrevino el hastío, que enfria, que hiela, que mata todos los amores que no reconocen otra razon que la materia y la impureza.

Fué pasando el vértigo, disipándose la embriaguez, abriéndose paso la razon á través de la locura.

Vimos, al fin, el feo, el asqueroso espectro de la tremenda verdad que nos habiamos creado.

Dos cadáveres estaban en medio de nosotros.

Dos cadáveres que para nosotros vivian en nuestra vida con la vida del remordimiento.

Que nos miraban irritados, que nos acusaban, que nos amenazaban incansables.

Las costumbres, y siempre las costumbres; las creencias que nunca se borran por completo del alma del hombre, por más que queramos sofocarlas, aniquilarlas bajo el frio y pesado raciocinio del materialismo.

El recuerdo de esa primer oracion que oimos en la boca de nuestra madre, que aprendimos de memoria cuando aún no podiamos pronunciarla bien; que germinó en nuestra alma, ahondando en ella sus santas raíces; el Padre nuestro que nos ha presentado á los hombres como hermanos, que nos ha inoculado las grandes ideas de la caridad y del perdon.

Y el marqués soltó otra carcajada; pero una carcajada horrible, una carcajada, dentro de la cual se revolvian como en un infierno la duda, la fé, la creencia, la impiedad, la desesperacion y la esperanza.

La carcajada de una criatura de Dios extraviada y perdida que cree y no cree á un tiempo; que espera y desespera, que teme y desprecia.

La carcajada de un loco.

LXVIII.

Rosa, horrorizada de mí, como yo lo estaba de ella; hastiada y sin amor, necesitando un amor nuevo para dar pasto á la voluptuosa actividad de sus sentidos, se enamoró perdidamente de Lúcas Agudo, que la andaba á las vueltas, y cuya educacion y cuyas maneras estaban

mucho más que mi modo de ser, en armonía con el modo de ser de Rosa.

Yo me alegré en el fondo de mi alma de que Rosa, á quien ya no podia soportar, me librase de sí misma, casándose con otro.

Pero mi vanidad se resintió, y resistí.

La atmósfera moral en que estábamos envuelto el uno por el otro estaba cargada de electricidad, y sólo se necesitaba un choque para que estallase la tormenta.

Hasta el momento del choque, tu madre y yo habiamos guardado las formas.

Cuando nos faltó recíprocamente amor, le fingimos.

Pero el fingimiento acaba por abrumar, por hacerse imposible.

No se representa bien aquello que no se siente.

Rosa, como mujer, más enérgica, más activa, más exagerada que yo en sus pasiones, se cansó la primera, y aunque dorándola con la conveniencia, se me vino con su proposicion de casamiento con Lúcas Agudo.

Yo, obedeciendo á mi vanidad, me negué bruscamente, y apostrofé de una manera dura á tu madre.

Este fué el choque que determinó la tormenta.

Tu madre se arrancó la careta: me dijo que ni me amaba, ni me habia amado nunca: que lo que habia creido amor habia sido una fascinacion de niña: que á quien amaba con toda su alma, con un amor que la habia demostrado que no habia amado hasta entonces, era á Lúcas Agudo, y que se casaría con él mal que me pesase, y por cima del mundo entero.

Yo me irrité, la maltraté ferozmente de obra y de pa-

labra, y me aparté de ella encolerizado, nervioso, resuelto á todo.

Aquella tarde, cuando volvia yo á casa de tu madre, Lúcas Agudo me dió una puñalada que me tuvo un mes entre la vida y la muerte.

Cuando convalecí, Lúcas Agudo y tu madre se habian casado ya.

Yo nada habia declarado contra Lúcas Agudo, porque esperaba salvarme de la herida, y queria vengarme por mí mismo con mucha más dureza que la que hubiera podido esperar de la venganza de la ley.

LXIX.

Un acontecimiento que sobrevino durante mi postracion á causa de la herida, me hizo olvidarme de aquellos dos miserables por una criatura que habia llenado enteramente mi alma.

Yo habia visto como en un sueño, sin poderme explicar si era una realidad ó un bellísimo sér hijo de mi fantasía, durante la larga y densa fiebre causada por la herida, una mujer ideal.

Era hermosa como un arcángel; pero como un arcángel triste.

Yo la veia, completamente vestida de negro, contínuamente á mi lado.

Ella me daba las refrigerantes tisanas que calmaban el insoportable ardor de mi fiebre; pasaba los dias y las noches al lado de mi lecho.

Muchas veces, en medio de un silencio solémne, á la

opaca luz de la lámpara de noche, la veia levantarse, inclinar su semblante sobre el mio, veia su mirada dolorosa, tierna, caritativa, enamorada, anhelante, que inundaba mis ojos con una luz de gloria; que infiltraba en mi alma un divino bálsamo de consuelo; y en tanto, sentia sobre mi semblante las tibias lágrimas que se desprendian de los hermosísimos ojos que me adormecian, que me magnetizaban con su inexplicable mirada de amor y de dolor.

Y cuando todo para mí se hacia vago, cuando empezaba á envolverme una soñolencia lánguida, sentia en mis lábios secos un beso puro, un beso casi divino: el beso de un ángel.

¿No adivinas quién era aquella mujer, Filomena?

—Continúe usted, dijo Filomena conmovida.

LXX.

Durante algunos momentos, despues de sus últimas palabras, el marqués permaneció con la cabeza inclinada sobre el pecho, como abstraido, como halagado por un recuerdo vago y delicioso.

Al fin, levantó la cabeza y continuó:

—Un dia desapareció aquella vision de consuelo: yo estaba fuera de peligro: la fiebre habia cesado: habia empezado la convalecencia.

Juzgaba ya con seguridad de todo lo que veia, de todo lo que sentia.

Dentro de mí, de una manera apasionada, guardaba el recuerdo de aquella mujer que yo creia un sueño; pero

cuyo semblante no podia recordar, aunque recordaba su hermosura, su grande hermosura.

Nada dije, como nada se dice generalmente acerca de lo que se sueña.

Pero yo amaba aquel sueño.

Convalecí completamente, me robustecí, pasó de todo punto aquello: sólo quedaba una ancha cicatriz en mi costado derecho.

Empecé á recibir á mis conocimientos, y fuí visitado por la ley.

Un juez vino á preguntarme el nombre de la persona que me habia herido: yo contesté que lo ignoraba.

Y no lo hice por reservarme la venganza, como lo hice en la primera declaracion que presté antes de que sobreviniese la fiebre: yo no pensaba ya en nada; en nada más que en aquel sér que yo creia soñado, y que sin embargo, vivia en mí, llenando mi corazon de un sentimiento dulcísimo, embriagándome con una felicidad que nunca habia yo presentido, en la que no hubiera creido á no sentirla.

Salí á la calle, pagué las visitas que se me habian hecho, y luego me aislé, me quedé solo con mi pensamiento, con mi sueño.

LXXI.

Habia pasado un mes desde mi restablecimiento.

Era de noche.

Acababan de dar las tres de la mañana: estaba yo desvelado por el recuerdo de mi fantasma, mirando al sillon

colocado junto á mi cama, donde la habia visto sentada tantas veces velando, mirándome conmovida.

Sentí un leve ruido, como el que produce una puerta que se abre con cuidado.

Luego, un ligero roce sobre la alfombra, como el que proviene del traje de una mujer.

Por último, en las anchas colgaduras del pórtico de la alcoba, se dibujó la gallarda, la esbelta sombra de una mujer.

Toda mi sangre refluyó á mi corazon, y me incorporé violentamente.

Era ella: habia reconocido su contorno.

Se abrieron las colgaduras, y ella adelantó en silencio, llegó á la cama, se arrodilló, y me miró de una manera suprema, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Entonces, como que estaba en pleno uso de mi razon, la reconocí.

Era Elisa; era mi esposa.

El marqués gimió, y dejó caer de nuevo la cabeza sobre su pecho.

Dos lágrimas solas, únicas, brotaron de los ojos de Filomena, y rodaron por sus mejillas.

LXXII.

Pasaron algunos instantes de silencio.

La ardiente respiracion del marqués se oia.

Filomena le miraba pálida y grave con la gravedad de un profundo sentimiento.

—¡Qué recuerdos! dijo el marqués con acento seco y desesperado: ¡y luego decimos que no tenemos corazon, que nuestro corazon se ha helado, que todo es mentira, que sólo hay lodo y materia infecta en el mundo! la desesperacion y el miedo nos hace blasfemar de nosotros mismos, y buscar el excepticismo como una última defensa contra el dolor y el remordimiento: ¡oh! ¡la embriaguez! ¡el ron!...

Y el marqués se levantó de nuevo.

Filomena se lanzó entre él y el velador en que estaban las botellas.

—No, no, dijo: cuando el llanto del dolor purifica nuestra alma, es necesario dejarle correr: Dios toca al corazon del hombre en estos momentos de dolor desesperado: Dios hace de un asesino, de un miserable, de un hombre podrido, un sacerdote, cuando toca su corazon con su santa mano: para mí esta hora es bendita, porque es la hora de la conversion; porque la verdad eterna aparece para mí en usted: no matemos con la embriaguez este supremo momento: dejémosle continuar.

—Insensata, loca, que te consuelas con un sueño, dijo el marqués sentándose de nuevo: continuemos soñando en buen hora; escucha.

Filomena se sentó.

LXXIII.

Era Elisa, continuó el marqués: habian pasado diez y ocho años desde el dia en que la ví por primera vez;

desde el dia en que al verla me enamoré de ella para no olvidarla nunca: desde el dia en que nos casamos.

Tenia treinta años, y apenas representaba veinte.

Habia acrecido de tal manera en hermosura, que yo, contemplándola, sentí algo terrible, como si hubieran estado próximos á estallar mi corazon y mi cerebro.

—Levántate, la dije, no permanezcas arrodillada ante mí.

—¡Perdóname! me contestó.

Y aquel perdóname era ansioso, dejaba sentir toda la agonía que debió experimentar la mujer adúltera perdonada por el Salvador.

Yo la alcé en mis brazos y la besé en la boca.

Elisa me abrazó con toda la presion de que era capaz, con una presion apasionada, dejó caer la cabeza sobre mi hombro, y rompió á llorar y á gemir.

Temblaba y estaba fria.

—¡Oh! ¡la fatalidad! exclamó: ¡los sueños del corazon! ¡la caridad mal sentida! ¡la inexperiencia!

La separé dulcemente, y manteniendo sus manos entre las mias, la dije:

—¿Eres tú la que me has velado durante el peligro de mi herida?

—Sí, yo he sido; he aprovechado esa dolorosa situacion para acercarme á tí: era además mi deber, Baltasar: más que mi deber, el impulso de mi corazon: porque aunque me exponga á que no lo creas, debo decírtelo: yo te amo; te amé cuando te ví: he pasado muchos años pensando en tí, amándote con un amor puro, con un

amor de niña, con un amor del alma: mi padre, mi padre tiene la culpa de todo: Dios le perdone.

—¿Pero saben los criados quién eres tú? deben saberlo, puesto que te han permitido acercarte á mí.

—Sí, me he dado á conocer á tu mayordomo, que es un hombre excelente: hace tres meses que vivo cerca de tí, y sólo Sebastian sabe quién soy; solo él me ha visto: me reconoció por mi retrato que está en tu casa; no podia dudar.

—¿Y por qué no has entrado en mi casa, que es la tuya, con la frente alta y como señora?

—Necesitaba antes que me perdonases, y para que me perdonases, que conocieses mi historia desde el dia en que salí de España para ir á reunirme contigo en Inglaterra.

Y Elisa lloraba; pero con un llanto desconsolado como el de quien ha perdido toda esperanza.

Yo comprendí con amargura la situacion de Elisa, y quise ahorrarme una confesion dolorosa, tanto para ella como para mí.

—Olvidemos, la dije, los diez y ocho años que han pasado desde el dia en que nos conocimos: esos diez y ocho años son una laguna de nuestra historia que debemos atravesar con los ojos y con los oidos cerrados: por muy tempestuosa que haya sido tu existencia durante esos diez y ocho años, no habrá sido tan tempestuosa y tan terrible como la mia: si hay algo que yo tenga que perdonarte, mucho más te verias obligada á perdonarme: envolvamos en un misterio cada cual su historia durante esos diez y ocho años, y empecemos á vivir desde hoy

como si no hubiese trascurrido un solo instante desde que, unidas nuestras manos, cayó sobre nosotros la bendicion de un sacerdote.

—¡Oh, si la increible soberbia de mi padre no nos hubiera separado!...

—Pues bien, Elisa, olvidemos eso.

—No, no, escúchame: afortunadamente tu honor está á salvo ante el mundo: cuando yo enloquecí, tuve aún un resto de razon para cambiar de nombre: nadie sabe que la marquesa de Santorcaz es mistris Fanny Roberts, esposa de sir James Andersons, teniente de navío de la marina real británica.

Lancé un rugido de dolor.

La revelacion estaba hecha, y de una manera terrible, en conjunto, sin detalles: la belleza pura, purísima, de Elisa, ese inapreciable tesoro que representa la consagracion del amor y la consagracion del honor en la realizacion del matrimonio, habia sido de otro hombre, de un advenedizo, de un cualquiera que habia encontrado á Elisa sobre su camino, impresionable, inexperta, abandonada á los irreflexivos impulsos de su corazon.

Yo sentí la mano de Dios que caia sobre mí, que me sofocaba, que me aniquilaba: yo oí la terrible voz del Señor que me decia:—Yo lo veo todo, yo lo sé todo; para mí no hay crímen oculto: yo no tengo para los réprobos ni cárcel, ni patíbulo, ni verdugo: tengo su corazon y su cabeza; tengo la amargura de las amarguras; tengo siempre al lado del crímen su terrible castigo, del que nadie escapa; porque yo soy la eterna justicia.—Yo me extremecí; sentí un dolor tan terrible, que aún me duele,

Filomena; que me dolerá siempre, áun más allá de la tumba, en la eternidad.

El marqués calló de nuevo.

LXXIV.

—Hé aquí la historia que me refirió Elisa, dijo el marqués continuando su relato.

—Cuando salí de España para ir á reunirme contigo, me dirigí directamente á París, y me alojé en el piso principal de un hotel, calle de Rívoli, núm. 102.

La primera noche que pasé en el hotel, me desvelaron unos profundos gemidos que partian de una habitacion inmediata.

Eran tan tristes, tan desesperados aquellos gemidos, que me conmovieron profundamente.

Al siguiente dia pregunté al camarero acerca de ello, y me contestó que en la habitacion inmediata estaba enfermo un jóven oficial de la marina inglesa que habia llegado pocos dias antes.

—¿Tiene aquí familia ese caballero? pregunté.

—No, señora; está solo; y áun creo que solo tambien en el mundo, me contestó el camarero.

—¿Y quién le asiste? pregunté.

—El médico viene dos veces al dia, receta, y segun la prescripcion del médico, el camarero que le sirve le da los medicamentos.

—¡Y le deja despues solo!

—Hay mucho á que atender en el hotel, señora, y no puede destinarse exclusivamente un camarero á un solo

huésped: tememos además que se le haya concluido el dinero: no se le ha pasado la cuenta por el estado en que se encuentra; pareceria un poco odioso, y seria un descrédito para el hotel enviar al hospital un enfermo de gravedad; esto, sin embargo, será necesario, si la enfermedad no tiene pronto una resolucion definitiva.

—¿Es muy grave?

—Gravísima.

—¿De qué padece?

—Del pecho; está tísico.

—Anuncie usted á ese caballero la visita de una señora española.

En aquel momento se oian los gemidos del enfermo á través del tabique.

El camarero salió, y poco despues volvió y me dijo:

—Sir James da á usted las gracias, y me encarga la diga que la espera con impaciencia.

—¿Habla francés ese caballero?

—Sí, señora, como si hubiera nacido en París.

Me trasladé inmediatamente al cuarto inmediato, donde estaba el enfermo.

Era un jóven como de veinticuatro años, hermoso, pálido, demacrado, triste.

Al verme se incorporó y me tendió las manos.

—¡Ah! dijo: Dios me envia un ángel.

—He llegado ayer de España, le respondí: durante toda la noche le he oido á usted gemir.

—¡Ah, señora! me contestó; padezco mucho del cuerpo y del alma: más, infinitamente más del alma que del cuerpo.

Sentí una ardiente compasion por aquel desventurado jóven.

Debia haberme puesto en camino al dia siguiente para Calais, y me detuve.

¿Qué importaban algunos dias más?

Yo creia, como creia el médico, que sir James debia morir de un momento á otro; tan enfermo estaba.

Yo tenia la seguridad de que me perdonarias la tardanza de algunos dias, en gracia al objeto caritativo que la habria producido.

No sé por qué fatalidad no se me ocurrió escribirte dándote cuenta de la causa de mi tardanza.

Acaso temí instintivamente que tuvieses celos por mis cuidados á un pobre moribundo.

LXXV.

El corazon humano es incomprensible.

Yo entré en el aposento de aquel enfermo, y me acerqué á él amándote; detuve con violencia mi partida, porque estaba ansiosa de unirme á tí para no volverme á separar.

Al dia siguiente ya mi violencia era menor; al tercer dia estaba decidida á no separarme de sir James hasta que hubiese muerto.

Tú no sabes lo que es pasar una larga noche en vela al lado de un pobre enfermo á quien la dolencia no deja dormir, para el cual nuestra presencia y nuestro cuidado es un inmenso consuelo, que se vuelve hácia nosotros como la planta que se hiela en la umbría hácia un rayo

de sol que por casualidad le presta su calor; tú no sabes lo peligroso que es para una caritativa alma de mujer la proximidad á un enfermo encontrado desesperado, solo, muriendo lejos de su pátria, abandonado entre extraños.

¡Oh! perdóname, Baltasar; he sido víctima de un sueño terrible; cuando he despertado, ya no habia remedio.

Sir James no estaba tísico: se habian equivocado los médicos; lo que le mataba era una melancolía mortal, cuyos efectos tomaron los médicos por los de la tísis.

Mis cuidados, mi dulzura, lo ardiente de la caridad que sir James me inspiraba, fueron para él un bálsamo de vida.

Empezó á reanimarse desde el momento en que me acerqué á él; se enamoró de mí, se equivocó por egoismo, creyendo mi caridad amor, y quince dias despues, en un momento de delirio, arrastrada yo por la fascinacion del apasionado, del delirante amor de sir James, al volver de mi embriaguez, comprendí, aterrándome, que me habia hecho indigna de tí, que no podia ni áun pensar en reunirme contigo.

Pero he sufrido mucho, porque no he dejado de amarte; porque desperté de mi fascinacion en el momento en que cometí mi falta, y he sufrido diez años horribles, avergonzada de mí misma, cambiado mi nombre por otro, apóstata para hacer posible un casamiento con sir James, que, como inglés, era protestante.

Yo, despues de la muerte de sir James, acaecida hace dos años, he ido á pedir perdon á Dios de mi pecado,

arrojándome á los piés del Papa: he cumplido durante este tiempo en los hospitales de Roma la penitencia que me fué impuesta por el Papa, y he venido, por último, á España á cumplir la parte más dolorosa de mi penitencia, á humillarme ante tí, á confesarte mi falta, á someterme á tu voluntad, á sufrir las consecuencias de mi extravío.

—Tú no serás perdonada por Dios, me dijo el soberano Pontífice, hasta que tu marido te perdone: purifícate durante dos años entre el dolor, la miseria, la agonía y la muerte: vive pobre y humilde siendo el consuelo de los desgraciados: mortifícate ásperamente, arrepiéntete, ora de contínuo á Dios para que toque con su infinita misericordia el corazon de tu marido y pueda éste perdonarte; pero si á causa de la gravedad de la ofensa éste no te perdonare, vuelve á buscar la miseria y el dolor, redobla tu penitencia, invierte tu vida en la caridad, y házte digna por un sincero y profundo arrepentimiento del perdon de Dios: imita á Magdalena, la mujer impura convertida en santa por la gracia del Señor.

LXXVI.

He llorado mucho allí en el hospital, humilde, resignada, penitente; se me ha visto siempre al lado de los enfermos contagiosos, á los que se aislaba, á los cuales nadie se atrevia á acercarse por miedo á morir.

La mano de Dios me ha protegido.

No he sentido ni la más leve indisposicion mientras he estado en el hospital; ni el contínuo ayuno, ni las

contínuas vigilias me han debilitado ni me han enflaquecido.

Y era que yo apuraba la penitencia, las privaciones, las mortificaciones, los peligros con un placer infinito.

Era que mi alma estaba alimentada por la dulce esperanza de que Dios, compadecido de mi dolor, me obtuviese tu perdon, que es todo lo que yo ansío: porque si por un momento me olvidé de tí, fascinada por una falsa caridad, comprometida por un egoista indigno de ser amado, nunca te he amado tanto, nunca he sufrido tanto por tí como despues de haberme hecho imposible para tí.

LXXVII.

Cuando se cumplieron los dos años de mi penitencia en el hospital, con una limosna que se me dió por mandato del Papa, me volví pobremente á España, donde sabia estabas ya á consecuencia del decreto de amnistía.

Llegué una noche, envuelta en el más riguroso incógnito, pobremente vestida, de luto, como lo estoy ahora; hablé con tu mayordomo, y éste me reconoció desde el momento, á causa de mi retrato que existe en tu casa.

Me fué imposible conservar por más tiempo mi incógnito: Sebastian no dudaba.

—¡Ah, señora, me dijo; y en qué triste ocasion viene vuecencia á su casa! El señor marqués ha sido gravemente herido, no se sabe por quién, y se temen funestísimas consecuencias: el señor marqués está en un estado deplorable: no conoce, delira, dice cosas espantosas

que sin duda no han sido, que sin duda no son otra cosa que el resultado de su delirio; pero yo no permito que nadie se acerque á él; nadie más que los médicos, y estos porque son indispensables: vuecencia, señora, puede ayudarme; porque yo me rindo ya fatigado de una manera invencible por falta de sueño, y seria de desear que nadie oyese lo que en su delirio dice el señor marqués.

—Sí, sí, contesté: lléveme usted al instante al lado de mi marido; pero procure usted que nadie me vea, que nadie sepa que yo estoy aquí.

Desde entonces, Baltasar, hasta que has empezado á restablecerte, he velado junto á tí, sin que nadie supiese que estaba en tu casa, ocultándome cuando venian los médicos en una habitacion contigua á este dormitorio, y cuidadosamente servida por Sebastian.

Cuando empezó á ceder la fiebre, cuando empezaste á recobrar el uso de la razon, cuando ya no se podia temer por tu vida, Sebastian me sacó de noche de tu casa y me llevó á la de su madre, donde he vivido oculta.

Ha pasado un mes desde entonces, he sabido que estabas ya completamente restablecido, fuerte para sufrir una violenta impresion, y á la media noche Sebastian me ha traido, introduciéndome en tu casa por las cocheras, sin ser vista de nadie.

Tres horas he estado en la habitacion inmediata, indecisa, cobarde, sin atreverme á presentarme á tí, muriéndome.

He hecho, por último, un violento esfuerzo, y héme aquí, Baltasar, resignada á todo lo que me mandes; ansiosa de tu perdon, ó á lo ménos de tu compasion.

Y Elisa se levantó, y volvió á arrodillarse delante de mí, quedando doblegada y anegada en llanto.

—¿Y tus hijos? la pregunté.

—Dios, en su infinita bondad, me contestó Elisa, no hà querido dar hijos á la adúltera, á la apóstata.

—Olvidemos, la dije; olvidemos mútuamente, tú las tremendas revelaciones que has escuchado durante mi delirio, yo la dolorosa revelacion que acabas de hacerme: considerémoslo todo esto como una negra pesadilla; olvidémoslo; volvamos las espaldas á lo pasado, y no miremos más que á lo porvenir: procuremos que sea bueno, digno y tranquilo: consolémonos mútuamente: seamos el uno la vida del otro, y demos gracias á Dios que parece perdonarnos al unirnos, los dos desengañados, los dos con el alma llena de dolores; los dos ansiosos de una felicidad que hemos buscado en vano, separados el uno del otro. Ni una palabra más, te lo repito; estamos en el instante subsiguiente al de la celebracion de nuestro enlace: nos hemos amado siempre á pesar de todo; continuemos amándonos sobre todo, y aún podremos ser felices.

—¡Me amas, me amas aún! exclamó con una delirante alegría Elisa: ¡oh! yo te amo tambien; te amo con toda mi alma, y los tristes, los horribles sucesos de mi vida, desaparecen, se borran, se pierden sumergidos por la inmensa felicidad que me inunda.

Y Elisa se levantó palpitante, transfigurada, engrandecida, convertida á mis ojos en un sér divino, y se arrojó llorando de alegría en mis brazos.

LXXVIII.

Durante ocho dias, en medio del más profundo misterio, que sólo conocia Sebastian, gocé de una felicidad inmensa: de una luna de miel, como no ha habido dos lunas de miel en el mundo.

Elisa y yo lo habiamos olvidado todo: no pensábamos más que en nosotros mismos.

Nos habiamos ofendido recíprocamente, y las faltas del uno anulaban las del otro.

¡Miseria, y siempre miseria! la pasion nos enloquecia hasta el punto de hacernos olvidar nuestra recíproca indignidad.

LXXIX.

Una noche, preparado todo por Sebastian, salimos secretamente de mi casa y emprendimos un viaje de incógnito á París.

Algunos dias despues de nuestra llegada escribí á mis amigos que me habia reunido con mi mujer, que dentro de poco me presentaria con ella en Madrid.

Al mes lo efectuamos y nos presentamos á nuestros amigos, en medio de una deslumbrante fiesta.

Se murmuró mucho, se hicieron magníficos comentarios por lo epigramáticos acerca de nuestra reunion al cabo de diez y ocho años.

Pero las gentes se cansaron de murmurar, encontraron bellísimos y del mejor gusto los bailes que dábamos

para acallar deslumbrándolos sus murmuraciones, y al cabo de poco tiempo entramos en una situacion normal.

El buen mundo se olvidó de nuestros diez y ocho años de separacion como nosotros nos habíamos olvidado de ellos.

LXXX.

Un dia, seis meses despues del casamiento de tu madre con Lúcas Agudo, recibí un anónimo en que se leia lo siguiente:

«Hace ocho dias ha nacido una niña, á la que se ha puesto por nombre Filomena: se avisa de esto al señor marqués de Alpuente, para lo que con el tiempo pueda sobrevenir.»

Yo rompí esta carta en menudos pedazos, y no volví á acordarme de tu madre hasta que te ví en mi casa buscando á mi hija, y te reconocí por el gran parecido que tienes con tu madre.

Mis aventuras con ella pertenecian á la época que yo me habia propuesto olvidar.

LXXXI.

En el término preciso, despues de mi reunion con Elisa, nació tu hermana Magdalena, costando la vida á su madre: yo me desesperé y blasfemé de todo.

Empecé á perder el estómago y la cabeza; pero antes perdí de todo punto el corazon.

Comprendí que no hay más que sucesos, y que los sucesos pueden más que los hombres.

Pretendí entregarme á la crápula y al libertinaje para aturdirme, para embriagarme, y me encontré sin estómago para la crápula, sin un resto siquiera de ilusiones para perfumar, para embellecer lo hediondo y lo deforme de la materia.

Sufrí rugiendo mi impotencia; me aislé y me reduje á una nulidad forzada.

De aquí que se me crea misántropo, filósofo, excéptico y no sé cuántas otras cosas, cuando en realidad no soy más que un desesperado á quien se lleva lentamente el diablo.

Al encontrarte, al conocer la lucha en que estás empeñada con tu hermana, he visto con sorpresa que aún me queda algo de corazon representado por el amor que os tengo.

Yo te abandoné á tí, y he descuidado la educacion de Magdalena.

No eran bastantes los dolores que tenia sobre mí, y esto viene á aumentarlos y á estimularme á probar si todavía puedo desempeñar el papel de padre.

Voy á armarme, Filomena, de toda la energía de que soy capaz, aunque tú me digas, con razon, que no tengo derecho á ser enérgico contigo.

—¡Ojalá no me hubiera usted abandonado, y lo hubiera usted sido siempre! dijo Filomena.

—¡Ah! ¡con que reconoces mi autoridad! Pues gracias, hija, muchas gracias.

—Lo que reconozco es la terrible enseñanza de la

horrorosa historia que usted me ha referido: por lo demás, padre, usted es una contradiccion viviente; una lucha entre el mal y la conciencia: lo niega usted todo y lo reconoce usted todo: blasfema usted y á seguida aparece usted creyente.

—Sí, es verdad; esto quiere decir que estoy loco: pero vamos á lo que importa: supongo que reconocerás tu extravío, y que renunciarás de todo punto á ese Andrés, á ese malvado, que es la causa de tus desgracias, de tu crímen, de la situacion excepcional en que te encuentras delante del mundo.

—¡Oh! no hablemos de eso; en este gabinete ha muerto para mí Andrés.

—Dios quiera que no resucite en cuanto salgas de aquí; mi hija ha sido más digna y más fuerte que tú; le amó por una fascinacion de niña; pero en cuanto le ha conocido, le ha despreciado; no hay, pues, motivo para que ódies á Magdalena.

—¡Ah, no! yo iré á encontrarla, yo iré á decirla:—Tú eres mi hermana, yo te amo.

—Hazme el favor de no comprometerme, de no hacerme arrepentir de haber sido sincero contigo; ama en buen hora á Magdalena; pero ámala desde muy lejos, hija mia; no hay necesidad de que ella, que no me ama, porque realmente yo no he hecho nada para que me ame, me desprecie.

—¡Oh! tardaré mucho tiempo en llamarla hermana; cuando le dé este nombre se lo podré decir.

—¡Ah! ¡tienes proyectos!

—Sí, voy á perderme, como se pierde una gota de

agua en el mar; dentro de poco, ni usted ni nadie sabrá lo que ha sido de mí.

—Poco á poco, Filomena, dijo verdaderamente asustado el marqués; dejémonos de locuras.

—No creo una locura empezar una vida de expiacion, buscar en Dios el único recurso que me queda; el consuelo en la práctica de la caridad y de la humildad: ¡ah! ¿habia usted creido que yo pensaba en suicidarme? no: eso seria añadir á un crímen repugnante un crímen ilógico.

—Hay algo que te liga al mundo, Filomena; algo de que tú no puedes ni debes olvidarte; tú no te perteneces: tienes, segun creo, tres hijos.

—¿Y quién ha dicho á usted eso?

—He tenido una entrevista violenta con el señor Andrés despues de que éste, rechazado ya por mi hija de una manera decidida, renunció á ella: he acabado por comprar su historia á ese miserable, y me lo ha revelado todo: tus hijos, Filomena, te reclaman.

—Usted será su padre.

—¡Yo!

—Sí, señor, usted; serán para usted muy poco gravosos, porque yo renuncio en ellos, por una donacion intervivos, mi inmenso capital.

—¿Y con nada te quedas?

—Con nada.

—Piénsalo bien.

—Cuanto más dura sea mi situacion, cuanto más tenga que sufrir, mejor, mucho mejor, dijo Filomena levantándose.

—¿Qué es esto? ¿te marchas ya? dijo el marqués mi-

rando el reló que estaba sobre la chimenea; son las dos de la mañana: mejor seria que pasases aquí la noche, puesto que á nadie tienes que dar cuenta de tus acciones.

—Decididamente me vuelvo á mi casa, y me vuelvo sola en mi carruaje: voy á levantar á mi cajero; á arreglar mis negocios sin levantar mano: mañana á las dos espero á usted en mi casa.

Y Filomena se dirigió á la puerta.

—No me opongo, dijo el marqués: no tengo derecho alguno para oponerme: puesto que quieres irte, vete; pero permiteme al ménos que te acompañe hasta tu carruaje.

Y el marqués se levantó, y asiendo de la mano á Filomena, fué con ella hasta el vestíbulo.

Filomena llamó á su criado y arrimaron la carretela.

—Me parece, dijo conmovido el marqués, que no vuelvo á verte; á pesar de esto, iré mañana á las dos á tu casa: por si no me engaña mi presentimiento, dame el primero y el último abrazo.

Filomena se arrojó llorando en los brazos del marqués; luego se separó de él, entró en su carruaje, y dijo dominando su conmocion:

—A casa.

El carruaje partió.

El marqués se quedó en el vestíbulo murmurando:

—Dios quiera que todo esto no sea para ella una pesadilla que pasa; Dios quiera que su locura no nos traiga alguna terrible desgracia.

Y cabizbajo y meditabundo, entró en su carruaje y dijo á sus criados:

—A casa.

CAPITULO XII.

De la extraña penitencia que se impuso Filomena.

I.

Filomena llegó á su casa á las cuatro, y á pesar de la hora, hizo levantar á su cajero.

Don Luis se presentó con suma extrañeza, á causa de lo intempestivo de aquel llamamiento.

Filomena estaba sumamente excitada, encendida, como si hubiera tenido toda la sangre en la cabeza.

—¿Qué es esto, doña Filomena, la dijo el cajero: está usted enferma?

—No, no señor, es que no he dormido en toda la noche, dando vueltas á un proyecto que al fin me he decidido á realizar, y para empezar á ponerle en ejecucion, he llamado á usted: siento haberle incomodado; pero era preciso: no tengo tiempo que perder.

—Estoy á las órdenes de usted, doña Filomena, dijo don Luis mirando de una manera singular á la jóven.

II.

Don Luis era un hombre como de cuarenta años; pero perfectamente conservado, grueso, sonrosado, con una salud perfecta, de carácter alegre, y soltero.

Habia llegado á la caja, subiendo uno á uno todos los escalones de la carrera mercantil, desde el humildísimo de hortera.

Cuando don Calisto se casó, ya era su cajero don Luis; conocia los asuntos de la casa hasta en los más mínimos detalles; sabia la historia de Filomena, ó creia saberla, porque don Calisto le habia tratado con suma confianza; sabia tambien de qué clase de muerte habia muerto don Calisto, porque era hombre de mundo, estaba al corriente de los amores de Filomena con Andrés, y aunque los tribunales habian soltado á Andrés, á Filomena y al médico Suarez, por no haber probado Filomena su acusacion, don Luis no dudaba, no podia dudar, no podia dejar de ver en Filomena á una envenenadora.

III.

A pesar de esto, particularmente desde que Filomena habia enviudado, don Luis no se acercaba á ella sin una especie de placer que le refrescaba el alma, como todo hombre cuando está cerca de la mujer que le enamora.

Porque don Luis estaba enamorado de Filomena, lo que nada tenia de extraño atendida la magnífica y excitante hermosura de la jóven, que, por otra parte, trata-

ba á don Luis con suma confianza, y áun se permitia bromas con él.

IV.

Don Luis, que tenia buena vista, que habia aumentado respecto á Filomena, á causa de lo enamorado que estaba de ella, habia notado con placer y alentando futuros proyectos, el alejamiento de Andrés de Filomena, y por último, la grave y escandalosa ruptura de las relaciones de los dos jóvenes, y la situacion dificilísima en que Filomena se encontraba colocada socialmente, acusada por la opinion pública del envenenamiento de su marido.

Don Luis habia dicho:—En tal situacion se han colocado Andrés y Filomena, que no pueden volver á unirse; se han ofendido demasiado gravemente; no pueden fiarse el uno del otro; Filomena está en lo mejor de su edad y en toda la fuerza de su hermosura; tiene tres hijos, y la suerte de estos niños debe importarla mucho. A ninguna madre la gusta que sus hijos no tengan un apellido legítimo; posee cien millones de reales, y con mucha ménos fortuna basta para tentar á cualquiera, y para hacerle legitimar hijos de otro: pero es el caso, que Filomena se ha hecho terrible por el envenenamiento de su marido, y esto hará que por temor á unirse á una mujer deshonrada, no haya quien se atreva á casarse con ella, á pesar de sus millones, cuando la deshonra nace de una causa tal como la que determina la situacion dificilísima de Filomena.

V.

Don Luis se engañaba; por mejor decir, la perspectiva de apoderarse de la inmensa fortuna de Filomena le embriagaba y le hacia ver las cosas de una manera falsa, tal como á él le convenia verlas.

Por mucho ménos dinero se encuentran hombres que transijan con la deshonra y con la sangre.

De ello tenemos hoy, por desgracia, una prueba reciente.

El verdugo de Madrid ha muerto de horror al patíbulo, y setenta y dos ciudadanos han solicitado su plaza.

Esta plaza sólo tiene doce mil reales de sueldo.

Para casarse con una mujer que posea cien millones de capital, se encontrarian pretendientes á millones, aunque esta mujer estuviese infamada, aunque fuese una Meguera que hubiese devorado á sus padres, á sus hermanos y á sus hijos; aunque para unirse á ella fuese necesario vestir un infamante sambenito.

Don Luis, pues, se equivocaba cuando creia que nadie tendria el valor de que él se sentia provisto para casarse con Filomena.

Don Luis habia supuesto que podria llegar este caso, y para cuando llegase habia concebido proyectos que debian redondearle, haciéndole dueño absoluto de la fortuna de Filomena.

El ejemplo de don Calisto, que por medio del crímen habia llegado á hacerse millonario, habia fructificado en don Luis.

VI.

Este se equivocó cuando llamado á una hora tan intempestiva por Filomena, la encontró excitada, encendida, calenturienta.

—Necesito que haga usted por mí un último sacrificio, le dijo Filomena.

—¡Un último sacrificio, señora! dijo don Luis de una manera insinuante; supongo qué es lo que usted llama un último sacrificio, y me apresuro á decirla que para mí no es ni puede ser sacrificio nada de lo que haga en obsequio de usted.

—¿Y qué es lo que usted supone? dijo con reserva Filomena; pero con una reserva que podria interpretarse de cien maneras distintas.

—Supongo, dijo don Luis, que continuaba en su equivocacion, que, como buena madre, piensa usted en el porvenir de sus hijos.

—¡De mis hijos! exclamó Filomena; pues qué, don Luis, ¿tengo yo hijos?

—Vamos, Filomenita, dijo sonriendo don Luis: ya sabe usted que don Calisto no tenia para mí secretos.

—Siéntese usted, siéntese usted, don Luis, dijo Filomena; quiero que me explique usted lo que acaba de decir.

Don Luis se sentó.

—Pues es muy sencillo, señora, dijo; sé que en Miraflores de la Sierra hay una niña de cinco años y dos

niños, uno de cuatro y otro de tres, cuyos padres nadie conoce, y sin embargo, tienen una madre muy bella y muy digna de ser amada.

—Pues me alegro de que sepa usted eso, don Luis, dijo Filomena; porque yo me habia propuesto hablar á usted de mis hijos.

—¿Y qué no haria yo por sus hijos de usted, dijo con entusiasmo don Luis, si por usted soy capaz de todo? esos niños tendrán padre, y un padre infinitamente mejor y más digno que el que la desgracia les ha dado.

—¿Sí? dijo Filomena, ¿conoce usted á un hombre que se atreva á legitimar á los hijos de un adulterio? ¿es esto posible, don Luis? yo creo que las leyes se oponen á ello.

—Las leyes no se opónen á nada si no hay quien reclame el cumplimiento de las leyes, y aquí no reclamará nadie; porque como usted no tiene herederos, á nadie aprovecharia el reclamar; de modo que si usted y yo nos casáramos...

—¡Ah! ¡si nos casáramos los dos! Don Luis, pues mire usted, no habia pensado en ello; no habia creido hubiese ningun hombre que se atreviese á casarse con una mujer que ha envenenado á su marido.

—Eso no es cierto: don Calisto murió, porque Dios quiso que muriese: usted, desesperada por la conducta incalificable de Andrés, celosa, llegó usted hasta lo inverosímil, acusándose de un crímen que ni áun habia pensado en cometer para vengarse de Andrés. ¡Las mujeres son ustedes terribles!

—Y sin embargo, usted quiere casarse conmigo, ¿no es verdad?

—Decididamente, señora, y sentiria mucho que usted se negase á ello.

—Pues mire usted, don Luis: acepto; pero con una condicion: antes ha de reconocer usted á mis hijos como hijos suyos.

—No tengo inconveniente; y á más yo poseo una prueba legal, incontestable, de que don Calisto no era esposo de usted más que en el nombre; de que no podia serlo, porque era su padre de usted; que se habia hecho el casamiento para poder tenerla á usted en su casa, sin reconocerla como hija, y sin que su honra de usted padeciese en lo más mínimo; que vivian ustedes completamente separados, y que usted ignoraba de todo punto que don Calisto fuese su padre: no hay ni ha podido haber, pues, adulterio: el casamiento era nulo y penable para don Calisto, que abusó á ciencia cierta de la religion, cometiendo un sacrilegio para sus fines particulares; pero no para usted, que nada sabia.

—Me ha dejado usted asombrada, don Luis, dijo Filomena, fingiendo que ella ignoraba lo que habia creido revelarla don Luis: ¿y eso que acaba usted de decirme puede constar de una manera indudable, si mañana fuese necesario que constase?

—Sí, señora; por una declaracion formal firmada por don Calisto, que, como tenia en mí una completísima confianza, me hizo depositario de ella para lo que pudiese sobrevenir.

—¿Quiere usted hacerme el favor de que yo vea ese documento? dijo Filomena.

—Sí, señora; le tengo en la caja, como tendria un tesoro, y voy por él.

VII.

Don Luis salió.

Filomena se quedó profundamente pensativa.

—¿Debo yo, dijo, cuando estoy arrepentida, cuando me vuelvo á Dios, autorizar una nueva superchería? ¿debo añadir un escándalo y una vileza más á los escándalos y á las vilezas anteriores? Meditemos; el mundo es injusto; el mundo arroja sobre los hijos inocentes la culpa de los padres infames, y esto determina muchas veces la suerte de una criatura.

¿A quién perjudico con hacer por medio de una falsedad legítimos á mis hijos?

A nadie.

Don Calisto no tiene herederos á quienes yo esté obligada á devolver su fortuna; por otra parte, esta inmensa fortuna es el resultado de una sucesion de crímenes; Andrés y yo no podemos unirnos, nos aborrecemos, nos hemos ofendido lo bastante para que nuestra reconciliacion sea imposible.

La codicia embriaga á ese hombre; con el oro consiente en degradarse ante su conciencia: ¿qué me importa? La verdad es que mis hijos serán legitimados, que podrán ser felices, y que yo no podria mortificarme de

ninguna manera más terrible que perteneciendo á ese hombre.

Debo aceptar su proposicion; debo apurar toda la amargura de la situacion en que voy á colocarme; lo hago por mis hijos, y Dios me lo tomará en cuenta.

Me dedicaré además á la caridad; soy bastante rica para poder consolar á muchos desgraciados; pero el sacrificio es horrendo; ese miserable que de tal modo se vende, me causa una repugnancia invencible.

Y bien, le acepto como penitencia; el Papa, en toda su severidad, no pudiera habérmela impuesto mayor.

VIII.

Se oyeron los pasos de don Luis, que volvia.

Filomena compuso su semblante, y recibió tranquila y sonriendo á don Luis, que la puso un manuscrito en las manos.

Estaba escrito de puño y letra de don Calisto, y era una declaracion en regla, de la que legalmente no podia dudarse.

Filomena guardó aquel manuscrito en su secreter.

—Veamos, don Luis, dijo Filomena; acepto completamente la proposicion de usted: en cuanto estén llenas las formalidades establecidas, nos casamos.

—¡Ah, Filomena, y qué feliz me hace usted! dijo don Luis; amo á usted desde que la trajo á usted á casa don Calisto; pero mi deber era ocultar mi amor, y le he ocultado como he ocultado mis celos, mis horribles celos; pero

no hablemos más de esto; esto es una cosa pasada ya; debo, sin embargo, decir á usted que la amo tanto, que aunque fuese usted completamente pobre, haria lo mismo que hago.

—Gracias, don Luis, dijo Filomena tendiendo la mano á su cajero y fingiéndose conmovida con la maestría y la verdad aparentes de que hubiera sido capaz una grande actriz: yo le he estimado á usted siempre mucho, de lo cual tiene usted repetidas pruebas, especialmente desde que enviudé: no le he amado á usted ni le amo aún; pero siempre me ha sido usted muy simpático, y lo generoso que usted es conmigo, hará que muy pronto le ame á usted con toda mi alma: he pasado algunos años soñando, no lo niego; pero no he podido ménos de despertar del sueño, y de reconocer la verdad: las mujeres cuando somos jóvenes, cuando no tenemos experiencia, nos impresionamos por lo falso, y cometemos disparates que producen por lo general funestísimos resultados: por fortuna aún es tiempo; soy jóven, usted me ama, yo estimo á usted en todo lo que vale; puedo ser feliz, y lo seré.

—Yo me consagraré á usted: yo haré tanto, que usted considerará como un sueño sus desgracias pasadas.

—Yo quisiera gozar tranquilamente de mi felicidad, don Luis: quisiera que nos retirásemos. ¿En qué estado están nuestros negocios?

—En un estado admirable: tenemos invertidos nuestros capitales en hipotecas ventajosas; en algunas lucrativas contratas con el gobierno y con el ayuntamiento, y en un magnífico surtido de paños.

—¿Cuándo terminan esas hipotecas y esas contratas?

—A fin de año.

—¿Y para ese tiempo podremos haber realizado el valor de los géneros de nuestros almacenes?

—Lo podemos traspasar mañana con un beneficio de dos ó tres por ciento.

—Pues bien, realicémoslo todo y hagámonos accionistas del banco inglés por todo nuestro capital.

—Es un disparatè, Filoména; debo advertírselo á usted: hoy realizamos cómodamente un interés de diez por ciento.

—¿Y qué importa? hay que trabajar, hay que estar sobre los negocios: supongamos que en vez de tener una renta de diez millones la tenemos de cinco ó seis: con esto basta para el género de vida que yo quiero adoptar: en primer lugar, yo no me caso para no poder contar con mi marido sino en las horas que le dejen libres los negocios: yo soy apasionada, muy egoista en amor, y bastante rica para que nada me robe, ni por un solo minuto, á mi marido: al diablo con los libros de caja, Luis: no comprendo que se trabaje cuando se ha llegado á poseer una fortuna tal como la nuestra: me repugna esa insaciable codicia de los que nunca se hartan de dinero: por otra parte, yo no he salido de Madrid sino para ir á baños, y quiero ver mundo, quiero viajar, y que en mis viajes me acompañe mi marido: quiero estar siempre á su vista, y que él lo esté á la mia: quiero que seamos como dos amantes que se adoran y que nunca se cansan de estar juntos: si continuáramos con nuestros negocios, esto no podria ser: realicemos, pues, nuestros capitales, y

entreguémoslos al banco inglés para que nos los administre: es muy bueno, muy bello no tener nada que hacer, y recibir cada semestre dos millones y medio de reales; viajar, gozar, no tener cuidados de ninguna especie.

—En buen hora, dijo alegremente don Luis; me seduce esa perspectiva, y confieso que nunca habia pensado en el dulce ócio del amor. Desgraciadamente tendremos que fastidiarnos hasta fin de año, en que la casa termina todos sus compromisos.

—Ya es de dia, Luis; quedamos convenidos en lo que ha de hacerse, y yo voy á descansar un poco hasta las diez: á las once almorzaremos juntos: convide usted á almorzar con nosotros á nuestro escribano: de sobrealmuerzo, reconocerá usted como suyos á mis hijos, extenderemos algunos documentos indispensables, y dentro de tres dias podremos casarnos: buenos dias, Luis; hasta luego.

Don Luis salió ébrio de alegría del gabinete de Filomena.

—¡Oh! dijo dirigiéndose á su cuarto: me parece que ni viajarás ni habrá necesidad de disminuir la renta en un cinco ó un seis por ciento: seria un disparate que yo no debo consentir.

Filomena á su vez se quedó pensando.

—Mi expiacion va á ser terrible: ese hombre me repugna á cada momento más. ¡Y que no haya yo pensado en que podia valerme de él para asegurar el porvenir de mis hijos, y para lavar mi crímen con un inmenso sacrificio! El marqués se va á asombrar cuando sepa mi de-

terminacion; pero estoy resuelta, y lo que me he propuesto será.

Filomena se acostó sin comprender que la trascendental conversacion que habia tenido con su cajero, no habia sido más que la primera escena de un nuevo y terrible drama.

CAPÍTULO XIII.

Del resultado que tuvo el segundo casamiento de Filomena.

I.

Todo se hizo como Filomena habia pensado.

El marqués habia visto aquello con extrañeza, y habia pretendido oponerse.

Más experimentado que Filomena, habia adivinado en don Luis á un inmenso bribon capaz de todo, y se habia extremecido por Filomena, y no sólo por Filomena, sino tambien por sus nietos: porque aunque habidos á trasmano y de mala manera, al fin, los hijos de Filomena eran nietos suyos: su sangre, en una palabra.

Era aquella una familia secreta, excepcional, producto del vicio y del crímen, como hay tantas en el mundo; pero al fin, una familia.

Como el marqués no podia alegar derecho ni autoridad alguna sobre Filomena, tuvo que tener paciencia, lo que le produjo durante diez y nueve dias una exacerbacion de su dolor de estómago, que le hizo beberse una cantidad inverosímil de ron.

II.

Tres dias despues de la escena habida entre Filomena y don Luis, contenida en el anterior capítulo, se celebró el casamiento, sin ruido, y los hijos de Filomena fueron traidos desde Miraflores á Madrid, sin decir á nadie si se les habia legitimado ó no.

Con el tiempo las fechas se pierden, y nadie repara en las cosas dramáticas escondidas en la historia de una familia, si no hay quien tenga un grave interés en desenterrarlas.

Los datos se quedan en los libros parroquiales, donde constan las partidas de bautismo, de casamiento y de defuncion.

Estas fechas, cuando no se compulsan por un interesado, se embrollan.

III.

Filomena, inmediatamente despues de su casamiento, comprendió que la penitencia que se habia impuesto era insoportable.

No habia dejado de amar á Andrés, por más que arrepentida se hubiera esforzado por olvidarle; y don Luis, apenas verificado el casamiento, se hizo una especie de déspota insufrible.

Habia logrado su objeto, y se habia quitado la careta.

Le enardecia la hermosura de Filomena, y la pasion brutal, puramente material de aquel hombre, hacia sufrir

á la jóven un tormento contínuo, tanto más terrible, cuanto más se veia obligada á fingir amor á su marido.

Don Luis habia llegado á engañarse; habia llegado á creer que su mujer era una de esas mujeres vulgares que cambian de situacion y de afectos, cediendo con facilidad á una nueva impresion que las hace olvidarse de las impresiones anteriores.

A más de esto, don Luis se creia muy buen mozo, muy experimentado, muy conocedor de las mujeres, y por lo tanto, irresistible para ellas.

Generalmente el amor propio hace confiados á hombres que si no tuvieran vanidad conocerian claro que las mujeres son muy malas cómicas cuando representan lo que no sienten.

Sin la estúpida vanidad comun, el mundo marcharia de otro modo: no sabemos si mejor ó peor.

Porque no sabemos lo que seria el mundo si por inútil no existiese la farsa.

IV.

Pero si Filomena estaba violenta por su situacion, no lo estaba ménos don Luis.

Manejaba, es verdad, los grandes capitales de Filomena; pero aquellos capitales no eran suyos, y queria hacerlos suyos á todo trance; pero sin comprometerse, sin dar ocasion á que un juez de primera instancia le hiciese una sola pregunta.

Esto no era fácil, y don Luis se impacientaba.

Habia acabado por hastiarse de Filomena, y le irrita-

ban terriblemente aquellos tres pobres niños que le llamaban padre.

El crímen iba germinando en la codiciosa, en la cobarde alma de don Luis, que no se habia casado para continuar siendo en cierto modo un dependiente, sino para convertirse en dueño absoluto.

V.

Hubo un dia en que don Luis sintió una alegría horrible por el objeto.

El cólera se habia declarado oficialmente.

El *Diario de Avisos* traia todos los dias un horrible guarismo de casos funestos.

Verdad es que lo mismo que podia morir Filomena podia él morir.

Pero don Luis estaba tan excitado por la codicia, le irritaban de tal modo los hijos de Filomena, que aceptó con un heróico valor aquella especie de juego de azar, en el cual, permítasenos la expresion, tallaba el cólera.

VI.

Filomena se aterró por sus hijos; pero, por otra parte, aceptó tambien el terrible azar.

El cólera podia llevarse á don Luis.

Si hubiera sido lícito hacer con este objeto una promesa á la Virgen de la Paloma, Filomena la hubiera hecho.

Impresionada por sus hijos, quiso huir de Madrid.

Aquella fué la primera cuestion grave que surgió entre los dos extraños esposos.

Don Luis se negó redondamente: alegó que contra el cólera no habia defensa, que muchos que habian huido habian perecido en el lugar á donde habian escapado; que lo mejor era permanecer firmes en su puesto, y esperar resignados á que fuese lo que Dios quisiese.

Filomena protestó y declaró que estaba resuelta á marchar con sus hijos á París, donde no habia cólera.

—¿Y con qué licencia? ¿con qué autorizacion? dijo don Luis.

—Yo no necesito ni autorizacion ni licencia de nadie para salvar á mis hijos, dijo con irritacion y olvidándose de la prudencia Filomena; si tú quieres quedarte, quédate; me importa poco; pero no son lo mismo mis hijos.

—¿Y qué me importan á mí esos muchachos, que me irritan? exclamó don Luis; ¡á ver como no se mueren todos y su madre tambien! ¡estoy cansado de sufrir y no quiero sufrir más! ¡como yo no me muevo de aquí, no se moverá nadie! ¡yo soy el dueño de mi casa! ¡me protegen las leyes!

—¡Marcharé, me fugaré si es necesario, y que suceda lo que quiera!

—En buen hora: el telégrafo correrá más que tú, te detendrán, y volverás de pareja en pareja de la Guardia civil.

VII.

Filomena comprendió que no la quedaba ningun recurso, y apeló á su padre el marqués de Alpuente.

—¿Y qué quieres tú que yo le haga? dijo el marqués: no puedo decir que soy tu padre, y aunque pudiera decirlo, no adelantaria nada; porque los padres no tienen derecho sobre los hijos casados; componte de otro modo y emplea la blandura y la seduccion, que son las armas más poderosas de la mujer.

—Todo es inútil, dijo Filomena: ni me ama ni me ha amado nunca; se casó conmigo y reconoció como suyos mis hijos por mis millones, y lo que ese malvado quiere es que nos muramos, primero yo y despues mis hijos.

Los ojos del marqués dejaron ver una expresion siniestra.

—¡Oh, oh! esto es grave, dijo: ¿estás segura de que no te equivocas, Filomena?

—¡Oh, sí! segura de todo punto; despues de casada he sabido que ese hombre tiene relaciones y áun hijos con una muchachuela, hija de un ropavejero del Rastro; he sorprendido algunas cartas, que he leido con cólera, que he dejado en su sitio, y de lo cual ni áun me he dado por entendida; mi dinero sirve para mantener con lujo, y áun con carruaje á esa bribona, y los dos niños están en un colegio en Francia.

—Es decir, que las relaciones de don Luis de Céspedes con esa bribona datan de algunos años.

—Sí, señor.

—Y dime, Filomena, ¿hace muchos años que don Luis entró en tu casa, es decir, en la casa de tu difunto marido?

—Veinticinco años lo ménos; vino muy jóven, y en la casa ha ido ascendiendo hasta que ha llegado á cajero.

—De modo que ese hombre habrá visto de qué manera se hizo millonario su principal.

—Yo creo que conoce todos los secretos de la vida de don Calisto, que tenia en él una gran confianza.

—Pues hija, exclamó profundamente el marqués; es necesario adelantarse.

—¿Adelantarse á qué? dijo Filomena mirando fijamente al marqués.

—Me gusta que me comprendan por una sola palabra, dijo el marqués con acento seco.

—Es que yo no quiero comprender á usted, dijo Filomena, ni hace falta: en primer lugar, yo no quiero más horrores: bastante cargada tengo la conciencia; en segundo lugar, no hay que temer nada; si el cólera me respeta, viviré lo que Dios quiera, y moriré de muerte natural, porque es cobarde, no se atreve, y por eso quiere que yo esté expuesta á la influencia de la epidemia, porque si el cólera me mata nadie le hará cargo de mi muerte.

—¡Ta, ta, ta! creo haber conocido á ese pillo: es muy inteligente, tiene demasiada imaginacion; hay mil medios indirectos para quitar de en medio á una persona que estorba; recuerda lo que yo hice para librarme del padre Costa; nadie pudo hacerme cargo de aquello; desengáñate, Filomena, lo mejor es adelantarse

—Tampoco es posible; sabe lo que yo hice con don Calisto; está receloso, y á pretexto de que sus negocios le ocupan mucho y le traen de acá para allá y no tiene hora suya, come generalmente en la calle, ya en la fonda, ya en casa de su querida, y ni áun agua bebe en casa.

—Pues peor, mucho peor: eso significa que se está ya

dentro del peligro; porque ese hombre no puede sostener por mucho tiempo la situacion tirante en que se encuentra colocado; ¡y pensar que sólo hace cuatro meses que se ha casado contigo, con una mujer hermosísima, bien educada, elegante y millonaria! de seguro que la bribona de su querida no sirve ni áun para doncella tuya.

—Es muy buena moza.

—Alguna manolota de rompe y rasga; alguna perdida que le engañará como él te engaña á tí.

—Está loca por él, y aunque es muy jóven, sus relaciones con don Luis son antiguas, de hace ocho años: sólo tenia ella catorce años cuando empezaron sus relaciones con ese hombre: además, los dos hijos que tiene de ella son la causa de las infames intenciones que Céspedes tiene contra mí.

—Ajustemos la cuenta, Filomena: llevamos un mes de cólera: ahora está en su acceso; dentro de poco descenderá, y á la vuelta de un mes, cuando empiece á refrescar el tiempo, desaparecerá con las primeras lluvias: lo que ménos me importa á mí es el cólera: no le temo; me burlo de él: en nada he alterado mi método de vida, ó mejor decir, mi desórden: cómo aquello que se me apetece cuando tengo gana, y no tomo precaucion alguna; pero las mujeres sois demasiado impresionables, y lo exagerais todo: ahí tienes á mi hija, que en cuanto se declaró oficialmente el cólera, me dijo:—No quiero sucumbir asesinada por el viajero del Ganges, y creo que usted no cometerá la tiranía de tenerme aquí aterrada, sufriendo un miedo insoportable; vámonos á Francia, á Inglaterra ó á Italia; á cualquier parte donde no haya cólera.—Véte

tá en buen hora, la dije, con tu aya y con los criados que quieras: gasta lo que quieras y diviértete, que lo que es yo no me muevo de aquí; el cólera para mí no existe; pero no por esto pretendo yo que estés agonizando de miedo, y que me quemes contínuamente la sangre: vete, hija mia, vete, y vuelve cuando quieras: eres juiciosa y digna, y tengo una gran confianza en doña Juana; sólo te suplico, que si te enamoras, sea siquiera de un par de Francia, y que no volvamos á disgustarnos por unos amoríos tan vulgares y tan inaceptables como aquellos que tuviste con aquel tuno: anda, anda y vete cuando quieras.—Al dia siguiente la dejé ir, como debiera dejarte ir á tí y á tu marido, ya que tan aterrada estás por el cólera.

—Si no tuviera hijos, exclamó Filomena, no me aterraria; porque la muerte seria para mí un favor.

—Déjate de simplezas, Filomena, y no me impacientes; el deseo de la muerte es lo más ilógico y lo más absurdo que conozco: como si tuviéramos algo más que la vida: como si la nada fuera preferible al sér: los dolores pasan, el tiempo los gasta: es decir, cuando lo que nos duele es el alma, no el estómago; yo paso de las veinticuatro horas del dia ocho infernales; digiero mal, respiro mal, vivo mal; y sin embargo, no se me ha ocurrido desear la muerte; sin contar con que yo tengo el alma prensada, lastimada, dada al diablo; pero como ha dicho no sé quién, sufrir es vivir, por lo cual, yo que sufro mucho, vivo mucho más que el que nada sufre, y deseo vivir mucho más: nada, nada; deja á mi cargo el que yo despeje la situacion embarazosa en que te encuentras colo-

cada: envia enhoramala el miedo que tienes al cólera, y confia en tu padre, que te adora, porque eres la representacion viva de uno de sus grandes recuerdos.

—Exijo que desista usted de todo proyecto contra Céspedes, dijo Filomena con energía: no quiero más crímenes, no quiero más remordimientos: estoy resignáda á todo: acepto como una expiacion de mi culpa lo que me sucede, y si he pretendido huir del cólera, ha sido sólo por mis hijos.

—En buen hora, dijo el marqués: desisto, puesto que lo quieres; pero esto no impedirá que yo tome precauciones: en el estado en que te encuentras, son de todo punto necesarias.

Filomena se separó de su padre, y se volvió á su casa.

VIII.

Dos horas despues, don Luis de Céspedes estaba encerrado con el marqués, que le habia llamado con urgencia, en medio de habitaciones cerradas, á fin de que nadie pudiese oir lo que hablasen.

El marqués era un hombre fuertemente enérgico y bravo á pesar de sus años y de sus dolencias.

Don Luis de Céspedes era un hombre nulo en la cuestion de armas tomar, un verdadero comerciante: un hombre que no servia para otra cosa que para el cálculo y para la partida doble.

En cuanto el marqués hubo establecido la incomunicacion de su gabinete con las otras habitaciones, se encaró con don Luis, y le dijo sin andarse con ambajes:

—Usted es un bribon, señor mio, educado en la escuela de otro bribon.

Don Luis, por única respuesta, se puso muy pálido y miró con miedo al marqués, abriendo mucho los ojos.

El marqués tenia en la mano una gruesa caña de Indias con puño de oro, y la blandia de una manera que ponia muy en cuidado, ó mejor dicho, muy en miedo á don Luis.

—Usted se ha propuesto, continuó el marqués, deshacerse de Filomena y de sus hijos, y le advierto á usted que esto es muy peligroso, por la sencilla razon de que yo estoy en el mundo.

El marqués seguia blandiendo su baston, y don Luis callando, aturdido por aquello que se le venia encima.

—Usted diria, si se atreviese á decir algo, prosiguió el marqués, que qué derecho tengo yo para mezclarme en sus asuntos: á lo cual yo responderia, si usted se atreviese á hacerme esa pregunta, que yo no reconozco otro derecho que la fuerza, y que tengo la bastante para hacerle á usted arrepentirse de haber nacido en un caso dado.

—Lo que usted me dice, señor marqués, dijo al fin algo repuesto don Luis, me llena de asombro: si yo no confiase tanto en la virtud de Filomena, lo que usted me dice me haria sospechar algo muy desfavorable para ella.

—¡Cómo! ¡pillo! ¿y te atreves á suponer lo que sólo cabe en tu villana cabeza, atiborrada por el tanto por ciento? ¿sabes tú quién es Filomena, ni las razones que yo tengo para protegerla contra tí y contra el mundo

entero? ¿sabes tú, pelagatos resucitado, vendedor de tu despreciable nombre para hijos de otro, lo que yo soy capaz de hacer, si por tu causa sobreviene el más ligero daño á Filomena? ¿Sabes tú que soy capaz de reducirte á la nada, con sólo que me des el más leve motivo atreviéndote á ella?

—Suplico á vuecencia que se calme, señor marqués, dijo asustado Céspedes, porque don Baltasar levantaba mucho el baston y se iba encolerizando demasiado, y que me explique qué motivo he podido yo dar para que me traten con una dureza que no creo merecer.

—¡Qué motivo, miserable! ¡y te atreves á preguntármelo! ¿pues no has tenido una reyerta incalificable con tu mujer? ¿no te has negado á que salga de Madrid, donde el cólera la aterra por sus hijos? ¿quién eres tú para armarte de autoridad respecto á una mujer á quien debes todo lo que tienes, á la que no mereces, contra la cual abrigas perversas intenciones? ¡ah! pues mira: como sucumban al cólera Filomena ó cualquiera de sus hijos, puedes prepararte para el viaje, porque te advierto que no se han de quedar sin venganza. Vengamos á lo que conviene y concluyamos: mañana saldrá Filomena con sus hijos de Madrid para ir á donde quiera: ¿lo entiendes? ó de no, te pongo la proa y te paso por ojo: hemos concluido: vete.

—¡Pero, señor marqués!...

—¡Vete!

Y el marqués salió del gabinete y abrió las puertas. Céspedes salió de la casa del marqués aterrado.

IX.

Al dia siguiente, Filomena salió de Madrid para París con sus tres hijos.

Al cuarto dia, el marqués recibió una carta enlutada.

Aquella carta era de Filomena, y estaba fechada en Zaragoza.

«Señor marqués, decia, estoy desesperada: mi hija mayor, mi María, fué acometida del cólera en el camino, cerca de esta ciudad; dos horas despues de mi llegada ha muerto: acaso no hubiera muerto si hubiéramos permanecido en Madrid. Este pensamiento me roe las entrañas: mi terror ha aumentado de tal manera por mis otros hijos, que apenas enterrada mi pobre María, voy á tomar la posta: no puedo más, señor marqués; estoy loca: Dios me prueba demasiado: él quiera que antes de salir de España no tenga que dar á usted otra funesta noticia.—Filomena.»

El marqués rugió: amaba á su hija, y el dolor de Filomena se trasmitió á él.

Pero aquella extraña organizacion, aquella organizacion egoista, encontró muy pronto un pretexto para consolarse.

—Y bien, dijo, lo que á mí me importa es Filomena, y casi casi deberia alegrarme de la muerte de mi nieta María, y desear que muriesen de la misma manera Julio y Arturo; que acabasen todos los medios por los cuales ese bribon de Céspedes pudiera llegar á ser heredero de mi hija; me parece que leo claro como en un libro

los torcidos proyectos de ese miserable; si Filomena muere dejando dos hijos menores, estos la heredan: los niños se mueren de cualquier cosa; con descuidarlos, con tratarlos mal, basta para que contraigan una enfermedad, que en cuatro dias los mata; y como se ha hecho la farsa legal del reconocimiento y de la legitimacion por el Céspedes, y como no hay parientes que reclamen, que puedan poner en claro todo este embrollo, hé aquí que ese infame heredaria los ciento y tantos millones de Filomena, sólo por haber estado casado cuatro meses con ella, sin que yo pudiera oponerme á nada. Decididamente hay que alegrarse de la muerte de mi nieta, y desear que mis otros dos nietos se mueran por amor á Filomena; si este caso llegara, Filomena estará asegurada, porque como Filomena no cometerá el disparate de otorgar un testamento recíproco, un testamento de mancomunidad, Céspedes encontraria muy conveniente que Filomena viviera: decididamente hay que alegrarse de lo que sucede.

El marqués se consoló de esta manera de la muerte de su nieta María, á quien habia cobrado mucho cariño.

X.

Cuatro dias despues recibió otra carta enlutada.

El segundo hijo de Filomena, Julio, habia muerto tambien.

Sólo quedaba Arturo, que apenas contaba tres años y estaba enfermizo.

—Esto es horrible, dijo el marqués; no parece sino que

la familia del diablo se la lleva el diablo: será necesario creer que hay maldiciones supremas; pero, en fin, ya no queda más que uno, y delicado y enfermizo; cuando éste haya sucumbido, Filomena puede con cualquier pretexto obtener una separacion legal de Céspedes y encontrarse emancipada; tendrá una mala historia que recordar, pero esta es la herencia que yo la he legado; yo tambien la tengo y la sufro.

XI.

Pocos dias despues recibió una tercera carta de Filomena, fechada en París.

—Aquí debe venir la noticia de la defuncion de mi último nieto, dijo el marqués antes de abrir la carta.

Pero se engañó.

Filomena le escribia que habia llegado buena, cuanto podia estarlo una madre que en ocho dias habia perdido dos hijos, que en París no habia cólera, y que esperaba salvar á su Arturo.

—¡Insensata! dijo el marqués, si ese chiquillo se salva, se pierde ella; es necesario tener mucho cuidado, avisarla para que esté prevenida; sobre todo, si muere, hacer que examinen el cadáver para perseguir al asesino; pero lo mejor será no dar ocasion á que mi hermosa Filomena se convierta en cadáver.

XII.

El marqués tuvo otra entrevista demasiado franca con Céspedes, que protestó que amaba á Filomena, que

nunca habia pensado en deshacerse de ella, y que sentia mucho la muerte de los dos niños.

El marqués se tranquilizó, no porque creyese en la buena fé de Céspedes, sino porque era de suponer que estando Céspedes tan advertido no se atreveria á hacer nada contra Filomena.

XIII.

Pasó el cólera: las gentes que habian salido de Madrid empezaron á volver, y un mes despues, al principio del invierno, el marqués recibió la siguiente carta de Filomena:

«Puesto que ha desaparecido el cólera de Madrid y que el clima de París hace mucho daño á mi Arturo, me vuelvo á España: dentro de cuatro dias tendrá el placer de abrazar á usted—Filomena.

Esta carta causó un terror vago al marqués.

CAPÍTULO XIV.

De cómo se puede quitar de en medio sin responsabilidad á una persona.

I.

Céspedes recibió muy bien á Filomena y á Arturo.

Se dolió, como hubiera podido dolerse un padre, de la muerte de María y de Julio, cambió de vida, se desvivió por la salud del niño, y logró engañar á Filomena, cuya cabeza, á causa de sus desgracias, se habia resentido.

De otro modo, Filomena no hubiera podido ménos de reparar en algunas singularidades.

Por ejemplo: la cocinera era una jóven muy buena moza; pero que tenia algo de siniestro en la mirada.

Si el marqués cuando iba á la casa hubiera visto á Pepa, se hubiera alarmado.

Pero Pepa, cuando el marqués iba, estaba en la cocina, y el marqués no tenia para qué ir á aquel departamento.

Nada habia que decir, sin embargo, de Pepa, ni como cocinera ni de su conducta.

Guisaba muy bien, y en la última casa donde habia estado habian dado acerca de ella unos excelentes informes.

Sin embargo, cuando Pepa salia por la mañana á la compra, entraba, á la vuelta, en la buñolería de la calle de Ciudad-Rodrigo y se iba al rincon más oscuro de ella, donde siempre la esperaba un hombre de muy mala facha, á quien algunas veces acompañaba otro de no muy buen talante.

Céspedes lo sabia esto.

Durante la ausencia de Filomena, habia recibido á Pepa, y hombre de mundo, por la mirada dura, profunda y un tanto sesgada de Pepa, y por la contraccion de su boca, habia comprendido que Pepa era capaz de todo.

En las casas donde hay dinero, hay que tener un gran cuidado con los criados que se reciben.

En otra circunstancia, Céspedes no la hubiera recibido; pero los mismos recelos que le infundió el aspecto de Pepa, le inspiraron un proyecto horrible, y se apresuró á admitirla.

Faltaba averiguar si Pepa era una buena mujer que tenia mala cara, ó si su mala cara respondia á malos hechos.

Céspedes la espió por sí mismo á la larga y sin dejarse ver, y al fin se convenció de que era una bribona al conocer á los dos hombres á quienes iba Pepa á encontrar en la buñolería.

A pesar de esto, Céspedes no la despidió: por el contrario, la trató muy bien y la aumentó la paga.

II.

Si Filomena no hubiera estado tan abstraida en su desgracia, hubiera empezado por sentir antipatía hácia Pepa, hubiera sospechado de ella y la hubiera despedido.

III.

A los quince dias de la llegada de Filomena, Céspedes la dijo de sobrealmuerzo:

—Se acerca el fin de año, y es necesario ir empezando á liquidar para retirarnos: hé aquí las proposiciones que se me han hecho para el traspaso del almacen: ganamos un tres por ciento al contado; podriamos ganar más á plazos; pero por darte gusto, yo quiero concluir con el año todos nuestros negocios: aquí tienes la proposicion detallada por artículos, añadió sacando un papel de la cartera y presentándolo á Filomena; examínala, y ve si te conviene ó no.

—Haz lo que quieras, dijo Filomena rechazando el papel: lo que tú hagas estará bien hecho.

—En ese caso, voy á concluir hoy mismo el contrato: es ventajosísimo: tambien es cierto que nuestros géneros son todos de excelente salida, y que no tenemos un solo alguacil.

Alguaciles se llaman, mercantilmente, los géneros antiguos, que por haber pasado la moda son de muy mala salida.

IV.

Tres dias despues, Pepa decia á sus dos conocidos en el oscuro rincon de la buñolería de la calle de Ciudad-Rodrigo:

—Todo ayer han estado llevando talegos de dinero á casa del amo, y los han ido metiendo en un cuartito, á donde se entra por el dormitorio de la señora; pero ya sabeis que el dinero dura muy poco en las casas de los comerciantes, y es menester aprovechar la ocasion.

—Y dí, tú, Pepilla, ¿es fácil llegar al dormitorio de tu ama? dijo uno de aquellos hombres.

—¡Vaya si es fácil! respondió Pepa: primero está el recibimiento; luego la antesala: despues la sala; en el gabinete está el dormitorio de la señorita, y por el dormitorio se entra al cuarto donde está el dinero.

—¿Y la señorita duerme sola?

—¡Cómo ha de dormir sola, animal, si es casada! duerme con el señor, y en la misma alcoba está la cuna del niño Arturo.

—Y dí, tú, Pepa, dijo el otro hombre, que hasta entonces habia estado callado: ¿tu amo es hombre de corazon y de brios?

—¡Cá! ¿pues no le has visto tú, Diego? es un pobre hombre que para nada sirve más que para comerciante.

—Mira, Pepilla, dijo el otro; estas no son cosas para tratadas en una buñolería; mañana es domingo y te toca salir; vete al primer merendero de la Vírgen del Puerto, y allí hablaremos: llévate un planito de la casa, que ya

lo sabes tú hacer, y no hablemos más y hasta mañana á la tarde.

Pepa se levantó, y salió cargada con su cesta.

V.

A las tres de la tarde del dia siguiente, un carruaje de plaza se detenia junto á las escaleras por donde se baja desde el paseo del Campo del Moro á la Vírgen del Puerto, y salia de él de tiros largos, con traje de seda, manton de Manila bordado y mantilla de casco, Pepa.

Pagó al cochero, bajó las escaleras, torció á la derecha, se entró bajo el cobertizo de esteras de un merendero, penetró en la casa, y entró á la derecha en un cuartucho, donde ya la estaban esperando Agustin y Diego, los dos bribones con los que habia hablado el dia anterior en la buñolería de la calle de Ciudad-Rodrigo.

—Vaya, adelante, reina, dijo Agustin, que era el amante de Pepa; vienes que das golpe, chiquilla, hecha un brazo de mar; ¡vaya un lujo! y es lástima, porque te vas á manchar toda en esta pocilga.

—Deja, tonto, contestó Pepa; que con lo que tenemos entre manos, ya hay para quitar las manchas que se cojan aquí.

Y Pepa se sentó sin reparo en un súcio banco.

VI.

La policía duerme: las reuniones de pícaros para planear crímenes son frecuentes en lugares que la policía debiera vigilar cuidadosamente.

Los merenderos de la Vírgen del Puerto y del Rio, hasta más allá de San Antonio de la Florida, están contínuamente frecuentados por ese bandido de gorrilla y blusa y garrote, por ese vago tolerado de baja estofa que se presenta con descaro en los sitios más públicos, y se pone de apostadero junto á las parejas de la Guardia civil.

En Madrid hay á lo ménos de veinticuatro á treinta mil de estos canallas, aunque no todos lleven gorrilla, blusa y garrote, porque tambien entre esta canalla hay categorías, á los que añadiendo algunos miles de criadas bribonas y de mujerzuelas, constituyen un foco de crímen, de vicio y de escándalo, que consta de cuarenta ó cincuenta mil indivíduos.

¿Por qué existe esto? ¿por qué no se cumplen las leyes respecto á los vagos? ¿por qué no se ejerce un saludable y necesario rigor? ¿por qué no se libra á Madrid de esa sentina infecta en que se revuelven séres brutales y miserables? ¿por qué no se limpian esos inmundos focos de corrupcion?

No basta que se pueda transitar á toda hora de la noche con seguridad por las calles, seguros de no ser robados, porque esto se comprende en una poblacion donde en cada calle hay dos ó tres serenos y una pareja de Guardia civil; donde nunca reina la espesa niebla del hombre; donde un robo á mano armada en la vía pública seria un escándalo indisculpable.

No se alegue esto para decir que ese inmenso número de vagos, de perdidos, de tahures, de desertores y de licenciados de presidio, y de mujeres corrompi-

das, puestas en contacto con esa canalla, no son temibles. No nos lo digais, porque os recordaremos el asesinato de la calle del Duque de Alba, el de la calle de la Paz, el de la calle de la Justa, los recien nacidos arrojados muertos en las alcantarillas, los robos hechos por estas y el contínuo saqueo de los rateros en los mercados, en las puertas de las iglesias, en todos los lugares concurridos.

Si quereis que se acaben el robo y el asesinato, ó que á lo ménos sean rarísimos, atacad el mal en su raiz; perseguid á la gente perdida; enviad á los vagos y á los que han sido encausados por robos, á los pueblos de su naturaleza; diseminadlos; sujetadlos á una vigilancia necesaria; enviadlos á un establecimiento correccional, cuando reincidan en la vagancia, y de este modo habreis hecho mucho, áun considerando esta medida como una medida política.

Evitad que se diga que los vagos, los tahures y los miserables están protegidos.

Evitad la corrupcion de las hijas de familia, y cread la seguridad del hogar hasta el punto de que se pueda tener sin temor en él una gran cantidad de dinero.

Hoy nadie se atreve á tener mucho dinero en su casa por no excitar la actividad de los grandes bandidos, que unen al robo el asesinato.

VII.

Pepa pidió callos, caracoles, vino y picante.

Mientras se traia esto, sacó del bolsillo un papel, en

que estaba trazado con lápiz y con suma claridad el plano de una casa, y lo extendió sobre la mesa.

—Mirad, dijo: estas son las escaleras: esta la puerta del cuarto principal, el recibimiento, la salá, el gabinete, el dormitorio, el cuarto donde está el dinero, que no tiene comunicacion con ningun otro cuarto: mirad á la derecha del recibimiento esta otra puerta que da á una galería: á la derecha está el cierre de cristales del patio; esta primera habitacion, á la izquierda de la galería, es el despacho del señor: la que sigue el comedor: la de más allá el cuarto donde yo duermo: luego la cocina y la despensa: la casa, como veis, es muy pequeña; en ella no dormimos más que los señores y yo.

—¿Y dónde duermen los otros criados? dijo Agustin.

—El cochero y los dos lacayos duermen en la cochera; el cajero, el dependiente mayor y los dos horteras, con una criada vieja que les sirve y les hace la comida, en el cuarto segundo; en el tercero la muchacha de cuerpo de casa y las dos doncellas de la señorita: el cuarto está lleno de géneros que no caben en el almacen de la planta baja, y las guardillas sirven para guardar las esteras, las alfombras y los muebles viejos.

—Entonces, dijo Diego, tienen toda la casa.

—La casa es propia de la señorita, dijo Pepa, y como es pequeña y hay dependientes y criados, y tienda y almacen, y muchos géneros, la ocupa toda.

—Pues mejor, mucho mejor, dijo Agustin, porque no hay vecinos, y tú sabrás á qué hora se recogen y á cuál se levantan los dependientes y los criados.

—Yo me levanto á las siete, dijo Pepa, llamo á los

horteras que bajan al almacen, abren la tienda, la barren y la arreglan: las doncellas se levantan á las ocho, y se van á dar un barzon y á ver á los novios hasta las diez, que se levantan el amo, el cajero y el dependiente mayor: la señorita se está en la cama hasta las once ó las doce.

—¿Y la vieja que cuida de los dependientes? preguntó Diego: bueno es no olvidarse de nada.

—Esa maldita, contestó Pepa, se levanta entre dos luces y se va á comprar; tiene dos hijas casadas, se va á su casa á dejarlas la sisa, y no parece hasta las ocho de la mañana. ¿Sabeis que estos callos están tan bien hechos como si los hubiera guisado yo, y que este vinillo no es malo?

El banquete habia empezado á ser servido un poco antes.

—Pues qué, dijo Agustin, ¿te crees tú que á mí me sirven mal en ninguna parte? Esto no es lo que se sirve á todo el mundo; ya vine yo ayer tarde á encargar que la cosa fuera buena, porque iba á disfrutar de ella una buena moza.

—Muchas gracias, cariñito, dijo Pepa: ya sé yo que tú me quieres, y con lo que afanemos me quito de servir, pongo una buena casa de huéspedes de lujo, en grande, nos casamos, te haces un señor, y ya verás tú qué bien nos va.

—Pues vamos, vamos á ver cómo se arregla eso, dijo Agustin.

—Por partes, dijo Diego; ¿á qué hora se recogen en la casa?

—A las doce todo el mundo está durmiendo: como esta noche es domingo, es posible que don Elías, el cajero, y don Juan, el dependiente mayor, vayan al teatro, y se estén hasta la una: en cambio, y se me olvidaba deciros lo mejor, el amo no estará ni á la una, ni á las dos, ni á las tres, ni á ninguna hora, porque esta mañana se ha ido á cazar con unos amigos suyos y con el cura de Azuqueca á un soto, y tardará seis ú ocho dias.

—¿Qué se ha ido á cazar tu amo, dejando en su casa, al lado del cuarto donde duerme su mujer, muchos miles de duros? observó Diego: ¡ah, bribon! ¡pues no sabe el angelito nada, que digamos!

—¿Y qué ha de saber? dijo Pepa: siempre andas tú con misterios, Diego.

—¡Qué misterios ni qué rábanos! contestó Diego: que me den garrote si tu amo no está deseando quedarse viudo.

—¡Vaya, pues cuida poco de su mujer y no la mima que digamos! contestó Pepa.

—Aunque parece, son merengues, dijo Diego guiñando un ojo.

—Que te calles, tonto, dijo Pepa: lo mismo quiere quedarse viudo don Luis, que tú sin uno de aquellos hermosos talegos de onzas de oro que hay en su casa.

—Para lo tunanta que eres, dijo Diego, estás muy desgraciada hoy; no ves dos dedos más allá de tus narices, Pepa; ¿no está muy enfermito el niño?

—¡Vaya si está! como que la señorita llora que se las pela, y dice que se le va á morir éste como se le han muerto los otros.

—Pues ve tú ahí, dijo Diego: don Luis ha echado sus cuentas y ha dicho: si yo me quedara viudo, en muriéndose despues de la madre el chiquillo, heredaria yo todos los millones de la madre. Y pensado y hecho, Pepa; si él quisiera que su mujer viviera, los miles de duros que hay en su casa no estarian allí, porque los habria llevado al Banco: nadie tiene en su casa, si está á gusto con su pellejo, más dinero que el necesario para el gasto corriente, y no hay hombre que por ocho ó diez mil reales se vaya á comprometer á que lo ahorquen: cuando un comerciante necesita pagar un giro, saca el dinero de los avisos del Banco ó de la Caja de Depósitos el dia antes del vencimiento; y aunque saque mucho dinero no hay cuidado, porque estos negocios nuestros no se arreglan de un dia para otro: desengáñate: cuando don Luis ha dejado en su casa más de cincuenta mil duros, es que nos llama, que quiere que matemos á su mujer, y se quita de en medio: hace bien: y puesto que sin habernos hablado nos paga tan bien, es menester servirle.

—Estamos hablando mucho de cosas que no importan, dijo Agustin: vamos á ver: hay que empezar por la puerta de la calle: el sereno es un poquillo tumbon, y á las tres de la mañana, que es cuando hace su visita el celador, se mete en un quicio y se echa á dormir: es menester que vayan Pancho y el Crudo con las guitarras y tres ó cuatro prójimas, que le anden al sereno á la ronza, y que cuando despierte y se ponga á dar una vuelta toquen y canten para que no nos agarren al salir.

—Eso corre de mi cuenta, dijo Diego, y descuida tú, que cuando salgamos, ya saldremos sobre seguro.

—Es menester avisar, continuó Agustin, á Malastripas, al Denton, al Gayo y á Tresmanos, para que carguen.

—¿Pero cuándo les aviso?

—Para mañana á las dos de la madrugada en el café de la Aurora: que lleven las capas y las mochilas, y que vayan bien prevenidos.

—Listos: á otra cosa.

—Oye, tú, Pepa: ¿duerme con luz la señorita?

—Sí, hombre, sí, como duermen todas las personas decentes.

—¿Y quién la pone la lamparilla?

—Yo.

—Pues mira, pónsela de manera que á las tres de la mañana esté ya apagada.

—Y dí, tú; ¿tiene perrito tu ama?

—No: los dos perros que hay en la casa son pachones, y el amo se los ha llevado á la cacería.

—¡Para que me digan á mí, insistió Diego, que don Luis no quiere que le dejen viudo!

—¡Quítate allá, hombre! dijo Pepa: si el amo no habia ayer pensado en ir de caza, y esta mañana han ido tres amigos suyos y el cura de Azuqueca, y lo han comprometido y se lo han llevado casi á la fuerza...

—Eso no nos importa nada, dijo Agustin: lo que me importa es aprovechar la ocasion, y yo quisiera que fuera esta noche.

—Esta noche es muy pronto, observó Diego, y estas cosas hay que pensarlas muy bien: porque cualquier

descuido, por pequeño que sea, se paga muy caro: yo lo dejaria para mañana.

—¿Y si mañana se llevan todo ese dinero?

—Te apuesto lo que quieras á que no se lo llevan: repito que lo que quiere don Luis es quedarse viudo.

—Pues bueno, esperaremos á mañana, dijo Agustin; y como no hay que hablar más, porque la última razon se la daremos mañana á esta, vámonos, para que esta tenga tiempo de visitar á cuatro amigas, y pueda en un caso probar la coartada: no hay necesidad de que nadie se comprometa más que lo necesario.

Agustin llamó, pagó, y Pepa salió antes que ellos, se deslizó á lo largo del paseo de la Vírgen del Puerto, y entró en Madrid por la puerta de San Vicente.

VIII.

—¿Qué te parece de la casa de huéspedes que va á poner la Pepa? dijo roncamente Diego á Agustin.

—La pondrá en el otro mundo, contestó Agustin friamente.

—Es lástima, porque es muy buena moza y te quiere.

—Quita, quita allá: buenas mozas las hay á patadas, y lengua muerta no habla: las mujeres son el demonio, y por cualquier celera, aunque ellas se expongan á perderse, son capaces de perder á un hombre: además, que yo nunca la he querido.

Y los dos ladrones se alejaron lentamente en direccion opuesta á la que habia tomado Pepa.

CAPÍTULO XV.

Un drama horrible.

I.

Llegó la madrugada del lunes.

Dieron las tres en el reló de Santo Tomás.

No habian quedado encendidos más que los faroles necesarios para que Madrid no se quedase completamente á oscuras.

La noche era fria; soplaba un violento Norte, estaba nublado, y llovia menudamente.

El trozo de la calle de Atocha á que pertenecia la casa de don Luis de Céspedes, estaba casi envuelto en la sombra.

Un sereno adelantaba lentamente desde la puerta de la iglesia de Santo Tomás hácia la Audiencia.

Al dar las tres cantó con voz soñolienta:

—¡Las tres y nublado!

Por la parte de la Plaza adelantó un hombre completamente envuelto en una capa, y con un sombrero hongo calado hasta los ojos.

Al llegar al sereno, le dijo:

—¿Ocurre algo?

—No, señor, le contestó el sereno; no hay novedad; ¡pero hace un frio, que ya!

—¿Y qué hemos de hacerle? Buenas noches.

—Buenas noches, señor celador.

El celador pasó, adelantó hácia la Concepcion Gerónima, y al volver la esquina, á la izquierda, vió dos guardias civiles que estaban pegados al hueco de una puerta.

—Buenas noches, guardias, dijo el celador sobre la marcha.

—Buenas noches, contestaron los guardias.

Al entrar en la calle de Carretas el celador, encontró otro sereno que le dió parte sin novedad, y pasó.

II.

En cuanto el celador se alejó del sereno de la calle de Atocha, éste se volvió al pórtico de la iglesia de Santo Tomás, arrimó el chuzo con el farol á la puerta, se arrebujó y se sentó.

La saliente del pórtico le impedia ver á lo largo de la calle.

Poco despues, por la plazuela de la Aduana Vieja, ó de la Bolsa, como queramos, deslizándose junto á la pared del Banco de España, aparecieron dos hombres embozados.

Adelantaron, llegaron á la esquina, y miraron á lo largo de la calle de Atocha á derecha é izquierda.

Nada se veia: ni un solo bulto, ni la luz de un solo sereno.

Atravesaron la calle rápidamente, y á pocos pasos se embebieron en el hueco de la puerta de la casa de don Luis de Céspedes.

Uno de ellos abrió silenciosamente la puerta con llave.

Los dos hombres entraron y la puerta volvió á cerrarse, á encajarse más bien; porque no sonó el leve ruido de la llave en la cerradura.

Los dos hombres atravesaron á tientas y silenciosamente el portal, subieron á tientas las escaleras, llegaron al cuarto principal, encontraron la puerta, y uno de ellos se inclinó, palpó, y tomó una llave que estaba puesta bajo la puerta.

Con ella la abrió en silencio, y entraron, volviendo á cerrar.

III.

Cinco minutos despues, aparecieron por la misma plazuela de la Aduana Vieja cuatro hombres, uno detrás de otro: examinaron, como los anteriores, la calle de Atocha, la encontraron desierta, la atravesaron, llegaron á la puerta de la casa de Céspedes, la empujaron y entraron.

Una vez dentro, volvieron á encajar la puerta y la cerraron con llave, esperando despues en el portal.

IV.

Filomena no dormia.

La tenian desvelada sus penas, sus remordimientos; el dolor por la muerte de sus hijos, el amor á Andrés, de que no habia podido curarse; la incertidumbre de lo que podia haber sido de Andrés, porque éste desapareció de Madrid cuando despues de haber sido absuelto de la acusacion de Filomena y puesto en libertad, habia sido rechazado con indignacion y con desprecio por la marquesa de Santorcaz.

Filomena sufria horriblemente, y el sufrimiento la quitaba el sueño.

Sólo sucumbia á él cansada al amanecer, y esto para dormir mal, para soñar mal.

Aquella noche, como todas, habia oido cantar al sereno desde la una.

Su hijo Arturo habia estado muy inquieto, habia tosido demasiado, se habia levantado, le habia sacado de la cuna, y le habia acostado consigo.

El pobre niño se habia dormido, al fin, al calor del seno de su madre.

A las dos empezó á chascarar la lámpara de noche, lo que queria decir que habia consumido su aceite, y sólo la quedaba agua.

Se apagó al fin.

Filomena sintió un terror vago, un terror instintivo; pero no quiso llamar á Pepa para que encendiese de nuevo la lámpara, por no incomodarla.

V.

Las tinieblas la hacian daño.

La excitacion de sus nervios hacia que viese entre las tinieblas sombras espantosas, séres fantásticos, que la miraban, que se reian, produciendo al reirse muecas horribles.

Estos visajes, producidos por la imaginacion calenturienta de Filomena, aparecian rodeados de una aureola de luz leve, vaga, fosfórica.

De repente, la imaginacion de Filomena la fingió una caricatura espantosa, monstruosa, colosal.

La cabeza, el semblante de don Calisto que la miraba con la expresion del dolor producido por el envenenamiento, que la atraia, que la llamaba, con su mirada implacable, enemiga, malévola, infernal.

Filomena se cubrió la cabeza con las ropas del lecho, y en vano; la horrible caricatura se hacia más distinta, más clara, más irritada, más implacable, más agresiva.

Filomena se puso á rezar con toda su alma, como una persona que va á morir, que lo sabe, que recurre á la misericordia de Dios por medio del dolor y del arrepentimiento.

Aquella oracion del alma, de la voluntad, de la fé, vino en socorro de Filomena.

La horrible caricatura de don Calisto se fué borrando, hundiéndose en la sombra, sumergiéndose en ella, hasta que, por último, desapareció.

Filomena, aterrada aún, continuó rezando.

VI.

De repente sintió que la asian unas manos bruscas, que la sujetaban con unas fuerzas superiores á las suyas, y oyó una voz opaca, sorda, horrible, que dijo:

—¡El atraque! ¡ponla pronto el atraque!

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó Filomena, ¡ten misericordia de mí!

Y no pudo decir más.

Sintió que dos dedos terribles la oprimian las mandíbulas y la obligaban á abrir la boca.

Despues algo seco y áspero que penetraba en su boca y llegaba hasta su laringe, impidiéndola respirar.

Luego algo que apretaba como una mordaza su boca abierta.

Por último, el ánsia espantosa de una sofocacion rápida.

Luego nada: se habia asfixiado: habia muerto

VII.

—Enciende un fósforo, dijo la voz de Agustin, y luego una bujía: esta ya no nos estorba.

Sonó un leve chasquido, y el dormitorio se iluminó.

Filomena, con el rostro amoratado á causa de la sofocacion, estaba inmóvil y con los ojos abiertos y llenos de lágrimas.

Por la expresion que en aquellos ojos quedaba, parecia que Filomena habia muerto pidiendo su perdon al cielo.

Habia algo de sublime y de terrible á la par en la expresion de aquellos ojos muertos, que todavía no habian tomado ese aspecto vidrioso impuro de los ojos del cadáver.

—¡Calla! dijo Agustin con una serenidad espantosa, mientras Diego encendia en el gabinete una bujía de uno de los candelabros puestos sobre el abaco de la chimenea: el pequeño duerme como si tal cosa: mejor: le dejaremos vivir para que el viudo herede á la difunta, por si acaso, como dice Diego, nos la ha entregado; el hombre que no es agradecido no vale para nada; y luego, es necesario portarse bien con los compañeros, aunque no se les conozca.

En aquel momento entró Diego trayendo en la mano la bujía que acababa de encender.

Tiró bruscamente de las ropas del lecho, y descubrió á Filomena, cuyo seno quedó desnudo.

—¡Diablo si es hermosa esta mujer! dijo fijando una mirada repugnante en la garganta y en el seno de Filomena.

—Animal, dijo Agustin, es necesario ser lo que tú eres para pensar en eso y no ver que lo más hermoso que tiene es la cruz de brillantes que relucen como áscuas.

Y quitó al cadáver una cruz que pendia de su garganta de un cordon de oro, y la guardó en un bolsillo de su chaleco.

Despues la quitó una sortija que tenia en su mano izquierda con un diamante de gran precio, y la guardó tambien.

Instantáneamente se irguió, echó mano á su puñal, y se volvió receloso y feroz hácia el pórtico del dormitorio.

Habia sentido leves pasos que se acercaban.

VIII.

Apareció Pepa completamente vestida.

—No me has dado mal susto, dijo Agustin.

—Y á quién se le ocurre, contestó Pepa, que pudiera venir nadie más que yo: ¿la habeis despachado ya?

—Ya, y en regla, contestó Diego: y en ménos de un minuto: como que yo la he puesto el atraque, y ha sido lástima: ¡vaya si es hermosa!

Pepa cubrió el seno de Filomena.

—No ofendamos á Dios con esas cosas, dijo: á los muertos se les deja en paz.

En aquel momento Arturo despertó, se aterró al ver aquellos siniestros semblantes, y rompió á llorar.

Agustin tendió en un movimiento feroz su mano á la garganta del niño.

—¡No, no! ¡pobre ángel! exclamó Pepa, á quien faltó valor para tanto; dejad, dejad, yo le acallaré; no me necesitais para nada: en ese cuarto está el dinero.

Y asió á Arturo, y al asirle exclamó.

—No hay necesidad de acallarle: le ha dado una congoja y se ha desmayado; voy á llevarle á mi cama.

—Más vale así, dijo con voz cavernosa Agustin mientras Pepa salia.

Inmediatamente los dos bandidos entraron en el apo-

sento adjunto al dormitorio, y sintieron al entrar una inmensa conmocion de alegría.

En un rincon habia un rimero de talegos de dinero, y en otro rincon otros seis más pequeños.

—Aquel debe ser el oro, dijo Agustin, y se abalanzó á los talegos y abrió uno.

Inmediatamente lanzó un rugido de cólera.

Aquel talego estaba lleno de calderilla.

Abrió precipitadamente los otros, y encontró lo mismo.

—¡Ese infame nos ha engañado! exclamó; Pepa es una torpe y tú eres un tonto, Diego; ya extrañaba yo que un comerciante cometiese una imprudencia como la de dejar miles de duros, miles de onzas: las tiene; pero no para nosotros: ¿y esta caja? aquí debe haber mucho; pero no tenemos herramientas para abrirla, y sabe Dios dónde estarán las llaves.

—Hombre, dijo Diego, yo lo siento; pero la sortija y la cruz de brillantes que te has guardado valen muchos miles de reales: además, aquí en este otro monton puede ser que haya algun talego de napoleones.

—¡Tampoco! dijo Agustin despues de haber abierto uno de los talegos.

IX.

—Hay mucho oro, ¿no es verdad? dijo á la puerta Pepa.

—Lo que hay, dijo enderezándose Agustin y dirigiéndose á Pepa, es que eres una bestia; que aquí no hay más

que cobre, y que esto no merecia la pena de matar á dos mujeres.

—¡Cómo matar á dos mujeres! dijo Pepa poniéndose pálida.

Y comprendiendo aquello, saltó fuera, cerró la puerta de comunicacion, corriendo el fiador, y dejando encerrados á Agustin y á Diego, se fué al balcon del gabinete, le abrió y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Sereno! ¡guardias! ladrones! ¡asesinos!

Y al mismo tiempo se quitaba la bata para quedarse en ropas menores, y aparecer como que habia sido sorprendida.

En aquel momento pasaron por la calle cantando y tocando la guitarra dos hombres y cuatro ó cinco mujeres.

Otros cuatro hombres aparecieron en la calle, y se dispersaron en distintas direcciones.

Sonó el pito de un sereno, y á seguida algunas parejas de guardias acudieron por las distintas bocacalles.

—¡Aquí! ¡aquí! dijo Pepa: ¡al cuarto principal!

Y á seguida se metió para adentro, se dirigió rápidamente á su cuarto, dejó en él sus ropas exteriores, cogió al niño, que todavía estaba accidentado, y fué rápidamente á ponerle junto al cadáver de Filomena.

Detrás de la puerta, Agustin y Diego juraban y perjuraban, y pretendian, haciendo desesperados esfuerzos, remover el obstáculo que les impedia el paso y escapar.

Pepa, temerosa de que los bandidos rompiesen la débil puerta que los encerraba y la asesinasen, abrió la del cuarto, y se precipitó por ella en ropas blancas, despei-

nada, como una mujer que ha sido sorprendida durante su sueño, á tiempo que subian por las escaleras dos serenos y cuatro guardias civiles.

—¡Por aquí! ¡por aquí! dijo Pepa volviéndose y deteniéndose en la puerta del cuarto: pasen ustedes delante, añadió dirigiéndose á los dos guardias civiles.

X.

Los serenos, que eran dos, entraron delante alumbrando y con los chuzos de punta.

Junto á ellos Pepa, y despues dos guardias civiles.

A la puerta del cuarto se quedaron otros dos.

En la puerta de la calle habia otros cuatro serenos, algunos guardias civiles, parte de la guardia del Banco de España y de la Capitanía general, y algunos curiosos de los pocos transeuntes que pasaban á aquellas horas, y que se iban aumentando.

En la mayor parte de las casas habia vecinos asomados á los balcones.

La poco antes solitaria calle de Atocha, se habia animado como por encanto.

Se habia avisado al inspector, y éste apareció poco despues con algunos celadores y algunos guardias civiles.

Se invitó á dos vecinos para que interviniesen como testigos, y la autoridad local, acompañada de ellos, penetró en la casa.

A la puerta del cuarto principal, detenidas por los guardias, habia siete personas: dos hombres, dos jóve-

nes, y una mujer ya casi vieja, y otras dos mujeres jóvenes, todos á medio vestir, y todos consternados.

—¿Quiénes son ustedes? les preguntó el inspector.

—Somos de la casa, dijo uno de ellos: el señor es el dependiente mayor, estos jóvenes los dependientes inferiores, esta mujer la criada que nos cuida, esas dos jóvenes las doncellas de la señora, y yo el cajero; todos de la casa de D. Luis de Céspedes; vivimos en el cuarto segundo, y hemos acudido aterrados á las voces de ladrones y asesinos que hemos escuchado.

—Entren ustedes todos conmigo, dijo el inspector.

Y entró, atravesó el recibimiento, la sala y el gabinete, y llegó á la alcoba donde estaban Pepa, los serenos y los guardias que habian llegado antes.

Tras la puerta cerrada del cuarto donde estaban Agustin y Diego nada se oia.

XI.

—¡Oh, Dios mio! exclamó el cajero al ver el cadáver de Filomena y al niño accidentado: ¡los dos muertos!

—¡A ver! ¡uno! á avisar al momento al señor juez del distrito, dijo el inspector.

Uno de los guardias salió.

—¿Qué ha sido esto, cabo Pelaez? dijo el inspector á un cabo primero de la Guardia civil.

—Estaba yo en mi puesto de la Concepcion Gerónima, contestó Pelaez, cuando oí la llamada de los serenos, y acudí con tres guardias; en un balcon de esta casa una mujer daba voces pidiendo socorro; habian acudido de

los puntos inmediatos algunos serenos y algunos guardias: encontramos la puerta de la calle abierta, y en las escaleras esta criada (y señaló á Pepa) que nos ha traido hasta aquí, donde hemos encontrado esa señora muerta y ese niño accidentado.

—¿Es usted la que ha pedido socorro? dijo el inspector á Pepa.

—Sí, señor, yo he sido, contestó Pepa trémula, dominada aún por el terror que habia sentido al verse amenazada de muerte por Agustin: yo tengo el sueño muy ligero, y me desperté, porque el niño gritaba y lloraba de una manera terrible: me levanté y acudí: al entrar en la alcoba ví luz en ese cuarto, y por su puerta dos hombres de una facha terrible que estaban examinando unos talegos de dinero: tuve mucho miedo, y el miedo me dió valor para acercarme quedito á la puerta y cerrarla corriendo el pasador; me acerqué á la cama, llamé á la señora y no me contestó: tenté y ví con horror que la señora estaba muerta: corrí al balcon del gabinete, le abrí y empecé á dar voces, á las que han acudido los serenos y los guardias.

—¿Tiene alguna otra salida ese aposento? dijo el inspector.

—Ninguna, contestó Pepa temblando de los piés á la cabeza; los asesinos no han podido salir: están ahí.

El inspector, engañado por la conmocion de Pepa y por el terror que la dominaba, no concibió ni una sola sospecha de que fuese cómplice del crímen.

A más de eso, la expresion naturalmente sesgada y sombría de los ojos de Pepa habia desaparecido, y como

era jóven y hermosa y lloraba, aparecia la mujer más simpática del mundo.

Por otra parte, Pepa habia pensado perfectamente su primera declaracion, y su sencillo relato aparecia completamente verosímil.

XII.

El inspector mandó abrir la puerta del cuarto, y dos guardias adelantaron, corrieron el fiador y abrieron la puerta.

Detrás de los guardias, enfilando la puerta, habia tres serenos con los chuzos de punta.

Al abrirse la puerta se dejó ver un fondo oscuro.

—Entrad dos y alumbrad, dijo el inspector á los serenos.

Los serenos se cambiaron á la mano izquierda los chuzos, de cuyos extremos pendian los faroles, se desengancharon las pistolas, las amartillaron, y uno de ellos dijo al entrar:

—¡Al que se venga á mí, le abraso las entrañas!

Tras esto, los dos serenos, uno despues de otro, avanzaron lentamente.

Despues los guardias.

A la puerta se quedó el inspector.

El aposento era estrecho: en un ángulo de él estaban Agustin y Diego pálidos y consternados.

Los guardias se lanzaron sobre ellos, los registraron y les quitaron dos enormes navajas de hoja larga y an-

cha y con cachas de hierro, de las que usan los matones de Madrid.

A Diego le encontraron además dos llaves ganzúas, una mayor y otra menor, la sortija y la cruz de brillantes de Filomena.

En esto se oyó una voz fuera del aposento que dijo:

—El señor juez del distrito.

XIII.

El juez y el escribano, despues de haberse hecho cargo del asesinato cometido en la persona de Filomena, entraron en el aposento, donde se encontraban rodeados, presos y desarmados, Agustin y Diego.

—¡Ah! dijo el escribano dirigiéndose á Agustin: ¿estás tú aquí, Chopito, y tú tambien, Pelele? No hace seis meses, señor don Joaquin, que estos bribones salieron de presidio, y vea usted, vea usted.

El escribano habia dirigido sus últimas palabras al juez.

—Pues mire usted, señor Melgarejo, contestó Agustin al escribano con ese descaro irritante de los infames avezados al crimen, yo no sé cómo estoy aquí, porque no me acuerdo de haber venido.

—Saquen ustedes á ese otro de aquí; que todo el mundo salga de estas habitaciones; pero que no se deje salir á nadie de la casa; que se queden con nosotros un celador y un guardia; que ese llamado Pelele no hable con nadie.

Todos salieron, quedándose solos con el juez y con

el escribano, Agustin, álias Chopito, un celador y un cabo de la Guardia civil.

—Veamos, señor Melgarejo, lo que hay aquí, añadió el juez.

—Hay, dijo el escribano tomando un apunte con lápiz, una caja de hierro cerrada con tres llaves, y en dos rincones algunos talegos de dinero.

—Salgamos á la alcoba, dijo el juez: inspector, que venga tambien ese.

Salieron á la alcoba, alumbrándose con un farol que habia dejado un sereno, y que llevaba un guardia, y el juez se detuvo delante de la cama donde estaban Filomena muerta y Arturo accidentado aún.

—¿Quién ha causado esa muerte? preguntó el juez á Agustin.

—Si usía no lo sabe, contestó Agustin, yo tampoco.

—¿Cómó te llamas? le preguntó el juez.

—Agustin Moreira, álias Chopito, natural de Lugo, de treinta años de edad, y licenciado del presidio de Ceuta, dondé entré á los veinte años, porque se empeñaron en decir que yo me habia comido el copon y algunas otras frioleras de la iglesia de Puente Áreas; pero era mentira, porque soy un hombre de bien.

—¿Dónde vives? ó mejor dicho, ¿dónde te aposentas?

—En Madrid, que todo es cama y no hay que pagar alquiler.

—Es decir, que te has empeñado en negarlo todo.

—Yo no tengo nada que decir á lo que usía me pregunta: he dicho á usía quién soy y cómo me llamo; de lo demás no sé nada.

—Lo de siempre, dijo el escribano: pero ahora no te vale, hijo; te se ha cogido dentro del Código con las manos en la masa, y de esta hecha das el paso y el estiron.

—Pues le apretarán el pescuezo á un hombre de bien, señor Melgarejo; ¡qué le hemos de hacer! váyase por los pícaros que se escapan.

—Inspector, llévele usted al Saladero y que lo incomuniquen, dijo el juez.

Un celador salió con Chopito.

—Acabe usted de hacer la fé de libores, Melgarejo.

El escribano tomó algunos apuntes, y cuando esto estuvo hecho, el juez mandó trajesen al otro bandido.

—¿Cómo te llamas?

—Diego Juarez, álias el Pelele, contestó.

—¿Qué edad?

—Veintiocho años.

—¿Qué naturaleza?

—Chiclana.

—¿Qué profesion?

—Ninguna.

—¿Qué domicilio?

—Yo no sé lo que es domicilio.

—¿Dónde vives?

—Aquí.

—¿Cómo se llama el hombre que se ha encontrado contigo?

—Yo no lo sé.

—¿Cómo estabas aquí?

—Como podia estar en cualquier otra parte.

—¿Habeis contado con alguien para penetrar aquí?

—No sé nada.

—¿Quién ha asesinado á esa señora?

—Yo no he sido.

—¿Ha sido el otro?

—No lo sé.

—Es inútil, señor don Joaquin, dijo el escribano; ya sabe usted lo que son estos bribones: creen que con encerrarse en una negativa absoluta van á escapar mejor, y ni en la confesion para morir dicen una palabra.

—Con él á la cárcel y que lo incomuniquen, dijo el juez.

El guardia que habia traido á Pelele, se lo llevó.

—Es necesario socorrer á ese niño, observó el juez: salgamos; dá horror estar aquí: ¡qué lástima de jóven! ¡qué crímen tan horrible! yo veo aquí algo misterioso, algo que espanta: ¿podrá haber en esto crímen del marido?

—Qué sé yo, don Joaquin, qué sé yo, contestó el escribano: yo conozgo algo la historia de esta familia, y me causó asombro el casamiento de don Luis de Céspedes, que es el dueño de esta casa, con la infeliz que ha sido asesinada: ella es millonaria, y él, antes de casarse con ella, estaba en relaciones íntimas, desde hacia muchos años, con una muchacha del Rastro, de la que tiene tres hijos naturales y reconocidos: ¿por qué ese hombre no está aquí? ¿por qué hay esa multitud de talegos de dinero llenos, no de oro ni de plata, sino de calderilla? A mí me parece, salva la opinion de usted, que procede el auto de prision con incomunicacion del don Luis de Céspedes.

—Primero es saber dónde está Céspedes, dijo el juez sentándose en el sofá de la sala, en la que ya se habian encendido algunas luces: hágame usted el favor de decir que entre la más calificada de las personas pertenecientes á la casa que han sido detenidas.

XIV.

Salió el escribano, y á poco entró con el cajero.

—Dispénseme usía, dijo éste al juez, si me presento de este modo; las circunstancias me disculpan.

El cajero estaba en calzoncillos blancos, con babuchas y envuelto en una bata.

—Nada hay que dispensar, le contestó el juez: siéntese usted, y contésteme usted con verdad á lo que le pregunte.

—Yo soy un hombre honrado, cajero de don Luis de Céspedes, me llamo Elías Ruiz, y gozo, gracias á Dios, de muy buena reputacion.

—No lo dudo, caballero, no lo dudo; pero usted comprenderá que mi deber es exclarecer los hechos en pró de la justicia: voy á tomar á usted una declaracion.

—Estoy dispuesto, señor juez.

El señor Melgarejo se preparó á escribir.

Supuesto el juramento de fórmula, tenga usted la bondad de decirme su nombre, su naturaleza, su edad, su estado y su profesion.

—Elías Ruiz, natural de Valdemoro, cuarenta años, soltero, y cajero del comerciante don Luis de Céspedes.

—¿Hace mucho tiempo que es usted cajero?

—Sólo hace cuatro meses: antes lo era el don Luis de Céspedes: yo era tenedor de libros: cuando don Luis de Céspedes se casó con doña Filomena Agudo, yo entré en la caja, y se encargó de la teneduría de libros don José Perea, que estaba empleado en el Banco.

—Vive usted en esta casa, segun parece.

—Sí, señor; pero en el cuarto segundo.

—¿Cómo es que se encuentra usted aquí, y desde cuándo?

—Me despertaron las voces de Pepa la cocinera, que gritaba: ¡asesinos! ¡ladrones! salté de la cama, desperté á los otros dependientes y á la criada que nos sirve, bajamos al cuarto principal, y fuimos detenidos á su puerta por guardias civiles, hasta que llegó el inspector, con el cual penetramos, encontrando con horror á doña Filomena asesinada y á su hijo accidentado.

—¡Ah! exclamó el juez: me habia olvidado de ese pobre niño; sáquele usted, señor Melgarejo, que le lleven á la casa de socorro, y que cuiden de él.

El escribano tomó una bujía; entró en la alcoba, salió con el niño, que empezaba á volver en sí, atravesó la sala, salió de ella, volvió sin el niño, puso la bujía sobre el velador, y se sentó de nuevo para seguir escribiendo.

—¿Cómo es, señor don Elías, preguntó el juez continuando en el interrogatorio, que no se encuentra presente en la casa el dueño de ella, el marido de la víctima?

—Se fué ayer á cazar á Azuqueca con el cura de este pueblo y otros cuatro amigos suyos.

—¿Tiene usted algun indicio que le induzca á creer que la ausencia del don Luis de Céspedes haya sido premeditada?

—Indudablemente no lo ha sido, sino casual, porque opuso resistencia á ir, y sólo cedió á las reiteradas súplicas de sus amigos.

—¿Cómo se llaman estos señores?

Don Elías dijo sus nombres y sus domicilios.

—¿Habia reyertas en el matrimonio, disgustos, ó cualquiera otra cosa de la cual se pueda deducir malevolencia del don Luis hácia su esposa?

—Delante de nosotros parecia el matrimonio mejor avenido del mundo.

—¿Sabe usted si don Luis, antes de su matrimonio ó durante él, mantenia relaciones amorosas?

—Yo no puedo dejar de decir la verdad: desde hace diez años, don Luis queria á la hija de un ropavejero del Rastro; pero ignoro si esas relaciones duraban antes del matrimonio.

—¿Por quién sabe usted eso?

—De boca del mismo don Luis, que me ha tratado siempre con mucha confianza.

—¿Sabe usted si esos hijos han sido reconocidos por el don Luis?

—Sí, señor; legalmente reconocidos.

—¿Cómo se llama la madre?

—Dolores García.

—¿La conoce usted personalmente?

—Sí, señor, la he visto muchas veces acompañada de don Luis.

—¿La ha visto usted con él despues de su casamiento con doña Filomena?

—No, señor.

—El niño que hemos encontrado junto al cadáver de doña Filomena, tiene por lo ménos tres años; ¿ese niño es hijo de don Luis?

—Sí, señor: así aparece por la legitimacion de ese niño y de otros dos que tenia doña Filomena, y que han muerto.

—¿Qué edad tenian los niños muertos?

—La mayor seis años, el segundo cinco.

—¿De qué han muerto?

—Del cólera: el uno en Zaragoza; el otro en Tudela.

—¿Estaba el don Luis con ellos cuando murieron?

—No, señor; don Luis estaba en Madrid.

—¿Era soltera doña Filomena cuando tuvo esos hijos?

—Perdóneme la difunta, dijo don Elías; pero hay momentos en que todo se sabe: he jurado decir verdad y no puedo mentir: doña Filomena estaba casada con don Calisto Azpecochea, mi antiguo principal, cuando tuvo esos tres niños.

—¡Hum! exclamó el juez, y luego continuó siguiendo el interrogatorio: ¿dónde vive la que es ó fué querida de don Luis de Céspedes?

—En la plazuela del Rastro, número 51, cuarto principal.

—Suspendamos la declaracion: señor Melgarejo, extienda usted auto de prision contra esa Dolores García, que vive plazuela del Rastro, 51, principal, y otro contra don Luis de Céspedes, que se remitirá por el telégra-

fo al pueblo de Azuqueca, para que lo cumplimente el señor alcalde, y remita á Madrid á la cárcel del Saladero al don Luis, escoltado por la Guardia civil é incomunicado.

El juez se levantó y se puso á pasear por la sala, mientras el escribano extendia los dos autos de prision.

Don Elías temblaba: creia que él iba á ser tambien preso, y esto le causaba un terror indecible.

Cuando el escribano hubo extendido los autos de prision, el juez los firmó y los entregó al inspector.

XV.

Volvió despues á sentarse en el sofá, y continuó el interrogatorio.

—¿Se acostumbra á tener dinero en el cuarto inmediato al dormitorio de la difunta?

—No, señor: se está en liquidacion del almacen de tejidos de lanas, mejor dicho, se ha traspasado, y en el precio han venido tres mil duros en calderilla: el oro y la plata se ha llevado al Banco, por temor de que sucediese lo que desgraciadamente ha sucedido: esa calderilla se ha puesto ahí, porque el resto de la casa, ocupado con géneros ó destinado á habitaciones, no ofrecia comodidad: además, en ese cuarto está la caja particular de la señora, donde guardaba sus alhajas y ocho ó diez mil duros para sus gastos.

—¿Quién habitaba en este cuarto?

—El matrimonio, su hijo Arturo, y Pepa, la cocinera.

—¿Qué antecedentes se tienen de esa Pepa?

—Muy buenos, señor juez: doña Filomena decia que era muy fiel y muy honrada.

—Puede usted firmar su declaracion, señor don Elías, si no tiene más que decirme.

—Nada absolutamente, señor juez, dijo don Elías, y firmó.

—Puede usted retirarse, le dijo el juez.

Don Elías salió aturdido.

El juez hizo comparecer á Pepa.

XVI.

Esta prestó la misma sencilla declaracion que antes; declaró que nada sabia que la hiciese sospechar acerca de la complicidad que pudiese tener don Luis de Céspedes en el crímen, y el juez la mandó retirarse.

Fueron llamados el tenedor de libros, que dijo lo mismo que el cajero; los dos horteras declararon que don Elías los habia llamado, y que habian oido las voces de Pepa, y del mismo modo la vieja cocinera.

Las dos doncellas de Filomena, el cochero y los dos lacayos declararon que nada sabian, sino que habiendo oido ruido habian acudido.

Todos dieron los mejores informes de Pepa; declararon que estaba para casarse con un oficial de carpintero, y el juez, no encontrando méritos para prender á nadie más que á los que habian sido presos, hizo trasladar al hospital para la autopsia legal el cadáver de Filomena, y dejándolo embargado todo y nombrando depositario á don Elías Ruiz, salió de la casa á las nueve de la mañana.

CAPÍTULO XVI.

De cómo lo que no pudo hacer la justicia lo hizo el marqués de Alpuente.

I.

Aquel crímen produjo una impresion terrible en Madrid, y la opinion pública, exasperada, pidió la cabeza de los criminales, declarando por sí y ante sí reo de muerte á don Luis de Céspedes.

Éste esperaba su prision como primera noticia de que se habia quedado viudo, estaba preparado á representar su papel, y cuando le prendió en la casa del cura de Azuqueca el alcalde del pueblo, afectó la mayor sorpresa, porque el auto de prision, comunicado por el telégrafo, no expresaba el delito por qué era preso.

—Esto debe ser un error, amigo mio, dijo el cura; usted no se mete en conspiraciones, ni pudiera ser ahora, porque el gobierno sabe demasiado que le es usted muy afecto, y está muy en su interés de usted, como hombre rico, que la gente que hoy nos manda continúe en el poder.

—Pero entre tanto se me veja y se me ofende, dijo don

Luis: los hombres de bien debian estar garantidos contra estos atropellos.

—Esto no durará, dijo el cura, que era un buen hombre, más que lo que usted tarde en llegar á Madrid.

II.

Don Luis, escoltado por un oficial de la Guardia civil y dos indivíduos, entró en un coche reservado de primera clase, y cuando llegó á Madrid, se encontró en la estacion con el coche enrejado de la cárcel del Saladero, y con un calabocero, que lo primero que hizo fué registrarle, quitarle el dinero, el reló, la cadena y la sortija, que era lo único de valor que llevaba sobre sí, le dió recibo de ello, le metió en el carruaje y le llevó á la cárcel, donde le pusieron incomunicado en un encierro.

III.

Cuando por el juez de la causa supo oficialmente que el motivo de su prision era el asesinato de Filomena, don Luis engañó al juez.

De tal manera se desesperó; hasta tal punto se volvió loco en la apariencia y con tal perfeccion.

Un marido enamorado de su mujer no hubiera dado unas muestras de desesperacion tales como las que dió don Luis.

Por otra parte, el cura de Azuqueca y los cuatro amigos que le habian acompañado, declararon con tal calor que don Luis no habia ido á caza sino en fuerza

de sus reiteradas instancias; de tal modo favorecieron los indicios á Céspedes, que á los quince dias de haber sido preso, se sobreseyó respecto á él, y se le puso en libertad.

Don Luis se encontró completamente desembarazado, y heredero universal, forzoso, de la inmensa fortuna de Filomena, por la muerte de Arturo, que habia sobrevenido á los diez dias del asesinato de su madre.

No habia quien reclamase.

La sociedad no se mezcla en los asuntos particulares de la familia.

La cuestion de legitimidad ó no legitimidad de los hijos pertenece á la familia.

Lo más que se hace es murmurar, y sólo murmuran los conocidos, los que están en el secreto.

Filomena no tenia conocidos que pudiesen murmurar.

Tampoco los habia de don Calisto Azpecochea.

Existia un reconocimiento y una legitimacion en forma, por subsiguiente matrimonio, hecha por don Luis de Céspedes á los hijos de Filomena.

Un pariente podia haber alegado que los hijos del adulterio no pueden ser legitimados.

Pero no habia parientes: aunque los hubiera habido, los parientes no son herederos forzosos sino en la línea recta ascendente ó descendente.

Siempre hubiera quedado la cuestion del hijo, adulterino ó no.

Céspedes, pues, fué puesto en posesion de aquellos ciento y tantos millones que tantas vueltas habian dado,

que habian pasado por tantos dramas tremendos, para llegar á Céspedes.

Y aún no habian acabado de viajar, por decirlo así, de familia en familia.

Habia en la sombra, rugiendo de dolor y de coraje, una persona oculta.

Esta persona era el marqués de Alpuente.

IV.

Dolores García, la querida de Céspedes, habia sido tambien puesta en libertad, por no haber resultado nada contra ella.

Pepa continuaba como cocinera en casa de Céspedes.

Pepa, que era una mujer superior á su clase, habia comprendido que Céspedes, admirado de una manera doble, con miedo, porque algunas palabras indirectas de Pepa, dichas cuando nadie podia oirlas más que él, le habian hecho comprender que Pepa sabia, estaba segura, de que él habia sido la causa indirecta de la muerte de Filomena, y con deseo, casi con amor, porque ya fuese porque el luto favoreciese á Pepa, que era muy blanca, ó porque el crímen la rejuveneciese, la verdad era que Pepa, que apenas representaba veinticuatro años, estaba hermosísima.

Pepa era una de esas magníficas mujeres de ojos garzos, de cabellos castaños ondeados, de formas mórbidas, incitantes y nerviosas, por decirlo así, que nacen en la huerta de Valencia.

Pepa vestia de una manera elegante, hasta el punto de parecer una señorita.

Pero todo el mundo sabe que una cocinera que gana dos pesetas diarias y sirve en casas ricas, donde tiene buenos gajes, puede vestir bien.

A más de eso, á las señoras de alto coturno las gusta que sus criadas sean lindas y vayan bien puestas.

Esto honra la casa, y no hay por qué meterse en averiguar de dónde sale esto.

El lujo es hoy una necesidad comun, y no es buena criada la que no usa trajes de seda y mantilla de blonda.

Una chica guapa tiene mil medios para adquirir esto, y nadie se asombra de ello.

V.

Pepa tenia mucho talento y sabia medrar.

A más de eso, y para tranquilizar á sus amos acerca de su conducta, tenia un novio testaferro, una especie de víctima, un oficial de ebanista, elegantito y guapo, con el cual salia á paseo, y á quien sacrificaba, porque el pobre Estéban estaba furiosamente enamorado de ella, sin obtener de ella más que buenas palabras y una disputa cada vez que salian á paseo, cuya disputa enamoraba más y más á Estéban, porque le probaba hasta qué punto era honrada su novia.

Pepa era una Lucrecia para Estéban, y en realidad Estéban era un medio para Pepa.

Era, por decirlo así, una certificacion viviente de buena conducta.

VI.

Pepa, que no habia podido tomar su parte en el robo de Filomena, porque el robo no se habia hecho, pero con cuyos grandes resultados habia contado para retirarse definitivamente; Pepa, que habia logrado salir indemne de aquel horrible crímen, se propuso explotarle por medio de don Luis.

VII.

Éste, que no se habia atrevido ni querido despedir á Pepa por miedo á que esta le comprometiese revelando algo que le hiciese dar de nuevo en los tribunales, empezó á sentir muy pronto la satánica influencia de la hermosa cocinera.

Céspedes no se habia mudado: decia á sus conocidos que le retenia la casa donde habia muerto su mujer: que allí apuraba un dolor que no queria se atenuase; que le parecia que viviendo donde habia vivido ella no la habia perdido del todo, y afirmaba que jamás venderia aquella casa.

Habia hecho una grande obra, haciendo del gabinete, de la alcoba y del cuarto adjunto un magnífico oratorio de estilo gótico florido, derribando el techo para darle mayor altura, y poniendo en el sitio donde estuvo la cama en que fué asesinada Filomena un hermoso altar con retablo, y en frente la estátua de piedra de rodillas de Filomena, hecha por los retratos que habian quedado

de la jóven, y que por una casualidad tenia un asombroso parecido con ella.

La construccion de la casa no habia permitido que el oratorio fuese de piedra, por su demasiado peso; pero se habia imitado tan bien la piedra con estuco; se habian vaciado tan buenos adornos de la catedral de Toledo, de la de Búrgos y de San Juan de los Reyes; eran tan esbeltas, tan mórbidas las ojivas, estaba todo tan en carácter, que el oratorio era una pequeña joya artística.

Lo que habia sido sala se convirtió en una especie de ingreso del gusto del Renacimiento, severo y sencillo, que predisponia á admirar las bellezas del oratorio.

Lo que habia servido de cuarto á Pepa, de cocina y de despensa, se habia convertido en sacristía.

La galería de cristales se habia convertido en una esbelta galería gótica con vidrios de colores, y el despacho y el comedor, que daban á la galería, en un saloncito de descanso para el capellan de aquel pequeño templo.

Su construccion, la bula para su consagracion, los ternos, los cálices y demás alhajas habian costado á don Luis de Céspedes por cima de dos millones de reales; porque se gasta mucho hoy cuando se quiere hacer una cosa verdaderamente artística, rica y bella.

Además de esto, Céspedes habia asignado al capellan una renta de doce mil reales, y al sacristan una de cuatro mil.

No podia, pues, dudarse del amor que don Luis conservaba hácia su pobre esposa.

No podia creerse ni remotamente que hubiera tenido parte en su asesinato.

Este habia sido el objeto principal de la construccion de la capilla; porque don Luis tenia mucho miedo de que su crímen se revelase por algun milagro de la Providencia.

VIII.

Pepa comprendió todo el miedo de Céspedes, y se alegró.

Habia prescindido completamente del Chopito, que era hombre perdido, que habia sido sentenciado á muerte con el Pelele en primera instancia, cuya sentencia confirmaria indudablemente la sala.

Como Pepa era una organizacion privilegiada, que nunca hacia más que lo que debia hacer, comprendió que lo que la convenia era enamorar á su amo, y lo consiguió, porque Pepa hacia de sí misma lo que queria, y empezó por enamorarse de los ciento y tantos millones de don Luis.

¡Y quién debia partir con él aquella fortuna, sino quien le habia ayudado á procurarse la herencia!

IX.

Pepa sabia las antiguas relaciones de Céspedes con Dolores, sabia que de Dolores tenia Céspedes tres hijos reconocidos; pero sabia tambien que parecia más jóven y más hermosa que Dolores, y sobre todo, que era más temible para don Luis.

X.

Don Luis se habia ido á vivir sin más criado que Pepa al cuarto segundo, que estaba en comunicacion con el principal, convertido en oratorio, por medio de una escalera particular.

Pepa cuidaba de tal manera, con tal asiduidad, con tal cariño á Céspedes, que éste no pudo ménos de reparar en ella.

Se peinaba de tal modo Pepa, se vestia de tal manera, le dejaba ver una garganta y unos brazos tan hermosos, que Céspedes empezó á enamorarse; pero á enamorarse de una manera peligrosa.

Pepa, por otra parte, le imponia miedo y respeto.

Céspedes no tenia duda de que Pepa habia adivinado su secreto.

Sin embargo, no se atrevió á decirla nada, con la palabra, se entiende, que con los ojos, sin quererlo, la decia demasiado.

Pero nunca le pasó ni áun por las mientes á don Luis que su cocinera podia ser muy bien se convirtiese en su esposa; que aquella tan traqueteada herencia de don Calisto Azpecochea, obtenida por él á costa de envenenamientos y de infamias, fuese á parar definitivamente en su cocinera.

Creyó que algunos miles de duros le procurarian, no sólo la posesion de una mujer que le enamoraba, sino tambien la seguridad de que aquella mujer á quien temia no le seria funesta.

Pero le enamoraba de tal modo, y de tal modo le aterraba Pepa, que no se atrevia á decirla la situacion moral en que por ella se encontraba.

XI.

Pasó así cerca de un año.

Don Luis, abstraido, y casi retirado de los negocios y del trato de gentes, lo que hacia creer á todo el mundo en su grande é incurable dolor por Filomena; y Pepa, siempre cuidadosa, siempre dulce, cuidándole como una madre puede cuidar á un hijo, y cada dia más segura de que sus proyectos respecto á Céspedes, iban, como suele decirse, viento en popa.

Entre tanto, Chopito y el Pelele habian sido sentenciados á muerte por la Audiencia; pero la no conformidad de la Audiencia con el juzgado, en cuanto á las costas, permitió una apelacion, por la cual el proceso debia sentenciarse en revista.

El Chopito y Pelele habian tenido grandes tentaciones de envolver en la causa á Pepa.

Pero estos bribones conocen el Código y los procedimientos mejor que el más consumado criminalista; comprendieron que acusar de complicidad á Pepa era confesarse reos y romper la tenaz negativa que á pesar de las pruebas indudables habian adoptado, y añadido á esto, que no tenian ni una sola prueba contra Pepa, la dejaron en paz, á pesar de que Pepa los habia abandonado completamente.

Pepa habia comprendido que su propio interés haria callar á sus cómplices, y no se habia inquietado.

Pepa conocia tan bien como ellos el Código y los procedimientos.

Céspedes sabia que contra ella no habia pruebas; pero temia de una manera vaga algo terrible de Pepa, y se habia convertido en un sér dispuesto á la esclavitud más abyecta, por la doble razon del amor y del miedo, y por ese lazo misterioso que une á los cómplices de un gran crímen por más que respecto al crímen en cuestion no se hayan puesto de acuerdo.

XII.

Cerca del cumplimiento del año despues del asesinato de Filomena, estaba para verse de nuevo en la Audiencia la revista de la causa, sobre el asesinato de la calle de Atocha.

Era invierno.

Hacia una noche cruda.

Habian dado ya las once de la noche, y Céspedes, sentado junto á la chimenea, acababa de tomar, como de costumbre, chocolate con bizcochos.

Pepa, como de costumbre, le habia servido de pié, apoyada en el velador, tentadora con sus grandes ojos garzos, una preciosa cofia negra de encajes sobre los cabellos divinamente peinados, una cruz de oro al cuello, pendiente de un sutil cordon de pelo, y completamente vestida de luto, con un traje de la moda reciente.

Ya hemos dicho que Pepa era muy elegante.

Cuando Céspedes hubo acabado de tomar el chocolate, en vez de retirar el servicio y de dar las buenas noches á su amo, como siempre, Pepa salió dejando el servicio sobre el velador, volvió con otro servicio enteramente igual, le puso junto al otro, se sentó en una butaca al lado de la chimenea frente á Céspedes, y se puso á tomar el chocolate de la misma manera que pudiera haberlo hecho la señora de la casa.

A Céspedes le latió violentamente el corazon.

Al fin, Pepa se tomaba una confianza.

Hasta entonces se habia reducido á servir con suma solicitud á Céspedes; pero sin levantarse nunca de la posicion de criada.

—¡Qué noche, Luis! dijo de repente Pepa mirando de hito en hito y de una manera terrible á Céspedes.

Hasta entonces siempre le habia llamado señor.

Céspedes sintió miedo, amor, ansiedad, una especie de fiebre indefinible, y no contestó.

—¡Qué noche! continuó Pepa: me trae á la memoria aquella en que matamos á Filomena.

Céspedes se extremeció de los piés á la cabeza, y se puso de pié en un movimiento nervioso, como si le hubiera despedido la butaca en que estaba sentado.

Pepa no se alteró; dejó la taza de chocolate sobre la mesa, extendió su mano derecha hácia la de Céspedes, y éste la tomó maquinalmente.

—Tengo manos de señora, ¿no es verdad? dijo Pepa; suaves, blancas, pequeñas, gorditas: ¿por qué no he de ser yo señora?

—Lo serás, dijo Céspedes; lo serás: todo lo que yo

tengo es tuyo: hace mucho tiempo que pensaba en ello; pero no me atrevia á decírtelo.

—Ya lo sabia yo, Luis, y te he dado ocasion para que lo digas, porque si nó no lo dices nunca: ya ves, te tuteo, porque tú me has tuteado antes: ¿no es verdad, Luis mio, que desde este momento ya no soy tu criada? Mañana vendrá otra cocinera tan buena como yo, pero fea y de alguna edad, porque yo no quiero que haya en mi casa más mujer bonita que yo.

—¡En tu casa!

—Sí, porque tú eres mio, y por lo mismo, todo lo que tú tienes es mio: pero siéntate, Luis, siéntate; tenemos que hablar.

Don Luis se sentó completamente dominado por Pepa.

—Pues sí, dijo esta; hace tanto frio y corre tanto viento como la noche en que matamos á tu mujer: no te pongas pálido, Luis; nadie nos oye: Dios sólo, y Dios no necesita escuchar; lo sabe todo: ¡pero qué noche, señor, qué noche! no sé cómo no cogí una pulmonía cuando abrí el balcon del gabinete para pedir socorro: tú no sabes, cuando el Chopito vió que tú, gran bribon, no habias dejado más que calderilla, me quiso matar: si no ando lista, y salto atrás y cierro la puerta, hay dos muertas en vez de una.

—¡Pero qué estás diciendo, Pepa! exclamó Céspedes: ¡tú estás loca!

—El que está loco de miedo y de amor por mí, eres tú, dijo tranquilamente Pepa, y esto no tiene nada de extraño: yo lo sé desde hace mucho tiempo: cuando ví

que metias dinero y más dinero en tu casa, y lo ponias junto á la alcoba de tu mujer, dije yo: este quiere quedarse viudo: los dos chicos mayores han muerto, el menorcillo está enfermo, se morirá probablemente, y á nadie le amarga ser millonario sin que nadie tenga que pedirle cuentas de lo que hace con sus millones: á más de eso, tú me habias mirado muchas veces, como quien mira á una persona que puede servirle, y de tal manera, que yo dije para mí: este tunante me ha conocido, y cuando me tiene en su casa, para algo me necesita: no parece si no que has estudiado con todos los bribones del mundo, alma mia, y por eso te quiero: no creas que miento: estoy enamorada de tí, no sé por qué, pero te quiero más, mucho más que queria á Chopito: ¡ya lo creo! como que tú tienes las entrañas mucho más atravesadas que Chopito, y me voy á volver loca contigo, loca de felicidad, porque te adoro, Luis; ¿no lo has conocido tú?

—Sí, dijo con voz cavernosa Céspedes.

—Desengáñate, cuando nacen para quererse un hombre y una mujer, aunque la mujer pueda ser hija del hombre, como yo por mi edad puedo ser hija tuya, le quiere con toda su alma: yo soy una loba, ¿dónde he de encontrar un lobo como tú, Luis? Por lo mismo, lo he preparado todo, y quiero que nos casemos á la misma hora en que aprieten el gaznate á Chopito.

Céspedes se extremeció de nuevo, y de una manera más poderosa.

—Yo no te he dicho nada hasta ahora, y he tenido como tú paciencia, porque soy prudente, y si te hubiera

dicho algo, no nos hubiéramos podido contener, y nos hubiéramos casado dentro del luto, lo que no está bien: á más de eso yo soy una mujer decente, y para casarme con otro necesito quedar viuda

—¡Eres tú su mujer!

—Sí, y no: una tarde, Chopito me dijo:—¿Quieres ser mi mujer como si nos hubiéramos casado?—Que sí con toda mi alma, le contesté.—Pues bien, Pepa, yo te digo: ¿me juras ser mia y solamente mia, como yo te juro ser tuyo y solamente tuyo hasta la muerte?—Sí, le contesté.—Pues mira, Pepa, que esto es como casarse; vuelve á jurarlo.—Juro ser tuya y solamente tuya mientras tú vivas, le contesté.—Pues el dia en que me faltes, es el dia en que te mato como si fuera tu marido: vámonos.—Yo he cumplido fielmente mi juramento á Chopito: me han solicitado y me han dado mucho dinero los señores á quienes he servido; pero han tenido que contentarse con esperanzas y con sonrisas: cuando me he visto muy comprometida, he pedido la cuenta y me he ido; cuando le corten el resuello á Chopito, nadie podrá decir: yo he tenido que ver con la señora de don Luis de Céspedes.

—Pero tú estás loca, Pepa, dijo Céspedes.

—¡Qué he de estar loca! ¡si sabré yo lo que me hago! mira: para dentro de cinco dias, está señalada la vista definitiva de la causa de Chopito y de el Pelele; durará la vista dos dias, son siete: al otro dia les notificarán la sentencia y los meterán en capilla, ocho; otro dia en la capilla, nueve: dentro de diez dias, á las dos de la tarde, que es la hora en que matan en el Campo de Guardias,

quiero casarme contigo, y velarme en tu oratorio, delante de la estátua de Filomena: esto es muy justo; los dos la hemos matado; sin mí no hubieras podido quitarla de en medio, y me corresponde de derecho la mitad de la herencia: con que adios, lobo mio, buenas noches, y hasta mañana, que almorzaremos juntos.

Y Pepa miró de una manera enloquecedora á Céspedes, y salió.

XIII.

Céspedes quedó aterrado y lleno de felicidad á un tiempo.

Le aterraba el conocimiento indudable de que Pepa lo sabia todo; de que comprendia hasta qué punto le dominaba; y aumentaba su terror la exigencia de Pepa de casarse con él, cuando Céspedes, desde poco tiempo despues de la muerte de Filomena, tenia convenido su casamiento con su antigua querida, con Dolores, con la hija del rico ropavejero del Rastro.

Pero al mismo tiempo le llenaba de felicidad el conocimiento de que era amado por Pepa.

Porque parecia que Pepa le amaba.

Dolores, su antigua querida, habia llenado hasta entonces por su carácter y por su figura, las aspiraciones de su alma baja y de su torpe sensualidad.

Habia además en el amor de Céspedes á Dolores mucho de costumbre.

Pero los sucesos, esas fatalidades que se crúzan en el camino de los séres humanos sobre la vida, habian llevado á Pepa á casa de Céspedes.

XIV.

La agencia de ladrones que influye donde conviene á sus intereses de una manera misteriosa, haciendo inútiles todas las precauciones de la gente rica, habia hecho que Pepa cubriese la vacante de cocinera de casa de Céspedes, sin que el manejo pudiese traslucirse, y sólo porque Céspedes era hombre rico.

Céspedes habia encargado cocinera á un memorialista, encargado de la aprobacion de criados de alto coturno.

Céspedes desde el momento en que vió á Pepa la comprendió: esto ya lo hemos dicho: la admitió para servirse de ella, la espió, y no tuvo duda cuando vió con quién se trataba Pepa á trasmano, de que era el mejor instrumento de que podia servirse para llegar á la realizacion de sus proyectos.

Como al principio consideraba á Pepa únicamente como un instrumento de crímen, no pudo considerarla de otro modo.

Pero cuando el crímen estuvo consumado, Céspedes se asombró de la maestría con que Pepa le habia llevado á cabo, echándose fuera de él, y haciendo imposible toda responsabilidad.

Céspedes hubiera despedido á Pepa, pero no se atrevió.

Pepa le habia causado espanto.

Habia temido que le comprometiese si él no respondia á los proyectos que habia supuesto debia alentar Pepa.

Se propuso ganar tiempo, observar, y obrar de una manera segura, segun lo que en Pepa observase.

XV.

Esta cuidó más de sí misma; usó de un traje más elegante, áun para la casa; obró con esa exquisita coquetería que no se conoce y que es tan encantadora; borró de sus ojos su expresion malévola, cuidó delicadamente y sin afectacion de Céspedes.

Muy pronto, á los tres ó cuatro meses de la muerte de Filomena, Pepa no pudo dudar de que era amada por Céspedes, y de que aquel amor aumentaba de dia en dia.

Céspedes salia poco, y pasaba algunos dias en claro sin ver á Dolores.

Pepa tenia medios para hacer expiar á Céspedes, y le expiaba.

El alejamiento de Céspedes de Dolores fué haciéndose lentamente más grave.

Llegó por último á no salir de casa sino á la hora de Bolsa.

A los cuatro meses, hastiado, triste, profundamente pensativo, realizó su capital, y le puso en renta del Estado y en los Bancos de Inglaterra y Holanda; despidió á los dependientes, y se quedó solo con Pepa y con el cochero y los dos lacayos.

Cesó de salir del todo, á excepcion de dos veces al mes, que permanecia fuera durante las dos primeras horas de la noche, tiempo que empleaba en ver á Dolores.

Pepa supo que Dolores era engañada por Céspedes;

que éste justificaba su alejamiento por el temor de que si visitaba con frecuencia á su antigua querida, se sospechase acerca de si habia tenido parte ó no en la muerte de su mujer.

Pepa sabia que Dolores no desconfiaba, y lo que era mejor, que á Dolores le venian bien las largas ausencias de Céspedes, porque la dejaban lugar para sus amoríos con cierto mozo crudo y de pelo en pecho del barrio.

XVI.

Céspedes, dentro de su casa, evitaba la presencia de Pepa, la hablaba poco, y se pasaba el tiempo encerrado en su cuarto.

Pepa comprendia que Céspedes luchaba, y no se presentaba á él sino á las horas de la comida, ó cuando Céspedes la llamaba para mandarla cualquier cosa indispensable; porque Pepa era la única persona que le servia.

Pepa se mostraba cada dia más servicial, más dulce, más simpática, más desinteresada.

XVII.

Es verdaderamente terrible la vida.

Repugna el solo pensamiento de que un infame pueda ser completamente feliz por medio del amor, de esa embriaguez, de esa fiebre que todo lo domina.

Y, sin embargo, esto es verdad.

Céspedes era un ejemplo de ello.

Y es tambien terrible que el amor pueda ser poético

en una miserable, y la embellezca, prestando su encanto á su mirada, á su acento, á su palabra, á su sonrisa.

¿Qué es el espíritu humano? Un abismo insondable, una multiplicidad infinita de afectos combinados, de afectos precisos, de causas inmutables.

Céspedes estaba ennoblecido por el amor; levantado por el amor de su abyeccion.

XVIII.

Pepa tuvo el valor de esperar el momento oportuno; pero cuando llegó éste, habló y determinó su situacion definitiva respecto á Céspedes, y la de Céspedes respecto á ella.

De tal modo habia callado, de tal modo habia encubierto su cálculo bajo las formas de una sencilla adhesion Pepa, que Céspedes habia sufrido de una manera horrible la presion de la duda; y si Céspedes no habia hablado para salir de ella, era porque su humor era tal, tan violento, que la sola idea de que Pepa le rechazase, le habia contenido en el círculo de la más profunda reserva; pero no sin que Pepa comprendiese hasta qué punto estaba loco por ella Céspedes.

XIX.

La revelacion imprevista de Pepa habia sido un suceso supremo para Céspedes.

Por esto, cuando Pepa se retiró, dándole las buenas

noches, Céspedes no tuvo valor para detenerla, para explicarse completamente; y como hemos dicho, se quedó aterrado y lleno de felicidad á un tiempo.

Su situacion era grave.

La habian determinado sucesos cuyas consecuencias no podia Céspedes destruir sin establecer una situacion violenta.

¿Cómo romper con Dolores, de la cual tenia tres hijos reconocidos, ni cómo casarse con Pepa sin que Dolores, trayendo en la mano el reconocimiento legal de sus hijos, impidiese el casamiento?

Cierto era que Dolores no habia impedido el casamiento de Céspedes con Filomena.

Pero esto habia sido cosa convenida.

Los millones de Filomena habian causado la aquiescencia de Dolores.

Aquello habia sido un negocio.

Se habia contado con un crímen que debia hacer pasar la fortuna de Filomena á los hijos de Dolores, y esto merecia que Dolores callase.

Pero el caso no era igual.

El casamiento de Céspedes con Pepa era un rompimiento completo con Dolores, la traicion á la fé prometida.

Céspedes sabia demasiado que Dolores no consentiria esto, que haria lo posible por impedirlo, y que el impedirlo no la era difícil.

Existia el reconocimiento de los hijos hecho por Céspedes, cuando ni por sueños creia llegar á la posicion en que se encontraba.

XX.

—Y no cederá, decia para sí; me ama, no tengo duda de ello; por nada entran en su amor mis riquezas; es que cada cual hemos andado por el mundo sin conocernos, que estábamos predestinados el uno para el otro, que cuando nos hemos encontrado nos hemos reconocido, y que ya nada puede separarnos. ¡Y qué manera de reconocernos, Señor! ¡Un crímen espantoso nos une por igual! Es necesario creer en que hay algo superior al hombre; algo que determina las grandes armonías, ya de lo horrible, ya de lo bello; algo misterioso que justifica el que los hombres hayan creido y crean en el destino, en la estrella. Yo no sé por qué me parece que Pepa es mia, una parte de mi sér: si ella no fuera tan infame como yo lo soy, no seria la mitad de mi alma. ¡Oh! ¡la felicidad me ahoga! Me parece que ha crecido mi vida de una manera tal, que por su misma grandeza, por su terrible fuerza, por su inmensa espansion, no puedo soportarla. Me parece Pepa la mujer más hermosa del universo; me parece que en el universo no hay más mujer que ella; que ella es para mí, de una manera real, esa felicidad que todos sueñan con arreglo á sus aspiraciones, y que deben encontrar muy pocos. Si nos hubiéramos encontrado antes, antes de que ella y yo nos hubiésemos perdido en ese tenebroso laberinto del crímen, en que se ennegrece el alma, aunque fuéramos pobres, aunque tuviéramos que trabajar dia y noche para adquirir una mezquina subsistencia, ¡qué pura, qué completa, qué infinita seria nuestra felicidad! Pero esta no es la

cuestion; la cuestion es que ella y yo necesitamos unirnos con toda la fuerza con que se unen dos séres que como nosotros se aman. ¡Oh! ¡maldita sea la hora en que yo conocí á Dolores! Ella es nuestro grande obstáculo: ¿Y por qué? Está confiada, nada sabe, nada ha sospechado: la sorprenderé; soy bastante rico para poder prepararlo todo en silencio: cuando Dolores acuda será tarde, porque mi casamiento con Pepa estará ya consumado; pero Dolores pretenderá vengarse; tiene medios para ello; su padre es rico, y yo la he hecho rica á ella: conoce á toda esa gente desalmada, que es capaz de matar por un poco de oro; expongo la vida de Pepa: ¡oh! yo solo no basto para encontrar un medio; mi cabeza arde y mis ideas se embrollan: he debido hablarla; pero estaba aturdido; hablaremos; la llamaré.

Y tiró del cordon de la campanilla.

XXI.

Pepa se presentó inmediatamente.

—¡Cómo! dijo Céspedes: ¿no te habias acostado?

—¿Y para qué? dijo sonriendo de un modo hechicero Pepa: sabia demasiado que en cuanto te quedases solo, en cuanto te se pasase el susto, habias de empezar á cavilar, y vendrias á parar en una cosa que yo tengo ya resuelta; porque antes de decirte que te amo como no he amado nunca, y que quiero casarme contigo, he pensado en todo.

Y Pepa se sentó junto á la chimenea, y se puso á avivarla.

—Veamos qué es lo que has pensado, dijo Céspedes sentándose frente á ella.

—Pienso en que á tu querida le sentará muy mal nuestro casamiento; sé que porque tú has sido un pobre diablo que has reconocido sus hijos, hijos que tal vez no sean tuyos, porque la tal Dolores ha sido siempre una perdida, que no ha querido nunca más que chuparte lo que para ella robabas á tu principal, puede ponernos impedimento: pero, ¿no te alteras, Luis, con la noticia de que Dolores te ha engañado siempre? ¿Crees que esto es mentira porque te lo digo yo? Pues mira, puedo probártelo: tú crees que has sido el primer amante de esa muchacha; ¡vaya, vaya, señor! Tan tunantes llegan á creerse los hombres, tan confiados se hacen, tan llenos se ponen de que nadie puede engañarlos, que cualquiera los engaña. ¡Y qué papel tan ridículo hace un hombre de mundo á quien una chiquilla de quince años envuelve con la misma facilidad que á un tonto! Pero vamos, hombre, ¿no te irritas con lo que te digo? ¿no te escuece el saber que has estado diez años siendo el hazme reir de las vendedoras del Rastro, que saben mejor que tú de qué pié cojea la Dolorcitas, y qué uña la duele?

—¡Qué se me da á mí de Dolores y de sus hijos, y del mundo entero, y de todo lo que no seas tú!

—Vamos, Luis: Dolores te ha declarado suyo; Dolores quiere heredarte, como tú quisiste heredar á don Calisto, y el dia en que nos casemos estoy yo sentenciada. ¿No es este el temor que te ha apretado el corazon, y por el cual me has llamado?

—Eso es, Pepa, eso es, dijo con asombro Céspedes; pero tú me adivinas.

—No tiene gran mérito la cosa; conozco la situacion, que es muy clara, porque conozco tus antecedentes: cuando una mujer quiere á un hombre, ó cuando sin quererle tiene un gran interés en hacerle suyo, procura saber todo lo que ha sucedido á aquel hombre, los compromisos que tiene, y hasta qué punto son grandes estos compromisos.

—Has dicho una palabra que me ha hecho mucho daño, Pepa, dijo frunciendo el entrecejo Céspedes; has dicho...

—Sí; he dicho que cuando una mujer tiene un gran interés en hacer suyo á un hombre...

—¿Y por qué has dicho eso refiriéndote á tí misma?

—¿Por qué? porque te amo, bribon, como no mereces ser amado; y porque te amo tanto, quiero que dudes de mí, porque el que duda de una mujer que adora, sufre; y el que sufre por una mujer, nunca la olvida, la quiere más cada dia, se vuelve loco por ella, la hace feliz: por eso los grandes tunantes aman más á la mujer que más los engaña; sólo porque los humilla, sólo porque los hace sufrir. ¿Qué sabes tú si yo soy un culebron de vallado que te he tendido un lazo, que te he enamorado, sin que tú conozcas la maniobra, sólo por tus millones, por hacerme una gran señora, por apurar el lujo, por viajar, por lucir mi hermosura cargada de joyas? ¿Cómo puede creer un hombre rico que ha rodado como una pelota por el mundo, que una mujer le quiere, que es solamente suya? ¿No sabes tú, hijo mio, que desde nuestra ma-

dre Eva las mujeres estamos en muy buenas relaciones con el diablo, que el diablo nos enseña á mentir, y que nos da por lo ménos tres lecciones al dia? ¡Vaya! ¡como que estás tú seguro de que yo te querria si fueses un pelon que ganases siete reales de jornal! duda, duda; quiero que dudes; porque quiero que me ames mucho.

—Me vas á matar, Pepa.

—Pues eso es lo que yo quiero, que te mueras de amor por mí; porque muriéndose de ese modo, viven los hombres muchos años; quiero que tengas celos, que riñas conmigo, que me pegues desesperado; yo soy toda una mujer; como que he nacido en la huerta de Valencia; y ya que amo de veras quiero mandar, ser tu reina, verte loco por mí; de ese modo, dispondré mejor de tus millones: ¡vaya, el hombre!.. pues ¿con quién creias tú que tratabas?

—Me parece que voy á empezar haciendo una atrocidad contigo antes de que seas mi mujer.

—Lo que siento es que no te atreverás á ello; tienes una cualidad muy mala que no sé cómo no hace el que yo te desprecie: eres cobarde.

—¡Cobarde yo!

—Acuérdate como mataste á tu mujer.

—Dejemos, dejemos eso, Pepa; no llamemos á los muertos.

—Pues pienso hablarte contínuamente de ella: pobre señora, ¿por qué la hemos de olvidar? aquella sí que era una mujer valiente: no se anduvo ella en muchas consideraciones acerca de lo que podia sobrevenirla, cuando dió el jicarazo á don Calisto, por el otro insensato que

no supo apreciar lo que valia Filomena; ¡bah! los hombres sois unos desdichados; al que más sabe le enreda una mujer estúpida. Hablemos de Dolores: á mí se me da muy poco lo que esa mujer haga: la tengo como quien dice, en el bolsillo, y descuida tú, que mucho me he de dormir yo si ella me mata; conque déjate de tonterías, duerme bien, que ya es tarde, paga lo que sea menester para que nos casemos sin que lo sienta la tierra, y adios, que tengo mucho sueño; porque á mí no me gusta el sueño de los cuidados: no vuelvas á llamarme porque no vengo: bastante hemos hablado ya, y áun de sobra: conque adios, hijo mio.

Y Pepa se fué, dejando más asombrado y más aturdido que antes á Céspedes.

XXII.

Al dia siguiente Céspedes se encontró con que habia una nueva cocinera, y con que á la hora del almuerzo habia dos cubiertos en vez de uno sobre la mesa.

Pepa se presentó elegantísima, fresca, sonrosada, sin luto, con un hermosísimo traje de seda de color de tórtola; pero traje decididamente de casa, de los que por su confeccion ninguna mujer elegante lleva á la calle.

Pepa se sentó frente á Céspedes y le hizo el plato.

—¿Qué es eso, Pepa? ¿qué traje es ese?

—Lo que hay que hacer se hace á tiempo, dijo Pepa: las modistas son muy embusteras, y hay que tomarlo largo con ellas; me he gastado cuatro mil duros en trajes, en prendidos y en alhajas: cuatro mil duros que tú me

devolverás, Luis, porque está muy en el órden que el novio se encargue de la canastilla.

—Eres una mujer terrible, Pepa.

—La digna esposa de don Luis de Céspedes.

—¿Y de dónde has sacado tú ese dinero, alma mia?

—De mis negocios: ¿pues qué crees tú, que yo no soy mujer de negocios? estás en un error: pero vamos callando, que siento venir á Justa.

Justa era la cocinera con la que Pepa se habia reemplazado á sí misma.

—Estos salmonetes, dijo Pepa, no están á mi gusto: en primer lugar, no están muy frescos: róbame lo que quieras, mujer, pero tráeme las cosas buenas.

—Eso es: dé usted diez reales por una libra, y que crean que una es un lobo para tragar, dijo de mal humor Justa.

—Vaya, llévatelos y déjate de conversacion: á más de no estar frescos, los has pasado; trae otra cosa: y mira, no me repliques ni murmures, porque te planto en la calle.

Justa se fué refunfuñando á pesar de la intimacion de Pepa.

—Para que nos sirvan medianamente, dijo esta, es menester tratarlas así; ya ves tú si lo sabré yo: á más de que yo he tenido buen cuidado de que nunca me digan mis amos una palabra; yo me las he buscado de otro modo: sí, señor; de otro modo he hecho yo mi capitalito.

Céspedes sufria.

Y sin embargo, gozaba con aquel sufrimiento que le imponia Pepa.

Acabado el almuerzo, Céspedes salió para preparar lo necesario para el casamiento.

Cuando volvió se encontró con que Pepa no estaba en casa.

—¿A dónde ha ido la señora? preguntó á Justa.

—Yo no sé, señor: ha llamado al cochero, le ha mandado que ponga un carruaje, se ha vestido como una duquesa y se ha ido.

Céspedes no se atrevió á preguntarle á la cocinera si su cochero habia disputado ó no con Pepa antes de obedecerla.

Esta salida de Pepa le habia puesto de muy mal humor, no tanto porque Pepa se habia excedido mandando en jefe en su casa, como porque no sábia dónde habia ido.

XXIII.

Cinco minutos despues llegó Pepa.

Venia elegantísima.

Nadie hubiera creido que aquella hermosa jóven que con tanta distincion llevaba su rico y bello traje acababa de dejar la cocina.

De esto hay mucho en Madrid: la humanidad progresa, la civilizacion se difunde, desaparecen las clases; nada puede deducirse por el aspecto ni por el traje; es necesario conocer á las personas.

Un perdido salido de la hez social, que se ha criado descalzo y medio desnudo en las calles de un barrio, que ha llegado á ser ladron en jefe, jugador de ventaja y no sabemos cuántas otras cosas, que ha estado la mitad de

su vida en la cárcel y algunos años en presidio, puede pareceros á primera vista, si no le conoceis, un respetable gentil-hombre, como diria un francés, distinguido, fino, elegante, con bota de charol y guante blanco: una mujer de aventuras, una bribona despreciable, puede pareceros, y os parece á primera vista, una gran señora, como una muchacha de servir que se ha corrompido, una señorita.

No hay medio: el uniforme social, la moda; la modista y el sastre confunden en la apariencia todas las clases.

Las gentes se mezclan, y es muy fácil que tengais en el teatro, á vuestro lado, á un bandido, confundiéndole con un hombre decente; á una prostituta creyéndola una señora, hasta que una y otra equivocacion os amaestran, os hacen reservado, y os acostumbran á no juzgar por las apariencias.

Pepa era hermosa, tenia un tipo naturalmente distinguido, sabia vestir bien, y tal como se presentó á su futuro esposo, podia habérsela tomado por una dama de alto coturno.

—¿De dónde vienes? ¿A dónde has ido en el carruaje? dijo de mal humor Céspedes.

—A la Fuente Castellana, hijo, á la Fuente Castellana, contestó Pepa; y en carretela abierta, con tu mejor tronco, haciendo gentes: cómo me miraban, con qué envidia, las otras que paseaban en carruaje: bueno es que se vayan acostumbrando á ver como corresponde á la señora del rico capitalista don Luis de Céspedes; todo consiste en acostumbrar á las gentes.

Pepa se quitaba entre tanto el sombrero y los guantes, y los ponia sobre un velador.

—¡Tú estás loca! dijo Céspedes.

—No, sino demasiado cuerda, contestó Pepa sentándose: ¡ah! encarga al momento otro cochero, y cuando le tengas despide á Pedro; es un bribon: cuando le mandé que enganchase los castaños en la carretela azul, me dijo con insolencia que no era mi criado, y que no tenia necesidad de servirme; y si lo ha hecho ha sido porque yo le dije que tú te disgustarias mucho si no me obedecia.

—Habrás sido capaz de decirle que te vas á casar conmigo.

—Todo ménos que eso: le he dicho, sí, que yo mando en la casa, en lo que no he dicho más que la verdad; y se lo he dicho de tal modo, que se ha arrepentido de no haberme obedecido al momento: es un bribon; como que se habia propuesto tener historia conmigo, ni más ni ménos que si yo estuviera en el caso de tener amores de cuadra: despídelo, pero cuando tengamos otro: no hablemos más de esto, y vamos á comer.

XXIV.

Céspedes estaba completamente dominado, más enamorado cada dia de Pepa, que se iba agrandando á sus ojos.

Cuando acabaron de comer, Pepa dijo:

—Vé y tráeme las alhajas de Filomena.

Céspedes miró con asombro á Pepa.

—¿Y para qué las quieres? la dijo.

—¿No es una lástima que esté sin ocuparse tanto tiempo nuestro palco bajo en el teatro Real? Yo no te digo que me acompañes, porque no se ha cumplido tu luto, y porque aún no estamos casados: pero esto no quita el que yo vaya á ver *Roberto el Diablo;* es una ópera que me gusta mucho; la he visto algunas veces con Chopito en delantera de paraiso: quiero verla desde más abajo: Filomena tenia unas pulseras de diamantes y esmeraldas, con lo demás del aderezo, que me gusta mucho: con que saca el aderezo, hijo, y dámelo: estoy esperando á Perez, que es el mejor peluquero de Madrid, y que me va á poner hecha una diosa: esta noche voy á sacar del teatro Real lo ménos una docena de amantes; mañana llueven aquí los billetes, ya verás: es bueno que tengas celos; porque la prenda que más estimamos es aquella que nos quiere quitar todo el mundo.

—Pero ese aderezo es muy conocido, Pepa; no puede confundirse con otro: don Calisto lo encargó á París, costó quince mil duros, y causó un gran efecto la primera vez que Filomena se presentó con él.

—Y ahora causará mucho más efecto, dijo Pepa, porque yo tengo mejor garganta, mejores hombros, mejor descote que Filomena; voy á estar hecha un ángel, y eso debe llenarte de orgullo: cuando una chica es guapa, todo consiste en lo que se pone; muchachas van á la plazuela con pañuelo á la cabeza y vestido de percal, que si las compusieran parecerian reinas: ¡vaya! ¡y yo, que tengo el cútis que parece de nácar! anda, Luis mio, anda;

tráeme el aderezo, que ya es tarde, y te querré doble de lo que te queria.

Céspedes se resignó, salió, y volvió con un grande estuche que entregó á Pepa.

Esta le abrió.

—¡Qué hermoso, qué magnífico es esto! dijo, ¡qué brillantes tan gruesos, y qué esmeraldas! me parece esto muy barato en quince mil duros.

—Quince mil duros tienen muchos reales, chiquilla: tú no estás acostumbrada, y tienes que civilizarte algo más: no hay muchos aderezos en Madrid que valgan quince mil duros: calcula tú: Filomena tenia en alhajas más de tres millones de reales: la cruz que tenia al cuello y el brillante de la sortija que la quitó Chopito cuando la mató, y que se le encontraron en el bolsillo, valen cinco mil duros; la tercera parte de lo que vale todo ese aderezo.

—¡Ah! ¿sí? pues tráeme esa cruz y esa sortija.

—¡Pepa! ¡para ir á ocupar el puesto de Filomena en el teatro Real, quieres ponerte esas alhajas que tenia sobre sí cuando murió! esto es demasiado: si yo me pusiera esa cruz ó esa sortija, me quemarian el cuello y la mano.

—¡Qué tontería! ¿qué tienen que ver esas alhajas con aquello? el cordon de oro de la cruz es precioso, y me caerá muy bien: anda, anda por ello, Luis.

Céspedes trajo otro pequeño estuche.

En aquel momento sonó la campanilla de la puerta exterior, y Justa dijo apareciendo en la puerta de la sala:

—Ahí está un hombre que dice que es el peluquero.



Y se quitó el albornóz.

—Llévale á mi cuarto, Justa, y oye: lávate bien las manos, y quítate el traje de la cocina para no mancharme: me vas á servir de doncella: entre tanto, Luis, manda á Pedro que enganchen los tordos al coche, y dile al lacayo que me acompañe hasta el palco, ni más ni ménos que si fuera la señora. ¿Entiendes? Vete buscando el abono del palco, y hasta dentro de media hora, hijo mio.

Pepa salió, y Céspedes se quedó dominado, aturdido, completamente fascinado por aquella mujer infernal, que se iba convirtiendo para él en un ángel de fuego.

XXV.

A la media hora, Pepa se le presentó envuelta en un magnífico albornoz tunecino; en un abrigo del mejor gusto á listas blancas y verdes muy claro.

—Pero Pepa, ¿de dónde has sacado tú el gusto exquisito que se nota en tu traje?

—Eso es cosa de madama Hortensia, querido mio; lo que ha de tenerse es dinero y buen cuerpo, lo demás lo hace la modista. ¡Ay, cuando tú veas el traje de boda que está guardadito, y que no le verás hasta que yo le tenga puesto! ¡es precioso! á ver que te parece este.

Y se quitó el albornoz.

XXVI.

Céspedes dió un grito de asombro, de conmocion; nunca habia visto descotada á Pepa, ni con los brazos desnudos, ni peinada como lo estaba.

Pepa resplandecia.

Era un lujo tal el de sus formas, su frescura tal, tal su morbidez, su delicadeza, su perfume, por decirlo así, que Céspedes se embriagó.

—Si me pides la vida en este momento, te la doy.

—Me has dado el alma, que es algo más, y yo te he dado lo que no mereces, que es mi corazon; vamos, ¿no te parece muy bien en mi garganta, sobre mi pecho, la cruz de Filomena?

Céspedes gimió.

Al lado de la voluptuosidad embriagadora, irresistible, aparecia el feo espectro del remordimiento.

Y sin embargo, Céspedes devoraba con una mirada hambrienta la satánica hermosura de Pepa.

Tenia los cabellos negros, rizados, apareciendo entre ellos una sencillísima, estrecha, elegante y rica diadema, y un tesoro de bucles, largos, negrísimos, brillantes, caian sobre su seno haciendo resaltar su blancura y la morbidez de su garganta, en la cual dejaba ver su inflexion tentadora el cordon de oro, del cual pendia una preciosa cruz de brillantes.

El traje era de seda rica de color azul muy oscuro, labrado, con canesú, adornos y volantes, formando festones de blonda negra, de manga corta y muy descotado.

La gallardía, la esbeltez, la flexibilidad del talle de Pepa, contrastaba con el anchísimo vuelo de la falda.

Las pulseras de esmeraldas embellecian de una manera imponderable sus hermosos brazos y sus pequeñas manos cubiertas con guantes de color de paja.

—Lo que yo te decia, Luis, lo que yo te decia, dijo

Pepa mirándose al gran espejo puesto sobre la consola; todo consiste en el traje, en el adorno, en el peinado: ¿soy yo la misma que era cuando vestia de cualquier modo y tenia puesto mi delantal de cocinera?

—Siempre has sido hermosa.

—Ya lo creo: ¡pero qué diferencia, Luis! ¿Crees tú que haya en Madrid ni en ninguna parte una señora que parezca tan señora como yo lo parezco de esta manera? El dinero hace milagros: que dejen sin un cuarto á la más estirada, que la pongan un pañuelo en la cabeza, una bata de percal, y un mandil, á ver qué tal parece.

—El coche está listo, dijo un lacayo, sombrero en mano, á la puerta de la sala.

—Dame el abono, dijo Pepa poniéndose el albornoz, y hasta luego: me parece que nos vamos á volver á ver muy pronto.

Céspedes dió el abono á Pepa, que salió.

El lacayo, que tenia levantado el portier, para que pasara, estaba como quien ve visiones: no la reconocia; sabia que era ella, y no comprendia su trasformacion.

XXVII.

Hacia un año que, aunque el teatro Real estuviese lleno, aparecia vacío el primer palco bajo de la izquierda del espectador al lado del proscenio.

Se notaba por algunos esta singularidad, y los que estaban en antecedentes, contaban el asesinato de Filomena, de la envenenadora de su primer marido; porque

ya sabemos que la opinion pública no habia perdonado á Filomena.

Aquel palco, por aquella historia tenia sobre sí algo de lúgubremente excepcional.

Aquella noche, en que se representaba *Roberto el Diablo*, el teatro estaba completamente lleno, y como de costumbre, vacío el palco fatídico.

Se habia representado el primer acto, y se habia llegado á la imprecacion de *Roberto al infierno*, cuando se oyó un leve portazo, y poco despues apareció deslumbrante, en el antepecho del palco, hasta entonces vacío, Pepa.

Como por un efecto magnético, todos los que ocupaban localidades desde las cuales podia verse el palco, miraron á él.

Pepa quedó por un momento, como si dijéramos, en exposicion.

—¿Quién es aquella mujer? dijo la marquesa de Santorcaz á una de sus amigas que la acompañaba en su palco: pero Dios mio, Cármen, aquella mujer tiene el aderezo de esmeraldas de la otra; es una coincidencia singular ese aderezo en ese palco.

—Habrá vendido el viudo las joyas de su difunta mujer á esa; puede haberle cedido el abono; esto es sin duda.

—Me parece algo más que eso, Cármen.

—Esa mujer es muy distinguida, dijo Cármen, y no la conocemos; debe ser extranjera.

—O de provincia, contestó la marquesa.

—No, no; hay algo en ella que es muy raro en las señoras de provincia: esa mujer no viene de un círculo más

estrecho á otro más ancho, al revés; viene de un círculo más ancho á otro más estrecho.

—¿De qué se trata, señoras? dijo entrando en el palco de la marquesa un nuevo personaje.

Era el marqués de Alpuente.

—Se trata, papá, de aquella mujer que acaba de sentarse en el palco de la envenenadora.

El marqués, que como siempre estaba pálido, se puso lívido al avisarle el recuerdo de su hija muerta, su hermana Magdalena.

—Pues es una mujer ideal, contestó el marqués con voz ronca; una hurí del sétimo cielo, como diria un musulman: ¡poder de Dios! sin que nadie se ofenda, la presentacion de una mujer como esa, es un acontecimiento, y una singularidad el que no sea conocida: pues no, indudablemente es una dama, y apostaría cualquier cosa á que es soltera y pura: ¿pero cómo está sola en ese palco?

—¿Y cómo tiene el aderezo de la otra? Aquel aderezo famoso que todo el mundo conoce, dijo Magdalena; y sobre todo, ¿por qué está en ese palco?

—Pues no, dijo el marqués; yo no me quedo sin saber quién es ella.

—¿Tendremos una presunta marquesa de Alpuente? dijo la llamada Cármen con un ligero acento burlon.

—No, baronesa, no, dijo el marqués; tenga usted más caridad de los pobres viejos que tienen que contentarse con mirar á distancia prodigios como ese; ¿pero de dónde ha salido esa mujer, señor, de dónde ha salido? ¡Qué frente, qué ojos, qué cabellos, y sobre todo, qué garganta y

qué hombros! Pero, ¿qué es esto? Aparece en el palco un nuevo personaje: el bribon del banquero Céspedes.

En efecto, Céspedes no habia querido, no habia podido estarse en casa.

Pepa le habia arrastrado en pos suyo.

Habia tardado en ir al teatro lo que habia tardado en vestirse de prisa. Pero se habia presentado completamente de luto.

—Ya sabia yo que tardarias muy poco en volver á verme, habia dicho Pepa á Céspedes.

—Pues me parece que tiene usted un rival temible, marqués, dijo la baronesa; la hermosísima incógnita sonrie al banquero de una manera no muy pura; indudablemente le ama, y no así como quiera, sino con pasion.

—Pues no tardo cinco minutos en ponerme al corriente, dijo el marqués; hasta la vista, hijas mias; voy á procuraros noticias exactas.

Y el marqués salió y se fué al vestíbulo del teatro.

XXVIII.

—A ver, muchacho, dijo á uno de los lacayos que allí esperaban: búscame al criado del banquero Céspedes.

—Qué casualidad, señor, dijo el criado que se habia quitado el sombrero al hablarle el marqués: soy yo; ¿no me conoce vuecencia? Antes de la desgracia de la señorita, vuecencia iba mucho á casa; yo he llevado alguna vez á vuecencia cartas de la señorita.

—¡Ah, sí! dijo el marqués; tú eres Sebastian; vente conmigo á uno de los corredores.

Sebastian siguió al marqués.

Este se detuvo en una de las contra galerías de los palcos y plateas, al lado de un calorífero, sacó un portamonedas, tomó de él cuatro onzas, y las dió á Sebastian.

—Permítame vuecencia, dijo el lacayo; vuecencia me dará esto por algo.

—Sí; porque me digas el nombre de la señora que está con tu amo en su palco: es una mujer divina, Sebastian, una mujer divina.

—De la huerta de Valencia, contestó Sebastian sonriendo maliciosamente; bastante me ha hecho rabiar en este mundo, y lo que queda.

—¿Es soltera, Sebastian?

—¿Quién sabe lo que es Pepa? dijo Sebastian: la verdad es que estaba sirviendo en la casa cuando murió la señorita, y yo no las tengo todas conmigo.

—¿Pero tú estás loco, Sebastian? ¡sirviendo esa señora!

—Siempre ha tenido ella muchos humos, señor; como que parecia una princesa escapada que, sin saber cómo, se habia metido á cocinera.

—Vamos, tú no sabes de quien yo hablo, ó te estás burlando de mí.

—No me atrevería yo a burlarme de vuecencia: ¿no es una chica blanca, pelinegra y ojinegra por la que vuecencia me pregunta, que está en el palco de la señorita Filomena y que tiene puesto un aderezo de esmeraldas?

—Sí, hombre, sí.

—Pues bien, señor; esa es Josefa Perez, la cocinera de casa, natural de Mogente; ayer todavía estaba en la

cocina, hoy se ha pasado al estrado, y esto no tiene nada de particular: como es tan hermosa, se le habrán ido los cascos al amo: ello es que esta mañana vino otra cocinera, que Pepa llamó á Pedro, y cuando Pedro fué, se la encontró hecha una señora, que le mandó enganchar el tronco castaño en la carretela azul; y porque Pedro se negó, le amenazó con que seria despedido: esto ¿qué queria decir? Que era el ama, que es el ama, lo que no tiene nada de particular, porque muchachas como la Pepa no se encuentran todos los dias, y hacen suerte.

—¡Diablo, diablo! dijo el marqués: nada, Sebastian, gracias por tus noticias, y no digas á nadie que yo te he preguntado.

—Descuide vuecencia.

El marqués se volvió al palco de su hija murmurando por el camino:

—El mundo es una gran casa de locos, y no sabemos donde estamos de pié; quisiera yo reunir ahora á todos los pares de Francia y de Inglaterra, á todos los magyares y burgraves y landgraves del Norte, á toda la nobleza habida y por haber, para presentarles esa mujer y decirles:—Hé aquí una pobre muchacha de un pueblecillo de Valencia, cocinera de profesion.—Me llamarian loco, y yo creo que ese tunante de Sebastian me ha engañado: hablaba, sin embargo, con un aplomo el pillo; pues no, no; en cuanto dé esta extraña noticia á mi hija y á la baronesita me voy al palco de Céspedes, doy un asalto brusco á la cuestion y salgo de dudas.

En este punto de su soliloquio, el marqués llegó á la puerta del palco de su hija y entró.

XXIX.

—Vamos, Magdalena; vamos, amiga mia; ¿á qué clase creeis que pertenece esa novedad que de tal modo nos ha excitado?

—Yo, dijo la baronesa, á juzgar por las apariencias, la creo una dama perfecta; una dama de buena casa; una igual nuestra, que no comprendo cómo está en aquel palco y junto á aquel hombre.

—Verdaderamente que ello es incomprensible, dijo el marqués.

—¿Pero no ha averiguado usted nada, papá? dijo con interés Magdalena.

—He averiguado algo que desespera: ¿creereis que esa que tenemos por dama estaba aún ayer en la cocina de Céspedes?

—¡Oh! imposible, increible, absurdo, exclamó la baronesa; yo no permito que aquella ilusion se me desvanezca para convertirse en cocinera.

—Pues cocinera, cocinera y muy cocinera, mi buena amiga: así acaba de decirmelo Sebastian, uno de los criados de Céspedes.

—Imposible, papá, dijo Magdalena; seria demasiado humillante para nosotras la certeza de que una criada, una pobre muchacha sin educacion, podia convertirse en una igual nuestra en cuanto al aspecto: no, eso no puede ser, y si esa mujer ha servido como cocinera, de seguro hay tras ella una historia muy singular.

—Eso es lo que yo voy á saber al momento, dijo el marqués: hasta luego, hijas mias.

Y el marqués salió, dió la vuelta, llegó al palco de Céspedes, mandó al acomodador que le abriese, y entró.

XXX.

Céspedes, al ver adelantar al marqués, palideció, y se levantó para dejarle su asiento.

El marqués saludó á Pepa; pero estaba tan descompuesto, tan impresionado, tan deslumbrado por Pepa, que esta se echó á reir.

—¿No te lo decia yo, Luis? dijo entre su risa Pepa; ya tenemos uno: ¿quién es este señor? un excelencia sin duda.

—El señor marqués de Alpuente, grande de España de primera clase, dijo aturdido Céspedes.

—Vamos, vamos, dijo el marqués reponiéndose y sentándose en el lugar que le habia cedido Céspedes: guardemos las formas; nos está mirando todo el mundo, y yo vengo á algo muy sério: siéntate, Céspedes, y contéstame: ¿te has casado?

—Señor marqués, dijo Pepa adelantándose á la respuesta de Céspedes; esto es una rareza: ciertamente que le importará á usted mucho que ese se haya casado ó no: ¿es usted viudo? ¿Pretende usted hacer llevar la contraria á Luis? Es inútil; yo le quiero, y porque él me quiere he dejado la cocina y me he venido á su palco: tenia gana de divertirme metiendo en confusion á todas esas seño-

ras que no me quitan de encima los anteojos: ¿hago bien mi papel de gran señora, caballero? Yo creo que sí, puesto que un grande de España se deja ver hablando conmigo á todos sus conocimientos: pues cuenta, señor marqués, que puede haber alguien en el teatro que me conozca y que diga:

—Vean ustedes, la Pepa sube como la espuma; los grandes de España hablan con ella de igual á igual.

—Pero en fin, ¿á mí qué me importa? dijo el marqués; tu aspecto es inmejorable, muchacha; y sobre todo, yo hago lo que quiero.

—Bravísimo, señor marqués; de modo, que si usted hace lo que quiere, seria usted capaz de convertirme en grande de España; ¿no es esto?

—¡Oh! de seguro serias la grande más hermosa del mundo.

—Y con la ventaja de que si nuestro cocinero no sabia hacer un plato delicado, lo haria yo; porque yo, señor marqués, bueno es que usted me conozca completamente, hasta ayer he sido cocinera con doce duros de salario al mes.

—¿Y antes? dijo don Baltasar.

—Tres años antes, doncella de servir.

—¡Antes, antes!

—Dos años antes, niñera.

—¿Y antes de niñera?

—Hija de Bartolo Perez, trabajador de la huerta de Valencia, y natural de Mogente.

—Esto es increible, maravilloso, absurdo; francamente, yo me ahogo, me aturdo, y soy capaz de hacer cual-

quier disparate: ¿qué tienes tú que ver, muchacha, con el bribon de Céspedes?

—Hasta ahora nada; novia sencilla, impecable.

—¿Y antes con quién?...

—Vaya, señor marqués, ¿no tengo yo algo en la cara que dice que soy una buena muchacha de quien nada tiene nadie que contar? Vamos, anímese usted; pídame usted formalmente á don Luis, que es ahora mi jefe.

—Si tú quieres, dijo fuertemente contrariado Céspedes, en vez de volver á casa, vete á casa del marqués.

Pepa se echó á reir.

—Vamos, señor marqués, dijo: era necesario que yo estuviese loca para que dudase ni un solo momento; compare usted sesenta años con treinta y seis; ciento y pico de millones con una grandeza de España, y dígame usted si se puede dudar: si usted fuera más jóven y más rico que él, seria otra cosa: no pensemos, pues, en nada; yo agradezco á usted mucho esta declaracion que me ha hecho á quema ropa y delante de mi novio, tan formal y tan séria, y apenas me ha visto usted; no puedo admitirla: sólo le he hablado de ello en broma, como supongo que en broma me habrá hablado usted: todo lo demás seria un disparate: ya me habian dicho que usted tenia rarezas; pero no creí que llegasen á tanto; con que no hablemos más de ello, ni ahora ni nunca, porque seria lo más inútil del mundo.

—¿Sí? dijo el marqués levantándose; pues te advierto, muchacha, que yo no desisto; y en cuanto á ti, Céspedes, tenemos que ajustar una larga cuenta.

Y el marqués, á la vista de todo el mundo, dió la

mano á Pepa, como se la hubiera dado á una igual suya, salió, y al salir, como le siguiese Céspedes, le dió tambien la mano y le dijo apretándosela con una fuerza increible en el estado físico del marqués:

—¡En prenda de ódio, infame! Tenia que pedirte cuenta de la muerte de Filomena, y ahora estoy enamorado como un loco de esa muchacha: adios.

Céspedes no contestó una sola palabra; le aterraba el marqués.

Este se alejó.

XXXI.

Céspedes fué á sentarse pálido, contrariado y sombrío frente á Pepa.

Todo el mundo habia estado mirando al palco mientras habia permanecido en él el marqués.

Nada habia podido deducirse por las apariencias, sino que el marqués conocia mucho á aquella magnífica incógnita.

Desde afuera, la conversacion habia tenido todo el aspecto de una conversacion de confianza tenida como entre personas acostumbradas al trato de gentes y al diálogo fácil y animado.

Una multitud de anteojos habian estado fijos en el palco durante aquella escena.

Se habia reparado en que á Céspedes no le agradaba mucho la conversacion del marqués con la incógnita, y se habian aventurado diversos comentarios.

—Debe ser esa señora, habia dicho alguno, muy respetable, cuando el marqués de Alpuente charla con ella y con tal intimidad en público.

—El marqués de Alpuente es capaz de todo, contestó una apergaminada beldad de á cuarenta y cinco; ¿pues no sabeis que el bueno del marqués está loco?

—Loco, sí, para todo, dijo un respetable calatravo, ménos para sostener la respetabilidad de sus rancios pergaminos: el marqués de Alpuente, le conozco muy bien, es un cumplido caballero; un hombre antiguo de los pocos que quedan, y no hablaria de ese modo con una aventurera; y además, es imposible dudar; esa señora debe pertenecer á una gran casa: ¿no veis qué facilidad de maneras, qué gracejo, qué belleza tan completa? En fin, es necesario que el marqués de Alpuente nos diga quién es, cuándo y de dónde ha venido.

—Pero señor, ¿no saben ustedes, dijo un pollo metido á gallo, que ese es el palco del rico capitalista Céspedes, el viudo por el asesinato de la calle de Atocha, que está señalado por el inflexible dedo de la opinion pública porque se duda si tuvo ó no parte en el envenenamiento de Azpecochea, primer marido de su mujer?

—Eso nada prueba, dijo la de á cuarenta y cinco, porque un abeno puede cederse.

—Sí prueba, añadió con acento de obstinacion el pollo, porque Céspedes está en el palco.

—Puede ser muy bien que Céspedes sea el banquero de esa señora, dijo la jamona.

—Me parece que, en efecto, esa señora pertenece á la banca de Céspedes, dijo el tenaz pollo; porque, segun tiene

la cara, se conoce á la legua que le sienta muy mal la conversacion de esa dama con el marqués.

—Estos hombres ricos, dijo con cierto desden la beldad jubilada, se atreven á todo; creen que no hay nada que resista á sus millones: saben que son la nobleza del dinero, y como todo está invertido, como el dinero lo puede hoy todo, por desgracia, nada tiene de particular haya concebido proyectos; es indudable que esa admirable jóven no tiene que guardar consideracion alguna á ese ricacho, porque ya veis, á pesar de la mala cara que pone el millonario, con cuánta intimidad habla con el marqués de Alpuente.

—Lo que se ve claro, dijo terciando en la conversacion un hombre con todas las trazas de calavera viejo é incorregible, es que no se ve nada: esto es un misterio: esa beldad desconocida ha caido entre nosotros como una bomba, y de aquí van á salir muchas historias, á no ser que ese prodigio desaparezca como ha aparecido.

El telon, levantándose, cortó los comentarios.

XXXII.

Entre tanto, el marqués se paseaba por un pasillo hablando solo y deteniéndose y volviendo á pasear como un loco.

—Al diablo todas las filosofías y todos los filósofos, murmuraba: al diablo toda la experiencia y todas las lecciones del mundo: el hombre es un pobre demonio que nunca sabe á dónde va ni de dónde viene; yo creia que todo se habia acabado para mí, que no habia nada que

curase mi fastidio, y una mujer misteriosa, de la cual yo no puedo creer que haya sido cocinera, aparece de repente, me trasforma, me rejuvenece, inflama mi sangre, me cura el dolor de estómago, me convierte en un niño: ¡oh, es irresistible! ¡Y con cuánta habilidad ha sostenido conmigo una conversacion, hasta cierto punto vulgar y extravagante: ¡oh! de seguro tiene empeño en que no se la conozca: ¡cocinera, eh! ¡Hija de un Bartolo, trabajador de la huerta de Valencia! Seria necesario ser un estúpido para creerlo: y es el caso que estoy enamorado: ¡qué ojos, poderoso Señor! ¡qué juventud! ¡qué morbidez! ¡qué encantos tan irresistibles! ¡qué exceso de vida! Pero ¿por qué esa mujer está al lado de Céspedes? ¿Por qué tiene puesto el aderezo de esmeraldas de mi pobre hija Filomena? ¡Ah! yo estaba esperando una ocasion para quitar de en medio á ese miserable, que no tengo duda, ha sido causa del desastroso fin de la desgraciada Filomena, y ahora tengo un motivo más para apresurar mi venganza: se va á casar con ella; con una mujer deliciosa, con una mujer de quien yo me he enamorado en cinco minutos como un loco: ¡ah! no te casarás con ella, Céspedes, yo te lo aseguro, porque te tengo preparado tu lecho nupcial en el cementerio.

El marqués quedó abismado en su pensamiento, siguió paseándose, y cuando acabó el tercer acto entró en el palco de su hija.

XXXIII.

—Y bien, le preguntó Magdalena: ¿qué ha podido usted averiguar? ¿A qué tenemos que atenernos?

—Continúa el misterio, hija, continúa el misterio; ella afirma tambien que es casi una criada que ha llegado á ser cocinera pasando por las respectivas situaciones de niñera y de doncella; pero esto es increible, increible de todo punto: ¿no te parece lo mismo, Magdalena?

—Puede creerse todo: que es una aventurera, una mujer de historia, una Traviata, una princesa disfrazada; cualquier cosa ménos una mujer comun.

—Ni Traviata tampoco, hija; hay una pureza en sus ojos...

—¡Ah, la pureza de los ojos de las mujeres! dijo suspirando Magdalena, que tenia la mirada más pura del mundo, y que, sin embargo, guardaba en su corazon el dolor de una terrible historia de amores.

—Me voy, hijas mias, me voy, dijo el marqués: necesito recogerme; tengo la cabeza dada al diablo; no estoy bueno; adios, baronesa; no se venda usted tan cara, y concédanos usted con más frecuencia el gusto de verla; adios, Magdalena, hija mia.

Y el marqués salió.

—Me parece que tu padre se ha enamorado de esa incógnita, dijo la baronesa.

—Nada tendrá de extraño, contestó Magdalena, porque yo tambien me he enamorado de ella, y si fuera una mujer aceptable, y fuese posible su enlace con mi padre, que está ya viejo y gastado, me alegraria mucho de tenerla por madrastra.

XXXIV.

El marqués pasó una noche infernal, una noche de fiebre, de delirio.

Por la mañana, en cuanto se levantó, escribió á Céspedes la carta siguiente:

«Necesito verte para un asunto gravísimo: ven.—El marqués de Alpuente.»

El marqués recibió la siguiente contestacion:

«Señor marqués: Céspedes no está en casa; yo he abierto su carta de usted, y como todo lo que importa á Céspedes me importa á mí, como Céspedes y yo somos una misma persona, y él no volverá hasta la noche, como no está en el órden que yo vaya á verle á usted á su casa, espero que usted venga á la mia; es decir, á la de Céspedes: vivimos ahora en el cuarto segundo; habia pensado pasear hoy, pero renuncio á ello y espero á usted. Suya afectísima segura servidora que su mano besa.—Josefa Perez.

—Josefa Perez de qué, dijo el marqués: un patronímico no es un apellido, falta el solar: Perez de Andrade, Perez de Vargas, Perez de Barrientos, Perez de Villarias lo comprenderia; y áun comprenderia un Perez de Guzman el Bueno; pero un Perez á secas es un apellido de zapatero de viejo, y esto no puede ser; es necesario que yo aclare este misterio, y le aclararé: estoy seguro de encontrarme en esa jóven con una gran cosa; seguro de todo punto. ¡A ver! Juan, Cristóbal, á peinarme, á vestirme; necesito que me quiteis de encima lo ménos

veinte años; voy á ver una real moza, hijos mios, á una gran señora; con que á ver, á ver cómo haceis para que yo la parezca interesante.

El tocador del marqués duró hora y media larga.

Al fin don Baltasar, afeitado, pintado, teñido, perfumado, remozado, entró en un carruaje y se fué á casa de Céspedes.

XXXV.

Pepa le esperaba vestida de un modo hechicero, y más hermosa á la luz del dia que á la del gas en el teatro, como acontece con todas las mujeres que son verdaderamente hermosas.

Estaba sola.

Cuando el marqués entró, cerró por dentro la puerta de la sala, á fin de que nadie pudiese oir lo que hablasen en el gabinete.

Despues vino á sentarse en una butaca junto á la chimenea, frente al marqués.

—Ha llegado el momento de que nos expliquemos francamente, dijo Pepa dejando ver la torva expresion de sus ojos al marqués; Luis, que es muy cobarde, está aterrado; y anoche, por causa de usted, hemos tenido, al volver á casa, un sério disgusto; usted confia demasiado en el miedo que le tiene Luis, y abusó en su conversacion conmigo en el palco: Luis me lo ha revelado todo; usted se interesaba sériamente por la difunta, y Luis cree que debia existir algun misterio que nada tenia que ver con el amor entre Filomena y usted.

—Se engaña usted, señora, dijo el marqués; por más que mi amor hácia Filomena fuera un amor muy puro, era inmenso, porque yo no puedo tener secretos para la mujer que, al cabo de mis años, me ha vuelto loco; Filomena era el resultado de una de las locuras de mi juventud; Filomena era hija natural mia.

—¡Ah! dijo sombríamente Pepa, asombrando al marqués con su mirada y con su acento: ¡Filomena era hija de usted!

—Sí, sí, señora; esa desgraciada era hija mia.

—Pues bien, señor marqués; del mismo modo que usted no puede tener secretos para mí, yo, por amor á Luis, á quien adoro, á quien no quiero ver comprometido con el ódio de un hombre tan terrible como usted, voy á revelarle un secreto.

—¿Un secreto?

—Sí, señor; don Luis de Céspedes es completamente ajeno á la muerte de su hija de usted.

—Él llamó á los ladrones dejando una gran cantidad de dinero en una habitacion inmediata al dormitorio de Filomena, dijo el marqués; él huyó el bulto yéndose de caza, pensó el crímen con toda la astucia de la cobardía, porque me tenia miedo, y con razon; si yo no me he vengado aún, ha sido porque busco una ocasion segura; pero la ocasion vendrá, la provocaré yo, y peor para usted si se casa con él, porque se quedará usted viuda.

—Señor marqués, eso seria injusto; si Luis hubiera tenido parte en aquel horrible asesinato, comprenderia que usted se vengase; pero no hay tal cosa: yo conozco perfectamente á quien mató á su hija.

—¿Que le conoce usted? ¡Ah! ¡sí! ¡ya lo creo! Dos hombres van á ser ajusticiados dentro de poco.

—Esos hombres no hubieran matado á su hija de usted si alguien que vivia en la casa no les hubiera procurado los medios de penetrar con seguridad en ella; esa persona, acabemos de una vez, fuí yo.

—¡Usted! exclamó el marqués levantándose y temblando de los piés á la cabeza.

—Sí, yo, que estaba en la casa desde antes de que viniera de Francia la señorita; yo, que era querida de uno de los dos bandidos que la mataron.

—¡Oh! ¡esto es horrible! ¡Esto no puede ser! dijo el marqués; yo me volveria loco si creyese eso; no, no señora; es que usted ama á ese miserable; es que usted comprende que por una impresion violenta, mortal, el viejo marqués de Alpuente se ha enamorado de usted desde el momento en que la ha visto; es que usted quiere salvar á Céspedes: ¡Cómo creer que una mujer que tiene la hermosura de un ángel, pueda tener el corazon frio, duro, corrompido é infame de un asesino!

—¿Pero no ve usted, marqués? ¿está usted ciego? ¿no ve usted mis ojos? ¿no ve usted en ellos á la fiera capaz de todo, capaz de hacerle á usted pedazos si toca á un solo cabello de Luis?

—¡Ah! dijo el marqués: es que la expresion de sangre y de exterminio de tu mirada acaba de enamorarme de tí; es que tu hermosura crece y me vuelve loco, porque veo en tí ese arcángel de fuego, ese hermoso sér exterminador que yo habia soñado; es que no quiero creer que la mujer que se ha apoderado de mi alma entera es la que

ha matado á mi hija, porque esto seria espantoso; porque yo no te aborreceria; porque yo no querria vengarme de tí; porque me olvidaria que tu hermosa mano habia apagado la vida de mi Filomena, y esto seria ya demasiado; me sentenciaria á un infierno, seria el castigo horrible de mis crímenes, porque yo tambien tengo crímenes propios en mi memoria; esto seria una fatalidad tremenda, y yo no quiero creerlo, no puedo creerlo, no lo creeré nunca: dime que es mentira, exígeme que perdone á Céspedes, le perdonaré; pero no te envuelvas en ese ensueño de horror; no me digas que la mataste tú; no me condenes.

—Yo era la querida de Chopito, el hombre que va á morir ajusticiado; yo le dí el plano de la casa; yo le dije dónde estaba el dinero; yo maté á Filomena.

—¡Y entregaste tu amante al verdugo!

—Es un miserable que me quiso matar: de otro modo, no estaria tocando al patíbulo, hubiéramos huido, nos hubiéramos perdido; nadie hubiera sabido de nosotros; Luis y yo no nos hubiéramos amado; no me conocería usted.

—Tienes verdaderamente el corazon de fiera; comprendes que quiero cerrar los ojos, cerrar los oidos, que no quiero ver ni oir, y sin embargo me dices: ¡Yo la maté!

—Yo, yo fuí, repitió Pepa con acento terrible, fijando en el marqués una mirada espantosa.

—Ello es preciso: que el crímen llegue á sus consecuencias; que el sentenciado se condene; pues bien, sea en buen hora.

Y el marqués se sentó, dejándose caer sobre el sillon y lanzando una larga carcajada de loco.

—Ron, que traigan ron, exclamó: es mi remedio contra estas agonías de mi conciencia, contra esa maldicion de mi vida.

—Eso es distinto, dijo Pepa: yo no aborrezco á usted ni he de negarle lo que le alivia; va usted á ser servido al momento, señor marqués.

Y Pepa salió.

XXXVI.

—Materia, materia, y no más que materia, murmuró roncamente el marqués: materia viciada, irritada, corrompida, infame: esa mujer... su hermosura me enloquece, su perversidad halaga mi perversidad; Filomena desaparece vencida por ella; meditemos: esa mujer ama á Céspedes únicamente porque Céspedes tiene el alma fria, infame, perversa, capaz de todo: le ama por una razon de afinidad de crímen; amaba, sin duda, á ese que va á morir en el Campo de Guardias, porque veia en él á un asesino feroz, incontrastable; esa mujer ama el exterminio; es una hermosísima, una admirable pantera: pues bien, tú me amarás á pesar de mis años; tú verás en mí más que todo lo que has podido soñar en tus delirios de destruccion; tú enloquecerás por el viejo marqués de Alpuente; yo te lo juro por mi alma condenada; tú serás mi mónstruo divino; tú curarás esta desesperacion fria é insoportable de mi alma; tú te olvidarás del infame Céspedes por otro más infame; tú, hija del campesino de Va-

lencia, serás la más hermosa, la más magnífica de las grandes de España; yo no quiero ver más que tu hermosura y tu alma.

XXXVII.

Se oyó entonces el roce de la ancha falda de Pepa, y el incitante ruido de su pisada de buena moza.

Poco despues entró trayendo en una bandeja una botella de ron, dos copas, y una cestita de junco blanco, preciosamente labrada, con cigarros.

—Yo tambien necesito beber, dijo: necesito fumar, contraer la doble embriaguez del ron y del tabaco, porque lo que sucede, marqués, es verdaderamente espantoso.

Pepa llenó las copas, tomó un cigarro, le rompió la punta, lo encendió en un fósforo, y se lo dió al marqués.

—¡Oh! dijo éste: hé aquí el mejor cigarro que fumo en toda mi vida.

—Tiene la dulzura y el perfume de mi boca, dijo Pepa sonriendo, borrada completamente la expresion sombría de su mirada.

—¡Calla, calla, Satanás! dijo el marqués: te has propuesto salvar á Céspedes y le salvas: Filomena no ha existido nunca y no hay que vengarla; para mí nada existe en el mundo más que tú.

—No hablemos más ni de lo espantoso ni de lo imposible, dijo Pepa, que habia encendido otro cigarro que fumaba con delicia.

Y llenó las copas.



Por nuestra eterna amistad.

Dió una al marqués, tomó otra, y chocándola con la que el marqués tenia en la mano, dijo:

—Por nuestra eterna amistad.

—Sea, dijo el marqués, por nuestra amistad hasta el infierno.

—No hablemos tampoco de eso, marqués, dijo Pepa: ¿quién sabe si un dia nos tocará Dios en el corazon y nos convertiremos y acabaremos en santos?

Se nos olvidaba decir que ambos habian apurado sus respectivas copas de un solo trago, y que Pepa no habia hecho ni un solo gesto, lo que demostraba su costumbre de beber licores fuertes.

—Eres admirable, dijo el marqués: á pesar de que te obstinas en que yo crea en lo bajo de tu orígen, yo no puedo creerlo; tienes una distincion, á la que no llegan muchas que han nacido de noble casa y que han dormido sus primeros sueños en cuna opulenta; anoche hablabas de una manera hasta cierto punto burda; representabas un papel; hoy no finges y tu lenguaje es escogido: tu propio lenguaje.

—Pues no sé en qué consiste eso.

—Sin duda no sabes tampoco en qué consiste la suavidad, la morbidez y la blancura de tus manos.

Y el marqués se acercó á Pepa, y pretendió asirla una mano.

—¡Ah, no! dijo Pepa retirándola: dispense usted: mi mano es propiedad de Céspedes.

—No la merece, dijo vivamente el marqués: es demasiado cobarde.

—No importa: lo que le falta de valor me sobra á mí.

—¿Pero estás tú enamorada de ese hombre?

—Con toda mi alma, màrqués.

—No debieras decirlo.

—¿Y por qué engañar á usted; por qué hacerle á usted concebir esperanzas irrealizables? estoy cansada y necesito descansar. Para mí no habria descanso posible si me casara con un hombre que pretendiera dominarme, hacerme su esclava, como todos los maridos por lo general hacen esclavas á sus mujeres: yo le domino; se doblega á mi voluntad como una caña al viento.

—¡Ah! ese símil poético te vende: tú tienes detrás de tí una historia que me parece adivinar, Pepa.

—Vamos, marqués, está visto que no puedo engañar á usted: veamos qué es lo que usted adivina en mí.

—¡Bah, mujer! tú has sido admirablemente educada; no tengo duda de ello: aquel piano te denuncia.

—Veo que le he hecho á usted perder la memoria; aquel es el piano de Filomena: ¡un magnífico piano! no recuerdo haberle oido tocar nunca á Filomena: yo sé lo que vale, porque le he arrancado, cuando he estado sola, algun leve sonido que no ha llegado ni áun á la calle; y como mi historia es tambien un misterio para Luis, y lo será siempre, no lo he tocado nunca: he querido evitarme preguntas: ahora es distinto: Céspedes no está aquí.

Y Pepa se levantó, abrió el piano, le arrancó un magnífico preludio, y luego tocó una grandiosa pieza de Betoowen.

XXXVIII.

El marqués acabó de perder la razon por Pepa.

Pepa tocaba el piano con una maestría y con un sentimiento infinito.

El piano gemia, suspiraba, lanzaba de sí, bajo la pulsacion de Pepa, una armonía deliciosa, completa, ámplia, espontánea, grandilocuente.

Se comprendia que Pepa tenia una grande instruccion musical: una instruccion que no habia podido adquirirse en poco tiempo.

¿Cómo amalgamar esto con lo de cocinera?

El marqués se volvia loco.

XXXIX.

Cuando Pepa hubo terminado la pieza, vino á sentarse de nuevo junto á la chimenea.

No habia dejado su cigarro y continuaba fumando.

—¡La vida, esta es la vida! dijo el marqués: los sucesos trasforman á los séres, los modifican, los hacen fenómenos, determinan unos contrastes horribles: lo que estoy viendo me asombra, no puedo conprenderlo.

—Veo que es usted muy dado á filosofar, marqués.

—Empecemos porque yo no sé ni nadie sabe qué es lo que se entiende por filosofía: reflexiono, declamo, diserto, me pierdo en abstracciones, y nada consigo sino embrollarme cada vez más, como les sucede á todos los filósofos: pero tu historia, Pepa, tu historia; estoy impaciente por conocerla.

—Mi historia es triste, repugnante y larga, dijo Pepa.

—Pues me parece que tenemos tiempo; porque aunque venga Céspedes no importa; así te ahorras de contarle lo que oiga.

—Luis no vendrá hasta la noche, y para entonces ya habremos concluido: voy á servir á usted otra copa.

—Excúsate de ello, hija mia: yo me serviré y te serviré.

Y el marqués se levantó adelantándose á Pepa, y llenó las dos copas, que ambos bebieron de una sola vez.

Despues de esto, Pepa se recostó en la butaca, y cerrando los ojos como quien se entrega al sueño, empezó á relatar con voz reposada y tranquila la historia siguiente.

CAPÍTULO XVII.

La historia de María Josefa Perez.

I.

—La madre Perpétua era una mujer horrible, vieja, fea, repugnante, atrabiliaria, soez, y para que no la faltase nada, mulata.

Sus grandes ojos negros tenian una dureza que lastimaba, y nunca miraba á derechas; hablaba muy poco, y áun así de una manera brusca.

Sin embargo, era tenida por santa en el convento de Clarisas de Valencia.

Rezaba mucho, daba limosna á los pobres, mantenia cuatro educandas, y á su costa se hacian con suma frecuencia grandes funciones de iglesia.

La vírgen de la Soledad que en el convento habia, estaba magníficamente equipada por ella: enriquecida por una multitud de mantos costosos, de gargantillas, de diademas, de sortijas, de alhajas.

La madre doña María Perpétua de la Soledad Martinez y Abella era millonaria.

II.

Hé aquí lo que he sabido de boca de la misma madre Perpétua respecto á ella, y voy á decir á usted, marqués, la causa de haberlo sabido.

Tenia yo trece años y estaba tan crecida y tan desarrollada como ahora.

Por mí desde entonces parece que no han pasado los dias; y han pasado muchos, señor marqués, porque ya soy muy mujer: tengo mucha más edad de la que represento, de la que he confesado y de la que se cree, y áun de la que consta en los libros parroquiales de la villa de Mogente, en la que jamás he estado.

A los trece años representaba diez y ocho; ahora represento lo mismo, sobre poco más ó ménos, y tengo treinta y dos.

Volvamos á la madre Perpétua.

Dormia yo en su misma alcoba: empezaba á desvelarme, porque habia empezado á sentir el amor.

Me gustaba mucho un muchacho rubio, de quince años, hijo del andadero de las monjas que ayudaba á su padre en el servicio.

Era un tunantuelo muy largo, á pesar de sus pocos años; me veia con suma frecuencia en el locutorio cuando servia ricas meriendas al confesor de la madre Perpétua, y habia conocido que yo me habia enamorado de él.

Un dia que yo bajé al tornillo por donde nos entendiamos para nuestros encargos particulares con el andadero á encargarle cañamazo para bordar, Julian, que así se llamaba el jóven, me dijo:

—¿Hay alguna madre con usted, señorita Pepa?

—¿Por qué me lo pregunta usted? respondí.

—Por si hay alguna y necesita algo, para excusar viajes.

—Estoy sola, le respondí.

—Pues ahí va eso que tengo en el bolsillo hace algunos dias esperando una ocasion: recójalo usted; sea usted prudente, y quémele usted despues de que se haya enterado.

El tornillo dió vuelta y me encontré con un papel doblado y redoblado hasta el último punto posible.

Le tomé y le guardé en el pecho, y dije á Julian con la voz trémula:

—Ahí van dos pesetas y cuatro muestras de cañamazo.

Dí vuelta al tornillo, y escapé asustada de lo que me habia sucedido, y anhelando encontrarme en un lugar en donde pudiera leer con seguridad de no ser sorprendida el papel que me habia dado Julian.

Yo era entonces otra cosa.

Tenia esa dulce y soñadora pureza de las vírgenes que empiezan á abrir su corazon y su alma á la vida.

Sin embargo, mi carácter era duro, seco, atrabiliario.

Me habia contaminado la madre Perpétua, en cuyo poder me encontraba desde el punto en que pude pensar y recordar, desde pequeñita: más allá de la madre Per-

pétua, de la comunidad del convento, yo no recordaba nada.

Se me habia dicho que era huérfana, que no tenia á nadie en el mundo, que una persona caritativa que me habia recogido y que habia muerto tambien, me habia dejado una corta pension vitalicia, con la cual, poniendo algo de su parte la madre Perpétua, se me educaba, destinándome al claustro, en el cual tomaria el velo para profesar despues, en cuanto cumpliese la edad necesaria.

Este porvenir habia ennegrecido mi alma.

El trato íntimo, contínuo, la vida comun con la durísima madre Perpétua, habia determinado mi carácter.

Yo era tan impaciente, tan irascible, tan poco comunicativa como mi protectora.

Por esto digo que la madre Perpétua me habia contaminado.

Esa mirada sesgada, sombría, en que aparece la expresion del exterminio que usted ha visto durante un momento en mí, y que viene á ser mi mirada natural, era la mirada contínua de los negros ojos de mulata de la madre Perpétua.

Sin embargo, cuando estoy contenta, cuando me olvido de mi sombrío pasado, esta expresion agresiva y cruel de mi mirada, desaparece para convertirse en una expresion dulce, tranquila, pura, benévola, apasionada, simpática.

Yo hago de mí lo que quiero, marqués: ó más bien, lo que me conviene hacer.

Yo sé convertirme en una mujer vulgar y grosera,

y del mismo modo sé levantarme á la altura de una musa inspirada: de la musa del amor y de la dulzura.

III.

Cuando yo veia á Julian, que me enamoraba, mi mirada era dulce, ardiente, melancólica y tímida.

Julian se habia vuelto loco por mí.

Julian era un jóven muy precoz, criado en la calle, mal educado, con tanta libertad como queria, y áun más: reuniéndose desde muy pequeño con mala gente, habia adquirido eso que se llama entre la gente comun tunantería, y se habia hecho hombre, pero mal hombre en cuerpo y alma, antes de tener edad para ello.

Era hermosísimo, y de una pureza y delicadeza de formas que hubieran podido dar envidia á una mujer hermosa.

Era, además, descarado, y su mirada tenia una travesura, una intencion y una gracia infinitas.

Su sonrisa era un epígrama.

Las monjas, inclusa la madre Perpétua que á nadie queria como no fuese á mí, le querian mucho, y yo estaba loca por él.

IV.

Me fuí al jardin, me metí entre un bosquecillo de rosales, saqué de mi pecho el papel que Julian me habia dado, y ví que decia lo siguiente, sobre poco más ó ménos:

«Te quiero y sé que me quieres: no necesito que me

lo digas; me lo has dicho ya con los ojos, hermosa; nos estamos muriendo el uno por el otro, y es preciso que no nos muramos: no creas que es tan difícil como parece salir del convento; ya estudiaré yo el cómo, y cuando yo lo encuentre estoy seguro de que tú no te negarás á unirte con tu Julian. Si nos unimos, claro está que lo único que puede ocurrírseles es casarnos: yo queria una muchacha de ojos negros muy hermosa que bebia los vientos por mí, y que no estaba encerrada, y desde el momento que he conocido que tú me querias, la he dado pasaporte.

Para entendernos sin que nadie sospeche y sin que nos pillen, cuida de mirar los huevos que entran en la cesta de la madre Perpétua; y si alguno tiene manchas de sangre, guárdatelo, rómpelo, y dentro encontrarás una carta mia, en donde te diré dónde encontrarás otra, porque lo de los huevos no debe repetirse: el contestarme te es muy fácil. Esta noche á la oracion estaré yo en la callejuela: arriba hay celdas deshabitadas y abiertas, y por cualquiera de ellas puedes echar una carta en que hayas envuelto una piedrecita para que no se la lleve el viento, y yo la sienta caer.

Adios, amor mio, y hasta la noche, que estaré yo esperando en la callejuela.»

V.

Desde entonces se entabló una correspondencia amorosa, casi diaria, apasionada, ardiente, loca, entre Julian y yo.

Por eso entre mis trece y mis catorce años ya no me pasaba las noches en un solo sueño, sino que me desvelaba.

Por esto pude sorprender una noche á la madre Perpétua.

Gemia como si la arrancaran el alma, y á la luz de una lámpara que tenia cerca de la cama, miraba un objeto que yo no podia ver.

De repente sonaron grandes golpes á la puerta de la celda.

La madre Perpétua guardó precipitadamente debajo de la almohada un objeto, se levantó, se echó el hábito y se fué á abrir la puerta.

Poco despues entró.

—¿Qué es eso? la dije: ¿por qué han llamado así? me han dado un susto.

—A la madre abadesa, dijo la madre Perpétua, la ha dado un cólico y se está muriendo: ya se ve, es muy glotona, se dió anoche un atracon de bartolillos, y la masa es muy indigesta: voy, voy allá, no te muevas tú: todo ello no será nada; mimos de monja.

Y la madre Perpétua salió, llevándose á sus criadas, que se habian levantado tambien, y cerrando con llave la puerta de la celda.

Yo me levanté inmediatamente, busqué bajo las almohadas de la madre Perpétua, y encontré un medallon de oro guarnecido de brillantes, y bajo un cristal, el retrato en miniatura de un hermoso jóven, con un uniforme, que por lo que he visto despues, y por el recuerdo que conservaba, era de capitan de navío.

La madre Perpétua, á sus sesenta años, se desvelaba por la misma razon que yo.

Como yo, amaba: como yo, sufria.

Entonces comprendí lo avieso de la mirada y el humor atrabiliario de la madre Perpétua.

Era una víctima sin duda: una mujer sacrificada á quien habian obligado á ser una mala monja.

Este conocimiento influyó en mí de una manera grave.

Yo no quise ser sacrificada como la madre Perpétua; gemir como ella durante mi vida, sin esperanza; tener antes de morir un infierno en el corazon.

Yo, hasta entonces, me habia negado á las contínuas y desesperadas exhortaciones de Julian, para que valiéndome de mañas y del cariño que me tenia la abadesa, la tornera y la portera, que son las que tienen colgadas en la cintura las tres llaves de la puerta del claustro, sacase su molde en cera y se la diese á Julian, para que éste, mandando hacer las llaves, me las diese por medio de un cordon, abriese yo la puerta del claustro y me fugase con él, que se encargaba por su parte de franquear la portería.

Tal terror me causó la situacion desesperada de la madre Perpétua, que por no sufrir la misma suerte me decidí á hacer lo que Julian pretendia, y lo hice.

Una noche, envueltos en un papel, arrojé á la calle los tres moldes en cera de las tres llaves de la puerta del claustro.

Ocho dias despues, dentro de un panecillo encontré una carta de Julian en que me decia, que aquella noche

echase por la reja á la calle un cordon para recoger las tres llaves que ya estaban hechas.

Aquella noche ya tuve las llaves: venian envueltas en un paño para que no sonasen al subir.

Al tenerlas en mi poder sentí una alegría inmensa.

Aquella tumba iba á abrirse para mí: mi amor á llegar á su logro.

Me importaba muy poco lo humilde, lo plebeyo de Julian; porque, ¿quién era yo? una muchacha que ni áun sabia el nombre de sus padres.

Es cierto que se me habia educado como á una señorita, que las educandas más ricas no eran mejor tratadas que yo; que si el hábito de educanda era igual al de todas, mi toquilla y mis ropas interiores eran de riquísima holanda, y que sobre mi escapulario azul, pendiente del cuello de una cadena de oro, llevaba una cruz de brillantes, cuando las educandas más ricas sólo la llevaban de oro sencillo.

Desde muy pequeña se me habia enseñado música, y á los trece años tocaba el órgano y el piano como lo toco ahora, y cuando la cantora estaba mala, yo la sustituia.

Las monjas y los parroquianos de la iglesia se alegraban mucho de que la cantora se pusiese mala, porque les gustaba mucho más mi voz pura, extensa y argentina, y mi método de canto, que su voz cansada y gangosa, y su manera fria y monótona.

Como se me destinaba para cantora en cuanto fuese monja, se me habia enseñado tambien latin; y porque la madre Perpétua decia que una mujer debe saber de todo, se me enseñó á guisar y á hacer dulces.

Las monjas son unas grandes cocineras y unas grandes confiteras.

Hé ahí por qué yo soy una cocinera excelente.

VI.

Para escapar, para hacer posible que no se me echase de ménos mientras yo llegaba á la puerta del claustro y la abria, era necesario un pretexto.

En los conventos se hacen ejercicios nocturnos particulares, que consisten en andar el *Via-Crucis* con una cruz sobre los hombros.

Las hay mayores y menores, más ó ménos pesadas, segun la mortificacion que quiere imponerse la penitente.

Estos ejercicios se consultan con el confesor, y si éste aprueba que se hagan, se pide licencia á la abadesa, que generalmente la concede.

A la media noche se sale de lá celda sola y con la cruz á cuestas, se recorre el *Via-Crucis*, y á las dos horas se termina el ejercicio.

Yo confesé un grave pecado de soberbia, declaré al confesor que estaba aterrada por haberle cometido, y le pregunté si le parecia bien que para expiarle hiciese ocho dias ejercicio.

El confesor me lo aprobó, y la abadesa me dió la licencia.

Yo avisé á Julian que me esperase.

La primera noche de los ejercicios debia fugarme.

Llegó el dia anterior á aquella noche que yo esperaba.

con impaciencia; pero un accidente imprevisto vino á alterar nuestros proyectos.

A eso del medio dia entró la madre Perpétua en la celda, pálida y consternada.

—Quítate la toquilla y el escapulario, me dijo, y ponte este pañuelo y esta mantilla.

—¿Y para qué, señora? la pregunté.

—Vas á salir del convento, me respondió.

—¿Y quién me saca de él? dije.

—Quien puede; quien trae todas las licencias necesarias: una persona de quien vas á depender en adelante.

—¿Y no volveré al convento, señora?

—No lo sé.

—Pero yo no quiero salir del convento; yo quiero permanecer junto á usted.

—Eso no es posible, me respondió: quien viene á sacarte tiene una autoridad indisputable sobre ti.

—¿Es mi padre?

—No.

—Pues y entonces, ¿cómo es que tiene esa autoridad?

—No puedo decírtelo.

—Pues no saldré.

—Espero que no será necesario usar de la fuerza, me dijo la madre Perpétua: cobíjate pronto, porque te están esperando, y la madre abadesa, la madre portera y la madre tornera han dejado sus quehaceres para abrir la puerta del cláustro: es necesario no incomodar á estas señoras.

—¿Con que no hay remedio?

—Ninguno.

Me fué preciso obedecer; me quité la toquilla y el escapulario, y me puse el pañolon y la mantilla que me habia dado la madre Perpétua.

—¿Y voy á salir así, sin mi ropa blanca á lo ménos? dije.

—Fuera de aquí no te faltará nada: yo guardaré tu ropa blanca como un recuerdo tuyo.

Esta fué la única palabra dulce que me dijo la madre Perpétua.

VII.

Despues me llevó á la celda de la abadesa, donde la comunidad, habiendo sabido que yo iba á salir del convento, estaba reunida para despedirme, con las otras educandas, porque todas, tanto las madres como las niñas, me querian mucho.

La despedida fué tierna, pero breve.

Despues, la comunidad entera llegó conmigo á la puerta del cláustro, que se abrió.

Me abrazaron todas por segunda vez, y la madre Perpétua, besándome por primera vez de su vida en la boca, me dijo con la voz trémula:

—No te olvides de mí, María Josefa.

Entonces se abrió la puerta, y ví delante de ella un hombre como de cuarenta y cinco años con uniforme de teniente general.

Le acompañaban dos ayudantes con divisas de coroneles, y más allá de la puerta exterior se veia una silla de posta y una escolta de caballería.

En la puerta habia un jóven pálido, triste, sombrío. Era Julian.

VIII.

El teniente general se quitó el sombrero al ver á las monjas, que con sus velos echados estaban delante de la puerta del cláustro, me asió de la mano, me miró conmovido, y dijo á la abadesa:

—Gracias, muchas gracia, señora; este es el dia más grande de mi vida: gracias tambien, madre Perpétua: espero que dentro de algunos años Pepita volverá á ver á ustedes.

Medió un ligero tiroteo de cumplimientos entre el general y las monjas; despues de esto se cerró la puerta del cláustro, y el general me llevó á la silla de posta.

—Ya nos volveremos á ver, señorita Pepa, dijo Julian al pasar yo junto á él.

El general le miró de una manera severa.

Julian miró audazmente al general, y apartándose de la puerta del convento, se alejó lentamente.

Yo entré en la silla aturdida, dominada por la situacion.

La silla, en que iba el general conmigo, salió de Valencia, tomó el camino del Grao y llegó á la playa.

Salimos de la silla, el general despidió la escolta, y con sus ayudantes y conmigo entró en una lancha que nos llevó á un gran barco de vapor.

IX.

Entramos en su cámara de popa, y en ella en un hermoso camarote, en donde habia dos doncellas.

—Vistan ustedes á la señorita, dijo el general, y salió dejándome sola con las doncellas.

X.

El general, desde que salimos del convento, sólo habia hablado conmigo de una manera que nada podia decirme acerca de mi situacion respecto á él.

Sólo me habia dicho que desde la edad de tres años estaba en el convento, que grandes razones habian sido la causa de ello, y que se acercaba el dia de la aclaracion del misterio que envolvia mi nacimiento.

Yo estaba tan turbada, que apenas contesté con monosílabos á las palabras del general.

Una vez en el buque, y con las doncellas que me servian, fuí dominando mi situacion, y colocándome en una prudente espectativa.

Yo no debia preguntar nada á aquellas mujeres, y nada las pregunté.

Era necesario esperar á que el general se explicase conmigo.

Las doncellas me vistieron de una manera elegantísima.

El traje me venia tan bien como si se hubiese hecho á mi medida, lo que demostraba que se habia contado con la madre Perpétua, y que esta habia procurado alguno de mis trajes del convento.

Poco despues de estar á bordo, el vapor levó anclas, se puso en marcha, y me sobrevino el mareo, esa cosa horrible, esa agonía insoportable, por la que pasan generalmente todos los que se embarcan por primera vez, y muchos siempre que se embarcan.

El mareo fué para mí una enfermedad de cuatro dias, de la cual no me curé hasta que bajé á tierra en Marsella.

XI.

En esta ciudad, el general se instaló en el mejor hotel, tomando para mí sola y para mis doncellas una habitacion completa.

El general almorzaba, comia y cenaba conmigo, me llevaba á paseo en carruaje, á palco en el teatro, y no se separaba de mí desde las doce de la mañana, en que almorzábamos, hasta las doce ó la una de la noche, en que yo me recogia.

Me hablaba mucho, pero siempre explicándome todo lo que veia, porque todo para mí era una novedad en el mundo; pero no llevando jamás la conversacion al punto á que yo hubiera querido que la llevara; esto es, á una revelacion que me hiciese conocer quién era yo, quién era él, y lo que pensaba hacer de mí.

XII.

Ni áun sabia su nombre.

Sus ayudantes le llamaban mi general: las doncellas, señor; los camareros del hotel, monsieur.

Yo me obstiné en no preguntar nada á mis doncellas, en no preguntar nada al general.

Sin embargo, yo no tenia duda de que el general era mi padre.

Me miraba de un modo, me trataba de tal manera, que no habia lugar á la duda.

Se enorgullecia conmigo.

—Pepita, me dijo al dia siguiente de haber llegado á Marsella: aquí hay un piano, y sobre ese velador música moderna que yo he mandado traer: la madre Perpétua me ha dicho que tocas admirablemente el piano, que cantas de una manera deliciosa: quisiera oirte.

Yo me levanté, tomé el cuaderno de música que estaba sobre los otros, le puse en el piano, y le abrí á la ventura.

Toqué lo que encontré escrito.

Aquello era el ária de la calumnia del *Barbero de Sevilla*.

Yo me habia propuesto observar, noté que al conocer el ária el general palideció, se extremeció y se conmovió profundamente.

¿Habria influido una calumnia en la historia del general? ¿seria una calumnia la causa de la situacion en que yo me encontraba?

Nada me dijo el general, sino que veia que no le habia engañado la madre Perpétua, que yo era una grande artista, cuando de repente y sin conocerla, habia ejecutado de tal modo una pieza tan difícil como el ária *La calumnia* del *Barbero de Sevilla*.

Luego canté alguna de las canciones que entonces estaban de moda.

El general enloquecia de entusiasmo.

No pude tener duda de que el general era mi padre: no la tengo ahora, y sin embargo, aún no sé su nombre.

XIII.

—Esto es demasiado extraño, dijo el marqués interrumpiendo el relato de Pepa: no se comprende que una mujer que no ha conocido á sus padres, y que cree encontrar á su padre en un hombre, no procure saber cómo se llama.

—Siempre he sido yo dura y reservada, dijo Pepa: me propuse no hablar acerca de esto, y no hablé: estuvimos cuatro dias en Marsella, y al cabo de ellos tomamos en posta el camino de París, á donde llegamos cinco dias despues, parando en la puerta de una gran pension, á cuya directora me presentó el general.

Por lo que pude conocer, la directora conocia de antemano al general; pero hablaban en francés, yo no conocia este idioma, y no pude entender ni una sola palabra.

Despues el general se dirigió á mí, me dijo que en aquella pension debia pasar cuatro años, completando mi educacion, y que al cabo de ellos saldria y se decidiria mi situacion.

El general me abrazó y me besó en la boca conmovido, y me dejó en la pension.

XIV.

Era esta de las mejores de París.

Los dormitorios, los salones, las clases, el comedor, todas las dependencias eran elegantísimas.

Además de eso, habia un precioso y extenso jardin para recreo.

Las pensionistas, todas jóvenes y todas pertenecientes á las primeras casas de Francia, pasaban de doscientas.

XV.

Apenas se habia ido el general, la directora, que no podia entenderse conmigo, porque ni ella hablaba el español, ni yo hablaba el francés, me llevó á un aposento compuesto de una salita y un dormitorio, que me hizo comprender que era el mio, me dió una carta cerrada, me saludó con suma finura, y salió dejándome sola.

En el sobre de aquella carta se leia:

«Á la señorita doña María Josefa Perez de Olmedo.»

Rompí impaciente el sobre, y leí lo que sigue, sobre poco más ó ménos:

«Pepita: para estar convenientemente en la pension donde te he dejado, necesitas un nombre y una historia, aunque sea falsa.

En la pension deben conocerte bajo el nombre de Perez de Olmedo, hija del teniente general español del mismo apellido; debes decir que desde muy niña, hasta

que has salido de España has estado en un convento, en lo que no mentirás: si te preguntan el nombre de tu madre, dí que es la marquesa de Salinas, doña María de Silva y Souza: en uno de los estuches que hay en tu equipaje, encontrarás dos retratos en miniatura que representan dos personas, que aunque no lo son, deben pasar por tus padres. Despues de leida esta carta, de haberla aprendido de memoria, para no olvidar lo que te se encarga, quémala.—Tu compañero de viaje.—P. D.—Todos los meses, para tus gastos particulares, te entregará la directora del colegio mil quinientos francos: empléalos convenientemente en trajes y en las joyas que puede usar una soltera, siempre consultando á la directora. En esa pension hay recepcion todos los meses, y no quiero que te presentes dos veces con un mismo traje.»

XVI.

—Pues, señor, dijo el marqués, en España no ha habido nunca un teniente general que se llame Perez de Olmedo, ni se conoce el título de marqués de Salinas.

—Demasiado lo sé, contestó Pepa; esos eran nombres supuestos, nombres de personajes de comedia; suposicion que algun tiempo despues de haber entrado yo en el colegio, á los dos años, creó una situacion difícil.

Los primeros meses fueron para mí sumamente fastidiosos, hasta que por necesidad aprendí el francés.

Entonces fué ya distinto.

La pension de madama Cornelia de Sain-Georges, que así se llamaba la directora, era muy amable, habia

en ella cuantos recreos pueden apetecerse: salon de música, salon de baile, un pequeño y lindo teatro, donde las pensionistas representaban piezas escritas *ad hoc*, en que sólo tomaban parte mujeres, extenso y magnífico jardin con columpios, montañas rusas y otros recreos.

Todas las noches, la directora llevaba algunas de sus pensionistas de más edad á recepciones, casa de otras pensionistas; todos los meses habia en el colegio gran recepcion, á la que concurrian, si gustaban, las familias de las pensionistas, inclusos los hombres.

Se cantaba, se recitaban versos, se bailaba, se representaba alguna pieza, y se servian tés, confituras y helados.

Cada noche, una de las pensionistas mayores, de las que estaban próximas á salir del colegio, hacia los honores de la recepcion.

El objeto era que una señorita, al salir de allí, supiese todo lo necesario para brillar en el gran mundo.

¿Qué tiene, pues, de extraño, marqués, que yo, á quien tanta gente cree en Madrid una pobre muchacha, una criada, una cocinera, sepa llevar un rico traje y un aderezo, y aparecer una señora perfecta? nada: lo que sí tiene mucho de extraño, es que yo sepa representar á una pobre diabla, á la hija de Bartolo el cultivador de arroz de Valencia, á quien, sea dicho de paso, ni áun conozco.

A pesar de eso, de Mogente ha venido una partida de bautismo que yo he dicho que es mia, una fé de soltera y una licencia de mi abuela para contraer matrimonio con don Luis de Céspedes.

—¿Y cómo ha podido ser eso, hija? preguntó el marqués.

—Dinero, y siempre dinero; yo conozco en Madrid á mucho bribon, y me he valido de uno de ellos.

Desde que me emancipé uso el nombre de Josefa Perez, natural de Mogente, pueblo que elegí para hacerle mio entre los de la huerta de Valencia.

El apellido Perez es muy comun; en todas partes le hay.

Encargué que me buscasen un Perez en Mogente que tuviese una hija sirviendo fuera, y se encontró un Bartolo Perez que habia muerto, así como su mujer. De la familia sólo quedaba la madre de Bartolo, que pedia limosna.

Hacia cuatro años que una hija suya, que por una coincidencia afortunada se llamaba como yo, Josefa Perez, habia ido á servir á Valencia de edad de diez y ocho años, se habia perdido, y no se habia vuelto á saber de ella.

El bribon encargado por mí de este negocio, se informó de la casa donde habia ido á servir desde el pueblo la muchacha, buscó su pista, la encontró, supo que la habia seducido un sargento de caballería, tras el cual se habia venido á Madrid, y que un año despues habia muerto en el Hospital general.

Estas informaciones se hicieron hace un mes: la difunta debia contar ahora veinte años, edad en la que yo me he plantado y que represento, ni más ni ménos.

Se habló con la abuela, que ignora que su nieta ha muerto, se la dió dinero, y héme aquí con padres, con

una familia que nadie puede probar que no es la mia, porque la abuela está sorda y ciega.

—¡Al diablo todas las mujeres habidas y por haber! dijo el marqués: pero ¿y si un dia encuentras á tus verdaderos padres y les importa reconocerte?

—Eso se arreglará de la misma manera que se ha arreglado lo otro; pero volvamos á mi historia.

XVII.

Entre los jóvenes que iban á las recepciones de la pension, se contaba un hijo del par de Francia duque de Chatillon; era un jóven diplomático de veintiseis años, hermoso, elegante, finísimo, apasionado, que desde el momento que me vió se enamoró de mí.

Yo, debo confesarlo, comprendí en cuanto Enrique de Creux me habló, que estaba locamente enamorado de mí, y á pesar de Julian, de mi primer amor, me enamoré de él.

Pero sucedió lo que á mí me parecia entonces extraño, y ahora no me lo parece: no me olvidé de Julian.

Pero Julian era una cosa concluida, una cosa muerta, á lo que yo creia.

No tenia esperanza alguna de volverle á ver, y aunque la hubiera tenido, hubiera prescindido de él.

Mi posicion habia cambiado, mi union con Julian era imposible, y no podia compararse sino en la figura á Julian con Mr. Enrique de Creux, heredero del par de Francia duque de Chatillon.

Como en el colegio de madama de Saint-Georges no

habia más que señoritas hijas de casas ilustres y ricas, Enrique, al comprender por la acogida que yo le hice, que le amaba, soñó en un enlace próximo, y tuvo acerca de ello una explicacion con su padre.

Este se informó indirectamente del nombre de los mios, y como aparecian extranjeros, pidió informes acerca del teniente general Perez de Olmedo y de su esposa la marquesa de Salinas.

Le respondieron que en la *Guia oficial* no existian ni tal teniente general, ni tal título, ni se tenia en España noticia alguna de tales personajes.

Yo ignoraba todas estas informaciones, y por consecuencia no pudo ménos de extrañarme una carta que recibí de Enrique por conducto de uno de los criados de la pension, en que me decia que una negra nube habia envuelto nuestros amores; que su padre no consentia en nuestro matrimonio, á causa de tener contraido un compromiso formal respecto á una parienta suya; pero que él no reconocia este compromiso que se habia contraido por su padre sin su consentimiento, y estaba dispuesto á romper por todo por mí si yo estaba dispuesta á romper por todo por él.

Yo le amaba: me enamoraba; mi carácter era, como ahora, indómito, y le contesté que por su amor lo arrostraba todo: todo hasta lo inconcebible; suponiendo el caso de que tambien se negasen mis padres.

No fué esta la única cosa extraña que sobrevino.

Noté que las pensionistas, tan cariñosas antes y tan amables conmigo, empezaban á retraerse y á esquivar mi trato, y esto me irritó, arrojó en mí el gérmen del

ódio que despues he contraido contra el género humano; porque yo no reconocia ni podia reconocer la causa de aquel mudo desprecio.

Fuí á quejarme irritada á la superiora, y esta, encerrándose conmigo, me dijo gravemente:

—Lo que sucede es verdaderamente triste: la predilección por vos de Mr. Enrique de Creux, heredero del duque de Chatillon, ha producido muy malos resultados: Mr. Enrique ha creido verdadero el supuesto nombre de vuestros supuestos padres; ha dado cuenta de su amor y de sus intenciones á su padre, y el consejo de familia ha aprobado vuestro casamiento con Mr. Enrique de Creux.

—¿Y es ese el mal resultado de que me hablábais, señora?

—Esperad, esperad, señorita; aún no he concluido: como era natural, el consejo de familia, provocado por el duque de Chatillon, ha determinado que antes de pedir vuestra mano á vuestro padre, se tomen informes acerca de vuestra familia.

—¡Ah! exclamé, ¿y qué ha resultado?

—¿Qué ha de haber resultado, sino que vuestra familia no ha parecido? como que no hay en España ningun general que se llame Perez de Olmedo, ni existe el título de marqués de Salinas; como que este nombre y este título son supuestos: esto lo ha echado todo á perder; y lo que es más, me ha comprometido; porque en mi pension no hay más que señoritas hijas de familias ilustres, cuyos nombres son conocidísimos en Francia: yo hubiera podido decir el nombre de vuestros padres, que es muy

ilustre; pero que por una fatalidad está envuelto en un misterio que yo ni áun para vos puedo romper; he escrito á vuestro padre manifestándole lo que sucede, y me ha contestado, que un entronque con el duque de Chatillon no es cosa que le obligue á romper el misterio en que está envuelto vuestro orígen, que es alto y legítimo, y me ha prohibido terminantemente lo revele ni á vos misma: me autoriza además para colocaros en otra pension ménos exigente que la mia: porque habeis de saber que se me ha amenazado con perder á todas mis pensionistas, si vos no salís de la pension.

XVIII.

Esto me agrió sobremanera.

—¿Qué culpa tengo yo, dije, del misterio en que me envuelven mis padres? ¿por qué se me obliga á sufrir esta humillacion, y sobre todo, á contrariar los sentimientos de mi alma? yo amo á Mr. Enrique de Creux, y él me ama; su familia es ilustre y rica, y la mia tambien, á lo que parece, es rica é ilustre: ¿qué consideraciones puede haber mayores que la de no sacrificarme?

—Lo ignoro, señorita; si vuestro padre me ha confiado su secreto, es porque su esposa estuvo en mi pension, y en mi pension se casó de secreto con ella: vuestro padre me conoce de muy antiguo, y de muy antiguo me concede el honor de su confianza; pero nada me ha dicho acerca del inconveniente que hace que despues de tantos años permanezca oculto su enlace con vuestra madre: si el señor duque de Chatillon se resignara á no

pretender se desvaneciese el misterio, si me jurase guardar secreto, yo le pondria en antecedentes, á pesar de la prohibicion absoluta de vuestro padre, y si el duque cediera, yo protegeria vuestro enlace secreto con Mr. Enrique de Creux; pero esto es soñar: la nobleza francesa es por lo ménos tan altiva como la española, y el duque de Chatillon se negaria á todo lo que no fuese claro como la luz del sol: es necesario que os resigneis á vuestro destino, porque no podeis luchar con él, mi querida Josefa.

—¡Que no puedo luchar con él! dije fuera de mí; yo obligaré á mi padre á aclarar el misterio de mi nacimiento.

—Sois enérgica y valiente; os conozco bien, y esto me obliga á librarme cuanto antes de la responsabilidad en que podeis hacerme incurrir: hacedme el favor de preparar vuestro equipaje; os doy para ello dos horas: pasado este tiempo os llevaré al pueblecito de Poyssi, á la pension de mi amiga Honorina Clement, que es tan acreditada como la mia, y más espaciosa y más alegre, porque al fin está en el campo, y construida expresamente para pension; pero os recomiendo la mayor prudencia: aunque aquella pension no es aristocrática como la mia; aunque nada pueden saber, porque aquellas pensionistas pertenecen á la burocrácia, á la alta banca, y están completamente alejadas del barrio de San German, no tolerarian tampoco su intimidad con una jóven cuyos padres no pueden comprobarse: allí os llamareis como aquí, hija del teniente general español Perez de Olmedo y de la señora marquesa de Salinas; mientras no os pongais

en el caso de entrar en una familia, ninguna informacion se hará, y todo irá bien.

—Perfectamente, señora: el arreglo que me proponeis me parece muy bien: callaré todo lo que sea necesario callar; pero en silencio haré todo lo que me convenga hacer: no reconozco en nadie el derecho de mortificarme: con vuestro permiso, voy á preparar mi equipaje: sólo os suplico me excuseis la mortificacion de despedirme de esas señoritas que tan crueles han sido conmigo.

XIX.

Aquella misma tarde, por el ferro-carril del Este, y en muy poco tiempo, llegamos al bello pueblecito de Poyssi.

La pension de madama Honorina Clement era muy bella, y estaba situada en medio de un extenso y frondoso jardin.

Madama Honorina era una jóven de veintiseis años, huérfana, de una familia ilustre, pobre, que se habia hecho, á fuerza de talento y de constancia, una fortuna creando aquella pension: se llamaba indebidamente madama, en razon sin duda á su posicion de directora de colegio, porque era soltera.

Se habia consagrado á la enseñanza, y nunca, aunque era hermosa, simpática y llena de espíritu, se la habia conocido amante.

Se ponderaba su severidad de ideas, y se tenia una entera confianza en ella para poner bajo su direccion jó-

venes de familias ricas que debian brillar un dia en el gran mundo.

Madama Cornelia de Saint Georges la dijo que el motivo de salir yo de su pension y pasar á la suya, era el haberse resentido mi salud en París, y haberme prescrito los médicos los aires puros del campo.

Yo estaba pálida á causa de la contrariedad que desde hacia algun tiempo sufria en mi amor y en mi orgullo, y madama Honorina pudo creer sin dificultad el quebranto de mi salud.

Por lo demás, madama Cornelia la dijo sin vacilacion que yo era hija del teniente general español don Cristóbal Perez de Olmedo y de doña María de Silva y Souza, marquesa de Salinas; que pagaba por mi pension quinientos francos mensuales, y que percibia para mis gastos particulares dos mil quinientos.

Segun madama Honorina, yo era su pensionista más rica.

Quedé, pues, instalada en la pension de Poyssi, volvióse madama Cornelia á París, y desde aquel momento fuí el objeto de las más finas atenciones y de la más viva simpatía de parte de madama Honorina, que al poco tiempo era mi amiga íntima, mi amiga del corazon.

XX.

Me veia sufrir, y me preguntó la causa de mi sufrimiento, no por saberla, sino por consolarme.

Yo estaba desesperada, y se lo revelé todo.

Madama Honorina se quedó profundamente pensativa.

—Pues no, me dijo; esto no puede continuar así, María Josefa; vos enfermais, os destruís lentamente, y á pesar de que escribís á vuestro misterioso padre, á pesar de que le manifestais el estado de vuestra alma y de vuestro cuerpo, no se tiene lástima de vos: ¿qué hay que pueda justificar esta cruel conducta? ¿por qué se os sacrifica de este modo? ¿qué interés puede haber para un padre mayor que el corazon y la vida de su hija, y de una hija tal como vos? estoy completamente de vuestra parte; mi conciencia os proteje; veo lo que sufrís y conozco á cuánto estais expuesta: se os ha confiado á mí, y mi deber es evitar una desgracia: ¿en qué estado están vuestras relaciones con Mr. Enrique de Creux?

—¡Ah! perdonad, la dije, si siendo vos para mí tan buena os he ocultado algo: Mr. Enrique y yo mantenemos una correspondencia casi diaria, valiéndonos de uno de los criados.

—Es imposible evitar que estas pobres gentes mal educadas se vendan, dijo tranquilamente madama Honorina, y no es posible aislar á las pensionistas, so pena de que estén pésimamente servidas: este mismo peligro le correrian casa de sus padres, á no ser que se las tuviese encerradas y continua é inmediatamente vigiladas.

—Hasta en los conventos, mi querida Honorina, puede una jóven mantener inteligencias de cierto género con un hombre; eso lo sé yo muy bien: me he criado en un convento, y una de mis compañeras mantenia relaciones amorosas por escrito con el hijo de un criado de las monjas.

—Sí, sí, dijo Honorina; pretender evitar que una jó-

ven esté en inteligencia sin apelar á recursos violentos y casi impracticables con el hombre á quien ama, es casi pretender un imposible; pero vengamos á la cuestion: ¿cuáles son las intenciones de Mr. Enrique de Creux respecto á usted?

—Unirse conmigo á todo trance.

—Es necesario que yo hable á ese caballero; aunque soy jóven, por mi cualidad de directora de pension de señoritas, y porque he luchado mucho en asuntos de este género, tengo una gran experiencia: escriba usted á Mr. Enrique que me anuncie una visita, y yo veré si puede usted confiar en él ó no.

XXI.

Tres dias despues, Enrique tuvo una entrevista particular con madama Honorina.

Esta me habló encantada de él, me aseguró que estaba tan decidido por mí, como yo lo estaba por él, acabó de ponerse completamente de mi parte, y alarmada por el estado de mi salud, que de dia en dia se hacia más grave, me declaró que se estaba en el caso de un casamiento secreto, á despecho de nuestras respectivas familias.

Yo sentí una alegría imponderable.

Madama Honorina se prestó á todo. Enrique gastó cuanto fué necesario, interpuso la influencia de sus amigos, y al fin se obtuvo la autorizacion para un casamiento secreto.

El casamiento se verificó una noche en la iglesia del pueblo.

Madama Honorina y yo habiamos salido muy tarde y sin ser vistas, de la pension.

Pero la pobre Honorina, que creyó que Enrique me dejaria volver con ella, se volvió sola.

En cuanto estuvo terminada la ceremonia, Enrique declaró que sólo se habia valido del secreto para llegar hasta aquel punto; que yo era ya su esposa, que no tenia por qué ocultarlo, que le importaba muy poco la cólera de su padre y la de los mios, y que me reclamaba como marido.

Nada podia evitar esto, y en vano fueron las súplicas de madama Honorina.

En vano protestó que no era aquello lo que se habia convenido; que se la comprometia dando ocasion á que se supiese que ella habia protegido el casamiento secreto de una de sus pensionistas á despecho de sus padres.

Lo que se habia convenido era que algunos dias despues del casamiento me fugase yo.

Una fuga no compromete á una directora de pension, puesto que no tiene encerradas y bajo llave á las pensionistas.

Pero la situacion en que Enrique habia puesto á madama Honorina era completamente distinta, y fuertemente comprometida.

XXII.

Enrique me arrastró consigo y me llevó á París.

Aún no habia tenido tiempo de hacerme cargo de

que me habia casado, cuando me arrepentí de ello, y me ví en el caso de despreciar á mi marido.

Mr. Enrique de Creux era un jóven vicioso, pervertido: uno de esos hijos de la nobleza que la deshonran y la enlodan en vicios.

El festin de bodas que Enrique me habia dicho era indispensable, fué una verdadera orgía, una orgía vergonzosa en casa de uno de los amigos más depravados de Enrique, á la que asistieron hombres y mujeres, perdidos el pudor, la educacion, hasta el sentido comun.

Dos bailarinas de la Opera se habian presentado en un gabinete á donde me habia conducido Enrique, para vestirme un ostentoso traje de desposada, una especie de traje de máscara, de cuya exigüidad, ó mejor dicho, de cuya enormidad, respecto al descote, debia alarmarse el pudor de la mujer ménos delicada.

Resistí, y fué en vano; se me habia despojado casi á viva fuerza de mis vestidos: se me habia puesto en el caso, ó de aceptar aquel vergonzoso traje de desposada ó de permanecer desnuda.

No tenia quien me protejiese: estaba abandonada, y me ví obligada á ceder.

Mi marido, segun su expresion, queria lucirme y dar envidia á sus amigos con mis encantos.

¡Oh, y cuánto sufrí aquella noche, marqués! ¡cuánto se determinó aquella noche mi carácter! ¡cuán desgraciada fuí en mi primer paso decisivo!

Estoy segura de que si me hubiera fugado del convento con Julian, éste no me hubiera tratado como me trató el heredero del par de Francia duque de Chatillon.

Aquella noche aborrecí á Enrique de Creux tanto como le habia amado.

Él, por su parte, me habia convertido en su esclava: habia anunciado pomposamente su casamiento conmigo; pero como este casamiento, aunque legal, se habia llevado á cabo de una manera irregular, todas las casas del arrabal San German se cerraron para nosotros.

El duque de Chatillon declaró que puesto que su hijo habia dado aquel paso sin su consentimiento y de una manera tan extraña, le abandonaba á sí mismo.

Por su parte, mi padre, á quien escribí lo que habia acontecido, me contestó que no contase más con él, porque si se habia opuesto á mi casamiento, habia sido porque los informes que se le habian dado de Enrique de Creux no habian podido ser más deplorables.

Por su parte, la pobre Honorina Clement, divulgado este lance, y habiéndose sabido que ella habia tomado una gran parte en el casamiento secreto de una de sus pensionistas, los padres de las restantes las sacaron de la pension, dejando sola en ella á Honorina, que desesperada realizó lo que poseia, se creó una pequeña renta, y se metió en el convento del Corazon de Jesús.

XXIII.

No teniamos más que la pension que su padre se veia obligado á dar á Enrique.

Como el duque de Chatillon era inmensamente rico, la pension de mi marido era cuantiosa, y hubiera bastado para vivir con comodidad, y hasta con cierto lujo.

Pero Enrique era dado á las orgías, al juego, á los dispendios, á los desórdenes, y muy pronto, empeñada su renta, cargado de deudas, fué reducido á prision por demanda de sus acreedores, y yo me encontré sola en París, abandonada por mi familia, sin recursos.

Tomé una resolucion heróica.

A la grande altivez hay que suponer grandes virtudes adjuntas.

El duque de Chatillon habia sido excesivamente rígido en aquel asunto, y debia suponérsele un grande hombre de honor.

Le escribí anunciándole una visita mia, exponiéndole las causas que á pesar de todo me obligaban á pedirle aquella entrevista, concluyendo con que esperaba no negaría su proteccion á una señora que habia tenido la desgracia de ser seducida y engañada por su hijo.

El duque de Chatillon me escribió prohibiéndome que fuese á su casa, y enviándome un carruaje con el cual debia ir á esperarle á la primera avenida del bosque de Boloña.

Bajé llorando y con el velo del sombrero echado sobre el rostro, de la miserable vivienda á donde me habia acogido desesperada, y encontré á la puerta de la casa un gran carruaje, cuya portezuela abria un lacayo con sombrero en mano.

XXIV.

Me detuve, me extremecí, retrocedí.

Aquel lacayo era Julian, el hijo del demandadero del convento, mi primer amante.

Me rehice, sin embargo, me armé de valor, y protegida por mi velo, á causa del cual no pudo Julian reconocerme, entré en el carruaje.

—¿A dónde, señora? me preguntó con afectado respeto Julian.

Yo disfracé cuanto pude mi voz, para decirle:

—A la primera avenida del Bosque de Boloña.

Sin embargo, Julian hizo un movimiento de sorpresa, se puso pálido, y me miró de una manera profunda.

Me habia reconocido.

El carruaje partió.

Llegamos al Bosque de Boloña, y el carruaje se detuvo.

Poco despues llegó otro carruaje, se detuvo tambien, bajó de él un caballero anciano, y se dirigió á la carretela que yo ocupaba.

Al abrir Julian la portezuela, noté que miraba con ódio, y con un ódio de muerte, á su amo.

Cerró la portezuela, subió al pescante, y el carruaje se puso de nuevo en marcha.

—Vamos á hablar muy pocas palabras, me dijo el duque de Chatillon; yo no puedo transigir con vos: sois cómplice de una villana felonía de que he sido víctima.

—Aquí, dije levantándome el velo, no hay más que una víctima: yo.

—No sabia yo que érais tan hermosa, señora; no sabia yo lo que valeis, y hasta qué punto es disculpable la locura de mi hijo, su incalificable rebeldía, exclamó el duque mirándome con asombro: indudablemente perteneceis á una familia ilustre, y es necesario ver cómo esto

se arregla: yo venia muy mal prevenido contra vos; pero vuestro semblante, vuestra mirada, vuestras lágrimas, son para mí una explicacion completa; voy á deciros más: suceda lo que quiera, yo os adopto, ó ante la faz del mundo, si vuestro padre es razonable, ó ante mi corazon, ante mi conciencia, ante Dios, si vuestro padre se niega á lo que tengo derecho á exigirle.

—Gracias, señor, dije profundamente conmovida, asiendo las manos al duque de Chatillon y besándoselas: este es el primer momento de consuelo que tengo desde hace mucho tiempo: vuestro hijo...

—Mi hijo, dijo con cólera el duque, es un miserable á quien he tenido la desgracia de dar el sér: pero qué quereis; todo se ha corrompido, y la corruccion ha llegado hasta la nobleza: hoy, los gentiles-hombres creen de muy buen tono el apurar los vicios que arruinan, que matan á un tiempo el honor, el alma, el cuerpo; hoy, en vez de hacer sacrificios por la pátria en el campo de batalla y en el Parlamento, se gasta la vida entre orgías, se pasa la noche entre truanes, se hace gala de todo lo vergonzoso con tal de que cueste muy caro; porque hoy se cree que ser noble consiste en tirar el dinero de modo que todo el mundo lo vea: se dá á los miserables que adulan porque se les dé más y que propalan la generosidad, la magnificencia del noble degradado que enriquece á prostitutas y perdidos, y niega un debido socorro á la virtud que agradece, pero que agradece callando, que no adula, que no se convierte en la trompeta mercenaria de una fama despreciable: hoy los nobles ostentan sus queridas, dan al mundo el espectáculo de una bribona que

se burla de ellos, y se creen honrados porque aquella bribona les cuesta un tesoro: la nobleza empezó á título de heroismo adquirida con sangre vertida por la pátria, y despues de algunos siglos, acaba, se extingue, se pierde, se borra á título de infamia, ahogada entre cieno; pero qué quereis: está admitido que un noble juegue, se embriague, mantenga prostitutas, contraiga deudas; pero no está admitido que se case con una jóven pura y digna, si los padres de esta jóven no se conocen, y áun cuando se conozcan, si no ostentan en su escudo los treinta y dos cuarteles de los ocho abolengos, ¡qué se diria! todo el mundo nos cerraria las puertas; todo el mundo se creeria autorizado para despreciarnos, para escupirnos á la cara: se puede tener todos los vicios explendorosos; pero enlazarse con una advenediza, poner una rama oscura entre las lucientes ramas del árbol genealógico, añadir una hoja innoble á la ejecutoria, bastardear la familia, ¡oh! esto no es posible: este es un crímen de lesa nobleza, para el cual no hay perdon, y tras el cual sobreviene un horrible castigo.

—Yo no he mirado nada de eso, contesté: yo no he mirado más que el amor que me hizo sentir vuestro hijo.

—No hablemos, no hablemos de él: es indigno áun de nuestro recuerdo, y no pienso ni quiero sacarle de la prision: que perezca allí: si sus acreedores se cansan de mantenerle, yo les daré bajo cuerda dinero para que no salga de la cárcel mientras yo viva, hasta que me herede; pero vos, señora, sois una cosa distinta; hablemos de vos. Tengo entendido que no conoceis á vuestros padres.

—Creo conocer á mi padre, señor duque; creo que sea el general que me sacó del convento donde he estado hasta mis catorce años, y que me trajo á París á la pension de madama Cornelia de Saint-Georges.

—Segun me ha dicho madama Cornelia, vos sois hija legítima de un caballero español y de una grande de España que se casaron de secreto, y cuyo enlace permanece secreto aún. Parece que vuestra madre cuando se casó era pensionista de madama de Saint-Georges; ésta me lo ha dicho con gran reserva; pero no he podido recabar por más que he pretendido deslumbrarla con grandes ofrecimientos, me revele el verdadero nombre de vuestros padres: dice que es un grave secreto del cual no puede disponer, y que se dejará matar antes que revelarle: yo he comprendido que madama de Saint-Georges no miente, porque la verdad tiene un carácter que no puede desconocerse: mi irritacion contra vos consistia en la mala pasada que me habeis jugado casándoos por sorpresa con mi hijo: por lo demás, de vos para mí, no puedo rechazaros, porque reconozco en vos un rango igual al mio; pero un rango secreto que no puedo hacer respetar á nadie por mi sola palabra; se creeria que mentia, por debilidad ó por orgullo, y nada en último caso se conseguiria: necesito una prueba y voy á buscarla por vuestro medio: ¿bajo qué nombre escribís al que creeis vuestro padre?

—Bajo las iniciales de C. P. de O. á la lista de correos. —Madrid.

—Pues bien, hija mia; no hablemos más de esto: cuando la persona que se oculta bajo el apellido Perez de Ol-

medo me haya contestado, iré á veros; pero como estais sola y abandonada, y dígase lo que se quiera, sois mi hija, yo no puedo permitir os veais abrumada por la miseria: tomad.

Y me dió una cartera muy sencilla de piel de Rusia, pero abultada.

—¡Oh, señor! le dije: bien sabe Dios que si acepto esto es por vuestro decoro; porque no sepan que la esposa del primogénito de la casa de Chatillon se vé obligada á ganar su sustento con el trabajo de sus manos.

—¿Pues no saben que mi primogénito está preso por deudas y que yo le dejo podrirse allí? no acepteis eso en nombre de mi decoro, porque no reconozco en nadie la potestad de mancharle; recibidlo en nombre de mi afecto, como lo recibiríais de vuestro padre.

—Mi padre me ha abandonado, señor.

—Vuestro padre volverá á hacerse cargo de vos, no lo dudeis: tal vez excitado por lo que yo le escriba, aclare el misterio que envuelve vuestro orígen; y entonces, María Josefa, vivireis en mi casa, á mi lado, y dejaremos á ese miserable que se desespere en su prision; voy á mandar que paren, y á pasarme al otro carruaje: éste y los criados que con él vienen, se quedan á vuestra disposicion: son vuestros. Para, Juan, añadió el duque tocando al cristal.

XXV.

El carruaje paró, y Julian saltó del pescante y vino á abrir la portezuela.

El duque bajó, y antes de pasar al otro carruaje dijo á sus criados:

—Tú, Juan, y tú, Julian, desde este momento pasais con este carruaje, con una de mis mejores berlinas y con tres troncos, al servicio de madama de Creux, mi hija política: adios.

Y entró en su carruaje, y se alejó.

—¿A dónde llevamos á vuecencia? me dijo Julian sombrero en mano y con acento acerado.

—A la calle de Cog-Heron, 85, contesté á Julian afectando que no le habia conocido.

Julian saltó al pescante, la carretela partió, entró en París, y llegó á la casa donde yo vivia, en un miserable cuartucho, en un quinto piso, en compañía de una vieja planchadora.

—¿Esperamos? me dijo Julian al abrir la portezuela.

—Sí, suba usted.

Julian se puso pálido y me siguió.

Yo subí precipitadamente las altísimas escaleras, llegué á la puerta de mi tabuco, llamé, y me abrió la vieja.

Al ver un lacayo de gran casa, frunció el gesto; comprendió que iba á perder su huéspeda.

A mí me quedaban aún algunos ricos trajes que vender, y algunas alhajas que empeñar en el Monte de Piedad.

Habia vendido mi magnífico equipaje, y la mayor parte de mis alhajas habian sido empeñadas por mi marido.

—Id, dije á mi vieja patrona, y buscad un agente de casas de huéspedes y hoteles.



Es necesario ver lo que se hace.

—Me alegro, me alegro mucho, señora, de que al fin haya vuelto á salir el sol para vuecencia, me contestó la vieja; voy, voy á buscar á un pariente mio que vive en esta misma calle algo más abajo, y que conoce mucho á París.

Salió y me quedé sola con Julian.

Este cerró la puerta.

XXVI.

—Es necesario ver lo que se hace, dijo Julian poniéndose el sombrero: por tí estoy en París; por tí soy lacayo; puedo perderte: me querias tú tanto en otro tiempo, me escribias tales cartas, que si yo las hago ver creerán que has sido mi querida; ¿qué sabe nadie si tú estabas en un convento ó no? las cartas no lo dicen, y están escritas con tanta pasion y de una manera tan imprudente, que todo el que las vea creerá que has sido mia.

Julian habia dicho esto de una manera precipitada, temblando, poniéndose alternativamente pálido y encendido.

—Silencio, le dije: es necesario que nadie trasluzca que nos conocemos; yo me alegro de haberte encontrado.

—¡Que te alegras, y te encuentro casada con otro hombre!

—Ha sido una fascinacion: habian pasado dos años desde que no nos veíamos, desde que no sabíamos el uno del otro; pero yo he vuelto á amarte, Julian, ó más bien, he comprendido que no habia dejado de amarte desde el momento en que me ví injuriada, despreciada, humillada

por mi marido; no debe importarte gran cosa lo que ha sucedido; hemos ganado, Julian; en vez de haber tenido por mujer á una pobre muchacha que no se sabia quién era ni de dónde venia, serás el amante de la vizcondesa de Chatillon; el duque está ya viejo y enfermo; los disgustos que le da su hijo le acaban; no puede vivir mucho: mi marido saldrá algun dia de la prision: pero yo le aborrezco, le aborrecia ya antes de ser suya, y no volveré á serlo: espera, espera, voy á ver lo que me ha dado mi buen padre político.

Y saqué del bolsillo de mi vestido la cartera, que en mi turbacion, no me habia cuidado de examinar.

Habia en ella veinticinco billetes de á mil francos del Banco de Francia.

—Toma, dije á Julian dándole tres de ellos: no debes estar muy sobrado de dinero.

—No, ciertamente, dijo Julian tomando con ánsia los tres mil francos y guardándolos: con dos francos por dia no se pueden echar muchas cuentas; pero ¿por qué me da esto la vizcondesita de Chatillon; porque calle?

—No, porque te amo; porque mi primer amor se ha levantado triunfante en mi alma al verte, Julian; porque estás mucho más hermoso que hace tres años; porque te veo temblando delante de mí, y conozco que no has dejado de amarme; porque estoy cansada de sufrir y quiero ser feliz alguna vez.

Julian se puso muy pálido y dió hácia mí un paso.

—Sal, le dije, y aguarda en la escalera; esa mujer no debe tardar, y no quiero que nos encuentre juntos; voy además á vestirme de una manera más en armonía con el

hermoso carruaje que me ha regalado mi buen padre político; te recomiendo el mayor disimulo, la mayor reserva; es preciso que no volvamos á hablar hasta que ya no estés á mi servicio; haz de manera que yo me vea obligada á despedirte; embriágate, falta á tu obligacion.

—Antes de ocho dias te verás obligada á echarme de tu casa.

—Bien, pero ahora vete, vete, y hasta dentro de ocho dias que hablaremos largamente, Julian.

XXVII.

Julian salió de mala gana.

Yo comprendí que le dominaba, y francamente, marqués, habia vuelto á sentir por él el mismo amor que le habia tenido en el convento.

Me entré en el cuartito que la vieja me habia cedido por cincuenta céntimos diarios; me puse un bello traje, pulseras y pendientes de brillantes, alhajas que yo habia reservado para poder vivir modestamente durante mucho tiempo, y salí de mi cuartito.

Ya estaba allí Alberta, que así se llamaba la vieja, con una especie de bribon de medio pelo de los que tanto abundan en París.

—Ahora, ahora sí que pareceis una duquesa, dijo Alberta al verme: os sienta mucho mejor ese precioso traje brochado que el otro traje negro escurrido y el pañolon y el sombrero con velo, que pareciais la viuda de un coronel retirado: aquí teneis á mi pariente Grand Pere, que os servirá perfectamente.

—Segun y como quiera la señora, dijo Grand Pere haciéndome una gran reverencia: en el boulevard de los Italianos hay un primer piso amueblado á la última moda; una hermosa habitacion, á fé mia; es de una loreta á quien un inglés compró la casa, se la amuebló y se la regaló; de mademoiselle María de la Fleur belle; ella se llama Compagnon á secas, pero este nombre la pareció muy feo, y tomó por nombre de guerra el de Flor bella; no debeis de tener inconveniente en tomar el piso principal de su casa, porque la loreta nunca ha vivido en ella; el inglés se murió á consecuencias de una indigestion cogida en el café Inglés el mismo dia en que habia dado la escritura de donacion de la casa con todos sus muebles á la María Compagnon, y ésta la alquiló el dia siguiente de la muerte del inglés: ella vive allá en el cuartel Latino, porque la gusta mucho la sociedad de los estudiantes: no, no debeis tener inconveniente; ella no es más que la propietaria de la casa, y nadie pide á un casero títulos de nobleza, ni le inporta tres pitos lo que su casero sea; pero quiere sesenta francos diarios.

—¡Sesenta francos! exclamó Alberta; es demasiado.

—¿Qué piezas tiene la habitacion? le pregunté.

—¡Oh! es baratísima: recibimiento, antesalon, salon, gabinete, cuarto de dormir, un bello salon comedor, y tres dormitorios para criados; todo bella y ricamente amueblado: es una ganga, señora, y debe usted apresurarse á cogerla.

—¿Con quién hay que entenderse?

—Con el portero, Mr. Poplet, que es un buen sugeto y que no falta nunca de la portería, lo que es raro en

París: ah, se me olvidaba; vuestra casa tiene la comodidad de que en el piso bajo hay un excelente restaurant, con el cual por el patio se comunica por una escalera particular.

—Pues mejor, dije: ¿qué número tiene esa casa?

—Noventa y tres.

—Supongo que no será necesario que vengais conmigo.

—¡Ah, no! pero tened la bondad, señora, de llevar mi tarjeta, para que Mr. Poplet sepa quién ha colocado la habitacion, y pueda yo reclamarle lo que por ello me pertenece, no obstante lo que vos me deis, que no debe bajar de veinte francos: como que la casa es una conveniencia, una gran conveniencia: en ese piso no han vivido más que príncipes rusos, milores, y cuando ménos, marqueses de provincia.

—Bien, bien, dije ya cansada de la charla de monsieur Grand Pere: vaya usted mañana á cobrar.

—Supongo, me dijo Alberta, que no os olvidareis de que estais en descubierto de un mes por habitacion y comida, á razon de tres francos diarios.

—Bien, bien; que vaya mañana.

—Y decidme, me contestó groseramente Alberta, ¿sé yo si sois un pájaro que tiende el vuelo, y si todo eso del encargo de casa no es otra cosa que una truanería para estafarme?

Me puse pálida de cólera; pero me contuve y respondí:

—Ahí se queda mi equipaje; pero obedeciendo á un súbito pensamiento, añadí: no no, no; yo puedo dejar

aquí mi equipaje, que vale algunos miles de francos; yo no me puedo fiar de quien no se fia de mí: ¡hola, Julian!

Julian entró, y yo saqué un billete de mil francos, se lo dí, y le dije:

—Cambiad eso al momento en oro menudo, y buscad cuatro mozos que lleven cuatro maletas; tardad lo ménos posible.

—Al momento, señora; por todas partes hay auberneses.

Julian salió.

—¡Ah, perdone vuecencia! me dijo Alberta: no debe vuecencia ofenderse: en París no se sabe con quién se trata: hay cabañas que parecen palacios: yo estoy verdaderamente consternada: yo siento...

Me senté sin contestar á aquella bribona, y esperé.

Poco despues volvió Julian trayéndome el cambio del billete con cuatro mozos que cargaron con mis maletas y con los objetos que estaban fuera de ellas, y les mandé que las llevasen al núm. 93 del boulevard de los Italianos y esperasen en la portería.

Pagué á aquellos dos perdidos, bajé, entré en el carruaje y llegué á mi nueva casa.

Un hombre alto, viejo, panzudo, con una gran levita negra, una gran corbata blanca, una gorra de piel de nútria y una pipa en la boca estaba en la puerta: yo comprendí que aquel era el respetable Mr. Poplet, el portero.

En cuanto bajé del carruaje, Mr. Poplet, que él era, se quitó la gorra, dejó la pipa en un sillon que tenia junto á sí, y me dijo:

—¿En qué puedo tener el honor de servir á la señora?

—¿Han venido cuatro mozos con equipaje?

—¡Ah! ¿vuecencia es madama de Chatillon?

Yo habia dado mi tarjeta á los auberneses.

—En efecto, contesté.

—Los he enviado allá, al patio, para que no embarazasen la portería: pero perdone vueciencia, no comprendo...

—Tomo desde este momento, le respondí, el piso principal de esta casa.

—¡Oh, magnífico! ¡tres veces magnífico! la habitacion estará dignamente ocupada, y dignísimamente aposentada vuecencia: pase, pase, vuecencia, si gusta: ¡Leontina, Leontina! ¡al momento las llaves del primer piso!

Apareció una preciosa jóven en la puerta de la portería, como de quince á diez y seis años, vestida con suma coquetería y divinamente peinada: traia en un aro de acero algunas llaves.

—Perdone vuecencia si no la acompaño, me dijo Mr. Poplet; yo no puedo bajo ningun pretexto moverme de aquí: pero mi hija basta: sabe las condiciones.

—Vamos, dije.

La escalera era muy bella, de mármol blanco y balaustre dorado el primer tramo y la parte que se veia desde el descanso del primer piso.

La habitacion que me mostró con suma finura Leontina era grande, cómoda, elegante y ricamente amueblada; pero lo que más me gustó fué la hija del portero: era una muchacha viva, inteligente, amable, excesivamente

simpática: parecia que me habia tratado toda la vida; más aún: que me amaba.

¡Pobre Leontina!

XXVIII.

—Veo asomar un nuevo drama, Pepa, dijo el marqués interrumpiendo con esta observacion el relato.

—Qué quiere usted, marqués, dijo Pepa suspirando: la vida, los sucesos; pero continúo.

—Sí, hija, sí; continúa, dijo el marqués: á medida que hablas vas creciendo á mis ojos.

XXIX.

—Ha enviado á vuecencia este Mr. Grand Pere, me dijo Leontina, leyendo la tarjeta que yo le habia dado, y habrá dicho á vuecencia el precio y las condiciones.

—Sí, me ha dicho que esta habitacion cuesta sesenta francos diarios.

—Siento mucho, señora, me dijo Leontina sonriendo, que eso no sea exacto: estos bribones mienten no sé por qué: vuecencia comprende sin duda bien, que un primer piso como este, en el mejor sitio de París, debe costar algo más: yo sentiré mucho que vuecencia no quiera quedarse aquí.

—En verdad me parece muy bajo el precio que me ha dicho ese hombre, atendido el buen gusto del adorno y la riqueza de los muebles.

—Son cien francos, señora, y seis meses anticipados:

además, hay una excelente cochera con cuadra para seis caballos, y habitaciones para los criados, que se comunica con la casa por una escalera particular que da al patio: esta cochera puede tomarse ó no, y por una casualidad está desalquilada.

—Me conviene, dije: ¿qué precio tiene la cochera?

—Diez francos diarios.

—¿Y si yo no hubiese de permanecer en París más que tres meses?

—Eso está tambien previsto: en ese caso, el adelanto es sólo de tres meses; pero si ha de continuarse el arrendamiento, es necesario anticipar otros tres meses un mes antes de que se cumpla el primer plazo.

—Convenido.

—Son, pues, seis mil cuatrocientos cuarenta francos.

Saqué la cartera y dí aquella cantidad á Leontina.

—¡Oh! ¡y cuánto me alegro, señora! me dijo sonriendo; voy, voy por el recibo.

—Eso no corre prisa, la contesté: necesito algo más: una doncella y una criada.

—¿Sirvo yo para doncella de vuecencia? me dijo sonriendo siempre.

—¡Oh, sí!

—Pues bien: me instalo con el mayor gusto, y voy á empezar mi oficio; digo, si es que vuecencia no va á salir.

—No, no; me quedo.

Leontina me quitó el sombrero y el abrigo.

—Voy á mandar á los mozos que suban el equipaje y que continúen trayéndole.

—¡Ah! no, no hay más equipaje que traer, dije poniéndome encendida, porque creí debia parecer muy poco mi equipaje á Leontina.

—¡Ah! bien, muy bien, señora, me contestó.

Y se dirigió á la puerta del salon.

—¡Ah! decid á Juan el cochero que suba.

Leontina salió, y poco despues Juan estaba delante de mí.

—He tomado, le dije, una cochera con cuadra y con habitaciones para vos y para Julian: decidlo así al señor duque, por si quiere que los carruajes y los caballos que me ha cedido estén en casa; decid asimismo al señor dónde vivo.

—Muy bien, señora; y ¿cuándo necesitará vuecencia carruaje?

—A la hora de la ópera: tome usted, que Julian tome un palco en la Grande Ópera; haga usted conocer al señor el número del palco.

—¿Tiene vuecencia algo más que mandarme?

—Nada.

—A la órden de vuecencia.

Y salió.

XXX.

En aquel momento Leontina entró á anunciarme que mis maletas estaban ya en el cuarto de vestir, y que habia pagado á los mozos: me traia además el recibo de los alquileres.

—Una prima mia vendrá dentro de poco para llenar su parte de criada: mi padre está muy contento con que vuecencia me haya tomado á su servicio.

—Me alegro: es ya tarde, y quisiera comer: abajo creo hay un restaurant.

—Sí, señora: un excelente restaurant: madama Virginia, la dueña, es muy amiga mia, y servirá á vuecencia muy bien: hoy se verá vuecencia obligada á resignarse con el surtido del restaurant; pero mañana será distinto si vuecencia se abona, que es, permítame vuecencia que se lo aconseje, lo que debe hacer: ¿qué quiere vuecencia?

—Una comida de cuatro platos buenos, con buenos postres, café, Burdeos y Champagne.

—Quince francos, segun me parece.

—No, veinte francos la comida y quince el almuerzo: quiero que se me sirva bien.

—¡Oh! por ese precio y con ese número de platos, madama Virginia servirá á vuecencia una comida exquisita.

—Para las tres: yo quiero que quien me sirve coma como yo.

—¡Ah, no! no señora, no es costumbre: nadie lo hace y contraeríamos mi prima y yo necesidades que no tenemos, y que nos seria luego dificilísimo satisfacer, porque no todos son tan generosos como vuecencia: comeremos en el restaurant á dos francos, y á franco el almuerzo, y estaremos muy bien, como dos princesas.

—Como querais.

—Voy á encender, está oscureciendo, y á mandar que suban la comida por la escalera de servicio.

Yo estaba encantada con Leontina: no sé qué poderosa atraccion tenia para mí aquella pobre niña.

Su prima Elisa era tambien bella y fina, pero reservada y fria.

Me sirvieron una excelente comida y unos excelentes vinos, sin que nada faltase al servicio.

Yo me hubiera sentido muy bien, si no me hubiera encontrado allí aislada, dominada por mi desventura, asombrada por lo vago de mi porvenir.

Me veia enlazada á una familia ilustre; protegida por un noble anciano, y empeñada por Julian, que habia aparecido junto á mí en mal hora, en unos amores imposibles, repugnantes, criminales, y que sin embargo, eran lo único grato que se presentaba entonces á mi vista.

XXXI.

Yo habia dado las llaves de mis maletas á Leontina, y ésta habia puesto las ropas en los armarios y las alhajas en un secreter.

Cuando entré á vestirme, todo lo encontré en órden, como si desde mucho tiempo antes hubiera ocupado aquella casa.

Apenas habia acabado de vestirme, cuando Elisa me anunció que Juan estaba allí.

—Ha costado gran trabajo, señora, obtener un palco, y tres veces su precio, me dijo Juan.

Yo comprendí que Juan era muy ladron.

—Debuta una tiple famosa...

—Sí, sí, bien: ¿no teneis más que decirme?

—El señor duque me ha mandado que se traigan la carretela que ya conoce vuecencia, una berlina de visita y un charavan á la cochera de vuecencia, con tres troncos y todas sus guarniciones: ya he visto la cochera que es muy capaz, y la cuadra que es muy buena: mañana vendrá todo y nos instalaremos Julian y yo, y otro criado para el servicio de la casa, segun las órdenes del señor duque: su excelencia me ha dado además esta carta para vuecencia.

—Bien, dije tomando la carta: id; dentro de un momento bajaré.

XXXII.

Abrí temblando la carta del duque.

«Señora, decia; apruebo el que hayais tomado una buena habitacion en uno de los mejores sitios de París: tened la bondad de pasarme una nota de lo que os cuesta, así como la de vuestros demás gastos diarios: apruebo tambien el que os presenteis en la Ópera; mañana os enviaré un abono diario de palco; pero excusadme si no me presento en público con vos; ya sabeis que esto no puede ser por ahora: sin embargo, no me importa que se sepa que yo hago frente á todas vuestras necesidades, puesto que sois esposa de mi hijo, y nada tengo que reprochar, ni á vuestra educacion ni á vuestra virtud.

Soy con el más profundo respeto vuestro servidor. —El duque de Chatillon.»

XXXIII.

Esta carta me desconsoló, me lastimó de una manera terrible.

El duque, sin embargo, atendida su posicion, no podia hacer otra cosa, y era demasiado bondadoso.

Tuve, pues, paciencia, me resigné á esperar á que mi padre, á quien debia escribir el duque, le contestase, y me hice vestir por Leontina.

El objeto que yo habia tenido en ir á la Grande Ópera, era procurar que Mr. de Chatillon se dejase ver en público á mi lado: esto hubiera sido un reconocimiento, una transaccion; pero el duque lo habia esquivado.

Fuí, pues, al teatro, por no aburrirme en la soledad de mi magnífica habitacion.

XXXIV.

En el teatro estuve triste, distraida y sola.

Los anteojos de todos se fijaban en mí, como se fijaban anoche en el teatro Real.

Yo debia ser el objeto de todas las conversaciones.

Debia extrañarse que mientras mi marido estaba preso yo asistiera á la Ópera.

Esta era una protesta pública de la mala conducta de mi marido; mi alejamiento de él; mi completa separacion.

Así lo entendieron todos, segun despues me dijo el duque: á todos fué muy simpática mi conducta, porque mi marido habia dado escándalo, se habia manchado con toda clase de indignidades.

El paso que dí presentándome en una diversion, elegantemente puesta y bellamente prendida, empezó á hacerme de moda, á hacerme excéntrica de buen género: y ser excéntrica en París de buena manera, es haber conseguido mucho.

XXXV.

Al dia siguiente escribí al duque incluyéndole la nota de mis gastos.

El duque me contestó enviándome diez mil francos.

Yo creí notar algo de tierno, de enamorado, bajo las letras de la carta del duque.

Yo hubiera podido todavía ser feliz si la fatalidad no hubiera puesto á mi lado en aquellas circunstancias á Julian, que podia comprometerme con las imprudentes cartas que yo le habia escrito en el convento, que tenia en su poder, y con las que me habia amenazado.

Aquellas cartas habian sido escritas con tal inexperiencia, que podian hacer creer que yo habia tenido relaciones graves con Julian.

Por otra parte, mi primer amor habia despertado; se habia sublevado en mi alma á la vista de Julian; le habia encontrado más hermoso; me habia demostrado con su presencia en París que me habia buscado, que me habia seguido, que me amaba.

Julian, consecuente á lo que yo le habia prevenido, empezó á darme motivo para que yo le despidiese.

A los dos dias de estar á mi servicio, Juan se me quejó de él de una manera grave.

Se habia embriagado, habia entrado en la cuadra y habia estropeado á los caballos á golpes, llegando hasta el caso de echar mano á su navaja contra Juan que le reprendia.

Juan me dió su queja pálido y asustado aún.

Llamé á Julian, y por aquella vez se humilló, confesó que habia obrado muy mal, que esto habia consistido en que no habia bebido nunca, en que unos compatriotas suyos recien llegados á París le habian obligado á entrar en la taberna, y le habia vuelto loco un poco de vino que habia bebido; aseguró que no volveria á beber más, me pidió perdon, pidió perdon á Juan, se le concedió, y todo quedó terminado.

XXXVI.

Leontina habia entristecido, y de comunicativa que era, se habia hecho taciturna.

Yo comprendí que Leontina empezaba á sentir su primer amor.

Yo habia pasado tambien por aquella tristeza, por aquella taciturnidad, y la comprendia demasiado: no tenia duda de que Leontina amaba.

Pero nada la dije; estaba yo tambien taciturna y triste: yo tambien amaba; yo tambien sufria.

XXXVII.

Algunos dias despues, Juan se me presentó y me dijo:

—Julian ha vuelto á embriagarse: me he encontrado

sin pienso á los caballos, y no me he atrevido á reprenderle, por miedo de que, como la vez pasada, saque la navaja contra mí: Julian se ha convertido en un hombre peligroso.

—Decidle que suba, respondí: dejadme sola con él; voy á despedirle; podeis buscar desde ahora otro lacayo.

—Gracias, señora, contestó Juan; porque si vuecencia no despidiera á Julian, yo me hubiera visto obligado á despedirme, y lo hubiera sentido mucho, porque yo estoy muy contento en casa de vuecencia.

Julian entró poco depues en mi gabinete.

Estábamos solos.

No habia bebido; la embriaguez de que hablaba Juan habia sido finjida de una manera maestra.

—Gracias, Julian, le dije: estás tan impaciente como yo, y esto me prueba que me amas tanto como te amo: ya era tiempo de que terminase la triste situacion en que nos encontramos: vas á salir de casa, te despido: supongo que conservarás los tres mil francos que te dí: toma otros dos mil más: busca un hotel decente y que no esté muy lejos de aquí: vístete bien, y sé muy prudente; nunca te presentes donde esté yo, donde puedan verte; yo iré á buscarte: mañana á la noche deja una carta para mí á la acomodadora de los palcos bajos de la Grande Opera, y avísame del hotel en donde vivas; procura que en ese hotel haya una modista que pueda servirme de pretexto para ir á verte sin que nadie sospeche: las horas en que yo iré serán desde la una á las cinco de la tarde.

—Gracias, Pepa, me contestó; no esperaba ménos;

pero estaba desesperado, porque te adoro, porque te quiero ahora más que nunca; ya sabrás todo lo que he hecho por tí.

—Bien; pero es necesario que te vayas al momento para evitar que se sospeche: espero mañana tu aviso en la Grande Opera; pasado mañana iré á verte.

Julian salió.

Poco despues, Juan me dijo que habia pagado su cuenta á Julian, que éste habia entregado su librea, y que estaba ya completamente fuera de la casa.

XXXVIII.

Leontina estuvo aquel dia tan triste, tan insoportable, que no pude tener duda de que el hombre á quien amaba era á Julian.

Esto me causó un dolor agudo; me hizo sentir unos celos horribles.

Leontina era hermosa, pura, apasionada; una verdadera tentacion.

¿Me amaria tanto Julian, que por mi amor seria insensible al amor de Leontina?

Pero los hombres son egoistas; no perdonan nada que pueda producirles un placer cualquiera.

Yo hubiera despedido á Leontina; pero despedirla hubiera sido dejarla en completa libertad de ver á Julian.

Preferí tenerla á mi lado, disimular, observarla, expiarla.

Yo era mucho más experimentada, mucho más inteligente que Leontina; no podia engañarme: yo estaba se-

gura por lo que en Leontina veia, de que Julian y ella aún no se habian entendido.

XXXIX.

A la noche siguiente la acomodadora de los palcos bajos me dió misteriosamente una carta: las acomodadoras están acostumbradas á esto, y desempeñan sus encargos con grande maestría: la dí un luis de oro, entré en el antepalco, y antes de salir al palco leí la carta, que era de Julian.

En ella me decia:

«Vivo en la calle Richelieu, núm. 60, hotel de Picardía: en el segundo piso vive una de las mejores modistas de París, madama Lavigne; yo vivo en el tercer piso, al fondo del corredor, la puerta del frente que tiene un tirador de campanilla de seda verde: mañana á la una te espero: puedes figurarte con cuánta impaciencia te esperaré.»

XL.

El dia siguiente, á las doce y media, mi carruaje paraba á la puerta del hotel de Picardía.

Subí, y en el segundo piso encontré la puerta de cristales y la muestra de madama Lavigne; seguí adelante, subí al tercer piso, y llegué á la puerta del fondo del corredor cuyo cordon de campanilla, del cual tiré, era, en efecto, de seda verde.

Se abrió la puerta, y apareció Julian elegantísimo;

peinado, perfumado, trasformado, en una palabra; convertido en un verdadero gentil-hombre.

XLI.

Fuí muy feliz por la primera vez de mi vida.

Julian me contó que habia seguido al general que me habia sacado del convento hasta la playa de Valencia; que habia visto el vapor en que nos habíamos embarcado; que contando con el dia en que debia volver el vapor, habia robado á su padre todos sus ahorros, se habia metido en el vapor y habia preguntado á dónde habia ido una señorita que se habia embarcado con un general el viaje anterior, y que le habian respondido que á Marsella: que preguntando en todas partes habia llegado á París; pero que no habia podido averiguar dónde me habia ocultado en París el general: que habia gastado el dinero robado á su padre, y se habia ido á una agencia de sirvientes; que una vieja marquesa viuda de un par de Francia se habia enamorado de la fotografía que habia dejado en la agencia; que habia servido de lacayo y de amante á un tiempo á la marquesa; pero que ésta habia muerto á los pocos meses, y como nada le habia dejado, se habia visto obligado á seguir sirviendo, y habia entrado en casa de Mr. de Chatillon, por recomendacion de la mujer de su cocinero.

Convinimos en la manera de vernos secretamente, y á las tres bajé, entré en casa de madama Lavigne, elegí rápidamente unos prendidos de flores, y mandé bajasen las cajas á mi carruaje.

Nada tenia de extraño que yo hubiese invertido dos horas y media en casa de la modista: hay tanto que ver, tanto que elegir, tanto que hablar, que las señoras se eternizan en estos arsenales de la moda; y luego, ¡las pobres modistas sirven de pretexto para tantas cosas!

¡La civilizacion, señor marqués, la inapreciable civilizacion!

XLII.

A los diez dias de haberme instalado en el boulevar de los Italianos, el duque de Chatillon me anunció una visita para aquel mismo dia á las tres de la tarde.

Esperé con una impaciencia indecible, y á las tres en punto llegó el duque.

Venia triste y contrariado.

—Nada hemos conseguido, hija mia, me dijo; vuestro padre es inflexible: hé aquí la carta con que me ha contestado á la mia.

Y el duque me dió una que habia sacado de su cartera.

«Excelentísimo señor duque de Chatillon, decia; mi muy respetable señor: He tenido la honra de recibir una larga carta vuestra, en la que me hablais de madama de Chatillon, esposa de vuestro hijo, Mr. Enrique de Creux, vizconde de Chatillon, á la que llamais mi hija, y á la cual yo no reconozco para nada: me suplicais que yo, en gracia á haber emparentado con vos esa señora, aclare el misterio de su orígen: siento mucho no poderos complacer: este secreto no me pertenece, y no faltaré á él por nadie ni por nada; siento tambien mucho no poderos

decir mi nombre; esto seria revelar la mitad de ese secreto que no me pertenece: si madama de Chatillon hubiera sido dócil á mis consejos, obediente á lo que yo la habia prescrito; si no hubiera dispuesto de sí misma sin contar conmigo, aunque no soy su padre, yo no me hubiera desentendido de ella, y hubiera continuado proporcionándola lo que á su nacimiento, por oculto que esté, corresponde: cuando me pidió consejo para casarse con vuestro hijo, yo se lo negué rotundamente, no porque yo desdeñase el entronque de madama de Chatillon con vuestra familia, sino porque sabia bien que vos no consentiríais el enlace de vuestro hijo con una jóven que no podia dar un apellido materno legítimo, conocido é ilustre á vuestros nietos: madama de Chatillon hizo lo que quiso sin contar conmigo; y desde que María Josefa Perez se llama legítimamente vizcondesa de Chatillon, la desconozco; es para mí una persona extraña de todo punto, y nada, absolutamente nada tengo que ver con ella. Dispensadme, señor duque, si no respondo á vuestra carta como vos naturalmente hubiérais deseado respondiese: sólo puedo deciros que la vizcondesa de Chatillon es hija legítima de un igual vuestro en rango y fortuna: eso os lo juro por mi honor, del cual creo no dudareis por más que no me conozcais, porque graves motivos me impiden el darme á conocer á vos. Soy servidor vuestro, y áun apasionado amigo, desde el fondo del misterio en que por necesidad me he envuelto: si habeis menester algo en la córte de España, dirigios á mí, como os habeis dirigido ya, y por grave que sea lo que necesiteis, sereis complacido.—C. P. de O.»

Esta carta estaba escrita en correcto francés.

—Y es el caso, dijo el duque, que me veo obligado á contestar á esa severa é irritante carta: adjunta á ella ha venido una inscripcion á vuestro nombre del Banco de Francia que representa una renta de treinta mil francos: esto me humilla; de esto no se hace mencion en la carta; es una limosna que se os da, y una injuria á mí: el duque de Chatillon para atender expléndidamente á los gastos de su hija, no há menester del concurso de nadie: quien os niega su nombre no tiene derecho á manteneros: ó todo ó nada: yo no viviré mucho, y ya cuidaré en mi testamento de poneros á salvo de las consecuencias de los dispendiosos vicios de mi hijo: cansado estoy ya de esta lucha, y tampoco he menester de vuestro nombre para reconoceros como hija mia: que se vayan noramala todos los pares de Francia habidos y por haber; á esto se lo lleva el diablo; y me importa muy poco que mis colegas de la alta Cámara y sus mujeres, y sus hijos, y su ralea me pongan en cuarentena, porque me atrevo á reconocer y á aprobar el casamiento de mi hijo con una mujer sin nombre. Para vivir me basta con mi corazon y con vuestro cariño; no quiero sacrificar los pocos dias de vida que me restan á vanas, á nécias preocupaciones.

—Esta carta os ha irritado, contesté, y yo no puedo aceptar lo que puede muy bien creerse es el resultado de vuestra irritacion; no quiero que os arrepintais mañana.

—Si me arrepiento, ya no tendrá remedio: apenas recibí ayer esta carta, reuní el consejo de familia y se la leí: despues de habérsela leido, les dije: ignoro cómo recibireis la resolucion que he adoptado: mejor para mí y

peor para vosotros si se me os espetais y protestais: de esta carta resulta, y yo creo en ella, que un grave motivo impide que mi hija, la vizcondesa de Chatillon, aparezca en el alto mundo con su legitimidad y con su nombre: yo respeto los motivos que puedan ser causa de esto y paso por cima de todo, adoptando á madama de Chatillon, y asignándola en dinero, como donacion intervivos y en uso de mi derecho, el capital de una renta de doscientos mil francos; pago además la deuda de mi hijo y le saco de la prision para que viva con su mujer.

Estas palabras del duque me aterraron: yo no habia contado con esto: era una nueva complicacion que me creaba la soberbia del duque.

Este continuó:

—Con gran sorpresa mia, el consejo de familia, que es numeroso, porque yo estoy emparentado con casi toda la alta nobleza francesa, ha estado dócil y admirable: Mr. Julio de Prevaux, duque de L'Aigle, el par más charlatan de la alta Cámara, tomó pretexto para pronunciar un discurso, y demostró claramente, segun parece indicarlo los resultados, que por más que no pudiese demostrarse vuestro rango, bastaba con que nosotros creyésemos en él; que la revolucion necesaria por que vamos atravesando establece grandes diferencias entre lo que antes debia hacerse y lo que debe hacerse ahora; que la alta nobleza, para no quedarse atrás y perder toda su influencia, debia marchar hasta alinearse con la revolucion, y que por estas y las otras razones que esplanó completamente en las tres horas largas que duró su discurso, debíamos acojeros en nuestra familia.

Pasándose á la votacion, ellos y ellas, inclusa la impertinente vizcondesa de Aiguebleu, carísima prima hermana mia, se adhirieron completamente á vos, hasta la exageracion, puesto que se trata de una gran fiesta de familia, de una recepcion magna, en la cual mi hijo, rotos ya sus hierros, os presentará como vizcondesa de Chatillon á nuestra familia, es decir, á casi todo el barrio de San German, y despues, como es preciso, sereis presentada en la córte, que no es ni con mucho tan quisquillosa como el arrabal de San German: yo no contestaré á esta carta, sino describiendo á ese caballero incógnito la fiesta en que habreis sido recibida en mi familia y devolviéndole la inscripcion del Banco de Francia. Conque mi querida María Josefa, matad á vuestra modista y á vuestro joyero: dentro de tres dias tendrá lugar el gran acontecimiento, y es necesario que la vizcondesa de Chatillon se presente en el gran mundo de una manera deslumbrante: no perdoneis gasto alguno; yo tengo las espaldas muy fuertes; yo he tenido mucha mejor conducta que mi hijo, y llenando siempre mi lugar, me he conservado millonario. Conque os dejo, para que desde el momento os consagreis á lo mucho que teneis que hacer.

Y el duque, asiéndome las manos, me las besó y escapó, dejándome aturdida.

XLIII.

—¡Diablo, diablo! dijo el marqués de Alpuente: vamos de maravilla en maravilla, divina Pepa; tu historia

es lo más extraordinario del mundo; poned á una gran señora junto á una cocinera, ved como encontrais á la una en la otra: ¡historia más fantástica y más endiablada! y es que te estoy viendo venir, Pepa; que has nacido, como yo, para que te sucedan cosas espantosas, y mi amor hácia tí se va convirtiendo en furor: esto merece que nos bebamos otra copita de ron y que encendamos otro cigarro.

XLIV.

Pepa se levantó, llenó las copas, chocó la suya con la del marqués, brindó por el porvenir, fuese el que fuese, encendió cada cual un cigarro, y aquella mujer monstruosa, aquella excentricidad incomprensible, continuó:

—Apenas habia salido el duque de Chatillon, mandé poner un carruaje, me fuí á casa de madama Lavigne, elegí telas y adornos, la dije lo que queria, la ofrecí pagarla lo que quisiese por servirme á tiempo, y subí al tercer piso, al cuarto de Julian, al cual llegué á punto que éste salia de muy mal humor.

Me habia estado esperando dos horas largas.

Entró, y sin quitarse el sombrero, me habló duramente, y áun me amenazó.

Yo comprendí que Julian empezaba á convertirse en tirano, y en tirano de mal género.

Me hizo llorar, y no tuve ni dignidad ni valor para romper con él.

Ojalá lo hubiera hecho: mi porvenir hubiera cam-

biado; tendria la conciencia casi limpia; no hubiera pasado por las horribles pruebas que me he visto obligada á arrostrar, ni me veria en la situacion en que me encuentro.

Julian se tranquilizó, y se alegró cuando supo el motivo de mi tardanza; pero ni áun pensó en satisfacerme de la dureza con que me habia tratado.

—Y bien, me dijo: yo no creia que subiésemos tan alto: seré duque oculto; haré fortuna; algo me habia de compensar mi desesperacion por verte de otro.

—Yo creí, le dije, que nada te consolaria de que mi marido viviese conmigo.

—¿Y qué importa? me dijo: ya has echado tú á perder el negocio; pero más vale así; con dinero bien puede uno consolarse; déjate de tonterías y conoce lo que es el mundo: soñar es jugar con las musarañas; dinero, dinero, y más dinero, mientras haya tontos que lo den.

—Es decir, que tú pretendes envilecerme, Julian.

—Pretendo algo más que eso: tú harás todo lo que yo quiera, porque eres completamente mia, y nos irá muy bien: déjate guiar, y ya verás, ya verás hasta dónde vamos.

Salí desesperada, loca, de casa de Julian.

Mi situacion no podia ser más triste, más angustiosa, más desesperada.

Comprendia que Julian no me amaba; que yo para él no era otra cosa que un objeto de explotacion.

Me parecia ver claro, aunque nada habia visto, que Julian se entendia con Leontina.

Tenia vergüenza y celos; sentia en el corazon un infierno, y no podia dejar de amar á Julian.

Aquello era horrible.

XLV.

Llegó el dia de la recepcion.

El traje, las joyas, todo estaba al corriente.

Al oscurecer paró un carruaje delante de mi casa, y me anunciaron al señor vizconde de Chatillon, á mi marido.

Venia pálido, flaco; en un estado que en otras circunstancias me hubiera causado lástima y me hubiera reconciliado con él.

Entonces Enrique representaba para mí un grave inconveniente, y le recibí con una fria seriedad.

Venia completamente vestido de etiqueta y condecorado con el gran cordon de la Legion de Honor.

—Veo, señora, me dijo, que no me habeis perdonado; y aunque la razon esté de vuestra parte, el recibimiento que me haceis me lastima de una manera superior á todo lo que podais figuraros: me he arrepentido de todo lo que os he hecho sufrir: me he dejado mis vicios en la prision, y habia creido que al dejarlos á ellos os recobraba á vos; pero me he engañado: vos no me perdonais: los seis meses que he estado preso, no habeis ido una sola vez á verme, ni habeis respondido á una sola de las cartas que yo os escribí al principio: ¡qué hemos de hacer! no puedo negar la justicia de vuestra conducta para conmigo.

Yo callaba.

—Y sin embargo, señora, continuó Enrique, si vos supiérais que habeis sido la única causa de mi conversion, no me trataríais con tanta severidad; yo no sabia cuánto os amaba hasta que me he visto privado de vos: he sufrido mucho; he sufrido de una manera horrible; mis vicios, mis desórdenes, me he dicho, son los que me han separado de ella, los que me han traido aquí, los que me han indispuesto de una manera séria con mi padre, los que me han enajenado el aprecio de todo el mundo; los que me han reducido á la situacion de un preso, del cual nadie se acuerda: esta leccion ha sido demasiado dura para que yo la olvide, y de tal modo me ha aprovechado, que si no me perdonais ahora, no tardareis en perdonarme.

Creí que debia decir algo, me armé de valor y de disimulo, consolé á mi marido, le aseguré que no habia perdido mi amor, que era para mí una felicidad verle volver á la senda del honor, y que esperaba no volveria á dar motivo para que nos indispusiéramos.

Mentí, en fin, tanto y tan bien, que Enrique creyó que yo le amaba como la noche en que salí del colegio para casarme en secreto con él; comió alegremente conmigo, y esperó con paciencia que yo terminase mi largo tocador.

Cuando me vió aparecer deslumbrantemente ataviada, me asió de las manos, y dijo mirándome con un amor infinito:

—¡Y que haya yo dado ocasion para estar separado de este ángel!

XLVI.

Yo no habia podido comprender hasta qué punto era rico el duque de Chatillon, sino cuando entré en su casa.

Desde las escaleras hasta los salones, todo era magnífico, elegante, artístico; pero con una elegancia antigua, séria, majestuosa.

Parecia que se entraba en la casa, ó mejor dicho, en el palacio de un príncipe de los tiempos de Luis XIV.

El duque de Chatillon, de negro, con el gran cordon de la Legion de Honor, acompañado de algunas señoras y de algunos caballeros de su familia, de una especie de diputacion, nos esperaban en el primer descanso de las escaleras.

Cuando llegué á su pié, el duque bajó rápidamente, me saludó llamándome su hija, me dió el brazo y me llevó á los salones, rodeada de sus parientes más próximos, que se apresuraron á reconocerme y á prodigarme las más expresivas demostraciones de afecto, que yo no pude dudar de que eran sinceras.

A primera vista, y sin pretenderlo, me habia apoderado de ellos: les habia sido completamente simpática.

La hinchada vizcondesa de Aiguebleu, la orgullosa é intransigente aristócrata, la mujer más intratable de Francia por su excesivo orgullo, me acogió de la manera más apasionada, me besó en la boca, y me llamó su querida prima, el ángel de su familia.

—¿Cómo no amaros, dijo, si vos habeis recibido de Dios la nobleza de una grande hermosura, de una her-

mosura maravillosa, de un poder fascinador, de una simpatía irresistible? conocemos además vuestra historia, prima mia, envuelta en un misterio, pero en un misterio trasparente, que deja conocer de una manera indudable que venís del mismo orígen que nosotros: nada teneis que agradecernos; por el contrario, nosotros tenemos que agradeceros el que hayais venido á embellecer á nuestra familia, á ser el ángel salvador del señor vizconde de Chatillon, de cuya anterior conducta, francamente hablando, no podemos estar muy satisfechos; pero creo no engañarme asegurando que vuestro mágico influjo le volverá á la senda de la virtud y del honor, que nunca debiera haber abandonado.

Esta especie de discurso de madama Aiguebleu habia sido pronunciado en familia.

Aún no habia llegado la hora de la recepcion, y sólo estaban allí los más próximos parientes del duque.

XLVII.

—Desde este momento, me dijo Mr. de Chatillon padre, sois la señora de mi casa: haced, pues, los honores de la fiesta, y demostrad á nuestros numerosos conocimientos quién sois, y con cuánta razon os admitimos en nuestra familia.

Habia en todo esto algo que me irritaba, que me mortificaba, que me humillaba.

Se me acogia con cariño, con entusiasmo; pero se me hacia comprender que en aquello recibia una gracia, que se habia transigido, que se hubiera deseado algo

más: que era más que otra cosa, una hija adoptiva que debia esforzarse para agradecer, para pagar aquella adopcion.

El duque continuó:

—Yo me retiro: mañana saldré para mi castillo de Chatillon, en la Bretaña; vosotros, hijos mios, os quedareis aquí representando mi casa y mi nombre: abdico en mi hijo, gracias á vos, mi querida María Josefa. Desde hoy mi hijo deja de ser vizconde de Chatillon para ser duque y par de Francia: espero que todos los veranos os ireis á pasar dos meses á mi castillo de Chatillon, y yo me vendré con vosotros para pasar el otoño en París en vuestra casa: el resto del año lo invertiré en cazar, en pasear y en escribir mis memorias: soy, pues, ya un huésped en vuestra casa, y mañana temprano partiré para mis tierras de Chatillon.

No podia pedirse más al duque: yo amaba á aquel noble anciano, á quien debia no haber perecido en París abandonada á mí misma.

Es verdad que tambien, por una fatalidad funesta, le debia mi encuentro con Julian.

XLVIII.

Yo amaba á Julian, es cierto: pero aquel amor contrariaba mi conciencia: era el grave inconveniente de mi vida, y me inspiraba un terror frio, pesado, para el porvenir.

Julian era un malvado: lo habia comprendido sin poder tener duda de ello; amaba mi hermosura, pero me

trataba como esclava, de una manera degradante, á pesar de lo que, por una debilidad del alma que yo no podia vencer, le amaba cada dia más.

Y era que tenia celos de Leontina; que mi vanidad de mujer estaba duramente contrariada, que soñaba.

Yo no podia dudar de que Leontina y Julian se entendian completamente.

Yo retenia á Leontina á mi lado, porque no tuviese una completa libertad de verse con Julian, y porque la aborrecia y estaba resuelta á vengarme de ella, á separarla de Julian de una manera terrible.

Yo, en el convento aún, habia adquirido una hipocresía infinita: el arte de fingir con una perfeccion admirable lo que no sentia, y Leontina se creia amada por mí; me amaba.

Leontina ignoraba, además, que existiese relacion alguna entre Julian y yo: y si me habia ocultado las relaciones que con él tenia, era sin duda, no podia dudarlo, porque se lo habia prohibido Julian.

XLIX.

En tal estado de espíritu estaba yo la noche en que fuí admitida en la familia del duque de Chatillon.

La fiesta fué magnífica y muy concurrida.

El barrio entero de San German asistió á ella, y todos me dispensaron las más entusiastas demostraciones de consideracion y afecto: fué aquel un triunfo completo.

Al dia siguiente, el duque nos llevó á mi marido y

á mí á las Tullerías, donde el rey nos dispensó una larga y lisonjera audiencia, y nos presentó á su vez á la familia real.

Era todo lo que habia que hacer, y el duque, despues de comer con nosotros, marchó con un grande equipaje y con algunos criados para establecerse definitivamente en su retiro de Chatillon.

L.

Con el pretexto de ir á ver á mi modista, fuí á ver á Julian.

Tiré de la campanilla y se abrió la puerta; pero en vez de aparecer Julian, apareció una vieja repugnante que me dijo:

—Mr. Julian no está en casa: ha salido de París y me ha dejado esta carta para vos, es decir, para una señora muy hermosa que vendria á buscarle; porque no me ha dicho vuestro nombre, ni la carta tiene sobre, ni yo tengo el honor de conoceros.

Tomé la carta temblando, y dije á aquella mujer:

—¿Os ha dejado aquí Mr. Julian para que me deis esta carta?

—No, señora, me contestó la vieja: yo soy la dueña de esta casa, que pongo á vuestra disposicion: Mr. Julian comia y pasaba gran parte del dia aquí esperando á una señora que sin duda érais vos: á la hora en que vos podiais venir, yo me iba á casa de mi vecina, y no volvia hasta que os veia entrar con el velo echado en vues-

tro carruaje: Mr. Julian se iba, ignoro á dónde, y no volvia hasta el dia siguiente.

—¡Es decir, que esta es una casa infame!

—Esta, señora, me contestó con descaro la vieja, es una casa como otra cualquiera, y mejor que muchas: vuelvo á ponerla á vuestra disposicion.

Escapé avergonzada y llena de ira contra Julian.

En el descanso del segundo piso abrí la carta y la leí.

Era muy breve: decia, sobre poco más ó ménos:

«Me separo de ti por muy poco tiempo, porque espero concluir pronto el asunto que me saca de París: cuidado conmigo, porque cuando ménos lo esperes me encontrarás junto á ti, y si me has dado motivo para ello, alguna de tus cartas graves irá á parar á manos del nuevo duque de Chatillon.—Adios: hasta la vista.»

LI.

Mi indignacion creció, y creció mi desesperacion.

Yo era una esclava irredimible.

Conocia cuán infame era Julian, hasta qué punto llevaba su venganza contra mí por mi union con mi marido, y sin embargo, no tuve valor bastante para romper con él, para probar á Enrique lo inocente de aquellas cartas con que Julian pretendia comprometerme, demostrándole, como hubiera sido muy fácil, que aquello habia sido un sueño de niña, que no habia salido del convento sino con mi padre, que en el mismo dia de mi salida del convento me habia embarcado en Valencia

para Marsella; que nada deshonroso habia existido entre Julian y yo.

Pero yo amaba á Julian, estaba loca por él, lo sufria todo; era la mujer más desgraciada de la tierra.

Volví á mi casa, y encontré triste y llorosa á Leontina.

La pregunté cariñosamente la causa de su tristeza, y me respondió que su madre estaba gravemente enferma.

Esto era verdad: pero comprendí que lo que hacia llorar á Leontina no era la enfermedad de su madre, sino la ausencia de Julian.

Creció mi aborrecimiento hácia la jóven, y al mismo tiempo mi cariño aparente hácia ella.

Yo no queria que sospechase, que se alarmase, que saliese de mi casa, que hiciese imposible, ó por lo ménos difícil mi venganza.

La vida de aquella desdichada pesaba de una manera insoportable sobre mi corazon.

Hasta tal punto habia llegado á aborrecerla.

LII.

Voy entrando, marqués, en el período lúgubremente dramático de mi vida.

Hasta entonces yo habia sido víctima: aún no me habia convertido en verdugo.

Sufria cuanto puede sufrir una criatura, conservaba aún algo de noble en el corazon, y me afligia la muda desesperacion de Enrique.

Por más que yo procuraba aparecer afectuosa y áun enamorada para con él, no podia engañarle.

Aparte de su larga experiencia, de su vida de calavera, me amaba con toda su alma, y el amor no se engaña; siente si es amado ó no, porque compara consigo mismo, y con una delicadeza infinita, el sentimiento respectivo del corazon que ama.

Enrique comprendia que yo no le amaba; pero atribuia mi desamor á lo monstruoso de su anterior conducta conmigo.

Se habia arrepentido, habia cambiado completamente, se habia regenerado, y se esforzaba por todos los medios posibles, haciéndome objeto de un culto idólatra, por obtener mi perdon, por reconquistar mi amor.

Obraba con un tacto admirable, con una facilidad, con un sentimiento y con una delicadeza tales, que hubiera llegado al logro de su deseo si yo no hubiera estado tan obstinada por Julian.

Sólo conseguia inspirarme compasion y un afecto semejante al de un amor fingido.

Aún no se habia encallecido mi corazon; aún no era yo lo que soy ahora.

LIII.

Todo era contrario á mis aspiraciones.

Era rica, riquísima; estaba rodeada de un fausto explendoroso; se me estimaba, se me codiciaba en todas partes: era la mujer de moda en el alto círculo; pero todo esto, que, cuando más, halagaba mi vanidad, lo hu-

biera yo trocado con ánsia por una posicion humilde y afanosa poseyendo el alma entera deJulian.

¡Yo era muy desgraciada!

Y no era esto todo: habia escrito al que creo mi padre dándole parte de la posicion que ocupaba entre la alta nobleza francesa, y esperado que esto fuese bastante para que se aclarase el misterio de mi nacimiento.

Mi padre me contestó estas breves y desesperantes palabras:

«La posicion que ocupas la debes á la concesion, á la generosidad; y esto me humillaria si tu madre y yo no hubiéramos prescindido completamente de ti: has sido rebelde; nos has retado y hemos contestado al reto: te quisiéramos mejor en el colegio de madama de Saint Georges esperando resignadamente la resolucion de tu destino: no me escribas más, porque no te contestaré, y de una vez para siempre no cuentes para nada conmigo.»

Esto era horrible: la víctima continuaba.

LIV.

Quince dias despues de la ausencia de Julian, recibimos una carta con lacre negro firmada por el mayordomo del duque.

Este nos incluia un acta del alcalde de Chatillon.

El duque habia sido encontrado en un cañaveral muerto, con un balazo en la cabeza, y se ignoraba completamente quién fuese el asesino.

Mi pensamiento se fijó en Julian.

Sin saber por qué, con una certidumbre misteriosa,

instintiva, por decirlo así, creia que él era el asesino del duque.

Me extremecí y temblé por mi marido.

Creí comprender la intencion de Julian: la de dejarme sola, sin apoyo ninguno sobre la tierra, y tal vez comprometida.

Julian no me perdonaba el haber sido de otro hombre.

LV.

Callé, sin embargo, porque no podia hablar, y porque por una aberracion de mi alma, á medida que Julian aparecia más infame, le amaba más.

Tres dias despues de haber recibido esta funesta carta, Leontina cambió de repente recobrando toda su alegría y todo su buen humor.

Esto demostraba que Julian habia vuelto á París.

Yo esperaba que Julian, valiéndose de cualquier medio, me anunciase su vuelta á París, y me indicase el sitio donde podiamos vernos.

Pero pasaron ocho, quince dias, un mes, y nada supe; nada más sino que Leontina se mostraba cada dia más contenta, más feliz.

LVI.

Una noche, mientras Leontina me desnudaba para recojerme, me dijo vivamente encendida:

—Tengo que pedir á vuecencia el perdon de una falta.

—¡Una falta, Leontina! la dije sonriendo; ¿qué falta

puedes haber cometido contra mí, tú que eres tan buena y que me quieres tanto?

—¡Oh! y cada dia quiero más á vuecencia: ¡es vuecencia tan bondadosa conmigo! por lo mismo, y porque se acerca una situacion muy séria de mi vida, no quiero que llegue esta y sorprenda á vuecencia: seria una ingratitud, y yo no quiero ser ingrata.

—Pero ¿qué gravísima situacion es esa, Leontina?

—Me caso, señora, con un hombre á quien amo y que me ama mucho.

Gracias á que yo habia visto venir aquello, á que me habia preparado, y pude ocultar mi violenta conmocion á Leontina.

—Verdaderamente has cometido una falta muy grave ocultándome tus amores, la dije sonriendo; más que tu señora, soy tu amiga.

—No es mia la culpa, me contestó Leontina, es suya: él no queria que vuecencia supiese nada.

—¿Y por qué?

—Porque temia que vuecencia me lo quitase de la cabeza.

—¿Yo? ¿Pues por qué habia yo de pretender que perdieras una colocacion que te es tan grata?

—Él cree que vuecencia está muy mal prevenida en contra suya.

—Es decir, que le conozco yo.

—¡Ah, sí! sí, señora; es el lacayo que vuecencia despidió en la casa del boulevar de los Italianos.

—Julian; pero aquel hombre no te conviene, Leontina; se embriaga, tiene muy mala conducta.

—Porque vuecencia cree eso, no queria Julian que vuecencia supiera sus amores conmigo: aquello fué una casualidad, una debilidad; le obligaron á beber sus compañeros, él no habia bebido nunca, le produjo muy mal efecto, y por lo mismo no ha vuelto á beber más: es muy hombre de bien, muy aplicado: tenia algunos ahorros, ha hecho algunos pequeños negocios, ha tenido suerte en algunas jugadas de Bolsa, y ha reunido unos veinticinco mil francos, lo cual es una buena fortuna para nosotros.

Demasiado sabia yo con qué clase de negocios habia hecho aquellos veinticinco mil francos Julian.

Tuve todavía valor y fuerzas para disimular.

—¿Y estás segura de que te ama, Leontina? la pregunté.

—¡Ah! sí, señora, no puedo dudar de ello; yo soy pobre, y Julian con sus veinticinco mil francos podria hacer una buena boda con una mujer que llevase doble que lo que él lleva: ¿pues no ha de creer una que la aman cuando la sacrifican el dinero, que es todo cuanto se puede sacrificar? con setenta y cinco mil francos, contando los cincuenta mil del dote á que podia aspirar, Julian, que es muy inteligente y muy busca-vidas, podria hacer negocios más en grande y llegar pronto á rico: es verdad que yo le amaria del mismo modo, aunque continuase siendo lacayo, y sin tener un solo franco de capital.

—Pues si eso es así, la dije, te doy mi enhorabuena y me constituyo tu madrina.

—¡Ah! no, no, señora; eso seria lo mismo que decirle que yo habia faltado á su prohibicion de decir nada á vuecencia, y no me atrevo á exponerme á que se ofenda

y se vuelva atrás; porque Julian tiene un poquito de mal génio: este es un secreto que espero que vuecencia me guardará.

—En buen hora: yo sé lo que debo hacer.

LVII.

Leontina acabó de desnudarme, me recogí, y apenas hubo salido Leontina, me levanté de una manera impremeditada, sin objeto, irritada, nerviosa, con el pensamiento enlugubrecido por terribles ideas de exterminio.

Maquinalmente adelanté, y me encontré delante de un secreter de palo de rosa, que abrí tambien maquinalmente.

En aquel secreter tenia yo parte de mis alhajas.

El infierno me habia llevado junto á aquel mueble y me habia hecho abrirle de una manera impremeditada.

La luz de la lámpara de noche arrancó un vivo destello á una diadema de brillantes que por una funesta casualidad estaba fuera de su estuche.

Mi vista se fijó de una manera candente en aquella alhaja: la mejor de mis joyas, y cuyo valor pasaba de cien mil francos.

La así y la besé como quien besa una venganza.

Un pensamiento horrible habia surgido en mi imaginacion.

Puse de nuevo la diadema en el secreter, le cerré, me acosté, y me dormí halagada por mi venganza.

Julian no se casaria con Leontina: estaba segura de ello.

LVIII.

Al dia siguiente mientras Leontina fué á ver á su madre, que estaba en la convalecencia, abrí el secreter, tomé la diadema, la puse en su estuche, le llevé al cuarto de Leontina, que estaba inmediato al mio, me metí debajo de su cama, levanté la alfombra, oculté debajo la diadema y salí.

Nadie me habia visto entrar en el cuarto de Leontina, ni salir de él.

Inmediatamente llamé á mi marido.

—Sucede una cosa lamentable, le dije: al abrir ese secreter, he notado la falta de la diadema de brillantes de tu madre, que con las alhajas de familia habia yo recibido: he buscado en mis armarios, en todas partes, hasta donde no era verosímil que estuviese, y no la he encontrado: indudablemente me ha sido robada.

—¿Y quién supones sea el autor del robo?

—No puede haber sido nadie más que alguna de las doncellas; nadie más que ellas entra aquí.

—Pues es necesario no dejar pasar esto, por muchas razones: es necesario, además, procurar por todos los medios posibles el recobro de esa alhaja: es de un gusto admirable y seria difícil encontrar mejores brillantes: voy, voy á decir á Mr. Augusto que vaya al momento á avisar al comisario.

LIX.

Poco despues nuestro mayordomo volvia con el comisario del distrito, á quien acompañaban algunos

gendarmes: dos de estos se quedaron en las puertas de las escaleras, que se cerraron.

Nadie podia salir.

Se llamó á las doncellas á mi gabinete, delante del comisario, y se les anunció que de mi secreter habia sido robada una alhaja, que nadie más que ellas entraban en mi gabinete, y que sólo á ellas podia hacerse responsables.

Las pobres chicas se pusieron pálidas, lloraron, protestaron que nada sabian, y una de ellas, la más valiente, observó que faltaba Leontina, que ella era mi doncella de confianza, y la única que manejaba mis ropas y mis alhajas.

En aquel momento entró Leontina, cuidadosa y conmovida.

—¿Por qué hay gendarmes en casa? ¿por qué está aquí el señor comisario? exclamó; ¿ha sucedido alguna desgracia?

—Lo que ha sucedido, dijo friamente el comisario, es que á su excelencia le ha sido robada una alhaja de gran valor, y se me ha avisado para descubrir al ladron.

Leontina palideció mortalmente, y se perdió por franca y por buena.

—Pero esto es horrible, dijo; en las alhajas y en las ropas de vuecencia no pone la mano nadie más que yo, y yo no soy ladrona.

—Eso lo veremos muy pronto, señorita; tened la bondad de llevarnos á vuestro aposento.

—Sí, sí, venid en buen hora; venid, exclamó Leontina saliendo violentamente del gabinete.

—No, no tan deprisa, señorita, dijo el comisario: es de todo punto indispensable que no os perdamos de vista.

—Pero esto es horroroso, señora, dijo Leontina: ¿no tiene vuecencia ni una palabra que decir en favor mio?

—Espero que esto se desvanecerá, la contesté.

—¡No, no hay que tener duda, esclamó enérgicamente Leontina: yo soy honrada; yo no sé por qué se me quiere perder, porque yo no he hecho mal á nadie!

—Bien, bien, dijo el comisario: mejor para vos si no sois culpable: pero es necesario registrar vuestro aposento.

Leontina empezó á gritar, se tiró por el suelo, y fué preciso que la levantasen dos gendarmes.

Yo me alegraba.

Leontina, por inexperta, se perdia.

Aquello entre tanto era violento y repugnante.

Leontina fué llevada poco ménos que á viva fuerza á su cuarto.

Se registraron su armario, sus baules, su tocador, y nada se encontró.

A medida que no se encontraba, Leontina daba á conocer una alegría que la hacia más sospechosa.

La policía francesa es muy práctica, y conoce admirablemente el arte del registro, porque está acostumbrada á tratar con ladrones muy astutos.

No habiéndose encontrado nada en los muebles huecos, registraron la cama.

Nada se encontró en ésta, y la apartaron, y levantaron la alfombra.

Yo habia contado con esto: no tuve que hacer ni

una sola indicacion; ni la hubiera hecho, porque una indicacion mia habria podido traer una sospecha sobre mí.

Apareció el estuche.

Leontina, al verle, dió un grito horrible.

—Afortunadamente, dijo el comisario, sois poco práctica y no habeis contado con nadie: aquí está el cuerpo del delito que se perseguia, y os declaro presa, en nombre de la ley, como autora del robo.

—¡Ladrona! exclamó Leontina

Y súbitamente la sangre subió á su semblante, hasta ponerle negro, y cayó de espaldas.

Yo me arrepentí tarde: aún no estaba acostumbrada al crímen.

Leontina permanecia inmóvil.

Se acudió á su socorro, se llamaron médicos; pero cuando llegaron todo fué inútil.

Habia muerto de una violenta conmocion cerebral.

¡Pobre Leontina!

Ron, marqués, ron; es necesario olvidar, y para olvidar embriagarse.

LX.

Pepa se levantó pálida, sombría, y llenó violentamente las copas hasta derramar el licor.

El marqués la miraba á cada momento con más entusiasmo: á cada momento Pepa se agrandaba más á sus ojos.

A pesar de lo mucho que habia bebido, nada se nota-

ba en el marqués, más que un brillo opaco en el fondo de su mirada.

Pepa estaba muy pálida, y en sus ojos habia algo de calentura.

Bebieron de nuevo, y Pepa volvió á sentarse.

—Continúa, dijo el marqués, continúa: se está poniendo el sol, y yo quiero que acabes antes de que venga ese hombre; no le quiero ver, me irrita; tú me has fascinado, y te he perdonado la muerte de Filomena; pero á él no puedo ni quiero perdonarle.

—Céspedes no se acerca á mí sino cuando yo le llamo, dijo Pepa.

—Comprendo que le domines, porque has nacido para dominar á todo el mundo; pero continúa, hija, continúa: estoy impaciente por saber cómo has venido á este estado;

LXI.

Pepa se concentró durante un momento, y luego dijo:

La muerte de Leontina á consecuencia de haberse encontrado responsable de un robo ante la ley, produjo en París una sensacion profunda, que atrajo sobre mí todas las miradas.

La prensa se habia apoderado de la noticia, y la habia difundido abultándola, modificándola, desnaturalizándola.

Se habian a venturado contra mí algunas indicaciones tan ambiguas, tan embozadas, que no permitieron una rectificacion; porque rectificar hubiera sido dar más fuerza á aquellas malévolas indicaciones.

Era fácil comprender que una persona interesada habia sugerido, y áun pagado aquellas indicaciones á la prensa.

Yo sentia en todo esto la mano de Julian: pero los grandes escándalos pasan pronto en París: se habla mucho de ellos un dia, un poco los ocho dias siguientes, y por último se olvidan, se abandonan por otros nuevos escándalos.

En nada me perjudicó para con los parientes de mi marido y para nuestros conocimientos aquel suceso.

Era lo más natural del mundo que yo hubiera querido recobrar una alhaja de mi familia de valor de cien mil francos que me habia sido robada, y si la ladrona al ser descubierta habia muerto de terror ó de vergüenza, suya era la culpa.

Pero en el fondo de mi alma quedó un terror insoportable.

No podia estar sola, ni áun de dia, sin tener miedo.

Me parecia que Leontina iba á presentárseme, á hacerme cargo de su muerte, á llevarme consigo ante el tribunal de un juez á quien no se engaña.

Lo repito, marqués: aún no estaba yo acostumbrada al crímen, y el crímen me espantaba.

Ahora es distinto: ahora nada me espanta.

Pasaron así seis meses.

Una noche desperté aterrada por las voces que se oian en la casa.

Todos los criados gritaban de una manera terrible.

Salté de la cama, me envolví en un abrigo, y llamé á mis doncellas para saber lo que sucedia.

La primera noticia que me dieron me aterró.

Mi marido, el duque de Chatillon, habia sido muerto á puñaladas en su cama; habia tenido tiempo de tirar de la campanilla, y cuando los criados habian acudido, le habian encontrado muerto.

La policía habia invadido la casa, y junto al lecho donde estaba el cadáver se habia encontrado una carta que yo no habia escrito, falsificada, que me hacia, en la apariencia, culpable de aquel asesinato.

El sub-prefecto del Sena, que habia acudido, encontró aquella carta, la leyó, me creyó por ella culpable, me arrestó y fuí conducida á la cárcel.

Habia sido presa tambien otra persona: Julian.

Se le habia encontrado en el fondo del jardin, escondido en la leñera, y manchado terriblemente de sangre.

En las tapias del jardin habia una escala rota, lo que probaba que el asesino habia pretendido escapar, y por la rotura de la escala no lo habia conseguido.

Se encontraron además sobre Julian dos llaves maestras de las que usan los ladrones, y un pequeño rewolver de bolsillo de seis tiros.

El puñal con que habia asesinado al duque se habia encontrado en su cuarto al lado de la carta que me comprometia.

Julian habia llegado hasta el cuarto de mi marido por una escalera que daba al jardin, y valiéndose de las llaves maestras que se le habian encontrado.

Hay que recordar que Julian habia servido en la casa del duque, y que conocia sus entradas, sus salidas y la disposicion de sus habitaciones.

No habia podido entrar por el postigo del jardin, porque estaba asegurado por dentro con un cerrojo, ni salir por él, porque el cerrojo estaba afianzado por una pequeña cerradura inglesa, para las cuales son inútiles las llaves maestras.

LXII.

Julian no pudo negar el crímen: todas las pruebas estaban contra él.

Entonces, no satisfecho con la carta falsificada con que habia pretendido comprometerme, presentó las cartas amorosas que yo le habia escrito en el convento.

Tuve la fortuna de que la carta falsificada era muy defectuosa, y se declaró su falsedad.

Pero las otras cartas, con fecha de cuatro años antes, fueron reconocidas como mias, y reconocida por ellas mi intimidad amorosa con Julian.

A más de eso, habia yo cometido la imprudencia de conservar la carta que me habia dado de parte de Julian la vieja á quien encontré en su casa, ó en la que yo habia creido su casa, y esta carta, con algunas otras que Julian me habia escrito, fueron encontradas en el secreto de uno de mis muebles, donde yo las creia seguras.

Las fechas de estas cartas eran posteriores á la de mi casamiento, probaban el crímen de adulterio, y producian vehementísimos indicios de complicidad mia en el asesinato de mi marido.

Me ví, pues, en el banco de los culpables ante el jurado; delante de todo París, de Francia, de Europa, del

mundo entero, al que la prensa francesa, que en todas partes se lee, dió á conocer el proceso.

La instruccion fué terrible.

Julian me aborrecia de muerte: su declaracion ante el jurado reveló uno de esos dramas que parecen soñados por una imaginacion calenturienta.

Envenenó nuestras primeras é inocentes relaciones, suponiendo que penetraba en el convento, y que para ir yo á encontrarle y permanecer á su lado con seguridad tomaba por pretexto ejercicios penitentes nocturnos.

Esto dió lugar á risas y á murmullos en el auditorio, y previno muy mal contra mí á los jurados.

Llegando á los últimos sucesos, declaró que habia mantenido relaciones amorosas conmigo antes y despues de que me buscase el duque de Chatillon, padre; que desesperados porque no podiamos vivir juntos sin exponernos á una venganza del duque de Chatillon y de mi marido, habíamos proyectado deshacernos de ellos; que para eso él habia ido á Chatillon, habia esperado al duque en un cañaveral pantanoso, á donde iba á cazar chochas, y le habia muerto de un tiro en la cabeza, logrando escapar sin atraer sobre sí ninguna sospecha, y que, por último, contando conmigo, habia penetrado en el aposento de mi marido y le habia muerto.

Julian confesó el asesinato del duque de Chatillon, padre, porque sabia demasiado que estaba convicto del asesinato del hijo, y que esto bastaba para que le llevasen á la guillotina.

Queria recargar más y más el crimen para arrastrarme consigo.

Mi abogado, Mr. Thomais, uno de los más célebres de París, echó por tierra todas las acusaciones de Julian, probó con cuánta torpeza se habia pretendido comprometerme, abusando de una locura de mi juventud: volvió contra Julian la carta falsa que se habia encontrado junto al cadáver de mi marido, é hizo desestimar la acusacion que Julian habia lanzado tambien sobre mí, de que, celosa de que Leontina iba á casarse con él, la habia hecho pasar por ladrona, produciendo con esto su muerte.

«Hé aquí, señores jurados, dijo Mr. Thomais, aprovechándose de esto, dónde se encuentra el móvil secreto de todos estos crímenes; un miserable, prevaliéndose de la inexperiencia de una jóven que sólo conoce el estrecho y apartado mundo de un convento, la seduce, la enloquece; obtiene de ella cartas, que á primera vista y leidas con poca reflexion ó con un exceso de pasion la comprometen; pero que á los ojos de un pensador, de un hombre práctico, sólo son lucubraciones de un alma jóven que sueña de una manera apasionada su primer amor. Por las investigaciones judiciales que en España se han hecho, á instancias del poder judicial francés, resulta que en el convento de la ciudad de Valencia en que se ha educado la duquesa de Chatillon, no puede penetrarse sino perforando un muro, ó contando con el concurso de la superiora y de otras religiosas que desempeñan los altos cargos del convento, que guardan las llaves de la puerta del claustro. Suponer que tres respetables esposas del Señor, que tres señoras, pueden autorizar unos amores vergonzosos y sacrílegos, es monstruoso, no puede concebirlo sino una imaginacion delirante: consta que

un alto jefe de la milicia española, cuyo nombre no se conoce, pero cuya autoridad está demostrada, puesto que en medio del dia, en una ciudad que tiene la categoría militar de primer órden, el militar que sacó del convento á María Josefa, llevaba ayudantes y escolta como teniente general, María Josefa pasó directamente desde el convento al vapor *América*, de las mensajerias francesas, que la condujo, con el teniente general que la habia sacado del convento, al puerto de Marsella: no puede haber, pues, nada de impuro en las relaciones amorosas de Julian Martinez y de la duquesa de Chatillon.

Pero un dia ésta, casada ya, y casada por amor, con la ilustre víctima cuyo terrible asesinato ha producido este proceso, encuentra fatalmente sirviendo como lacayo al señor duque de Chatillon, padre, al hombre de sus inocentes amores de Valencia, la amenaza con presentar á su marido cartas que pueden hacerla aparecer deshonrada, abusa de su terror, la explota y la convierte en su esclava. Esas cartas de Julian Martinez que se han encontrado en el registro de los muebles de la duquesa son groseras, imperativas, insolentes; en la mayor parte de ellas se exige con amenazas á la duquesa dinero; no se comprende, no puede comprenderse, que una mujer delicada ame á un hombre vulgar, miserable, infame, que de tal manera la trata: lo que se comprende, lo que se ve claramente, es una víctima lamentable, una señora que en secreto apura el horror de su situacion para evitar la deshonra de la familia á que pertenece, causada por aparentes pruebas: aquí hay adulterio, es cierto, no puede negarse; pero no es un adulterio hijo de la volun-

tad de la adúltera, sino de la violencia, del terror, lo que, probado como está, exculpa de todo cargo á la adúltera, librándola de esta calificacion y convirtiéndola en víctima de un execrable crímen: es más, y vengo á buscar la verdadera causa del crímen por que se instruye este proceso: Julian Martinez no tiene ni áun la disculpa del amor, que en su exacerbacion llega hasta la locura, hasta el crímen: no; Julian Martinez no ha amado á la duquesa: ésta sólo ha sido para él un objeto de explotacion, del que ha abusado para someterla más á su voluntad de una manera completa: á quien ha amado hasta llegar al frenesí del crímen, ha sido á la difunta Leontina Poplet, digna amante de un mónstruo tal. Observad, señores jurados: él explota á la duquesa hasta la cantidad de veinticinco mil francos, y no bastándoles esto, la Leontina roba á su señora esa diadema de brillantes, que se encuentra á nuestra vista entre las piezas de conviccion, tasada por los joyeros Michelet y Dufrond, en cien mil francos. Consta por las declaraciones de muchos testigos pertenecientes á la servidumbre de la duquesa, que ésta amaba á Leontina Poplet, y la trataba más que como sirviente, como á una amiga íntima, con uno de esos afectos que se ocultan en el interior de un hogar, casi como á una hermana; la duquesa se ve robada; no desconfia de Leontina; llama á la policía, y en el aposento de Leontina se encuentra la alhaja robada y la ladrona sucumbe á una congestion cerebral: hé aquí, hé aquí la causa del crímen: ¿por qué no le ha cometido antes de la muerte de Leontina el Julian Martinez? porque no sentia en su corazon la corrosiva hiel de la ven-

ganza; pero muere Leontina, y á los pocos dias sucumbe en Chatillon el duque del mismo nombre, sin que se conozca el autor del asesinato: seis meses despues sucumbe á puñaladas el otro duque de Chatillon, y el criminal, ménos afortunado, no logra escapar, y la policía le encuentra escondido y cubierto de sangre en una leñera contígua al jardin de la casa del duque: en el lugar del crímen se encuentra una carta que compromete á primera vista á la duquesa de Chatillon, y la complica en el crímen; pero esta carta, declarada legalmente falsa, es la prueba más fuerte y de todo punto convincente de la inocencia de la duquesa de Chatillon: esa carta dice lo siguiente: «Querido mio: ya que nos hemos librado por tu valor del viejo duque, librémonos del mismo modo de mi marido: duerme en el jardin, al otro extremo de la casa donde dan mis habitaciones: las tapias del jardin no son altas, y puedes entrar y salir por medio de una escala: del mismo modo que nadie ha sabido que tú despachaste al duque padre, puedes hacer que nadie sepa que has despachado al duque hijo: á más de que yo he reunido mucho dinero, como duquesa de Chatillon, me quedará una renta respetable; es necesario que nos emancipemos; que nada se oponga á la felicidad de nuestro amor. Concluye, pues, cuanto antes, porque yo no puedo vivir por más tiempo separada de tí.—Tu María Josefa.» —Estas cartas no se escriben jamás, y si se escriben no se llevan al lugar del crímen: que esta carta no se ha escrito está probado, puesto que ha sido declarada por unanimidad falsa de una manera terminante y sin género de duda: esta carta no es otra cosa que una calum-

nia que se ha llevado al lugar del crímen y se ha dejado en él de una manera premeditada para hacer caer una responsabilidad sobre la duquesa de Chatillon; no hay que insistir en esto: pretender robustecer una prueba que por sí misma es demasiado robusta, seria debilitarla. Está bastante probado que los dos crímenes cometidos por el Julian Martinez, no han tenido otro objeto que saciar la venganza del acusado contra la duquesa de Chatillon, haciendo caer sobre ella una responsabilidad que, á ser probada, la hubiera llevado irremisiblemente al patíbulo. Pido, pues, la libre absolucion para madama María Josefa Perez de Olmedo, duquesa de Chatillon.»

La defensa de Mr. Thomais me hizo una figura interesante en París, y mucho más la acalorada defensa que yo hice de mi misma.

Yo era una heroina de novela, y la opinion pública se puso de mi parte.

Yo pensé fundadamente ser absuelta, pero me engañé.

El jurado sentencia por conviccion: encontró en el proceso indicios bastantes para sentenciarme á ocho años de trabajos forzados, y me sentenció, y los sufrí.

He sido ocho años presidiaria, mi querido marqués, y en el presidio acabé de endurecer mi corazon, de convertirme en lo que soy.

Inútil es decir que al adorable Julian le guillotinaron una mañana muy temprano con la fresca.

LXIII.

Salí del presidio extinguida mi condena, y la gendarmería me puso en la frontera de España, porque Fran-

cia echa de sí todos los indivíduos peligrosos que puede, y con un pasaporte en que constaba mi procedencia del presidio, y con sólo diez francos y un mal vestido de percal, me encontré sola en las calles de Irun.

Allí conocí á los pocos pasos á mi amante Chopito, que me habló, oyó mi historia, se me ofreció, y se hizo cargo de mí.

Durante mi condena me habia yo trasformado, me habia convertido en otra mujer; no habia perdido ni mi hermosura ni mis maneras aristocráticas, de las que usaba cuando queria; pero lo conocia todo: habia tocado la verdad de las cosas, y me habia echado el alma á la espalda.

Sólo deseaba hacer dinero: hacerle á todo trance: ser millonaria, y volver á París, que me habia arrojado de sí, é insultar con mi fausto y mi insolencia á los miserables parientes de mi marido, que nada habian hecho por mí, que ni un solo franco habian hecho llegar á mis manos.

Todo París engañado habia visto en mí una víctima, una desgraciada, no una adúltera.

Si la opinion pública se hubiera infiltrado completamente en el jurado, la altiva duquesa de Aiguebleu, que á falta de parientes más próximos habia heredado á mi marido, se hubiera visto obligada á darme una fuerte pension, como duquesa viuda, á dejarme las joyas que me habian sido compradas por mi marido.

Pero no fué así; es más: se quedó con las que yo habia aportado al matrimonio, y de las cuales, por descuido, no se habia hecho inventario; es decir, que se

me robó, porque yo la hice saber cuáles eran aquellas joyas.

LXIV.

Me encontré, pues, amante de Chopito, pobre de solemnidad y ansiosa de dinero.

Chopito arregló sus asuntos y los mios, es decir, se proveyó no sé cómo de un pasaporte para sí y otro para mí en que parecia constar que yo habia ido á Francia á estudiar el arte de cocina, y venia á España á practicarle, y nos trasladamos á Madrid, donde, no se aterre usted, marqués, porque mi revelacion va á ser completa, fuí afiliada en la gran sociedad de ladrones, en la seccion de sirvientes.

Yo me habia acostumbrado á la servidumbre, á la degradacion, á la abyeccion, durante los ocho años de mi condena, y no me fué difícil el representar mi papel de cocinera.

Durante cuatro años se han hecho algunos negocios que me han producido cinco mil duros; y lo de Filomena me hubiera producido mucho más si Céspedes no hubiera sido tan pillo: pero yo he ganado en esto.

He llegado de suceso en suceso, é impulsada por la fatalidad, á mi sueño.

Céspedes se ha enamorado de mí, yo me he enamorado de él; dentro de ocho dias ajusticiarán á Chopito, yo me casaré con Céspedes, tendré doce millones de renta, con lo que basta para alborotar en París, quemaré cuanto pueda la sangre á la vizcondesa de Aigue-

bleu, duquesa de Chatillon, que no podrá gastar tanto como yo, y viviré en paz, gozando anchamente de mi dinero, y bebiéndome una botella de ron para reirme de ellas cuando vengan á visitarme Filomena y Leontina, llevando de escolta á Julian y á Chopito, el uno con la cabeza debajo del brazo y el otro con la cabeza caida sobre el hombro, amoratado y con un palmo de lengua fuera.

Vamos, otra copa, marqués, y despidámonos: ya está oscureciendo, y Céspedes no tardará en venir.

Y llenó otra vez las copas, para lo que bastó apenas el ron que quedaba en la botella.

El marqués bebió su copa, suspiró profundamente, y dijo á Pepa:

—Tengo miedo de hacerte una proposicion, hija mia.

—Suprímala usted, marqués, porque adivino qué proposicion es esa, y no me conviene.

—Es verdad; yo no soy tan rico como ese bribon de Céspedes, que ha acumulado un capital enorme, producto de una sucesion de crímenes; pero, sin embargo, tengo dos millones de renta.

—Dos millones no son doce.

—Soy, en cambio, marqués y grande de España.

—Yo estoy por lo positivo: lo más noble, lo más alto que hay que poseer hoy es el dinero: desengáñese usted, marqués; quien tiene doce millones de renta es grande, inmenso, gigantesco en todas partes, y nunca le falta una brillante córte de ilustres parásitos que le adulen y que le den explendor, convirtiéndose en una comparsa; hoy al dinero no se le busca la procedencia: con el dinero

se obtiene todo: y aquel que es más rico es más respetado: yo aseguro á usted, que con toda mi historia á cuestas, pero á cuestas tambien con el enorme capital de mi marido, he de quemar grandemente la sangre á mucha gente en París.

—Pues te juro, dijo levantándose el marqués, que ya que perdono la muerte de Filomena, haré cuanto sea necesario hacer para que seas mia.

—Cuidado, marqués, con no resbalar y caer.

—¡Ah, no! lo dicho dicho: ya nos veremos: adios, y hasta la vista.

—Hasta la vista, amigo mio.

Y Pepa dió la mano sonriendo al marqués, que salió ébrio y loco.

LXV.

—Antes de un año, dijo roncamente Pepa, soy marquesa de Alpuente y grande de España de primera clase con catorce millones de renta: falta una condicion para mi matrimonio con Luis; esto es, un testamento recíproco intervivos como el que existia entre Filomena y Azpecochea.

CAPITULO XVIII.

Sangre y lágrimas.

I.

Ocho dias despues, las campanillas de los hermanos de la Caridad se escuchaban por todas las calles de Madrid.

Delante de la parroquia de Santa Cruz habia, bajo un dosel negro, una mesa con una gran bandeja destinada á recibir la limosna para los reos que iban á ser ajusticiados.

La bandeja estaba llena de dinero en monedas de cobre, plata y oro.

Los alquiladores de carruajes habian recibido numerosos encargos para personas que querian ir en piés agenos á ver de cerca la ejecucion de los tremendos asesinos de la calle de Atocha.

A los carruajes se les deja acercarse al patíbulo.

Es horrible el grito que en la Puerta del Sol, ya cerca de la hora de la ejecucion, sueltan de minuto en minuto los conductores de ómnibus.

—Caballeros, por dos reales, y en posta, al patíbulo.

Este grito extremece, y no sabemos por qué se permite.

Madrid, á la una de un dia de ejecucion de muerte, se agita.

Desde el centro hácia las puertas de Bilbao y de Santa Bárbara, camino ambas del Campo de Guardias, se ve incesante, interminable, una multitud inmensa, entre la cual, por el centro de la calle, adelantan rápidamente elegantes coches particulares con delicadas damas, berlinas de alquiler, ómnibus, calesas, y hasta el antiquísimo carruaje de colleras.

Los talleres se quedan despoblados, desiertos los cafés; por las otras calles por donde no se va al patíbulo, se nota la falta de concurrencia.

Madrid adquiere un aspecto sombríamente lúgubre.

Sesenta mil habitantes abandonan la poblacion para asistir en el Campo de Guardias á la agonía de un miserable que va á morir á manos del verdugo.

II.

A la hora de la ejecucion, aquel campo está literalmente cubierto por una inmensa multitud.

En lo más alto de él se agrupan los carruajes, se ven relucir las bayonetas del cuadro, y sobre ellas se alza la funesta alfangía donde el reo ha de ser extrangulado.

Todo esto crispa los nervios; todo esto extremece al que no está acostumbrado á verlo; porque todo es la costumbre.

El sér humano tiene la cualidad, la gran cualidad de atemperarse á todo, hasta á lo horrible.

Sólo comprendiendo esto, puede comprenderse aquella inmensa aglomeracion de gente que ha ido allí en busca de las fuertes sensaciones de un espectáculo repugnante.

Y no se crea que todos los que allí van tienen el corazon endurecido, son vampiros de sangre humana, no; va todo el mundo; hasta la elegante niña de quince años que con su mamá y sus hermanas ha ido en carruaje, ha bajado de él y ha penetrado en el pequeño recinto demarcado por el cuadro de tropa, y se ha acercado cuanto le ha sido posible al patíbulo, para ver bien el rostro del sentenciado, para escuchar cómo crujen sus huesos y de qué manera poderosa rechina el tablado á impulsos de la tremenda convulsion, de la breve agonía del miserable.

Aquella simpática criatura se extremecerá, sin embargo, y dará un grito de horror si ve un raton ó una araña, y sentirá un vahido si haciendo un primorcito se pincha un rosado dedo con una aguja, y sale una sola gota de sangre.

Y durante la ejecucion de un hombre, habrá estado con los hermosos ojos, azules ó negros, inmóviles, fijos en el reo, apurando los detalles, sin palidecer, sin temblar.

Y ¿por qué? porque aquel hombre que muere de una manera infame, á manos de otro hombre infame, es un mónstruo, un asesino que ha partido de una puñalada el corazon de una mujer, que ha devorado una víctima, y que á su vez es devorado por la justicia, ó mejor dicho, por la ley, lo cual no es siempre una misma cosa.

III.

Cuando se habla de los autos de fé del Tribunal del Santo Oficio, de la general Inquisicion contra la herética pravedad, se llama bárbaros, esclavos, fanáticos, miserables, y no sabemos cuántas otras cosas, á los buenos españoles de aquel tiempo que acudian en masa á las largas y espantables ceremonias del auto de fé, á la relajacion de los sentenciados, á su entrega al brazo secular de la justicia, á ver la cruz blanca y la cruz verde, á la procesion de los encorozados, y por último, al brasero ó quemadero donde los reos eran engarrotados unos antes de ser quemados, quemados vivos los otros, los contumaces, los réprobos: pues bien; si en los siglos XVI y XVII iba una gran multitud á aspirar todas las fuertes sensaciones de esta balumba de horror; si fuera posible, como muchos lo desean, que la Inquisicion volviese; si en vez de un simple garrote, lo cual es poca cosa, apareciese un quemadero, esto es, un inmenso tablado relleno de leña en lo alto del Campo de Guardias, destinado á reducir á cenizas á multitud de séres humanos, el Campo de Guardias, á pesar de su gran extension, no bastaria para contener la inmensa multitud que acudiria á gozar del formidable espectáculo.

Hoy llamamos nosotros bárbaros, infames, siervos, miserables, á los que asistian á las quemas de la Inquisicion: ¡sabe Dios cuántos dicterios deberemos á los hombres del siglo XX nosotros, los del siglo XIX, que vamos á ver fusilar, engarrotar, guillotinar, ahorcar y

matar á mazazos, segun los países y las leyes, á nuestros semejantes que han tenido la desgracia de incurrir en los grandes crímenes!

Y serán tan injustos en llamarnos bárbaros los que vengan en pos de nosotros por lo que hacemos ó dejamos de hacer, como nosotros somos injustos anatematizando á nuestros abuelos de los siglos XVI y XVII por lo que dejaban hacer á la Inquisicion y al rey.

IV.

Ningun pueblo, ninguna época ha hecho ni más ni ménos que lo que debia hacer con arreglo á su constitucion, á sus creencias, á sus costumbres, á su manera de ser y de sentir.

Nada de lo que ha existido, ninguna abyeccion, ningun envilecimiento, ningun crímen, ningun fanatismo ha sido ilógico ni absurdo; porque lo ilógico y lo absurdo no pueden existir en la naturaleza.

Todo cuanto es, ha sido y será, ha sido, es y será revolucionario: lo bello y lo deforme, lo justo y lo injusto, lo grande y lo mezquino, lo infame y lo heróico, han luchado siempre, luchan y lucharán, constituyendo una eterna antítesis, unos eternos elementos de un progreso indefinido, de una revolucion constante.

La humanidad, desde la noche en que empiezan los tiempos históricos, ha marchado entre tinieblas, horrores y martirios, de una manera fatal, inmutable, hácia su mejoramiento, aprendiendo, creciendo, desarrollándose, marchando hácia el punto en que el espíritu sábio

iluminado por la ciencia, constituye al sér humano tal como Dios ha querido que sea: porque el hombre aún no es lo que debe ser, lo que será allá en lo infinito del tiempo y del espacio.

Dia llegará en que la humanidad, mezclada por la desaparicion de las distancias, unida por las mismas leyes, por unas necesidades idénticas, por un lenguaje comun, habrá llegado á ser una gran familia en que todo será armónico, todo lógico, todo digno, todo puro.

Dia llegará en que, nivelada la educacion, se comprenderá que el crímen es una enfermedad, no un delito; en que se procurará curar al enfermo, y si es incurable se le segregará de la masa comun para que no contamine á los demás, para que no pueda destruir.

Dia llegará en que el hombre podrá llamarse dignamente hombre; en que habrán cesado todas las ignominias y todos los horrores; en que no habrá débiles, porque todos estarán robustecidos por su derecho; en que no habrá esclavos, porque no existirán los tiranos; en que no habrá bárbaros, porque los bárbaros habrán quedado sepultados en la noche del tiempo; en que no habrá proletarios, porque no existirá el monopolio; en que no habrá víctimas, porque habrán desaparecido los verdugos.

Esto es si nuestra corrupcion, si nuestro egoismo no producen una revolucion decisiva y funesta que destruya todo lo que nuestra actual civilizacion ha conquistado á través de tantos siglos de horror y de sangre: si no está escrito que todas las civilizaciones perezcan cuando vean levantarse en el ansiado horizonte, el sol de un dia de regeneracion, de dignidad y de fuerza universal.

V.

Hoy más que nunca, la revolucion de la humanidad es dura, terrible, trascendental.

Cincuenta años más de lucha, cincuenta años más de sacrificios, y la humanidad se habrá salvado; estará al otro lado del abismo, marchará desembarazadamente y sin peligro á su constitucion definitiva.

Y si eso sucede, los hombres que hayan tenido la fortuna de nacer emancipados, no deben despreciarnos; deben tener una lágrima y un pensamiento de amor para los mártires que hemos hecho el largo camino de sacrificios y de dolores marcado por la historia, por los códices, por los sucesivos adelantos de las ciencias, por los monumentos, como otras tantas etapas de la marcha progresiva de la humanidad: no; que no nos llamen bárbaros y esclavos, porque serán injustos é ingratos, como son ingratos é injustos los que hoy desprecian á las generaciones que nos han precedido.

VI.

¿Habeis comprendido bien lo que es el patíbulo, y más abajo del patíbulo lo que son la cadena y la vara del capataz? ¿no veis que el juez tiembla cuando firma una sentencia de muerte, y que se apartan con horror y repugnancia los ojos del espectáculo de un sér humano tratado como un pária, como un ilota, como un esclavo, por

otro sér humano, arrastrando una pesada cadena y puesto á nivel de un perro que tiene mal amo?

¿Creeis que el patíbulo sirve para otra cosa que para desmoralizar, que para mantener una levadura de barbárie en nuestra gran civilizacion?

¿Creeis que el patíbulo reprime?

Error: el patíbulo, ó lo que es lo mismo, la ejecucion de muerte, es tan antiguo como el hombre, y no ha podido extirpar el asesinato.

¿Creeis que el crímen es un accidente que puede sobrevenir á todos los hombres y que es necesario ponerle enfrente una represion horrible para que todos los hombres no incurran en el crímen?

Error: el crímen es el resultado de una enfermedad ingénita, ya esta enfermedad nazca de una perversa educacion, ya de un instinto de destruccion.

Respecto á los crímenes resultado de una educacion perversa, la sociedad entera es cómplice, puesto que no se cuida de mejorar la educacion pública; de segregar á los indivíduos podridos de los sanos; de hacer que se cumplan las leyes previsoras, las que ponen al vago, al vicioso, al penado por delitos infamantes fuera de la gran concurrencia, de los grandes centros, del contacto, en fin, con infinito número de personas.

¿Qué quereis que suceda cuando está, si no autorizado, tolerado el juego de azar; cuando el vago embrutecido, perdido el pudor, insolente y provocativo, alentado por la impunidad, está en todas partes, en todos los círculos, en todas las situaciones; cuando el robo es una industria organizada que no se pretende desorganizar,

que no se ataca en su esencia; cuando el presidario que ha terminado su condena es tan libre como otro cualquier ciudadano que no ha delinquido nunca, para vivir donde quiera, sin ser vigilado por la policía; cuando el desertor de presidio vive en los grandes centros, tan seguro de no ser preso como si se hubiera ido al gran desierto de Zahara; cuando por todas partes se ven hombres que viven con un fausto cuyo orígen se ignora, sin que nadie pretenda averiguar de qué fuente oculta sale el dinero que mantiene aquel fausto?

VII.

Vengamos á la aplicacion práctica de nuestras teorías, y dispénsennos nuestros lectores, en gracia de nuestra intencion, el que invirtamos algunas páginas en un asunto que está tan lejos de la novela.

Se ha dicho siempre á los que han predicado las mismas ideas que nosotros predicamos, que sus declamaciones son bellas utopias, sueños irrealizables, que queremos levantar falansterios imposibles: y despues de haber contestado los gobiernos con un frio desden estas ó semejantes palabras, como quien contesta á los locos que sueñan, se han encogido de hombros y han dejado, como suele decirse, rodar la bola.

El vago, el licenciado y el desertor de presidio, el ladron, el caballero de industria y la mujer podrida de todas clases y condiciones, han sido dejadas en libertad de obrar, con la reserva de castigarlos cuando infrinjan cualquiera de los artículos del Código.

No se ha pensado nunca en que es mejor y más provechoso prevenir, evitar en lo posible el crímen, que castigarle.

Empecemos por el vago, por el hombre que no tiene profesion conocida.

Estos séres, si no son más que vagos, deben ser remitidos á los pueblos de su naturaleza, y puestos bajo la vigilancia de la autoridad.

Para obligar á los alcaldes de las pequeñas localidades á que ejerzan sobre el vago una saludable vigilancia, y á que den parte á la autoridad superior de la provincia cuando cualquiera de estos vagos se fuguen del pueblo, hay un medio muy sencillo.

El vago, como cualquier otro indivíduo que deba ser remitido al pueblo de su naturaleza para ser vigilado, puede ser retratado en fotografía, y esta fotografía, con la filiacion y la causa de la relegacion del vago ó del sér peligroso, remitirla al gobernador de la respectiva provincia, que con estas fotografías puede girar una visita por sí ó por medio de delegado á las respectivas localidades, y hacer responsable al alcalde que no haya dado parte de la desaparicion de cualquiera de los individuos puestos bajo su vigilancia.

El vago ó el hombre de mala conducta está completamente desarmado en el pueblo de su naturaleza y puesto bajo la vigilancia de la autoridad: le conoce todo el mundo, no tiene medios de accion, ni otra alternativa que dedicarse á un trabajo honrado ó perecer de hambre.

Todo vago aprehendido despues de su fuga del lugar á que se le ha destinado, debe ingresar en un estableci-

miento correccional, donde permanecerá indefinidamente; esto es, hasta que haya contraido el hábito del trabajo.

Todos los que hayan extinguido una condena por robo, estafa, abuso de confianza, violencia, escándalo, complicidad en asesinato ó cualquiera de los crímenes que puede y debe decirse constituyen infamia, debe ser destinado al pueblo de su naturaleza y puesto bajo la vigilancia de la autoridad local.

Pero se dice que es inaplicable la ley de vagos, porque cada uno de éstos se provee de una ó más personas, que ya por temor, ya por cualquier otro motivo, le encubren, responden de él, y áun declaran que los procuran ocupacion.

Un expediente bien instruido demostraria la verdad, y un severo castigo, vervi gracia, la aplicacion de la ley contra los vagos, al que encubriera al vago, cortaria todos los abusos: los vagos no existirian en los grandes centros: del vago se forman los criminales de todas las categorías: extinguido por una fuerte represion el vago, la estadística criminal descenderia de una manera sensible: el juego seria herido de muerte; el juego, que innoble por sí mismo y repugnante, es la tentacion contínua del crímen para el jugador desesperado.

Y si esto no bastara, la condena de algunos años de presidio al dueño de toda casa de juego y la declaracion de vagos ó peligrosos á los dependientes de la casa y los que se encontrasen jugando ó dentro del local, y la aplicacion consiguiente de la ley, acabaria en muy poco tiempo y de una manera definitiva con el juego de azar.

Y una vez purgada la sociedad de estos elementos corrosivos, deletéreos, peligrosos, ¿para qué quereis el patíbulo? Cread buenas leyes previsoras, hacedlas cumplir con una rígida moralidad, castigad severamente á los agentes públicos que falten á su deber, y el patíbulo se pudrirá en un sótano por falta de uso, y por falta de uso se enmohecerá la argolla, y el verdugo se habrá convertido en un vago, único vago que consideramos conveniente, mientras exista ese bello sér que se llama verdugo.

Lo mejor seria un magnífico y lacónico decreto:

«Queda abolida la pena de muerte.»

VIII.

Respecto á los crímenes que nacen de las pasiones ó de un instinto destructor, el patíbulo no es una represion, ni lo es para los criminales de oficio: el que se dedica al robo, y por necesaria consecuencia del robo incurre en el asesinato, es un jugador de azar, que juega contra las tres cartas de cadena temporal, cadena perpétua y patíbulo: sabe demasiado que puede perder, pero se cree bastante fullerò para ganar, y bastante listo para declararse en quiebra, esto es, para huir el bulto si le sale la carta contraria.

No hay ladron que no sepa á lo que se expone, y que no acepte con un valor inverosímil el resultado de su lucha con la sociedad.

Un buen sistema penitenciario produciria infinitamente mejores resultados que la pena de muerte.

Entre nosotros no hay sistema penitenciario: cada cárcel es una escuela de bandidaje, donde el que entra criminal como dos, sale como ciento.

De nuestros presidios mal montados no se escapan los criminales de turba multa, los *medios-dias*, los pobres diablos; pero los grandes bandidos, los bandidos de génio, los verdaderamente peligrosos, los jefes, los organizadores, duran poco en el presidio.

Para ellos no existe más que temporalmente; burlan la ley, son grandes génios, que en vez de aplicar su actividad á lo socialmente útil, la aplican al crímen, y éstos, más conocedores del Código que los mismos jueces, si van al patíbulo alguna vez, es cuando segun las leyes le han merecido muchas, y despues de algunas fugas de presidio.

Es necesario, de todo punto imprescindible, atendible en primer lugar, la creacion de un buen sistema penitenciario; la construccion *ad hoc* de cárceles y establecimientos penales.

Nada de lo que hay hoy es á propósito: es necesario hacerlo todo: por mucho dinero que en ello gastase la nacion, estaria bien gastado; no deberia economizar nada.

Lo repetimos: con buenas leyes previsoras, con un excelente sistema penitenciario, el verdugo holgaria, se podriria el cadalso, se daria lugar á que el sistema penitenciario aterrase y absorbiese á un tiempo á los criminales, y se comprendiese por todos de una manera práctica, que la pena de muerte era inútil, y podria sin temor abolirse.

Hoy por hoy, la culpa no es toda de los criminales; son cómplices suyos, inconscientes, de buena fé, los que teniendo en sus manos tantos medios para prevenir, para corregir, para moralizar, para hacer contraer por necesidad hábitos de trabajo á tanto ocioso corrompido, no lo hacen.

IX.

Por nuestra parte, y entrando en la consideracion de las represiones, si alguna vez enloquecidos, dejados de la mano de Dios, trasformados por una gran desgracia, ó por una funesta perversion del sentimiento, cometiésemos un grave delito, preferiríamos la pena de muerte diez veces repetida, si fuera posible, á la condena de cadena perpétua.

¿Sabeis lo que es el patíbulo?

Es la agonía de un momento, la rehabilitacion por el martirio, la absolucion libre por ante la eternidad para el que cree; porque un crímen no puede ser castigado dos veces: es el *consumatum est*, el descanso inmediatamente despues del dolor, la extincion brevísima de la condena, la muerte del cuerpo, la salvacion del alma.

Nada hay tan puro, tan blanco, tan inmaculado como el cádaver de un reo de muerte; nada tan conmovedor; le ha purificado un Jordan de sangre; del cielo ha descendido, y de la tierra ha subido para aquel desventurado un perdon completo, una absolucion suprema: al matarle, le habeis santificado; habeis hecho de él un objeto de horror y de conmiseracion, mucho mayor que lo fué

el asesinado por él: habeis, en fin, concluido un drama.

¿Habeis meditado bien lo que es la cadena perpétua?

La cadena perpétua es la infamia, el trabajo violento y forzado, la mala comida, el mal lecho, la miseria horrible, la esclavitud sin emancipacion, sin esperanza, la separacion de la familia, la imposibilidad del amor, de la sociedad necesaria del hombre con la mujer, la contínua violencia de la voluntad, la existencia reducida al estrecho círculo de un presidio, la cadena al pié, la vara del capataz por lo más insignificante sobre la espalda, la rigidez de una ordenanza draconiana, la abyeccion, el desconsuelo, la desesperacion, el contínuo trabajo sin recompensa, el ímprobo trabajo penal, el lecho del hospital cuando las fuerzas del cuerpo y del alma se gasten, sin un sér querido y consolador que vele junto al lecho del enfermo, que le consuele, que le proteja, la sociedad con hombres imposibles, la presion insoportable, el frio, el calor, la miseria, el hambre de todo, la secuestracion completa y aflictiva, la muerte del alma.

Comparad esto con el patíbulo, y el patíbulo aparece bello, y hasta humanitario y cristiano.

Casi, casi, considerando lo que es la cadena perpétua, estamos por convertirnos en defensores de la pena de muerte, por pedir su aplicacion en vez de toda condena que pase de veinte años de presidio.

Y no queremos ocuparnos de la reclusion celular, porque antes que esta pena, que esta horrible é infame pena, preferimos la hoguera de la Inquisicion, el atenazamiento, la cera, el azufre y el plomo derretidos y los cuatro potros del suplicio de Damiens; cuantos horrores han

inventado los tiranos, á esa sepultura de un vivo, donde un jóven encanece al poco tiempo, y poco despues se vuelve loco.

Cuando se medita por los horrores que ha pasado la humanidad y por los que aún está pasando, hay que conceder que el hombre, antes de llegar á su mayor grado de civilizacion, tiene algo de lobo.

X.

No pensemos en esto; nos arrepentimos de haber escrito estas páginas; nos hemos entristecido, y ha subido á nuestras mejillas algo que podria llamarse vergüenza, á nuestra cabeza algo que parece un vértigo.

Marche la humanidad en buen hora por su camino de horror, haciendo crujir sus cañones rayados puestos á disposicion de sus tiranos, haciendo rechinar la carreta que conduce al patíbulo, sobre la cual canta reclinado indolentemente el verdugo, pisando débiles, y esprimiendo de ellos el contenido del cáliz del Salvador: vino y agua; es decir, sangre y lágrimas: dejadla, dejadla marchar; ella no sabe á donde va, pero Dios lo sabe.

CAPÍTULO XIX.

Lujo de horror.

I.

Por la mañana de aquel dia funesto, Pepa y Céspedes, vestidos de negro, pasaron á la inmediata iglesia de Santa Cruz, y antes de entrar en ella, Pepa arrojó algunas monedas de oro en la bandeja destinada á recibir la limosna para los reos que aquel dia debian ser ajusticiados.

Céspedes arrojó tambien en la misma bandeja una decente cantidad en oro.

Despues de este horrendo sarcasmo, ambos fueron á arrodillarse ante un sacerdote, en el tribunal de la Penitencia, para llenar lo prevenido en el Concilio de Trento, que determina que los que hayan de recibir el sacramento del matrimonio, se purifiquen por medio del sacramento de la Eucaristía.

Oyeron misa, despues de haber confesado, ante el mismo altar donde aquella tarde debia celebrarse la misa de los ajusticiados.

Despues se volvieron á su casa.

La comunion debian recibirla al velarse.

Pepa habia hecho llamar á un escribano.

Aquel escribano debia otorgar dos instrumentos públicos.

Uno de ellos era el contrato matrimonial, por el que Céspedes confesaba un dote de diez millones de reales á Pepa.

El otro, un testamento recíproco intervivos, con arreglo al cual, aquel de los esposos que superviviese al otro, debia ser su heredero universal.

II.

La mirada de Pepa resplandecia mientras el escribano formalizaba estos dos instrumentos legales.

Una vez firmados, Pepa se encerró en su cuarto de vestir para prepararse á la ceremonia nupcial.

Eran las once del dia: Pepa invirtió dos horas largas en su atavío.

Los convidados, esto es, los conocimientos de Céspedes, empezaron á llegar á las doce: á la una se les presentó Pepa con un traje blanco de riquísimo crespon de la India, con una corona de flor de azahar, un magnífico velo blanco de blonda, y al cuello el cordon de oro y la cruz de brillantes que Chopito habia quitado del cuello del cadáver de Filomena.

Llevaba además las bellas pulseras de esmeraldas y brillantes que formaban parte del aderezo favorito de Filomena.

En esto, más que perversidad, habia en Pepa una intencion terrible: la de impresionar fuertemente á Céspedes; aterrarle, acabar de reducirle á la situacion de esclavo.

Céspedes debia expiar el horrendo crímen que por medio de Filomena le habia hecho dueño de aquel inmenso capital, que á costa de tantos crímenes habia hecho D. Calisto Azpecochea.

III.

El drama continuaba haciéndose á cada momento más terrible.

Entre los convidados estaba el marqués de Alpuente.

Pepa habia exigido que el marqués asistiese á la boda, y no habia habido medio de negarse.

El marqués estaba inquieto, osco, taciturno, y echaba de ménos al lado la botella de ron.

Se notaba además en él una viva impaciencia como la de quien espera algo importantísimo que tarda en aparecer.

Veamos lo que esperaba el marqués de Alpuente.

Habia averiguado las antiguas relaciones que existian entre Céspedes y Dolores García, la hija del ropavejero del Rastro, y que tenia de ella hijos naturales reconocidos.

Locamente enamorado el marqués de Pepa, se propuso impedir el casamiento de ésta con Céspedes por medio de Dolores.

Pero esto habia sido previsto por Pepa, y habia hecho

que Céspedes alejase con un pretexto á Dolores de Madrid.

Dolores, que lo ignoraba todo, que no desconfiaba de Céspedes, se prestó á hacer un viaje á París, y á ir delante, para esperar en aquella capital á Céspedes.

El marqués, pues, se encontró sin el pájaro, como suele decirse, pero tenia medios para averiguar á dónde habia ido Dolores, y lo supo; pero era el caso, que apenas habia tiempo para que Dolores supiese la traicion que la hacia su amante, volviese y llegase á tiempo de impedir el casamiento.

El marqués la envió un largo despacho telegráfico avisándola de lo que acontecia, y envió otro á uno de sus amigos en París para que proporcionase á Dolores todo el dinero que necesitase para volverse al momento, valiéndose de trenes directos y especiales.

Pero el amigo de allá temió ser víctima de una estafa, no dió el dinero, escribió por el correo, y Lola se vió obligada á volver, valiéndose de los medios comunes.

Aquel dia la esperaba el marqués.

Dolores debia haber llegado por el tren-correo del Mediterráneo, á las ocho de la mañana, y no habia podido ser esto.

Un descarrilamiento habia interceptado la vía, habia detenido al tren-correo, se habia reparado la avería lo más pronto posible, y se esperaba la llegada del tren de un momento á otro.

Por esto estaba impaciente, hasta el punto de no poderse resistir á sí mismo, el marqués de Alpuente.

IV.

La hermosura de María Josefa, aumentada por la belleza de su cándido traje de bodas, excitaba al marqués y le volvia loco.

Los otros convidados estaban sujetos á una grave preocupacion: sabian todos que los reos que aquel dia se ajusticiaban eran los asesinos de Filomena, y no podia ménos de impresionarles el que Céspedes contrajese unas nuevas nupcias el mismo dia y á la misma hora en que la ley vengaba á Filomena, en el sitio en que Filomena habia muerto, convertido en oratorio y delante de la estátua de la víctima.

Pero Cépedes era rico, le debian sus amigos grandes atenciones, y no se habian atrevido á negarse.

V.

Dió la una y media en el reló de la Plaza Mayor.

Todo estaba preparado para la ceremonia, y sin embargo, se retardaba.

Pepa consultaba su reló.

—Ya han debido salir de la cárcel, decia para sí Pepa; en el paseo invertirán lo ménos media hora; añadamos un cuarto de hora entre preparativos, reconciliacion, etcétera: Pelele, como ménos criminal, debe ser ajusticiado antes: sí, eso es, á las dos y cuarto ó dos y media lo sabremos.

VI.

Continuó la espera sin que ninguno de los que allí asistian pudiese explicarse la causa, porque nadie podia comprender hasta qué punto llegaba el lujo de ferocidad de Pepa.

Dieron las dos, las dos y cuarto, y cinco minutos despues se oyó el clamor de las campanas de la parroquia de Santa Cruz por el alma de un difunto.

Aquel clamor se repitió otras dos veces; lo que demostraba que no era mujer, sino hombre, el finado.

La vindicta pública estaba ya satisfecha respecto á Pelele.

Desde la torre de la iglesia de Santa Cruz se ve el campo de Guardias y el patíbulo: un hermano de la Caridad, por medio de un anteojo, observa: en el momento en que el verdugo da vuelta á la terrible palanca, el hermano de la Caridad avisa, y los campaneros doblan por el alma del reo que acaba de morir, y gran parte de Madrid, á la que llega el sonido de las campanas de Santa Cruz, sabe que un miserable acaba de morir.

VII.

Pepa se levantó de una manera nerviosa, y dijo:

—Al oratorio, señores, al oratorio; concluyamos.

Y entró en la capilla, llevando de la mano á Céspedes, que iba aturdido, y detrás al marqués, que sentia un vértigo de despecho.

Dolores tardaba mucho, y el pensamiento del marqués se ennegrecia.

—Y bien, dijo: adoptemos otro medio.

Y pareció tranquilizarse.

VIII.

Entre el altar y la estátua de Filomena habia cuatro cogines de terciopelo carmesí y cuatro magníficos sillones dorados, destinados á los novios y á los padrinos.

Detrás y á los costados, habia otro gran número de sillones idénticos, destinados á los concurrentes.

Pepa, al colocarse en su lugar, fijó una larga y sombría mirada en la estátua de Filomena.

El celebrante se revistió, y empezó la ceremonia.

Al darse las manos los contrayentes, al caer sobre ellos la bendicion del sacerdote que los unia de una manera indisoluble, sonó el clamor herido de las campanas de Santa Cruz que doblaban.

Chopito habia dejado de existir.

Todos se extremecieron; todos ménos Pepa.

IX.

En aquel momento, se oyó fuera del oratorio una voz de mujer que gritaba:

—¡Dejadme, dejadme pasar!

—¡Ah! ¡por qué no ha llegado cinco minutos antes! murmuró con desesperacion el marqués.

Una mujer se lanzó en el oratorio: una mujer como de venticuatro años, muy hermosa; pero ordinaria, vestida elegantemente de viaje. Era Dolores García.

—¡No los caseis, no los caseis! dijo adelantando rápidamente hácia el altar: yo vengo á ponerles impedimento: yo tengo de ese hombre tres hijos que ha reconocido; no se puede casar con ninguna.

—Es ya tarde, señora, dijo el sacerdote: don Luis de Céspedes y doña María Josefa Perez de Olmedo son ya esposos: ruego á usted no dé escándalo en este lugar sagrado.

Afortunadamente el escándalo no pudo tener lugar, porque tal impresion causó en Dolores la noticia de que Céspedes se habia casado, que dió un grito y cayó sin sentido.

La sacaron de allí, salieron del oratorio, Céspedes se disculpó como pudo, no se habló por nadie más de aquel suceso, y se subió al cuarto segundo, donde en la sala estaba preparado el banquete de bodas.

X.

Fué este largo, pero triste.

Todos estaban fuertemente impresionados.

Aquel casamiento en el dia, en la hora en que habian muerto los asesinos de la primera mujer de Céspedes, la presentacion de Dolores un momento despues de haberse verificado el casamiento, su desmayo, la perturbacion de Céspedes, y la fria, la inconcebible serenidad de

Pepa, á pesar de todo esto, pesaba de una manera insoportable sobre los convidados.

Dieron las cuatro.

Entonces se oyó la campana de Santa Cruz que tocaba á la misa de los ajusticiados, y lo sombrío de la situacion se condensó más y más.

Y no bastaba esto.

Un criado anunció que acababa de presentarse un hombre que decia traer un regalo de parte de un antiguo amigo á la novia.

Se hizo entrar á aquel hombre.

Su semblante era pálido, frio, torvo; vestia una gran chaqueta negra, corbata negra, chaleco de terciopelo azul oscuro, pantalon largo negro, zapatos de becerro blancos, y tenia en una mano el sombrero redondo y en la otra un pañuelo blanco.

—A la paz de Dios, señores, dijo: yo sentiré mucho que ustedes se incomoden por mi venida; pero no lo puedo remediar; soy mandado; antes de aviarle, cuando ya estaba sentado en el palo, y atado, listo y corriente el pobre Chopito, me dijo:

—Oye tú, maestro: hoy se casa la Pepa, y yo no quiero que se case sin tener un regalo mio: cuando me hayas apretado el pasapan y me hayas quitado de la cara el pañuelo, se lo llevas, y le dices que lo guarde en memoria mia.

Yo se lo prometí... y aquí está el pañuelo, señora, con que ha tenido tapada la cara mientras yo he ejecutado la sentencia: está limpio; no hay que tener asco de él, porque yo se lo puse á propósito para que no se mancha-

ra; una gotilla de sangre, pero eso no es nada; lo que es él ha muerto como un guapo que era, eso sí; Dios le haya perdonado.

Aún no habia acabado de decir estas palabras el verdugo, cuando Pepa y Céspedes se encontraron solos con él.

Todos, incluso el marqués, se habian levantado, habian salido de la sala, habian desaparecido.

—Vaya por Dios, dijo el verdugo; ¿y qué tengo yo para que esos señores se afufen y se marchen? como si el ser maestro ejecutor de la justicia no fuera un oficio como otro cualquiera, y como si yo no fuera tan honrado como el que más; pero viene bien que se hayan ido, porque tenia que decir á usted, señora, algo que no hay necesidad que sepa nadie: su marido de usted no importa que lo sepa, porque al fin es su marido.

Pepa y Céspedes estaban inmóviles, dominados por la situacion.

El maestro de altas obras de justicia dió un paso hácia ellos, presentándoles siempre el terrible pañuelo ensangrentado.

—Pues me dijo Chopito cuando le estaba arreglando: —Dí á Pepa que he callado como un muerto, porque la quiero bien, y porque una garganta tan hermosa como la suya no se ha hecho para el dogal: pero que ya que yo he callado, haga algo por mi pobre madre que está en el hospital.—Esto me dijo Chopito, y esto digo á usted, señora: con que tome usted el pañuelo, y con licencia, yo voy á beberme un par de copas de ese tintillo para sosegar la sangre; porque yo queria mucho á Cho-

pito, y á poco á poco, si al darle la vuelta no me da el vahido.

Pepa tomó con una mano rígida el pañuelo que Chopito habia tenido echado sobre el rostro durante la ejecucion, y el doctor de altas obras llenó de vino una gran copa de agua, y la bebió de un tiron, se limpió la boca con el revés de la mano, y dijo con mucha mesura:

—Vaya, perdonen ustedes si los he ofendido en algo: muchas gracias por todo: para lo que se ofrezca no hay más que avisar: á la paz de Dios, señores; servidor de ustedes.

Y tras esto, salió.

XI.

En la casa no quedaba nadie más que Pepa y Céspedes.

Pepa guardó el pañuelo del ajusticiado en su pecho.

—Un detalle más de mi historia, dijo: ¿qué te parece de esto, Luis?

—Todo esto me parece horrible, dijo Céspedes; estoy malo; el escándalo no ha podido ser mayor: despues de esto, ¿quién nos va á mirar á la cara?

—Todo el que necesite dinero, contestó Pepa.

—¡Ah! gracias á que el amor que te tengo y la felicidad de poseerte me recompensan sobradamente de todo esto.

—¡Ah, hermoso mio! dijo Pepa, estás decididamente de desgracia, y todo te sale mal: ha llegado el momento de que yo te hable con franqueza: ni te amo, ni te he

amado nunca, ni puedo amarte: y como no quiero sentenciarme á ningun sacrificio, me separo en este momento de tí; pero amistosamente, sin dar escándalo: esta noche nos vamos juntos en un carruaje á la estacion del ferro-carril, y tomamos billete para Aranjuez, y yo me marcho á Toledo: despues, me iré á París, á Roma, á Alemania, á Rusia, á donde me parezca mejor, á gastarme la renta de los diez millones de mi dote, y á esperar con paciencia á que tú te mueras para heredarte: ¡qué quieres, hijo mio! de alguna manera te habia yo de robar: confórmate y no hagas tonterías: voy á quitarme estas inútiles ropas de desposada, y á ponerme otro traje: tú, entretanto, saca de tu caja cien onzas para mis gastos en Toledo, y arréglate para marchar.

Céspedes se irritó, se descompuso; quiso apelar á la violencia, pero todo fué inútil.

Pepa le dominaba por completo.

XII.

Aquella noche salieron por el ferro-carril.

Todos los que supieron su viaje, creyeron que habian ido á Aranjuez á pasar la luna de miel.

Algunos dias despues, el marqués de Alpuente recibió una carta concebida en estos términos:

«Señor marqués: hoy salgo de España para viajar por Europa y áun por América, segun me convenga: mi marido se queda solo en Madrid, y lo recomiendo á usted.

Suya, invariable y apasionada amiga.—María Josefa Perez de Olmedo.»

Al marqués se le inflamó la mirada al leer esta carta.

—Que su marido se queda solo en Madrid y que me lo recomienda: ¡ah, diablo! será necesario servir la recomendacion de Pepa.

Y mandó llamar á Santiago Rodriguez de Angulo.

CAPÍTULO XX.

Un nuevo pícaro.

I.

¿Quién era este don Santiago Rodriguez de Angulo?

Nadie lo sabia ni á nadie le importaba nada; pero le conocia todo el mundo.

Sus relaciones eran numerosas; su importancia altísima en la policía y en la banca.

Gastaba, y gastaba bien: pero todo el mundo sabia, porque él lo habia dicho, que sus inmensas posesiones en Méjico le producian grandes rentas.

Nadie se habia metido en averiguar de dónde sacaba don Santiago su dinero.

Bastaba saber que le gastaba bien, que tenia buena casa, buena mesa, buena servidumbre y buen tren.

II.

Era alto, pálido, de ojos negros y grandes, de mirada fija, inalterable, penetrante; gran cabellera negra

que aumentaba, por un enérgico contraste la fuerza de expresion de su semblante; nariz aguileña, boca enérgica y barba negrísima, entera, cerrada, sedosa y rizada naturalmente de una bella manera.

Habia algo en este hombre que vibraba, que relampagueaba, por decirlo así, en su mirada, en su semblante, en la expresion de su boca: era erguido sin afectacion; andaba con soltura, con gallardía, con un no sé qué de indolencia de muy buen efecto.

Se adivinaba en su mirada incontrastable un valor sereno, indómito; y en sus movimientos, en sus maneras, una gran fuerza y una grande agilidad.

Su edad no podia marcarse: tanto podia creerse que tenia treinta años como cincuenta.

III.

Nadie sabia de él, sino lo que él de sí mismo habia dicho.

Nadie habia procurado comprobar el dicho de don Santiago, porque, lo repetimos, á los hombres muy ricos les basta con ser ricos para ser admitidos en todas partes sin que nadie les pida pasaporte.

IV.

Habíase notado, sin embargo, que Rodriguez de Angulo, galanteador de oficio, especie de don Juan moderno, aunque habia sido mirado con muestras de grandes simpatías por algunas hermosas jóvenes y ricas herede-

ras, no habia pasado jamás, respecto á ellas, de un galanteo siempre grave; porque don Santiago era un seductor aguerrido y formidable, sin llegar á pedir nunca la mano de ninguna de ellas.

Habia tenido más de un duelo con más de un hermano, padre ó marido de una víctima.

Contábase que muchos de estos duelos habian producido la muerte de su adversario, y se referia alguna lúgubre historia cuya heroina, abandonada por Rodriguez de Angulo, se habia suicidado.

Era, pues, nuestro personaje un hombre inmejorable, un sér fuerte por todos los conceptos que puede ser fuerte un hombre, cuya amistad honraba, y cuyo amor enorgullecia.

En las grandes solemnidades, es decir, en las grandes recepciones á donde se va, por decirlo así, de tiros largos, Rodriguez de Angulo dejaba ver sobre el lado izquierdo de su frac negro la gran cruz de Cárlos III, la del Águila negra de Prusia, la de la órden de Santiago de Avís de Portugal, la del Santo Sepulcro de Roma, la de San Juan de Jerusalen y no sabemos cuántas otras.

Rodriguez de Angulo figuraba, pues, en primera línea.

V.

Este era el personaje á quien habia llamado á su casa, como podia haber llamado á su sastre, á su zapatero ó á su tapicero, el marqués de Alpuente.

La carta con que le habia llamado el marqués tenia esta grave frase:

«Se trata de un asunto tan importante como el de un cargamento de negros.»

Rodriguez de Angulo frunció fuertemente el entrecejo al leer esta frase de la carta del marqués, y se fué á su casa.

Al llegar á ella vió una jóven hermosísima, vestida sencillamente, pero con suma elegancia, que saliendo de la casa se dirigió á un carruaje que estaba delante de su puerta.

Esta jóven era la marquesa de Santorcaz, Magdalena.

Se miraron al encontrarse, prolongaron su mútua mirada durante algunos momentos, y se cruzaron despues.

Ella entró en el carruaje murmurando:—¿Quién es ese hombre?—Y él se dirigió á las escaleras diciendo para sí:—¿De dónde sale? ¿dónde ha estado metida esa hada, esa huri á quien yo no conozco?

Y continuó subiendo con lentitud y profundamente pensativo las escaleras.

VI.

Rodriguez de Angulo no conocia, no podia conocer á Magdalena.

Desde su rompimiento con Andrés Peralta, Magdalena se habia retraido; habia estado cuatro meses en el

extranjero, y cuando habia vuelto se habia retraido mucho más.

Salia en carruaje todos los dias; pero nunca iba al Prado ni á la Fuente Castellana, sino á paseos solitarios á lo largo de los caminos ó alrededor de Madrid, por lo que se llamaba la Ronda, ó la quinta de la Alondra, ó del Alamo Negro, donde se pasaba encerrada semanas enteras, acariciando á un hermoso niño, que la llevaban secretamente, ya á la una, ya á la otra quinta.

Hacia un año que Magdalena no asistia á ningun espectáculo.

No podia conocerla, pues, Rodriguez de Angulo.

VII.

Al llegar éste al primer descanso de la escalera, dió al criado su tarjeta.

Un momento despues el marqués le recibia en su gabinete.

Sobre un velador habia una botella de ron, dos copas y una bandeja con cigarros.

El marqués, envuelto en una bata de terciopelo negro, con gorro, negro tambien, pálido, flaco, despeinado, con los ojos fosforescentes como los de un loco, estaba sentado junto á la chimenea, y se entretenia en arreglarla para que ardiese mejor.

Sintió los pasos de Rodriguez de Angulo, y sin embargo, no abandonó su tarea.

Esto pareció quemar la sangre al recien llegado, que, prescindiendo de la forma, dejó su sombrero sobre el ve-

lador, se sentó en una butaca frente al marqués, junto á la chimenea, y sacando su petaca y de ella un cigarro, dijo con acento ligero, como si se hubiera dirigido á un amigo de su mayor confianza:

—Buenos dias, marqués; ¿qué tal? bien, por supuesto: me alegro; hágame usted el favor de un poco de fuego para encender.

—Dispense usted, amigo mio, dispense usted, dijo el marqués sin dejar su ocupacion: me está desesperando este maldito tronco que se ha empeñado en no arder: ¿qué tal va, amigo *africano*? (1) ¿á cómo se colocan hoy en Cuba?

—A mil pesos próximamente, contestó con frialdad y con un acento ligeramente amenazador Rodriguez de Angulo.

—Es un hermoso comercio á fé mia, dijo el marqués sin dejar de entretenerse en la chimenea y sin mirar á Rodriguez de Angulo: un buen negocio, cuya única contra es el crucero inglés y Sierra Leona: ¿qué barco os parece mejor para ese negocio, la corbeta, el brik-barca, ó la fragata?

—El que cargue más, contestó Rodriguez de Angulo.

—¿Qué precios se hacen pagar ahora las factorías, mi querido don Santiago?

—Aún conviene el negocio, aún puede ganarse en un viaje un cuatrocientos por ciento.

El marqués, habiendo acabado de arreglar su chime-

(1) Una de las calificaciones de los que se dedican al comercio del ébano vivo; es decir, á la trata de negros.

nea, se enderezó, se reclinó en la butaca, y dijo á don Santiago, mirándole de hito en hito:

—Usted dirá, amigo, ¿quién diablos ha contado á este estafermo de marqués de Alpuente mi vida y milagros?

Usted ignora sin duda, señor mio, que yo he estado mucho tiempo proscrito en Inglaterra.

—¡Ah! comprendo: no hay comandante de buque de guerra inglés que no tenga el retrato del corsario americano Pánfilo de Veracruz: sucede, por una rarísima casualidad, que Pánfilo de Veracruz y yo nos parecemos como si fuéramos la misma persona.

—¡Ah, sí! pues vea usted en lo que consiste que yo haya hablado á usted de cierto modo: en ese extraño parecido, que ha hecho que al ver á usted se equivoque el honorable laird Gregorio de Mac Kousse Skefield, nobilísimo escocés, grande amigo mio, comandante del navío de su majestad británica el *Nordtumberland*, hermoso barco de noventa, que ha estado mucho tiempo cruzando sobre la costa del Africa septentrional: usted de seguro no conocerá al laird Mac Kousse, un bravo marino, por mi honor, un hermoso y robusto escocés, á pesar de sus cincuenta años.

Rodriguez de Angulo estaba visiblemente contrariado, mordiendo de una manera nerviosa la punta de su cigarro, que aún no habia encendido, y lanzando de sí de una manera impaciente sus fragmentos.

—Casualidades, amigo mio, casualidades: hace dos años, el laird Mac Kousse Skefield, sintió una viva comezon por conocer los monumentos árabes españoles, que sólo conocia por medio del grabado ó de la fotografía;

pidió una licencia de seis meses al almirante, y se vino á Madrid para que yo le sirviese á un tiempo de compañero de viaje, de intérprete y de cicerone: fuimos á Toledo, y despues á Granada. Un dia, al entrar por la puerta del Juicio de la Alhambra, el laird se detuvo para examinar á un viajero que estaba muy distraido contemplando la mano simbólica, grabada en el arco mayor de la puerta: aquel hombre, si no era usted, mi buen amigo, era el diablo en su figura: usted no reparó en nosotros: cuando hubimos pasado de la puerta, el laird me dijo:

—¡Qué lástima, mi querido marqués, qué lástima!

—¿Y por qué ha de ser lástima? le respondí; la puerta del Juicio es lo mejor conservado que tiene la Alhambra.

—No hablo yo de la puerta, sino del hombre que está mirando la mano grabada en su clave, y en el que creo ha reparado usted tanto como yo.

—En efecto, respondí: me parece bajo muchos conceptos un hombre extraordinario.

—¡Oh! fuertemente extraordinario; como que su retrato está en el Almirantazgo, y poseen una copia de él todos los comandantes de los cruceros ingleses que ejercen el derecho de visita sobre la costa del Africa septentrional.

—¡Ah! negrero.

—Y algo más, corsario; por eso al verle he sentido un movimiento de despecho por no haberle encontrado á bordo de su largo buque negro, y á bordo yo del *Nordtumberland:* aparte de todo, ese hombre me es muy simpático, como no pueden ménos de serme simpáticos

los buenos y los bravos marinos: sin embargo, si yo le cojo un dia, le llevaré á pasearle como una fiera por las calles de Lóndres.

—Gracias, en nombre de Pánfilo de Veracruz, dijo roncamente Rodriguez de Angulo.

—Desde entonces conozco á usted, ó creo conocerle, amigo mio: le he visto á usted sin extrañeza haciendo figura y siendo el hombre de moda en los altos círculos de Madrid, lo cual no tiene nada de particular, porque á más de ser usted muy rico, tiene usted todos los elementos necesarios, y áun sobrados para hacerse notar: pero lo que he visto, sí, con extrañeza, es su pecho de usted cubierto con las más altas condecoraciones de Europa, y su intimidad con nuestros más altos políticos y financieros.

—Pánfilo de Veracruz no es el mismo que Rodriguez de Angulo, aunque se parezcan tanto que pueda confundírseles: pero vengamos á la cuestion, marqués: yo necesito que se me explique por qué me ha llamado usted á su casa, permitiéndose en su carta la frase de que se trata de un asunto mucho más importante que un cargamento de negros.

—Empecemos por fijar que á nadie he contado mi conversacion acerca de usted con el laird Mac Kousse, comandante del real británico el *Nordtumberland*, noventa y tres de línea: advierto á usted, mi estimadísimo *africano*, que yo no soy blando ni de corazon ni de boca, y que cuando sorprendo un secreto de un hombre que vale, le guardo, por si alguna vez el tal hombre puede serme útil.

—Y ha llegado, por lo visto, el caso de que usted me utilice.

—¿Cuánto dinero cree usted que se necesita para deshacerse de un hombre sin ruido y sin trascendencia?

—Señor marqués, dijo con una altivez marcada el negrero: no creo que haya nadie que, sin estar loco, se atreva á hacerme una proposicion semejante.

—Usted equivoca con una proposicion la súplica de un consejo; yo sé que usted posee una vasta experiencia: necesito matar á un hombre, cueste lo que cueste y salga por donde salga, y recurro á usted... para que me ilumine, para que me indique un medio que salga de la esfera vulgar, de esa puñalada que se paga á bajo precio á un tuno: quiero, en una palabra, que me ayude usted á hacer el plan de un drama.

—Marqués, dijo el corsario con acento tranquilo, frio y breve: ó está usted desesperado, ó no me conoce usted bien, ó es usted el hombre más valiente que he conocido.

—Supongamos que estamos de tantos á tantos, y hablemos como buenos amigos, como buenos compañeros: no nos indispongamos, porque nuestra guerra seria desastrosa, y no podríamos vencernos el uno al otro sin quedar gravemente comprometidos.

—La prueba de que yo debo transigir, porque me conviene, con usted, y transijo lealmente.

—¡Bah, bah! una informacion del almirantazgo inglés, acompañada de un retrato: la informacion se imprime por miles de ejemplares, se une á ella la reproduccion del retrato, y estos ejemplares se echan á volar por todas partes: se busca á alguno de los operarios nocturnos

de las alcantarillas de Madrid, se les compran algunos datos, y se les echa tambien á volar; se revuelve un poco para sacar á la luz algunos expedientes de contratas y monopolios, y se levanta una polvareda en el Senado; se desentierran algunas causas criminales, y hé aquí que una de dos: ó se desvanece usted como el humo, desapareciendo de Madrid, lo que por ningun concepto conviene á usted, ó se encuentra usted enjaulado como el leon del Retiro y en íntimas relaciones con un juez instructor: en cambio, usted puede, valiéndose de sus grandes medios, de su grande imaginacion, hacerme emprender el viaje largo del que no se vuelve; pero el matarme á mí le costaria á usted mucho dinero, y yo doy á usted mucho dinero, todo el que quiera, porque haga emprender ese largo viaje sin retorno á un hombre vulgar, que sólo es notable por sus millones: esos millones pueden venir á nosotros: vea usted cómo, señor Pánfilo de Veracruz, el negocio que yo propongo á usted es importantísimo y debe tratarse de buena fé.

—¿Qué capital tiene el hombre de que se trata? dijo el corsario.

—Ciento veinte ó ciento treinta millones.

—¡Ah! exclamó poniéndose pálido de emocion el *africano*.

—Ya sabia yo que nos comprenderiamos, dijo sonriendo de una manera sesgada el marqués; está usted arruinado, mi querido señor de Veracruz, sin barco, sin dinero; porque, ¿qué son para usted los cien mil pesos que puede usted realizar? lo que una gota de agua en la inmensidad del Océano: lo mismo que me sucederia á mí

si sólo tuviese dos millones de capital; ¡seis mil duros de renta! ¿qué se hace con eso? perecer, ponerse en ridículo, darse un pistoletazo si no se encuentra un camino por donde echar.

—¿Y de qué modo puede venir á usted el inmenso capital de ese hombre?

—¡Ah, no, no! permítame usted, ese es mi secreto.

—¿Qué garantía tengo yo?

—Una garantía efectiva; una hipoteca de diez millones sobre mis estados.

—¡Diez millones por la vida de un hombre para el que puede comprarse la puñalada de un pícaro por media docena de onzas!

—¡Ah! no, no, nada de puñaladas, nada de venenos, amigo mio; nada que pueda traslucirse y llevarnos al palo ó la cadena perpétua.

—Pues no sé cómo...

—Hé ahí, hé ahí por qué yo busco á una grande eminencia, y la pago en relacion con su categoría: pero no hemos bebido aún, señor Pánfilo de Veracruz: estamos desairando un magnífico Jamáica; yo no he fumado, y usted ha consumido su cigarro: el espíritu del ron y el aroma del tabaco son dos grandes inspiraciones: bebamos y fumemos, mi querido amigo: indudablemente antes de que hayamos llegado al fondo de la botella habremos encontrado una idea luminosa.

XII.

El marqués llenó las copas, sirvió una al corsario, que la bebió de una vez, lo que demostraba que estaba

un tanto excitado, bebió la suya el marqués, dió un cigarro á su interlocutor, encendió otro, y le ofreció el fuego.

—¿Insiste usted formalmente en hipotecarme sus estados por diez millones de reales, con la condicion de que yo desembarace á usted de un hombre?

—Comprométase usted á ello dándome su palabra, y mañana se otorga la escritura de hipoteca.

—¿Quién es ese hombre?

—El banquero don Luis de Céspedes.

—¡Ah! dijo profundamente el corsario: un estúpido que se ha casado hace pocos dias con la querida de ese Chopito á quien ajusticiaron el mismo dia que se casó: ¿no es esto?

—Eso es.

—Esa muchacha, con la cual se ha casado el banquero, estaba sirviendo como cocinera en su casa, cuando fué asesinada por Chopito la primera mujer del banquero.

—Eso es.

—Esa chica es una mujer de espíritu, hermosísima, altamente educada: Chopito se la encontró en Irun con un pasaporte extranjero en que constaba que habia extinguido una condena de ocho años de trabajos forzados, por indicios vehementes de complicidad en el asesinato de su marido, el duque de Chatillon: ¡oh! conozco demasiado á esa bribona; y porque la conozco, sé ya cuál es el interés que usted tiene en quitar de en medio á su segundo marido: pues bien, marqués; no me hago cargo del negocio, porque le estimo á usted, porque no quiero

que sea usted víctima de unainfame: ¡y me vendrian muy bien esos diez millones!

—¿Y dónde ha conocido usted á María Josefa? dijo el marqués.

—En varias partes: esa mujer tiene una historia muy larga.

—La conozco.

—¿Completamente?

—Completamente.

—¿Y ama usted á esa mujer?

—Es una mujer magnífica.

—Tan magnífica, que es necesario prescindir de ella: créame usted, marqués; abandone usted esos proyectos, que si se realizaran no podrian ménos de traer á usted funestísimos resultados: ¿sabe usted de quién es hija esa mujer?

—Sí, dijo á bulto el marqués.

—No puede ser: ella misma lo ignora: si usted lo supiera se extremeceria.

—Yo no me extremezco por nada, señor Pánfilo de Veracruz: por mucho que usted pudiera decirme, cuanto más horrorosa fuese la historia de Pepa, más la amaria.

—¡Bah! es temprano; dijo el corsario mirando su reló: aún no son las doce; tenemos tiempo: voy á referirle á usted una historia extraordinaria, hasta el punto de que parece un cuento.

—¿La historia del nacimiento de Pepa?

—Sí, una historia que ella no sabe, y que no sabrá nunca, á no ser que usted se la revele; pero la revelacion

seria inútil, porque usted no posee las pruebas, ni las poseerá.

—¿Y cómo sabe usted esa historia, señor mio?

—Yo sé todo lo que quiero: yo tengo una policía mejor organizada y mejor pagada que la del gobierno: cada cual, señor marqués, tiene lo que necesita.

—Me parece que es usted tan pirata tierra adentro como en el mar.

—Procuro que haya una relacion lógica entre lo que soy en la tierra y lo que soy en el agua.

—Tiene usted una franqueza que espanta, señor Pánfilo de Veracruz.

—Estoy seguro de que no nos escucha nadie, y aunque usted me hiciera traicion, nadie le creeria: á todos les pareceria monstruoso que el excelentísimo señor don Santiago Rodriguez de Angulo, gran personaje, hombre político importante, gran cruz tres veces, condecorado con las primeras cruces de Europa, amigo íntimo y comensal de nuestras eminencias de todo género, senador del reino y millonario, perteneciese á la asociacion de ladrones de Madrid.

—Puede ser que lo creyese todo el mundo, señor mio; porque hoy nada se extraña.

—Pero no habria una sola prueba contra mí, y al que se atreviera á decirlo en público, en voz alta, le costaria muy caro; porque los tribunales me harian justicia.

—No pienso convertirme en denunciador, dijo el marqués; y además, hombres como usted me son muy simpáticos: puede usted hablar con entera confianza: nadie puede oirnos; pero, sin embargo, voy á cerrar las puertas

de las habitaciones inmediatas, para estar con más seguridad.

El marqués salió, cerró algunas puertas, y volvió á sentarse junto á la chimenea.

—Escucho á usted con el mayor interés, dijo.

Hé aquí la historia que contó el corsario.

CAPÍTULO XXI.

Otra historia.

I.

Una noche de 1819, cerrada, oscura y fria, un hombre que empezaba á trepar por la vertiente del Puerto de Guadarrama, por la parte de Castilla la Nueva, montado en un fuerte caballo, atravesando un pinar que existia entre el Puerto y la villa de Guadarrama, detuvo de repente su caballo, y escuchó con atencion.

Parecióle que entre los mugidos del viento Norte que soplaba, habian sonado voces desesperadas pidiendo socorro.

Al poco tiempo volvieron á resonar aquellas voces, perfectamente perceptibles.

Las habia llevado una ráfaga de viento al hombre que escuchaba.

II.

El ginete salió del camino en direccion á donde aquellas voces resonaban, y se internó en el pinar.

Bueno es que sepamos quién era aquel hombre caritativo.

Se llamaba don Alonso de la Bastida Perez de Guzman el Bueno.

—¡Ah! mi buen amigo el conde de Abades, exclamó el marqués de Alpuente.

—Sí, repuso el negrero; el hombre á quien usted conoce, si María Josefa le ha contado su historia, bajo el nombre del teniente general don Cristóbal Perez de Olmedo.

—¡Cómo! ¡el padre de Pepa!

—Esperemos, esperemos, señor marqués; no destruyamos con una impaciencia inútil el interés de nuestro relato.

III.

El marqués de Abades escapaba de Madrid, é iba á refugiarse al pueblo de su título, que está al otro lado del Puerto de Guadarrama.

Habia dado una estocada por una disputa en el juego á un exento de guardias muy favorito del Rey.

Para evitar que se denunciase el lugar de su paradero, el marqués se habia puesto en camino solo, pero bien armado.

Llevaba una carabina al arzon, pistolas en las pistoleras, y espada de montar.

Por lo que pudiese sobrevenir, llevaba puesta su coraza; porque ya sabe usted que por aquellos tiempos, el marqués de Abades, á pesar de que apenas contaba

veinte años, era coronel del regimiento de coraceros del Rey.

Lo que preocupaba al marqués, lo que le incomodaba, no era ciertamente el haber enviado á la otra banda de una buena por todo lo alto al exento de guardias.

Lo que le tenia de un humor infernal, y á punto de hacer cualquier atrocidad, era el insoportable viento y la menuda lluvia de aquella noche crudísima.

Ya sabe usted lo que era en sus buenos tiempos el marqués de Abades: un cumplido caballero, un hombre hermoso y simpático, muy fino con los hombres, muy galante con las damas, militar bravo y pundonoroso, y de cuyo valor nadie dudaba á pesar de que en plena paz y sólo dos años antes habia sentado plaza de coronel, equipando y montando á su costa un magnífico regimiento de caballería; pero tambien sabe usted que cuando se le tocaba á lo vivo, cuando se le impacientaba, se convertia en un demonio.

IV.

Adelantó, pues, por el pinar dispuesto á cualquier cosa, oyendo cada vez más cerca las voces, y guiado por ellas, llegó, en fin, á un lugar en que tres hombres, tres bandidos, rodeaban á un hombre y á una mujer, junto á los cuales habia dos pollinos.

Esto lo vió el marqués á la luz de una linterna que uno de los bandidos tenia en la mano.

De otro modo no hubiera podido verlo, porque como ya he dicho, la noche era oscurísima.

V.

El hombre era un gitano magnífico, alto, agigantado, como de treinta años, vestido con un traje corto, negro, inclusa la capa, con un sombrero gacho, y en el sombrero una escalera de plata: en una palabra, un verdugo.

La mujer tendria cuando más quince años, estaba vestida con el traje de vivos colores característicos de las gitanas, y era hermosísima.

El verdugo estaba atado á un pino: la gitana destrozada, desgreñada; medio desnuda por la lucha, se defendia á brazo partido de dos de los salteadores que pretendian sujetarla mientras alumbraba el otro, y en medio de las risas de los tres, para quienes aquello era una cosa muy divertida.

Entretenidos en aquella especie de juego, no sintieron la aproximacion del marqués.

Este sacó una pistola, la amartilló, hizo fuego, y como era un gran tirador, levantó la tapa de los sesos á uno de los bandidos.

Disparó su segunda pistola y otro bandido cayó.

Al ver aquello, el bandido que tenia la linterna la arrojó al suelo y huyó.

El marqués echó pié á tierra.

La linterna al caer no se habia apagado, la recogió el marqués, y se acercó con ella á la gitana que habia corrido á desatar al verdugo.

VI.

Amigo mio, el corazon humano es muy débil.

El marqués de Abades se enamoró á primera vista de la gitana, y esto le hizo transigir con el verdugo, y dirigirle la palabra.

De otro modo, el marqués, despues de haber salvado á aquellos dos miserables personajes, se hubiera vuelto al camino.

—¿Qué es esto? dijo al verdugo: ¿de dónde eres tú?

—Yo, señor caballero, contestó el gitano, soy Peralvillo el Zurdo, y como su merced ve por mi traje y por mi insignia, verdugo: esta muchacha que su merced ve, es mi hija, Anilla de las Nieves, á quien conoce todo el mundo en Valladolid como á mí: porque yo para servir á su merced, soy ejecutor jurado de la muy ilustre villa de Valladolid, y casi todos los señores de la chancillería y otros caballeros, me estiman mucho y me hacen mucho bien, por lo que yo me sé.

—Ya, dijo el marqués de Abades: porque tu hija es la mejor moza que Dios ha echado al mundo.

—Sí, señor, sí: pero me está quitando la vida: figúrese su merced que deja plantados y afrentados y con tres palmos de narices á todos los señores que andan tras ella, y me tiene sin más dinero que el de los derechos de mi oficio, cuando podiamos estar nadando en oro.

—¿Y eso, padre, no es bueno? dijo Anilla de las Nieves: ¿pues para qué nos ha dado Dios la honra, sino para que la guardemos?

—Buena honra está la de un verdugo, dijo Peralvillo apretando la cincha de los asnos: ¡como si hubieras tú de ser ni más ni ménos por querer á un hombre que te tuviese como una reina y en un palacio! lo que harias seria ganar mucho y no vivir con apuros y miserias en el casuco que nos da la villa en las Tapias del Verdugo.

—Padre, cada cual hace de su sayo lo que le parece: mas valía que le diera usted las gracias á este señor por lo que ha hecho por nosotros, que sin él sabe Dios lo que á mí me hubiera pasado, y si usted hubiera amanecido helado, atado á un tronco...

—De veras, señor, dijo Peralvillo, que lo que su merced ha hecho no tengo yo con qué pagárselo, y que tengo que dejar á Dios el que se lo pague: pero sepa su merced, que aunque yo soy un pobre verdugo, soy tambien muy agradecido, y aunque parece que por mi bajeza de nada puedo servir á su merced, sabe Dios lo que sucederá con el tiempo, y en qué ocasion nos veremos; que nadie puede decir de este agua no beberé; y aunque su merced parece mucha y muy principal persona, tal pudiera suceder que diera su merced en una tentacion, y los señores alcaldes de casa y córte sentenciaran á vuestra merced á dar la voltereta, y no sabe su merced lo que yo podria hacer en su favor, porque todos los verdugos de España son mis amigos, y yo les escribiria para que lo hiciesen bien con su merced.

—Me parece, dijo el marqués de Abades, que eres el pillo más desagradecido y más malo del mundo; pero, en fin, me alegro de haberte salvado, por tu hija, y porque creo, segun tu hija me mira, que ha llegado la hora de

que no deje á un señor plantado y con tres palmos de narices.

—De modo, señor, dijo la muchacha, que si todos los que me han andado á las vueltas hubieran sido tan buenos mozos y tan valientes como su merced, yo no hubiera disgustado á mi padre.

—Todo eso se puede hablar andando, y mejor que en el camino, en algun ventorrillo: porque la verdad es, que el gris que corre no es para cristianos, sino para los mismísimos diablos del infierno: vamos, Anilla, venga esa cinturita de talle de clavel, te montaré en el asno, y andando.

—¡Ay, padre, y qué frio tengo! mejor iria en el caballo del señor, y arropada con su capa.

—Vaya, pues monte su merced á caballo para que yo le dé la chiquilla, y no diga su merced que soy desagradecido; que su merced no sabe quién soy yo, y ella, al fin, es la hija de mi corazon.

VII.

El marqués montó á caballo, extremecido por su amor, que aumentaba de momento en momento.

Peralvillo levantó á su hija como hubiera levantado una pluma, la puso sobre el arzon, y el marqués la rodeó la cintura.

Anilla se extremeció de una manera poderosa.

—Y no crea, no crea su merced por lo que antes me ha oido decir, que yo soy uno de esos malos padres que andan por el mundo, dijo Peralvillo atando el ronzal del

asno en que habia ido á poner antes á Anilla, á la albarda del otro, sobre el que se veian unas abultadas alforjas, montando en él y siguiendo al marqués, que se habia puesto en marcha: si yo me quejo porque mi hija no ha hecho caso de los señores que la han pretendido, es por nuestra desdicha: ya ve su merced: iba yo una vez por el mundo con unas muletas francesas buscándome honradamente un doblon, cuando cátese su merced, que en la féria de Medina del Campo me veo delante de una moza; ¡pero qué moza, señor! ya ve su merced á mi hija; pues mire su merced, mi hija no es nada para lo que fué su madre: yo era un chaval, apenas si tenia quince años, señor, y ya me las buscaba solo; porque los gitanos, para que su merced lo sepa, echamos á volar muy pronto por el mundo: yo la miré, ella me miró, la guiñé yo un ojo, como quien dice envido, y ella se me sonrió como quien dice quiero, y nos enredamos de tal manera, que si la pobre no se muere, el enredo dura todavía: mire su merced si yo me habria enamorado, que cuando ella me dijo: si no te casas no hay mus, me casé con ella, y eso que era hija del tio Redaño, maestro ejecutor jurado de la villa de Valladolid, y que todos me decian: Mira lo que haces, Peralvillo, que así como al hijo del verdugo no pueden obligarle á ser verdugo, porque él no ha escogido padres, de la misma manera obligan á ser verdugo al que con la hija del verdugo se casa, porque ya lo sabia, y esto te dirán un escribano y un alcalde cuando vayas á casarte con ella.—Pues con todo y con eso ya puede figurarse su merced lo enamorado que estaria yo de mi Antonia cuando me casé con

ella: á los nueve meses, señor, nació ese pimpollo que su merced lleva en los brazos, y que tiene cabales catorce años, tres meses y cinco dias: su pobre madre se murió á los tres de sobreparto, y cinco años despues le dieron una puñalada al tio Redaño en el suyo, que le echaron el mondongo fuera: de modo que hace diez años que yo hago la justicia de Valladolid y su jurisdiccion: y como los señores alcaldes de casa y córte de la chancillería de Valladolid sentencian á un hombre á ser ahorcado, y áun descuartizado, por quítame allá esas pajas, he despenado y he hecho pedazos á más prójimos que pelos tengo en mi cabeza.

Debia haber en esto algo de exageracion, porque el gitano tenia una magnífica cabellera que le caia en guedejas rizadas sobre el pecho y la espalda.

—Y mire su merced, continuó Peralvillo, todo es á lo que uno se acostumbra; al principio me daba el vahido y me mareaba, y los pobres pasaban la pena negra, y aquello no se acababa nunca; parecia que los indinos tenian siete vidas como los gatos, y yo me pasaba quince dias sin dormir y asustado y traspillado pensando en el ajusticiado: pero luego, quiá, tanto se me daba á mí de mecerme sobre el cogote de un reo, como de beberme un cuartillo: ya ve su merced, aquí llevo los dogales y el saco para aviar á uno en Madrid, porque el maestro de allá está malo, y mucho será que esos tres bribones que me han salido al camino no fuesen amigos del que está en capilla. Pero usted no habla ni paula, señor.

—Te estoy oyendo, dijo el marqués de Abades, y me extraña que hayas venido solo; porque creo que á los

verdugos cuando van de un punto á otro se les escolta.

—Sí, señor, viene con nosotros un alguacil de la sala de señores alcaldes de casa y córte: conmigo venia un bribon que le han puesto por mal nombre Longinos, porque es más feo y más malo que el que le dió la lanzada á Cristo: pero como el viaje ha sido de repente y con mucha prisa, y hemos caminado de noche y hace tanto frio, le ha dado á Longinos un aire, y se ha quedado en Villacastin: el alguacil de la villa estaba con sarampion y no podia acompañarnos, y como la justicia tiene que ser pasado mañana, yo me vine solo con mi hija, y no me la he dejado en Valladolid porque me parece que se me va á quebrar si yo no la tengo al lado: porque mire su merced, señor: si yo cierro los ojos y quiero que un ricazo la tenga suya, es porque no se case con un pelagatos y tenga por marido á un verdugo: que á los verdugos nos pone el oficio la sangre mala, y somos unos demonios; y tratamos á todos los que dependen de nosotros poco ménos que á los ajusticiados: si ella quiere á su merced y su merced la quiere á ella, ¿qué he de hacer yo? un verdugo no es como los otros hombres: un verdugo es la última palabra del Credo, y todos le miran sobre el hombro y huyen de él: vamos, señor, nosotros no tenemos honra ni somos como los demás hombres, y es menester echar paciencia y conformarse con todo: si Antonia no hubiera tenido los ojos tan negros y tan hermosos... ¡cómo ha de ser!

Y el verdugo lanzó un fuerte y largo suspiro y guardó silencio.

VIII.

Poco despues entraron en el camino.

El marqués se detuvo.

—Mientras tú has estado hablando, dijo el marqués, tu hija y yo nos hemos dicho lo que nos teníamos que decir: ella quiere venirse conmigo y yo quiero llevármela.

—¿Qué es lo que está su merced diciendo? exclamó con acento amenazador Peralvillo; pues qué, ¿no va su merced á Madrid?

—Voy á Castilla la Vieja.

—Pues no hay nada de lo dicho: lo que es yo no me aparto de mi hija por nada del mundo: el que la quiera ha de vivir donde yo viva; y cosas tan sérias no son para hechas de repente, de cualquiera manera, al aire, y sin saber con quién se trata: y lo primero, claro, una buena hacienda para que mi hija se quede rica si á su merced se le pone dentro de tres dias volver la espalda, hacer la procesion del niño perdido, y si te he visto no me acuerdo.

Y tras estas palabras, el gitano saltó decididamente del asno, y se dirigió al marqués.

Pero éste, sin contestar ni una sola palabra, arrimó las espuelas á su caballo, que partió á galope, y un momento despues salió al escape en direccion al Puerto.

Ana de las Nieves no dió un solo grito, lo que queria decir que estaba completamente de acuerdo con la determinacion del marqués.

IX.

Peralvillo partió á la carrera echando mano á su cuchillo, y quien lo hubiera visto hubiera dudado por un momento de si alcanzaba al caballo ó no.

Con tal violencia, con tal fuerza corria.

Pero el terreno, por estar ya en las vertientes de la sierra, era pendiente, y Peralvillo á los pocos minutos se vió en la necesidad de detenerse rendido y fatigado.

—¡Anda, anda con Dios, maldita! dijo: ¡si tienes en las venas mala sangre! ¡Dios quiera que lo hagan contigo como tú lo haces con tu padre, y que te vea yo un dia con tanta pena como yo me quedo, y arrastrada por el suelo como las culebras!

Y sin decir más, el verdugo se volvió en busca de sus asnos, montó en el uno de ellos, y siguió el camino hácia el pueblo de Guadarrama.

X.

Pasaron algunos meses: la cólera del rey contra el marqués de Abades se calmó: intervinieron los oficios de buenos amigos, se echó tierra sobre el desafío y sobre el muerto, y el marqués pudo volver á Madrid á echarse á los piés del rey y á ponerse de nuevo al frente de su regimiento.

¿Qué se habia hecho de Ana de las Nieves?

Por más que su padre habia suplicado á los señores alcaldes de casa y córte de la chancillería de Valla-

dolid; por más que estos habian indagado á todo su poder, y muchos de ellos por interés propio, á causa de estar enamorados de Anilla, y de haberles quemado la sangre el que otro se hubiese alzado con el santo y la limosna, las indagatorias y los esfuerzos de la policía no obtuvieron el menor resultado.

Peralvillo ignoraba el nombre del raptor de su hija, y esto era muy importante.

Si Peralvillo se hubiese acordado de que aquel hombre que parecia tan principal, llevaba puesta una coraza, y que en el sol dorado de aquella coraza se leia: «Regimiento de coraceros del Rey, número 1,» siguiendo este indicio y consultando una fecha, se hubiera dado con el marqués de Abades.

Pero ni Peralvillo sabia leer, ni se habia acordado de la coraza.

Ana de las Nieves estaba perdida como una gota de agua que cae en el mar.

Pero perdida únicamente para su padre y para sus conocimientos.

XI.

En el barrio de Toledo en Madrid, en la calle de la Arganzuela, todo el mundo la conocia por hermosa; pero se la tenia por sobrina de una doña Eufemia de Salcedo, viuda de un alférez que habia muerto durante la guerra de la Independencia en la batalla de Rioseco.

La tia y la sobrina fingidas vivian en una casa antigua, pero grande y buena, con criados, como gente rica,

con coche, y vistiendo como la más alta dama, yendo á palco al teatro, á palco á los toros, todo esto á costa y gusto del marqués de Abades, que estaba cada dia más enamorado y más loco por Ana de las Nieves.

XII.

En aquellos tiempos, el que venia de las provincias á Madrid, se perdia en él, por más que en él no se ocultase.

Los que hacian viajes de las provincias á la córte eran pocos, y áun así, gentes ricas, ó pretendientes de empleos, ó litigantes.

Ninguno de los que conocian á Ana tenia para qué venir á Madrid, como no fuesen los alcaldes, y éstos, una vez en la chancillería, se perpetuaban, se incrustaban en ella, y por lo regular no salian de ella sino para que los enterrasen.

Peralvillo, pues, no pudo saber dónde estaba su hija, por más que ésta no estuviese oculta.

La policía no habia podido dar con ella, porque buscaba á Ana de las Nieves Villegas, que este era el apellido de Peralvillo, á la hija de un gitano, de un verdugo.

Nada de esto podia suponerse en la hermosa señorita doña Ana María de las Nieves de Salcedo, sobrina de la señora doña Eufemia de Salcedo, viuda de un bravo alférez que habia muerto heróicamente por la pátria, y por añadidura rica, como se comprendia por su casa, por sus criados y sus carruajes.

XIII.

En la casa no entraba alma viviente, y las señoras tenian la mejor reputacion en el barrio: iban á misa todas las mañanas, al jubileo todas las tardes; daban una fuerte limosna mensual á los pobres de la parroquia y al Hospital general, y todos los sábados un criado daba ocho cuartos á todos los mendigos que se presentaban.

Con esto, tenian la tia y la sobrina una gran fama de santidad, de virtud, de recogimiento en el barrio.

XIV.

El marqués de Abades iba todas las noches á ver á la hermosísima María de las Nieves, tan enamorado de ella como ella lo estaba de él.

Pero nadie, ni áun la misma doña Eufemia sabia cuándo iba el marqués á ver á Nieves.

El marqués entraba muy tarde de noche en una casa de vecindad situada en una calle á espaldas de la de la Arganzuela, entraba en un aposento cuya puerta abria con llave y donde nadie vivia, y por una pared de medianería con el aposento de Nieves, gracias á una puerta secreta que estaba disimulada por la parte de adentro del cuarto de la jóven con un gran cuadro al óleo, llegaba hasta ella.

XV.

No tomaba en balde todas estas precauciones el marqués de Abades.

Poco antes de su aventura con el exento de Guardias y de su salida de Madrid á consecuencia de aquel lance, de su encuentro, en fin, con Ana de las Nieves, se habia casado con una mujer terrible, mejor dicho, con una niña terrible, porque su mujer cuando se casó con ella apenas tenia diez y siete años: esta señora se llamaba doña María de los Ángeles Treviño Fonseca, etc., duquesa de Santaren, millonaria, grande de España y formidablemente hermosa, hija del duque viudo de Santaren.

Doña María de los Ángeles, abusando de la debilidad de su padre, que era un pobre hombre débil, encogido, devoto, que no servia para otra cosa más que para rezar el rosario y estar en una continua conversacion mística con un infinito número de frailes de todas clases y colores que le explotaban; María de los Ángeles desde los doce años en que salió del convento donde se habia criado, adulándola y dándola gusto en todo, porque era muy rica, es decir, donde la habian criado muy mal, hizo en la casa de su padre cuanto se la antojó, se constituyó en una pequeña reina despótica, y gracias á su altivez, á su doble altivez, por su doble aristocracia de la sangre y de la hermosura, no dió en galanteos, ni en nada de lo que puede perjudicar á la reputacion de una mujer.

—Conoce usted á Pepa, marqués, y conociendo á Pepa conoce usted una débil reproduccion de la hermosura de la duquesa de Santaren.

—¡Una débil reproduccion! dijo con incrédula extrañeza el marqués: pues si Pepa es una débil reproduccion de la hermosura de su madre, ¿qué era entonces la duquesa?

—Un prodigio, una excentricidad, un milagro, un esfuerzo de la naturaleza, una de esas grandes hermosuras que, como los grandes génios, sólo aparecen muy de tiempo en tiempo: dicho esto, fácil es comprender cuánto seria codiciada la irresistible Ángeles: ella, sin embargo, se mostró indiferente, altiva y desdeñosa con todos sus enamorados, y se mantuvo sin amar, y haciendo creer á todo el mundo que estaba enamorada de sí misma, y que no podia enamorarse de nadie, hasta los diez y siete años.

XVI.

Por este tiempo el rey pasó una gran revista en el Campo de Guardias, á la que asistió la mitad del ejército y casi toda la caballería.

Entre las damas que en sus carrozas estaban situadas cerca de la córte para ver el desfile, se contaba la duquesa de Santaren.

La mirada fria é indiferente de la hermosa jóven no se animó, ni áun cuando pasaron los regimientos de la Guardia, entre cuyos jefes se contaban hombres verdaderamente hermosos, ricos y de alta clase.

Pero cuando pasó el primer regimiento de coraceros, brilló un relámpago ardiente en los ojos de Ángeles.

Habia visto al marqués de Abades, y se habia enamorado de él; pero como únicamente podia enamorarse Ángeles, de una manera violenta, voluntariosa, terrible.

XVII.

Ángeles averiguó á qué casa solia concurrir el marqués, y no paró hasta que se puso en contacto suyo.

Pero por una singularidad extraña, aquella divinidad que enamoraba á todos los que la veian, á pesar de su seca y despreciadora altivez para todos, no logró enamorar al marqués de Abades, por más que fué para él dulce, sonriente, provocadora.

Esto irritó á Ángeles, y obedeciendo á su carácter, escribió al marqués, y se la envió con uno de sus criados, la extraña carta siguiente:

«Señor marqués de Abades. Muy señor mio y dueño: Desde que hay mujeres en el mundo hasta ahora, la práctica constante en el amor ha sido que el hombre busque á la mujer, la enamore, la solicite y pida su mano: yo rompo esa costumbre por más que usted lo extrañe, ó por mejor decir, la he roto ya: he buscado á usted, le he dicho con el alma por medio de los ojos que le amo, y no parece sino que usted ha estado ciego; porque no quiero creer que usted me haya despreciado: pero es el caso, señor mio, que yo me siento morir, que estoy loca, que necesito mi vida y mi razon, y que solo usted puede dármelas: yo pido á usted con todo el ánsia de mi alma, me haga feliz haciéndome su esposa, y espero que inmediatamente despues de haber leido esta carta, se apresurará usted á pedir mi mano á mi padre.»

XVIII.

Pero el marqués, en vez de ir con aquella peticion al viejo y ridículo marqués viudo de Santaren, devolvió su carta á la duquesita, despues de haber escrito al pié de ella lo siguiente:

«Señora: queme usted esta imprudente carta, que siento haya sido inútil: yo me he propuesto no casarme jamás.»

Ángeles no volvió á ponerse en contacto con el marqués.

Pero una noche que éste volvia muy tarde de uno de sus galanteos, se sintió cogido por los brazos, tapada la boca y levantado en peso.

No le vendaron sin duda los ojos, porque no habia necesidad de ello.

La noche era oscura como boca de lobo, y los escasos y raquíticos faroles del alumbrado público se apagaban á las once de la noche, porque no se les ponia más aceite que el necesario para que lucieran hasta aquella hora.

El marqués, á quien habian atado por sorpresa como á un criminal, sintió que le metian en un coche, que entraban en el carruaje otros tres hombres, y que el carruaje se ponia en marcha.

Durante media hora el carruaje rodó por el empedrado de la poblacion.

Pareció despues como que rodaba sobre un camino, durando el trayecto una hora.

Al fin retumbó el ruido de las ruedas como bajo una

bóveda, se detuvo á poco el carruaje, los que le habian metido en él sacaron al marqués, le hicieron subir unas escaleras, adelantaron por unas habitaciones oscuras, y en una de ellas le desataron, le quitaron el pañuelo que le habian puesto en la boca, y poco despues el preso sintió que se cerraba una puerta con llave y que nada se oia á su alrededor.

Los que habian sorprendido al marqués le habian quitado las armas.

Pasaron algunos minutos, y el marqués oyó ruido, un ruido semejante al del paso precipitado de una mujer: despues oyó abrir una puerta con llave, y cuando la puerta se franqueó, vió una mujer con una luz en la mano.

Aquella mujer era la duquesita de Santaren.

XIX.

Pero venia en un extraño estado: despeinada, sueltos los negros y magníficos cabellos, como por resultado de una lucha, con señales cárdenas en el semblante como á consecuencia de golpes, descotado el traje y roto, como rasgado, casi descubierto el seno, en un estado, en fin, espantoso.

El marqués de Abades era ante todo caballero, y se alarmó al ver el estado de la duquesita.

—¿Qué es esto, señora? exclamó; ¿cómo se me presenta usted en ese horroroso estado? ¿qué brutal violencia se ha cometido contra usted? ¿por qué razon que no compren-

do se me ha traido aquí para que la ven á usted en tal situacion?

—Quien me ha violentado, contestó con energía la duquesita, quien me ha puesto en este estado, eres tú, Cristóbal.

—¡Yo! exclamó con asombro el marqués.

—Sí; tú me has violentado, porque me has obligado á hacer lo que he hecho: yo me he golpeado el rostro sin piedad para que apareciesen en él estos sangrientos cardenales; yo he descompuesto mis cabellos, he roto mi traje, lo he preparado todo á fuerza de dinero, para que cuando llegue un alcalde con su ronda, que no tardará en venir, aparezca como que tú me has robado, como que me has violentado y te veas obligado á casarte conmigo.

—¡Esta es una infamia inconcebible! exclamó el marqués ébrio de cólera.

—Sí, sí, irrítame, maltrátame, dijo la duquesa; mejor: de ese modo apareceré más víctima tuya: ¿no sabes que yo te amo con toda mi alma, que no hay para mí en la tierra más felicidad que tú, y que necesito ser tu esposa?

—No lo será usted, señora, dijo el marqués; yo no sucumbiré á una villanía de este género.

Se representaba sobre poco más ó ménos, la escena de Joseph con la mujer de Putifar, con la sola diferencia de que el marqués no era, como el Joseph, casto, y de que la duquesa era físicamente pura.

—Bien, dijo la duquesa; si no te casas conmigo, caerá una mancha infame sobre tu nombre: todo el mundo creerá que has cometido contra mí un acto de brutalidad inconcebible, deshonroso, vil; y no es esto solo: irás á pre-

sidio, á confundirte con los criminales, porque aparecerá que has cometido un gravísimo delito: tendré el consuelo, al ménos, si te niegas á ser mio, de deshonrarte, de envilecerte.

—¿Ha meditado usted bien lo que hace, señora?

—Estoy desesperada.

—¿Usted sabe hasta dónde llegan mi desprecio por lo que veo hacer á usted, y mi energía para tomar venganza de lo que aquí sucede?

—Sea lo que quiera, dijo la duquesa: ó ser mi marido, ó el envilecimiento y el presidio: mira bien lo que tienes en derredor tuyo: ¿no conoces esta casa?

El marqués miró en torno suyo, y no reconoció el lugar en que se encontraba.

Era una sala cuadrada, alta, con techo de madera labrada y dorada, pero ennegrecida por los años; cubiertas las paredes de un terciopelo rojo gastado y descolorido: en el suelo una alfombra apolillada en muchas partes, antiguos muebles dorados, y en un ángulo una cama de acero moderna, con ropas limpias, pero revueltas.

—¿No conoces esto? dijo la duquesa: entonces no has estado tú nunca en tu quinta de los Laureles, ó por lo ménos en esta habitacion.

—¡Ah! exclamó el marqués: este es un antiguo casaron, abandonado á un conserje, al cual no he venido yo nunca.

—Mientes, Cristóbal, mientes, porque aquí en este mismo sitio te dió á luz tu madre: ¿no te parece muy singular que la suerte te dé una esposa contra tu voluntad

en el mismo sitio donde sin voluntad aspiraste por primera vez el aire de la vida?

—Esto es un sueño, dijo el marqués: esto no puede ser.

—Tienes razon, dijo la duquesa: parece imposible que tú desprecies lo que otros anhelan con frenesí, por conseguir lo cual no perdonarian ningun sacrificio: parece, en efecto, un sueño que mi altivez se haya doblegado hasta el punto de hacer lo que hago: ¡oh! pero esto es cosa concluida: ¿habia yo de reducirme á la desesperacion por tu crueldad, por tu insensibilidad? ¿habia yo de apurar el insoportable tormento, la agonía horrible de verte esposo de otra? No, Cristóbal, no: sólo te queda un recurso para librarte de mí: mátame, ahógame: moriré con placer á tus manos.

—¡No sé, no sé si se puede aborrecer más que lo que yo te aborrezco! dijo el marqués desesperado, porque se sentia ahogar en la ratonera que le habia armado la duquesa: ¡no sé si se puede despreciar más que lo que yo te desprecio!

—Tú me amarás, exclamó Ángeles llorando.

El marqués sintió un vértigo espantoso, un vértigo de sangre.

En sus ojos se pintó de una manera horrible el ánsia de matar.

Se olvidó de que era caballero, y adelantó sombrío y letal hácia la duquesa.

Esta se aterró, retrocedió, lanzó un grito de espanto, y cayó por tierra desmayada antes de que pudiera tocarla el marqués.

XX.

—¡Por aquí, señor alcalde, por aquí! dijo una voz alterada cerca de la habitacion.

Poco despues entraron en ella un alcalde de casa y córte, un escribano y un viejo criado con librea, pálido y desencajado.

En la habitacion anterior habian quedado algunos alguaciles.

—¿Qué es esto? dijo el alcalde severamente, ¿qué crímen se ha cometido aquí? ¡La señora duquesa de Santaren maltratada, desmayada, y usted aquí con ella... ¿quién es usted?

—Cuenta con lo que se habla, señor alcalde, dijo el marqués trémulo de ira: yo soy el marqués de Abades, grande de España de primera clase, gentil-hombre de cámara, con entrada, del rey nuestro señor, y coronel del primer regimiento de coraceros: usía no tiene jurisdiccion sobre mí, y yo, como grande de España y como militar, nada tengo que ver con la justicia ordinaria.

—El delito que aquí se ha cometido es un delito de desafuero, dijo el alcalde sulfurado por el tono despreciativo del marqués.

—Si, dijo éste: aquí se ha cometido un delito incalificable, un delito increible, una violencia de nuevo género; pero contra mí.

—Es necesario, necesario antes de todo, dijo el alcalde, socorrer á esta señora.

—Tú eres un infame, Javier, dijo el marqués incli-

nándose sobre la duquesa y levantándola: tú te has olvidado de que has nacido en mi casa, y has ayudado á la duquesa á armarme esta trampa, donde he caido.

—Yo no tengo la culpa, señor, dijo Javier; y luego, esto no tiene nada de particular: un casamiento lo arregla todo.

Angeles empezó á volver en sí.

—¿Cuánto dinero te han dado, infame, para que me vendas? exclamó el marqués.

La duquesa, que habia acabado de volver en sí por completo, vió que no estaba sola con el marqués, é hizo un esfuerzo para separarse de sus brazos.

Lo consiguió, porque el marqués no la retuvo, y dijo sosteniéndose mal de pié, porque aún no habia podido lanzar de sí por completo el desmayo:

—¡Esta es una infamia! ¡estoy perdida! este hombre... este hombre, del que nunca hubiera yo sido esposa á no verme obligada á ello por mi honor... ¡qué escándalo! ¡qué vergüenza! ¿qué se dirá ahora en mi casa, donde se me habrá echado de ménos?

—¿Qué dice usted á esto, señor marqués de Abades? dijo el alcalde.

—Digo que me rindo á fuerzas que no puedo combatir, y que me caso con esa señora.

—¡Es que yo no quiero casarme con usted! exclamó Ángeles; ¡es que yo quiero que se me haga justicia! yo no puedo ser esposa de un hombre que ha llegado á tal bajeza, yo no quiero jurar amor ante Dios á un hombre á quien desprecio!

El marqués se desesperaba: su situacion era lo más

extraña, lo más difícil, lo más comprometida del mundo.

—Considere vuecencia, señora, dijo el alcalde, que sólo la locura y la desesperacion del amor han podido traer á este punto á un caballero tal y tan pundonoroso y de tan buena fama como el señor marqués de Abades: considere vuecencia que esta es una de las cosas para las cuales no hay otro remedio que repararlas legal y honestamente: si vuecencia se niega á casarse con el señor marqués, nadie puede obligar á vuecencia á ello: pero el honor, señora, es antes que todo: un casamiento, señora, un casamiento es lo que únicamente corresponde: echar tierra á todo esto y que nadie lo sepa: á los criados se les tapa la boca con oro y se les aleja: en cuanto á mi secretario y á mí, estamos muy acostumbrados, por nuestro oficio, á guardar secretos muy importantes.

—Sea, pues que Dios lo quiere, dijo la duquesa: mi honor, el de mi familia, lo exigen: ¿pero cómo ha de hacerse para que no pueda faltar á su deber el marqués, si, como no es de esperar, al salir de aquí se propone burlarme?

—¡Oh, señora! dijo el alcalde: entonces, y como el hecho está probado, se entablará la accion criminal.

—Concluyamos de una vez, dijo el marqués de Abades; escribid lo que sea necesario, asegurad la realizacion del matrimonio, y salgamos.

El alcalde y el escribano tomaron declaracion á la aya de la duquesa, al conserje, y á los dos criados, únicas personas que, á más del marqués y de la duquesa, habia encontrado en la quinta el alcalde.

La aya declaró con la mayor serenidad del mundo

que al salir su señora y ella de maitines de las monjas del Sacramento, á los que habian ido á pié y solas por estar muy cerca de la iglesia la casa de la duquesa, algunos hombres las habian acometido, las habian tapado la boca, las habian metido en un coche y las habian llevado allí; que esto habia podido ser, porque la calle, á causa de la hora, estaba completamente desierta; que cuando llegaron á la casa donde se encontraban, la habian separado de su señora, la habian encerrado á ella en un aposento, donde habia estado hasta que habia ido á sacarla la justicia, y que no sabia más.

Javier declaró que á las diez de la noche habia sido sorprendido por algunos hombres y encerrado con los dos criados, permaneciendo en su encierro hasta que le sacó de él el alcalde.

En cuanto á la duquesa, su declaracion era inútil.

Extendióse acta de todo esto, se obligó el marqués á casarse con la duquesa, y, en efecto, ocho dias despues se celebró el matrimonio.

El lance de la quinta de los Laureles habia quedado en el más profundo secreto.

XXI.

Los infinitos adoradores de la duquesa sintieron una feroz envidia contra el marqués, envidia que se hubiera calmado si hubieran podido oir lo que el marqués dijo á Ángeles en el momento en que se quedó solo con ella en el aposento nupcial.

—Señora, lo que el honor exigia se ha cumplido; pero me haria yo indigno á mis propios ojos si olvidase, si perdonase la infamia de que usted me ha hecho objeto: nada existe de comun entre nosotros; nuestra union no pasa de ser una union aparente; delante del mundo apareceremos como los esposos mejor avenidos: á solas tendrá usted siempre en mí un enemigo irreconciliable.

—¡Ah! dijo la duquesa: lo habia previsto, lo temia; pero habia tomado mis medidas: es posible, muy posible, que en el término preciso, haya algo en que, si no nuestro amor, esté unida nuestra sangre.

—¡Oh! imposible, eso no será: concluyamos; no hablemos más de esto: buenas noches.

—Espera, Cristóbal, espera; voy á devolverte una alhaja que te robó una mujer á quien no conoces, y con la cual pasaste la noche anterior á aquella en que yo te robé: mira.

Y la duquesa sacó de su seno, de debajo del descote de su traje de boda, un magnífico alfiler de brillantes.

—¡Ah! exclamó el marqués: ¡eras tú aquella mujer!

—Sí, yo era; yo, que ocupaba el lugar de una bribona á quien habias creido una virtud inmaculada, de una muchacha comprada por mi aya, que te se habia vendido, y que te recibió entre tinieblas.

—Pero todo esto es repugnante, horrible, exclamó el marqués.

—Todo esto es hijo del insensato amor que me has inspirado; por el que no he reparado en nada; por el que me he atrevido á todo.

—Inútilmente: esa nueva infamia me separa más y

más de usted: he concluido; no quiero hablar más de esto: adios.

El marqués salió lleno de aborrecimiento hácia su esposa: para él no existia su hermosura; no existia su amor: ninguna sensacion le hacian experimentar.

XXII.

El marqués se mantuvo firme en su propósito.

Sólo veia á Ángeles delante de gentes, y entonces parecia el marido más afable, más enamorado y más satisfecho y orgulloso de su mujer.

A solas no se veian jamás.

XXIII.

A los tres meses de su casamiento, la duquesa dijo al oido del marqués en ocasion en que habia muchas gentes con ellos:

—Aquella hermosa jóven que robó á usted su alfiler de brillantes la noche anterior á la de los sucesos de la quinta, es madre, y dará, si Dios quiere, un heredero legítimo al señor marqués de Abades.

El marqués nada contestó.

Continuó siendo lo mismo que habia sido antes: delante de las gentes, un marido como otro cualquiera: en la vida privada, un hombre completamente ageno á la duquesa.

XXIV.

En el término preciso, despues de su casamiento, Ángeles dió á luz una hermosa niña que se bautizó solemnemente, poniéndola por nombre María Josefa.

La duquesa creyó que su hija la atraeria el amor de su marido.

Pero se engañó.

El marqués de Abades amaba á su hija; pero por el amor de la hija no amaba á la madre, que le era cada dia más antipática.

La duquesa, por el contrario, irritada por esta imposibilidad, amaba cada dia más al marqués, y cada dia se desesperaba más.

Pasaron así dos años.

María Josefa era una hermosísima criatura, y la duquesa veia con una rábia concentrada, que el marqués amaba con frenesí á su hija, sin que por esto la amase á ella.

XXV.

—El marqués de Abades, dijo el de Alpuente, ha sido siempre un hombre terrible por la energía de su carácter: cuando él ha dicho no, el no se ha mantenido de una manera espantosa, á todo trance: pero lo que no se comprende, es que habiendo sido tan hermosa y tan pura siempre la duquesa de Santaren, no haya llegado á amarla su marido: se creia y se cree que se adoraban, que se adoran.

—Lo que estoy refiriendo á usted son unas memorias

escritas de su puño y letra, por el marqués de Abades: de otro modo, ¿cómo podria yo saber esa historia oculta en el misterio de una familia?

—Pues entonces, amigo africano, esas memorias son una prueba fehaciente de la legitimidad de María Josefa, como hija del marqués de Abades y de la duquesa de Santaren.

—¿Y quién lo duda? contestó Pánfilo de Veracruz.

—¿Y cómo diablos, señor negrero, ha podido usted hacerse con esas memorias?

—De la manera más natural del mundo, señor marqués, dijo el corsario mirándole con descaro: supongamos que en una casa rica entran muy tarde, y sin llamar á la puerta y sin que nadie los vea ni los sienta, dos hombres que han tomado sus medidas para llevar á cabo uno de esos negocios que están al alcance del Código, y á los que ha señalado el Código doce años de cadena; que se rompe una papelera, se sacan de ella alhajas y billetes de Banco, y un legajo sobre el cual se lee: «Papeles importantes:» añadamos que este legajo está en un secreto del mueble, que ha quedado manifiesto al ser el mueble roto: que los dos hombres no son torpes, comprenden que aquellos papeles pueden ser útiles para una explotacion, se los traen consigo, y los entregan con las alhajas y los billetes de Banco á la direccion establecida para regularizar esta clase de negocios y hacer partícipes de sus beneficios á todos los asociados.

—Comprendo, comprendo, dijo el marqués con viveza, de qué manera han podido llegar á manos de usted esas memorias.

—Sí, señor marqués; no tengo por qué ocultárselo á usted, que por una casualidad ha descubierto mi verdadero nombre: yo pertenezco á la junta directiva de la asociacion industrial que adquiere cuanto puede á espaldas de la ley.

—¿Y por qué no ha usado usted de esos papeles para sacar con ellos una gran cantidad? El marqués de Abades es muy rico.

—Pero hombre á quien es necesario temer: yo, que nunca he temido á nadie ni á nada, he mirado con sumo respeto al marqués de Abades; estoy seguro de lo que hubiera sucedido si yo le hubiera presentado esos papeles: me hubiera pagado por ellos uno ó dos millones, y no hubiera parado hasta encontrar un medio para reducirme al silencio de una manera terrible: á más de eso, cuando yo obtuve esos papeles, María Josefa estaba ya extinguiendo en un establecimiento penal de Francia la condena de ocho años de trabajos forzados por vehementes indicios de complicidad en el asesinato de su marido, el duque de Chatillon: el marqués de Abades, como consta por sus memorias, habia renunciado de todo punto á su hija: el secreto que en las memorias se consignaba era y es demasiado terrible para no temer que el marqués de Abades pretendiese exterminar á la persona que le conociese. He sido, pues, prudente; he guardado como un tesoro y como un peligro á un tiempo esas memorias para usar de ellas cuando no fuese peligroso.

—Pues bien, dijo el marqués de Alpuente: no comprendo que temiendo usted de tal modo los resultados del

enérgico carácter del marqués si llegaba á saber que usted poseia ese secreto, me le haya usted revelado á mí, que soy grande amigo del marqués, y que al mismo tiempo estoy furiosamente enamorado de María Josefa.

—Hoy las circunstancias son otras: usted puede probar que yo soy Pánfilo de Veracruz, á quien nadie conocia, negrero, corsario, y qué sé yo cuántas otras cosas: el secreto del marqués de Abades es ya lo que ménos puede comprometerme: por eso no he tenido inconveniente en revelárselo á usted.

—¿Con qué objeto? dijo el marqués.

—Esta es una cuestion de simpatías; le veo á usted á punto de hacer un disparate por esa mujer terrible, y procuro apartar á usted de ese mal camino.

—Inútilmente, señor Pánfilo de Veracruz, dijo con calor el marqués: estoy loco por esa mujer.

—Existe un proverbio que dice, y con razon: «El loco por la pena es cuerdo,» y cuando yo diga á usted á lo que se expone insistiendo en su propósito acerca de María Josefa, es posible que usted desista.

—Por nada en el mundo, dijo el marqués: ¿no la he perdonado el asesinato de mi hija Filomena, á quien yo adoraba? ¿á pesar de esto, no me parece María Josefa un ángel, y su posesion la mayor felicidad que podria obtener sobre la tierra? Desengáñese usted, señor Pánfilo de Veracruz, en el corazon humano hay abismos insondables, llenos de misterios incomprensibles: el hombre no hace sus sentimientos, los hacen las circunstancias y un millon de causas que concurren á un tiempo á deter-

minarlos: yo creo que los gentiles tenian mucha razon para exculpar á los hombres de las faltas y áun de los crímenes que cometian, atribuyendo estos crímenes á una libertad, no á la potestad de hacer ó no hacer que nosotros creemos posee el hombre, sino al destino ciego, mudo, invariable, incomprensible: bueno es que usted sepa que yo soy fatalista, pero fatalista de una manera absoluta, sin conceder nada á la libertad que se atribuye respecto á sus acciones al sér humano: yo no he hecho nunca mi vida; no me he metido nunca en eso; he dejado que mi vida se haga ella sola por resultado de las circunstancias y de los sucesos: no me he asombradó nunca de nada; cuando un hombre ó una mujer de una reputacion intachable han cambiado bruscamente cayendo bajo el dominio de la opinion pública, ó lo que es lo mismo, de la murmuracion, á causa de faltas gravísimas de que nadie los hubiera creido capaces, en vez de escandalizarme, para lo cual creo que nadie tiene derecho, porque todos somos más ó ménos malos, he averiguado, cuando el asunto ha merecido la pena de ello, las circunstancias en que se han encontrado los que han cometido la falta, y he visto siempre que esta era la cosa más lógica del mundo atendidas las circunstancias: para mí, los séres humanos son irresponsables de sus acciones, y por eso, por más que ante la teología social de nuestra época, María Josefa pueda aparecer infame, yo, que la exculpo, yo, que no veo en ella más que un atractivo completo é irresistible, la amo, la adoro, y no hay consideracion, no hay peligro que me aparte de mi propósito de obtenerla: poséala yo un solo momento, y suceda lo que quiera.

—Marqués, María Josefa le costará á usted la vida y algo más.

—¡La vida! ¡la vida! ¿Y qué es la vida en la situacion en que yo me encuentro? si yo no tuviera esperanzas de mejorar mi vida á causa de María Josefa, no daria yo por mi vida dos reales: antes de conocerla estaba yo aburrido, hastiado, sin deseo de nada, era un alma muerta embutida en un cuerpo enfermo: un condenado al martirio lento de fastidiarse siempre por todo y con todo: María Josefa me ha quitado de repente cuarenta años de encima; mi alma ha renacido, ha gozado, ha sufrido, ha soñado, ha delirado: yo soy un muchacho de veinte años con el rostro de un viejo de sesenta: no, señor Pánfilo, no: yo no renuncio á esta vida candente de mi alma que debo al frenesí que me inspira esa mujer divina; quiero realizar en un solo momento una felicidad inmensa, una felicidad desconocida cuyo misterio me embriaga, y morir despues, condenarme y arrostrar todo lo que pueda sobrevenirme si hay algo más que la muerte del cuerpo y la condenacion del alma.

—Voy á decir á usted lo que hará el marqués de Abades, dijo friamente el corsario: desde que su hija le desobedeció casándose sin contar con su voluntad con el vizconde de Chatillon, que fué despues duque del mismo título, el marqués de Abades, con toda la formidable energía de su alma, se desentendió de ella: cuando por las sesiones del jurado francés, que publicaron todos los periódicos, supo que su hija habia incurrido en la infamia y en el crímen, el amor idólatra que por ella habia sentido durante tantos años, se trocó de repente en un aborreci-

miento infinito, indestructible; estoy seguro, aunque no conozco el pensamiento del marqués respecto á su hija despues de la época en que María Josefa extinguia su condena de trabajos forzados; estoy seguro, repito, de que el marqués habrá hecho expiar á María Josefa, y habrá conocido todos los sucesos de su vida y el estado de su espíritu: si el marqués comprendiese que María Josefa era feliz con su segundo marido el banquero Céspedes, indudablemente sucederia á éste una gran desgracia causada por el marqués, con el solo objeto de impedir que su hija fuese feliz.

Afortunadamente María Josefa se ha separado de su marido yéndose á Francia á quemar la sangre con su lujo á la vieja y ridícula vizcondesa de Aiguebleu, y ha dado y da muestras de importarle muy poco su marido; pero supongamos que yo, sirviendo los planes de usted, haga de manera que María Josefa se quede viuda, y tenga en usted su tercer marido; María Josefa no le ama á usted ni puede amarle; pero su casamiento con usted la repondria en la posicion que perdió cuando fué complicada en el asesinato de su primer marido; engañaria al mundo haciéndole creer que amaba á usted, y como es tan maestra en el arte del fingimiento, engañaria á su padre, que la creeria feliz, y por hacerla desventurada haria con usted alguna enormidad.

—Lo que usted supone en el marqués de Abades es absurdo y completamente inverosímil.

—Voy á acabar de referir á usted la historia del marqués, para que comprenda usted su carácter.

Guardó por un momento silencio el negrero, como

para recordar el punto en que habia dejado su anterior relato, y luego dijo:

XXVI.

—Dos años despues del casamiento del marqués de Abades con la duquesa de Santaren, tuvo lugar su desafío con el exento de Guardias, su fuga de Madrid, su encuentro con el verdugo y el principio de sus amores con Ana de las Nieves.

La duquesa, como toda mujer que ama ciegamente á su marido y se ve desamada por él, le hacia expiar, valiéndose de los grandes medios que la daba su riqueza.

Peralvillo no habia logrado saber dónde estaba su hija: los alcaldes de casa y córte de Valladolid nada habian conseguido.

Pero la duquesa habia comprendido que el marqués amaba á otra mujer, y se propuso saber quién esta mujer fuese.

Pero ante la sociedad, el marqués y la duquesa conservaban el aspecto del matrimonio mejor avenido del mundo; iban juntos á todas partes, y por consecuencia, iban juntos tambien á las representaciones de ópera que tenian lugar en el antiguo teatro, que ya no existe, de los Caños del Peral, donde tenian un abono de palco.

Por muy reservado que fuese el marqués, adoraba á Ana de las Nieves, que asistia con frecuencia al mismo teatro, y alguna vez la duquesa sorprendió una mirada candente del marqués que no podia tener por objeto más que una mujer: continuó observando, y conoció, al fin,

sirviéndola de indicacion la mirada de su marido á Ana de las Nieves, que desde otro palco, y como estaba tambien enamoradísima del marqués, cometia la imprudencia involuntaria de mirarle á él de una manera ardiente, á la duquesa de una manera celosa.

Estas miradas sólo duraban un instante, lo que dura un relámpago: pero iluminaron sombriamente el alma celosa de la duquesa.

Ana de las Nieves fué seguida, y fué tambien seguido el marqués.

Por las noticias que dieron á Angeles, comprendió la verdad; esto es, que su marido, entrando en una casa de una calle situada á espaldas de la de la Arganzuela, donde vivia Ana de las Nieves, veia á ésta, acercándose á ella por una comunicacion secreta.

XXVII.

En el primer arranque de sus celos, Angeles fué imprudente y provocó una explicacion con su marido.

El marqués negó de una manera violenta, como hacen todos los maridos en el mismo caso: temió por Ana de las Nieves, y no solamente la hizo variar de casa, sino de poblacion.

Ana de las Nieves se fué á Toledo, y el marqués permaneció en Madrid, pretendiendo hacer perder á su mujer la pista de su querida; pero sin conseguirlo.

Angeles tenia magníficamente montado su espionaje, y supo que Ana de las Nieves vivia en Toledo, en Zocodover, número 9.

Quince dias despues el marqués recibió una carta que le heló de espanto.

Doña Eufemia de Salcedo, la viuda del alférez muerto en Rioseco, la fingida tia de Ana de las Nieves, le decia que habia encontrado muerta el mismo dia de la fecha de la carta al entrar en su cuarto á Ana de las Nieves.

El marqués sintió un dolor intenso y una rabiosa sed de venganza, porque comprendió que aquel habia sido un asesinato, un envenenamiento hecho de una manera indirecta y hábil por la duquesa de Santaren, y si no lo hubiera comprendido por los antecedentes que por sí mismo tenia de la violencia del carácter de la duquesa y de su incontrastable energía para llevar á cabo una decision trascendental, se lo hubiera dicho la imprudente y terrible alegría que brillaba en los ojos de la duquesa.

Nada la dijo el marqués: devoró su dolor, su desesperacion, y se propuso vengarse de una manera excepcional, hiriendo en la duquesa á la madre.

Angeles sentia por su hija un amor inmenso, por la doble razon de ser, á más de su hija, hija del hombre en quien su alma enamorada con más intensidad cada dia, encontraba un imposible.

María Josefa era para Angeles el único bálsamo del insoportable dolor que la causaba, no ya el desamor, sino lo que era más desesperante, el ódio de su marido.

El marqués lo sabia, y se propuso vengarse de su mujer, privándola del consuelo de su hija, reduciéndola á una desesperacion que no podia encontrar consuelo, á un infierno en la vida.

XXVIII.

Ningun resultado tuvo, desde el punto de vista judicial, el envenenamiento de Ana de las Nieves.

Los médicos no le conocieron, ó si le conocieron no se atrevieron á denunciarle, y la tierra del cementerio cubrió aquel terrible secreto, como ha cubierto, cubre y cubrirá tantos otros del mismo género.

XXIX.

Un dia María Josefa desapareció de la casa de sus padres.

La duquesa puso el grito en el cielo, se desesperó, se afectó hasta el punto de estar algunos dias gravemente enferma.

El marqués hizo practicar, para cubrir las apariencias, cuantas pesquisas fueron posibles.

Pero nada se supo.

María Josefa se habia perdido como una gota de agua que cae en el mar.

El marqués la habia hecho llevar á un pueblo de la huerta de Valencia con un nombre supuesto, y habia sido entregada á una labradora para que acabase de criarla.

XXX.

Cuando convaleció la duquesa, el marqués la dijo:

—Has asesinado por celos, por unos injustos celos,

puesto que yo no te he amado, ni despues de la infamia que cometiste conmigo obligándome á hacerte mi esposa por medio de una farsa repugnante, podia amarte, á una infeliz á quien yo amaba con toda mi alma: yo la he vengado quitándote tu hija: tu hija vive, pero no te llamará madre; no la conocerás cuando sea mujer; no la volverás á ver: ella no sabrá que tú has sido su madre hasta que hayas muerto: quiero que te desesperes, y que te desesperes sola; porque yo, con el pretexto de un viaje al extranjero, voy á separarme de tí.

—¡Ah! ¡yo revelaré lo que acabas de decirme! exclamó la duquesa.

—Yo haré desenterrar el cadáver de Ana de las Nieves, exclamó el marqués, para que conste su envenenamiento; serán presas las personas que estuvieron á su inmediacion antes de su muerte, y de declaracion en declaracion, de preso en preso, la justicia llegará hasta tí, y todo el mundo comprenderá que yo he hecho muy bien en apartar á mi hija de una envenenadora.

La duquesa se vió obligada á guardar silencio.

Algunos dias despues el marqués partió para Francia.

La duquesa y él no han vuelto á verse.

Angeles vive en Asturias, en uno de sus estados, solitaria, entregada á una vida ascética y devota, con la cual procura calmar su dolor y sus remordimientos.

En cuanto á María Josefa, el marqués la llevó, siempre con un nombre supuesto, á Valencia, al convento donde permaneció hasta los doce años.

XXXI.

—Desde ese punto, dijo el marqués de Alpuente, conozco la historia de María Josefa: me la ha contado ella misma.

—Pues entonces, marqués, conoce usted por completo la vida y milagros de esa señora, y no comprendo cómo puede usted amarla.

—Si María Josefa no fuese más que hermosa, si no fuese un sér terriblemente excepcional, un sér monstruoso, una especie de demonio humano, no la amaria tanto, no la adoraria; á mí me atraen los abismos; lo terrible me deleita: como necesito de bebidas espirituosas y de salsas picantes para el cuerpo, necesito el horror para el alma: estamos frente á frente dos negreros, dos corsarios, dos bandidos, dos hombres excepcionales, y debemos entendernos, ayudarnos: ¿cuánto quiere usted por las memorias del marqués de Abades? yo doy á usted mi palabra de no revelar que esas memorias han venido á mi poder por medio de usted.

—Proposicion es esa, dijo el pirata, á que no puedo contestar por el momento.

—¿Y por qué?

—Necesito probar si yo tengo influencia con una persona á quien he conocido hoy poco antes de entrar en esta casa.

—¿Y es imprescindible que usted se ponga de acuerdo con esa persona?

—Imprescindible de todo punto; porque ella es la única que puede decidirme á complacer á usted.

—¿Y cuánto tiempo necesitará usted para ponerse de acuerdo con esa persona?

—Creo que bastarán quince dias, dijo Pánfilo de Veracruz levantándose.

—¿Se va usted ya? dijo levantándose tambien el marqués.

—Sí, ya hemos hablado cuanto teníamos que hablar.

—¿No quiere usted comer conmigo?

—No, marqués, no; me esperan á comer en otra parte, y ya es hora. Adios; cuando sea oportuno vendré á ver á usted.

—Hasta que eso suceda estaré impaciente.

—Todo dependerá de la persona á quien tengo que consultar: hasta la vista, marqués.

—Hasta la vista, amigo mio.

Y el marqués salió acompañando á aquel alto bandido secreto, para abrir las puertas que habia cerrado.

—¿A quién diablos tendrá que consultar ese bribon para mi negocio? dijo el marqués cuando se quedó solo.

Entre tanto, el corsario murmuraba bajando las escaleras:

—Si la jóven que ví al entrar es la hija de ese pillo de marqués, y me entiendo con ella, y el marqués consiente en nuestro casamiento, tendrá las memorias del marqués de Abades, y áun, si se obstina, la vida del banquero Céspedes.

CAPÍTULO XXII.

En que Magdalena se encuentra dominada por las malas artes de Rodriguez de Angulo.

I.

Magdalena habia ido á la quinta de las Alondras, y esperaba.

Un criado anunció al señor Rodriguez de Angulo, y Magdalena, que estaba preocupada, abatida, se irguió, compuso su semblante, se trasformó y apareció altiva y fria.

Pánfilo de Veracruz entró un momento despues.

Habia dejado su abrigo en el recibimiento, y aparecia de frac negro y guantes y corbata blancos: de etiqueta.

Magdalena fijó en él una mirada profunda.

Fuese porque estuviese locamente enamorado, fuese porque le conviniere aparentarlo, el pirata apareció como turbado por la presencia y por la mirada de Magdalena.

Se acercó con la torpeza de un estudiante que hace su primera campaña de amor, balbuceó algunas palabras devorando con una mirada asombrada la hermosura de

Magdalena, y fué necesario que ésta le indicase un sillon junto á ella para que el pirata se sentase.

Nuestro hombre temblaba todo, y continuaba devorando con una mirada avarienta y al mismo tiempo tímida á Magdalena, que le miraba de hito en hito de una manera altiva, serena y fria.

—Aquí debe haber una equivocacion, dijo Magdalena: usted no es el hombre que ha escrito esta carta (habia sacado una del bolsillo de su traje), usted ha debido valerse de alquien: quien ha escrito esta carta, quien ha sido capaz de hacer lo que en ella se dice, no temblaria delante de mí; no estaria aturdido como usted lo está: necesito una explicacion; creo que nos equivocamos mútuamente.

—La verdad, señora: siento á la vista de usted una emocion que no he experimentado nunca, dijo con voz poco segura el corsario: mi sangre circula con una violencia que apenas me deja respirar; sufro, agonizo; permítame usted.... necesito dominarme; usted causa en mí una impresion mortal.

—¿Pero qué significa todo esto? hace quince dias me sigue usted por todas partes; á la iglesia, á mis solitarios paseos; le veo á usted cuando salgo de mi casa, y cuando llego al campo le veo á usted á caballo; se me ocurrió hace ocho dias ir al cementerio á visitar la tumba de mi madre, y allí le encontré á usted; desde que conozco á usted de vista, y á causa de su persecucion, me ha mirado usted turbado, pálido ó encendido, y de una manera poco agradable: concluyamos de una vez; entendámonos.

—Voy á procurar hacerme superior á la impresion

que usted causa en mí: hace quince dias ví á usted al entrar en su casa, que es al mismo tiempo la casa de su padre.

—¿Y á qué iba usted á nuestra casa, caballero?

—Me habia llamado para un grave negocio el señor marqués de Alpuente.

—¿Conoce usted á mi padre?

—¡Oh! sí, señora; le conozco de hace mucho tiempo: somos grandes amigos, y tanto, que he pedido al marqués la mano de usted, señora.

—¿El mismo dia en que me vió usted al entrar en mi casa?

—Sí, señora.

—Luego me conocia usted de antemano.

—No, señora; no la habia visto á usted hasta entonces.

—¿Y á primera vista formó usted la resolucion de pedirme por esposa?

—Sí, señora; porque á primera vista me sentí fascinado, trasformado, convertido por usted.

—¡Trasformado! ¡convertido! es decir, que usted...

—Yo no he creido en nada, no me he interesado por nada, por nada he sufrido hasta que he visto á usted.

—¿Y qué ha respondido á usted mi padre cuando le ha pedido usted mi mano?

—Se ha encogido de hombros, y me ha dicho que me entienda con usted; que él no se mete en esto; que el disponer de su destino de usted pertenece completamente á usted.

—Mi padre es muy bueno, dijo con un acento singular Magdalena.

—Desde entonces, señora, la sigo á usted á donde quiera que va, y el tiempo que me ha quedado libre le he empleado en procurarme los medios de que usted me escuche.

—Los medios, si son los que en esta carta se acusan, no son por cierto lo más á propósito para predisponerme á favor de usted.

—Esa carta contiene lo siguiente:

«En el pueblo de Pinto, cerca de las ruinas del antiguo castillo, en una humilde casa de labradores, habia ayer un hermoso niño de dos años: si la señora marquesa de Santorcaz quiere saber dónde está su hijo, puede conceder una audiencia á Santiago Rodriguez de Angulo.»

Sigue la direccion que debia darse á la contestacion.

—Resulta de aquí, dijo Magdalena, que de una casa del pueblo de Pinto se ha robado un niño de dos años, á quien, segun esta carta, se cree hijo mio.

—Sí, hijo de usted y de un tal Andrés de Peralta, de quien usted se enamoró locamente y con el cual se hubiera usted casado, á no haber sido preso por acusacion de envenenamiento efectuado sobre un tal don Calisto Azpecochea, marido de la querida de Andrés de Peralta: y lo singular que hay en esto, es que la viuda, al acusar á Peralta se acusaba á sí misma; como que estaba enamorada de Andrés, y no encontraba otro medio para evitar que Andrés se casase con usted: estoy perfectamente informado, señora; hasta en los más minuciosos detalles: hé ahí por qué he sabido que tiene usted un hijo, y que este hijo se criaba misteriosamente en Pinto casa de unos pobres labradores.

—Debe usted tener grandes medios á su alcance cuando en tan poco tiempo ha averiguado usted tanto.

—Mis medios, señora, son inmensos.

—Es verdad; es usted un importante hombre político, y el gobierno le habrá á usted procurado los servicios de su excelente policía.

—Dispongo yo de una policía infinitamente más activa, infinitamente mejor que la del gobierno.

—¡Ah! pues no comprendo.

—No importa: la verdad es, señora, que este hombre que se aturde, que tiembla delante de usted, puede mucho, puede casi todo lo que quiere; domina esta sociedad corrompida y estúpida que nos rodea: sólo delante de usted este hombre se encuentra débil, cobarde, modificado, trasformado; y si usted me amase, señora, mi conversion seria completa; naceria con usted á una segunda vida.

—No tengo libertad alguna en la situacion en que usted me ha colocado, dijo Magdalena; usted ha descubierto un secreto mio, se ha apoderado usted de mi hijo, y me ha colocado en una posicion en la cual no tengo alternativa de ningun género, ni otro medio que rendirme á discrecion: ¡quiere usted unirse á mí! ¿qué quiere usted que le conteste una madre que se aterra por su hijo? ¿una soltera que ve á punto de perderse su honor por la publicacion de un secreto que creia completamente oculto? esta mujer no tiene más medio que prestarse á lo que se la exije y agradecer que lo que se la exije sea un casamiento.

—Es decir, que usted consiente.

—No consiento; capitulo, y capitulo á la fuerza; pero como toda capitulacion tiene condiciones, bueno será que yo establezca las condiciones, bajo las cuales capitulo.

—No hablemos de condiciones, dijo el pirata: será todo aquello que usted quiera que sea.

—¡Ah! no por cierto; porque lo que yo quisiera seria no haber llegado á este caso.

—Suponga usted que no hemos llegado á él, señora; porque mañana su hijo de usted habrá reaparecido en la casa de donde se le ha arrebatado.

—Comprendo; se quiere dar una muestra de generosidad, de resignacion á mi voluntad; pero ya se me ha dicho: cuidado con lo que haces, porque tu hijo está en peligro.

—¡Ah, no! no, señora; ¿cree usted que yo ambicionaria poseerla si no necesitase para ser feliz su amor? ¿qué es la posesion de una mujer sin poseer su corazon? una cosa completamente repugnante: no, no, señora; si me he valido del medio de robar á su hijo de usted, no ha sido ciertamente por obtener un resultado decisivo, sino por conseguir una entrevista, que de otro modo me hubiera sido dificilísima, casi imposible. Despues de esto, despues de que su hijo de usted le haya sido devuelto, espero que usted no se negará á que yo la vea, á que la hable, á que abogue por mi causa.

—Mientras exista un hombre, yo no puedo oir las solicitudes de otro, y mucho ménos enlazarme á él.

—¿Es decir, exclamó con acento sombriamente celoso el corsario, que ama usted aún á ese hombre?

—Una mujer como yo no puede amar á un miserable

manchado con el crímen, dijo con energía Magdalena, fijando una mirada profunda en el corsario, que se extremeció: además, cuando yo amé á ese hombre era una niña: aquello fué una obcecacion que ha producido un resultado funesto, causando la existencia de mi hijo: yo tenia la seguridad de mi próximo enlace con ese hombre: pero fué acusado y preso: le absolvieron, es cierto, los tribunales por falta de pruebas; pero la opinion pública no le absolvió, como tampoco á su infame cómplice: si despues de esto yo le hubiera amado, me hubiera unido á él: está absuelto por un tribunal, la opinion pública importa hoy poco; yo conozco, y todo el mundo conoce, mujeres que han envenenado á su primer marido, y viven tranquilas y respetadas, casadas con su antiguo amante, cómplice del envenenamiento: la opinion pública debia llamarse más bien la murmuracion pública; se ocupa de una cosa y muerde en ella hasta que tiene otra cosa en que ocuparse, en que morder: no hay escándalo que no se haya olvidado; más aún: que no se haya perdonado: no, no fué por miedo á la opinion pública por lo que yo dejé de unirme á aquel hombre: fué porque dejé de amarle para despreciarle, para sentir hastío, vergüenza, remordimiento por haberle amado, despecho por haberme equivocado, por haber creido hombre de honor y de corazon á un infame: yo no puedo amar sino desde el punto de vista de la virtud: he pagado muy caro un error hijo de la inexperiencia de mis pocos años, una exageracion de mi sentimiento; y soy viuda, y viuda para no volverme á casar jamás desde el punto que comprendí que era imposible mi union con el único hombre que debia

ser mi marido. Ahora bien; si se me obliga haciéndose prenda de mi hijo, sucumbiré á todo, hasta el punto de resignarme á ser la esclava: pero que no se me pida más, que no se me exija un amor que ya no tengo, que no puedo tener.

—Y bien, señora: no insisto, dijo el pirata levantándose: nuestra entrevista ha concluido: un secreto instinto me decia al entrar aquí, que iba á salir más apasionado, más desgraciado: no importa: como he tenido valor para todo, lo tendré para esto tambien. Adios.

—Espere usted, dijo Magdalena; creo que habla usted de buena fé; creo que siente usted por mí uno de esos amores que deciden del porvenir de una persona, que la trasforman, que, como usted ha dicho muy bien, la convierten: hay en usted algo de grande, de simpático, á vueltas de mucho malo, de mucho repugnante: ¿cree usted que si yo le concedo mi consejo, mi buena voluntad, mi amistad tal vez cuando la merezca, podrá usted convertirse por completo?

—¡Oh! de seguro, señora, exclamó conmovido Pánfilo de Veracruz: usted puede ser mi ángel de redencion: usted puede convertir á un demonio en un hombre bueno, en un hombre útil.

—Pues bien; emplearé en algo esta existencia que se gasta en la tristeza, en el desaliento; veremos si yo puedo volver á usted al camino del bien: yo salgo todos los dias en carruaje haga bueno ó mal tiempo. Adios.

—Adios, señora.

Pánfilo de Veracruz salió, llegó al vestíbulo, y entró en su carruaje.

CAPÍTULO XXIII.

Despues del ángel el demonio.

I.

Al entrar en su carruaje el corsario se sorprendió al ver en él, arrellanado en una cómoda posicion, á un hombre grueso, ordinario, aunque decentemente vestido y con cierto lujo.

—¿Qué diablos haces aquí, Antolin? le preguntó frunciendo el gesto Pánfilo de Veracruz.

—Acudir á tu socorro, hijo, contestó el llamado Antolin, impedir que hagas una tontería: desde hace poco tiempo he conocido que andabas atontado, ensimismado... pero dí, dí á tu cochero que nos lleve á alguna parte; por ejemplo, á la fonda de Madrid; porque tú no habrás comido, yo no he comido tampoco, y tengo hambre como un lobo.

—A la fonda de Madrid, dijo el corsario tocando al cristal.

El carruaje se puso en marcha.

—Y bien, dijo con ferocidad el negrero, parece que se me espia.

—Y en ello te se da una prueba de amistad: cuando los hombres se empiezan á entontecer, es bueno darles el alerta; decirles: eh, cuidado con lo que se hace, amigo; no resbale usted, que se va usted á romper el alma: pues sí señor: cuando yo ví cómo andabas, dije: este diablo de Pánfilo se me ha enamorado; porque te has puesto tonto como los que se enamoran de veras: ¡qué vergüenza! ¡qué tontería! un hombre como tú pegado á las faldas de una mujer sin saber hacer otra cosa que perseguirla, y sin pensar en otra cosa más que en ella: y entretanto, que se lleve el diablo los negocios.

—Creo que soy libre para hacer aquello que quiera.

—Segun y cómo, Pánfilo, segun y cómo: cuando un hombre, echándose en el surco, hace daño á otros y puede causar perjuicios, no se le debe dejar hacer lo que quiera: por lo mismo yo dije: este está embrujado, y es menester averiguar algo: en cuanto quise saber quién te embrujaba lo supe; ¡ya lo creo! ¡la real hembra de la aristocracia! ¡la cosa grande! ¡la gitana más rica del mundo! ¡la marquesita de Santorcaz! Pero yo conocí dos cosas grandes: que si no te queria, te ibas á volver loco; y que si te queria, te ibas á volver tonto: y como ninguna de las dos cosas nos conviene, porque tú eres nuestra mano derecha, me puse en franquía, hijo; me convertí en crucero inglés; me valí de un buen espionaje, y lo sé todo, hijo, lo sé todo; el Quico ha ido á Pinto y se ha traido á la calle de la Comadre, casa de la Furriela, un niño de dos años que se parece á su madre como una gota de

agua á otra gota; ¡vaya si se parece el angelito á la señora marquesa de Santorcaz! ¡quién habia de haber creido que la marquesita tenia un belen por este estilo! fíese usted de estas niñas que parece que ni el aire las ha tocado; ¡y que un hombre como tú, que se ha reido del mundo, se haga tan sin vergüenza que se le vuelva el juicio por una mujer que ya ha dado fruto al diablo! ¡eh, quítate allá, que no te conozco!

—Lo que se conoce es que te se ha olvidado quién soy yo y quién eres tú, dijo el corsario: figúrate que en vez de estar aquí estamos á bordo, Antolin, y no hagas tonterías.

—Ya me la echaste de capitan, pero no vale: nostramo Antolin sabe lo que se hace y lo que se dice; y dónde y cómo lo hace y en qué circunstancias: vamos á ver; ¿cómo piensa usted salir del chubasco que nos amenaza estándose en facha y embobado delante de esa balandra que se le escapará á usted porque es más ligera y más fina que su barco de usted, señor mio? A mí me parece que no tenemos un cuarto, Pánfilo.

—Ayer hizo una liquidacion mi cajero, y tenemos millon y pico de reales.

—Que se van en el segundo plazo de la contrata de maderas para construccion naval: ¿y qué haremos cuando se nos presenten los pagarés que tenemos por ahí, muchos de los cuales son falsos, pagarés que hemos descontado y que es necesario realizar? ¿Sabes tú á cuánto montan todos esos pagarés? aquí tengo la nota.

Y Antolin sacó una cartera, y de ella un papel en que habia algunas notas y al pié de ellas esta respetable

cifra: «Un millon doscientos setenta y cinco mil reales.»

—Y bien, ya sabia yo eso, y espero que saldremos de ello.

—Hemos dispuesto de la caja de la sociedad, se desconfia de tí, y advierto que el dia ménos pensado te encuentras con un reconocimiento de la caja.

—Y bien; lo último es irnos de España.

—¿Y á dónde te parece que nos podemos ir? En Francia nos echan mano en cuanto la pisemos: no hay un solo palmo de terreno en América, como no sea en los desiertos, donde podamos estar seguros; en Inglaterra no hay que pensar, porque los ingleses se alegrarian mucho de poder enseñar como un animal raro al tremendo africano Pánfilo de Veracruz: hemos hecho tanta diablura por esos mundos de Dios, que no nos queda más remedio que aguantar al ancla en España, donde todavía no nos conoce la policía, y hacer por que no llegue á conocernos: para evitar que esto suceda me he venido yo á buscarte aquí: antes te habia soltado de espion al tunante de Petrillo que te entrecogió escondido y acechando en el café de los Dos Amigos: llegó tu carruaje, paró otro, te metiste en el tuyo; Petrillo, que es un gamo, echó á correr, vió que parabas en la quinta de las Alondras, fué á decírmelo, tomé un carricoche pesetero, llegué, me metí en tu coche y despedí al simon: tenia que darte una noticia que no te va á gustar mucho y que no te he dado todavía.

—¿Y qué noticia es esa? dijo con cuidado el negrero.

—Yo sabia, como si me lo hubieran dicho, que la marquesa te iba á volver tarumba, que haria de tí lo que quisiera, y que acabarias por entregarla el niño: esto es una

tontería, porque el que empieza un queso debe comérselo ó reventar: yo me fuí anoche á casa de la Furriela, la dí un par de trompis porque no queria darme el niño; me lo llevé, y está ya algunas legüecillas de aquí, donde no lo encontrarás ni con podencos.

—¡Miserable! exclamó el pirata echando las manos al cuello á su antiguo contramaestre.

—¡Eh! no sea usted bruto, mi capitan, dijo Antolin asiendo con una fuerza hercúlea las dos manos del corsario y sujetándole: no hagas tonterías, hombre; si yo cuando hemos ido allá en el caballo de palo no me he alzado con todo, ha sido porque soy muy formal, porque no habia para qué, y porque te quiero mucho; porque yo nunca he tenido miedo á nadie y no tenia por qué tenértelo á tí: porque te quiero mucho, hago lo que hago; que si no, ya ves tú, á un pez de mar ancha como yo, ni le haces tú falta ni ningun nacido.

—Me vas á decir ahora mismo, dijo Pánfilo de Veracruz, pálido, centelleándole los ojos y temblándole la barba, dónde está el hijo de la marquesa.

—Te lo diré cuando se haya repuesto la caja de la sociedad, hayamos recogido los pagarés y tengamos un millon para comprar en Liverpool una corbeta, y otro millon para gastarle en carbon vivo: desengáñate, no hay mejor negocio que el que se hace por el agua: pero le has tomado asco á los de tres palos ingleses y andas huido: no importa, hombre, iré yo; tú te quedas en la Habana con tu mujer, y no tienes más trabajo que ir amontonando en un cuarto muy grande hasta que lo llenes, las barricas de dinero que yo te traeré de Africa.

—¡Una corbeta! ¡la Habana! ¡mi mujer! ¡un tesoro! ¡trabajar seis años para no trabajar más! dijo Pánfilo de Veracruz, en quien iba fermentando la tentacion.

—Sí, hombre, sí, y todo lo demás son cuentos: tu mujercita, la real hembra, la marquesa de Santorcaz: ¿no la tienes en prenda su hijo? ¿hay algo que quiera más en el mundo una mujer regular que á su hijo? ¿por qué has de ser tú tonto y dejarte engañar por una chiquilla de diez y ocho años? ¡vaya, hombre, como si tú fueras viejo y feo! ¡como si tú no supieras todas las tunantadas que hay que hacer para que la más lista se enamore de un hombre! como tú la des cuatro buenos pases de muleta, la compones la cabeza y te se pone á la muerte como un borrego: pero ya se ve, tú habrás echado por el estilo noble, y la chiquilla, que sabe más que Brijan, te ha metido debajo del brazo: mire usted quién nos manda á nosotros andarnos con noblezas y con perfiles y con tonterías.

—Antolin, esa mujer me vuelve loco.

—Ya lo sabia yo, y por eso está aquí el loquero.

—¿Pero qué he de hacer?

—Plata, plata y más plata: todo lo demás son coplas: ¿quiere á su hijo y la quieres tú á ella? pues que afloje dinero ó entregue la persona, que no va á dar en ningun mal mozo: y si ella es grande de España, tú eres tres ó cuatro veces excelencia, y allá se van su excelencia y la tuya: y ríete tú, hombre, que si tú no te acobardas y la trasteas bien, la muchacha te querrá que beberá los vientos por tí; yo te lo digo.

—Vamos, Antolin; si yo te digo por dónde podemos

hacer diez millones de reales, ¿me entregarás el hijo de la marquesa?

—¿Palabra de hombre que podemos hacer diez millones de reales?

—Palabra de hombre: pero hay que matar un hombre, Antolin.

—Como si fuera menester matar quince: todo consiste en buscar gente. ¿Cómo se llama el que estorba?

—El banquero don Luis de Céspedes.

—Vamos, ¿y esta es una órden formal de echarle á la otra banda?

—Formal.

—Me parece que hemos llegado á la fonda.

—Sí, hemos llegado, dijo el negrero: entra, come y espérame: yo voy por el documento legal que me garantice esos diez millones de reales.

—Pues te espero comiendo, hijo, contestó Antolin.

Y salió del carruaje.

—A la calle de Fuencarral, casa del marqués de Alpuente, dijo el corsario al criado.

II.

El marqués de Alpuente recibió con ansiedad á Pánfilo de Veracruz.

—Y bien, amigo africano, le dijo; ¿qué hay? ¿has logrado que te quiera la marquesa?

—Dejemos en paz á ese ángel, señor marqués, renuncio á mi empeño, me ha dominado; me ha hecho comprender que no la merezco.

—Pues mira, yo arrostraba por todo, porque María Josefa me tiene vuelto el juicio: pero, á decir verdad, me dolia mucho que mi hija se casase con un futuro ahorcado, ó con un futuro presidiario: porque ténlo por seguro, amigo Pánfilo; tú acabarás por lo uno ó por lo otro, ó por las dos cosas: lo otro despues de lo uno; pero veamos cómo hemos de arreglar nuestro negocio.

—De una manera muy fácil: déme usted la copia de la escritura de hipoteca en garantía de diez millones de reales que se hizo dias pasados.

—Se entiende que tú me entregarás las memorias originales del marqués de Abades.

—Esta misma noche, señor marqués.

—Se entiende tambien, que el bribon de Céspedes...

—Tal vez tambien esta misma noche, ó si no muy pronto.

El marqués abrió su secreter, sacó un pliego de papel sellado escrito por las cuatro caras, y le entregó á Pánfilo de Veracruz.

Este leyó detenidamente la escritura, la dobló, la guardó en su cartera, y dijo:

—Estamos al corriente, señor marqués: voy por las memorias del marqués de Abades.

Y tomó su sombrero.

—Un momento, un momento, amigo africano; quiero saber de qué modo he de ir pagando yo esos diez millones; porque á la verdad, no estoy muy sobrado, y para el primer plazo tendré que recurrir á mi hija; cuando algo me inquieta, quiero saber cuanto antes á qué atenerme.

—Yo necesito seis millones en un plazo de ocho dias contados desde la fecha.

—Pues eso es imposible de todo punto, dijo poniéndose pálido el marqués.

—¡Oh! descuide usted: yo negociaré esta escritura, y tendré antes de tres dias ocho millones de reales perdiendo dos que dejaré de beneficio.

—Pero eso es una usura escandalosa, dijo el marqués.

—No es mucho, no es mucho, respondió el corsario: no pasa de ser un veinte y cinco por ciento.

—Y para que el interés no baje ni un céntimo de ese veinte y cinco por ciento, la casa con quien usted negocie esa escritura procurará realizar los diez millones en el plazo de un año.

—En el plazo de un año deben pagarse, segun las condiciones de la escritura, dijo el negrero.

—Sí, pero yo contaba con la consideracion de usted, señor Pánfilo de Veracruz, si al vencimiento de alguno de los plazos me era imposible hacer frente á él.

—Señor marqués, el amor le tiene á usted muy preocupado y con la imaginacion embotada: esto no tiene nada de extraño; el amor es muy mal enemigo: su encantadora hija de usted, la señora marquesa de Santorcaz, me ha hecho conocer hasta qué punto es un enemigo terrible el amor: la situacion de usted, á poco que usted medite, es fácil y desembarazada: estos diez millones de reales no son ciertamente el precio de la viudez de María Josefa: con infinitamente ménos dinero se obtiene una viudez sin compromiso alguno: lo que vale más de diez millones de reales, dadas las circunstancias, son las memorias del

marqués de Abades, por medio de las que puede María Josefa probar de una manera completa, de una manera que no deje lugar á la más leve duda, que es hija del marqués de Abades; si yo no estuviera tan necesitado, tan comprometido, yo no hubiera malbaratado este negocio: á pesar de todo lo que he dicho á usted, si yo no habia hecho uso de estas memorias, era porque las guardaba para explotarlas magníficamente cuando María Josefa quedase viuda, y á causa del testamento recíproco que existe entre María Josefa y Céspedes, María Josefa heredase el inmenso capital del banquero: pero las circunstancias se han hecho apremiantes: ha influido en mí el amor que me ha inspirado su hija de usted, y lo repito; he malbaratado esas memorias; he hecho un malísimo negocio: usted puede hacer un negocio doble, marqués: María Josefa dará lo que la pidan por esas memorias, y su madre la duquesa de Santaren, que está en Asturias, que adora aún á pesar de sus años al marqués de Abades, que sueña con su perdida hija y que es riquísima, será tambien espléndida con el que le arroje su hija en los brazos y le procure de este modo una sabrosa venganza de la larga crueldad del marido: el marqués de Abades además, segun se dice, está á punto de apoderarse del gobierno; y ya ve usted de qué modo puede explotarse á un Presidente del Consejo de Ministros: por eso voy á negociar mañana mismo esta escritura, con la seguridad de que en nada perjudico á usted: todos habremos salido de nuestros atolladeros, y usted habrá salido mejor que nadie, porque si sabe usted manejarse puede usted sacar á este negocio un doscientos por cien-

to de beneficio: pero si quiere usted hacerle producir todo lo posible, debe usted hacerlo por segunda mano: si usted quiere, yo buscaré una persona aprepósito que lo hará á las mil maravillas, por el solo interés de uno, dos ó tres por ciento de comision: cuando venga á traer á usted las memorias, hablaremos acerca de esto: no se impaciente usted si tardo dos, tres, cuatro ó cinco horas; porque puede suceder que me entretenga algo en servicio de usted; dé usted órden á sus criados de que le pasen recado de mi parte á cualquier hora de la noche que yo venga, y adios, que me están esperando para lo del banquero.

El corsario entró en su carruaje y se hizo llevar á la fonda de Madrid.

III.

En uno de sus gabinetes, el contramaestre Antolin continuaba embaulando todavía, á pesar de que hacia una hora que estaba comiendo.

—Gracias á mi buen apetito y á que el cocinero de esta fonda, que yo no conocia, es un gran cocinero, no me he impacientado esperándote, dijo el contramaestre.

—Límpiate bien los ojos, Antolin, dijo el corsario, y prepárate para recibir una gratísima emocion: mira hasta qué punto nos favorece la fortuna.

Y sacando la cartera y de ella la escritura, la presentó á Antolin.

Este dejó el tenedor y el cuchillo sobre el plato, se

limpió la boca, bebió una enorme copa de Burdeos, sacó una caja de hierro, y de ella unas antiparras, se las puso, alzó la cabeza y retiró la escritura para leerla á una gran distancia en relacion con el estado de su vista.

De tiempo en tiempo mientras leia la escritura, Antolin producia una especie de gruñido de satisfaccion.

—¡Bravo! dijo doblándola despues de haberla leido: ¡magnífico! la firma del marqués de Alpuente es una gran firma: me quedo con esta hipoteca: mañana la negocio en ocho millones al contado, ó cuando ménos en buenas firmas á corto plazo, cubrimos la caja de la sociedad, retiramos los pagarés, y se le envian veinticinco mil duros á mister Glandstone de Liverpool, como anticipo á cuenta del precio de un brik-barca de dos mil toneladas con seis carronadas de á cuarenta y ocho por banda, y dos miras de proa de á ochenta; construccion Clipper, valor de millon y medio, á la que pondremos por nombre *Buena Fortuna*, que deberá estar botada al agua y pronta á recibir el equipaje dentro de seis meses: cuando se reciba el aviso ya tendré yo contratados cien buenos muchachos, me los llevaré en un bergantincillo que fletaremos, llego á Liverpool, me meto en nuestro barco, me pongo en franquía, y dentro de nueve meses habremos hecho plata mil negritos de primera: esto es lo que debemos hacer, mi querido Pánfilo, y dejarnos de tonterías: no te llevaré caro; doscientos pesos de sueldo, el diez por ciento de comision y un rinconcito del barco para mi pacotilla: tú entretanto puedes estarte tendido en tu hamaca mascando hoja madura de la Vuelta de Abajo, y mirándote en los ojos de tu marquesita; dentro

de dos años, con lo que ella tiene y con lo que yo te habré ganado, capitalista por mayor: podrás redondearte, retirarte y darte todo el tono que quieras: has nacido de piés, hijo mio: tienes una fortuna que encoleriza y abre las ganas de comer de una manera atroz; como que me parece que no he comido nada, y que tengo hambre de quince dias: ¡hola, camarero! ¡camarero! un capon trufado y un cubierto para este señor.

—Nada, dijo Pánfilo de Veracruz: la cuenta.

—¡Cómo que la cuenta! ¿me dejas á medio comer y tú no comes? ¡bah, bah! tú estás malo.

—La cuenta, dijo el corsario de una manera tal, al camarero, que éste salió.

—Lo dicho: tú estás muy enfermo, Pánfilo, dijo Antolin: te se ha metido en los cascos la marquesita y te ha vuelto loco.

—Es necesario ser un tiburon como tú para tener ganas de comer en estas circunstancias: tú has echado una alegre cuenta con esos ocho millones; pero te has olvidado de poner á la cabeza la negra partida de lo que cuestan.

— ¡Ah, sí! el banquero.

—Silencio, que oigo pasos.

—Entró el camarero y presentó una larga cuenta al corsario.

La pagó éste, y sin dejar comer los postres á Antolin, salió con él de la fonda y se metieron en el carruaje.

—A la entrada de la calle de Zurita, dijo Pánfilo á su cochero.

IV.

—¡Ah! ¡ya! dijo Antolin: no quieres dejar para luego el negocio.

—De las cosas comprometidas y negras, cuanto antes se salga, mejor, dijo el corsario.

—¿Cómo te parece que se haga? dijo el contramaestre.

—Un metido seguro y por la sombra.

—¿Tú ó yo?

—Ni uno ni otro: seria un disparate: por seis ú ocho onzas tendremos quien lo haga tan bien como cualquiera de nosotros pudiera hacerlo.

—¿Y cuándo?

—Esta noche á las doce.

—¿Sabes si ha ido á alguna parte nuestro hombre?

—Se le saca.

—¿Y quién va á ser el sacatrapo?

—Una real moza á quien tiene de un humor muy negro Céspedes: su querida.

—¿Y quién es la querida de ese bribon?

—¡Bah! no conoces otra cosa en Madrid: es la Dolores García, la de las Américas Viejas, la hija de aquel miserable tio Picaño que parecia un mendigo, y que cuando murió dejó á su hija tres millones de reales.

—¡Diablo! pues esa hembra me ha quemado á mí mucho la sangre, me ha tenido entretenido mucho tiempo, y me ha costado en regalos muchas mejicanas: está tonta, y loca, y borracha por un bribonzuelo, que si me descuido una noche me limpia de una buena: pero fuí generoso;

me contenté con ponerle blando como una breva á puntapiés, y como yo no queria comprometerme, y la tal moza es un compromiso más negro que un cargamento de bozales, dejé su fondeadero y tomé á todo trapo la vuelta de afuera: pero es tan buena concha la tal chiquilla, y tiene tan buen anclaje, que siempre que me acuerdo de ella se me va un suspiro que si cogiera por la popa á un real de tres puentes, le haria andar diez millas en un minuto: ¿conque la Dolores tiene tratos con ese señor á quien es menester escabechar?

—Y tres muchachos, Antolin.

—Que el hombre creerá que son suyos; porque lo que es ella es una pieza que ni la culebra grande de la mar: ¡válgame Dios, y qué hembra tan oscura y tan rebelde y tan indina! por eso la quiero; porque hay que pelear con ella más que con un barco malo que se duerme, y no hay pilotin que le haga cumplir con su obligacion: á mí, las mujeres que se les entiende y que son unas infelices, no las quiero ni me hacen gracia; pero la Dolores, ¡ya, ya! sabe más que una rata vieja de sentina.

V.

En aquel momento el carruaje se detuvo á la entrada de la calle de Zurita: salieron de él Antolin y Pánfilo, y este último dijo á su cochero:

—Retírate: no te necesito ya más por esta noche.

Y capitan y contramaestre bajaron por la pendiente calle de Zurita, el uno delante y el otro detrás y en silencio.

Eran más de las diez de la noche, y hacia un frio horrible.

Al extremo inferior de la calle llegaron junto á una taberna, á tiempo que iban á cerrarla; porque entonces se hacian cerrar las tabernas á las diez y los cafés á las doce, so pena de una fuerte multa.

El gobierno gobernaba tan mal, que tenia miedo y procuraba que la gente se acostase temprano.

Habia conspiraciones, y el gobierno temia que se conspirase en las tabernas y en los cafés.

VI.

—Entra, dijo Pánfilo á Antolin, pregunta por el Grullo, y si está, que te lo echen fuera.

—En oliendo el Grullo que yo le busco, se mete siete brazas debajo de tierra, de miedo de que le dé otra vuelta de puntapiés como la que sufrió por la Dolores.

—Anda, hombre, anda, y no tengas tanto amor propio: el Grullo es un buen muchacho que no niega la cara á nadie, aunque sepa que va á llevarla: anda y no seas pesado; aquí te espero.

Antolin llegó á la taberna á punto que el tabernero iba á cerrar la puerta: habló con él, entró, y á los cinco minutos salió con un hombre alto, con sombrero calañé y liado en una torera.

La taberna se cerró en cuanto salieron.

—Pues amigo, dijo el del sombrero calañé á Antolin: me ha dado usted por la mitad del gusto buscándome, porque tenemos que ajustar unas cuentas atrasadas, y si

no las hemos ajustado ya, fué porque usted se me hizo humo: ¿qué se le ofrece á usted, amigo?

—¡Grullo! dijo la voz seca y profunda de Pánfilo.

Grullo se detuvo y tembló de los piés á la cabeza al escuchar la voz del corsario.

—Vénte aquí á mi vera, dijo Pánfilo, y vámonos la calle abajo, que tenemos que hablar algunas palabras que interesan.

—Vaya, señor, dijo el Grullo acercándose al corsario y descubriéndose por un momento; no sabia yo que iba á encontrar tanto bueno á estas horas: ¿en qué puedo servir á usted? ya sabe usted que puede mandar con confianza.

—Echa á andar, chiquillo, y abre bien los oidos.

—Pues empieze usted, señor, que ya escucho.

—¿Cómo te va con la Dolores?

—¡Calle usted, señor! es una mala hembra que nadie la mete por vereda: ella era dura de pelar; pero desde que se la casó el compromiso antiguo, el pagano, ya sabe usted, el pillo del banquero Céspedes, no hay cristiano que la pueda aguantar: y cada dia más ruin y más miserable; como si la pobrecita no tuviera sobre qué caerse muerta: calle usted, señor: cuando á uno se le rompe la ropa, ella la compra, y me tiene con solo lo puesto para que no pueda empeñarlo: me dá el tabaco en especie, y me paga el gasto de la comida y de la bebida en la taberna del Grillo, donde estoy á pupilo: pero dinero, por las nubes; ni un cuarto, señor: ya ve usted, un hombre tiene compromisos, y le gusta quedar bien en todas partes, y para tener una onza, ya sabe usted lo que tengo que ha-

cer: exponerme á que un dia salga mal un negocio y me armen un lio que vaya á desenredarlo á Ceuta ó al Campo de Guardias: mire usted, si yo no tuviera la esperanza de casarme alguna vez con ella y hacerla vomitar el dinero con las entrañas, lo que es yo hubiera dejado ya este belen, que no me tiene cuenta, y que me hace pasar muchas sofocaciones, porque al fin y al cabo, ella es una mujer que ha perdido la vergüenza, se ha acostumbrado á las zurras, y no hay diablos que la sujeten ni la hagan tener buena conducta.

—¿Y no lo conoce esto don Luis?

—¡Cá! don Luis es un hombre de bien, quiero decir, un tonto que se tiene en mucho, y cree que por su persona y por su dinero la Dolores está loca por él en el mundo: ¡ya lo creo! como que ella es una tunanta y le busca las vueltas, y por la cuenta que le tiene le hace creer que está enamorada: y mire usted si es Bartolo el don Luis, que á más de lo que le tiene dado, que pasa de dos millones de reales, le ha hecho una escritura de dejarle mientras viva la renta de cuatro millones cuando muera para los chavales, porque Dolores dejara inutilizar el reconocimiento que de los chiquillos habia hecho el don Luis: ¡y por vida de!... el Antoñuelo es hijo de Paco el sangrador: el Luisillo resultó de unas conversaciones que tuvo la Dolores con un inglés que daba el salto mortal en la cuerda en el Circo, y la Margarita es hija mia: ¿pero qué quiere usted? cuando una mujer le hace comerse á un hombre la torta de Belen, pasa esto y mucho más.

—Mira, me has dado una noticia que me gusta mucho,

con lo de que Dolores tiene que recibir cuatro millones de reales cuando muera Céspedes.

—¿Sabe usted, señor, dijo Grullo, que me parece que don Luis no va á vivir mucho? si no le mata esta, le mata la otra.

—¿Y cuál es la otra?

—¿Quién ha de ser? su mujer, la Pepa, la querida del pobre Chopito que Dios haya perdonado: la Pepa es quince veces más mala que la Dolores: sólo que tiene más talento y mejor conducta: ¡válgame Dios y lo que les pasa á los hombres por las mujeres, y sin escarmentar! nos emborrachan, señor, nos emborrachan, y hacen de nosotros lo que les da la gana, y cuando uno se acuerda se encuentra con el dogal á la garganta como Chopito.

—¿Cómo andas de dinero, muchacho?

—Eso le iba yo á decir á usted, pero no me atrevia: estoy comprometido, y me vendrian tres onzas mejor que á un santo dos luces.

—Toma doce, dijo Pánfilo poniendo en la mano al Grullo un puñado de oro.

—Vamos, ¿y qué hay que hacer? dijo el Grullo; porque usted me dará estos metales por algo.

—¿Vienes aviado?

—Yo, señor, siempre llevo encima el santo ólio.

—Pues méteselo esta noche donde no pueda decir ni Dios me ampare á don Luis de Céspedes.

—¿Y por dónde va á pasar don Luis de Céspedes esta noche?

—Ponte en observacion de la casa de Dolores, y cuando salga le sigues; donde te venga bien le haces el espan-

to, le administras la uncion y te escurres por la sombra: mira cómo lo haces, que á nadie más que á tí importa el no comprometerte; que lo que es á mí, aunque tú te fueras del seguro, no podrias decir nada que diera luz.

—¿Y quién sabe quien es usted? lo que es yo á usted ni le he visto nunca la cara, ni sé cómo se llama, ni le conozco más que por la voz y por la contraseña.

—¿Sabes cómo se llama el que viene con nosotros?

—Tampoco, y me importa: con esta vez que le he visto son dos veces: la otra le ví en conversacion con la Dolores; y como yo la quiero y estaba un poquito tomado, la tomé con él y él la tomó conmigo, y me dió una felpa, que no se me quitó lo negro en seis meses: la pregunté despues á la Dolores quién era, Dolores me dijo que no me importaba saberlo, se cerró á banda y fué menester dejarlo.

—Más vale así: ya sabia yo que no podias comprometernos: con que ya sabes lo que hay que hacer: no me hagas una charranada quedándote con el dinero y yéndote á dormir á tu casa, porque si esta noche no le quitas los espíritus vitales á don Luis, te encuentras donde ménos te pienses y aunque te escondas, un pasaporte de los que no tienen refrendo más que en el otro mundo.

—Descuide usted, señor: que lo que es como don Luis salga de casa de Dolores esta noche, no llega por su pié á la suya.

—Pues sea, vete, y á cumplir bien.

—Descuide usted, señor; buenas noches.

VII.

Estaban en la extremidad inferior de la calle de la Comadre.

Grullo se metió por ella y se alejó.

Cuando le hubieron perdido de vista el corsario y su contramaestre, que se habian detenido en la esquina, entraron tambien por ella, y á poca distancia, á la derecha, se detuvo Pánfilo delante de un casucho que sólo tenia piso bajo, y llamó á su puerta.

—¡Calla! dijo Antolin: ¿y para qué buscas tú á la tia Furriela? ¿crees que te he engañado y que todavía está aquí el chiquillo de la marquesa?

—No, ya sé que tú no mientes: voy á enviarla á que llame á Dolores.

Se abrió entonces la puerta, y sobre un fondo oscuro y á la luz de un cercano farol del alumbrado, se destacó la repugnante figura de una vieja horrible.

—¿Quién es y qué se ofrece? dijo.

—Soy yo, Furriela, soy yo, contestó Pánfilo.

—¡Ay, señor, que usted no sabe la desgracia que me ha sucedido! dijo temblando aquella harpía: pero yo no tengo la culpa: ha sido el señor Antolin, que si no le entrego pronto el niño, me ahoga.

—No se trata ahora de eso: ya me lo ha dicho Antolin, que está aquí conmigo.

—¡Lástima que no te hayas estrellado, ó no te hayan dado mal tiro, bribon! dijo la vieja.

—¡Bah! pelillos á la mar: vístete y vete casa de la Do-

lores García, y que se venga contigo, dijo el corsario.

—Hasta más tarde no puede ser, porque ya he ido yo á su casa para otro negocio y me dijeron que estaba en el teatro Real; pero allí la puede encontrar su merced.

—¿Y cómo diablos encontrarla?

—¡Toma! en el palco principal, número 15, que lo tiene abonado su compromiso.

—Vaya, pues nada más: buenas noches, tia Furriela.

VIII.

Media hora despues, uno de los sirvientes del teatro Real, abria á Pánfilo el palco principal, número 15.

En él, sola, vestida con una elegancia de mal gusto, habia una jóven como de veintitres años, morena, fresca y hermosa, pero de expresion ordinaria.

Al ver á Pánfilo que levantó el portier del antepalco, se puso pálida y frunció el entrecejo.

—Ven al antepalco, le dijo el corsario dejando caer el portier que habia levantado.

Dolores pasó al antepalco.

—Es necesario, la dijo el pirata, que te pongas mala.

—¿Y para qué me he de poner yo mala, don Santiago? lo he estado y mucho, por la infamia que me ha hecho ese pillo de Céspedes.

—Pero te han curado cuatro millones de reales.

—¡Qué quiere usted! ha sido necesario conformarse con eso: del agua vertida la recogida.

—Ponte mala otra vez.

—Pero ¿para qué?

—¿Para qué? para irte ahora mismo á tu casa.

—¿Y para qué tengo yo que ir ahora á mi casa?

—Para escribirle una carta á Céspedes.

—Vaya, pues como usted no se explique, yo no entiendo una palabra.

—Le dices que te ha dado un accidente, que estás muy mala, muy mala, en peligro de morirte, y que no quieres morirte sin verle: haz la letra gorda y temblona, y enseña bien el papel que ha de hacer cuando vaya á llevar la carta á don Luis la vieja bribona que te sirve: no la envies hasta que hayan dado las doce de la noche.

—¿Y qué hago yo cuando don Luis vaya?

—Le armas una pelotera de las tuyas, le sofocas y le obligas á que salga á escape.

—¡Ah! exclamó Dolores de una manera larga y con una alegría concentrada: ¿y no habrá compromiso?

—Ninguno, chiquilla, ninguno; pero cuida de quitarle la carta que le hayas escrito, que probablemente la llevará en cima; y quémala.

—Descuide usted, don Santiago, descuide usted, y muchas gracias: ya se me habia á mí ocurrido esto, pero no sabia cómo hacerlo: ahora mismo me voy á casa, me pongo mala, y aunque don Luis y yo estamos muy reñidos desde que se casó con la bribona de la Pepa, en cuanto yo le escriba que me estoy muriendo, le falta tiempo para ir á verme; porque á quien quiere don Luis es á mí: si se casó con la otra, es porque la otra le dió algo para volverle loco.

—¿Y á tí qué te importa? á quien tú quieres, á quien has querido siempre, es al Grillo.

—Verdad que sí.

—Pues bien, con los tres millones que te dejó tu padre, con los dos que has sacado á Céspedes, y los cuatro que ha puesto á tu nombre en el Banco, porque rompas el reconocimiento de tus hijos y le dejes en paz, eres una capitalista respetable y puedes darte gusto casándote con Grullo.

—Sí, sí, señor; pero de nueve millones á más de ciento veinte, me parece que ya se conoce la diferencia; ¡y pensar que esa bribona de Pepa se va á calzar con todo! vaya, yo no puedo ver á don Luis, ni le he podido ver nunca; pero cada uno tiene su amor propio, y no me hubiera estorbado casarme con don Luis: ya me ha hecho dos malas pasadas; la de Filomena y esta.

—Por la de Filomena te dió dos millones y por esta cuatro: si te llega á hacer la tercera le sacas diez, y si se llega á casar contigo se lo quitas todo: hay hombres que nacen con suerte, y el tal don Luis es uno de ellos; pero adios, chiquilla, hasta mañana, que almorzaremos juntos: ya sabes que yo te quiero bien.

—Y yo á usted, don Santiago; bastantes pruebas tiene usted de ello.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y aquellos dos piratas de distinto sexo se dieron un fuerte apreton de manos, y Pánfilo de Veracruz salió del palco, y poco despues del teatro.

CAPÍTULO XXIV.

Un negocio gordo concluido y otro negocio gordo empezado.

I.

Dieron las doce con el intervalo de algunos minutos en el reló de la Plaza Mayor, en el de Palacio, en el de Santo Tomás y en el del Buen Suceso.

Todos estos relojes se oian desde la calle de Atocha, donde vivia el banquero Céspedes.

Estaba éste en su cuarto de muy mal humor y arreglando papeles, haciendo legajos, clasificando billetes de Banco.

Se preparaba para un viaje cuya duracion ignoraba.

Se iba á París en busca de Pepa que se habia obstinado en no volver de allá, y amenazaba á su marido con que se iria á Lóndres en el momento que él se atreviese á ir á París, y de Lóndres, si á Lóndres la seguia, á los Estados-Unidos, y de los Estados-Unidos á los quintos infiernos si Céspedes se obstinaba en perseguirla.

Apoyaba su resolucion Pepa, en que no podia vivir decentemente con un hombre que la habia engañado, y

del que habia sabido cuando ya era tarde, cuando acababan de casarla con él, que tenia una querida, y de aquella querida tres hijos.

Céspedes tenia en la cartera un billete de asiento de berlina de la Mala de Francia, en la que debia salir al dia siguiente á las ocho de la noche.

Por eso, y porque no sabia durante cuánto tiempo le haria estar viajando tras ella su terrible mujer, hacia tres dias que estaba arreglando sus papeles y sus valores, sus negocios, en fin, y habia escrito una larga instruccion para inteligencia de su cajero, que debia quedar encargado de la casa.

Céspedes habia firmado una circular para sus corresponsales, acreditando su firma durante su ausencia.

Don Luis, al dar las doce, habia arreglado sus últimos papeles, habia puesto su última nota á su instruccion para su cajero, y todo quedaba claro, clarísimo: podia morirse cuando gustase sin que fuese perjudicado su heredero por un solo negocio oscuro.

II.

Hay cosas que espantan, cosas que parecen presentimientos, y lo que acababa de hacer Céspedes era una de ellas.

No parecia sino que habia adivinado el terrible lazo que se le tendia, y que no pensaba defenderse de él.

Habia algo de esto: más que presentimiento, un verdadero temor: sólo que Céspedes esperaba el golpe de otra parte: de parte de Pepa.

Habia comprendido que Pepa no le amaba, que le habia engañado, que se habia valido del pretexto de sus antiguas relaciones con Dolores para romper con él.

Comprendia la perversidad de Pepa, y lo temia todo.

Sin embargo, no habia dejado de amarla.

Por una aberracion hija de la pasion, á medida que Pepa se presentaba á sus ojos más terrible, la adoraba más: esta es la frase; porque el enloquecimiento de Céspedes por Pepa, era ya una adoracion idólatra.

El recuerdo de su candente hermosura, realzada por la terrible energía de su carácter, fijo en la imaginacion sensual de Céspedes, le embriagaba, le enloquecía.

Tenia sed, una sed rabiosa de la hermosura de Pepa: sabia lo peligrosa que era, y sin embargo, deseaba acercarse á ella: sabia que era posible que Pepa se deshiciese de él de una manera oscura, y su amor, su insensato amor hacia que este temor no existiese, sino para que Céspedes, preveyendo una catástrofe, procurase dejar tan claros sus negocios, que en nada fuese perjudicada su heredera.

Extraña y terrible inversion del sentimiento: hasta tal punto llegaba la terrible pasion de Céspedes por Pepa, que suponiendo que ésta le asesinase, la perdonaba de antemano, y procuraba todo lo que á ella convenia, de la misma manera que por una buena esposa un marido amante que va á arrostrar necesariamente un peligro de muerte, se afana y procura asegurarla su porvenir y sus derechos.

La abnegacion del amor llega hasta lo absurdo: porque el amor no es otra cosa que la pérdida de la voluntad

y de la libertad, absorbidas por un sér que ha llegado á constituirse en nuestro sér propio.

Céspedes estaba desesperado.

Pepa, su cómplice anónima, por decirlo así, en el asesinato de Filomena, era su castigo, su infierno.

Para Filomena, Céspedes no tenia un solo recuerdo.

Para Céspedes, fuera de Pepa, nada existia.

Si Pepa no le hubiese engañado; si le hubiese amado, Céspedes hubiera obtenido por resultado de un crímen infame una felicidad inmensa.

Pero la lógica de los sucesos y de las cosas, lo que se llama fatalidad necesaria, es la santa é inmutable Providencia de Dios; la justicia coexistente con Dios en el tiempo antes de que existiese el universo; la perfecta armonía entre las causas y los efectos.

Céspedes, autor de un crímen cobarde, de un crímen para el cual era necesario un corazon seco y corroido, encontraba su castigo en el crímen mismo.

Pepa, que habia contribuido á que Filomena fuese sofocada, ahogaba á Céspedes.

La justicia de Dios no podia resplandecer de una manera más sombría.

Dios, por un misterio de su voluntad, puso en el corazon humano el mal y el bien: quiso representar en la tierra la gigantesca lucha de los cielos, en que Luzbel sucumbió con los arcángeles rebeldes.

El drama horrible y sombrío ha sido creado por Dios en la eternidad.

III.

Dieron las doce y media.

Se oyó entonces un fuerte golpe en la puerta de la casa.

Aquel golpe se repitió con impaciencia, y progresivamente con más fuerza.

Latióle violentamente el corazon á Céspedes.

—¿Será Pepa que vuelve? dijo: ¿la habrá conmovido mi última carta?

Generalmente no pensamos en otra cosa más que en aquella que nos preocupa.

Céspedes abrió apresuradamente un balcon.

—¿Quién es? dijo.

—Soy yo, don Luis, contestó una voz de vieja: mande usted que me abran, que urge mucho.

—¡La criada de Dolores! dijo con disgusto Céspedes: ¿qué querrá á estas horas? ¿qué sucederá?

Y como Céspedes tenia grandes motivos para temer á Dolores, contestó:

—Espere usted, señora Pascuala, que voy yo mismo á saber qué es eso.

Céspedes cerró el balcon, encendió una bujía, fué á la puerta del cuarto, tomó la llave de la puerta de la casa que estaba colgada de un clavo, bajó y abrió.

IV.

La señora Pascuala entró gimoteando: llevaba perfectamente aprendido su papel.

—¡Ay Dios mio, qué desgracia! dijo: ¡no tiene usted perdon de Dios, don Luis! ¡usted tiene la culpa!

—¿Pero qué sucede? dijo don Luis cerrando la puerta de la casa.

—¡Pobrecita de mi alma, que se muere! exclamó la vieja llorando á lágrima viva! ¡maldito sea el primer hombre! ¡y para esto los queremos las mujeres!

—¿Pero qué sucede, señora Pascuala, qué sucede? dijo alarmado Céspedes.

—¡Qué ha de suceder, sino que mi ama, la desdichada, ha vuelto á recaer del tártago que la dió cuando le vió á usted casado con la otra, y ha llamado al médico y el médico ha dicho que se la dé á escape la santa Uncion!

—Calle usted, señora Pascuala, calle usted, que no puede ser eso, dijo Céspedes poniéndose pálido, porque durante muchos años habia amado á Dolores, y la creia madre de sus hijos, en lo que no se engañaba, tomada la frase en su rígida seccion gramatical.

—Aquí está esta carta que la pobrecita ha escrito, un vahido se le va y otro se le viene, yo no sé cómo y sacando fuerzas de flaqueza, dijo la vieja entregando una carta á don Luis.

Este dió la bujía á la señora Pascuala, y abrió temblando la carta.

«Ven al instante, decia, si quieres verme viva: tú me matas y no quiero morir sin tener el consuelo de verte por la última vez.»

Esta lacónica carta estaba escrita con letras gordas, irregulares, hechas al parecer por una mano trémula.

—Suba usted, suba usted, señora Pascuala, dijo Cés-

pedes con la voz alterada, dominado por la situacion: voy á ponerme la capa y el sombrero, y á irme con usted.

V.

Cinco minutos despues, Céspedes salia de la casa con la señora Pascuala, cerraba la puerta, y en paso largo se dirigia con la vieja á la plazuela del Rastro.

Nadie en la casa se habia apercibido de la salida de Céspedes: estaban todos en el primer sueño y no habian oido los golpes que la vieja habia dado á la puerta.

Céspedes, al vestirse, se habia metido instintivamente en los bolsillos un par de pistolas.

Al pasar por delante de los soportales de la calle Imperial, un hombre que estaba escondido detrás de los pilares, dijo con voz ronca y lúgubre:

—Ya va para allá; lo que es menester ahora es que Dolores me le eche pronto fuera; hace frio.

Y cuando Céspedes hubo desaparecido, aquel hombre salió de los soportales y tomó á su vez el camino de la plazuela del Rastro.

VI.

En ella, delante de una casa nueva, se detuvo la señora Pascuala, abrió la puerta, tomó una bujía que en su palmatoria habia quedado encendida en el portal, subió al primer piso, abrió la puerta de su único cuarto, dejó pasar á Céspedes, y éste penetró rápidamente en el interior, llegando á un gabinete.

Al entrar en él, vió con sorpresa á Dolores tranquila,

en completo estado de buena salud, sentada junto á la chimenea.

—¿Qué significa esta carta? dijo Céspedes sacando del bolsillo la que le habia dado la vieja.

—Esto significa, dijo Dolores levantándose, arrebatando la carta á Céspedes y arrojándola á la chimenea, cuyo fuego la devoró en un instante, esto significa que para que vengas á verme ha sido necesario decirte que me estoy muriendo: pues no, hijo mio, no; ya ves qué buena y qué sana estoy, y que no pienso en morirme para darte gusto: yo soy la que voy á tener el gusto de verte enterrado.

—Para esto no era necesario haberme dado un susto que aún no me ha salido del cuerpo.

—¡Asustarte tú, hijo mio! ¡asustarte tú por mí! ¡cá! mientras no se muera la señora doña Josefa, aunque se muera medio mundo te quedas tú tan fresco como una lechuga: ¡bonito es el mozo para asustarse por nada, como no sea por la cocinerota! ¡vaya! que la duela una uñita á doña Pepa, y entonces sí que se le apretará el corazon á mi hombre: y ella te paga, eso sí; por no verte, por no tener un espantajo al lado, te se ha ido con otro.

—¡Dolores! exclamó poniéndose pálido de cólera Céspedes.

—¡Pues vaya! como que no: como que crees tú que ella se ha casado contigo loca de enamorada; como que estás hecho todo un buen mozo: eso sí: ¡y jovencito! como que todavia no has mudado los ojos: se ha casado con tus millones, tonto, para comérselos con su cariño y dejarte á tí con un palmo de narices.

—¡Mientes! dijo Céspedes empezando á sulfurarse: Pepa no quiere á nadie.

—¡Bah, bah, bah! como que ahora las chicas guapas están así vacantes para que lleguen estos viejos panzudos á sacarlas de penas: ¡lo que es el amor propio, señor! ¡como si no hubiera espejos para que se miraran la cara estos carcamales!

—No te he puesto nunca la mano encima, dijo empezando á perder la reflexion Céspedes, y estás dando lugar á que yo te ponga de una manera que sea menester que traigan la Uncion por el aire.

—¿Quién? ¿usted á mí? dijo Dolores acercándose á Céspedes y metiéndole los dedos por los ojos con todo el desenfado y con toda la irritante bravura de una manola de rompe y rasga: ¡pegarme usted á mí! vaya, hombre, si eso no puede ser; si no trae usted la licencia; si usted es un trapo que me da vergüenza que se haya usted llevado la flor de mi juventud; si quien le va á matar á usted, escandalizándole donde quiera que lo encuentre, armándole cada belen que tiemble el Consistorio voy á ser yo: pues me hace gracia: á mí me van á traer el santo Ólio porque usted quiera, señor; ¿y quién le ha contado á usted eso? ¡ea! á ver lo que se hace y cómo se arregla el negocio que tenemos entre manos, ó va á haber una que va á ser sonada.

—Mira, Dolores, dijo Céspedes que estaba lívido de cólera: no te saco la mala lengua podrida que tienes, porque para mí ya no existes en el mundo: te he dado lo que me has pedido porque calles, bribona, y quieres asustarme para que te dé más: te conozco, y te advierto que

te engañas: déjame en paz, y como si los dos nos hubiéramos muerto: ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aquí; has de estarte muriendo; he de saber yo que con venir á verte te pones buena, y no he de venir; hemos concluido: ni una palabra más: adios.

—Vaya usted con Dios, y no se caiga por las escaleras, dijo con insolencia Dolores: ya sabrá usted quién soy yo, y me parece que no va usted á tardar mucho en saberlo.

Céspedes no pudo comprender aquellas horribles palabras.

Salió irritado, le abrió en silencio la vieja, y tomó la plazuela del Rastro arriba hácia la calle de Toledo.

Al doblar Céspedes la primera esquina, para tomar la calle de los Estudios de San Isidro, echó apresuradamente mano á una pistola y la amartilló.

Aquel trozo de calle estaba casi á oscuras, y habia impuesto algo de cuidado en Céspedes.

Una vez con la pistola armada en la mano, adelantó.

De repente, del hueco de una puerta salió un hombre embozado, se arrojó sobre Céspedes y le dió tan terrible, tan violenta puñalada en el pecho con un arma tal y tan afilada, que Céspedes creyó que sólo le habian dado un puñetazo.

Al retirarse aquel hombre para huir, Céspedes disparó.

Esto fué tan rápido, que tiro y puñalada se sucedieron casi sin intermision.

El hombre que habia herido á Céspedes dió un tre-

mendo salto, exhaló un rugido, y cayó inerte en medio de la calle.

Céspedes vaciló, y apenas tuvo tiempo de comprender que habia sido herido de muerte, y cayó de espaldas.

Sonó el pito de un sereno, luego otro y otros en distintas direcciones.

Poco despues, estaban cinco ó seis de ellos en el lugar de la catástrofe.

Los dos, esto es, Céspedes y el Grullo, estaban inmóviles.

Céspedes respiraba aún, aunque levemente, y de su costado izquierdo salia violentamente la sangre por encima de la camisa.

El Grullo estaba muerto, con la parte superior del cráneo levantada de un tiro.

En la mano derecha, crispada, tenia una navaja corta, ancha, de figura de boca de hacha, de punta aguda sacada en media luna; una de esas navajas de asesino, que se conocen bajo el crispante nombre de santo óleo.

Pocos instantes despues de haber llegado los serenos, Céspedes no respiraba ya, y empezaba á ponerse frio.

En la mano tenia una pistola pequeña de bolsillo, de bala forzada.

Cuando sobrevino el juez, cuando al hacer la fé de libores se registraron los cadáveres, entre lo que se encontró sobre ellos, se hallaron en un bolsillo de la chaqueta del Grullo doce onzas mejicanas.

Esto indicaba un asesinato pagado; pero el asesino estaba mudo.

El hilo del crímen se habia roto, y la justicia huma-

na tuvo que reducirse á enterrar á los cadáveres, y dejar á cargo de la justicia de Dios el castigo del fautor ó fautores de aquel asesinato.

IV.

A la una Pánfilo de Veracruz, que estaba cenando en el Casino, recibió el siguiente recado de uno de los camareros:

—Señor Rodriguez de Angulo, su carruaje le espera.

—¡Tan pronto! dijo para sí el corsario.

Acabó de cenar, se levantó, salió y entró en el carruaje.

En él habia un hombre: aquel hombre era Antolin.

—A casa, dijo el corsario.

El carruaje partió.

—Asunto concluido, dijo Antolin.

—¿Decididamente concluido?

—Ninguno de los dos ha podido decir una sola palabra.

—¿Cómo los dos?

—Sí; al recibir la puñalada en el corazon, Céspedes ha largado un tiro al Grullo y le ha levantado la tapa de los sesos.

—Pues que sobresean, y á otro asunto: pocas veces salen estas cosas tan bien como esta: tenemos suerte, Antolin; yo estaba con un poco de cuidado; porque no se sabe si puede quedar un cabo suelto.

—A otra, que lo que es esta está ya concluida de todo

punto: adivina quién te dió, ó mejor dicho, quién mandó que te diesen.

—Vamos á otra cosa, Antolin: ¿y el hijo de la marquesa?

—Ya que te se ha puesto hacer la tontería de desarmarte, mañana aparecerá sin saber cómo en la misma casa de los pobres labriegos de donde tú lo hiciste robar; yo no haria eso: estás enamorado como un loco de la marquesita, y ella, como es natural, quiere á su hijo, y mucho más que otra madre cualquiera, porque es un hijo de contrabando; yo la diria: por el hijo la mano; cuando yo sea marqués de Santorcaz tendrá usted su niño; de otro modo, no, señora mia: ya que yo sufra el dolor de que usted no me quiera, sufra usted el de no saber lo que ha sido de su hijo. Mira que aparte de lo que te vuelve loco como mujer la marquesita y aparte de la grandeza de España, el marquesado de Santorcaz tiene de renta más de dos millones de reales: y luego á tí, hombre político importante, amigo íntimo de nuestros prohombres, personaje de cuya responsabilidad nadie duda, gran cruz y gran millonario, segun creian todos, y verdaderamente millonario hoy, gracias á la Pepita, te conviene mucho una grandeza de España; las sociedades anónimas por acciones son todavía un excelente negocio, y lo serán durante mucho tiempo, porque no se acabarán tan pronto los avaros imbéciles, á quienes seduce un beneficio de un doce ó catorce por ciento: y poder poner á la cabeza de un prospecto de sociedad anónima *para explotar las sanguijuelas de Tetuan*, presidente de la junta directiva, excelentísimo señor marqués de Santorcaz, vale mucho:

es el éxito del negocio: siempre hay otras tres ó cuatro excelencias cuyos nombres se alquilan para ponerlos en la lista de los vocales de la junta directiva; y como los tontos avaros no pueden figurarse que se reunan tantos excelencias para una estafa, negocio hecho: las acciones son arrebatadas; se trampea uno ó dos años hasta que los tontos se cansen ó retiren sus fondos, y durante este tiempo se han hecho operaciones con dinero ageno, se han metido los excelentísimos un buen beneficio en el bolsillo, y á buscar otros tontos, porque los tontos no escarmientan nunca en cabeza agena: nada, nada: es necesario que á todo trance te hagas grande de España: puesto que te se presenta la ocasion, aprovéchala; la niña lo hará todo por su hijo, y el viejo marqués de Alpuente no podrá negártela, porque está complicado contigo en un negocio gordo: no seas imbécil; Pánfilo, no seas imbécil: la buena vida, la gran vida cuesta cara, y es necesario que dentro de diez ó doce años tengas ocho ó diez millones de renta; ¿qué ménos para hacerse notable en las grandes capitales de Europa?

—No me conozco, Antolin; desde que me he enamorado de Magdalena, me he convertido en otro hombre; quisiera poder borrar todos mis recuerdos; convertirme en otro.

—Esto es, en un pobre diablo que tendria que ver desde lejos, sin poder siquiera acercarte á ella, á tu sirena.

—Me sucede lo que no habia experimentado nunca; me parece que desde mis piés se ha ido levantando un mar de sangre, que ha ido subiendo, subiendo, que ha

llegado á mi boca y que la bebo, que me ahoga, y pretendo nadar, salvarme, y no puedo: me siento tan pesado como si fuera de plomo, y parece que mis piés han echado raices en el fondo de ese mar de sangre.

—¡Bah! te desprecio, te da el calambre, te sube el vahido, te vas á fondo: te se ha montado en los hombros una mujer; estúpido: ¿crees tú que ninguno de esos que tienen ciento y ciento cincuenta millones, que anduvieron descalzos cuando muchachos, y desarrapados y miserables cuando mozos, han llegado á hacer esa fortuna sino empezándola por medio del asesinato y del robo? no, hijo, no: un pobre hombre que no hace más que negocios legales, que nada ha heredado, que ni áun talento tiene, no puede llegar á ser millonario: el dinero es sangre y lodo y miseria cuando es mucho: quien no tenga la cabeza y las narices fuertes, que lo deje, que renuncie á todo: buenos están los escrúpulos despues de lo que acabamos de hacer esta noche. Pero hemos llegado á tu casa: espero que me des cuarto y cama y una botella de ron para reconciliar el sueño.

V.

El lacayo abrió la portezuela, y al salir el corsario, le dijo:

—Esperad: aún necesito el carruaje.

Y entró en la casa con Antolin, y un cuarto de hora despues decia á su lacayo, que abria la portezuela, entrando en el carruaje:

—Fuencarral, casa del señor marqués de Alpuente.

VI.

Este dormitaba en su gabinete con un cigarro apagado en la boca, teniendo junto á sí en un velador la eterna botella de ron con que amortiguaba de una manera extraña su eterno dolor de estómago.

Un criado tuvo que anunciar dos veces, antes que le oyese el marqués, al señor don Santiago Rodriguez de Angulo.

—¡Ah! dijo el marqués bostezando: que pase, que pase al momento ese caballero.

A poco entraba en el gabinete el corsario.

CAPÍTULO XXV.

De cómo el marqués de Alpuente pudo ir á buscar á Pepa á París.

I.

Pánfilo de Veracruz adelantó sombrío y terrible con el peor semblante del mundo.

Llevaba en la mano un legajo de papeles.

El marqués se alarmó al verle, porque el aspecto del corsario era de todo punto alarmante.

—¿Qué es eso? dijo el marqués: ¿ha sucedido alguna diablura?

—No, no, señor; todo ha sucedido admirablemente: doña María Josefa Perez de Olmedo es viuda.

El corsario dejó caer lentamente y una á una sus palabras, con una solemnidad lúgubre, en los oidos del marqués.

—¡Viuda! exclamó éste alentando apenas y con una alegría espantosa: ¡viuda!

Y se llevó las manos al estómago.

Le habia causado tal impresion la noticia de que Pepa era viuda, que su dolor de estómago habitual se exacer-

bó, como si le hubiera producido la mordedura de un perro rabioso.

—¡Ron, ron! exclamó con voz apenas perceptible, llenando precipitadamente las copas: ¡viuda! ¡viuda! esta noticia, por más que la esperase, me ha puesto á punto de morir.

Y bebió de seguido cuatro copas de ron.

—¡Ah! esto es distinto, dijo despues de un momento; la medicina heróica: beba usted, Pánfilo, beba usted: contra las grandes conmociones, contra las grandes preocupaciones, ron, y no más que ron.

—Sí, voy á beber; necesito embriagarme, dijo Pánfilo.

Y bebió lentamente una copa, la llenó de nuevo, y la bebió con la misma lentitud que la anterior.

Habia dejado su legajo sobre el velador; tomó un cigarro de los que habia en una bandeja, lo encendió en una bujía, se sentó junto á la chimenea, y se quedó cabizbajo, abismado.

—¿Pero qué sucede? me está usted asustando, amigo Veracruz.

El marqués hablaba alternativamente de usted ó de tú al corsario, segun se le ocurria: el tremendo marqués no tenia la cabeza muy segura.

—Lo que sucede, dijo trabajosamente el negrero, es que no me conozco. Una noche, continuó con la voz opaca, estábamos en el canal de Mozambique: de improviso se oyó un rumor sordo, luego un estruendo infernal: se habian sublevado los negros, y acometian ferozmente al equipaje, que se defendia cuchillo en mano: yo disparé las cargas de tres rewolvers, animé á la tripula-

cion, me metí con ella entre los negros á puñaladas: murieron doscientos que fueron arrojados al mar. La cubierta quedó llena de sangre: cuando todo estuvo puesto en órden, me acosté de nuevo y me dormí.

Al dia siguiente todo habia pasado: se habia lavado la cubierta; nada, doscientos negros ménos; ¡cuatro millones ménos! Esto era tolerable: quedaban aún setecientos; es decir, setecientos mil pesos efectivos.

Nada me hacia entonces impresion: y esta noche una sola puñalada me aturde, me aterra.

—¡Cómo! ¡usted mismo!... dijo el marqués.

—No, no, señor; en Madrid no falta quien se encargue de hacer esto: pero quien da la puñalada no es quien la da materialmente, sino quien la manda dar.

—Entonces la he mandado dar yo, dijo el marqués con una tranquilidad repugnante.

—Los dos, dijo el corsario.

—Pero bien, sepamos, dijo el marqués, cómo ha sucedido eso.

—Mejor que todo lo que hubiera podido desearse, contestó el negrero: el asesino ha sido muerto de un pistoletazo por el asesinado; es decir, se han matado el uno al otro casi simultáneamente: cuando han acudido los serenos, los dos eran cadáveres; la justicia está á oscuras, sin hilo que la guie: este es un asunto completamente terminado.

—¡Magnífico! dijo el marqués: con tu semblante sombrío y pálido y tu mirada recelosa, me has dado un susto de los buenos, amigo africano; creí que nos encontrábamos metidos en algun atolladero: ¿conque viuda, eh?

¡viuda! no lo estará mucho tiempo, yo te lo aseguro: ¿son las memorias del marqués de Abades esos papeles que has dejado sobre el velador?

—Sí, las memorias; copia de la partida de desposorios del marqués de Abades y de la duquesa de Santaren, legalizadas en forma, y de la de bautismo de María Josefa; algunas cartas de la duquesa de Santaren fechadas en Rivadesella, puerto de Astúrias, en cuyas cartas la duquesa pide al marqués con insistencia, y áun con amenazas, su hija; cartas de la abadesa de un convento de Valencia, durante seis años, dirigidas á C. P. de O. á la lista de correos, Madrid; algunas cartas con la misma direccion, de madama Cornelia de Saint-Georges, directora de pension, París; dos ó tres de madama Honorina Clement, directora de pension, Poisy; una de ellas, la en que da cuenta al teniente general Perez de Olmedo del casamiento secreto de María Josefa con el vizconde de Chatillon; cartas de distintas épocas de María Josefa á Perez de Olmedo; dos á éste del duque de Chatillon; copia de la sentencia del jurado de ocho años de trabajos forzados contra la duquesa de Chatillon, por indicios vehementes de complicidad en el asesinato de su marido; toda la correspondencia, en fin, que tiene relacion con la historia de María Josefa hasta su condena: las memorias originales, escritas del puño y letra del marqués de Abades y firmadas por él: los documentos y la correspondencia están copiadas al pié de la letra en un cuaderno, y ese cuaderno está tambien en ese legajo.

—¿Y para qué esa copia? dijo el marqués.

—Amigo mio, papeles tan importantes como esos nun-

cá se presentan originales; seria una imprudencia; se presenta la copia, y esto basta para contratar; y si el contrato no se hace, los documentos originales no corren peligro.

—¡Ah, sí, es verdad! dijo el marqués: se conoce que eres un bribon práctico, Veracruz: ¿quién ha hecho esa copia?

—Yo, desde el momento en que tuve en mi poder esos papeles, á prevencion, por si necesitaba usar de ellos en un momento de apuro.

—¿Y no has temido comprometerte?

—El carácter de mi letra varía completamente, segun que varío de nombre y de posicion: esa copia está hecha por el negrero corsario Pánfilo de Veracruz, cuya letra en nada se parece á la del excelentísimo. señor don Santiago Rodriguez de Angulo.

—Magnífico, y tres veces magnífico, mi querido africano; eres un hombre de honor: cumples de buena fé tus palabras.

—Sí, señor marqués; mi palabra es una y sola, y se cumple siempre, dijo el corsario levantándose.

—¿Qué es eso, te vas? dijo el marqués levantándose tambien.

—Sí, contestó el pirata: María Josefa es viuda; tiene usted en su poder las memorias del marqués de Abades: he ganado, pues, los diez millones de reales que usted me ha dado: nuestro negocio está perfectamente concluido.

—Una sola palabra: ¿dónde está María Josefa?

—En París, hotel de Provence.

—¿Con su nombre?

—Con el de su marido.

—¿Dónde está la duquesa de Santaren, su madre?

—En un palacio de su propiedad, en Astúrias, á poca distancia de Rivadesella, á la derecha del puerto, sobre la playa.

El marqués anotó todas estas señas en su cartera.

—Una palabra más antes de separarnos: nada me has dicho acerca de mi hija.

—La señora marquesa de Santorcaz me ha convertido: ella ha hecho que la sangre me repugne.

—¡Ah! bien, perfectamente; ¿y nada más, hombre, nada más?

—La señora marquesa de Santorcaz y yo seremos muy buenos amigos.

—¿Y nada más?

—Es probable que no.

—¿Sabe ella algo de tu historia?

—Nadie puede saberla sino por una casualidad rarísima, como usted la ha sabido.

—Vaya, hombre, yo te guardaré profundamente el secreto: las apariencias están cubiertas; tú eres amigo y consócio y áun cómplice de nuestros altos hombres de Estado; eres una eminencia política; te se cree un banquero respetable, y ciertamente lo eres; sólo que tu verdadero libro de caja, ó mejor dicho, de cuenta corriente, no podria presentarse sin ningun peligro: un hombre de tan buenas apariencias como tú puede aspirar muy bien á la mano de una grande de España: te protejo decididamente, Veracruz, y te concedo desde ahora la mano de

mi hija: arréglate con ella; todo lo que puede suceder es que por una maldita casualidad, despues de que seas marido de Magdalena, tire el diablo de la manta y te quedes al descubierto tal cual eres: con decir yo que nada sabia, que he sido sorprendido, estoy del otro lado; ¿quién sabe lo que son muchas de las altas personas á quienes damos la mano y tratamos con una gran consideracion? millonario bozal conozco yo y le conoce todo el mundo, cuya base de fortuna ha sido un asesinato, que ha hecho como tú más de un viaje al Africa, lo que no impide que por sus ciento cincuenta millones de capital le respete todo el mundo: nada, nada, conquista á mi hija, y por mi parte no hay inconveniente.

—Tal vez la amo yo demasiado para envolverla en el oscuro laberinto de mi porvenir; pero adios, señor marqués; es ya tarde y tengo que hacer mucho.

—Adios, Veracruz; adios, y hasta la vista.

—Adios, señor marqués.

El corsario salió.

II.

En cuanto se quedó solo el marqués de Alpuente se encerró, se arrojó sobre el legajo, desató su cinta roja, y empezó á leerle con ánsia.

En un pliego á la cabeza de él, decia:

«Cuando la duquesa de Santaren haya muerto, cuando haya muerto yo, estas memorias y estos documentos, sellados con lacre negro, serán leidos por mi hija, á quien

habré reconocido, y á la que servirán de prueba para identificar su persona.

El castigo de una exagerada venganza mia contra la duquesa de Santaren, es la situacion terrible á que mi hija ha llegado.

La venganza produce amargos frutos; pero esto ya no tiene remedio, y es necesario resignarse con la justicia de Dios.»

Nada más decia este extraño prólogo.

—Y es necesario tambien, señor marqués de Abades, mi respetable amigo, dijo el marqués de Alpuente despues de haberle leido, resignarse á lo que hacen las eventualidades: ¿cómo habias tú de esperar, mi querido Cristóbal, que un ladron al robarte se llevase consigo estos papeles, que fuesen á parar á las manos de uno de los jefes de los ladrones de Madrid, y de las de éste á las mias para hacer posible mi enlace con tu hija, que me vuelve loco? pero no quiero perder un momento, añadió el marqués tirando fuertemente del cordon de una campanilla y yendo á abrir la puerta, á la que se presentó imediatamente un criado.

—Mis maletas al instante; al instante á la administracion de diligencias de Madrid á Bayona, y que pongan un coche al momento á mi disposicion, cueste lo que cueste: al instante á casa de mi administrador general, que arrebañe todo el dinero que pueda, y me lo traiga: espera, voy á escribir una carta al ministro de Estado.

El marqués escribió lo siguiente:

—«Amigo D... dispénseme usted una y mil veces si á esta hora le molesto: supongo que aún no se habrá usted

recogido; necesito al momento, para un asunto de un gravísimo interés, pasaporte para París. Suyo afectísimo siempre amigo.—El marqués de Alpuente.»

—Todo lo que te he dicho al momento, dijo al criado, y además esta carta al señor ministro de Estado: dí á sus criados que vas de mi parte y por un asunto urgentísimo: vete.

El criado se fué, y el marqués se encerró de nuevo y se puso á examinar aquellos papeles.

Una hora despues llegó su administrador general.

Le traia diez mil duros en oro.

—Por el momento esto basta, dijo el marqués; pero necesito que haga usted de modo que cuando yo avise por el telégrafo, se giren sobre París fuertes cantidades.

—Haré lo posible por complacer á vuecencia, aunque debemos mucho, dijo el administrador; y esa hipoteca de diez millones...

—Nada, nada; aunque me arruine; tal vez no sea necesario; pero si lo es, quiero que se me sirva sin excusa alguna.

—Haré lo posible por servir á vuecencia; apuraré todos los recursos.

—Bien; buenas noches.

—Que lleve vuecencia feliz viaje.

—Gracias. ¡Ah! á mi hija que me dispense porque no me he despedido de ella; no quiero despertarla.

—Muy bien, señor marqués.

El administrador salió.

El marqués volvió á encerrarse y á la inspeccion de sus papeles.

A las cuatro de la madrugada, el marqués recibió, bajo un mismo sobre, un pasaporte para él y su servidumbre, y la siguiente carta del ministro de Estado:

«Mi estimado amigo: para enviar á usted ese pasaporte, he hecho sacar de la cama y andar de cabeza á no sé cuánta gente: no importa: tengo el mayor placer en servir á usted. Buen viaje, felicidad, y hasta la vista. —El marqués de...»

III.

A las cuatro y media de la madrugada, el marqués de Alpuente, con seis criados y con los papeles que conocemos sobre sí mismo, salia en posta de Madrid en direccion á París.

IV.

A las cuarenta y ocho horas estaba en esta última capital en el hotel de Provence.

Habia hecho el viaje á costo y costa, ganando horas, reventando tiros, estimulando á fuerza de oro á postillones y zagales, sin detenerse un momento para nada.

V.

Tomó una de las habitaciones principales, y á nadie preguntó por María Josefa.

A la hora del almuerzo la vió en la mesa redonda.

Junto á ella habia un asiento, y á él se dirigió el

marqués impasible é indiferente en la apariencia, y al sentarse la saludó como si nunca la hubiera visto.

Pepa contestó al saludo del marqués como se contesta al saludo de una persona á quien no se conoce.

Poco despues de empezado el almuerzo, el marqués dijo á un camarero:

—Hacedme el favor, si gustais, que me manden traer un carruaje decente para ir despues del almuerzo al bosque de Boloña.

—Muy bien, caballero, contestó el criado.

VI.

Concluido el almuerzo, el marqués saludó á sus convecinos de mesa, se fué á su habitacion y se vistió para salir.

A poco le anunciaron que le esperaba el carruaje.

Bajó, entró en él, el carruaje se puso en marcha, y cuando llegó á la gran avenida del bosque, mandó detener el carruaje, bajó y adelantó en paso lento por la avenida.

No habian pasado aún diez minutos, cuando oyó el galope de un caballo, y vió pasar á Pepa, que sobre aquel caballo iba sola.

En París es muy frecuente ver sola á una jóven á caballo.

Pepa torció por una calle de árboles inmediata.

El marqués adelantó hácia ella.

Al entrar vió que Pepa habia puesto su caballo al paso.

El marqués siguió.

Pepa se enredó, por decirlo así, en el laberinto del bosque, siguiéndola siempre el marqués, y en una encrucijada, junto á una linda casita de madera, donde se vendian leches, frutas y refrescos, se detuvo, echó pié á tierra, pidió un vaso de leche á una jóven que estaba á la puerta, le bebió, entregó su caballo á la jóven, y siguió á pié por una avenida muy estrecha.

El marqués tomó la misma avenida.

Cuando no podian ser vistos de nadie, Pepa se detuvo.

—¡Qué imprudencia, marqués, qué imprudencia! dijo Pepa al marqués, que acababa de acercarse á ella y la miraba extasiado.

—¿Y cuál es la imprudencia, hermosa mia? contestó el marqués estrechando calurosamente una mano de Pepa.

—La de haber venido á parar en el mismo hotel donde yo estoy.

—Usted no sabe, mi querida duquesa, lo que sucede, dijo el marqués.

—Sí; ayer se me ha llamado por el cónsul general de España, que me ha presentado un despacho telegráfico expedido en Madrid, en que judicialmente se le comunicaba que Céspedes, mi marido, habia sido asesinado hacia tres dias, y se le rogaba me buscase en París y me diese conocimiento de ello.

—¿Y qué dice usted á esto, mi adorada María?

—Nada, sino que tengo que volver á Madrid para que se me ponga en posesion de la fortuna de mi marido:

yo no esperaba haber heredado tan pronto: ¿á quién debo este obsequio, marqués?

—¡Eh, diablo! contestó el marqués: yo no podia esperar resignadamente á que por resultado de una muerte natural la dejase á usted viuda el bribon de Céspedes.

—Gracias, marqués: supongo que la cosa se habrá hecho en regla, evitando las consecuencias.

—En regla y con fortuna: como que Céspedes, al recibir la puñalada, mató de un tiro al amigo que le aliviaba del peso de la vida, y ni uno ni otro pudieron decir una palabra; porque cuando llegaron los serenos todo estaba perfectamente concluido: era necesario que esto sucediera cuanto antes: y gozaba de tan buena salud aquel diablo de Céspedes...

—Otra vez gracias, marqués.

—¿Y cuándo piensa usted regresar á Madrid?

—Pensaba irme esta tarde, pero me iré mañana; esta noche nos veremos en la Rose de Cancale; vaya usted; esté usted allí en un gabinete á las nueve y media; yo iré á las diez: procure usted disfrazarse lo que pueda, sin hacerse notable por una exageracion: yo iré encubierta; por el momento separémonos, separémonos cuanto antes: conozco á la policía francesa y la tengo miedo: es posible que esté yo vigilada, y que se repare en su rápida venida de usted á París inmediatamente despues de la muerte de Céspedes, en su estancia en París en el mismo hotel en que yo habito, y en nuestra entrevista en el Bosque de Boloña: no coma usted hoy en la mesa redonda del hotel. Adios, marqués, y hasta la noche: no me siga usted.

Y Pepa se volvió hácia la casita donde habia dejado su caballo.

—¡Oh, qué práctica la suya! ¡qué adorable mujer! dijo el marqués.

Y salió como pudo del laberinto en que le habia enmarañado Pepa, tomó el carruaje y se volvió á París.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL TOMO PRIMERO.

		Páginas
Capítulo I.	—En que asoman la cabeza algunos infames	5
II.	—Continúa la exposicion de nuestro terrible drama	33
III.	—Una aventura de máscaras	56
IV.	—De cómo es mucho más fácil incorporarse al Colegio de Abogados que dar con una máscara que se pierde y que cruzarse de una Orden militar	71
V.	—De cómo terminó la comedia de Magdalena, obteniendo por éxito volver loco á Andrés Peralta	96
VI.	—Complicaciones	108
VII.	—Trasformacion	130
VIII.	—Una en dos, ó dos en una	145
IX.	—La desesperacion de Filomena	157
X.	—En que el marqués de Alpuente hace grandes revelaciones á Filomena	171
XI.	—Una historia extraordinaria	194
XII.	—De la extraña penitencia que se impuso Filomena	302
XIII.	—Del resultado que tuvo el segundo casamiento de Filomena	315
XIV.	—De cómo se puede quitar de en medio sin responsabilidad á una persona	331
XV.	—Un drama horrible	344
XVI.	—De cómo lo que no pudo hacer la justicia lo hizo el marqués de Alpuente	368
XVII.	—La historia de María Josefa Perez	429
XVIII.	—Sangre y lágrimas	529
XIX.	—Lujo de horror	545
XX.	—Un nuevo pícaro	558
XXI.	—Otra historia	574
XXII.	—En que Magdalena se encuentra dominada por las malas artes de Rodriguez de Angulo	617
XXIII.	—Despues del ángel el demonio	625
XXIV.	—Un negocio gordo concluido y otro negocio gordo empezado	649
XXV.	—De cómo el marqués de Alpuente pudo ir á buscar á Pepa á París	665